LA JUVENTUD DE UN REBELDE

A mis queridos amigos
los Valenzas
yo dedico esa historia de mi
juventud con mucha simpatía
y saludos fraternal

Rudolf Richter
LA JUVENTUD DE UN REBELDE

A mis queridos amigos
los Valera
yo dedico este libro de mi
juventud con mucha simpatía
y saludos fraternal.

Rudolf Carbonell
LA
JUVENTUD
DE UN REBELDE

Traducción del manuscrito alemán por
DIEGO A. DE SANTILLAN

EDITORIAL AMERICALEE
Buenos Aires
LA JUVENTUD DE UN REBELDE

ERA UNA VEZ

Transcurrieron treinta años. El tren pasaba lentamente por el Eisenne Brücke. Ante mis ojos se extendía la vieja ciudad en el suave fulgor del sol de la tarde. Del hormiguero de casas se levantaba al cielo, poderosa, la vieja catedral. El Berg saludaba a la Stephenturm. Desde la lejanía brillaban las dos torres de la iglesia de Pedro en el esplendor azulado. Arriba la Eisenne Turm, un último resto de la fortificación medieval de la ciudad, y allí la Holsturm con sus cuatro almenas, donde Johannes Bückler, llamado Schinderhannes, estuvo prisionero con sus veinte compañeros de destino, hasta que la cuchilla de la guillotina cortó el hilo de su vida. En la lejanía nebulosa se levantaban los montes azules de Taunus. En lo profundo murmuraba el viejo Padre Rhin y hacía rodar valle abajo sus olas verdeobscuras. El mismo viejo cuadro de muchos años atrás. Nada había cambiado, sólo yo mismo me había vuelto otro en los largos años del destierro.

En la Neutor se detuvo el tren un momento, para entrar poco después en el largo túnel que nos condujo en pocos minutos a la estación principal. Dejamos nuestro equipaje en el depósito y corrímos con pasos rápidos hacia la salida. Me había invadido un desasosiego singular desde que salimos de Francfort. En todo el tiempo apenas había hablado una palabra, y también Milly, que sospechaba lo que pasaba en mí, estaba muda y concentrada.

En el centro de la plaza de la estación ondeaba una gran bandera negra-roja dorada. Entre los numerosos transeúntes se veía también a muchos soldados blancos y de color del ejército francés de ocupación, cuyos uniformes abigarrados daban a las calles una apariencia extraña. Ante nosotros se extendía la ciudad nueva. El viejo Gartenfeld con sus tanjas y prados, que conocí en los días de mi juventud, había desaparecido y modernas construcciones cubrían los viejos lugares. No era esa la ciudad que sobrevivió en mi recuerdo. Sentía que no sería allí más que un extranjero. Involuntariamente dirigí los pasos a la ciudad vieja. Tampoco se encontraban allí los viejos Offiziersgarten y el Münsterweier, con sus fuentes borbotantes, donde pase de niño más de una hora feliz. Había surgido una nueva parte de la ciudad, cuyas calles rectas y fachadas uniformes no me decían nada.

Se ponía ya el sol cuando llegamos a la Münsterplatz. Aquí estaba el umbral hacia la antigua Maguncia, la ciudad de mi juventud, en la que cada
riocén me era familiar. Me detuve en la esquina de la Schillerstrasse. Lenta-
mente recorrí con la vista los lugares bien conocidos. Mi corazón se puso a
latir violentamente. Cuadros de días distantes, entrelazados con la niebla de los
años vividos, recibieron de repente otra vez forma y color. Como en sueños
me salaban las casas viejas. Mi cerebro se agitó febrilmente. Sentí la leve
presión del brazo de Milly, vi la mirada interrogante de sus grandes ojos
obscuros. Quise decir algo, pero me faltó la voz. Rápidamente me repuse,
para dominar mi excesivo interior. Luego bajé con pasos acelerados la
Grasse Bleiche, hasta Umbach, para perderme sin objeto en el laberinto de las
viejas calles y callejuelas que ejercían en mí un encanto irresistible. Me sentía
liviano como una pluma y apenas advertía que mis pies tocaban el suelo.
La misma ciudad vieja. Nada se había alterado en los años transcurridos.
De cuando en cuando una casa nueva, que apenas turbaba la impresión total.
El camino llevaba por la estrecha Stengasse, siguiendo por la Pfändhausgasse,
a la Stadthausstrasse. El sudor me corría por la frente; la garganta se me
había secado. Nos detuvimos en el viejo Gutenberg Hof para refrescarnos.
Nos sentamos fuera en el antiguo patio. A hurtadillas recorrieron mis ojos las
viejas paredes. En esta casa instaló Johannes Gutenberg su primera imprenta
y transformó con su descubrimiento la vida espiritual entera de Europa. En
este viejo rincon tuvo su punto de partida un nuevo poder para conquistar el
mundo y fundar un reino que había de mostrarse más duradero que todos los
reinos creados por la ambición de los despótas sedientos de poder y soldados
por la sangre de incontables millones. Al genial inventor, ciertamente, su obra
no le produjo ningún beneficio. Pobre y abandonado, engañado por los
príncipes que marcharse de su ciudad natal y terminar sus años en el
extranjero. Como una sombra desapareció su figura de la vista de sus
conciudadanos. Pero el arte negro del patricio de Maguncia abrió perspec-
tivas a la humanidad para un desarrollo espiritual cuyo alcance apenas podía
medirse entonces. Su invento había roto el hechizo que encadenaba la palabra
escrita y dió al espíritu el impulso que comenzó entonces a hablar en las
lenguas de todos los pueblos y que se extendió irresistiblemente por el mundo.
Nos detuvimos allí largo rato. Cuando volvimos a salir por la alta
puerta del antiguo patio, la calle estaba silenciosa y vacía. Lentamente dirigí
mis pasos a la antigua Quintinsturn, cuyas campanas broncas daban justamente
las once. Por la vieja Schustergasse llegamos al antiguo mercado. Era una
tibia y clara noche de verano. Por encima de las torres de la vieja catedral,
que sobresalía maciza del laberinto de las casas antiguas, irradiaba la luna llena
y lo envolvía todo en un fulgor mágico. Permanecimos como hechizados junto
al zócalo de la vieja fuente del mercado y disfrutamos sin decir palabra del
cuadro. Toda realidad se evaporó en mí. Me sentí parte de ese silencio
soñador, que giraba aquí sin ruido. En los nichos de las viejas casas anidaban
las sombras de un tiempo pasado, que había sido arrastrado hacia mucho
por la corriente de la vida. Cada piedra respiraba olvido en ese mundo sin-
gular, alejado de lo terrestre.
Tocó la vieja campana de la catedral las once y media y me despedí de
mi enemigo. Temblando ligeramente, resonaban los profundos tañidos en la
lejanía. Era hora de buscar dónde pasar la noche. Reflexioné un momento,

luego tomamos el camino de la Liebfrauenplatz, pasando delante del Römischen
König, hacia la Fischtor. Nos detuvimos ante una pequeña posada y entramos
en la vieja sala. Después de registrar el nombre y de encargar al posadero que
hiciese buscar nuestro equipaje de la estación, nos sentamos a una pequeña
mesa. Con un amable “¡Bien venidos!” nos puso la posadera delante dos
jarros de cerveza. Apresuradamente llevó el vaso a los labios; las largas
andanzas me habían secado la garganta.

En medio de la habitación había un grupo de parroquianos de cierta edad
torno a la mesa central y hablaba en el dialecto local sobre los acontecim-

ientos del día. Con un amable “¡Bien venidos!” nos puso la posadera delante dos
jarros de cerveza. Apresuradamente llevó el vaso a los labios; las largas
andanzas me habían secado la garganta.

en medio de la habitación había un grupo de parroquianos de cierta edad
torno a la mesa central y hablaba en el dialecto local sobre los acontecim-

ientos del día. Con un amable “¡Bien venidos!” nos puso la posadera delante dos
jarros de cerveza. Apresuradamente llevó el vaso a los labios; las largas
andanzas me habían secado la garganta.

Fue naturalmente una sorpresa. Nos asaltaron por todas partes a pre-
guntas que interesaban a cada uno. Se quería saber cómo estaba el extranjero
después de la guerra, cuál era el sentimiento frente Alemania, y qué había que
esperar de todo ello. Respondí lo mejor que pude y trataré de dar. Desde el
punto de vista de la gente que las consecuencias de la guerra no se podían abarcar todavía, pero
que con toda probabilidad tendríamos que contar con grandes conexiones
políticas y económicas, de las que dependía el próximo futuro de Europa. De
la política pasé la conversación a la historia local de Maguncia, y supe algo
de lo que había ocurrido en el periodo de mi ausencia.

Hacia mucho que habían sonado las doce cuando al fin nos despedimos
y fuimos a nuestro cuarto. Aunque estaba bastante cansado, no pude sin
embargo descansar y pasé la noche en un inquieto adormilamiento. Cuando
la campana de la vieja catedral dio las siete, hacia rato que estaba despierto.
Hacia las siete habíamos tomado nuestro desayuno y nos encontrábamos nue-
vamente en marcha. Era un día precioso. El cuadro del río se había alterado
mucho. En mi juventud había allí un activo tráfico. En cualquier momento
del día se veían numerosos barcos navegando hacia el valle y hacia las
montañas. Poderosos vapores a hélice arrastraban tras sí cadenas enteras de pesadas
chasas de carga. Entre ellos se veían vehículos de todas las especies, desde el
orgulloso vapor de pasajeros hasta el simple bote de pescadores. Desde el centro
del río se oía el canto de los balseros, que conducían hacia Holanda filas infini-
titas de troncos ligados. Ahora estaba todo muerto allí. Sólo raramente se
veía algún barco. La crisis económica había paralizado toda la navegación
y había puesto un alto fin a la abigarrada actividad.

Nos sentamos en un banco junto a la Schönheit Aussicht. Se tenía desde
allí una visión magnífica del poderoso río y disfrutábamos del cuadro soberbio.
tenía una gran fuerza de atracción para los habitantes humorísticos de Maguncia.

No lejos del Golden Luft, que llevaba empinadamente a la Stephanskirche, nos detuvimos, y mis ojos rozaron inquisitivamente la fachada de la casita amistosa con verdes postigos, en la que estuve tan a menudo. El pequeño letrero encima de la puerta llevaba todavía el mismo nombre. Respiré profundamente, pues una duda tenue me había asaltado todo lo tiempo como mensajero de una nueva noticia. Suavemente llamé a la estrecha puerta.

Nos abrió una anciana con cabello blanco como la nieve y rasgos envejecidos. Era la madre de mi amigo. Cuando me di a conocer, nos saludó con alegre sorpresa y nos condujo a la pequeña habitación acogedora cuyas estrechas ventanas daban al patio. Tampoco aquí había ningún cambio: la misma mesa antigua, pesada, las mismas sillas simples, el mismo viejo reloj de pared, sólo el sofá junto a la ventana daba una impresión nueva.

La buena anciana puso delante de nosotros dos vasos de vino y quiso saber naturalmente cómo me había ido en todos los años pasados en el extranjero. Las preguntas y respuestas no parecían terminar. Poco a poco llegó la conversación a los acontecimientos de mi juventud y a los viejos conocidos de los días lejanos. Me asombró que la anciana no mencionase con palabra alguna a su hijo. Algunas veces estuve a punto de preguntarle por él, pero un sentimiento indefinido me lo impidió. Hasta que al fin no pude dominar mi impaciencia y pregunté vacilante por él. La anciana hundió entonces el rostro en ambas manos y estalló en un liger zo sollozo. Supe así que mi presentimiento no me había engañado. Un profundo silencio llenó la habitación. No se oía más que el monótono tic-tac del viejo reloj y el llanto de la anciana madre. Un frío estremecimiento me recorrió todo el cuerpo. Me pareció como si toda la vida hubiese muerto en mí. Mi cerebro estaba como congelado. Pasaron minutos que me parecieron una eternidad, hasta que al fin la anciana pudo encontrar palabras. Lentamente fué retirando las delgadas manos sin fuerza del rostro apesadumbrado y nos contó con voz entrecortada la historia de pasión de su vida.


Tres meses antes de su muerte estuvo en la casa con permiso dos semanas. Había estado en las luchas más graves de occidente sin recibir un arañazo siquiera, pero no era ya el mismo. El mozo siempre de buen humor se había convertido en un hombre parco en palabras. No quería ver a nadie y no se sentía atraído hacia nada. Prefería sentarse fuera en el patio bajo el viejo tilo, fumar su pipa y cavilar mudo. Cuando se creía inobservado, estallaba a menudo en un torrente de palabras gruesas, reía agudamente y volvía en seguida a sumirse en el mismo silencio ligübre. Sólo a la madre quería tiernamente y le ayudaba todo el día en el trabajo de la casa. Durante su permiso no visitó a nadie, no puso nunca los pies en la calle y quedó siempre en casa. De sus experiencias en campaña no habló nunca. Si alguien intentaba llevar a ello la conversación, se defendía violentamente o abandonaba la habitación sin decir palabra.
Antes de su partida, la madre le había provisto de una cantidad de cosas necesarias, pero poco después de la separación le encontró intactas en un rincón de su cuarto. No había llevado nada consigo. "Precisamente como si hubiese presentido que no tendría empleo alguno para ellas", dijo la anciana en medio de dolorosos sollozos.

Mi corazón estaba a punto de estallar. El pobre amigo tuvo que haber experimentado algo espantoso para provocar en él tal cambio. Queríamos allí todavía un cuarto de hora, después nos despedimos de la madre apesadumbrada. Era un débil consuelo el saber que centenares de millares habían sido víctimas del mismo destino. No he vuelto a ver a la anciana. Murió pocos meses después de nuestra visita.

¿A dónde habría de ir ahora? No tenía ningún placer ya en continuar la búsqueda. No tenía más que un deseo: salir de allí. Nuestro tiempo era además limitado. ¿Para qué pues exponerse a más tribulaciones? Me vinieron a la imaginación los padres, que había perdido en la juventud. El viejo cementerio, con sus tumbas mudas y los caminos rámificados, cubiertos de follaje, era justamente el lugar adecuado para mi estado de ánimo abatido. Allí no tenía que temer ninguna desilusión ya. Los muertos son mudos y callan todo el dolor del tiempo.

Cruzamos la ciudad hacia la Bingerort. Una gran transformación se había operado allí. En lugar de las viejas fortificaciones se levantaba una nueva parte de la ciudad, cuyas anchas calles y fachadas rectas de las casas no tenían ninguna relación con la vieja ciudad. No podía hallarme en ese nuevo mundo, y estuve contento cuando llegamos a la Zahlbacher Chausée, que conducía al cementerio. Aquí, en las sombras amplias de los viejos árboles, el camino era fresco y agradable. En las tumbas murmuraba el viejo Zahlbach, y a la derecha continuaban las viejas huertas con su esplendor de flores hasta el cementerio.

Eran ya las cinco cuando llegamos a la entrada del cementerio. El camino me era bien conocido: la primera avenida a la derecha, luego el tercer camino a la izquierda hasta la tumba de la familia Veit. Desde allí conducía un estrecho sendero a la fosa de mis padres. Silencioso y apacible estaba todo aquí entre las viejas tumbas. En los contornos, ningún alma humana. Sólo las copas de los árboles aíos murmuraban ligeramente y de modo extraño. Pero cuando al fin llegamos a los viejos lugares, no encontré ya la tumba. Había una, pero el blanco letrero de mármol llevaba un nombre extraño. No quería creer a mis ojos. ¿Tal vez me había extraviado? Volví otra vez al camino principal para cerciorarme. No, no me había equivocado.

Era el antiguo camino que había recorrido tan a menudo. Muchas de las tumbas vecinas llevaban todavía los viejos nombres, sólo la inscripción en la de mis padres era otra.

Supo entonces que también aquí era un extranjero. Sin decir palabra nos sentamos en el estrecho banco ante la tumba extraña. Luego me levanté lentamente y tomé el camino hacia la Franzosenstein, un gran monumento, en cuyo coronamiento brillaba el yelmo de un coracero francés, y cuyas cuatro paredes laterales estaban cubiertas con los nombres de los ciudadanos que habían hallado la muerte en el extranjero. En mi infancia, vivían todavía dos vete-

nos sentamos en un banco de la terraza y miramos silenciosos los techos de la vieja ciudad. Era una soberbia puesta de sol. Las almenas, las torres, las agujas de las casas estaban como bañadas en oro. El dorado Mainz, como se había llamado a la ciudad desde la antigüedad. Era sábado, y el tañido de las campanas resonaba hacia abajo como un saludo de los tiempos desparecidos. Me recordaba cómo dábanos cuando éramos niños un nombre al tañido de cada campana. En el más profundo bajo retumbaba la vieja campana de la catedral: "Halt Maul! Halt Maul!" (Calle la boca! ¡Calle la boca!). Tras lo cual decía la campana de la Iglesia evangélica: "Geh haim! Geh haim! Geh haim!" (¡Vete a casa! ¡Vete a casa! ¡Vete a casa!). Luego intervenía la campana de Emmerans: "Ihr seid mer züwal!" ¡Ihr seid mer züwal!" Y la Stephansurniture repetía: "Ich will und soll und kann doch nix!" (¡Yo quiero y debo y sin embargo no puedo!).

Sonrei para mis adentros, cuando me vinieron a la imaginación esos viejos recuerdos. ¡Qué distinto era ahora todo! Entonces tenía relaciones hasta con el tañido de las campanas. Pero hoy era un extranjero a quien los viejos sonidos no decían nada ya.

El lago interior se había roto y difícilmente podría ser restaurado. Y sentía que no era la ciudad como tal la que creaba las relaciones íntimas. Eran los hombres, los amigos y compañeros, a quienes había estado ligado y cuya acción y cuyos afanes estaban entrelazados con mi vida. Donde se pierden las vinculaciones sociales, no queda más que el resplandor del ambiente externo.

Pero el germen viviente se ha reseado y no es ya capaz de dar nueva floración. Esa era la razón por la cual estaba todo muerto para mí y me sentía más extraño que en cualquier otro lugar. El recuerdo puede refrescar el cuadro de los días pasados otra vez, pero el cuadro no es más que un sueño, un cuadro de sombras de lo pasado.
Casi una hora estuvimos sentados sin decir palabra en el viejo banco. El sol se había puesto ya, el juego de las sombras había enmudecido. Imperialmente se echaron los velos de la noche sobre los viejos techos. Senti entonces la mano ligera de Milly en mi hombro. Como desde lejos resonaron en mi oído sus palabras: "¿Hagamos otro ensayo? ¡No puede ser que no viva aquí ningún ser humano que se acuerde de ti!"

"¿Para qué?" —dije. Mañana nos marchamos. Aquí no tengo más que buscar. Pero Milly no se dejó influir y me asestó cada vez más hasta que yo mismo volví a sentir revivir una débil esperanza. Tal vez tenía razón. ¿Quién tenía después de todo que perder, aun cuando ese último intento fracasara? Una decepción más, y eso todo.

Iban a las nueve cuando bajamos las escaleras de la terraza. Bajamos por la Emmrich-Josephstrasse, pasamos la Schillerplatz y llegamos a la Insel, donde entramos en una pequeña tienda. Mientras el tabernero nos servía, tomé la guía de direcciones y me sumí en la larga serie de nombres. Se me había ocurrido en el camino el de una prima, que era unos años más joven que yo. ¿Estaría todavía aquí? Cuando tuve que marchar de casa, era una muchacha joven, florcicente. Después oí que se había comprometido con uno de mis antiguos camaradas de escuela, pero no sabía si realmente habían llegado a casarse. De cualquier modo era un punto de referencia. Exacto, allí estaba la dirección Julius Grünig, mecánico, Wallauerstrasse. Esto tenía que estar en alguna parte de la ciudad nueva, pues la calle me era desconocida.

¿Tendríamos todavía hoy suerte? Era bastante tarde para hacer visitas, pero yo estaba demasiado impaciente para postergar la cosa. Pregunté al tabernero por la Wallauerstrasse. Me dijo que no estaba lejos de la Schlossplatz. Salimos nuevamente a la búsqueda. La casa estaba ya cerrada, pero quiso la casualidad que alguien abriese entonces la puerta. Dije el nombre de mi pariente. Sí, la familia vive aquí, dijeron; pero el esposo no se encontrará en casa; trabaja fuera y llega a Maguncia sólo cada dos semanas.

Subimos hasta el tercer piso. Ansioso hice sonar la campanilla. La puerta se abrió. En el umbral apareció una muchacha que nos preguntó qué deseábamos. Le dije que deseaba hablar con la señora Grünig. Nos rogó gentilmente que entramos y llamó con voz alta: "Mamá, aquí hay alguien que desea verte".

Oí ruido en la habitación contigua. Por la puerta abierta entró una mujer cabellera de mediana edad y me miró interrogante. Era mi prima. La reconoci a la primera mirada, aunque había cambiado mucho. Mudo le tomé ambos manos. Me miró confundida a los ojos y no sabía evidentemente qué pensar de mí. De repente se echó un asombro en sus rasgos y anhelante salió de sus labios: "¡Rudolf!" La abracé tiernamente y acariézó su cabello ligeramente encanecido. Temblaba. Sus ojos se llenaron de lágrimas. A mí me ardía la garganta. Un sentimiento indecible me hizo estremecer. Luego vino el gran alivio. Había pues todavía un alma que me conocía y que pensaba con cariño en mi. Rip van Winkle no era ya extranjero en los viejos lugares.

Nos sentamos en la habitación amable, limpísima: Dora, sus tres hermosas hijas y nosotros dos. Advertí el brillo húmedo en los ojos de Milly, ella sentía lo feliz que era yo. Tenía motivo para ello. Sin su insistencia no habría encon-
nieve. Pequeñas arrugas cubrían el rostro rasurado, inteligente; pero la expre-
sión de sus bondadosos ojos obscuros era la misma. Su cuerpo estaba encor-
vado. Cuando nos condujo a la pequeña y limpia habitación, observé que le
costaba trabajo caminar. Yo no le había dicho más que deseaba hablar con él.
Nos rogó amable que tomásemos asiento y me miró con expectación. Entonces
me dir a conocer y le presenté a Milly.
Nunca olvidaré la impresión que le causaron mis palabras. El anciano
no quería creer a sus oídos y repetí: “¿Es posible? ¿Rudolf? ¿Rudolf?”
Luego se secó con la mano arrugada los ojos humedecidos y dijo en voz baja:
“Más de una vez he pensado en ti, querido. Llegas todavía a tiempo, pues
siento que se acerca la hora”.
No se había equivocado. Cuatro meses después se durmió para siempre
suavemente en el viejo sillón. Un libro de su autor favorito, Wilhem Raabe,
se le deslizó de la mano. La muerte le sorprendió en medio de la lectura
y le preparó un fin sin dolor.
El viejo Peter no hizo muchas preguntas. Pero habló tanto más de los
tiempo pasados. Había tenido una vida muy dura. Pero un golpe terrible
aceleró su fin. El segundo hijo había caído en Francia. El mayor, mi primo
Jakob, volvió muy enfermo de la guerra y murió pocos meses después. La tía
Dina vivía aún. Estaba de visita en casa de una de sus hijas y debía volver de
un momento a otro. Pronto la vimos subir lentamente las escaleras. ¿Qué
gruesa se había puesto! Yo la había conocido antes del casamiento. Entonces
era una muchacha hermosa como un cuadro, cortesía por muchos admiradores.
Los había rechazado a todos y se casó con mi tío, aunque tenía al
menos diez años más que ella. Mi tío quería cordialmente a su Dina. Me
recuerdo todavía de su primera vivienda en el Hoehl, cuando él la abrazaba tie-
ramente y entonaba con voz bien timbrada la vieja canción: “Ein rheinisches
Mädchen, ein rheinischer Wein!” (¡Una muchacha renana, un vino renano!).
¿Cuánto había hecho el tiempo! En vano me esforzaba por establecer una
relación entre la hermosa y alegre renana y esta mujer anciana y gruesa de
rasgos hinchados. Tan sólo cuando la vi reír y comenzó a charlar alegre-
mente, volvi a reconocer a la antigua Dina.
Quedamos todavía una semana. Vi a mi cuñada, a su hermoso hijo Felipe,
muy parecido a mi padre, y a mi sobrina Dorita, que ya estaba casada y tenía
dos hijos. Cuando me marché de casa, era una niña de dos o tres años. Y vi
a mis viejos amigos de la juventud Louis Gerlach, Jean Diehm, Paul Mink y a
Karl Burkhart. Fué una velada preciosa la que pasamos juntos en la vieja
posada Zur Sonne. Los alegres camaradas de los años pasados se habían vuelto
hombres maduros como yo, pero su comportamiento era tan espontáneo y
amistoso como si tan sólo ayer hubiéramos dejado de vernos.
Todos pertenecían al movimiento socialista. Dos de ellos, Louis Gerlach y
Paul Mink, fueron miembros del primer grupo de anarquistas que yo había
fundado hace muchos años en Maguncia, y con íntima satisfacción percibí
que vivía en ellos aún algo del viejo espíritu. Era ya de madrugada cuando
nos estrechamos la mano para despedirnos y nos dijimos un cordial ¡Hasta
la vista!...
AÑOS DE INFANCIA

EN LA CASA PATerna

Todo ser humano nace con ciertas condiciones que le han dejado en la cuna como herencia sus antepasados. Esas condiciones se condensan en el curso de su desarrollo en cualidades especiales, que forman el rasgo fundamental de su naturaleza. La interpretación de que el hombre por decirlo así viene al mundo como una hoja en blanco y que depende del azar la orientación que toma después o cómo se forma su carácter bajo la presión de las circunstancias externas, se basa manifiestamente en un desconocimiento de las experiencias más profundas. Pero todavía es más errónea la creencia que no se ve en el individuo más que el vehículo de temperamentos y condiciones heredadas, que no se dejan influir de manera esencial por el ambiente social ni por las corrientes espirituales de la época.

El hombre ante todo es un ser social, y el instinto social constituye una de las condiciones más importantes de su conciencia personal. El ambiente externo, las relaciones con los semejantes, la educación, la cristalización espiritual de ideas, de prejuicios heredados de naturaleza religiosa, política o general y algunas otras causas obran continuamente en nuestra acción personal e imprimen su sello a nuestro ser. En realidad toda nuestra existencia consiste en una constante acción recíproca de las condiciones heredadas y de las irradiaciones del ambiente social, que sólo cesa con la muerte del individuo. Ni el espíritu más conservador puede cerrarse a las impresiones del medio y tiene que adaptarse a ellas a su manera. Si no fuese así, no habría en general vida espiritual ni cambios en las condiciones sociales de la vida.

Por eso las impresiones de la primera juventud desempeñan un papel importante en la historia del desarrollo del ser humano, papel que no se puede menospreciar, pues son por lo general las más consistentes y tienen una influencia indiscutible en el desarrollo gradual del carácter. Cómo reacciona uno ante esas impresiones, depende en gran parte de las condiciones inatas. De ahí la infinida diversidad en el pensar, en el sentir y en el obrar de los individuos, a pesar de la equivalencia de las condiciones sociales, en las que arraigan nuestra existencia personal. Todo intento para imaginar un carácter general de un determinado grupo humano, y atribuirlo al contenido vital de la raza, de la nación o de la clase, es más que un autoengaño que carece de toda honda penetración.

18

Cuando echo hoy una mirada a la formación de mi vida pasada, se me vuelve cada vez más clara la exactitud de esa manera de ver. Yo he abando-
nado muy tempranamente la tierra natal, he visto algunos países extranjeros, y he convivido, he compartido esperanzas, he obrado y luchado con los más diversos grupos humanos. He compartido sus alegrías, he sufrido su dolor y en todas partes he hallado amigos y adversarios. La circunstancia de ser de distinto origen y de haber nacido en diversas latitudes, no ha limitado nuestras relaciones. Al contrario, les dio un atractivo especial e hizo de ellas tanto más una prueba del grado en que las impresiones de la juventud influyen en nuestro destino ulterior.

Naci el 25 de marzo de 1873 como hijo segundo de mis padres. Mi padre era grabador de notas y trabajó muchos años en la empresa Schott und Söhne de Maguncia. Murió cuando yo apenas tenía cinco años. Mi madre procedía de una antigua familia patricia de Maguncia, que alguna vez estuvo en mejor posición, pero que, a causa de pérdidas comerciales, había consumido su modesto caudal. De mi padre apenas me han quedado algunos recuerdos ensombrecedos. Era un hombre alto, corpulento con cabello y barba Rubio claro y grandes ojos azules. Cuando volvió a casa en un ardiente mediocidad veraniego desde el trabajo, se estaba descargando justamente en el patio el carbón para el invierno, y ayudó a las gentes a llevar al sótano los pesados sacos. Bañado de sudor, tomó un gran vaso de agua helada. Poco después se presentó en él una grave pulmonía que se desarrolló en una tisis galopante. Once meses después estaba muerto, apenas a los treinta y cuatro años.

Mi madre estaba ocupada en la cocina, mientras yo jugaba en la misma habitación en que estaba el padre enfermo. De repente oí un suspirar acalorado. El enfermo saltó de golpe de la cama y echó mano a un gran jarra de agua para beber. Pero la jarra se le deslizó de las manos y se rompió. El mismo volvió a arrojarse en la cama con un resuello bronco. A mis gritos acudió la madre. Fué llamado en seguida el médico, pero no pudo más que certificar su muerte. Me recuerdo todavía cómo se echó mi madre las manos a la cabeza, desesperada, y cómo estalló en violento llanto, mientras mi abuela y el tío Rudolf trataban en vano de consolarla.

Llegó el día del entierro. Vi cómo dos hombres vestidos de negro llevaron escaleras abajo el pesado ataúd. Ante la puerta estaba el coche fúnebre, tras el cual se habían reunido parientes y amigos para acompañar al padre muerto a la última morada. Cuando se empuñaba el ataúd al carro, corrió rápidamente para echar también mano. Pero la abuela me apartó y me volvió a la casa. Esto es aproximadamente todo lo que había quedado en mi memoria como recuerdo de mi padre.

Quedamos en la vieja vivienda de la Münstergasse. Mi hermano Felipe era cinco años mayor que yo, y Fritz había nacido dos meses antes de la muerte del padre. La abuela, la madre de mi madre, habitaba con nosotros y también el tío Rudolf, el Petter, como le llamábamos, que entonces estaba soltero.

Para mi pobre madre comenzó un período difícil. No era fácil alimentar a tres hijos, pero era una mujer valiente y supo ganarse el pan. Junto con la abuela llevaba la casa y cosía ropa blanca. Trabajaba a menudo hasta avan-
vada la noche, especialmente antes de las grandes festividades, pero estaba siempre imprescindible e incansable y no desperdiciaba ninguna ocasión para proporcionarnos alguna pequeña alegría. Los padres le ayudaron bastante. En nuestra familia imperaba un espíritu armonioso; no hubo nunca desdén internas. Eramos pobres, pero verdaderamente penuría no la he conocido nunca en mi infancia. Teníamos bastante que comer, nuestras ropas las preparaste la madre misma. No eran muy elegantes, pero llenaban su cometido. La mayor parte de mis compañeros juveniles no estaban tampoco mucho mejor vestidos. Lo cierto es que en mis años de infancia no tropecé con nadie que pasara realmente hambre. Para ello la ciudad era demasiado pequeña, las relaciones de los seres humanos estaban demasiado estrechamente tejidas.

Mi madre era una mujer de excelentes condiciones. Era de aspecto elegante, de buena presencia y tenía abundante cabello negro y grandes ojos expresivos. Su rostro era regular y bien delineado. Por toda su naturaleza era una legítima renaza, provista de todas las características del viejo grupo cultural que residía aquí desde hacía muchos siglos. No la he visto nunca excita da o seriamente enojada. Poseía una tranquilidad inconfundible e irrevocablemente suave en su juicio sobre hombres y cosas. Cuando estaba en su trabajo, su voz melodiosa llenaba toda la habitación, y cuando haciamos oír nuestras claras voces de niños, era una alegría oírnos. La madre disponía de un verdadero tesoro de viejas canciones populares y de magníficas baladas renanas que permanecieron inolvidables para mí. Sólo en los tristes meses que siguieron a la muerte de mi padre, hubo silencio y luto en la casa, y pasó un largo tiempo antes de oírle cantar de nuevo.

Aunque la madre procedía de una vieja familia católica, no concurria nunca a la iglesia y estábamos enteramente bajo la influencia de su hermano, a quien quería mucho. Así ocurrió que no conocíamos de niños la influencia funesta de la iglesia, y quedábamos exentos plenamente de sus dogmas. Para mi desarrollo ulterior esto fue una gran ganancia. Después de haber muerto hacia mucho tiempo mi madre, me contó mi tío Rudolf cómo poco antes de su casamiento con mi padre, que procedía de una familia protestante, apareció un sacerdote católico en la casa de mis abuelos, para llamar la atención a mi madre en presencia de sus padres sobre el hecho que tal unión chocaba contra las prescripciones de la iglesia y que por eso era pecaminosa. Pero mi madre le respondió: “Yo le quiero, y el amor no es un pecado”.

Cuando el de la sotana vió que no podía lograr nada, intentó al menos arrancar la promesa de que en caso de que Dios bendijese ese matrimonio con hijos, éstos serían bautizados y educados católicamente. Como tampoco en esto tuvo éxito, abandonó la casa sin saludar y no volvió más.

Mi abuela era una mujer notable. Estaba medio ciega, pero siempre de buen humor. Ayudaba fielmente a mi madre en el trabajo y a pesar de su edad era extraordinariamente ágil y activa. La anciana iba todos los domingos a la iglesia, pero no era en modo alguno beata y estaba muy inclinada a la temporal. Pero era terriblemente supersticiosa, como la mayoría de las mujeres ancianas que encontré en mi juventud. Cuando tenía un sueño, no descansaba hasta haber encontrado la exacta interpretación. Subía contar una cantidad de cosas misteriosas, con las que “nuestra sabiduría escolar no sueña siquiera”.

de sus singulares historias me causó una impresión particularmente profunda. La anciana sostenía de modo firme y tenaz que en la Hohl —calle callejita, la que raramente se tropezaba con un ser humano aun durante el día— a media noche bajaba las escaleras de Stephan un hombre vestido de negro con su propia cabeza bajo el brazo.

No sé por qué, pero esa historia me había impresionado. Una vez pregunté a mi madre si era posible eso. Ella me acarició el cabello sonriendo y me preguntó si podía imaginarme que un hombre fuese a pasear sin cabeza.

Ciertamente, no podía concebirlo. Cuando expuse a la abuela después mis dudas, apeló a su vieja amiga Widerstein, que había visto ella misma al hombre. Me describió todos los detalles de la espeluznante escena, como si ella hubiese estado allí. Cuando su amiga, atacada por salvaje espanto, corría la Willingigasse abajo, el extraño arrojó tras ella su cabeza. La cabeza fue rodando detrás hasta el Weihergarten, expresando la más horrible maldición.

Al día siguiente tuvo la pobre mujer una grave fiebre nerviosa que casi la llevó al borde de la tumba.

La cosa no me dejó sosiego durante mucho tiempo, hasta que decidí cerciorarme de ello por mí mismo. En una hermosa noche salí sin ser notado de la casa y fui a la Hohl. Estaba todo en silencio como en la tumba, y mis pasos resonaban solitarios por la muda callejita. La vieja campana de Stephens dio las doce. Temblores reparciaron los graves tacones en el oscuridad nocturno. Me sentí un poco inquieto, pero me mantuve valiente y me puse a esperar, oculto tras un grueso árbol, las cosas que debían ocurrir. En una larga hora no me moví del lugar. Cuando la campana dio al fin la una y el transeúnte sin cabeza no apareció, me puse algo decepcionado en camino hacia casa y entré en ella sin explicaciones para el hechizo. Sabía ahora por propia experiencia lo que debía creer de tales cosas.

De todos sus tiempos, la abuela me quería singularmente a mí. No sé si se debía esto a que yo era el más travieso de todos, pero lo cierto es que, a pesar de mis travessuras, me quería mucho y me trataba con gran ternura. Cuando le ponía una rana en la cana o colocaba una caja con un grillo en la habitación y abría la tapa, se enojaba alguna vez, pero era un verdadero placer recibir de ella algunos golpes. Puedo afirmarlo tranquilamente, pues en ese dominio era experto. Le dolía después y trataba de restablecer la vieja condición por medio de pequeños obsequios.

La anciana tenía aproximadamente una media docena de amigas de su edad, que se reunían cada miércoles en una casa distinta en torno a una taza de café. Entre sus amigas se encontraba también una señora Desvies, que tenía un pequeño comercio de leche y manteca en la Kapuzinergrasse. Allí había siempre, en ocasión de sus reuniones, sobrepuesto con calebés y excelentes pastas. La abuela, que conocía mi preferencia por tales magnificencias, me llevaba de tanto en tanto a sus reuniones. Yo la seguía con variados sentimientos. La charla del café de las ancianas me interesaba poco, pero la cuchara y las pastas tenían una fuerza de atracción que no podía resistir fácilmente.

Un día acompañé a la anciana nuevamente a casa de su amiga Desvies. Estaba sentado con las mujeres en torno a la mesa redonda y había ya devorado un gran plato de cuchara y diversos trozos de tortas de manteca, de
modo que el resto de la sesión había perdido para mí su encanto. Como me aburría espantosamente y no sabía qué hacer, extendía malhumorado las piernas bajo la mesa a un lado y otro, en lo cual, sin quererlo, llegó demasiado lejos y mis pies golpearon peligrosamente en la parte inferior de la mesa. La desgracia quiso que la gran jarra de café, que estaba en un pequeño estante, perdiera el equilibrio y desparramara el obscuro contenido sobre el blanco mantel.

¡La había hecho buena! Sintió cómo se me cortaba el aliento, pero me quedé quietecito en mi lugar y esperé con gran incomodidad la tormenta que se iba a descargar sobre mi cabeza culpable. Pero esperé en vano. Las mañanas perdieron repentamente el habla y se pusieron blancas como yeso. Hasta que mi abuela se repuso y tartamudeó: “¡Es una señal! ¡Seguramente ha muerto alguien!”

Luego se desataron las lenguas. Todas hablaban. Apenas se podía ya comprender una palabra. Cada cual estaba firmemente convencido de que se había manifestado una señal. Pero para mí fue como si me hubiese caído una losa del corazón. Además me había enriquecido con una experiencia más y tuve entonces mi propia opinión cuando se trataba de señales y de milagros. Cuando unos días después revelé a Peter mi secreto, casi se desenredó de risa y me regaló de alegría un crucero. Me había engullido un plato de cuajada y algunos grandes trozos de torta, en agradecimiento de lo cual habría cometido una mala acción que en otras circunstancias me habría costado seguramente una tunda de golpes, y se me había obsequiado además con un crucero. Si tales cosas no incitan a consideraciones filosóficas a uno, se puede decir transeúnte que los hábitos le han cesado.

Por lo demás, no hay que imaginarse a la abuela de ningún modo como una anciana de cerebro endurecido, que no tenía los cinco sentidos en su punto. No, tenía una razón sana y un juicio seguro. Pero la superstición era su parte débil. Un ejemplo solo de la manera de ser práctica de la anciana: Cuando unos años después entré en el movimiento socialista siendo apenas un mocabete, sentí un impulso indolable a hacer ensayos de conversión con cualquiera que estuviese a mi alcance. Estaba tan entregado a mi causa, que habría tratado de convencer hasta a la abuela del diablo. ¿Cómo no habría de hacer el ensayo en la propia abuela? Le expuse mis opiniones ampliamente y le hice violentos reproches porque iba todos los domingos a misa para dejarse deslumbrar por el cara. La anciana me escuchó tranquilamente, hasta hizo un par de observaciones concordantes, pero cuando al fin le pregunté cómo pensaba comportarse en el porvenir, declaró prudentemente: “Todo eso está muy bien, hijo mío, y es posible que tengas razón. Pero como no está excluido que también tenga razón la otra parte, por motivo de seguridad seguiré yendo a la iglesia”.

Un recuerdo preciso de mis años juveniles son las largas veladas de invierno, cuando la abuela se ocupaba de contarnos cuentos. En cuanto llegábamos a casa al obscurecer con nuestros trajes, después de haber vaciado los recipientes huecantes que estaban prontos para nosotros, nos poníamos con la anciana detrás de la gran estufa, donde se estaba caliente y confortable. Una pequeña lámpara a petróleo iluminaba sólo a medias el cuarto de modo que
IMPRESIONES DE LA PRIMERA JUVENTUD

De niños llevábamos una vida bastante libre y nos desarrollamos magnificamente. La ciudad era pequeña. Tan solo bastaban veinte minutos para encontrarse fuera del cinturón de fortificaciones. En los alrededores había algunos bosques soberbios como el Müllerswäldchen y el Gonsenheimer Wald, donde jugábamos en el verano. O nos ibamos por el Eiserne Brücke al Gusta

Cervez ausberg, para bañarnos en el Main. Allí había siempre anclada una larga cadena de armaduras, en las que nos instalábamos como en nuestra casa para hacernos tostar por el sol. Parecíamos luego indios, y si entonábamos nuestro alarido de guerra, se podía realmente creer que no habíamos sido alcanzados por las bendiciones de la civilización.

En el Gusta

Cervez ausberg se me enseñó también a nadar, y ello según un procedimiento singular: dos muchachos mayores me tomaron simplemente a mí, criatura de cinco años, uno por los brazos, el otro por los pies. Luego se contaba: uno, dos, tres —¡¡¡jálla va!!!—, y salía formando un arco al fondo del agua y pataleaba y gritaba con una angustia mortal. Cuando estaba medio ahogado, me traían los dos sujetos nuevamente a la armadura, donde recibía una tanda porque no había intentado nadar. Después de reponerme algo, comenzaba el juego otra vez y se repetía hasta que poco a poco comenzaba a manotear como un perro y sentía que podía mantenerme encima del agua.

Así se conseguía el propósito del ejercicio; lo demás se encontraba por sí mismo. Yo enseñé después a algunos otros a andar de la misma manera y puedo confirmar que mis involuntarios discípulos progresaron más rápidamente que en la escuela de natación. Hoy no se podría recomendar ese método, pues exigía en verdad al aprender grandes esfuerzos. Sin embargo, el que no tenía la desgracia de ahogarse en esa práctica, se convertía seguramente en un buen nadador.

Cada estación traía sus juegos especiales. Cuando llegaba la primavera, comenzaban los primeros juegos de competencia en el viejo Offiziergarten, donde se sucedían vivamente. Luego llegaba el tiempo llamado de las belitas, que no carecía de significación económica, pues proporcionaba a los vidrieros algún trabajo extra y a alguno de nosotros más de una paliza, de modo que ya tempranamente pudimos hacer consideraciones sobre las leyes de la división del trabajo. En mayo íbamos por la tarde al bosque a capturar grillos, que cambiábamos en la ciudad por tapas de lata que nos servían después en el juego de los botones. Ocasionalmente ponía a la abuela por descuido una caja de grillos en el cuarto, cuando estaba en la cama. Lo que ocurría después no requería descripción más detallada. Ordinariamente se producía entonces un intercambio de valores, pero mis grillos no se me pagaban en ese caso con tapitas de lata.

En el invierno íbamos a los campos de rastrojos, fuera de la ciudad, donde hacíamos reparar nuestros conejos. Luego venía el invierno, y los trineos eran sacados del sótano. ¿Qué vida entonces en el Linsenberg o en el viejo Windmühlen, cuando nos deslizábamos montaña abajo o nos entre

gábamos a verdaderas batallas de pelotas de nieve! Después de año nuevo, cuando llegaban los preparativos de carnaval, eran preparadas matraces. Luego se agitaba ruidosamente la vieja ciudad cuando marchábamos en bandas ente

ras por las estrechas calles y cantábamos, al ruido de las matraces. Y pasábamos alegres, exactamente como fue descrito en la vieja canción, “Vum meen

zer Bub”:

Un kimba erst die Fassenacht
Du duh er Kleeper schnitite
Hot gar e gross Vergiegeo dran,
Wann nach die Finge hitte.
Er hockt sieh uff e Nao vin Bobb
Un’m Vadder sel alt Narrekap!
Her jet! Juche! In Meene iガガ gar so sich!

En el verano se hacían excursiones casi todos los domingos. Como mi madre estaba siempre atareada y raramente podía acompañarnos, nos tomábamos los parientes bajo su custodia. No había todavía tranvías. Alguna localidad no tenía siquiera ligazón ferroviaria, de modo que la mayor parte de las excursiones se hacían a pie. Se iba por la Pariser Chausée a Hechtsheim y a Marien

born o a lo largo del Rin a Weisenau y a Laubenheim. Ocasionalmente íbamos con Peter a Nierstein, donde vivían los padres de su novia. Desde allí peregrinábamos hasta Oppenheim para visitar las ruinas solitarias de la vieja Landeskrone. A veces íbamos con uno de los pequeños botes locales a Biberich y pasábamos el día en el magnífico Schlosspark, cuyos rincones, con sus antiquísimos grupos de árboles, gustaban especialmente a mí tío Philipp. A menudo dejábamos la casa ya a las cuatro de la mañana y andábamos por el Taunus, primero a Kriftel, después a Grossen Feldberg. A veces íbamos en tren a alguna pequeña localidad, a la Bergstrasse, para emprender una caminata por Odenwald.

Las más hermosas eran las fiestas de pentecostés, que esperábamos durante semanas con impaciencia. Subíamos entonces a uno de los grandes barcos a ruedas hasta Rheingau y ocasionalmente hasta St. Goar. El largo viaje en el magnífico río, con sus montes amables, sus castillos rodeados de leyendas y las románticas ciudades pequeñas a ambas orillas constituyen todavía hoy para mí uno de los más bellos recuerdos de los años de infancia. Ordinariamente nos acompañaba el tío Rudolf en esos viajes, el cual conocía toda vieja leyenda. Y el regreso era maravilloso, cuando la luna estaba sobre los montes y el fulgor plateado animaba las obscuras olas. Un raro estado de ánimo me dominaba. Era como si se abriese ante mis ojos ilimitadas lejanías, y el misterioso rumor de las olas sonaba como la música de ese cuadro. En tales oclías el barco estaba lleno de personas alegres, y el tono era de satisfacción y de espontaneidad. Las viejas melodías de las canciones populares renanas resonaban por la noche estrellada y se grababan honradamente en nuestro tierno corazón. Con apacible alegría pienso todavía hoy en aquellos días desaparecidos que sobreviven en mi corazón como un esplendor dorado.

En los meses de invierno se reunía la familia entera todos los domingos por la tarde en la casa de mis abuelos. La vieja abuela Rocker era una mujer alta, de ojos inteligentes, algo socarrona, de la que se podía decir que no había caído de cabeza. Poseía un humorismo precioso, y cuando hacía una de sus breves observaciones y guiñaba ligeramente los ojos, se tenía siempre el senti-
el viejo ninguna buena palabra. Calificaba la unidad imperial como una “cita de las dinastías alemanas bajo el casco prusiano”, y era de opinión que una relación tan antinatural no podía llevar nunca a buenos resultados. Además tenía una declarada preferencia por Francia y consideraba la anexión de Alemán Lorraine como una desgracia europea.

En mi temprana juventud habitaban los abuelos en Kästrich. Esa misma casa había una posada distinguida, donde sólo se reunían las llamadas gentes de calidad. Había allí numerosos criados masculinos y femeninos que estaban y salían de la casa de los abuelos, pues pertenecían a la clientela de mi abuelo. Yo estaba con esas gentes en las mejores relaciones y disfrutaba en su círculo de un singular prestigio. Esto tenía su buen motivo, pues conocía desde jovencito una multitud de viejas canciones regionales y toda una serie de poesías humorísticas en el dialecto de Maguncia. Pero ante todo me eran muy conocidas las canciones callejeras de la ciudad vieja. Eran por lo general muy deficientes y de monotonia espeluznante.

Siempre que las buenas gentes podían tenerme a mano, me arrastraban a la gran habitación que servía de lugar de estar a los criados en sus horas libres, y comenzaba la exhibición. Cuando recordaba el “Campesino en el circo” o “Cuando Juan llegó al cielo” o por pedido especial “La canción del zapatero Beck” y otras piezas jugosas de la poesía callejera de Maguncia, relinchaba toda la banda y quería salirse de sí encantada. La hermosa canción “Adam hot Aier gelet, siwe un e halwer”, tenía que repetirla a menudo tres o cuatro veces seguidas. Cuando me ponía muy serio a mostrar mis perlas, estallaban todos de risa, y las representantes del sexo tenían que apretar contra su seno y me besaban de tal modo que casi me quitaban el aliento. El fin era siempre que volvía a casa lleno de obsequios, los bolsillos llenos de cruces y cargado de tortas, pastas y otras consueltas. En las pascuas recibía de mis protectores siempre una gran cantidad de colorados huevos de pascua y ningún de ellos dejaba de hacerme llegar en navidad un regalo. Puedo decir tranquiamente que mi primera aparición pública estuvo ligada a innumerables dulces recuerdos.

Las relaciones entre mi y mis hermanos eran muy distintas. Mi hermano mayor Philipp no estuvo nunca cerca de mí en los años de infancia propiamente dichos. No es que entre nosotros hubiese habido algún malentendido, pero él era cinco años mayor que yo. Cinco años tienen una gran importancia en los años infantiles. Cuando comenzó mi verdadero desarrollo, Philipp estaba ya absorbido por una multitud de cosas que no podían tener todavía para mí ninguna fuerza de atracción. Sus compañeros eran muchachos de su edad, siempre superiores a nosotros, los más pequeños, y nos trataban con un cierto menosprecio. Cuando les agradaba, se chascaban de nosotros de todas las maneras y nos hacían todas las jugarretas posibles; pero la relación no iba más allá. Así Philipp fue siempre para mí el hermano mayor, que pertenecía propiamente a los adultos. Recurrí a él más de una vez, le llamaba en mi ayuda cuando en mis querellas cotidianas con los otros muchachos, pero no podía ser de los suyos.

En cambio las relaciones con mi hermano Fritz eran tanto más estrechas. Este era cinco años más joven que yo. Pero había en este caso causas...
especiales que se expresaron en nuestras relaciones. Fritz fue una desdicha en su primera infancia. Nació cuando ya estaba marcada la muerte de mi padre y era un muchacho débil que daba grandes preocupaciones a mi madre. A los dos años se le presentó una grave enfermedad de la vista que casi llegó a la completa ceguera. Mi madre lo llevó a diversos médicos, pero la cosa no hacía más que empeorar. Hasta que al fin se pidió consejo a un conocido entubólogo en la vecina ciudad de Francfort. Este dio indicaciones para tratar los ojos del niño, y advirtió que una mejoría probablemente se produjese tan sólo entre el cuarto y quinto año de vida, pero que entonces llevaría gradualmente una corriente completa.

El pequeño tuvo un tiempo muy difícil. Como no podía percibir los contornos más que como entre sombras, no podía, naturalmente, participar en nuestras correrías al aire libre y quedaba generalmente en la gran habitación o fuera, en el patio, ocupado en sus juegos solitarios. Como mi madre estaba recargada de trabajo, nos correspondía a mi hermano mayor y a mí la tarea de llevar a paseo al muchacho cuando hacía buen tiempo. Por algún motivo, prefería él mi compañía. Probablemente porque yo era menor y estaba más próximo a él que Philipp. Así llegó poco a poco a estar enteramente bajo mis cuidados y se sentía a gusto así. Yo tenía compasión del pobre muchacho y me habitué al papel de protector. Dormíamos en la misma cama, y cuando traía yo alguna golosina a la casa, la compartía honradamente con él. A cambio de ello me testimoniaba una adhesión conmovedora y cayó por completo bajo mi influencia.

La predicación del médico resultó exacta. Apenas había llegado Fritz a los cuatro años cuando se inició una notable mejoría en su estado. Mi madre era más que feliz. Un año después se había restablecido plenamente su visión. Sólo habían quedado algunas manchas en ambos ojos, que no desaparecieron después nunca.

En los años de su enfermedad, nuestra relación se había vuelto tan íntima que el pequeño no quería apartarse de mí. Como a consecuencia de su dolencia no podía conquistar amigos de su edad, se sentía tanto más apegado a mí. De modo que Fritz, después de su curación sola acompañarnos siempre a los muchachos mayores y era bien visto por todos, pues poseía una cualidad que nosotros sabíamos apreciar: agradable. El pequeño conocía todos nuestros secretos y los guardaba fielmente. Cuando se había hecho alguna maldad y la sospecha recaía en nosotros, Fritz, naturalmente, era el primero en ser interrogado. Pero él hacía como si no pudiera contar hasta tres. Cuando se le presionaba mucho comenzaba a chillar y había que dejar de sonacarle.

No traicionaba a nadie.

El pequeño era, sin embargo, un pillastre. Como había estado habituado a ser protegido por mí y por mis compañeros de juego, aprovechaba esa circunstancia para aumentar de manera ilegal su caudal. Fritz era de opinión que la propiedad de los otros niños que no pertenecían a nuestro círculo, estaba mejor en sus manos que en las de sus propietarios eventuales, y desarrolló sobre ese reconocimiento singular, pero en todo caso provechoso, un método muy habilidoso para entrar en posesión de valores extraños sin dar nada en cambio. Si pasábamos por un lugar donde otros muchachos estaban dedicados a sus juegos dejando en tierra despreocupados sus mochilas con botones, castañas o bolitas, el picar hacía un tiempo de espectador tranquilo, siempre que supiera que yo y mis camaradas estábamos cerca. En cuanto creía llegar al momento favorable, recogía con sus manos todo lo que podía y echaba a correr como si el diablo fuese detrás. Y gritaba con todas sus fuerzas: “¡Rudl, auxilio! ¡El niño malo me quiere pegar!” En cuanto oíamos chillar a Fritz corríamos en su ayuda, y mientras cambiábamos con los rebundos pruebas convincentes, el pequeño ladrón ponía su botín en seguridad. Fritz poseía una cantidad de condiciones encumbrables. Y en ello no debía pasar en silencio ciertamente que mucho lo tenía que agradecer a mi educación, y que era un discípulo muy aplicado. Cuando yo, mientras estaba todavía medio ciego, lo llevaba a la calle y nos encontrábamos en alguna parte con otros muchachos, contaba lo buen chico que era mi hermanito. Se le podía meter tranquilmant en los bolsillos en la boca sin que mordiera. Los otros no daban crédito a la cosa y manifestaban toda clase de dudas. Entonces hacia yo la prueba y metía en la boca de Fritz mi dedo índice, que por lo general no estaba precisamente limpio. Fritz cerraba sus ojos medio ciegos y parecía la manzadurera personificada. ¡Pero ay del que fuera tan atrevido que repitiése con él el ensayo! Apretaba entonces los dientes como un lobo y no le soltaba antes de que yo le diese la señal para ello. Cuando después le eolgía-ba y le decía que había hecho bien su papel, se sentía orgulloso como un español y me aseguraba con entusiasmo que la próxima vez mordería más fuertemente. Era en verdad un muchacho alegre, que nunca dejaba de preparar a su hermano mayor una pequeña alegria.

Así se desarrolló entre nosotros una relación muy amistosa. Ibaamos siempre juntos. Fritz fue el muchacho de confianza de todas mis hazañas y me consideraba como un semidiós. Creía firmemente en mi estrella y fué seguramente el primero que estuvo convencido de que el destino me reservaba algo grande.

AÑOS DE ESCUELA

No puedo nunca comprender cuando oigo a seres de mi edad hablar de los gratos recuerdos de su período escolar. Claramente, también para mí están ligados los años de escuela a una cantidad de hermosos acontecimientos, pero lo agradable no se producía dentro sino fuera de la escuela. La escuela misma fue para mí siempre un espanto en mis años infantiles. Cuando se me ofrecía una oportunidad de escapar de la clase, lo hacía con voluptuosidad. Quiero confesar que el modo de educar se ha modificado desde entonces y se ha acercado más al sentimiento del niño. Pero en mi juventud la escuela popular, tal como la conocí, era un frío establecimiento de adiestramiento que no tenía ningún atractivo para niños con temperamento y condiciones independientes de carácter. Yo fui, pues, durante todo mi período escolar un mal discaipulo, y no proporcione ninguna alegria a mis maestros.

No es que fuese menos activo espiritualmente que los demás camaradas de escuela. Al contrario, para mi edad era bastante despierto y fui dotado por la naturaleza de una memoria notable, de modo que aprendía como jugan-
do de las cosas que a otros les ocasionaban fuertes quebraderos de cabeza. Pero eran justamente esos momentos de esparcimiento y diversión, esos días de descanso, cuando la maestra de la escuela se sentía más a gusto con sus alumnos. En aquellos momentos, la maestra no era más que una persona normal, alguien que podía sentarse en el suelo junto a sus alumnos y compartir con ellos sus historias, sus sueños y sus miedos.

Mientras tanto, en la casa de la familia de los Preussenbecker, había un ambiente muy distinto. Aquí, la maestra de la escuela era tratada con el mismo cariño y respeto que a cualquier otra persona.Todos se esforzaban por hacerle sentir que era un miembro más de la familia, alguien que había hecho mucha diferencia en su vida. Y así fue como la maestra de la escuela se sintió en casa, rodeada de amor y cariño.

La maestra de la escuela, con su espíritu vibrante y amable, se convirtió en un verdadero apoyo para los estudiantes. Aunque su trabajo era ser severo y disciplinario, siempre tenía tiempo para escuchar sus problemas y brindarles su apoyo. Era una persona que les inspiraba a todos con su dedicación y devoción.

Desde entonces, la maestra de la escuela se convirtió en un símbolo de esperanza para los estudiantes. Su bondad y compasión les enseñaron a ser personas de bien, a cuidarse unos de otros y a valerse por sí mismos. Y así, con su ejemplo, la maestra de la escuela se convirtió en un verdadero modelo a seguir para todos los estudiantes.
dado me lo enseñó a fondo. Le odiaba con todo el fuego de mi tierno corazón y me prometía solemnemente vengarme de él algún día.

Fue un gran día cuando terminó nuestro año de pasión y Preusenbecker se despidió silenciosamente de nosotros. Había se poblado —se entró a conocer en las clases superiores muy superficialmente algo de la historia de la Revolución Francesa, que tuvo una influencia tan grande en la vida de mi ciudad natal, se reducía todo a pocas líneas, que entre otras cosas contenían las siguientes flores: "De los jefes del nuevo gobierno, que hacían estragos como bestias salvajes, nombramos a Robespierre, a Marat y a Danton, luego al duque de Orléans, tan malo como cobarde, que voló por la muerte de su señor y pariente real".

Este pasaje, que se me ha quedado hasta hoy en la memoria, se encontraba literalmente en nuestro Real-Buch. No sólo es característico de nuestro maestro, sino también del magnífico aleman bürocrático en que nos era transmitida la sabiduría histórica. Podría mencionar una cantidad de frases idénticas que quedaron imborrablemente impresas en mi memoria; pero esa basta.

En toda clase se repetía la misma monotonia de la enseñanza, sólo que los objetos cambiaban y eran expuestos con otras fórmulas. De ese modo era sofocado en germen toda independencia del pensamiento, muerto todo impulso personal, extirpado de antemano todo estímulo para continuar desarrollando lo aprendido de una manera propia. Hay que maravillarse de que la gran mayoría de los escolares, después de un periodo de ocho años de escuela, no fuese capaz de escribir una carta medianamente razonable.

La culpa no la tenían solamente los maestros. Todo el sistema era responsable. Entre mis maestros había un gran número de gentes razonables, pero eran excluidos de determinados métodos, que hacían imposible toda acción independiente. Además cada uno tenía su inocente y justo distinto modo de instruir racionalmente. El maestro estaba forzado a hacer pasar por los exámenes anuales a cierto número de sus educandos, si no quería perder su puesto. Además los maestros eran muy mal pagados y estaban sometidos a la gracia o el desfavor del sistema dominante.

Así ocurrió que no pude tomar gusto alguno a la escuela a pesar de la mejor voluntad. Simplemente no tenía materia para hacer el papel de niño modelo y agradecía al destino por ello. En mis años escolares había pocos niños que hayan querido realmente la escuela. La mayoría se adaptaba a ella como a un mal inevitable. Odiábamos la violencia que se nos imponía, era distinto sólo el modo en que el individuo reaccionaba contra ella. Algunos inventaban toda suerte de subterfugios para escapar a una tanda y alcanzaron una gran habilidad. Otros se esforzaban menos y recibían en cambio como contrapeso su razón diaria de golpes.

Durante todo mi periodo escolar no he conocido más que un verdadero escolar modelo. Era un tal Ferdinand. Daba la apariencia de estar relaminado. Su cabello no estaba nunca despeinado, su raya estaba como trazada a regla. Siempre que se le encontraba, su cuello estaba blanquísimo, su indumentaria no estaba nunca rota o manchada. Su rostro no estaba nunca arañado, sus manos siempre estaban limpias. Sus libros escolares no tenían orejas de burro. En sus cuadernos ni siquiera con lupa se podía descubrir un berrín. Siempre que le veía se me revolvía el bilo. Me he esforzado todo lo que pude por infundirle un modo de vida mejor, tratando de desahazar su peinado o dejando
las impresiones digitales en su cuello, lo que habría encantado a todo policía secreto. Pero no había nada que hacer. No se defendía y decía solemnemente: "Te juego que me dejes en paz, Rudolf. Eso no está bien en ti," y me miraba tan impúber que tenía que dejar de pegarle. ¿Qué se podía hacer con semejante engendro?

Ferdinand hablaba siempre muy rebuscadamente y claudia expresarse en el llano y sincero alemán callejero de Maguncia. Cuando entonábamos en la calle la hermosa canción del Schuster Beek, se ponía rojo como una vieja señorial. En la escuela estaba siempre inmóvil en su puesto y seguía las palabras del maestro con una atención como si nos contase una historia de Schinderhannes. Cuando el maestro hacía una pregunta, Ferdinand era el primero que levantaba la mano. Parecía haber estudiado de antemano todas las preguntas, para no fallar en la exacta respuesta. Cuando el maestro le golpeaba benévolo en la espalda, y decía: "¡Sí, Ferdinand, éste es un muchacho magnífico que triunfará en la vida!" irradia su rostro como si patara por él el Espíritu Santo.

Siempre que llegaba yo algo desmeñado a la escuela y el maestro me recibía con la predica punitiva habitual y la acompañaba con demostraciones palpables, me presentaba a Ferdinand como modelo, enseñaba sus manos limpias, su cuello blanco y su raya impecable. El maestro podía decir lo que quisiera. Cuando salía de casa por la mañana, yo estaba tan limpio como Ferdinand, pues mi madre se cuidaba siempre de que nuestro cabello estuviese peinado, nuestros cuellos limpios, nuestros zapatos limpios y la indumentaria bien cepillada y remendada. Pero en el camino a la escuela tenía siempre que enfrentarme la cantidad de asuntos urgentes, que no se conocían con mi apariencia exterior.

Todo muchacho decente me testificaría que cuando se desliza uno desde los techos, cuando se trepa a los árboles, cuando se entra en los canales, cuando se ayuda al herrero en el trabajo, cuando se cavan zanjas, cuando se pelea con los otros chicos, cuando baja uno de la montaña sentado, cuando se ayuda a los pescadores a dar tea a los botes y cuando se ha ejecutado una cantidad de trabajos idénticos de utilidad común, no se puede siempre apreciar como para ir a un salón. Por desgracia mis educadores no tenían la menor comprensión de mi actividad bienhechora, incluso la despreciaban de manera incomprensible, y así nunca podrían, naturalmente, ser justos conmigo.

Cité aquí un episodio alegre de mi período escolar. Tenía aproximadamente once años cuando el maestro Vries vino a nuestra clase. Vries era el maestro alemán típico de aquellos días; también exteriormente podía hacer notar su oficio. Era estrecho de hombros, tenía largas piernas ahuecadas y su cara era como si las dos mejillas quisieran besarse en la boca. No puedo afirmar que yo lo quisiera mucho. La cosa era recíproca, pues también él sentía hacia mi cierta repulsión, que me hacía palpar casi diariamente. Un día se le había puesto una rata en el armario. Cuando abrió la puerta sin ninguna prevención, el animalito excitado corrió al medio del aula. Vries subió de un salto al taburete que había en su tablero. En la clase hubo un escándalo tremendo, hasta que el maestro ordenó a uno de los muchachos que abriese la puerta del aula, con lo que la rata corrió hacia afuera.

Comenzó luego una gran investigación, pero los muchachos se mantuvieron firmes; existía entre nosotros una especie de francmaronería, y los traidores no eran tratados con blandura. Cuando el maestro no pudo sosnar nada a nadie, me tomó de repente de la oreja izquierda y me arrastró del banco: "Veo aquí, querido —me gritó—, el corazón me dice que el cazador de ratas estás tú. Y me curtió la piel según todas las reglas del arte. Era una injusticia, pues no se debe castigar nunca a un ser humano mientras no hayan sido establecidas sin lugar a dudas todas las pruebas de su culpabilidad. Casualmente había oído mano al causante de la bruma y en este caso al menos no se hizo culpable de ninguna crimen judicial.

Había visto la rata al ir a la escuela por la mañana en una trampa en casa del herrero Theiss en Torweg. Como creí que quizás tendría algún empleo para ella, tomé la trampa en mi mochila escolar y me la llevé al armario del maestro. No tuve en ello ninguna mala intención y sólo quería ver cómo saltaba Vries con sus largas piernas. Había, pues, en cierto modo también un ensayo científico por objetivo.

Desde entonces existió una relación bastante tirante entre mí y el maestro. Esa relación se volvió después más desfavorable, pues Vries me descubrió un día cuando leía a escondidas durante la lección el libro del capitán de bandidos Schinderhannes. Desde entonces me llamó sólo Schinderhannes y me profetizó que terminaría seguramente en la horca. Como Ferdinand era el muchacho modelo de la clase, yo fui desde entonces todo lo opuesto y era mencionado a los niños en toda ocasión como ejemplo aterrador. No puedo afirmar que con ello haya sufrido mi buen nombre. Al contrario, la mayoría de mis compañeros de escuela me miraban con cierta admiración, pues no a todos se les había predicho un fin tan seductor. Pero yo tuve que preocuparme de entonces de imaginar nuevas travesuras para que mi prestigio no fuese dañado.

Quisiera recordar un día pasamos por delante del Wüschbrückchen en un paseo con mi madre junto al Rhin. Era una ancha barca de hierro con diversos compartimentos, sujeta a la tierra por un largo cable. En el verano las mujeres pobres de los alrededores solían lavar allí su ropa. Estuvimos un tiempo de pie y observamos desde tierra a las mujeres. Una niña de unos tres años corríace en la cubierta de la barca mientras la madre hacia su trabajo. De repente se resbaló la pequeña y cayó de cabeza al Rhin. Sin reflexionar, saltó hacia la criatura, la tomó por el cabello y la saqué a tierra. Había allí ya una aglomeración de gente, pues la madre de la niña estaba desesperada hasta el punto del llanto. Naturalmente fue elogiado por todos. Me estrechaban la mano y especialmente la madre de la pequeña no sabía cómo agradecerme.

Al día siguiente los periódicos hablaron de mi supuesta hazaza. Sin embargo la cosa apenas merecía que se hablase de ello. Yo era un excelente nadador y no me encontré en ningún momento en verdadero peligro.

Poco después me obsequiaron la ciudad con una medalla conmemoratoria, que me fué entregada solemnemente en la escuela. En esa ocasión tuvo que hacer un pequeño discurso el maestro Vries para poner de manifiesto mi gesto. Imagínese el cuadro: ¡Schinderhannes como salvador de vidas! Apenas daba crédito a mis oídos cuando le oía hablar. ¡Ni el muchacho modelo
Ferdinand había sido jamás ensalzado de tal modo! Cuando oí de labios del maestro lo buen sujeto que era, volvi a llenarme de esperanza para el porvenir y creí que quizás lograría escapar felizmente de la horribilísima suerte que me había reservado la suerte. Fué la continuación de la misma monotonia gris, condensada por algunos días, para inculcar en mi la seriedad de la vida. Sin las correrías libres fuera de la escuela, que nos habían asegurado de toda mala suerte, los años de escuela hubieran sido difíciles de soportar. El tiempo más hermoso sería el de vacaciones. Nos sentíamos entonces felices y liberados de toda carga y disfrutábamos de la vida plenamente. Pero cuando se acercaba el momento en que volvían a iniciarse las clases, se extendía como una sombra sobre nuestras almas jóvenes, y la coacción férrea se nos hacía doblemente pesada.

Cuando tenía aproximadamente nueve o diez años, nuestra ciudad fue teatro de una gran inundación. Las partes bajas de la ciudad se cubrieron por completo de agua, que casi llegaba a la entrada de la catedral. Centenares de familias tuvieron que huir de sus domicilios y fueron alojadas en los edificios de las escuelas públicas. Pero para nosotros la catástrofe fue un acontecimiento alegre, pues nos libró durante dos meses de la enseñanza escolar. Siempre que la primavera llegaba y aumentaba el nivel del agua, nos acercábamos todos los días a las escuelas al Río. Cuando los días eran menos grados había subido el agua. Cuando luego decrecía la corriente y no se producía la helada inundación, nos sentíamos amargamente desilusionados y maldecíamos el destino que había burlado nuestras esperanzas.

Para desesperar de los recuerdos de mi período escolar, tengo que mencionar a un hombre que nos amargó bastante la vida. Era el maestro de deportes Jost. Para nosotros, muchachos salvajes, que no retrocedíamos ante ninguna proezza, la enseñanza del deporte había debido ser sumamente atrayente. Y tal fue mientras estuvimos bajo el mando de Jost, un hermano de mi primer maestro. Pero cuando se nombró para esa enseñanza a un antiguo oficial, la alegría del deporte desapareció por completo.

Ese Jost era un verdadero tirano, que nos trataba como a sus pobres reclutas en el campo de ejercicios. Los odiábamos como a la peste, y le aplicábamos entre nosotros el peor moho de que disponíamos en nuestro dialecto, y no había pocos. Jost era un hombre vigoroso, alto, con barba rojiza y rasgos brutales, y además un bebedor; su vida era un verdadero furor cuando cesaban en él los efectos del alcohol. En su crueldad no era un tonto, sino que era lo que se llama un verdadero desviviado. Despues de eso, era simplemente un palurdo que, con su bastón, que no dejaba de mancharse, golpeaba a cualquier parte, en la cabeza, las espaldas, las piernas, las asentaderas. Nos daba los apodos más vulgares, que eran familiares en su carrera de adiestrador de soldados; nos reían y pegaba todo el día y nos convertía la vida en un infierno.

De cuando en cuando se hacía tan palpable en él el efecto de una noche de bebedor que durante horas enteras se quedaba inmóvil en una silla y no tenía siquiera fuerza para pegarnos. No se movía, se quedaba con los ojos cerrados y apetecía como una garrafa. Pero tales días eran raros, sino que daba sin diferencia a cualquiera que se le pusiera a mano.

Un día —era poco antes de la muerte de mi madre— tuvo la desgracia de escatrar una vez más su placer. Me tomó del cabello, me arrastró por el suelo y me golpeó salvajemente. Cuando al fin me soltó, salté hacia la puerta y me golpeó por fuerza. Pero antes de que pudiera abrir la puerta, me echó mano de nuevo, tomó mi cabeza entre sus muslos vigorosos y me propinó una granizada de golpes. En vano intentó desesperme de la garra de hierro del bruto. Mi resistencia no hacia sino irritarme más y me pegó como a un loco. Logró hincarme los dientes en el muslo izquierdo, y me mordía con toda la fuerza que me daba la desesperación. Aulló y gritó: "¡Quiere soltar, pobre puercito!" Pero yo hundía más mis dientes en sus carnes. No lo habría dejado aunque me hubiese matado a palos. Tuve el ojerizo sentimiento de que había cometido algo terrible, pero en mi situación espantosa me era todo igual. Algojó la presión de sus muslos y quedé libre. Me puse de pie de un salto y corrí a la puerta. Esta vez no intentó siquiera impedir mi fuga de la sala.

A la mañana siguiente me acompañó el tío Rolf a la escuela y pidió hablar con el director. Éste intentó al comienzo proteger a Jost. Pero cuando me vi cuadro de marcas sangrientas, se puso de repente serio y prometió que investigaría el asunto. Así quedó, pero Jost no volvió a pegarme. Sin embargo, el estado de mi fuerza continuó. Tan sólo cuando se acumularon las quejas contra el borracho brutal, fue trasladado a otro lugar.

Todavía es incomprendible hoy para mí que se pueda confiar la educación de los niños a tal sujeto. Pero en mi infancia la severidad era lo esencial de la educación. Los niños no se atrevían a quejarse, pues creían que la escuela y los padres eran inapelables y ante todo porque hallaban poca simpatía en los adultos. Ciertamente, fenómenos como Jost y Preussenbecker eran también excepciones, pero la concepción general de la educación favorecía la acción funesta de tales bestias.

Cuando echo una mirada a mi período escolar, tengo la convicción de que el germen del mal estaba en que los niños eran tratados más como objetos inanimados que comos seres vivos. Se olvidaba que hay en todo niño condiciones y cualidades especiales, que el educador debe descubrir para orientar de acuerdo a ellas su actividad. Un educador no aprende nada de sus discípulos, no es apropiado para su oficio. En todo niño sano se esconde una suma de cualidades preciosas que deben ser cuidadas con esmero, para que puedan desarrollarse poco a poco en un todo orgánico. Pero eso sólo es posible cuando el niño no sirve al educador de conejo de experimentación para sus planes preconcebidos, sino que está a su lado como auxiliar y colaborador.

Toda acción tiene por base un cierto objetivo. Si quieres crear algo, tenemos que ir guiando el ojo por la obra terminada, antes de poner la mano en su ejecución. Pero frente al niño no se tenía ni siquiera hoy...
múltiples veces esa concepción de las cosas. En lugar de esclarecerle en todo caso el objetivo de la enseñanza y estimular su necesidad de conocer las cosas, se atiborra el espíritu infantil con fórmulas muertas y conceptos superados, cuyo propósito no entiende y cuya presión violenta es sentida por él sólo como concesión penosa.

En lugar de tamizar cuidadosamente las cualidades naturales y las condiciones del niño y secundarlas con los tesoros de la cultura heredada, se empeña uno en alimentar en los tiernos cerebros una multitud de cosas muertas que son extrañas a su naturaleza y obstruyen artificialmente toda independencia natural del pensamiento. No se educa, se instruye; y se persigue tanto en los planes prescritos hasta que no queda nada de la personalidad humana. Así la escuela se convierte muy a menudo en asesina del carácter y en devastadora de toda dignidad. Ese fue el verdadero motivo por el cual la escuela me fue tan odiosa y me dió siempre, personalmente, la impresión de una cárcel.

PRIMERAS LECTURAS Y ROMANTICISMO

Tenía aproximadamente diez años cuando me dispuse a penetrar en los misterios de la literatura. Uno de mis mayores amigos de la escuela, un cierto Karl Riedel, me había prestado un libro terriblemente graso y desmenuzado que tenía el título de Negros y Blancos. El nombre del autor hace mucho que se me fué de la memoria. En la cubierta de color había pintado un negro atado a un árbol y azotado por un blanco terriblemente. Los rasgos descompuestos de la víctima y la expresión brutal, despiadada de su torturador se grabaron profundamente en mi alma. El pequeño escritor describía un episodio del tiempo del comercio de los esclavos negros, cuando los cazadores de hombres penetraban en las aldeas del África occidental y arrastraban a sus habitantes a los barcos para venderlos en los mercados de esclavos de América a los propietarios de plantaciones. Aquel relato me causó una honda impresión. Mi corazón se apenó en viva compasión por las víctimas negras. Odiaba a los ladrones blancos con todo el fuego de mi alma infantil inocente, porque en su codicia desalmada destruirían la vida de hombres sin culpa alguna y hacían de su desgracia un negocio. He leído el maltratado libro al menos una docena de veces y en mucho tiempo no quise tener otro libro en mis manos.

Mis primeros ensayos fueron dos historias de indios del lejano West. Una se titulaba Weatherford o la decadencia de los indios creek, la otra En la aldea de la arcilla roja. Después he devorado formalmente una gran cantidad de relatos de ese estilo. Había en mi juventud una editorial Julius Bagel en Mülheim junto al Rin, que editaba una serie infinita de historias de indios y de pájaros en pequeños cuadernos de 25 peniques cada uno, los cuales tenían un amplio mercado entre la juventud escolar. Cada edición pasaba a menudo por treinta o cuarenta manos, hasta que desaparecía literalmente en fragmentos.

Una honda impresión dejaron en mí dos obras mayores, una sobre el cacique indio Tecumseh, la otra sobre Pontiac, el audaz jefe de los ottaweres, que tenían un fundamento histórico. También Daniel Boone, el pionero de Kentucky pertenecía a ese clase de obras. Después cayeron en mis manos los Corredores del bosque de Ferry y Medias de cuero de Cooper, que excitaron poderosamente mi imaginación infantil. Medias de cuero fué el libro favorito de mis años de infancia. Podía recitar de memoria largos capítulos de él.

Entre tanto ley una cantidad de historias de piratas y algunas de aquellas interminables novelas de baja categoría que en mi juventud tenían vasta difusión en el pueblo. De ellas me interesó especialmente el libro de un cierto Södermann, que tenía esta magnífico título: Rinaldo Rinaldini, el mayor capitán de bandidos del siglo XVIII; su vida y sus hazañas y los de sus compañeros a los misterios de los Atrazos.

Como a todos los muchachos dotados de imaginación, las lecturas me incitaban a la imitación. Junto con mis camaradas hacia gorros con hornos, chapas de barba y cuclillos de madera para desollar. En el verano nos llamamos a la vieja Offiziersgarten junto al Münchnerwehr o al Gonenseinwald, donde se libraban batallas completas con las tribus enemigas. En aquellos años, estaba firmemente decidido a emigrar a América cuando fuese mayor y adquirir allí a una tribu de indios o dedicarme a la vida libre del cazador de martas. La mayor parte de mis pequeños camaradas estaba animada de idénticos deseos. Éramos adversarios convencidos de la civilización, donde todos los días hay que lavarse y peinarse, ir a la escuela, utilizar el paño y hacer mandados para los adultos. Con mucho anhelo soñábamos con las praderas infinitas y las selvas del lejano West rumorosas, a donde no había llegado la peste de la cultura y donde todavía se podía desollar a los enemigos, sin ser molesta-

dos por la policía.

Pero cuando después leí los viajes audaces de los filibusteros rojos, sobre el Capitán Kidd y sus temidos bucaneros, me entraron ligeras dudas si no era quizás mejor preparar un barco pirata para dedicarme a volver innumerables a los mares españoles. Luego vinieron las impresiones del libro de Rinaldini y los viejos planos quedaron un tiempo en segundo término. Decidíamos más tarde formar una gran gavilla de bandoleros, sólo que no podíamos convenir si habíamos de ejercer nuestro suntuario oficio en Alemania o en Italia. Hasta que convenció a mis camaradas de que para cada uno de nosotros era una causa de honor permanecer en Alemania mientras estuviese vivo Preus senbecker. Esa razón era tan persuasiva que emudecieron las ulteriores discusiones.

Mi entusiasmo por el noble oficio de bandolero fué considerablemente acrecentado por un acontecimiento que me hechizó durante muchas semanas. Mi hermano Philipp tenía una inclinación invencible hacia el teatro y soñaba especialmente con la ópera. Tenía en verdad una magnífica voz y podía cantar de memoria largos textos de óperas. En la casa próxima vivían algunos artistas y cantores para quienes Philipp solía hacer mandados con frecuencia. Como recompensa solía recibir entradas gratuitas para el teatro de la ciudad, donde se le podía encontrar toda noche de los domingos en las galerías. Gracias a mi hermano tuve ocasión de ir dos veces al teatro.

La primera obra que vi fué Frelschütz. La música de la ópera romántica
de Weber no causó entonces en mí gran impresión, pero sí en cambio la escena de espectros en el Wölfschacht, que inició poderosamente mi sentido aventurero. Algunas semanas después me regaló Philipp una entrada para la presentación del drama de Schiller Los bandidos. Las impresiones de aquella noche se han vuelto para mí hasta hoy inolvidables. Estaba como hechizado en mi asiento y seguí con la acción con atención fabril. Apenas me atrevía a respirar. Ovidio completamente que sólo era una realidad teatral lo que pasaba ante mis ojos. El campamento de los bandidos en el bosque y la canción Ein frohes Leben führen wir, tuvieron tanto efecto en mi imaginación juvenil que con gusto habría saltado a la tribuna para adherrirse a Karl Moor y a su banda. Luego la lucha con los soldados, las escenas nocturnas en el bosque, cuando Daniel penetra en la Torre del Hambre para alimentar al viejo Moor y el asalto de Schweizer y de su banda al castillo del noble. Estaba formalmente embaragado de entusiasmo. Nunca ha visto en sus muros el teatro de la ciudad de Maguncia un espectador más agradecido.

No pude dormir en toda la noche y soñé con los ojos abiertos con los bosques bávaros, con la vida libre y magnífica de los bandidos y con Karl Moor y sus valerosos compañeros. Al día siguiente corrí a ver a Peter y le pedí el primer tomó de las Obras de Schiller. Fué el primer trozo de literatura clásica que leyó mis manos. Con ojos ardientes devoré cada línea del drama y viví enteramente en el espíritu de Karl Moor y sus audaces hazañas. Sólo al miserable Spiegelberg le odié fundamentalmente, casi más que al "dulce hermanito" Frans, porque se apartó del noble bandolerismo y lo rebajó a la condición de vulgar negocio de ratería. Pero Schweizer y Roller eran otra cosa. Sentían el honor en el cuerpo y apreciaban las prescripciones del sublime oficio.

Naturalmente leí a mis amigos Los Bandidos y lo hice con entusiasmo tan salvaje y con tao ejemplo de fuerza pulmonar que el efecto fue irresistible. Queríamos ser bandidos. En eso no había nada que cambiar. El mundo debía conocerlos; los pobres diablos debían saber que todavía existían para ellos vengadores y protectores que se apiadaban de sus sufrimientos como Schindernhannes, Rinaldo y Karl Moor.

Se produjo entonces de repente un acontecimiento que volvió a dirigir nuestros planes para el porvenir hacia los viejos carriles. Tendría aproximadamente once años cuando llegué a Alemania Buffalo Bill con sus indios, cazadores, cowboys y hice una visita también a la vieja ciudad de Maguncia. Su llegada fue anunciada con varias semanas de anticipación. Todas las cartereras estaban cubiertas de enormes anuncios, en cuyo centro aparecía el retrato del valiente explorador. Afredador se veían escenas del West salvaje: índios que asaltaban una diligencia postal o una casa, cacerías de búfalos y hombres cobrizar que humaban las pipas de la paz ante las fogatas con sus amigos blancos. Imagínense: ¡dóndolos indios, cazadores, correderos de los bosques! Estábamos marcados. Si un incendio hubiese amenazado la ciudad o un terremoto hubiese destruido media Europa, la impresión no habría sido ni la mitad de grande.

Cuando llegó finalmente la fecha en que Buffalo Bill debía llegar a la ciudad, esperamos horas y horas en la estación hasta que entró el tren especi-
anidad en una vieja caja de hojalata. Al regresar me aseguraron los dos amigos que era el juramento más soberbio que habían oído jamás. Este elogio fué bien merecido, pues me había esforzado realmente en su redacción y había creado una obra que me causó más alegría que todo lo que he escrito en los años ulteriores.

Pobre Jean! Sus huesos no quedaron en las lejanas praderas justo al Rio Grande, sino en alguna fosa junto a Verdan. Pero Louis no ha salido nunca de sus muros de su ciudad nativa. Cuando hace muchos años llegué por primera vez a Denver, visité el tumba de Buffalo Bill, que está en una hermosa colina. Y pensé allí en los dos amigos juveniles y en los desaparecidos días felices que persisten en el recuerdo como una vieja leyenda de tiempos lejanos.

He leído desde entonces mucho sobre la influencia perniciosa de la llamada literatura de baja rabia en el espíritu de la juventud. Pero yo creo que en este aspecto se exagera mucho y se llega a veces a generalizaciones que no siempre son consistentes. Quiero conocer que la especie actual de esa clase de literatura, con sus exposiciones dirigidas simplemente a la técnica del crimen, no puede tener buen efecto en la juventud. Esto lo he visto especialmente claro en mi permanencia en América. Pero no se puede arrojar todo sin distinción en una olla. Aquella literatura de mis años de infancia tenía muchas veces un fuerte sello social. Ante todo tenía por fondo un cierto romanticismo que alentaba la imaginación infantil. Era lo aventurero que no me atría, lo que se imprimía más hondamente en el espíritu. Una literatura de mejor calidad apenas nos habría estimulado en aquellos años.

Tal vez hemos derrochado mucho tiempo precioso en la lectura de esas historias disparatadas. Pero debo confesar que tengo algo que agradecerles. Cuando me sumía en alguna historia de indios, echaba siempre mano al mapa, para establecer dónde tenían lugar sus sucesos. De ese modo me apropié de una cantidad de conocimientos geográficos que la escuela no podía darme nunca. Conocía las tierras de caza de todas las tribus indias, todos los ríos, lagos, montañas y fronteras nacionales de América desde el Cabo de Hornos al estrecho de Bering. Fueron las historias de los indios las que me alentaron tempranamente a la lectura de buenas descripciones de viajes. En una palabra, no puedo afirmar que mis primeras lecturas hayan dejado en mi una mala influencia.

También mis otros compañeros de juegos, en tanto que no han desaparecido después de mi ambiente, han llegado a ser hombres capaces y útiles. Fueron justamente aquellos muchachos espiritualmente activos y más despiertos que los hallaron más alegría en la lectura de aquellas historias. Sin duda ocurría esto porque ofrecían el mejor alimento a su demanda de lo extraordinario.

DEL SEXO DÉBIL Y OTRAS COSAS

Era un fenómeno típico de mis años de infancia que las muchachas y los varones estuviesen severamente aparte y no jugasen nunca juntos. El que iba con una guans a nieve — así llamábamos a todas las muchachas sin distinción — era a nuestros ojos un sujeto blando, insulso, apaleado ocasionalmente para llevarlo por mejor camino. Si eso no bastaba, lo dejábamos de lado y evitábamos todo trato con él. Un joven a quien se viera en la calle con una muchacha, si no se trataba de una hermana suya, perdía entre sus camaradas el buen nombre. Lo notable en esto es que no éramos alentados nunca por los adultos a semejante comportamiento. Ni mi madre ni mis parientes me habían impedido jamás el trato social con el otro sexo. Era simplemente la costumbre mantenida por todos severamente sin que nos diésemos cuenta de ello.

Ese singular fenómeno tenía su base probablemente en la diferencia de la educación casera. Las muchachas tenían que ayudar a la madre en los quehaceres de la casa y tenían desde temprano que cocinar, lavar, remendar y hacer otros trabajos caseros, mientras los varones podían jugar libremente fuera. En realidad en mi juventud no conocí a ninguna muchacha de mi edad que pudiera nadar, andar a golpes, trepar a los árboles, arrojar piedras o alguna cosa que estuviese ligada a mayores esfuerzos corporales. En su tiempo libre se entretenían con sus muñecas, jugaban a la pelota o habían en coros que acompañaban con determinados cánticos. En algunos de esos cánticos se expresaba claramente la oposición interna hacia el otro sexo, como por ejemplo en la canción tan cantada entonces:

Marielen, as enfém eine Stein, einen Stein, ein Stein.
Di, kaate sich ihr goldenes Haar, goldenes Haar, goldenes Haar
Und als sie damit fertig war, fertig war, fertig war,
Die fing sich an zu weinen, weinen, weinen
Marielen, warum weinest du, weinest du, weinest du?
Ach, weil ich heut sterben muss, sterben muss, sterben muss!
Da kam ihr Bruder Karl bisch, Karl bisch, Karl bisch
Der Steck, Marielen in das Herz, in das Herz, in das Herz.
Marielen war ein Englein, Englein, Englein, Englein;
Der Karl, das war ein Bengelein, Bengelein, Bengelein.

En estas circunstancias era muy natural que las muchachas y los niños se desarrollaran aparte unos de otros, pues entre ellos no había ningún punto de contacto. Pero nosotros observábamos con jactancia viril al sexo débil y agradecíamos al destino porque no teníamos que andar por el mundo con falsas.

En mi juventud había una cantidad de pequeños artesanos en Maguncia. Los grandes establecimientos eran raros, y éstos se encontraban casi todos fuera de la ciudad. No lejos de Mombach había una gran fábrica de conservas, que daba ocupación a unos centenares de hombres y de mujeres. Era administrada por el Estado y producía artículos alimenticios para la guarnición. Había una fuerte prevención contra las obreras que tenían que ganarse allí su pan, y las muchachas jóvenes que trabajaban allí eran calificadas en

1 Estaba Mariquita sentada en una piedra, en una piedra, en una piedra. Se pelaba su cabello dorado, su cabello dorado, su cabello dorado. Y cuando hubo terminado, terminado, comenzó a llorar, a llorar, a llorar, Mariquita. Por qué lloras, por qué lloras, por qué lloras? ¡Ah, porque hoy debo morir, debo morir, debo morir! Llegó entonces su hermano Carlos, su hermano Carlos, su hermano Carlos, Le pidió a Mariquita el corazón, el corazón, el corazón. Mariquita era un ángelito, un ángelito, un ángelito; Carlos era un pilloleí, un pillasleí, un pilloleí-teí.
labios del pueblo casi generalmente como criados de servicio. Existía también en el llamado Bockblos un gran taller, en el que se construían vagones ferroviarios. La mayoría de la gente allí eran obreros sin oficio de las localidades circundantes. La oposición entre los artesanos y los verdaderos obreros de fábrica se advertía entonces muy fuertemente.

En la ciudad misma había muy pocos grandes talleres, como por ejemplo las fábricas de muebles de Rouch y Rembe, pero en ellas trabajaban casi sólo artesanos, pues la división del trabajo en el sentido actual era desconocida todavía. Pasaba como principio firme que un joven tenía que aprender un oficio y después de terminado el aprendizaje debía recorrer el mundo para perfeccionarse. El obrero sin oficio pasaba por inferior y no tenía nada que hacer. En realidad no hubo entre mis viejos amigos de juventud uno solo que después del periodo escolar no entrase a aprender un oficio con algún artesano.

En los pequeños talleres dominaba un espíritu muy distinto del de los grandes establecimientos con su severa disciplina y su modo monótono de trabajar. Es verdad que la jornada era bastante larga. Se trabajaba por lo general desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde. En ese lapso había una hora para el desayuno, una hora a mediodía y una media hora en la tarde. Pero el trabajo mismo no era ni de lejos tan extenuante como en los grandes talleres. Ofrecía rica variedad y presentaba toda suerte de exigencias al pensamiento independiente del obrero, de manera que éste sentía todavía alegría en su obra. Además la vida en los pequeños talleres era bastante libre. Las gentes hablaban unas con otras en el trabajo o entonaban canciones colectivas y no tenían ningún presentimiento de la fría obediencia de cuartel de la moderna fábrica. El maestro trabajaba junto con sus encargados y como las divergencias de clase no estaban tan señaladas como hoy, existía entre ellos una relación humana, que ahora se encuentra sólo raramente.

El conocimiento de su oficio daba al artesano una cierta independencia, que contribuía mucho a su dignidad personal. No es ninguna casualidad que el naciente movimiento socialista haya encontrado sus mejores fuerzas preferentemente en las filas de los artesanos. Comparados con sus colegas de los grandes establecimientos, eran sin duda el elemento espiritualmente más activo, abrazó las nuevas ideas más profundamente y continuó elaborándolas con independencia.

En la vieja Münstergase, donde vivíamos nosotros, había en mi juventud una cantidad de pequeños artesanos. Para nosotros, los muchachos, era siempre una alegría especial poder realizar en los talleres ciertos trabajos o hacer algunos útiles de algún modo. Cuando yo podia tirar del fuele en casa del herrero Theiss o contemplar la forja, ver cómo marchaban las piezas, me pálpitaba más fuerte el corazón. Era un cuadro precioso cuando saltaban las chispas y los martillos daban en el yunque. El viejo herrero era iluminado entonces por el resplandor rojizo, y las figuras nervudas de los herreros parecían seres del mundo infernal. Cuando volvía luego a casa, con el rostro tiznado y la indumentaria llena de grasa de carros, se echaba mi madre las manos a la cara y la abuela rezongaba sobre el pequeño salvaje que le daba tanto trabajo. Sólo el buen Peter sonreía apacible y decía conciliador: "Deja que el muchacho se divierta! ¡El lavado es más barato que una cuenta de hilo!"

El viejo Theiss tenía una familia numerosa. Su hijo menor, Heinrich, era mi camarada de escuela, de modo que yo iba a menudo a la herrería cuando mi madre lo consentía. Por el hermano menor del viejo Theiss sentíamos una admiración idólatra. Era un hombre de aspecto con rasgos del rostro atrevidos y una hermosa barba. Cuando bajaba por la calle en los fríos más extremos con la camisa arremangada, el pecho vendido al descubierto y el mandil atado a la cintura, desplorábamos siempre que no se hubiese marchado con los piratas. Era para nosotros indubitable que Theiss era el hombre más fuerte de la ciudad. Algunos eran de opinión que el barquero Glaubrecht, a quien faltaba el ojo derecho, podría medirse con él, pero yo había recibido chismorreos de ambos y sabía por experiencia que Theiss era más vigoroso.

Sobre Theiss circulaban en nuestro ambiente las historias más singulares, y nadie sabía quién las había inventado. Así nos contábamos que por orden del Gran Duque fué de espadas, a media noche, hasta la última tumba del cementerio y tomó allí un puñado de tierra. Cuando llevó la tierra al Gran Duque, éste habría dicho: "Theiss es un hombre valiente; no necesita ir con los prisioneros". Ir con los prisioneros significaba en nuestro lenguaje ser soldado. Era en verdad un buen hombre el herrero Theiss. Ciertamente, alguna vez me cortó la piel, pero nunca sin motivo. Y nunca me ha guardado rencor. Me llamaba siempre con cierta benevolencia Rudolf el pirata, de lo cual me sentía muy orgulloso.

También al tonelero Berle, en la casa vecina, me hice útil a menudo. En su taller se cantaba todo el día. Era una alegría ver a los oficiales en sus banquetos húmedo, cómo preparaban las tablas de roble con sus herramientas y cómo movían los brazos al ritmo del canto. El tonelero Berle era por lo demás el único de nuestros vecinos que no se permitió nunca tener las manos largas costumbr. Era un hombre paciente y no se ponía nervioso por las divergencias de opinión.

También estaba en las mejores relaciones con los carpinteros y los techadores. Al molinero Karl le ayudé a arrastrar más de una carga hasta el techo y me moví en las escaleras empinadas tan ágilmente como un gato. El que mis pantalones sufrieron a menudo bastante en ese trabajo, debía ser incluido como gajo del oficio. El que seriamente su trabajo no puede culpar siempre sus pantalones. Puedo decirlo por propia experiencia y mi pobre madre también.

PERSONALIDADES DE MAGUNCA Y DISPOSICION CARNAVALESCA

Un singular fenómeno de mis años de infancia eran las llamadas personalidades de la ciudad. No se entendía por ellas a las honorabilidades de la ciudad, sino a toda una serie de sujetos fantásticos con características singulares, a quienes se hacía siempre que se dejaban ver en la calle una ruidosa acogida. La mayoría de ellos se sentían a gusto en su papel y
sabían suceder provecho. Pero otros estallaban en terribles maldiciones y nos arrojaban todo lo que les llegaba a la mano. Los adultos no intentaban frenar nuestras picardías; más bien nos alejaban de ese comportamiento y nos daban toda clase de buenos consejos para obtener el éxito deseado.

Había por ejemplo un cura Schmid, un viejo viejo que andaba por las calles con una levita negra y nunca hablaba con nadie. Se decía que en años anteriores había sido sacerdote católico, depuesto de su cargo por algún motivo. En cuanto lo veíamos, nos acercábamos a él uno u otro de los pílulas y decíamos muy humildemente: "¡Alabado sea Jesucristo!" A lo cual éstos, indefectiblemente en el más profundo bajo una invitación por el estilo de Götze von Berlichingen, seguida de un tonante: "¡Para siempre jamás, amén!" Con ello se había alcanzado el propósito del ejercicio. Mientras los espectadores lanzaban sonoras carcajadas, el viejo continuaba tranquilamente su camino, sin dignarse echarnos una mirada.

Un número especial era el Bauerchen, un viejo enano que no llegaba a un metro veinte. Llevaba siempre la misma larga y sucia chaqueta, cuyos faldaones le llegaban al suelo; parecía que nunca había sido lavada. Cuando aparecía, se formaba de inmediato a su alrededor una concurrencia, pues, cuando estaba en venta, se hacía de predicador, especialmente si tenía a uno a mano. Iba a menudo a la vieja herriera de la Münstergasse, donde le oía hablar a menudo. Ordinariamente aparecía allí hacia el obscuro. Después de haberse templado bien, lo levantaban los herreros sobre el yunque. Y entonces se despachaba. El minúsculo personaje era en su modo de expresión, un loco declarado, que no conocía el mundo, y terminaba el nombre. Bauerche era regionalista de la más pura cepa y repudiaba sobre todo a los prusianos, a quienes hacia responsables de todo lo malo. Así, contaba que la abuela del diablo golpeaba a su pícaro nieto un día con una sartén. En ello se le escapó algo humano; desde entonces ha caído sobre el mundo la plaga prusiana. Cuando un habitante de la ciudad fué mordido una vez por un perro rabioso, declaró Bauerche que había conocido muy bien al perro. Había sido durante muchos años un mastín decente, hasta que un día probó los dientes en un fanfarrón prusiano. Desde entonces se le había subido la hiel a la sangre y se puso rabioso.

Un capítulo en sí era el señor consejero, un hombre alto, estiloso, con rasgos salientes y una nariz que brillaba con todos los colores del arcoiris. Sin embargo, estaba muy orgulloso de su nariz y afirmaba que le costaba mucha. Tenía evidentemente razón, pues el señor consejero era un genio malogrado y habría seguramente llegado a algo de no haber sido por el alcohol. El señor consejero hablaba sólo hochdeutsch (alto alemán) y se servía en su trato de un lenguaje muy selecto. ¡Pero si perdía el equilibrio moral y comenzaba a desaparecer! Había desarrollado a la categoría de un verdadero arte esas formas idiomáticas y empleaba expresiones que no le volvía a oír jamás.

Cuando el señor consejero aparecía en la calle en busca de una víctima, lo dejábamos todo y le seguíamos. Miraba mal especialmente al alcalde de entonces, que había sido antiguo amigo de estudios suyo. El Dr. Dumont era un anciano amable que tenía la desgracia de andar por la vida con una joroba, pero era muy querido por sus conciudadanos a causa de sus sentimientos democráticos. Cuando el señor consejero lo encontraba en la calle, le saludaba siempre con las palabras: "¡Dios te saluda, querida joroba! ¿Cómo te va?" A lo cual el alcalde, ordinariamente, sin decir palabra, metía la mano en el bolsillo. El señor consejero tomaba la limosna con gesto majestuoso entre el pulgar y el índice y la llevaba sin miramientos al bolsillo del chaleco. Y al hacerlo así parecía como si hubiese recibido un reno. Pero ocurría también que el anciano le hacía algunos reproches y le incitaba a convertirse. Entonces se podía oír algo bueno. El final era siempre que el Dr. Dumont echaba mano a su bolsa para librarse del torturador. Después de lo cual el señor consejero le golpeaba amistosamente las espaldas, diciendo: "¡Gracias, querida joroba! Ahora veo que tienes todavía corazón para el sufrimiento de la época. Cuando me ahórgo alguna vez, me serviré de esta joroba para atar la cuerda".

Decía así y desaparecía en la próxima taberna para transformar la limosna en aguardiente. A menudo ocurría que en el curso de la escena aparecía un guardia y quería llevarse al consejero. Pero el viejo alcalde lo defendía entonces y decía: "¡Deje usted correr al pobre diablo, guardia! ¡Ya está bastante castigado sin ello!"

 Günunguro y Eckschanthauwekopp eran viejas mendiagos que hacían la ronda todos los días y conocían toda casa donde podían recibir un crúcer. La naturaleza las había tratado muy mal a ambas. Además poseían ciertos costumbres que no eran apropiadas para un salón. Especialmente Eckschanthauwekopp se manifestaba a menudo en la calle muy ruidosamente. Cuando pasaba alguien cerca de ella, preguntaba siempre: "¿Ha oído usted algo?" Cuando éramos pequeños hemos azuzado bastante a las pobres ancianas y las excitábamos hasta que se enfurecían y nos arrojaban lo que podían tomar a mano. Entonces la alegría era grande y el objetivo había sido logrado.

Un personaje extravagante era Schulzebuckel, un hombre de edad mediana con una cara estrecha y pálida, piernas abusadas y una jiba gigante. Llevaba siempre la misma levita vieja y raída, el mismo círculo sin forma que relucía fuertemente rojizo. Su especialidad consistía en la selección de la coñillas arrojadas a la calle. Para nosotros era naturalmente un bocado especial. En cuanto Schulzebuckel se mostraba, comenzábamos:

Schnitzelbuckel was am beste,
Wo die Zigastumpke lies,
Un des Owen am Theater,
Och, was du de sich do treite.

Pero Schulzebuckel no se dejaba sacar nunca de sus casillas por nuestros gritos y realizaba su trabajo con la precisión de un experto, adquirido totalmente por su obra. Cuando descubría un trozo de cigarro de singular longitud, lanzaba siempre una exclamación prolongada y su pálido rostro irradiaba de satisfacción. Lo que hacia con los tesoros así recogidos, nadie lo sabía, pues nunca lo vimos fumar.

Otro singular contemporáneo era Mollie, un sujeto achaparrado, que parecía un cajón andante. Tenía una cabeza enorme con una densa barba negra,
una nariz ancha mogólica y grandes ojos saltones. La cabeza salía casi directamente de los anchos hombros cuadrados, y el tronco macizo se movía sobre dos piernas cortas y gruesas que terminaban en enormes pies planos con los que, según se nos decía, podía pisar la orilla izquierda del Rin. Mollie distribuía revistas, y se veía siempre con un saco enorme de cuero atado de atrás sobre el vientre. Su aspecto cómico y el modo de ser característico le convertían en blanco de nuestros chistes callejeros. Cuando aparecía en alguna parte, resonaba por doquier:

Un de Mollie mit sein Aierkopp,

Comenzaba entonces a enfurecerse y nos cubría con un diluvio de maldiciones grotescas. Y a la mañana siguiente aparecía Mollie seguramente en la escuela para presentar sus quejas al maestro. No le importaba nunca si había señalado al culpable o no. Lo importante era que alguien fuese castigado. Le tuve que agradecer más de un golpe, aun cuando me sintiera enteramente inocente, lo que no ocurría con frecuencia.

Llevaba muy lejos el querer reproducir otros capítulos de la galería de retratos de personalidades de la ciudad de Maguncia, pero no puedo menos de mencionar un número brillante, el Bittel Malaju. Malaju era un individuo fuerte, de anchas espaldas y con un rostro indígeno que a la primera mirada se podía deducir que se había lavado en todos los aguas. Cuando se sentaba en una taberna y daba rienda suelta a la lengua en un legítimo alemán callejero de Maguncia, se deshacían todos de risa. Pero él mismo quedaba muy serio y no contraía un músculo.

De Malthus probablemente no había oído hablar nunca Malaju, pues tenía hijos como el órgano tubos sonoros. Cuando iba a pasear con su familia, era como si tuviese lugar una manifestación pública. Su única falta consistía en que andaba siempre en busca del que inventó el trabajo. El trabajo se le hacía muy cuesta arriba. Cuando podía cooperar en algo, lo dejaba generosamente a los otros. Como su familia le causaba pocas preocupaciones y dejaba a cargo de la ciudad la atención de la descendencia, tenía a menudo que ingresar en la casa de trabajo, a la que llegaba ordinaria mente todo invierno. En el verano era obrero ocasional y ayudaba a las gentes que llevan del mercado patatas para el invierno, cuando no ambulaba por las calles para conseguir una copa de licor gratis.

Me recuerdo de un día que nos llevó patatas al sótano. Cuando la abuela, después de terminado el trabajo, le preguntó qué le debía, exigió un marco cincuenta. La anciana comenzó a protestar: "¿Qué, un marco cincuenta por un par de bolitas?" A lo cual Malaju respondió tranquilamente: "¿Qué le parecería, señora, si el par de bolitas se las pusiera por la cabeza del embriagado?" La abuela era obrero ocasional y ayudaba a las gentes que llevan del mercado patatas para el invierno, cuando no ambulaba por las calles para conseguir una copa de licor gratis.

Bismarck, constituían el final. Entre tanto lanzaba toda suerte de improperios a la persona y a la familia de la víctima. En una palabra, era delicioso cuando Malaju comenzaba a blasfemar. Todo filósofo sería encontraría allí materia abundante.

Malaju era conocido en toda la ciudad como parroquiano que se marcha sin pagar. Ningún tabernero le servía una copa sin haberla cobrado antes o sin que otros respondieran de ella. A pesar de todo encontraba siempre una víctima. Cuando, por ejemplo, la taberna Zum Heiligen Geist fué arrendada a un tabernero foráneo, tuvo en seguida noticias Malaju. Apareció allí con toda la familia, y comieron y bebieron todo lo que se quiso. Hasta que un huésped llamó la atención del tabernero y le exigió a Malaju que pagase la cuenta. Comenzó entonces la danza. Malaju se hizo el ofendido y amenazó con el dueño con no volver a pisar el umbral de la casa. Luego golpeó con el puño en la mesa de modo que los vasos sonaron con grillos: "¿Piensa usted acaso que no tengo dinero? Y echó mano al bolsillo, donde naturalmente no había un solo crupero. Malaju hizo como que se asombraba mucho y dijo: "¡He dejado en casa mi portamonedas!" Lo que siguió sobreseía toda la descripción. El tabernero se dejó realmente convencer y no llamó a la policía. La escena entera fué tan chistosa que después dio materia a un poeta carnavalésico para una canción muy popular.

Hoy no hay personalidades de la ciudad de Maguncia. Se retira a esos espíritus de la vida pública y se les encierra en el asilo. Pero en mi juventud estaban las de la vida pública y no dejaba debias, mientras fuesen incensivos. Pertenezco al cuadro de la vida urbana y, aunque habia un ser humano que hubiese tenido algo que objetar a sus singulares hazañas.

Los maguncianos eran en mi juventud un pueblo ligero, chistoso y siempre dispuesto a las bromas. En el trato no eran melindrosos y su dialecto era lleno de expresiones vigorosas que hablan el gusto los pelos de punta a toda buena sociedad. Cuando el uno molestaría al otro, se podría siempre oir una serie de ejercicios nativos de estilo que no eran usualmente en una escuela de niñas y que no se encontraban tampoco en ningún diccionario. A nosotros nos parecía todo ello muy natural. De la misma textura eran también las incontables canciones del dialecto magunciano, y nadie se escandalizaba cuando entonábamos, de niños, la Canción del zepatero Beck:

Lank uma Eck, de wohnst der Schuster Beck
Der streckt der A... zum Fenster anusa,
Mern neetst, es wär Weck.
Kint o Fria gelaafe, will den Weck keffe;
Dud er'n widdar Änöi.

O bien esta otra flor:

In de Judenboes, do stehs z Werthesaus,
De wohnst o Pris drin, de hår Grett;
Die bot'hn Hånsä... un z Schlappmaul.
Un à Nos wie à Drumbee.

Cuando los soldados volvían de los ejercicios y desfilaban con música por la ciudad, para entregar sus banderas en el edificio del comandante de
la fortaleza, corriamos en banda delante de la música y cantábamos al son de los tambores y de los clarines:

He, Hudder, die Landwehr kimmelt!
He, Mudder, die Landwehr kimmelt!
Arumer mit de Hose,
Anzuf mit de Heimelt!

Y cuando la música entonaba la marcha de Radetzky, aullábamos de modo que trepidaban los vidrios de las ventanas.

De Radetzky, de Radetzky,
Dass war’s brave Mau;
Der schneeit de Lait de Bertzel ab
Un brot’t in de Puma!

Los adultos sonreían entonces contentos o cantaban con nosotros y no estaban poco orgullosos de su descendencia.

El sentido humorístico de los maguiernios se expresaba más espontáneamente en el periodo de carnaval. Se llegaba entonces muy alto en la vieja ciudad. El carnaval era en mi tiempo el punto máximo de la vida pública, para el que se preparaba uno durante todo el año. En cada barrio había sociedades de ahorros donde cada cual pagaba un par de monedas a la semana a sus socios de ahorros para que a fin de estar provistos para las fiestas. Había gentes que antes de los verdaderos tres días de carnaval llevaban a la casa de empeño sus camas, para no tener que quedarse en casa.

El periodo de carnaval comenzaba el primero de enero y terminaba el primer de abril. El primero de abril se veía a una loca banda de enmascarados que atraíba la ciudad por la Kriegsasse y hacía oír por las calles chispas de carnaval.

Lott is död, Lott is död,
Lott lett mit Steewe.
Dass is gut, dass is gut,
Krien mer was se erwe.

En nochesbne se reunía en el ayuntamiento la Gran Asociación Carnavalesca, a la que sólo pertenecían gentes de las capas acomodadas. Esa asociación constituía, por decirlo así, la matriz en torno a la cual se agrupaban todas las asociaciones carnavalescas. En el tiempo de carnaval se reunía en el ayuntamiento la Gran Asociación Carnavalesca. En el ayuntamiento se reunía la Gran Asociación Carnavalesca.

Había los Gaucho, los Krempelmarktstüber, los Schneckelbrider, los Entzepel, los Kohlische Dippcher, los Heringsseede, los Budelsäck, los Windbeitel, los Ranzengard, los Rotznose, los Rappeltö, los Schoppestecher, los Kimmelsspler y centenares de otras sociedades por el estilo.

Las reuniones tenían lugar todo sábado y domingo. Había veladas especiales para caballeros y señoras llamadas para damas. A las primeras, donde se producía por lo general muy ruidosamente, no tenían acceso más que los hombres, en las últimas estaban representados los dos sexos. Por una moderada cuota recibía cada huésped un abigarrado gorro de buñón y el texto impreso de las canciones que se cantaban en común durante la velada. La mayoría de esas canciones eran originales de miembros dotados de inclinaciones poéticas en el dialecto maguciano, que no tenían más propósito que el de la diversión.

Al son de la marcha de la Narthalla y en compañía de dos maestros de ceremonias, provistos cada uno con un ceiro de buñón, hacía su entrada la presidencia buñonesca y ocupaba su puesto en la colosal tribunal. Desde entonces no se trataba a ninguna y a ninguna más que de buñón o buñones.

El presidente abría la sesión con una arenga humorística. La demás se dedicaba por si mismo. Recitaciones y poesías se sucedían en abigarrada sucesión, y el humorismo cuidaba de que la alegria fuese en aumento.

En las sesiones era ridiculizado todo. Especialmente era tomada en broma la historia local, pero también la política era objeto de chistes en algunas veladas. En la época de la ley contra los socialistas, las asociaciones buñones daban a los perseguidos ocasión para disparar sus flechas afiladas contra sus oponentes. Me acuerdo todavía de un conocido orador carnavalesco, tal el Oberhübler, amenazado con un proceso porque había zamarreado de mal modo irruptivamente a Bismarck. Pero la protesta general contra la sesión de la libertad de los buñones y las formas especiales en que se manifestó esa protesta, impidió que se llegase al procesamiento. Probablemente se dijo en los puestos directivos que era mejor silenciar la cosa que coexcar además del daño la irrisión.

El punto culminante de esa loca agitación se alcanzaba en los verdaderos tres días de carnaval. El día antes del domingo de carnaval se celebraba la población al Prinse Carnaval y a la Princesa Magucia desde el balcón del teatro de la ciudad. El alcalde entregaba al príncipe la gran llave de la vieja ciudad de Magucia, para señalar con ello que la ciudad estaba desde entonces bajo el signo de la libertad de los buñones. Luego seguía el desfile del ejército buñonesco. ¡Una banda alocada! Se veía a sujeto con jorobas gigantes, con blusas azules de campesinos, que llevaban bajo el brazo, en vuelos en chimeneas pañuelos de bolsillos, sus haberes. Otros cojeaban con muletas o eran llevados en carretes. Otros llevaban grandes narices rojas o un letrero en el pecho con la inscripción: "¡Cuidado! ¡Peligro de incendio! O ¡No puedo soportar la pólava!"

Luego marchaba la guardia del príncipe a su acantonamiento en la plaza Gutenberg. En la puerta de cuatro colores ponían las chistosas ordenanzas del estado mayor buñonesco:

Un sinn mer uff die Wach marschert,
Werd jede Sprache arrebert.
Hot en un Pas, ian Heinatsehol,
Kümmt er in Haft bei Wochet un Woi.

Durante los tres días siguientes las tabernas quedaban día y noche abiertas. Los faroles de las calles ardían en pleno día. Hasta los perros y los gatos llevaban las insignias buñonescas. El domingo corrían desnudos de hombres y mujeres enmascarados de taberna en taberna. Al que no estaba enmascarado se le decía la verdad y por lo general era muy sabrosa. Todas la ciudad andaba de cabeza, y las estrechas calles se rodeaban con los hombros...
libres y las carcajadas riudosas. Un extraño, que no estuviese preparado para esas cosas y llegase casualmente en aquellos días a Maguncia, tenía que llegar y se haría embargar de las carcajadas riudas que toda la ciudad se había embarruchado de su risa. En el casino, donde los viejos participaban en esas corridas lo mismo que los de repente, pues los viejos lecciones. En el caso de que no estuviese en el casino, corria a la calle para ver pasar el desfile. En el desfile, que se veían las cosas más oscuras, pues los fiestas maguncianos solían estar en las mejores de su pasión burlesca. Como para eso fiestas se necesitaba una variedad de su pasión burlesca, se podía ver esto ordinariamente a cantidad de caballos y de bandas de música, se veía esto ordinariamente, y en concierto con las autoridades militares, pues Maguncia era una fortaleza con fuerte guardia. Ocurrió a veces que algún nuevo campeón prusiano de guardia, que al parecer no comprendía el humorismo de los maguncianos, dio una noticia que se seguía de risa. Ocupaba a que en el desfile estaría representado un grupo que se había querido. Cuando una de las carcajadas de los más brillantes, que había sido elegido en Bismarck como blanco de sus chistes, rehusaba a las asociaciones fiestas caballos y músicas. Pero cuando creía haber malogrado las asociaciones fiestas cómicas, se equivocaba totalmente. El desfile con eso el juego de los maguncianos, se equivocaba totalmente. El desfile se realizaba con el placer del desfile, y por las calles llenas de espectadores, marchaba la multitud por delante del desfile, y por todas partes sonaba la alegre canción:

Fide-ralle-ralle-ra! Fide-ralle-ralle-ra!
Kà Musik un kà Gaill!
Un dis tante mer una à Schoekelgaul
Un fabre und de Prasse ivwonche Mnoi!
Fide-ralle-ralle-ra! Fide-ralle-ralle-ra!
Kà Musik un kà Gaill!

El pobre gobernador no tenía motivos para reir. En Maguncia no se quiso nunca mucho a los prusianos, y siempre que pasaban, cuando éramos delante del casino, nos gritaban: "Fide-ralle-ralle-ra! ¡Fide-ralle-ralle-ra! Kà Musik un kà Gaill!"

El martes entraba en escena la llamada marcha de los caporales. Ese día en toda la ciudad no podía encontrarse un coche, pues las asociaciones fiestas nos habían alquilado todos. Hacia las tres de la tarde recorría una fila infinita de carruajes las calles principales de la ciudad. Todos los que vivían en ellos llevaban su capote y entre charlas y chistes eran arrojados entre ellos, llenos de risas, en el camino iba una bufonada. Para nosotros, los niños, era naturalmente un placer especial, y cada cual trabajaba de echar mano a tantos dulces tesoros como podía.

El miércoles de ceniza terminaba finalmente la gran fiesta. Simplemente no podía continuar. Después de tres noches agitadas, la naturaleza volvía por sus otros. En cada casa había ensayado de arrengues. También los peines agrios encontraban abundante consumo.

Por la tarde marchaba la manifestación de los inmutables con caras atro...
mismo ambiente. Así ocurrió que el padrastro se sintió probablemente con frecuencia ofendido sin que nadie tuviera intención de lesionarlo. Pero mi madre tuvo que tener conciencia de ello, y sufrió mucho.

Por desgracia la dicha conyugal de la madre no duró mucho. Poco después de su nacimiento de mi hermano Ludwig, que luego murió, comenzó a sentirse enferma y no volvió a reponerse. Después del casamiento dejamos la vieja vivienda en la Münstergasse y nos marchamos a Gählenhof. Vivimos allí un par de años, pero el nuevo ambiente no me agradó nunca. Yo estaba demasiado ligado al viejo hogar, donde había vivido los años más hermosos de mi infancia. Mantuvimos, por lo tanto, las antiguas relaciones y visitaba casi todos los días a los amigos de la Münstergasse.

Cuando mi hermano Philipp llegó a los dieciséis años y terminó su aprendizaje de encuadernador, entró en la marina, para hacer, como voluntario, su servicio militar. Mi madre y todos los parientes eran contrarios. Era posible que el cambio de domicilio, que él, mayor que nosotros, debiera sentir más fuertemente que Fritz y que yo, haya desempeñado en ello un cierto papel. Pero sin duda había en el fondo de su decisión cierto impulso aventurero. Uno de sus amigos de juventud había ido un año antes a la marina. Cuando volvió con permiso, sus relatos y especialmente su uniforme de marino causaron en Philipp y en algunos otros una impresión inigualable. Lo cierto es que toda una serie de conocidos nuestros, entre ellos mi primo Fritz y Julius Grünig, el que después iba a ser esposo de mi prima Dora, siguieron poco después, uno tras otro, su ejemplo.

En los años posteriores de mi infancia, me había aproximado mucho a mi hermano Philipp y él también tenía un fuerte afecto hacia mí. Por eso su partida me dejó muy triste. Cada vez estaba la casa más solitaria. Las alegrías canínicas de mi madre hacían mucho que habían enmudecido. A esa edad no podía atender a los quehaceres de la casa y estaba casi siempre en casa. El médico se convirtió en huésped regular de la casa, pero no podría establecer nunca lo que le faltaba. La vieja abuela Loraba.

Había cambiado terriblemente la pobre madre. El rostro estaba pálido, y sus grandes ojos obscuros brillaban siempre como con fiere. A menudo me llamaba a mí y a mis hermanos menores junto a su cama. Yo tenía siempre el sentimiento de que quería decir algo, pero no hacía más que miembros en silencio y su mirada era tan triste que se grabó hondamente en mi alma juvenil. A veces lloraba con el rostro hundido en la almohada, pero yo lo advertía y el corazón me dolía tanto que me ponía a sollozar en alto. Luego ponía su mano en mi cabeza y decía en voz baja: “No lloro, hijo mío. Cuando sane, todo irá bien”. Creo que ella sabía que iba a morir pronto. A veces tenía terribles ataques. El dolor cubría de sudor la pálida frente. Luego llegaban periodos en que parecía producirse una aparente mejoría, pero sufría inextricablemente y los ataques torturantes se produjeron después cada vez más a menudo. No había salvación. El grave cáncer al estómago, de que murió, consumió sus débiles fuerzas.

Llegó el día en que la madre, a pedido del médico, fue llevada al hos-
La ciudad nueva y había llegado demasiado tarde. Mi hermano Philipp, al que se referían las últimas palabras de mi madre, se encontraba en alta mar y fue informado unos meses después de lo ocurrido.

La casa quedó terriblemente vacía. La vieja abuela lloró mucho. Al padastro se le veía terriblemente abatido y apenas decía una palabra. Llegó el día del entierro. Todos los parientes y numerosos vecinos y amigos se habían reunido para rendir el último homenaje a la madre muerta. Cuando le llamaron, todos, con un sentimiento de tristeza, se dirigieron hacia la caja de los ricos. El viejo cocinero, con un traje de luto, se levantó y se dirigió a la fosa, mientras se le oía un ruido extraño. La mayor parte de la gente se dirigió hacia la tumba. La mayoría lloraba en silencio. Sólo la vieja abuela lloraba de puro dolor. Pero no miraba a la tumba, sino a la abuela "abuela" estaba de pie a la cabecera de la tumba, con una lágrima en el ojo. Sus rasgos parecían como petrificados, pero no una lágrima empañó su rostro.

Después del entierro, los hombres, como era usual, fueron a una taberna de la Münztor, mientras la tía Babettein y la madre de mi padre nos llevaron a mí y a mi hermano a casa. Me sentí espantosamente abatido y me puse en un rincón, dejando libre cuarto a mis lágrimas. La anciana me dejó soltería y no habló una palabra. Cuando me sospeché un poco, puso su mano en mi cabeza y dijo: "¡Llora, llora, hijo mío! Eso alivia el pecho." ¿Quién podría llorar? Pero ahora hay que apretar los dientes y ajustarse al destino. Contra la muerte no hay nacido ninguna hierba. Tu pobre madre no dejó de sufrir. Pero tú tienes que ser ahora algo. La vida es un juego de niños. Soplará todavía algún viento en tu rostro. Pero tienes que hacer frente y no amilanarte. Yo debía ser el padre de la madre. Era una mujer valiente que ha luchado mucho por sacar adelante. Esta noche dormirán aquí."

Me besó con una emoción que no había percibido nunca en ella.

Cuando oí las palabras de la abuela, se me alivió algo el corazón. Tras la cabeza, me sentí apenas aliviado y fiel que se me manifestaba raramente. Todos le hablaban y teníamos mucha confianza en ella. Contra todos los de la familia había algo que objetar; pero contra la anciana no se levantó nunca una palabra de reproche. Ella lo superaba a todos como una vieja encina nuda que ninguna tempestad podría derribar.

Después de la muerte de la madre seguí viviendo en la casa del padre, donde mi abuela hacía los quehaceres domésticos. Pero la vida no era ya como antes. Con la madre había desperecido de la casa el buen espíritu. Ni siquiera la comadreja tornó en la abuela podía suplir para nosotros a la madre. Mi hermano Fritz era todavía muy joven para comprender la nueva situación. Pero yo, que pronto iba a cumplir los trece años, sentía tanto más fuertemente la presión interna. Sabía que para el padre no eran más que un obstáculo que tarde o temprano se sacudiría de encima. La muerte de mi madre me había hecho más maduro y había dirigido mi vida por otros caminos. Mis perspectivas para el próximo futuro eran bastante tristes, y las conversaciones con el padre y los parientes, no eran apropiadas para llevar por otras vías mis pensamientos.

Cuando murió mi padre, era yo un niño de cinco años que no tenía nin-
que Peter se dejaba llevar a explicaciones más largas, y como poseía la cualidad especial de expresar con claridad y brevedad sus pensamientos, se le escuchaba con placer.

Mi tío Rudolf Naaman, pertenecía de joven al movimiento de los jóvenes socialistas. No era de las personalidades públicamente conocidas, pues no era un orador, sino uno de aquellos obreros silenciosos que trabajaban incansablemente en pro de su causa y que constituían la espina dorsal de todo movimiento. Petter pertenecía también al pequeño círculo que fundó en 1872 la Süddeutsche Volksstimme, cuya redacción fue entregada unos meses después de la fundación a Johann Most, cuando éste se estableció en Maguncia después de su expulsión de Sajonia. La eloquencia foga de joven Most, su lucha incesante por la causa del pueblo laborioso y el celo incansable con que se dedicaba a su tarea, quedaron siempre inolvidables en mi memoria, y me deleitaba mucho que Most hubiera tenido que salir de Alemania a causa de la ley contra los socialistas.

Por Petter fuí introducido por primera vez en un nuevo mundo. La muerte prematura de mi madre se convirtió en un punto crucial de mi vida, y el tío, que lo había comprendido bien, se esforzó cuanto pudo por ayudarme en los nuevos caminos. Las historias de indios y las novelas de banditos fueron relegadas cada vez más a un plano secundario. Cuando el padrastro quiso un día toda mi colección, creyó haberme propinado un golpe sensible, pero no salió de mí una lágrima por la pérdida de mis tesoros. Una ardentísima sed de saber me había invadido. Sentía que debía aprender algo para estar en condiciones de afrontar los años venideros, y en realidad, una biblioteca bastante rica, de donde tomé desde entonces y bajo su dirección mi material de lectura. Junto a los clásicos más conocidos y a las obras de Jean Paul, Heine, Börne y Gottfried Keller, se encontraban las poesías políticas de Ferdinand Freiligrath, las novelas de un viviente de Herwegh, y colecciones de Ludwig Pfau, Gottfried Kinkel, Glassbrenner y algunos otros. En la sección de la bella literatura había obras de Friedrich Schiller, Eugen Sue, Georges Sand, Charles Dickens, Victor Hugo, etc.

Como el tío era un librepensador convencido, también esta literatura estaba fuertemente representada. Junto con una cantidad de ensayos y de libros de Ludwig Büchner, Karl Vogt y A. Dodel, contenía esa serie de obras de Karl Heinzen, Otto von Corvin, Albert Dulk y August Specht.

De estudios históricos poseía mi tío un gran número. Junto a la Kulturgeschichte de Kolb, se encontraban en la biblioteca de Peter los Bilder aus der deutschen Vergangenheit, de Gustav Freytag, la Geschichte des grossen deutschen Bauernkrieges, tres o cuatro obras sobre la Revolución francesa, entre ellas una breve biografía de Jean Paul Marat, con citas del Ami du Peuple, la Geschichte der Aufklärung en Europa de Lecky, la Historia de los diez años de Luis Blanco, la obra de Bucke sobre la Historia de la civilización en Inglaterra, la Historia de la Comuna de Paris de 1871 por Lisagaray, La Rusia subterránea de Stepniak y una multitud de otras cosas. Además biografías de Garibaldi, de Robert Blum, de Karl Scharz, de John Brown y otros.

De obras socialistas se encontraban en casa de mi tío casi todos los pe-

PETER

Se habló a menudo hasta aquí de Petter. He ahorrado hasta ahora la descripción más detallada de este hombre singular, pues su fuerte influencia en mi vida ulterior se hizo más sensible después de la muerte de mi madre.

Tío Rudolf era un hombre de dibujos, que había pasado en su juventud graves enfermedades. Pero en ese cuerpo debió haber una alma verdaderamente grande y una aguda y penetrante razón. Una mirada a su rostro regresó en el fondo en un ojo de míjanca, con la alta e inexpresable frente y los ojos vivaces y suaves, bastaba para reconocer que no se tenía delante un adocenado. Petter era en realidad un hombre muy dotado que había leído mucho y se había apropiaado de su larga vida una cantidad de conocimientos que sabía utilizar magníficamente. Había concursado en su juventud a una escuela superior y se había preparado para las ciencias naturales, pero el empobrecimiento repentino de sus padres lo obligó a abandonar los estudios y a aprender un oficio.

En su naturaleza Petter tenía mucho de común con mi madre, a quien estaba muy ligado. No se ponía nunca en el primer plano, y su naturaleza sencilla y modesta hacia a todos amigos suyos. Aunque tenía una buena visión de las pequeñas debilidades y vanidades del prójimo, nunca le oí hablar mal de otros. Petter era un filósofo rústico que tenía comprensión para todo, y a menudo le reservaba de todo juicio precipitado. Su tío era irritable, pero también sabía levantarse y obrar con conciliación en todo ambiente.

Petter aparecía muy raramente en las reuniones de los parientes. Cuando lo hacía, se sentaba, como de costumbre, silencioso en un rincón, fumaba su pipa y escuchaba lo que los demás decían. De tanto en tanto hacía una de sus breves observaciones, que siempre contribuían a elevar el buen estado de ánimo. La abuela Rocker le tenía en gran aprecio y le llamaba siempre el profesor, ya que cuando la conversación entraba en lo político, ocurria a veces

1 Tío Rudolf era mi tío (Namensvatter). De ahí en nuestro dialecto el nombre Petter.
queños escritos que habían aparecido en Alemania desde Lessing. Estas elecciones fueron prohibidas después de haberse proclamado en Alemania la ley contra los socialistas. Muchas de ellas fueron reimpresas en la Sozialdemokratische Bibliothek de Zúrich, metidas de contrabando en Alemania y publicadas de forma secreta. Como Petter era un lector regular del Sozialdemokratische Bibliothek, que aparecía en el extranjero, llegaban a sus manos también todos los paquetes escritos por este periódico. Hubo en su colección una cantidad de trabajos de Marx, Lessing y Engels y a esos escritos se le sumaron otros más de Bebel, Liebknecht, Brücke, Dietzgen, Lieftinck, Wendt, Wilhelm Wolf, etc. De Johann Most tenía todo lo que él había publicado en Alemania, desde El pequeño burgués y la socialdemocracia hasta Bastilla junto al Plötzensee. De las obras mayores de esta especie tenía el tío, además del Capital de Marx, Gegenwart und Zukunft de Bebel, Erlösung der arbeitenden Menschenheit de Theodor Stamm y la Kritische Geschichte der Nationalökonomie und des Sozialismus de Eugen Dühring.

Había además en la biblioteca toda una serie de descripciones de viajes asombrosas, una hermosa edición de Der Mensch und die Erde de Ratzel y diversas obras de contenido geográfico y otras. En aquel tiempo no había muchos libros en Alemania que pudieran llamar suyo un tesoro como ése. Petter cuidaba con gran cariño sus libros, encuadernados casi todos por él. Eran sus mejores amigos, y nunca se sentía más a gusto que cuando encendía la inevitable pipa y podía ensimismarse en la lectura de algún libro.

Las hermosas horas con el tío debían compensarme en cierto modo de la triste existencia en casa del padrastro. Visitaba a Petter a menudo dos veces por semana. Los domingos y días de fiesta, sin embargo, iba después del desayuno a casa de los abuelos, para escapar a las pequeñas molestias del padrastro, que por lo demás se sentía bien cuando no tenía que verme. Pero por la tarde iba siempre a casa de Petter y no volvía al hogar antes de las diez de la noche. Cuando hacia buen tiempo iban dárnos un paseo para dar, hasta la más lenta conversación. El resto del día lo pasábamos en casa del tío.

Petter tenía siempre algo que hacer. Había instalado en la casa un pequeño banco de trabajo para su propio uso. Ocasionalmente realizaba también algunos trabajos extra para conocidos de su ambiente, que pagaba por lo general en el enriquecimiento de su biblioteca. Me había enseñado diversas pequeñas labores de su oficio, y para mí era siempre una gran alegría cuando podía ayudarle en su trabajo. Hablábamos entonces todo el tiempo. De ese modo me proporcionó Petter una cantidad de conocimientos que no me habría dado ninguna escuela.

Cuando pienso en aquel tiempo, percibo cada vez más claro que he perdido en mí un excelente educador. Su naturaleza tranquilidad, su estimulante con que me había alarmande las cosas difíciles, sin fatigarme ni aburrirme, eran las mejores vivencias de ello.

Aunque Petter perteneció la mayor parte de su vida al Partido Socialista, no fué nunca hombre de partido en el sentido usual, que se contenga con designaciones y ambiciones, como un viejo jarrón de escote de alquiler con los dos ojos protegidos contra visiones asustadizas. Era un hombre de una pieza, que obraba siempre según hablaba. Su profundo sentimiento de la humanidad, que formaba el fundamento de su esencia, se manifestaba en todos sus actos, en el trato diario con sus conciudadanos y ante todo en el círculo de su familia.

Se conocido después a algunos que hacían en público grandes espavientos sobre la libertad, la igualdad y la fraternidad, pero que en casa se comportaban con justicia y que no soportaban la más ligera contradicción. Tal comportamiento era extraño al tío. Por eso se sentía uno en su compañía tan a gusto y tan cómodo. Había en esa casa un espíritu libre y un bondadoso acuerdo que no eran enturbios por ningún malhumor. El ejemplo personal de mi tío hacia sentir su influencia en todo el que tenía la dicha de entrar en contacto con él.

Ese espíritu allanó el camino de mi nuevo desarrollo. La muerte de mi madre y sus consecuencias inmediatas habían impuesto a mi vida ciertamente otra dirección, pero no era tarea fácil dar un contenido sano a ese desarrollo, que debía servirme de punto de partida para mi crecimiento interior. Petter se sometió a esa labor con la paciencia propia de él y una amplitud de visión que tan sólo en los años posteriores supe apreciar.

Mi preferencia por la geografía y los conocimientos que me había formado ya en ese dominio, le dieron un punto magnífico de referencia. Cuando estudiábamos juntos los mapas y seguimos el curso de los ríos y de las montañas, me contábamos la situación de los diversos grupos de islas, mi tío me daba variadas informaciones sobre esos fenómenos y me iba familiarizando poco a poco con el desarrollo de la superficie de la tierra y de la vida orgánica. De ese modo fué llevada mi atención por primera vez hacia las ciencias naturales, que estimularon fuertemente mi ansia de saber. Por el estudio de la literatura adecuada y por los demás estímulos personales del tío se formó en mí gradualmente un cuadro del mundo que en lo sucesivo continué elaborando y enriqueciendo con nuevos conocimientos.

Así como de ese modo la geografía física me dió el primer impulso para el estudio de obras científicas, fué el río del tío la geografía política fué el punto de partida para estudios históricos y etnográficos a los que me dediqué con especial predilección.

La primera gran obra histórica que dió a mí espíritu joven rica alimentación, y que dejó en mí una impresión inmortal, fue la Geschichte der grossen deutschen Bauernkriege (Historia de la gran guerra alemana de los campesinos) de Zimmermann, en dos volúmenes. Los pormenores dramáticos de aquellos sucesos poderosos me hicieron el efecto de un poema épico. Seguí los acontecimientos históricos con tensión sostenida y con la mi batalla por la causa de los campesinos rebeldes. Las personalidades poderosas de Thomas Münzer y de Florian Geyer estaban vivas ante mis ojos y llenaban mi corazón de hirviendo entusiasmo. Por primera vez se me volvió claro que todo lo que habíamos aprendido en la escuela sobre la historia de la Reforma no tenían el valor de un guisante. Vi el pasado bajo una nueva luz y me formé poco a poco determinadas perspectivas para el porvenir. El rebele social había despertado en mí, y lentamente llegó a la convicción de que había encontrado un objetivo en la vida.
Tendría aproximadamente trece años cuando me dispuse por primera vez a leer un folleto puramente socialista. Se titulaba Der Zeitgeist por E. K. y había aparecido a comienzos de la década de 1870-1880, pero después fue prohibido en Alemania a causa de la ley contra los socialistas. Para un principiante juvenil, apenas se habría podido encontrar una mejor introducción a la ideología del socialismo. El folleto no contenía ninguna seca teoría, sino una apreciación corrosiva, escrita de modo vivaz, sobre el orden social burgués. Y el autor no se contentaba con una descripción de la explotación económica y de la opresión política de las masas, sino que intentaba también tomar en el círculo de sus consideraciones las consecuencias destructoras de ese estado en el desarrollo de la cultura espiritual general.

La obrita me incitó poderosamente, y como yo estaba ya bien preparado, me encontré fácilmente imbuido de sus ideas. La manera ágil de escribir y ante todo la exposición del autor, iluminada por un espíritu revolucionario, se ajustaban mucho a mi propensión natural y allanaron esencialmente mi comprensión.

Cuando Cayó en mis manos casi veinticinco años después el pequeño escrito, comprendí por qué había dejado una impresión tan fuerte en mí. Encayaba mal en los cuadros de la literatura de propaganda social-democrática usual y después no volvió a ser recitado. Sus ideas eran declaradamente social-revolucionarias, lo que se destacaba ya por la posición de repudio del autor ante la actuación parlamentaria. Naturalmente esto no podía llegar a mi conciencia como principiante. Fué la impresión global del pequeño escrito lo que me había incitado tanto.

Desde entonces leí gran cantidad de escritos socialistas y me convertí en lector regular del Sozialdemokrat prohibido en Alemania. Una impresión muy fuerte la recibí del conocido libro de Bellamy, Looking Backward. La edición alemana apareció con el título Ein Räublich aus dem Jahre 2000 y tuvo entonces en Alemania mucha circulación. A menudo me he preguntado después por qué me había impresionado tanto ese libro. Yo creo que fué porque me hizo más palpable, por primera vez, el funcionamiento interno de una sociedad socialista en sus pormenores. Recibí así un cuadro de conjunto que me había faltado hasta entonces.

Sobre el valor o esterilidad de las llamadas utopías sociales se ha discutido mucho desde entonces. En Alemania, donde se advertía más la influencia de las ideas marxistas, se ha juzgado por lo general en sentido muy negativo. Se vio en ello un retroceso hacia el modo de pensar de los utópicos, que se creyó superado por el llamado socialismo científico. Indudablemente la sociedad no se desarrolla según los planes de innovadores dotados de fantasía que pueden presentar al mundo el modelo deseable de un orden social en lo posible perfecto. La utopía más perfecta es siempre sólo expresión de una concepción personal, que no puede contener nunca las incontables impresiones y creaciones cotidianas de la vida social. Pero eso no demuestra que tales exposiciones sean inútiles.

El verdadero valor del mejor libro no consiste tampoco exclusivamente en que apropianos incondicionalmente las condiciones previas y las conclusiones de su autor, sino en que nos estimula a pensar y nos incita a consideraciones.
propias. Un libro que no es capaz de hacer eso, falla a su propósito. Por otra parte la apropiación puramente mecánica de determinadas ideas, sin ningún juicio crítico, es totalmente estéril. Y es del todo indiferente qué clase de literatura nos transmite el nuevo pensamiento. La fe ciega en la infalibilidad de determinada interpretación de la historia, de la que se supone que es clave para la comprensión de todos los procesos de desarrollo de la vida social, en sus consecuencias puede obrar más funestamente que las proyecciones fantásticas de soñadores diversos que creen que la sociedad se podría transformar de acuerdo con un modelo previamente trazado. Por lo demás la mayoría de los llamados utopistas no es tan ingenua. También ellos partieron en sus consideraciones de las condiciones reales de la vida e intentaron alentar en el ambiente circundante una sociedad ideal gracias a su exposición y llevar al reconocimiento de que es posible otro orden social.

Por esos libros como el de Bellamy, Looking Backward, y su réplica, News from Nowhere de William Morris, son tan valiosos para el fomento de una concepción del mundo como los escritos de contenido puramente teórico, que a menudo son leídos por pocos y comprendidos por menos todavía. Bellamy, a la larga, no podía retener mi adhesión. Pero el cuadro del porvenir del socialista americano me dio un fuerte empuje y ha contribuido mucho al esclarecimiento interior de mis ideas de entonces.

Fue un magnífico capítulo de mi vida juvenil aquel período de serio estudio en el domicilio amistoso del tío, que me hizo superar más de un disgusto en la casa del padrastro. Con arduo ahínco aproveché todo lo que proporcionaba nuevo alimento a mi sed de saber y me sentía feliz y contento así. Cuando, después de algunos años, pregunté una vez a mi padrastro por qué no había intentado dirigirme hacia los nuevos caminos, dijo sonriendo: “Había sido estudiante, querido, pero no estaba todavía maduro para esas cosas. Pero yo sabía muy bien que la vida te llevaría por sí misma por otras vías. Tu romanticismo de indios y piratas te ha servido más de lo que podía sospechar. HDado una salida a tu impulso activo, para que pudieses prepararte así después para cosas mejores”.

Yo creo que el buen Petter tenía razón.

LA CASA DE HUÉRFANOS

Antes de terminar mi último año escolar, aquel fecundo capítulo de mi vida fue lamentablemente interrumpido. Se produjo lo que había previsto y temido. Un año después de la muerte de mi madre, anudó mi padrastro una nueva relación y tuvimos que salir de la casa. La abuela alquiló una pequeña habitación, y vivió allí algunos años más, hasta que al fin tuvo que buscar amparo en el hospital de la ciudad. Viví muchos años y murió tan sólo cuando yo había abandonado hacia tiempo Alemania. Mi hermano menor pudo terminar su período escolar con los abuelos. Yo tuve que ir al orfanato.

Fue un paso difícil cuando la abuela me acompañó a la casa gris que debía ser en lo sucesivo mi hogar. El corazón estaba a punto de estallar, pero no dejé notar nada. Sabía muy bien que para la pobre anciana el camino era todavía más amargo que para mí mismo. Era un día magnífico y dimos un breve paseo a lo largo del Rin antes de llegar al lugar de destino.

A una señal de la campanilla nos abrió la pesada puerta un muchacho buzo y nos acompañó a través de un amplio patio al despacho del administrador. El administrador era un hombre de edad mediana, de rostro pálido, enfermizo, y ojos hundidos, profundos. Quedó absorto primero en los papeles que le entregó la abuela. Luego nos saludó amablemente y rogó a la anciana que fuese con él a la habitación contigua. Quedaron allí los dos un buen rato hasta que se abrió nuevamente la puerta y la abuela apareció con un pañuelo blanco paseo a lo umbra, mientras el administrador se consolaba amablemente. Yo hablé todavía un rato con ella; luego la anciana se separó con los ojos lagrimantes y me prometió volver el próximo domingo. Al llegar a la puerta se volvió otra vez para verme. Vi la mirada triste de sus ojos semiciergos y percibí una ligera presión en la garganta, pero me repuse en seguida para dominar mis sentimientos.

Cuando quedamos solos, tomé el administrador mis datos personales y me anoté en un libro que estaba ante él en la mesa. Luego me miró un momento y dijo: “Desde ahora, Rudolf, me llamarás señor padre, como todos los otros muchachos en esta casa. Espero que honrarás a tus padres muertos. Entre nosotros impera una disciplina severa, pues es mi deber hacer de vosotros hombres híbridos que lleven a Dios en el corazón y sepan obedecer. El que confía en Dios, no edifica sobre arena. No olvides nunca eso, hijo mío. Hay aquí algunas cosas que al comienzo te pesarán mucho. Pero si muestras buena voluntad, la paciencia y puntualmente mis órdenes, no te faltará nada. Es una desgracia que hayas perdido a tus padres tan pronto; pero Dios sabe lo que hace y mejorará todas las cosas”.

Yo no estaba preparado para esa arena y quedé mudo como un pez. Pero el señor padre me palmeó benévolamente las espaldas y dijo: “No desesperes, hijo mío. ¡Dios está contigo!” Luego ordenó a un muchacho que me condujera a la cámara del vestuario. Pasamos por el patio al edificio lateral de la derecha y subimos una estrecha escalera. En la escalera me dijo el acompañante: “El viejo repollo te ha presentado un hermoso cuadro. A todos los nuevos les dice lo mismo. Corresponde al negocio. Pero ya verás bastante de esto”.

Estaba algo asombrado de esa inesperada franqueza y le pregunté si él no creía en esas cosas... “¿Creer yo? —dijo—. No soy de Fulda”.1 Espera, cuando do mañana temprano tengas que tragar el rebojo de pan seco. Vendrá el viejo y te dirá: ‘El pan seco hace poner las mejillas rojas! Nosotros conocemos ese refrán, pero nadie cree en él.

En la cámara del vestuario se me dió ropa, una parte ya usada, y un uniforme nuevo, dos gorros y dos pares de zapatos. Luego tuve que cambiarme por la mía. Se me quitaron mis viejas prendas. En otra habitación se me dió un peine, un cepillo y un cacharro. Luego fuimos a uno de los grandes dormitorios, donde se me indicó una cama. En cada parte había diez camas en línea. Cada cama era hecha según los mismos preceptos y no podía estar un pelo más

---

1 En Maguncia él decía que en Fulda el mundo estaba clavado con tablas. Un fuldenense equivalía a ser espiritualmente limitado, tonto.
alta que las otras. Junto a la cama había un pequeño armario, y Peter me enseñó cómo debía colocar en él mis cosas según las disposiciones, para que todo respondiera a la inspección diaria.

Después que todo estuvo listo, me fuí con Peter al patio, donde se reunía a mi alrededor una cantidad de muchachos que llegaban justamente de las horas de trabajo. Algunos me conocían de la escuela y me saludaron con toda suerte de preguntas. Así pasó el tiempo hasta que la campana llamó a la cena. Las comedas diarias eran tomadas en verano en una galería abierta en la parte posterior del patio. La comida misma era preparada en los asilos de la ciudad por las monjas y llevada por dos inválidos en un carrinho al orfelinato, que no tenía cocina propia.

Después de los toques de la campana todos los muchachos tenían que ir al patio y marchar de dos en dos a las mesas. Después de haber pronunciado el señor padre una oración, se acomodaban los muchachos de cada mesa en pequeñas secciones e iban a la parte trasera del local, donde el administrador y un inválido se habían instalado cada uno tras una gran olla. En el camino se proveía cada muchacho de un plato y de los utensilios necesarios para comer y recibir, cuando le tocaba el turno, con un cacharón, una porción de comida en el plato. Después de que cada uno tomaba de un gran cesto un trozo de pan y volvía a su mesa.

Terminada la comida volvía el administrador a decir una oración, tras lo cual los muchachos podían jugar en el patio hasta las nueve o pasar el tiempo leyendo en la sala de trabajo. Como yo no tenía nada que hacer, me fui con algunos muchachos al despacho del administrador, donde se encontraba la biblioteca, para pedir un libro. Cuando el señor padre me vio, me hizo señas amablemente y me dijo: "Esto es bueno, Rudolf, la lectura te ayudará mucho y educará tu espíritu. Espera, yo mismo te elegiré algo bueno". Tantó un rato en diversos estantes y me traigo un libro, de unas 200 páginas aproximadamente, que me recomendó con calor.

Me senté en un banco en el patio y me puse a leer. Era un pastel espanzoso, escrito en tono dulzón y salpicado de consideraciones piadosas. La historia de un pobre huérfano, que creía en Dios y nunca dejaba de decir su oración nocturna. Obraba siempre con fidelidad y honradez, pues su lema era: Lo honrado dura más. Así había llegado a ser millonario, pues las bendiciones divinas protegían sus obras. Pero aún siendo rico, no se olvidó nunca de los pobres y les contaba con gusto cómo su honradez y su temor de Dios habían hecho algo de él. El más puro Ferdinand, pensé yo, recordando a mi antiguo camarada de escuela. Era simplemente aburrido. Si la biblioteca no tenía nada mejor, era más razonable renunciar a leer. No valía realmente la pena derrochar el tiempo con esa absurda producción.

Me alegré cuando se dió la señal para ir a dormir. Las impresiones del día me habían excitado. Anhelaba descansar. Antes de dormir, se volvió a rezar, naturalmente. Cuando al fin me encontré en mi cama, durante largo tiempo no pude cerrar los ojos. Me sentí aislado como una piedra y me imaginé el porvenir con los colores más tétricos. ¿Pero qué podía hacer? Toda salida estaba cerrada para mí. Tenía que soportar lo que viniera. Era ya muy tarde cuando al fin me sumí en un adormilamiento intranquilo.

Repentinamente sentí que alguien me sacudía violentamente los hombros. Cuando abrí los ojos, era de día. No había oído sonar la campana, de manera que yo no sabía que Peter tuvo que despertarme. Salió rápidamente de la cama y a medio vestir seguí a los otros muchachos al lavadero. El agua fría hizo desaparecer pronto el sueño de mis ojos. Cuando volví al dormitorio me enseñó Peter a hacer la camilla, arrollar las mantas y acomodar la almohada según las ordenanzas. Luego nos vestimos por completo y bajamos al patio.

Poco después nos llamó la campana al desayuno. Éste consistía en un trozo de pan seco y un caldo de color engrudo del que ningún químico habría podido establecer lo que representaba. Mientras masticaba mi pan, hizo el señor padre la recorrida usual. Cuando llegó a mi mesa, me palmeó amablemente las espaldas y dijo: "Bueno, Rudolf, has pasado ya felizmente la primera noche. ¿Te gusta nuestro desayuno? Sí, el amado pan es un don precioso de Dios. ¡El pan seco pone las mejillas rojas!" El desayuno no me gustaba nada, pero tuve que sonreír involuntariamente, pues me recordaba de lo que me había predicho Peter la víspera.

Después del desayuno fuimos a pasear todavía un rato por el patio, hasta que se dió la señal de la escuela. Los muchachos se ordenaron en diversas secciones y junto con diez o doce más, que iban a la escuela del viejo convento de las carmelitas, marchamos de dos en dos en filas cerradas hacia fuera. Cuando llegué a la calle, respirué hondamente, como si hubiese escapado de una prisión.

A la entrada del efímero de la escuela estaba la abuela esperándome. La pobre anciana no había cerrado los ojos en toda la noche, pues tenía un aspecto muy deprimido. La saludaba alegremente, y me asaltó con una docena de preguntas. Cuando le aseguré repetidamente que todo estaba en orden y que el administrador me trataba amablemente, pareció como si se le cayese del corazón una losa. Después que la buena anciana me regaló un cuscuzro de cerezas, se despidió cordialmente de mí y me prometió buscarsme el próximo domingo.

Después de la enseñanza se reunían los huérfanos en el patio de la escuela y marchaban en el mismo orden al orfelinato. Así pasaron los primeros días hasta el domingo en la misma monotonia, sin roce alguno, y me habíamos poco al nuevo orden de cosas. El domingo por la mañana debíamos ir todos a la iglesia. Como mi padre era protestante, tuve que adherirme a los protestantes, de los cuales había muy pocos en el orfelinato. Así pasó la mañana, y sonó la hora larga tiempo anhelada en que podía abandonar por unas horas la casa gris. La abuela estuvo puntual en el lugar, de modo que no perdíamos un minuto. El domingo era para algunos un día feliz, pero no para todos. Entre las dos y las seis los muchachos podían visitar a sus parientes, pero eso no rezaba más que para los que eran buscados por alguien. Solo no podía salir nadie de la casa. El que no tenía parientes, no tenía salida, y había una gran cantidad de ellos.

Fué un día hermoso ese primer domingo. Visitamos primero a los abuelos, donde se habían reunido la mayor parte de los parientes. Para mí fue un verdadero alivio el volver a ver los rostros familiares, y el tiempo pasó como en un vuelo. Cuando al fin, cargado de paquetitos, me puse en camino a la
casa de Peter en compañía de la abuela, eran ya las cuatro y media. El tío había esperado mucho tiempo impaciente. Mientras la abuela y tía Dina se entretenían en la cocina, le contó todo lo que me había ocurrido en la semana pasada. A Peter no necesitaba callarle nada; podía confiarle todo lo que no podía decir a la abuela.

Me escuchó silenciosamente y dijo tristemente: “Es una desgracia que seamos tan pobres. Tienes que salir mejor que puedas de la situación, hijo mío. Cuando hayas terminado tu último año escolar, tal vez se encuentre una solución”. Antes de despedirme le regalé un libro, para no tener que volver a perder inútilmente mi tiempo libre. El tío me aconsejó que fuera muy precavido en la elección, pues no se podía nunca saber si él iba caía en manos inescrupulosas. En eso había pensado ya por mí mismo. Llegó por tanto de la biblioteca del tío un largo tratado científico-técnico, que ya había leído, pero que quería repasar otra vez bien.

Cuando entré de nuevo a las seis con la abuela en el orfelinato, llevé los pequeños obsequios de los pacientes y el libro del tío a mi armario y volví luego al patio. Estaba muy contento. La breve visita a los pacientes me había vuelto más confiado. Sentía que no estaba abandonado del todo y que algunos de los muchachos allí, que no tenían a nadie fuera, estaban mucho peor que yo.

Antes de ir a dormir repartí entre Peter y mis próximos compañeros algunos de los obsequios recibidos y me acosté en el estado de ánimo más grato. Cuando abrí la mañana siguiente el armario, todos mis tesoros habían desaparecido, incluso el libro del tío. Había a Peter, el celador del dormitorio, sobre mi desdicha, pero él ni siquiera se mostró extrañado y dijo: “Habías tenido que esconder las cosas en la cama. En la casa no hay nada seguro. Habría debido decirte, pero pensaba que tú mismo habrías podido imaginarte. Sí, quieres, comunicaré al viejo el asunto, pero no sacaremos nada en limpio”.

Naturalmente, yo no pensaba descubrir al administrador ese incidente. Incluso si el culpable fuese atrapado y castigado, ¿qué provecho podía tener con ello? Además me repugnaba el pensamiento de que otros sufrieran por causa mía y ni siquiera consideré la denuncia del caso. No obstante el asunto fue muy penoso para mí. No me preocupaba la pérdida del par de pequeñas, sino el sentimiento repulsivo de que en este lugar no estaba nada seguro. Pero pasé por sobre eso también. Había entre nosotros muchos que estaban abandonados por todo el mundo. Había que maravillarse de que ellos, que nunca estaban obsequiados con el menor regalo, cayeran en la tentación cuando alguien traía algo de fuera?

Así pasaron las próximas semanas. Entretanto hallé tiempo para familiarizarme a fondo con las nuevas condiciones. Pero lo que poco a poco fui viendo, no era adecuado para juzgar más favorablemente el nuevo ambiente. Hay cosas que algunos, en general, no sienten, o no sienten bastante honadamente, pero que a otros les convierten la vida en un infierno. La mayor parte de mis camaradas, especialmente aquellos que habían llegado a esa casa en su primera juventud, se habían adaptado por entero a las condiciones existentes. Para ellos el vacío espiritual de cuartel y la disciplina mecánica del lugar eran cosas que tomaban como naturales, sin hacer jamás consideraciones al respecto. Pero yo tenía que sentirlo todo muy diversas. Pensábamos que en la mayoría no suscitaban ninguna atención, eran para mis constantes torturas del alma, que no raramente se me hacían insuportables.

Mi primera juventud se había desarrollado en condiciones bastante libres. Pero después de la muerte de mi madre fui llevado por un cambio que había dado a mi tierra vida un contenido nuevo. Los escritos que había leído, y el trato íntimo con el tío, no sólo habían enriquecido mi espíritu y le habían incitado a pensar, sino que habían despertado también el sentimiento de la dignidad humana y habían dado un firme cimiento a mis sentimientos naturales de justicia.

Si a los otros les era difícil el cumplimiento de las prescripciones más absurdas, intentaban eludirlo con toda suerte de subterfugios, lo que, naturalmente, no podía ocurrir más que a costa de su humanidad interior. Para un ser humano que es forzado constantemente desde la más tierna juventud a mentir y a simular, la mentira y la hipocresía se convierten en una segunda naturaleza. Hay individuos que conservan aún en el ambiente más corrompido una cierta pureza de sentimientos y se desarrollan luego como seres aprovechables. Pero son excepciones raras. La mayor parte de mis amigos de juventud en el orfelinato eran niños a quienes se había sofocado temporemanente el alma, de modo que les era del todo extraño todo profundo sentido de la responsabilidad frente a sus camaradas.

Ha asombrado a menudo que saliesen de los orfelinatos y de otras instituciones equivalentes un número tan grande de malhechores. El que haya tenido la oportunidad de conocer esos lugares personalmente, sólo se maravillará de que su número no sea mayor. Es el espíritu antissocial el que crea al llamado delincuente. Pero en aquellos establecimientos está todo dirigido a cultivar artificialmente el egoísmo más crudo y a sofocar en germinen toda simpatía hacia los demás. Naturalmente esto no ocurre de modo consistente, pero los llamados métodos educativos que se aplican allí apenas conducen a otros resultados. Con citas de la Biblia y hablas mojigaterías se no puede superar el mal. Es todo el sistema el que provoca tales efectos y los acreciente sin cesar.

Lo cierto es que la mayor parte de mis jóvenes camaradas no atribuían la más mínima importancia a todo el palabrerío piadoso. Sentían de modo puromente injusto la vacuidad interna y la insinceridad de los buenos preceptos, que debían escuchar diariamente, y que les estimulaban, no raramente, en sentido contrario. Me recuerdo cómo Peter, después de una comida totalmente indigerible, me dijo una vez furioso: “Si esos piadosos señores nos dieran algo mejor que comer en lugar de rezar tanto, servirían mejor a la salvación de sus almas”. Peter había llegado al orfelinato a los ocho años y no había recibido indicio alguno de un pensamiento libre. Fué la contradicción interna de la vida misma la que le llevó a esas consideraciones. Si el señor padre y el cura católico, que diariamente entraban y salían donde nosotros estábamos, hubiese podido oír cómo jugaban los huérfanos, cuando estaban solos, sus palabras llenas de miedo, se les habría desvanecido totalmente la última ilusión sobre el resultado de su piadoso modo de educar.

Y sin embargo sería injusto hacer responsable al administrador o a per-
sonas individuales de los resultados funestos de ese sistema. El señor padre
no era el fondo una mala persona. He visto en él más tarde algunos aspectos
humanos que me convencieron agradablemente. Pero al fin no era más que un
rodaje en la máquina y probablemente estaba convencido de que el método
que había tomado de sus predecesores era la última conclusión de la sabiduría.
Pues es precisamente la maldición de tal sistema, que en él todas las ruedas
granan unas con otras y obedecen sin resistencia al mismo ritmo que lo mantie-
tiene todo en movimiento.

Cuando se decidió que yo debía ir al orfelinato, trataron los amigos y
parentes de consolarme, asegurándome que los huérfanos estaban allí mejor
que muchos otros niños pobres. Allí había al menos buenas ropas, zapatos
sanos, bastante qué comer y una cama limpia. Seguramente pensaban lo que
decían, pues veían sólo las cosas desde fuera y no sabían lo que se ocultaba
bajo la superficie. Hay cosas que no se pueden decir y que no pueden decir
especialmente los niños, pues son como cavernas ocultas que no se sospechen
en los jóvenes. Así, pocos tienen idea de las mudas tragedias de un alma infan-
til. ¡Buenos vestidos, zapatos sanos, bastante qué comer, una cama limpia!
¡Como si todo consistiese en eso!

Yo no había tenido nunca, hasta la muerte de mi madre, una indumen-
taria nueva, pero en la casa una mano amorosa que preparaba mis ropas
con las viejas de los adultos. La falta de elegancia no me causó nunca una
hora de tristeza. Ahora llevaba un uniforme; los días de fiesta y los domingos
incluso uno nuevo. Sin embargo no era más que un número muerto en esta
casa, como los demás. El uniforme gris era el símbolo de aquella mono-
tonía gris que sólo tenía en vista el sistema, no el hombre. Muchos no compren-
derán esto, pero no por eso es menos verdad que bajo el uniforme se destruye
la personalidad infantil.

¡Qué bien que comer! Ciertamente, podíamos llenar el estómago. Pero la
cena era tan insípida, tan sin gusto y sin cambio como la vida entera allí,
que cada una tenía el olor del asilo. Cuando la madre en la casa nos ponía en la
mesa una fuente de tortas de patatas o de albondigas con verdura salada,
teníamos una comida preciosa, que a pesar de su baratura correspondía a nuestro paladar. Aquí se comía porque al fin y al cabo había que comer. Pero
se comía sin satisfacción interna y no raramente con la mayor repugnancia.

Mis zapatos estaban antes remendados o provistos de más de un agujero,
pero ambulaba por la tierra libre y me alegraba de la vida; aquí calzaba cal-
zado nuevo para andar por el pavimento de un patio de prisión y estaba sepa-
rado del mundo exterior por un alto muro.

Lo que faltaba en esa casa era aquella bondad y aquella ternura humana
que es tan necesaria para los niños como el pan cotidiano. Yo sé que hay más
de un hogar en donde tampoco se encuentran esas cualidades preciosas; ¡Tanto
peor! Pero yo había disfrutado en mis primeros años infantiles plenamente
del cariño y de la ternura; por eso sentía el cambio doblemente más pesado.

Donde la bondad humana y la simpatía amorosa no existen, se anquilosa
todo sentido social y se levantan muros entre hombre y hombre. Mediante una
rigida disciplina y una coacción férrea se puede hacer que los hombres se mue

ocurre esto mucho más fácilmente. Pero con tales medios nunca se crearán
hombres que se sientan interiormente solidarios y que realicen con el corazón
alegre las tareas que se les presenten. Se obedece porque no puede hacerse de
otro modo. Por eso en tal condición cada cual se preocupa de sí mismo y no
se cuida del destino de los otros. Incluso cuando en tales condiciones se intenta
establecer ciertas relaciones mutuas, el resultado raramente corresponde a la
intención. Un ejemplo solamente:

Había entre nosotros niños de 5 a 14 años, Niños que habían perdido
tempranamente a sus padres, fueron llevados primero al asilo hasta llegar a
la edad reglamentaria. Como los niños no eran todavía capaces de realizar
todos los trabajos diarios, se ponía un niño menor junto a uno mayor, para
que éste le ayudase. La intención era buena, pero el resultado era funesto
para los menores. No se les ayudaba, sino que se les forzaba más bien a reali-
zar los trabajos desagradables de los muchachos mayores. Además eran dia-
riamente maltratados por éstos y llamados con los apodos más des gritantes.

Los pobres llevaban una verdadera vida de perros. Estaban a merced de la
arbitrariedad de los mayores, pues una queja al administrador les habría con-
vertido la vida en un infierno.

Había muy pocos muchachos que traten humanamente a sus protectos.

Para los más era un placer evidente cuando podían torturar a los pequeños.
Era éste un efecto natural del estado entero de cosas. Los muchachos mayores
que se sentían constantemente sometidos a la severa disciplina de un adies-
stramiento mecánico, que no tenía en cuenta ninguna inclinación humana, se
transformaban en tananos en cuanto se les daba un cierto poder sobre otros.

Les proporcionaba una satisfacción interior el saber que había otros que esta-
ban por debajo de ellos y a los que podían hacer sentir su poder. Eso les daba
el sentimiento de una cierta superioridad, que debía compensarles de la humili-
tación cotidiana de su personalidad interior.

La misma ligazón espiritual entre el señor y el criado se manifiesta en lo
pequeño como en lo grande. El hombre verdaderamente libre aprecia la per-
sona del prójimo, porque se aprecia a sí mismo. Pero al tirano le es extrañ
el sentido de la dignidad humana, tan extrañamente como al esclavo que suspe-
ba su yugo. La arbitrariedad despótica y la sumisión esclavas son resultados
del mismo estado de ánimo, sólo que sus agentes ocupan posiciones distintas
en la vida, y permiten a uno lo que está prohibido al otro. Pero la vinculación
 interna está en su sangre y determina la esencia de su carácter. Esta es también
la causa de que el esclavo obre siempre en el mismo espíritu cuando el azar le
lleva al puesto del amo.

LAS CONDICIONES MORALES EN EL ORFELINATO

Lo que me llamó más la atención en el nuevo hogar, después de haber
superado la timidez de los primeros días, fue la obscenidad sin ejemplo del
lenguaje en que se complacían los niños cuando se encontraban solos. Yo
estaba habituado desde joven a las expresiones fuertes. Es verdad que mi madre
y Petter en ese dominio se mostraban bastante retraídos, pero en cambio sía
bastaente en el trato diario en la calle que me preservaba de la melindrosidad. Nuestro dialecto nativo dispone de una buena cantidad de expresiones vigorosas no del todo adecuadas para salones. Cuando éramos niños, sin embargo, las empleábamos sin sentir nada censurable. Nunca nos preocupábamos mucho de la elección de las expresiones. Era una rudeza natural que tenía por lo general base algo humorístico y que iba más allá de la agudeza de la palabra empleada.

Pero el lenguaje usual entre los muchachos de asilo no se podía designar siquiera como fuerte: era simplemente obsceno y sin gusto. En la manera desvergonzada de expresarse de estos niños, alcanzados por el destino, se manifestaba una temprana sensualidad alentada artificialmente en ese ambiente sofocante e insano. Faltaba a ese lenguaje el sano humorismo y la pureza natural del sentimiento que suavizan hasta las expresiones más crudas.

Tenía aproximadamente trece años cuando llegué allí, y aunque no había tenido realmente experiencias sexuales, no me eran ya desconocidas las misteriosas incursiones del amor sexual. Conoció los acontecimientos que preceden al nacimiento de todo ser viviente, como la mayoría de los muchachos de mi edad. Pero lo que vi en esa casa, me había sido enteramente extraño hasta allí.

Era incomprensible oír hablar a niños de nueve o diez años de cosas de que seguramente más de un adulto no tenía ninguna idea. No sólo conocían los procesos generales del acto sexual, sino que hablaban también de una cantidad de hábitos anormales de que yo no había oído hablar nunca antes. Y lo hacían con gestos de libertinos avezados que en ese dominio no tenían nada que aprender ya.

Como he dicho después, la mayoría de sus conocimientos les debían a un muchacho de diecisés años de nuestro ambiente, cuya vida instintiva moribunda constaba principalmente sobre los niños menores. El pobre individuo estaba tuberculoso en alto grado y pasaba la vida constantemente en el hospital y en el orfanato. Siempre que tenía un ataque grave, se le llevaba al hospital. En cuanto se sentía relativamente mejor, se le volvía con nosotros. Todos los otros jóvenes abandonaban el asilo al cumplir sus catorce años para entrar en el aprendizaje con un maestro de oficio y sólo aparecían aquí los sábados, para recibir ropa interior, el traje y los zapatos. Pero él estaba demasiado enfermo para aprender un oficio y quedaba con nosotros mientras no estaba en el hospital, hasta que al fin, dos años después, murió de un vértigo de sangre.

Ese K. era un sujeto sinéstrico. No tenía una onza de grasa en el cuerpo consumido y parecía un cadáver andante. Su rostro hundido mostraba una palidez morbosamente. Los obscuros ojos aparecían en el fondo de las órbitas y brillaban siempre con fulgor de fiebre. En cuanto abría la boca brotaba de sus labios un verdadero torrente de palabras obscuras. Su obscenidad no conocía límites. Decía cosas que cualquier otro habría silenciado medrosamente. Contaba entre otras cosas que en el hospital había servido de mujer a un tuberculosis, y describía los detalles del proceso con una desvergüenza tan espeluznante que debía llenar de asco a todo ser de sentimientos sanos. Y los pequeños escuchaban diariamente sus palabras y hacían sus comentarios obscenos sobre lo escuchado.

No sabría decir hoy si lo que contaba tenía por base hechos o sí procedía simplemente de su imaginación enferma. Muchas veces su imaginación enferma, pero algunas cosas que describía con tal multitud de pormenores técnicos que había que suponer en efecto que lo había vivido literalmente.

Todavía es para mí hoy un enigma cómo se podía dejar en el orfanato a esos seres físicos y psíquicamente enfermos. No sólo se les llevó durante un breve período al asilo; pero los inválidos que nos traían la comida desde allí, contaron que las piadosas hermanas se indignaron tanto con las sucias costumbres del sujeto que se recrudecieron a todos los medios para liberarse de él nuevamente. Quizás temían que la moral de los ancianos pudiera sufrir daños por su causa. Era pues más aconsejable ponerlos con los niños para que pudiese destruir totalmente sus almas. Ese desgraciado pertenecía al hospital, pues aparte de sus inclinaciones morbosas, su estado físico era tal que su convivencia con otros niños tenía que hacer peligrar gravemente la salud de éstos. Constantemente arrojaban sangre sus pulmones, y su pañojo estaba siempre manchado con una mucosidad rojiza. Pero se contentaban con tenerlo a distancia de los grandes dormitorios y se le mantenía con otros cuatro o cinco niños en una habitación especial.

A pesar de todo sería erróneo querer atribuir la perversión moral de los niños simplemente al mal ejemplo de ese muchacho enfermo. Es verdad que una manzana podrida puede echar a perder el contenido de un cesto entero; en este caso fue ésa una circunstancia responsable de los resultados. No es ningún azar que los cuarteles, las prisiones y otros establecimientos de esa clase hayan sido siempre las casas de entrenamiento de todas las desviaciones de la vida sexual. La estrecha convivencia y el aislamiento del mundo exterior crean el mejor clado de cultivo para esas cosas.

Pero para el orfelinato había además otra circunstancia. En condiciones normales los niños encuentran en la diversidad cotidiana de la vida una derivación natural para las primeras manifestaciones del instinto sexual. Pudo apelar a mis propias experiencias. En cuanto salíamos de la escuela, nos revolvíamos al aire libre. El cambio del ambiente daba a nuestra actividad siempre nuevos estímulos que mantenían nuestros pensamientos en circulación y los conservaban de todo sentiment unilateral. También hablábamos ocasionalmente de las cuestiones sexuales, pero no a menudo, pues había en nuestra vida mil cosas que dirigían nuestros pensamientos sin cesar por otros carriles. Y nunca se oyó en nuestras conversaciones hablar en ese tono obsceno y soez usual entre los muchachos del orfanato. Era simplemente la curiosidad natural del niño que se dispone a llegar al fondo de las cosas ocultas.

Pero aquí se desarrollaba la vida en condiciones muy diversas. Comparada con la vida de los niños de fuera, la residencia en esta casa era sólo una existencia de prisión. Todo se movía dentro de los límites estrechos de un aislamiento artificiosamente producido, sólo raramente y para algunos de nosotros interrumpido. Todos los días iban los niños en filas cerradas desde el orfelinato a la escuela y de la escuela al orfelinato, sin salir en mayor contacto con el mundo exterior. Las clases terminaban a las cinco y duraba hasta las seis. Se cerraba a las siete. A las nueve teníamos que ir a la cama. Aparecía entretanto ocasionalmente un sacerdote para decir a los niños algunas palabras relativas a la.
carácterístico que su ambición no conociera objetivos superiores. Ni siquiera la hija del administrador, una muchacha joven, floreciente, de dieciséis o dieciséis años, era eximida de esas calumnias obscenas. El señor padre habría abierto los ojos de par en par si hubiese sabido que algunos muchachos solían contar de su hija.

Yo me había percatado de que me ajustaría fácilmente a mi destino, cuando pasara un tiempo aquí, pero me engañé por completo. Cada día era para mí un nuevo tormento. Me sentía como en un desierto. ¿Tan vacío era esto, tan terriblemente vacío? ¿Por qué podía hacer? Tenía que soportar, pues sabía muy bien que nadie podría socorrerme. Lo peor que podía ocuparme espiritualmente muy poco. De la biblioteca del tío raramente toma-
ba un libro, por temor a que lo robasen. En la biblioteca del orfelinato apenas había algo que pudiera interesarme. La lectura se había vuelto para mí una necesidad, pues se me hacía muy pesado el vacío de mis horas libres.

Cuando iba los domingos a casa de los parientes, apenas tenía tiempo para tomar un libro en las manos. En casa de Peter repusaba rápidamente los nuevos números del Socialdemokrat, pero ocurría a menudo que esta hoja falsa-
taba, pues se habían producido dificultades inesperadas en la difusión secreta.

Ese era todo lo que podía hacer entonces. Y sin embargo esas cuatro horas a la semana eran mi único alivio. Yo no sé lo que habría ocurrido si no hubiese dispuesto de ese recreo espiritual, y hubiese tenido el vacío completo de tantos otros de mis jóvenes camaradas.

MI PRIMER ENCUENTRO CON EL ADMINISTRADOR

Así pasaron mis primeros cuatro meses. Me había hecho prestar por Peter nuevamente un libro, para llenar con algo útil el vacío insoportable de mi existencia en esa casa. Se titulaba Der Irrgang des Lebens Jesu, por Albert Dulk, una obra hoy casi olvidada, pero que en aquellos años tuvo una amplia difusión. El tío opinaba que no era aconsejable llevar ese libro al orfelinato, pues su solo título podia ocasionarme fácilmente disgustos. Pero le tranquili-
qué, asegurándole que hasta entonces nadie se había preocupado de mis lecturas.

Metí el libro entre mis cosas en el armario y había vuelto a contar de la mitad cuando un día desapareció repentinamente. El asunto fué para mí en extremo penoso. Yo sabía con qué cariño cuidaba mi tío de sus libros, y como no tenía ninguna posibilidad de sustituirle la obra me sentí doblemente deprimido.

Hablé con Peter sobre la cosa y le rogué que me ayudase a recuperar el libro. Pero éste se elucidó reflexivamente la cabeza y dijo: "El libro no lo ha tomado ninguno de nosotros. En la casa se roba todo, menos libros. Probablemente el viejo, al inspeccionar los armarios, lo encontró y se lo llevó".

¿Qué hacer? Naturalmente no podía preguntarle al administrador. Además estaba firmemente convencido de que, en caso que la sospecha de Peter fuese exacta, el señor padre me iba a llamar. Sabía naturalmente que en ese caso llegaría a una decisión y me había hecho ya un plan de defensa, pues estaba resuelto a no retroceder. ¿Qué podía ocurrirme finalmente? No tenía nada que perder, cualquiera que fuese el desenlace del asunto.
—¿Y así ocurrió que el pastor Lincker os incitó a leer sus artículos?—
—pensó el capellán impaciente.—No, señor, capellán—dijo yo tranqui-_
quilmente.
La conversación se paralizó un rato. Luego me lanzó el capellán una
mirada penetrante como si quisiera adivinar mis más secretos pensamientos, y
dijo: “Eh, hijo mío, que me hayas dicho toda la verdad, pues no pienso
mal de ti. ¿Estás seguro de que el pastor Lincker, en sus sermones, no ha
expresado una palabra contra la moral de la iglesia católica?”
Le aseguré que había respondido a sus preguntas conforme a la verdad,
y que el pastor nunca había manifestado una palabra de sus luchas contra el
clero católico de esta ciudad 1.
—¿Y cómo has conocido esa disputa?—preguntó.—Por los perió-
dicos—respondí. “Además he leído los dos escritos del pastor. Pero lo hice
antes de haber ingresado en el orfelinato”.
—“Estoy satisfecho, señor administrador”—dijo a esto el capellán. “Era
lo que quería saber”.
Entonces tomó la palabra el administrador y dijo: “Te encuentras en un
camino peligroso. Rogaré a Dios que te ayude a una mejor visión de las
cosas. Pero como encargado de esta casa no puedo admitir que sean con-
venidas impunemente mis disposiciones. Has introducido un libro prohibido.
El hecho que hayas escondido el libro entre tus cosas, hace dudar que sabías
que cometeras una acción inconveniente. Comunicarás a tus parientes que te
serán prohibidas las visitas por las tres semanas próximas.”
Senti que la sangre se me subía a la cabeza, pero sabia también que no
era lugar adecuado para dar libro curso a mi indignación. Me dominé lo mejor
que pude y dije tranquilamente: “No puedo impedir que usted me castigue,
señor padre, pero me siento libre de toda culpa. Nadie me ha dicho que está
prohibido traer a la casa un libro extraño. Si escondí el libro entre mis cosas,
no fué porque tuviese mala conciencia, sino porque en esta casa se roba todo.
A mí mismo me desprendieron del armario los primeros obsequios de mis
parientes. Por eso tomé precauciones. Pero el libro es mío. He de seguir por
consiguiente lo que se me entregue nuevamente a él”.
—“¡Basta!”—me interrumpió el administrador. “Puedes marcharte!”
—“Un momento, señor padre”—intervino el capellán, y dirigiéndose a mí, dijo:
—“Hijo mío, no te será fácil dejar de ver por tanto tiempo a tus parientes.
Es verdad que no me compete intervenir en los asuntos del señor padre; pero si
me prometes que no volverás a traer tales libros, que nunca volverás a leer
un libro tan peligroso, quiero ser tu abogado. No creo que el señor padre me
rechace este ruego.”
—“Señor capellán”—dijo—, “quiero prometerle que no volveré a traer
aquí un libro extraño a la casa. Si hubiese sabido que están prohibidos aquí
libros que todos pueden leer libremente en Alemania, no lo habría traído.

1 Pastor Lincker era un sacerdote protestante que fue trasladado a Maguncia algunos
años antes de mi ingreso en el orfelinato. Había atacado violentamente en un periódico a
la iglesia católica y después había publicado dos pequeños escritos que promovieron mucho
ecstado. La cosa no tenía más que importancia local y no pasó de la usual querella
de vecinos.
Pero que no he de leer más tales libros, esa promesa no puedo mantenerla, pues no puedo prometer lo que no he de cumplir.

—¿Con que esas tenemos? —gritó el administrador dando con el puño en la mesa. “El señor capellán te ha tenido un puente de oro y tu corazón quedó endurecido. Pero la obstinación es un gran pecado. ¿Por eso no verás a tus parientes en cuatro semanas? Puedes retirarte.”

Abandoné la habitación en silencio. Temblaba de indignación. ¿Qué podía hacer? No sabía naturalmente cómo tomarían el asunto los parientes. 

Peter y la abuela Rocker me comprenderían. ¿Y los demás? ¿Había podido obrar de otra manera? Sólo un cobardía habría podido prometer arrepentimiento cuando la convicción interior le exigía lo contrario. Los parientes eran demasiado pobres para ahorrarme el orfelinar. En consecuencia tenían que comprender que yo debía velar por mí mismo.

Por un instante pensé en la fuga. ¿Pero dónde ir? Habría podido colarse con algún campesino en los alrededores, pues era fuerte y no tenía miedo alguno al trabajo. Pero no tenía documentos y tenía aún ocho meses de escuela por delante. No, no había nada que hacer. Pero más que ningún otro me afectaba el pensamiento de cómo sería en lo sucesivo mi vida en esta casa después del choque. Había dado un paso del que no podía retroceder, si no quería ser infiel a mí mismo. Había continuar resistiendo en lo sucesivo viñese lo que viniese. Una fría decisión se adueñó de mí. Había dicho A, ahora tenía que decir también B y defender mi piel. No se me oculrió por un solo instante que en esa lucha desigual tenía todos los triunfos en contra; pero tan fácilmente no me iban a dominar. Esa decisión me devolvía el equilibrio espiritual. Me sentía libremente fortalecido y estaba dispuesto a cualquier resistencia.

Levemente pasaron los días hasta el próximo domingo. Fué la primera vez que no vino a buscarme nadie. La pérdida de la salida semanal me afectó mucho. Pero por estar la conciencia torturadora de tener que sufrir por la vil arbitrariedad contra la que no había ninguna apelación. Estaba mortalmente aburrido. No tenía nada que leer, y como en la casa no había ocasión de ocuparse de otra manera, no sabía cómo matar el tiempo. Estaba, pues, enteramente a merced de mis cavilaciones, que no eran las más apropiadas para aliviar mi estado de ánimo tético.

Cuando a la mañana siguiente llegué a la escuela con mi sección, estaba esperándome a la entrada la abuela Rocker. Después de haberme saludado, me tomó aparte y me preguntó qué había pasado para perder las visitas semanales. En la comunicación del administrador no se mencionaba más que había procedido contra el encargado del establecimiento. Conté a la abuela lo ocurrido. Me escuchó atentamente, y me pregunté luego si no había hecho algo más. Le aseguré que no tenía conciencia de ninguna otra culpa.

—¿Pues ésa es una villanía? —dijo violentamente. “Iré a ver ahora al administrador y le hablaré. ¿O crees que con eso podría perjudicarte?” —“De ninguna manera” —le dije. Haz lo que consideres justo. No tengo miedo a nada.” —Bien! —dijo la anciana en su manera breve, decidida. “¡Mantente firme, hijo mío! Pero no te dejes llevar a ninguna acción irreflexiva. Eso sería contraproducente y sólo empeoraría tu situación”.

Me dió entonces un paquetito con los obsequios usuales de los parientes y se despidió de mí amistosamente. Se me había caído como un peso del corazón. Al menos sabían ahora mis parientes que yo no tenía culpa.

Cuando volví a mediodía al orfelinato, me hizo decir al administrador que me presentara después de la comida en el despacho. No fui allí en buen estado de ánimo. “¿Has visto a tu abuela?” —me inquirió. —“Sí” —dije. “¿Y te has quejado a ella por haber sido castigado?” —“No hice más que contarle lo que había ocurrido, porque me preguntó por ello” —respondí.

—“Te has hecho culpable de una nueva contravención” —me gritó. Cuando se te ha prohibido visitar a tus parientes, quiere decir que no puedes verlos en modo alguno, hasta que haya transcurrido el castigo.”

Le respondí que mi abuela había llegado por impulso propio y que no estaba en mi poder impedirlo.

—“¿Esto no significa nada?” —me interrumpió. “En esta casa las que valen son mis prescripciones, a las que todo el mundo tiene que someterse. Si tus parientes no están contentos con ellas, están libres de cuidar de ti. ¡Después que Dios me ha querido llamar a tus padres de esta vida, deberías estar agradecido por haber encontrado un lugar donde se te admite!”

—“No soy responsable de ello” —dije yo tranquilamente. “Había mejor que Dios se hubiese complacido en dejar la vida a mi madre, para que yo no hubiese tenido nunca que conocer este establecimiento.”

El señor padre se mordió los labios y quedó por un momento mudo como un pez. Luego dijo con fingida calma: “Tu obstinación te costará mucho. ¡Y ahora, ni una palabra más. En los próximos ocho días después de la escuela irás a la torre. Además prolongo por dos semanas más la prohibición de las visitas a los parientes. ¡Puedes retirarte!”

Marché sin decir más palabra. Tenía una aguda observación en los labios, pero me dormí a tiempo. ¿Qué provecho habría podido traerme?

Cuando volví después de las cuatro de la escuela, me condujo Peter a la torre. Era un aposento bajo y estrecho en el último piso de un edificio en forma de torre, inmediatamente debajo del techo, que se extendía en el orfelinato de calabozo. En la pared derecha había una larga tabla que hacía al mismo tiempo de cama, de mesa y de silla. No había otra cosa en ese agujero incómodo, apenas iluminado por una pequeña claraboya del techo. En el invierno los muchachos que debían paliar allí su castigo recibían una manta. En el periodo caluroso del año faltaba incluso ésta.

Peter me preguntó qué había pasado, después de haberse cerciorado de que nadie acechaba en la escalera. Cuando le expliqué las cosas, meñecó la cabeza y dijo: “Dentro de una hora te traeré un trozo de pan y un jarro de agua. No se da más aquí” Luego me preguntó aún si el administrador había advertido que la abuela me había entregado algo por la mañana. No estaba seguro, y él dijo que en ese caso era más aconsejable rogar al viejo en mi nombre que me fuesen entregadas las cosas, pues ahora me vendrían muy bien. Pero yo le rogué que repartiesen los obsequios entre él y mis dos camaradas próximos, pues yo no podía pedir ningún favor al señor padre.

Cuando Peter cerró la puerta por fuera, según lo reglamentario, me sentí contento de estar solo. La brutal injusticia que se había cometido contra mí, me había puesto en una condición en que me molestaba toda compañía. No me
El tercer día era fiesta y no salí del miserable agujero. No obstante me traje esa día una inesperada sorpresa. La campana había llamado justamente a la comida cuando oí repentinamente pasos en la escalera. Cuando se abrió la puerta, apareció en el umbral el capellán y detrás de él Peter, que me trajo la recien usual de pan y agua. El capellán me saludó amistosamente y dijo a Peter: "Puedes irte. Yo mismo llevaré las llaves".

Cuando estuvimos solos, se sentó junto a mí en la tabla y me miró un tiempo silenciosamente. Yo tenía una sed loca, y miraba constantemente el jarro. Debió advertirlo, pues dijo de repente: "¿Tú tienes sed, hijo mío? Bebe tranquilamente cuanto quieras. Hace aquí un calor espantoso. Yo creo que habrá tormenta".

Después de haber saciado mi sed, tomó el capellán mi mano y me preguntó seriamente: "¿Por qué has obligado al señor padre a imponerte un nuevo castigo, hijo mío? ¿No comprendes que con eso sólo te perjudicas a ti mismo?"

"Yo no sé que haya cometido ninguna mala acción, señor capellán" -respondió. El que mi abuela me visitase, era natural y lo hizo sin que yo se lo pidiera.


"¿Ofendido?" -pregunté yo asombrado. "Yo no he ofendido a nadie, señor capellán."

"¡Sí!" -dijo tranquilo, y me miró amablemente. El señor padre tuvo que sentir como una ofensa el que le dijese que no quería. Yo le dijese lo que había sido mejor para ti no haber conocido este establecimiento."

"Pero señor capellán, dije, ¿es un crimen que alguien desee que su madre viva? Nadie llega a esta casa por placer".

"Ciertamente" -dijo bondadosamente. "Pero el señor padre interpretó esas palabras como un reproche que él no ha merecido, pues no hace más que cumplir con su deber".

Me callé. Puso su mano en mi cabeza y dijo: "Estoy seguro que el señor padre suavizará tu castigo o quizás te lo levantará por completo si lo declareas que no querías ofenderle. Sería para ti y para tus pacientes una gran bendición. Yo mismo estoy dispuesto a intervenir en tu favor en este caso".

Así pues, ése es el fin del ejercicio, pensé, y me miré inquisitivamente a la cara. Sus ojos permanecieron insodables. De los finos rasgos no irradiaba más que suavidad y bondad. Me sentí afectado. Se me ocurrió toda clase de pensamientos. ¿Debía realmente ceder? Cada fibra de mi corazón se rebelaba contra esa sospecha. Me miré con franqueza a los ojos y le dije sospechoso:

"Le agradezco su buena intención, señor capellán, pero eso es imposible. No porque yo sea obstinado, como dice el señor padre, sino porque me siento libre de toda culpa. He sido castigado porque dije la verdad. Una pequeña mentira y todo habría tomado otro cariz. Cuando usted me pidió la promesa de que no volviese a leer tales libros, le dije honradamente que no podía dársele. Por eso fui castigado más duramente. Si hubiera mentido, se me habría liberado del castigo".
El capellán calló un momento. Luego dijo sin la menor excitación: "¡Bien, hijo mío! No quiero penetrar más en ti. No quiero tampoco hacerle ningún reproche, pues no quisiera hacer nada que pudiese dañar tu tranquilidad interior. Sólo una cosa quiero que sepas. Cuando vine hoy a verte, estaba lejos de toda intención especial. Me díste una noticia. Por eso quería ayudarte lo mejor que pudiese. ¿No comprendes esto?"

Llevó luego la conversación a otro dominio, me preguntó por mi vida anterior, por mis parientes y otras cosas. Respondí honestamente a toda pregunta. Así pasó una media hora, y al fin se levantó y limpiándose el sudor del rostro me dijo: "Tengo que marchar. ¿Puedo hacer algo por ti?"

"Si usted pudiera proporcionarme algún libro, señor capellán, le estaría agradecido. Estoy ya desde hace tres días en este agujero sin poder ocuparme de nada. Esto es terriblemente aburrido."

Reflejé un poco. Luego dijo sonriendo: "Naturaleza no puedo traer ni un único libro como aquel que se encontró en tu armario. Pero hay muchas cosas estimulantes. ¿Tienes un deseo particular?"

"Quizás una buena obra de etnología, geografía o historia" —pros pondi."

"¿Bueno! —dijo. Vivo sólo a unos minutos de aquí y te enviaré hoy algo."

Luego me dió amistosamente la mano, sacó la llave de la cerradura, pero dejó la puerta abierta y se fue escaleras abajo.

Quedé un tiempo inmóvil en mi tabla. Me asaltó una oleada de pensamientos, para los cuales no podía hallar respuesta. ¿Obligaba realmente el capellán lo que decía? ¿O sólo perseguía un plan que no podía captar? Cuando se le oía hablar, no era posible dudar de la sinceridad de sus propósitos. ¿Pero quién le conocía aquí? Mis experiencias en este establecimiento me habían infundido una profunda desconfianza que antes no conocía. En esta casa no había cualidad alguna, ninguna entrega franca, ninguna relación sincera. Todos lo sentían; por eso nadie confiaba en los otros.

Lentamente comí el trozo de pan y cavilé sobre mil cosas para las que no hallé explicación alguna. Hasta que al fin los tañidos de la campana interrumpieron mis ensañaciones. Poco después apareció Peter, que no se maravilló poco al hallar abierta la puerta. Además de la razón prescrita me trajo dos paquetes.

"Eso te lo envió el capellán" —dijo sonriendo. "Has visto con qué facilidad puedes cambiar estas cosas."

"Te equivocas, Peter" —respondí, algo desagradablemente afectado por sus deducciones precipitadas. "No me he comprometido a nada y no haré en lo sucesivo tampoco el papel de arrepentido. El capellán me envía algunos libros, porque lo he rogado que me los enviase."

Me miró incrédula, pero como no podía quedarse más tiempo, dijo sacudiendo la cabeza. "¡Eres un sujeto singular! No es ninguna vergüenza ceder cuando no existe otro recurso. Bien, ya me lo contará todo cuando salgas de este agujero."

Después abrí con curiosidad el mayor de ambos paquetes. ¿Quién puede describir mi sorpresa cuando encontré allí algunas manzanas preciosas, una media docena de panecillos con jengibre y embutidos y dos pastillas de chocolate. Estaba tan confundido que apenas sabía qué pensar. Pero tres días a partir de esa fecha, había escrito poderosamente mi apetito. Con una verdadera voracidad me dedicué a las golesinas recibidas y no deseé hasta que comí la mayor parte de ellas.

El paquete menor contenía un libro. Eran las memorias de un misionero católico que había vivido veinte años entre los nativos de Borneo. Me sentí al comienzo algo decepcionado, pero sospechaba tras el título alguna historia piadosa sobre la obra de las misiones en las Indias Holandesas. Pero cuando comencé a leer, me sentí gratamente sorprendido, pues la obra contenía una cantidad de valiosas descripciones de las costumbres, los usos y las instituciones sociales de la población nativa de Borneo. Hasta allí donde el autor hablaba de la labor proselitista de los misioneros, su exposición estaba constantemente entretejida con observaciones ilustrativas. En una palabra, era un libro interesante y lleno de enseñanzas que me causó mucha alegría.

Así pasaron los tres días siguientes, hasta que al fin abandoné el incómodo lugar y volví al viejo orden de vida. Las dos primeras semanas no trajeron nada digno de mención. Todo marchó como antes, pero ahora tenía algo que leer. No volvi a ver en ese tiempo al capellán, pero me había enviado un nuevo libro y había reclamado el antiguo. La nueva obra contenía una preciosa descripción de los viajes de descubrimiento de Nordenskjöld en Groenlandia y me proporcionó algunas horas agradables. El que al fin pudiese leer algo bueno, fué una verdadera bendición y me ayudó a pasar algunas horas tranquilas. Me hice apuntes sobre lo leído y enriqueció así mis conocimientos. Ya la conciencia de que no tenía que malgastar inútilmente mi tiempo, obró en mí como una redención e hizo que me adaptase a algunas cosas que antes me parecían insoportables.

FUGA DEL ORTELANATO

En la actitud del administrador hacia mí no se había producido ninguna alteración. No me trataba mejor, pero tampoco peor que antes. Fué un gran alivio para mí. El porvenir no me pareció tan tóxico como cuando había estado en la torre. No sospechaba que ya se anunciaba una nueva tempestad. Cuando estaba un día absorbido en el patio en la lectura de un libro, se me acercó repentinamente el administrador y me dijo que fuese con él a su despacho. Estaba muy amable y me dijo que quería hablar conmigo de diversos asuntos. Después de habercse sentado en su sillón, dijo: "Saldrán pronto de la escuela, Rudolf, y tienen que aprender un oficio. ¿Has reflexionado ya sobre ello?"

"Sí, señor padre" —respondí. "Quisiera ser encuadernador."

"¿Encuadernador? —preguntó y reflexionó un momento—. Es ciertamente un buen oficio, pero temo que no pueda realizar tus deseos. En la ciudad no hay ningún maestro de esa rama que acepte en casa un aprendiz. Pero el reglamento de esta casa quiere que vayas con un maestro en cuya
Vi entonces que todo estaba perdido. Pero en ningún caso quería ceder. Era ya la segunda vez que este hombre me hacía sentir que vivía de la caridad de los otros. Como si hubiese sido culpa mía que mis padres muriesen tan pronto. Sentí que la rebelión me subía a la garganta. "Si usted quiere obligarme a una respuesta" —dijo con voz firme— "no puedo más que decir que todavía hoy estoy persuadido de que he sido castigado injustamente."

Quedó como petrificado en su sitio. Tan sólo después de una larga pausa recobró el habla y dijo casi descompuesto. "Tú lo has querido. Las consecuencias te enseñarán. No tengo más que decir. ¡Vete!"

Salí precipitadamente, con el corazón a punto de estallar de irritación y de amargura. ¿Por qué me torturaba ese hombre así? ¿Por qué exigía de mí lo que me hiciésemientos ante él y ante mí mismo? Su observación de que comía el pan de la caridad ajena, se había grabado profundamente en mi alma. Por primera vez sentí la maldición de la pobreza en toda su significación humillante. ¡Nunca se debería humillar a un ser humano así! Y menos cuando ese ser humano es todavía un niño. ¡No, no menos aún entonces! ¿Qué hacer? Estaba claro que no tendría en esta casa ninguna hora más de sosiego. Mientras estuviera expuesto sin defensa a las persecuciones del administrador, no había para mí esperanza alguna. Es verdad que mi período escolar terminaría pronto. Pero tenía por delante los años de aprendizaje. Lo que podía acontecer entretanto no se dejaba abarcar, sobre todo desde que supe que no podría seguir mi inclinación en la elección del oficio. Pasé una larga e intranquila noche. En vano torturaba mi pobre cerebro para hallar una salida. Hasta que el sueño me cerró los ojos cansados.

Había esperado que el administrador me impusiese al día siguiente un nuevo castigo, pero apenas pareció advertirme. Así pasaron los próximos días hasta el domingo. ¿Vendrías la abuela? No era de suponer, pero yo confiaba contra la razón. Después de la comida de mediados me senté en un banco en el patio e intenté leer. Un raro desasosiego me dominaba. Mis ojos leían páginas enteras sin que el contenido de lo leído llegase a mi conciencia. Cerré el libro malhumorado.

Uno tras otro aparecían los parientes de los muchachos y abandonaban con ellos la casa. Siempre que se abría la puerta, miraba con expectación hacia la entrada; pero la abuela no venía. Todavía abrigaba una leve esperanza de que el administrador hubiese fijado la visita para la próxima hora. Pero también pasó ésta y nadie apareció.

A la tarde siguiente, cuando terminó la hora de la escuela, no fui al patio para volver con los demás niños al orfelinato, sino que marché por la ciudad hacia la Binger Tor. Por un momento pensé ir a casa de los abuelos, pero rechacé de inmediato la idea y resolví dormir en el bosque. Sabía perfectamente que mi libertad no duraría mucho. Pero el administrador debía saber que no podía maltratarme sin resistencia. Todo lo demás me era indiferente.

Llegado al bosque, visité los viejos lugares en donde había pasado horas felices de niño. ¡Qué silencioso y apacible era todo allí! En todo lo que podía verse no se percibía un alma humana. La profunda soledad hizo bien a mi corazón. Me eché debajo de un árbol y soñé en los días pasados. Toda
una eternidad había transcurrido desde que había jugado allí por última vez. Me pareció tan lejano todo, tan nebuloso como si no hubiese tenido lugar nunca. Mis ideas aparecieron en el reino de sombras del recuerdo. Había olvidado todo el dolor de la cotidianidad gris. Hasta el recuerdo que llenaba pocas horas antes mi corazón había desaparecido. Apenas podía comprender que hubiese tomado tan en serio las cosas. Ante mis ojos estaba la casa gris, pero había perdido sus horrores, como si nunca hubiese tenido relaciones con aquel lugar de aflicción y de muda inquietud.

Lentamente palideció el día. Se fue obscureciendo el bosque. Me puse de pie rápidamente, para buscar un rincón que conocía de la época de mis juegos a los indios. Era un lugarcito sombrío, cubierto de muesgo junto a un pequeño riachuelo; allí quería pasar la noche. Cuando llegué a mi destino había oscurecido. Me eché comodamente en el blando manto de muesgo y soñé. La noche era tibia y silenciosa. No se movía una hoja. Oh el murmullo del riachuelo y vi por el denso ramaje de los altos árboles algunas estrellas. Poco a poco palideció la realidad y cay en un profundo sueño.

Cuando me desperté a la mañana siguiente ya había salido el sol. El fresco de las horas matutinas había entumecido algo mis miembros. Rápidamente me incorporé y corrí al arroyo próximo para lavarme la cara y las manos. Luego hice un pequeño paseo por el bosque y reflexioné sobre lo que debía hacer. Desde el día anterior al mediodía no había comido nada y comenzaba a notar un hambre punzante. Pero en el bosque apenas hallaría algo que comer. Resolví por tanto volver a la ciudad en la esperanza de que el zar me diese una solución.

Cuando llegué a la Binger Tor, estaban las nueve y media. Pensé en el panadero Schrödel, donde, cuando vivía mi madre, solíamos comprar el pan. El viejo Schrödel era un buen hombre. No me negaría un trozo de pan. Iniciado por este pensamiento, fui hacia la Johanneigasse. Pero cuando miré a la panadería desde la vidriera, vi a la esposa del panadero y a algunos parroquianos en el negocio. Senti algo así como vergüenza y continué mi camino. Lentamente bajé por la Holgasse hasta el Rhin. Andando a lo largo de la ribera, vi a dos transportistas de arena en sus carros tomándolo el desayuno. Invirtiómemente me detuve y miré cómo hacían desaparecer grandes trozos de pan y embutidos, hablando entre sí de alguna cosa.

Me advirtieron, uno, un hombre vigoroso, tostado por el sol, con la gorra atravesada. “¡Oh, pequeño —dijo—, me miras como si hiciese ocho días que no has comido algo. ¿Quieres un trozo?“ Hice señas afirmativas. Cortó entonces con su navaja un gran trozo de pan y me dió además algo de embutido. “¿Qué te aproveche, muchacho!“ —dijo—.

Agradece precipitadamente y corrí con mi tesoro al próximo banco, donde lo devoré con ansiedad. No estaba hambre, pero al menos tenía algo en el cuerpo. Luego seguí por el Eiserne Brücke hacia el Gustauburg, para bañarme en el Mainz. Pero las largas caminatas y los ejercicios de natación estimularon más aún mi apetito. Hacia mediodía me sentí hambriento. Me eché en una arnadia y me dejé tostar el cuerpo desnudo por el sol, para olvidar el hambre, pero me valió de poco.

Hacia el anochecer volvió a la ciudad con la esperanza de que el destino
“Pero al menos podría hacer el ensayo” —opinó.

“Nada puede objetarse” —dijo el viejo en su tono mesurado, “Pero no puedo hacer nada por ti mientras tus parientes no estén conformes. ¿Quién es tu tutor?” — “Mi abuelo”, dijo. “Habla entonces primero con tu abuelo. Si él da su aprobación, veré lo que puedo hacer por ti.”

Quedé todavía un buen rato con esos seres amables y abandoné la casa con el mejor espíritu. Cuando me acosté por la noche para descansar en mi refugio, me pasaron por la cabeza mil ideas. Esa era la fin una solución. Como gruñete podría ganarme el pan y no estar más tiempo a merced de la curariedad del orfenato. Pero mis parientes se opondrían seguramente. También Petter. Tenía pues que convencerles de que ese camino era para mí el mejor.

Dormí hasta que fué pleno día. Después de haberme lavado, volví paseando a la ciudad. Anduve todo el día en un lado a otro y no pude hallar en parte alguna descanso. Cuando comencé a observar estaba habiendo como un león y me sentí tan cansado que no quise hacer el largo trayecto hasta el bosque. Me senté por tanto en un banco junto al Rin y esperé a que se marchasen las gentes que disfrutaban allí del fresco de la noche. Después de las once se volvió todo silencioso. Me eché en un banco a todo lo largo y pronto quedé profundamente dormido.

No tuve ninguna idea de lo que había dormido, cuando de repente fui sacudido bruscamente. Mis ojos adormilados tropezaron con una aparición vivaz. Oí entonces una tosca voz de bajo: “¿Qué veo, éste es el Rud de Rocker! ¿Cómo andas por aquí, pupilillo? ¿Te has escapado? ¿Bueno! ¡Termina la historia del mundo! ¡Arriba, ahora irás a la comisaría!”

Era el guardia Sack el que me había arrancado tan lamentablemente del sueño. Lo conocía de la Münstergasse. Le llamábamos siempre el Sack rojo a causa de su barba rojiza. Me tomó rudamente por el cuello y me empuñó delante de él. Mientras tanto fué rezongando y me hizo comprender por sus violentas sacudidas mi insignificancia. Cuando llegamos a la comisaría, vi que tan sólo eran las dos. Sentado al escritorio estaba un inspector, que nos echó una mirada inquisitiva al entrar.


—¡Ah!” —dijo el inspector. “Esta tarde me llegó la denuncia del orfenato.” Y dirigiéndose a mí, preguntó: “¿Por qué te escapan?” “Porque no podía hacer de otro modo” —respondí “Porque no podía hacer de otro modo” —repitió Sack y puso una cara como si le hubiese subido una rata por el hígado.


Cuando quedamos solos, me preguntó el inspector si tenía hambre. “Sí”, —le dije. “Mucha”. Buscó en un armario algo de pan y queso y observó sacudiendo la cabeza con qué codicia me eché sobre las cosas. “Muchacho, muchacho” —dijo “ha hecho una buena. No lo vuelvas a hacer”. Después de haberlo comido todo, me invitó a echarme en un banco y me dió una capa policial por colchón. Durante mucho tiempo no pude conciliar el sueño. Las impresiones de los últimos acontecimientos gravitaban pesadamente en mi alma, y me preguntaba en vano qué ocurriría ahora. Pero finalmente mi sangre naturalizó volvió por sus fueros y el sueño puso fin a toda ulterior cavilación.

A las ocho más o menos apareció Sack el rojo en la sala de guardia y me condujo del cuarto al orfenato. Las personas en la calle nos miraban curiosas. Algunas reían, otras sacudían la cabeza. El rojo siguió protestando todo el tiempo y me pidió los golpes que iba a recibir. Me sentí terriblemente oprimido y apenas me atrevía a abrir los ojos. “Suerte que los muchachos están ya en la escuela y no pueden ver esto desfile”, pensé.

Al violento llamado del guardia se abrió la puerta del orfenato y pasamos a través del patio a la oficina del administrador. Este se hallaba sentado como de ordinario a su mesa de trabajo.

—Buenos días, señor administrador!” —dijo el rojo. —“Aquí le devuelvo al fugitivo. Lo atrapé en un banco junto al Rin. Dormía pacíficamente como si no hubiese matado una mosca, el pillastre. Pero cuando le eché mano, se tomó la fuga.” Y golpeó el pecho como si hubiese vencido a todo un ejército enemigo.

—Gracias, guardia” —dijo el administrador. —“Hice preguntar primamente en casa de sus parientes, pero éstos no lo habrían visto. Entonces denunció la cosa.”

—“Yo comeci a sus padres, señor administrador” —dijo el administrador. —“He declarado el Sack con gesto de importancia.” —“Buenas gentes! Su padre madre se volverán en la tumba si pudiese ver esto. Veinticinco bien contados en el mismo lugar, hasta que la piel reviente. Ésta es la única medicina que puede ayudar.”

Me lanzó una mirada aniquiladora y se despidió.

CONSECUENCIAS SINGULARES DE MI FUGA

El señor padre no se dignó mirarme y continuó tranquilamente su trabajo. Estaba todo en silencio como en una iglesia. No se oía más que el ruido monótono de la pluma que se deslizaba sobre el papel. Así pasó tal vez un cuarto de hora, hasta que aportó sus papeles y me mandó acercarme a la mesa.

—“¿Dónde has estado?” —me preguntó con voz severa. —“Le conté brevemente mis andanzas, pero callé la visita al timonel Andres.”

—“Has visto a tus parientes’ —respondió negativamente.

—“Por qué no has visitado a los abuelos” —me siguió preguntando. Le explicué que tenía que no aprobasen lo que había hecho.

—“Y a pesar de todo escapaste sin pensar siquiera en las preocupaciones que ibas a ocasionar a los tuyos” —dijo. “Tu abuela ha estado preguntando todos los días por ti. La anciana ha llorado todas las lágrimas que tenía, pues creía que podías haberte hecho algún mal. ¿Y crees todavía que no eres obstinado?”

No dije una palabra. ¿Qué podía responder? Yo sabía que volvería a comenzar el mismo juego cruel. Las mismas preguntas, las mismas respuestas, el mismo resultado. La oquedad desesperante de esa casa gris gravitaba
sobre mi alma con violencia destructora. No había escape posible. Todo sentimiento humano moría en este lugar en la monotonia eterna de la rutina. También el administrador callaba, como si no supiese qué debía hacer conmigo. ¿Por qué no me envía a la torre? —pensé. ¿Por qué me atormenta con sus preguntas? Mi cabeza estaba como vacía. Me invadió una excitabilidad nerviosa. Tuve que reprimirme para no ponerme a gritar. Como desde muy lejos, llegó a mi oído su pregunta: “Y ahora dime la verdad completa. ¿Por qué has escapado?”

—No pude dominarme más. ¿Por qué no pude soportar más! —le dije en la cara—. “Me ha prometido la visita de mi abuela, no vino. Después de todo lo pasado tenía que suponer que usted querría prohibir totalmente las visitas de mis parientes. Me sentí abandonado por todo el mundo y no sabía cómo escapar a nuevos castigos. Eché a correr para respirar libremente por lo menos algunos días. ¿Por qué me atormenta usted así? ¿Porque no me deja terminar tranquilamente el par de meses que tengo que ir a la escuela todavía? ¡No quiero quedarme aquí más tiempo! ¡Buscaré trabajo en alguna parte para no estar a merced de la caridad de este establecimiento!”

El administrador quedó en su puesto como alcanzado por un rayo. Su rostro estaba concierto. En sus ojos se dibujó un asombro infinito. Sus labios se movieron nerviosos, pero no dijo una sola palabra. Cuando, al fin, se repuso, expresó casi sin voz: “He hecho todo lo que estaba en mi poder para llevarle por el buen camino. A ti solo Dios puede socorrer. Puedes marchar.”

Cuando me encontré en el patio, me invadió como un embatimiento. Ante mis ojos había como una neblina. Sentí un espantoso vacío. Con alegría había ido a la torre para cumplir el más largo castigo. Pero esa incertidumbre era insostenible. Mediante el nuevo choque con el administrador había roto el último puente. Aunque hubiera tenido la intención de mentirle arrepentimiento no me podría perdonar mi actitud. ¿Pero qué importaba? Un par de meses más, luego trataría de escapar al control de ese hombre. ¡No me humillarán! ¡Nunca!

Cuando los muchachos volvieron a mediodía de la escuela, me asaltaron a preguntas. Pero yo no estaba con ánimo para satisfacer su curiosidad.

Así pasé la semana sin que se decidiera sobre mi un castigo. Lo mismo que antes, fui con los demás a la escuela y de la escuela al orfelinato. Ni siquiera el maestro me hizo preguntas cuando apareció por primera vez en la clase; sólo me inspeccionó con una mirada característica.

Llegó el domingo y tuve la mayor sorpresa de mi vida. Hacia las dos apareció mi abuela y me llevó a casa de los parientes. No quería creer a mis ojos cuando vi a la anciana. Ella estaba llena de alegría y aburrió alternativamente en reproches y en caricias. Apenas oía lo que me decía. Estaba tan extrañado que me faltaban las palabras. A todo estaba preparado, menos a esto.

—¿Qué había ocurrido para que se produjese ese cambio? —¿Había tenido dudas el administrador sobre la eficacia de sus métodos? ¿Temía que emprendiese otro nuevo intento de fuga o que me decidiese por algo peor? Estas y otras cien preguntas me pasaron por la cabeza. Estaba ante un enigma para el cual no podía hallar ninguna explicación.

Fuimos primero a casa de Peter, que, según me contó la abuela, estaba enfermo hacía tres semanas a causa de una grave pulmonía. Lo encontré en la cama cuando entramos. Cuando me vió, iluminó una sonrisa amistosa su rostro pálido y ajado y me oprimió la mano vivamente. El médico le había prohibido que hablase. Me acerqué a su lecho y le conté todo lo que había ocurrido. Cuando le comunique mi conversación con el viejo Andrés, mezcló tristemente la cabeza y dijo con voz silenciosa: “No creo que ése sea un porvenir para ti.” Pude advertir lo mucho que le había afectado todo.

—Perméteme una hora en la habitación familiar del tío, hasta que al fin interrupimos la visita para ir a casa de los otros parientes. Cuando me desperté y le deseé mejoría, tomó mis dos manos y dijo en voz baja: “¡Sí fuerte, hijo mío! También este período pasará.”

En casa de los abuelos halle a todos los parientes en torno a la gran mesa. Los abuelos había preparado una magnífica comida y puso en la mesa mis manjares favoritos. Se me asaltó por todas partes a preguntas. Naturalmente tuve que cargar con algunos reproches, pues mi fuga los había consternado a todos. Me defendí lo mejor que pude, pero la mayoría no quiso aceptar mis objeciones. La abuela me dijo con los nudillos en la cebaza y dijo: “¿Oyes, cabeza dura! ¡Créas realmente que no había ninguna otra salida?”

“No, abuela, realmente no” —dije—. “Si no hubiese escapado, no estaría hoy entre ustedes.”

Se echó a reír francamente la anciana y dijo: “No hay nada que hacer. Tienes la misma cabeza dura de su padre.”

Ella se echó a reír de nuevo. “¿Abuela?” —dijo—. “¿Abuela!” —dijo—. “Pensé bien en ello, pero sí se me hubiese atraído aquí, os habría hecho el administrador responsables de todo. Pero era eso justamente lo que quería evitar.”

—¿Abuela? —dijo la anciana—. “Se ve que tienes algo detrás de las orejas.”

E hizo sonar otra torta magnífica en mi plato vacío.

Como volando pasaron las dos horas. Cuando volvi al orfelinato, me sentí como si hubiese nacido de nuevo. Me sentí en un banco y vi al administrador ir y venir por el patio con el capellán y hablar vivamente entre ellos. Cuando me vió el capellán, me saludó amablemente, como si no hubiese pasado nada. Luego me preguntó por mis parientes y especialmente por mi abuela, a quien había visto un par de veces durante mi ausencia, cuando iba a pedir noticias más al administrador. Finalmente dijo que me había traído algo nuevo para leer. Le agradeci contento, y poco después salió del establecimiento.

Cuando echo una mirada hoy a aquellos acontecimientos después de tantos años, se me aparecen muchas cosas bajo otra luz. Entonces abrigaba un profundo rencor contra el administrador y estaba firmemente convencido de que solamente tenía por objetivo amargarme la vida. He abandonado hace tiempo ese punto de vista.

El administrador no era en el fondo de su naturaleza un hombre malo.
No era brutal ni violento. Si a pesar de todo me proporcionó algunas horas amargas, no fue porque sentía alegría torturándome. Era representante de un orden que repugnaba a todo mi ser. Hablábamos el mismo idioma, pero no nos entendíamos. Cada nuevo choque hacía más amplio el abismo entre nosotros. No podríamos acercarnos por razones puramente instintivas. Mi resistencia, que finalmente no era más que el resultado de un temperamento interior, tuvo que parecerle obstinación, tanto más cuanto que estaba conven- cido de que sólo tenía en cuenta lo mejor para mí. Creía ser justo al aplicar a cada uno de nosotros la misma medida. Que nos convertía así en números muertos y destruía todo valor de la personalidad, en eso no pensaba.

Yo no entraba en su sistema. Éste hecho tenía que irritarle contra mí. Lo ponía ante una tarea que, según su concepción, no tenía razón de ser. No podía aprender las cosas de nuevo. Para ello estaba demasiado identificado con el sistema entero. En consecuencia, si se producía una interrupción en la armonía interna de su manera de obras, la culpa debía ser mía.

No era ciertamente un hombre cruel. Pero su visión era extremadamente limitada. Y la limitación de la concepción es a menudo un mal mayor que el despotismo consciente. Finalmente todo absolutismo es una expresión de estrechez mental, que no tiene comprensión alguna para los sentimientos y las ideas ajenas y cree hacer justicia cuando los mide a todos con el mismo cierzo. Si en ello se trata del despotismo de un gran dominador, que impone sin restricciones sobre millones, o de la pequeña esfera de poder de un simple burócrata, a quien el destino ha confiado unas docenas de niños, en el fondo es siempre lo mismo. El resultado es idéntico, sólo es distinta la extensión del dominio del poder.

Los meses siguientes transcurrieron sin acontecimientos memorables. El administrador no se preocupó más de mí. El capellán, en cambio, me trató siempre bien y me proporcionó más de un buen libro. Era seguramente un hombre honrado que me comprendió mejor que el administrador. Tal vez lo agradó algo en mí, para que me prestase tanta atención. Nunca intentó influir sobre mí y nunca se refirió a las cosas religiosas cuando hablaba conmigo.

Así terminó poco a poco mi periodo escolar, y me vi ante un nuevo capítulo de mi vida.

AÑOS DE APRENDIZAJE

CRUMETE

Cuando más se acercaba el fin del periodo escolar, más me preocupaba el problema del oficio que debía aprender. El administrador quería hacerme zapatero, pero yo no sentía la menor inclinación por esa tarea. Me hizo algunas otras proposiciones por las que no pude tampoco entusiasmarme.

La idea de buscar mi dicha como grumete, me pareció cada vez más atractiva. De ello no querían saber nada ni mis parientes ni el señor padre. Entretanto había hablado con el timonel Andres. Su respuesta fué siempre la misma; que no tenía objeto preocuparme de la cosa mientras no hubiese dado su aprobación el abuelo. Pero éste y todos los demás parientes no quisieron acceder en mucho tiempo. Especialmente Peter no dejó ningún medio para quitarle el asunto de la cabeza. Pero cuando vio lo difícil que se me hacia renunciar a ese propósito, dijo al fin que lo mejor era hacer el ensayo para que aprendiera por mi propia cuenta.

Después de larga conversación con los parientes, el abuelo dió a pedido de mí su aprobación. Radiante de alegría fui a comunicar el asunto al padre Andres. Calló un rato y dijo entonces: “Bien, muchacho!” He prometido buscarme un empleo y he hablado con el en la compañía, para que pueda tenerme mejor al alcance. Si no marcha el asunto, buscaré en otra parte”.

Algunas semanas después me dijo que todo estaba en orden. Ciertamente, por el momento no había ninguna vacante, pero en cuanto saliese de la escuela podía partir con un bote de su compañía a Düsseldorf y quedar en un barco que había en el puerto hasta que hubiese un puesto libre.

Pero surgió una nueva dificultad. El señor padre se opuso a mi pretensión objetando que hasta allí ninguno de sus pupilos había tomado tal oficio y que en consecuencia rehusaría su autorización. Cuando dije esto a Andres, habló con él, y me propuso que el administrador, para incitarle a otra manera de ver. Pero no tuvo éxito. El viejo se puso furioso, pues veía en la conducta del administrador solamente una intención de molestarle. Se enojó y apostó a que no se saldría con la suya el maestro resegado. Lo pondría simplemente ante un hecho cumplido, al que bien o mal había que adaptarse. Al cumplir mi periodo escolar debía ir tranquilamente a verle. Me procuraré entonces la libreta de trabajo y me enviaría en un barco a Düsseldorf. Eso, naturalmente,
era agua para mi molino. unas semanas antes de mi licenciamento de la escuela me hizo saber el señor padre que había resultado, cloróme a aprender el oficio de hojalatero, ya que por propio impulso no había hecho ninguna elección. No hice ninguna objeción y seguí tranquilamente mi camino.

Llegó el día de mi última concurrencia a la escuela. Era un sábado. El domingo me despedí de todos los parientes, metí mis enseres en un viejo valija, y fui a casa de la familia Andre. El viejo timonel hizo comunicar al administrador la misma noche que yo marchaba, con aprobación de mi tutor, a Düsseldorf, donde entraría a trabajar de grumete.

El lunes por la mañana fue conmigo al ayuntamiento, donde se me entregó una libreta de trabajo después de presentar mi certificado escolar. Poco después de mediodía tenía que conducir el viejo un barco río abajo y me fui con él hasta Bingen. Allí me llevó a otro barco y se despidió amablemente de mí. Estuvimos la noche anclados en Bingen y al día siguiente continuamos el viaje a Düsseldorf.

Era un precioso día de primavera. El sol irradiaba caluroso desde un cielo sin nubes, y el magnífico río, con sus amables orillas, causaba una impresión engañadora. Yo estaba con el grumete en la cocina blanquinosa y le ayudaba a pelar patatas, a limpiar verduras y a poner las hollas al fuego, pues correspondía a las tareas del grumete preparar la comida de la tripulación. El grumete era un sujeto singular. Procedía de una vieja familia de marinos de Boppard, pero al oírle no había en el mundo entero un oficio peor de que el de trabajador de a bordo. Cuando le pregunté por qué, dijo que pronto lo experimentaría por mí mismo. Por lo demás su oficio no parecía originarle preocupaciones excesivas, pues síbaba y cantaba todo el día o contaba toda suerte de cuentos alegres, que por lo general tenían un saboreo muy condimentado.

Llegados a Düsseldorf, fui a la compañía de navegación Colonia-Düsseldorff, donde, a la presentación de una carta de la escursal de Maguncia, fué llenada mi libreta de trabajo y fui tomado por tres años como grumete. Luego me enviaron al puerto, donde debía hallarme a bordo del Concordia en espera de instrucciones.

El Concordia era un viejo barco de carga, que estaba en el puerto en reparaciones. A bordo se encontraba un solo marinero, un hino gigantesco con una corta barba de estopa y un solo ojo. Cuando le presenté mis papeles, me miró de arriba abajo, sacudió su enorme cabeza y me preguntó en el más hermoso dialecto renano si viajaba con gusto en travesía. Le miré confundido y le pregunté por qué. "¿Por qué?" —me gritó. "Porque un muchacho que charla como tú pertenece al travesía o a un casral y no a un barco. ¿Tu padre habría debido buscarle un empleo mejor? ¿Vienes seguramente de Mannheim?"

"No, de Maguncia" —dije. "¿De Maguncia?" —añadió. "¡Esto es peor aún! En Maguncia no saben siquiera ciscarse. Se ciscan todo torcidos o por la esquina".

No estaba preparado para esa recepción. Habría salido corriendo con gusto. Pero el ciclo no me dió tiempo para reflexionar. "¿Qué haces ahí como el niño en el barro?" —añadió. "¡Adelante, al camarote!"

Le seguí a la cubierta delantera, donde subímos por una escalera empinada a un estrecho local, muy pobremente amueblado, pero impeccablemente limpio. A ambos lados había estrechas camas, un encima de otra. En el fondo se veían unos armarios estrechos. En el centro estaba una larga y tosca mesa y en torno a ella una cantidad de sillas sin respaldo. Me señaló un armario, donde podía colocar un par de objetos que traía. Luego me mostró un camarote y dijo "¿Aquí dormirás? ¿Roncas durante la noche?" "No" —dije. "¿Es tu suerte?" —dijo y sacó de un rincón un largo tubo de pipa que hizo girar por el aire violentamente con su puño nervioso. "Este es mi remedio casero contra el ronquido" —dijo. "¡Aquí no se ronca! Habrá demasiado ruido. Mi piel es demasiado corta".

Le miré desconcertado y no sabía qué pensar de sus palabras. Dio un golpe con su mancha poderosa en la mesa, que retumbó, y gritó: "¿Qué miras como un terno aguijoneado? ¿No sabes lo que es una piel corta? Cuando se me cierran los ojos, se abre el..."

La cosa se volvió cada vez más agradable. Que el hombre no había ido a la escuela de Kugge se advertía pronto, pero su predilección por las expresiones fuertes me pareció, sin embargo, que iba demasiado lejos. Después de haberme hecho conocer claramente su completo menosprecio de mi persona con toda clase de observaciones pertinentes, saltó veloz por la empinada escalera como un gato, sin valerse siquiera de sus manos. Le seguí. Llegamos por la cubierta de proa a la cocina. En el pequeño hogar había una olla de hierro, de la que salía un agradable olor a pescado. Levantó la tapa, removió el contenido un par de veces y echó de una vasija algo de agua. Luego volvimos a cubierta.

"¿Sabes cocinar?" —me preguntó. "No entiendo mucho de eso" —dije—, "pero espero aprender pronto bajo su dirección". "Puedes tomar veneno" —me gritó. "Pero lo demás, ¿cómo te llamas?"

Le dije mi nombre. Se dejó caer con las asentaderas sobre la cubierta, haciéndola sonar, se arrojó a todo lo largo de espaldas y extendió las piernas como si le hubiese tocado el rayo. Respiró algunas veces y gárgarizó: "¡Rrudolf! ¡Vamos, eso faltaba! ¡Corre a la cocina y traeme la botella que está en la mesa! ¡Corre, te digo! ¡Se me debilita el corazón!"

Le traje el frasco. Hizo un poderoso movimiento, chasqueó la lengua y bebé como una pelota de goma. "Justamente a tiempo" —dijo. "Senta ya todos los síntomas de la moderorra. ¡Rrudolf! No se ha llegado contigo, según veo, a un nombre adecuado. Bien, por suerte no es culpa tuya, si tu padre maltrató durante nueve meses el calendario para encontrar los nombres más desatinados. ¡Es simplemente para morirse de risa!"

Torió la cara en una mueca terrible. La moderorra parecía volverle nuevamente, porque tomó un nuevo trago de la botella, se limpió la barba con la mano y continuó lanzando tempestades de palabras:

"En todo el Rin no hay un solo navegante que se llame Rudolf. Los maguncianos necesitan naturalmente una salchicha extra. ¡Eso les viene del hecho que tienen estírcol en el cerebro! Hace cuatro años tuve a bordo un mozo que se llamaba Theodor. ¡THEODOR! ¡Tan verdad como que Dios me ayuda! Golpeaba las propias cagarrutas con un martillo de madera hasta que

94
sudaban aceite. Luego las ponía en alcohol, agregaba azúcar y las vendía a un confitero de Maguncia a cruzar la pieza… ¡Oh, ya, te sacaré las mojigaterías! ¡A bordo te llamas Ruth! ¿Entendido? Ruth escribió con T. ¡Y ahora vete a la cocina y pela patatas para que podamos masticar algo!

Me vi pues en la pequeña cocina como atontado. ¿En qué manos había caído? Tuve miedo al porvenir. Es verdad que no quedaría allí más que unos semanas, pero ¿quién se garantizaba que en otro barco no cayese de la lluvia en el clubasco? ¿Qué hacer? Se me había prevenido bastante. El que no quiere oír, debe sentir. Mientras mis dedos manejaban mecánicamente el cuchillo, recordé nuevamente lo que había visto en las últimas horas. Tan sólo entonces comprendí exactamente las grotescas expresiones del ciclope. A pesar de mi abatimiento no pude menos que sonreír del ingenio singular del extravagante personaje.

Después de haber pelado las patatas y de haberlas lavado, las puse en una olla, les eché un poco de sal encima, las cubrí de agua y las puse al fuego. Luego fui a cubierta, a dar cuenta a mi torturador. Cuando oyó que había puesto las patatas a hervir, lanzó una espantosa maldición y aulló: “Te he dicho que pelases las patatas y no más”. Salí de golpe y corrí a la cocina. Yo corrí tras él. Tomé la tapadera de la olla, miré dentro, murmuró algo entre sí. Luego dije sacudiendo la cabeza: “Lo has hecho bien. ¿Dónde has sabido por lo demás que las patatas se cuecen en una olla? En Maguncia se cuecen las patatas en una cafetera”. Cuando me vi reír, gritó: “¿Por qué te ríes? Yo conocí a un maguciano que hacía un condumio en un vasito de noche para ahorrar la sal…. ¡Bueno, pon ahora la mesa! ¡Tengo vapor de carbón!”

Cuando le pregunté dónde estaba el mantel, me regozjó así: “¿Por quierquera tienes en la cabeza? Los mantelos son sólo para los cerdos! Donde la mesa está bien limpia, no se necesita mantel”. La mesa en realidad estaba limpia como todo en el pequeño espacio. Pronto nos sentamos en torno a una fuente con guiso aromático. Después de un fuerte trago de la hotella, puse el puerto una gran cantidad en su plato y me pase la cuchar. Cuando vió que mi plato estaba sólo hasta la mitad, dijo: “¿Qué es eso? ¿Eres flojo de nervios? Aquí se ataca uno y con razón, pues la comida no es una caería de libres”. Y sin preguntarme, llenó mi plato hasta el borde. La comida era excelente y comí hasta que realmente no pude más.

Después de la comida mi compañero de mesa volvió a tomar un buen trago, llenó su pipa de porcelana de mediano tamaño con un tabaco fuerte y se envolvió en una densa nube de humo. Cuando me disponía a quitar la mesa y a lavar la vajilla, me inesperó: “¡Deja eso! ¡Ahora es la pausa de mediodía, no se trabaja!” Me sentí en silencio y me puse a mirar por la ventana, desde la cual se podía abarcar todo el puerto. Después de un rato me preguntó si me había gustado la comida. “¡Magnífica!” —dijo. “Era el mejor guiso que he comido hasta aquí.” “¡Cuando se trabaja duro, hay que masticar también!” —dijo. Por lo demás, la comida no es un arte especial, siempre que no se tenga en la olla cacahueñas de gallina. La comida se come sola. Cuanto menos se haga, tanto mejor. El próximo guiso lo harás tú. Ya te enseñaré. Si lo haces todo, según te indique, saldrá algo que no hará vomitar.

Después del mediodía, me mandó poner en orden la cocina y después ir a cubierta. Se me aligeró el corazón. Tal vez la cosa no era tan mala. A las raras costumbres de mi compañero ya me adaptaría, si luego me trataba como ser humano. Lavé los cacharros, lo puse todo en su puesto y me propuse hacer todo de manera que el puerto no tuviera que objetar. Cuando termine, volví a examinar lo hecho y fui a cubierta. Me dijo que me sentara en un montón de cabos frente a él y dijo: “Ahora, mira atentamente primero cómo se mejo-ran las cuerdas. Todo lo demás se hallará por sí mismo”.

Tomó una larga y gruesa cuerda de una pulgada, me llamó la atención sobre los lugares dañados, y extendió con un perno de hierro con la punta hacia abajo las diversas fibras. Después de haber suprimido los lugares deteri-orados me enseñó cómo se entrelazan las fibras nuevas. Trabajaba sin prisas, pero sus manos toscas, pesadas se movían en el trabajo sin amosobra habilidad. Después de haberle contemplado un rato, me dió otra soga y dijo: “Haznos ver ahora si has comprendido”.

Cuando se le veía trabajar, la cosa era facsímil. Pero cuando yo mismo traté de hacerlo, vi pronto que el asunto no era tan simple. Ante todo mis manos suaves no estaban hechas para ese trabajo. Después de un breve tiempo me quebraban las puntas de los dedos, como si hubiese tocado carbón encendido. Pero me di bastante mala para hacer las cosas bien. Cuando termine, le di la soga, no sin cierto temor, pues temía una nueva explosión de sus amabilidades. Examiné mi trabajo por todas partes, refunfuñó algo entre dientes y dijo luego: “Falta mucho todavía para que esté bien. Pero te esforza y esto es siempre mejor que cagarse en los pantalones. Cuando estás en el asunto, ¡vive por mí mismo, no. No te apures por ahora y acostúmbrate ante todo a trabajar limpiamente!”

Yo había esperado algo distinto y me sentí como redimido. Tal vez ese loco extravagante no era tan malo como parecía. En todo se mostraba muy experto y no pedía nada imposible. Mientras estábamos ocupados con nuestro trabajo me interrogué diversamente sobre mi vida anterior, se informó sobre mis padres y quiso saberlo de lo que me había llevado a colocarme en un barco. Le informé brevemente sobre todo. Me escuchó silenciosamente el menor gesto, no dando a conocer por movimiento alguno la impresión que le había causado el relato.

Después de la cena se marchó a tierra, luego de haberme mostrado qué faroles debían ser encendidos el día. Aproveché la ocasión para escribir cartas a casa y para hacer toda suerte de consideraciones sobre mi nueva situación. Cuanto al fin me fui a descansar, ya estaba bastante tarde. Dormí toda la noche como un muerto y me desperté cuando el compañero me sacudió bruscamente del sueño y me grité al oído: “Vamos, pronto. Son las seis. ¡Este no es un hotel!”

Después del desayuno me envió a la ciudad a comprar diversas cosas para la cocina. Me describió exactamente qué negocios tenía que visitar y me recomendó especialmente que no me dejase engañar por los picaros. La adversidad por otra parte era superflua, pues en cuanto decía que me había enviado Kurts, me veía a mí mismo lo mejor que tenía en la tienda. Así pasó el tiempo. Comida había en abundancia. El trabajo no era precisamente liviano, pero tampoco demasiado pesado y ofrecía ante todo varia-
ción. Mi raro compañero, que no tenía la menor inclinación a ser hombre de salón, se puso de manifiesto como maestro muy hábil. Gritaba y echaba sapos y culebras por la boca, es verdad, como siempre, y soltaba tótems cuyas

simplidad no se prestaba a ninguna interpretación ambigua, pero no perdía nunca la paciencia cuando reconocía que seguía sus indicaciones lo mejor que podía. Bajo su dirección aprendí a limpiar la cubierta, a pintar paredes, a hacer nudos, a mejorar sogas y a preparar una comida sabrosa. Además tuve ocasión de ir a menudo a la ciudad, especialmente los domingos, donde podía hacer lo que quisiera después del descanso.

Mi rudo compañero no me hizo ver nunca que había sentido profunda simpatía hacia mí, pero con el tiempo se volvió más accesible y hasta pareció haber olvidado que yo era de Magnicia. Cuando estaba de buen humor, hasta me confiaba sus asuntos de familia. Y cubría a la sublime esposa con nombres tan amables, que pronto comprendí que no tenía la mejor comprensión de la frase de Schiller: “Honzá a las mujeres, que trenzan y tejen rosas celestiales en la vida terrestre”.

Así pasaron aproximadamente seis semanas cuando se me informó desde la sede principal de la compañía de navegación que debía estar listo para ocupar el puesto de grumete en el barco del Rhin Mathilde, que llegaría allí desde Rotterdam unos días después. Para mí fue una noticia bienvenida. El Mathilde remontaba hasta Mannheim. Si tenía suerte, podía ir en Magnicia a tierra y volver a ver a mis parientes. Además era el verdadero ingreso en mi oficio. El Mathilde navegaba regularmente entre Mannheim y Rotterdam. Tenía oportunidad de pasar cada diez días por Magnicia y reanudar mis viejas relaciones con los amigos. Eso era consolador, pues sentía nostalgias del lugar nativo y soñaba con mi viejo ambiente.

Cuando llegó el día de salir de Düsseldorf, me despide de Karl, que me apretó la mano amistosamente y me invitó a visitarle tanto en tanto en las travesías. Luego me fui a las oficinas de la compañía, donde me fueron entregados mis documentos y me abonó 42 marcos de sueldo. Fué para mí una alegría e inesperada sorpresa, pues yo creía que no tenía derecho a sueldo hasta que la compañía me destinase a un barco. ¡Cuarenta y dos marcos! Nunca había visto en mis manos tanto dinero y me parecía como si hubiese ganado la lotería.

Cuando el Mathilde atracó poco antes de mediodía en Düsseldorf, me fui a bordo con la vieja valija; el primer marinero me señaló camarote y un pequeño armario en la sala de la tripulación. Luego me envió a la cocina, donde me recibió el marinero novicio, un joven fuerte, alto, con cabello amarillo y grandes ojos azules, que acababa justamente de terminar su aprendizaje. Me saludó amistosamente. Llevaba en ese momento la comida para los marineros a las dependencias de la tripulación y le ayudé en su trabajo. Después de la comida fuimos los dos a la cocina a lavar los cacharros. La tarde pasó con toda suerte de pequeños trabajos, en lo que me vino bien el breve aprendizaje a bordo del Concordia.

Era un magnífico día de los comienzos del verano. Me parecía que había una eternidad que había salido de casa y saludaba con alegre impaciencia cada pequeña ciudad río arriba que me llevaba más cerca de la patria. Cuando
tes del Sozialdemokrat, de manera que no se le pudo acusar de nada. Hasta en tiempos de la ley contra los socialistas estaba permitida la posesión de núme-
ros sueltos de periódicos prohibidos, mientras no se pudiera demostrar que
había sido descubierto algo más.

Quedé por la noche en casa del tío. Por la tarde habían llegado de visita
dos compañeros expulsados de Francfort y pasamos algunas horas muy agra-
dables. Cuando nos dejaron los visitantes, Peter llevó repentinamente la con-
versación a mi nuevo oficio y me preguntó si estaba realmente decidido a
quedar en él. Yo sabía lo que le contrariaba hacerse a esa idea y me sentí
por tanto optimista. El tío tenía razón cuando se preocupaba de mí. Yo mismo
debía confesarme que mi porvenir no era muy seductor. ¿Y por qué había
de hacer? El pensamiento de volver al ofrelinato y de tener que aprender un
oficio con un pequeño maestro aldeano, no me agrada, me era insopor-
table. Expuse nuevamente a mi tío del modo mejor mis motivos. Me escuchó
silenciosamente y me dijo tristemente:

“Tal vez tienes razón. Pero no puedo librarme de la idea de que ese oficio
destruirá tu porvenir. Prométeme al menos que si tarde o temprano cambias
de opinión, no te dejarás llevar por un falso pudor. Tienes tu vida por de-
lante y sería una locura que rehusases pura obstinación cualquier otro
camino, sólo por mostrar que tienes pasta para resistir, aun cuando sea contra
todos los mandatos de la razón”.

Lo prometí al tío. Me abrazó con gran cordialidad y sentí que mi pro-
mesa le había proporcionado un alivio. A la mañana siguiente me despedí de
la tía Dina y de los niños y Peter me acompañó a su taller. Luego fui a casa
de los abuelos para pasar con ellos y con mi hermano el tiempo que me que-
daba libre. Las pocas horas pasaron velozmente. La abuela me habló mucho,
pero pude advertir que estaba abatida por las mismas inquietudes que el tío.

Después de comer fui en compañía de mi hermano al lugar del embarque. El MATHilde
no había llegado todavía y tardó un rato en llegar. Cuando atracó
el barco al fin, me despedí cordialmente de mi hermano y subí a bordo.

---

AL VIDA A BORDO

Me hallaba en un estado de ánimo singular. Las palabras del tío me
habían conmovido más hondamente de lo que me atrevía a confesar. Me dolía
que tuviese que preocuparse tanto por mí. Pero por otra parte este primer
largo viaje tenía muchos atractivos para mí. Era la primera vez que iba a ver
un país extranjero. El Mathilde llegaba a Rotterdam, donde sin duda había
algunas cosas que ver y que no conocía hasta entonces. En realidad no me
inquietaba entonces mi porvenir. Me sentía joven y fuerte y tenía el senti-
mento de que sabría mantenerme en todas las circunstancias. ¿Para qué
cavilar en cosas que están tan lejos todavía? La juventud tiene su propio
más de la vida y sueña constantemente con nuevas formas del devenir. En la
mayoría de los casos eso desasosiego interno, que es siempre el privilegio de la
juventud, no tiene por base ningún conocimiento consciente. Se trata más bien
de un impulso de acción que se expresa así y que intenta quebrantar la ligazión
interior de la existencia cotidiana.

Peter había comprendido esto muy bien. Por mucho que le afectase, no
pudo frenar alguno a mi impulso interior e influyó ante los abuelos para que
no me pusieran obstáculos. Sabía que sólo podía serme de utilidad la expe-
riencia misma. Probablemente había considerado las cosas mucho más fácil-

les si no hubiese tenido que decidir que en mi decisión no sólo jugaba un
gran papel el placer de la aventura, sino la amarga necesidad de las circuns-
tancias. Pero justamente esas circunstancias eran las que le afectaban tanto,
pues no podía lograr que cambiase de rumbo ya que no me quedaba abierto
otro camino.

La vida a bordo no era fácil. Había bastante que hacer y para un prin-
cipiente el trabajo era bastante pesado, hasta que poco a poco se habituaba
uno a todas las artimañas que hacían más llevaderos los mayores esfuerzos.
Además del marinero novicio, había a bordo siete marineros para los cuales
deía preparar la comida. Al principio lo hacía bajo la indicación del marí-
niero novicio, que era un muchacho magnífico. Pero pocas semanas después
tuve que hacer solo todos los trabajos de la cocina. La tripulación tenía
que sufragar los gastos de la comida. Al fin de cada semana, cuando eran paga-
dos los salarios, cada cual daba una contribución de cuatro marcos. Con esa
suma se cubrían los gastos semanales de la cocina. Yo pagaba la mitad sola-
mente, que era más que suficiente. Si al fin de la semana se tenía un pocaño déficit,
se repartía igualmente entre todos.

También correspondía a mí el que comprara producto de todo lo que se nece-
sitaba en la cocina. Al principio me acompañaba el marinero novicio y yo
marchaba en cada ciudad los negocios donde se podía comprar mejor y más
barato. Algunas cosas se compraban casi exclusivamente en determinadas
ciudades, que tenían fama de poseer buenas mercaderías; así el pan en Boppard,
salchichas y carne en Maguncia, Colonia y Düsseldorf y azúcar, café,
especies y otros artículos coloniales en Rotterdam. La mayor parte de los
pequeños comerciantes daba a los grumetes de tanto en tanto pequeños obse-
quios o un par de peniques para conservar la clientela, lo que nos venía muy
bien a nosotros, pobres diablos.

Cuando no estaba ocupado en la cocina, tenía que ayudar en la carga y
la descarga en los diversos lugares de escala. Además tenía que realizar una
cantidad de otras cosas que pertenecían a los trabajos cotidianos a bordo. No
me faltaba nunca ocupación, y cuando por la noche, bastante tarde, me echaba
en mi camarote, me se cerraban los ojos antes aun de acomodarme propia-
mente. Pero yo era joven y vigoroso y me acostumbré poco a poco al pesa-
so trabajo.

Sobre el trato general no podía quejarme. Conocía a una cantidad de
aprendices del ofrelinato que en ese aspecto habían cambiado con gusto su
posición por la mía. Los marineros eran rudos, gentes habituadas a la intem-
perie y parcos en su trato. Las palabras no se pesaban en la balanza de pre-
ciación. Sin embargo, una vez que se conocía más su naturaleza, se reconocía que eran seres bondadosos, solidarios, mucho mejores en el fondo de lo que parecían. Se maldecía mucho y se blasfemaba, pero eso era todo. Teníamos que recordar dos peligrosos pendencieros a bordo, mozos fuertes como robles, conocidos y temidos en todo el Rin, pero que justamente en el trato cotidiano eran los hombres más tratables y ninguno de ellos me dijo nunca una palabra dura. Ambos habían sido repetidamente castigados por lesiones graves, pero a bordo eran los más apacibles y siempre estaban de buen humor. Cuando una vez me disponía a cargar a la escalerilla un paquete pesado, vino uno de ellos y dijo: “No, no, muchacho! Esto es demasiado pesado para ti. Tienes tiempo cuando seas mayor.” Tomó sus hombros la pesada carga y me indicó que llevase solo piezas más livianas.

En cuanto a su horizonte espiritual, mis compañeros de trabajo del Mathilde eran gentes muy poco cultivadas. La mayoría de ellos apenas leían un periódico y nunca se ocupaban de cosas que fuesen más allá de los límites ordinarios de sus relaciones diarias. Otros leían algo, pero eran siempre los peores productos de una literatura de baja categoría, entonces muy difundida, los que les atrajían. En todas las escuelas hubo siempre a bordo algunos liberos ambulantes para entregar a los navegantes los números corrientes de las larguísimas historias de bandidos; y hacían con ello buenos negocios. A menudo, cuando iba a tierra para hacer las compras, tenía que comprar para mis camaradas de trabajo los cuadernos que les faltaban de los interminables novelones como El negro Ignacio, El solitario del lago Starnberger, Marino Marinielli, El terror de los mares españoles, etc.

Durante los seis o siete meses que estuve embarcado, nunca oí una manifestación sobre los problemas sociales o los asuntos públicos. Las gentes que no estaban de servicio, se quedaban ordinariamente en la sala de la tripulación y jugaban a las cartas o hablaban de mil cosas insignificantes. Por lo general giraban las conversaciones sobre pendeencias, tabernas y mujeres. Cuanto más condimentadas eran las cosas, mayor aprobación hallaban.

Casi todos mis colegas de trabajo eran personas supersociables. A menudo tuvo ocasión de oír las historias más increíbles. Ni siquiera sobre la quierma más absurda, que comúnmente se presentaba como experiencia personal, se hacía la menor objeción. Especialmente uno de los marineros, el largo Antón, tenía un auténtico complejo de espectros. En todas partes veía señales y fuerzas secretas en acción, que pretendían agitar la vida de los seres humanos. Pero conocía también medios que prometían defensa contra los efectos de los poderes tenebrosos.

Con Antón tuvo ocasión de vivir un suceso alegre. El inspector de la estrecha estación de Andernach poseía un enorme gato negro. El lugar favorito de ese gato era un alto poste cerca del puente de descarga. Estaba allí horas enteras tomando el sol. Siempre que atracábamos en Andernach, buscaba el largo Antón el gato. A ningún precio habría pasado por el puente mientras el gato estuviese en el poste, aun cuando le hubiese costado el empleo. Según he sabido después, una vez se había roto una mano o un pie al descargar el barco en Andernach. Según su opinión, no podía ser más que el maldito gato el que le había traído la desgracia.

102

Cuando atracamos una mañana en Andernach y el animal se hallaba en su lugar favorito, me mandó Antón que lo echase de allí. Lo hizo con gusto y la carga y la descarga se realizó sin incidentes. Una semana después, cuando, al regreso de Rotterdam, volvimos a atracar en Andernach, el gato estaba placidamente en su poste y se regocijaba de su vida. Para aliviar el corazón de Antón, que había advertido ya a su negro enemigo, espanté al animal de su lugar arraigado. Pero con ello había hecho algo increíble. Nuestro vidente de espectros vino furioso a mí y cubrió mi pecadora cabeza con una enorme granizada de las injurias más sazonadas.

Quedó como alcanzado por el rayo. Era la primera vez que me increpaba así. Mi confusión era tanto mayor cuanto que no tenía la menor sospecha de la causa de su furor. Cuando al fin se agotó su provisión de abrimbilibí, me preguntó qué mal había hecho.

“¿Qué mal? —rugió contra mí—. ¿Por qué has espantado el gato?”

Le dije que lo había hecho sólo por hacerle un favor a él, pues él mismo me había mandado la semana anterior que espantase el animal.

Pareció como estupefacto. “¿Eres un buey por la gracia de Dios? ¿Cómo puede ser tan torpe un ser humano? Entonces llegamos aquí por la mañana, y todo asno sabe que un gato negro por la mañana trae desgracia.

Pero ahora es por la tarde, y trae suerte.”

Antón tenía un número de la lotería de Braunschweig. Unas semanas después de aquel incidente tuvo lugar el sorteo, y no sacó nada. —“Tú tienes la culpa, me dijo en tono de reproche. ¿Si no hubieseis esparcido el malo gato habría ganado seguramente?”

El primer viaje a Rotterdam fué para mí un acontecimiento. Cuando salimos por la mañana de Emmerich y pasamos poco después por la frontera holandesa, se me abierto un nuevo mundo que hasta allí sólo había conocido en los libros. Holanda es un magnífico país, y aun cuando entonces no pude ver mucho de él, sin embargo todo lo que llegaba a mis ojos tenía un raro encanto para mí. Las pequeñas ciudades con sus viejas iglesias y ayuntamientos y los maravillosos juegos de campañas, la indumentaria extraña de los habitantes que andaban con los peados zuecos de madera por las calles, los innumerables molinos de viento y los canales, todo eso era extraordinariamente atractivo y excitante para la vista. Además tenía la impresión de que aquellos hombres tenían mucho más tiempo que en Alemania. Su comportamiento era más lento y comedido, hasta de una cierta pesadez, que no conocía en mi ciudad natal. Pero todo se ajustaba al ambiente entero y reflejaban en las impresiones recibidas.

Me atrajo para mí la tuvo naturalmente Rotterdam. Fué la primera gran ciudad portuaria que había visto en mi vida. Las impresiones que se reciben en la juventud son por lo general imperceptibles. Incluso hoy, después de tantos años, están ante mis ojos los diversos cuadros con una frescura y una vivacidad asombrosas, que podría traspasar de la memoria al papel sin dificultad. El hormigüe abigarrado en el puerto y las instalaciones de los docks, los numerosos grandes barcos de todos los países, el singular laberinto de idomas extraños, los hombres de diversas razas y naciones y muchas otras cosas causaron en mí una impresión poderosa.
Había en aquel tiempo todavía muchos barcos veleros. Y hasta me parecía que su número era superior con mucho al de los barcos a vapor. Ese bosque de mástiles me atrayó especialmente. El viejo padre, como buen aventurero, se me volvió a hacer sensible y despierto en mi interior aquel profundo impulso hacia las lejanías desconocidas y mil cosas que me pintaba mi ardiente anhelo con los más hermosos colores. Si entonces hubiese tenido un empleo como grumete en uno de los numerosos barcos de las Indias Orientales, creo firmemente que no lo habría desaprovechado, hasta con el peligro de que siguiera a tal decisión el desengaño. La juventud es un capítulo aparte. No es calculadora en sus impulsos interiores hacia lo extraordinario que le atrae como lejanía reluciente de un reino desconocido.

Estuvimos tres días en Rotterdam, hasta que se terminó la descarga y fué cargado nuevo flete. Luego partimos lentamente para la patria. Cuando llegamos a la frontera, nuestro barco fué registrado a fondo por empleados alemanes de aduanas. Era un secreto público que casi todos los marineros hacían un pequeño tráfico con tabaco, especias, café y té, aunque se exponían a graves penaltidies si era descubierto el contrabando. Pero eso ocurría raramente. En un barco hay una gran cantidad de escondites que ni la mirada aguda del funcionario más perspicaz puede hallar si no es con ayuda de alguna malevola denuncia. Pero eso ocurría muy raramente. Los navegantes se mantenían impenetrables, y los denunciadores no eran tratados con muchos mirmientos. En la mayoría de los casos tales individuos no tenían más posibilidades de entrar en un barco.

Yo me acostumbré con el tiempo al oficio. El constante ejercicio me dió poco a poco seguridad, que no tenía al comienzo, y me hizo el trabajo más liviano. Además la vida en el barco era bastante libre y espontánea, lo que me reconció con mucho que al principio me parecía pesado. Cada dos o tres semanas aproximadamente podía pasar un par de días con mis parentes. Era siempre una gran alegría, pues era el único momento en que podía ocuparme de cosas que me interesaban mucho.

A bordo había pocas posibilidades, pues no podía aprovechar mi tiempo libre como habría querido. Tomaba siempre de la biblioteca del tío algo para leer, pero pasaba a menudo semanas enteras antes de terminar un libro. Me faltaba para ello lo que necesitaba calma. Por el día estaba ocupado con mi trabajo, y cuando disponía realmente de algunas horas libres por la noche, por lo general no podía encontrar un lugar donde entregarme a mis estudios. El local de la tripulación era estrecho y sombrío. Sobre la mesa ardía una vieja lámpara de aceite que espacaba una escasa claridad. Además la mesa estaba siempre ocupada por marineros que jugaban a las cartas. Cuando encontraba al fin un rincón, la luz por lo general tan mala que mis ojos no podían aguantar mucho los esfuerzos de la lectura. Era una gran desventaja que me desalentaba tanto con frecuencia; pero no podía hacer nada contra eso. La mejor ocasión para leer algo era el domingo, cuando tenía comúnmente por tarde algunas horas libres. Pero tampoco eso ocurría siempre.

Así pasaron aproximadamente seis meses, cuando de repente se produjo un giro inesperado en mi vida de entonces. Al volver una vez de Rotterdam e ir en Maguncia dos días a tierra, me contó el abuelo que, a invitación del administrador del orfeninato, tuvo con él una larga conversación, en la que el señor padre le comunicó que a mi próxima llegada a Maguncia debía presentarme de inmediato a él, pues la administración no aprobaría mi actual oficio. Cuando el abuelo le preguntó por qué no se había hecho saber eso antes, el señor padre dijo que él se había opuesto enseguida a mi decisión, pero que el consejo de administración tan sólo hacía pocos días que había resuelto el asunto.

Naturalmente no pensaba acatar la exigencia del administrador. Fui más bien a ver al timonel Andrés y le expuse la cosa. El viejo se indignó mucho y se despidió con el maldito cogitantes. Cuando le pregunté si consideraba aconsejable que yo discutiese personalmente con el administrador los motivos por los que pensaba quedar en mi oficio, no quiso oír nada de ello y dijo que no hiciera ningún caso de la cosa. Me había hablado bajo el impulso de su corazón. El pensamiento de tener que volver al orfeninato me infundía un ligero terror. Era verdad que la vida en el barco me había enriquecido con más de una desilusión, pero al menos tenía la posibilidad de ganar mi pan independientemente, de modo que no dependía ya de nadie. Eso era para mí la mayor ganancia. Seguí por tanto el consejo del viejo Andrés y me fui tranquilamente a bordo, sin ver al administrador del orfeninato.

Cuando atractamos quince días después en Maguncia, me esperaba un guardia que tenía el encargo de llevarme al orfeninato. Fui a ver al capitán y le expliqué el asunto. Me oyó con visible simpatía, pero no podía hacer nada por mí en este caso. Me prometió conservar el empleo hasta el próximo regreso, de modo que, en el caso de que el asunto se resolviera favorablemente, podría volver con mi puesto.

En el estado de ánimo más mísero metí mis cosas en la vieja valija, me despedí tristemente de mis camaradas, que hicieron lo mejor que pudieron por consolarme y me puse en camino con mi acompañante. Era la segunda vez que volvía al orfeninato con acompañamiento policial.

NUEVOS APRENDIZALES

El señor padre estaba como de ordinario sentado a su escritorio cuando entramos en el despacho. Casi no le reconocí, tanto había cambiado en los siete o ocho meses de mi ausencia. Todo su cuerpo se había como encogido. El rostro era de una palidez verdusca, y los ojos profundamente sumidos habían perdido todo brillo. La grave enfermedad que me consumía desde hacía años había hecho progresos enormes.

Después de despedirse el guardia, me mandó el administrador acercar a la mesa. Su voz era apagada y resollante. Sentí que le costaba trabajar hablar. Estaba a la espera de violentos reproches y me había propuesto no callar ante él. Pero la condición del hombre gravemente enfermo, que ya estaba con un pie en la tumba, me desarmó por completo. La explosión que había esperado no se produjo. El señor padre no se deshizo en reproches. Sonaba incluso como una disculpa cuando me expuso por qué se vió obligado.
a ordenar mi comparencia en el orfeñato. Su deber, dijo, no le había dejado otro camino abierto.

Cuando le expliqué a penas que en las circunstancias dadas lo mejor para mí era conservar el oficio y cuando le dije que el capitán estaba dispuesto a volverme a tomar, dijo en voz baja que me quitase enteramente de la cabaña esa idea, después que el consejo de administración había tomado su decisión.

"El barco no es un lugar para ti —dijo—. Hoy no lo comprendes, pero llegaré el tiempo en que me agradecas que haya buscado para ti un porvenir mejor. Lo mejor es un oficio honorable. Todos los jóvenes aquí lo comprenden. Tu fuiste el único que se resistió al viejo hábito y quiso ir por su propio camino. Yo sé que no eres malo, pero tu indomabilidad te vuelve obstinado. Este es un pecado ante Dios. En esta casa imperan principios firmes que se han conservado por la experiencia. Si cualquiera roba una libra de la cabaña, a mí personalmente podría serme desgraciado, después de todo, indiferente lo que sea más tarde de ti. Pero como jefe de esta casa tengo el deber de preocuparme de tu bienestar. Es mi deuda con tus padres muertos. Sería infame poner en juego todo tu futuro. Nunca ha conducido a nada bueno que el huevo quiera ser más inteligente que la gallina. Yo no tengo presente más que tu bien. Tienes unos días para reflexionar, a fin de que puedas elegir un nuevo oficio. Lo demás depende de ti." La conversación terminó así. En otras circunstancias habría yo intuido que aquello era un nuevo consejo para el administrador, a mí solamente me hubiera dado ocasión para ello. Era un hombre de la vieja escuela que se sentía en su estabilidad como una parte de la providencia, a quien estaba confiado el bien y el dolor de tiempos. En ese hecho tenía que estrellarse la mejor objeción.

No dudé un instante de que el señor padre habló honradamente. Pero la idea fija de que se puede obligar a un ser humano a ser feliz, le hacía sordo a cualquier otra interpretación. Entonces, ciertamente, veía yo las cosas bajo una luz muy distinta. Nada es tan funesto como la creencia nefasta del que se siente llamado a señalar a los hombres su puesto exacto en la vida, aun cuando se violente con ello sus condiciones personales. Nadie sabe lo que conviene a otro. Todo conocimiento tiene que ser adquirido a costa de la propia experiencia. Incluso cuando el camino que toma un ser humano corresponde al desconocimiento de su naturaleza interior, una mejor comprensión sólo puede llegarle de sí mismo. Un error reconocido puede abrir nuevos caminos. Pero el sometimiento forzoso soporta toda visión superior, crea solamente irritación e inyecta muy a menudo las mejores cualidades del carácter.

Algunos días después me preguntó el administrador si me había decidido por un determinado oficio. Le respondí que la encuadernación era el único oficio por el que sentía verdadera inclinación, pero que según su propia declaración ese oficio no me era posible, y por tanto lo mejor sería que él mismo decidiera. Mi respuesta no le pareció muy deseable. Calló un rato y se dijo luego lacónicamente que en ese caso estaba forzado a elegir por mí.

Nuevamente pasaron algunos días; una mañana se me llamó al despacho. Frente al administrador estaba un hombre con una calva gigantesca, cuyo rostro encendíase cuando se le encuadraba en una barba desenfadada de vieja histriona. El señor padre me lo presentó como el futuro maestro de oficio y advirtió que otros huérfanos habían estado ya con él y estaban muy contentos de su posición.

El maestro era propietario de una pequeña zapatería en Kostheim, una pequeña localidad en los alrededores de Maguncia. Cuando oí que iba a ser zapatero, se me encogió el corazón, pues justamente por ese oficio no sentía la menor inclinación. Casi me arrepentí de no haber decidido por mí mismo la elección del oficio. Pero ahora era tarde. Había perdido la ocasión y tenía que cargar con las consecuencias.

Acompañó a mi nuevo maestro el mismo día al futuro lugar de trabajo. El maestro vivía en una casa baja en las proximidades de la orilla del Main, pues su klientela se componía casi exclusivamente de tripulantes y de almaráires. Era un hombre que siempre estuvo atento a la montura de su carro y a la comodidad de sus pasajeros. Cuando se le encontraba en una vieja calleja tan estrecha que apenas podía pasar por ella un carruaje, él maestro tenía una familia numerosa, seis hijos y una mujer enfermiza y débil, atacada gravemente por la gata. La vida en ese agujero obscuro y húmedo había vuelto inválida hacia tiempo a la pobre mujer. Yo dormía directamente bajo el techo y tuve que compartir la cama con uno de los hijos. En el mismo lugar había otra casa, que servía para dos hijos de la familia.

El trabajo no era tan cansador como en el barco, pero no existía una determinada jornada. Trabajabamos doce, trece y hasta catorce horas por día. Hasta el domingo se trabajaba por la mañana, de modo que me quedaban muy pocas horas para ir por la tarde a la ciudad y ver a mis parientes. El maestro no era una mala persona, pero era muy caprichoso y tenía diversas costumbres que no eran precisamente agradables. Probablemente no era culpa suya, pues era un hombre enfermizo. Pero estar con él en la misma habitación no era de seguro ningún placer. Por lo general el pequeño y bajo taller carecía de ventilación y apenas se podía respirar en él. Me sentí sumamente desdichado y soñé con todas las fibras de mi corazón en el Machtide. Allí en el mismo lugar que había cambiado, aire puro y movimientos libres.

Después de tres semanas no pude aguantarlo más. Cuando llegué un día al orfeñato para recibir las ropas, dije al administrador que me era imposible quedarse por más tiempo en mi puesto. Le describí mi situación con palabras tan comovidas que ha tenido que comprender que era inútil persuadirme a que continuase. Sin duda no se mostró muy satisfecho de mi conducta, pero no me hizo ningún reproche y sólo dijo que me daría una nueva ocasión. Poco después entré con un hojalatero, criado él mismo en el orfeñato. El maestro era todavía un hombre joven, que hacia poco que se había casado y se había instalado independientemente.

Mi nuevo empleo era mucho mejor que el lugar que había abandonado. El maestro y su mujer eran gentes amables. La comida era buena y abundante, y yo comía a la mesa con la familia. Se trabajaba doce horas diarias, Des-
pués de la cena podía salir todas las noches hasta las once. Los días de fiesta y los domingos estaba libre de toda tarea y podía disponer de mi tiempo como quisiera. Pasaba las veladas mayormente en casa de Peter o con mis júve-
nes tonces como el mucho y me iba a donde iba. A último reprobado a la nueva
situación si el oficio hubiese tenido para mí el más pequeño aliciente. Por
desgracia no era así. Me era simplemente imposible estar en mi trabajo de
todo corazón. A menudo me hacía yo mismo los más violentos reproches,
pero de poco valía. Hay cosas a las que no se puede forzar uno mismo. No
se lograría nunca algo bueno cuando no estás toda la voluntad en ello.
El maestro era un principiante. Por eso motivo no tenía al comienzo más
que una pequeña clientela. Así ocurría que el trabajo realmente no propor-
cionaba ninguna satisfacción interior. Remendaba ellas, soldar viejos caños
o pasar a menudo días enteros cortando pequeños triángulos de bojalata para
las ventanas, no tenía realmente ningún atractivo para mí. A menudo me-
neaba el maestro la cabeza y reprochaba mi indiferencia. Me concentraba
entonces con toda violencia, pero mis pensamientos volvían siempre a escapar
hacia lo lejos. No había nada que hacer. Reconoci pronto que no tenía en
verdad pasta de bojalatero. Antes aún de que hubiese pasado mi mes de
prueba, me volvió a enviar el maestro al orfenato aduciendo que no tenía
objetivo hacer nuevos ensayos conmigo, pues en ese oficio no sería más que un
chapucero.
El administrador hizo amargos reproches sobre mi comportamiento y me
amenazó con todas las cosas posibles, en caso de que tampoco en el sucesivo
entrarse en razón. Raramente ocurría que un muchacho huérfano cambiase de
oficio. Tenía que haber para ello razones muy eficaces. Pero en mi caso las
cosas eran muy distintas. El administrador no tenía comprensión alguna respe-
to a las causas verdaderas de mi inconstancia. Yo mismo tampoco estaba
tonces muy claro al respecto. Me sentía avergonzado y desalentado, sin
saber propiamente por qué. Esa discordia interior me ocasionaba algunas
horas difíciles. La gran mayoría de mis camaradas en el orfenato no estaban
contentos con sus oficios. Para algunos el período de aprendizaje era un
verdadero infierno. Pero resistían, porque no tenían ninguna otra elección.
¿Por qué no podía hacer yo lo mismo? Ese pensamiento me preocupaba
mucho y me dejaba en una condición que apenas se puede describir.
Después fui con un castril, un tonelero, un talabartero y un cepilleró,
pero no quedé con ninguno más de dos meses. Siempre que cambiaba de
oficio me sentía esponsadamente desgraciado, pero en cuanto estaba unos
días en un nuevo empleo, me convertía en certidumbre interior que no
podía quedar allí. No sólo el señor padre perdía la paciencia conmigo; tam-
poco los parientes sabían qué pensar de mí y me llenaban de reproches. Sólo
el tío no me dijo una palabra molesta, pero yo podía advertir que sentía
preocupaciones por mi causa.
Un día me colocó el señor padre con un carpintero en Winckel, una
pequeña población de Rheingau, muy conocida por su buen vino. El maestro
era un hombre ya entrado en años, que además de la carpintería atendía un
poco la agricultura, como era generalmente usual entre los artesanos de aquel
tiempo en localidades pequeñas. Ocupaba a un oficial y estaba él mismo el
día entero junto al banco, cuando no tenía que salir a realizar trabajos fuera.
No había una jornada determinada. Se trabajaba desde las cinco y media de
la mañana hasta las dos de la tarde, mientras se hacía señales por la noche de dejar las faenas.
En cuanto el maestro había tragado el último bocado, reiniciaba el trabajo.
El oficial y yo le seguimos.
Cuando entro por primera vez en el taller, había en el centro de la sala
un atávido amarillo, que el oficial y yo llevamos el mismo día a su destino,
donde yo debía ayudarlo a meter al muerto en la caja, cosa que entonces
corresponde a las obligaciones del carpintero.
El oficial era un joven de veintitrés o veinticuatro años, alto, pero
degado y de pecho estrecho. Procedía de Sajonia y hacía unos años que estaba
en Winckel. Tosía constantemente, también por la noche, de modo que yo
tenía la impresión de que estaba físico. Ese pensamiento no me era agradable,
pues tenía que compartir con él la misma cama. Tuve desde el comienzo una
segura repugnancia hacia ese hombre, sin que me pudiese explicar por qué.
Toda su apariencia me era repulsiva, y su alta voz chillona no contribuía a
suavizar esa impresión. Frente al maestro se mostraba siempre de una servi-
cilidad repugnante, y también a mí me trataba siempre con una amabilidad
dulzona que me infundía asco. Cuando me enseñaba a preparar el cepillo o a
conductir la sierra, hacia siempre algunas observaciones chistosas, me acariciaba la cabeza o me daba unas palmadas en las asentadas.
Durante las primeras semanas todo fue bien. Antes de dormir, contaba
mi raro compañero de cama por lo general un par de cuentos obscenos, pero
si no le escuchaba, se regocijaba por lo bajo y me volvía la espalda. Entre
los tripulantes del Rhin tuve que oir más de una picante obscenidad. Cuando
uno de ellos explicaba sus experiencias eróticas, se podían oír cosas que no se
sacaban de la mente. Pero los marineros no hablaban más que de mujeres.
Mi compañero de cama en cambio tenía declarada preferencia por el
sexo masculino. Sin embargo yo era entonces tan inexperimentado en esas
cosas que no podía siquiera soñar que ese hombre tuviese algún propó-
sito conmigo.
Una noche me despertó repentinamente del sueño y observó que mi com-
pañero se había pegado a mí, mientras su mano palaba mi cuerpo. Sentí
como si me pasara una araña por el rostro y pregunté qué le pasaba. Hizo
oir un cloqueo característico y me dijo con voz ronca que había soñado que
estaba con una muchacha, pero que prefería con mucho a un joven como yo.
Cuando intentó acercarse a mí nuevamente, le di un fuerte golpe en las
costillas y le amenacé con despertar al maestro. Retrocedió entonces rápidamen-
te y no volvió a decir palabra.
Se desarrolló así entre nosotros una relación algo tirante. Él me trató
en lo sucesivo con la misma amabilidad, como si no hubiese ocurrido nada
entre nosotros. Pero aquel episodio nocturno dejó en mí un asco profundo,
de modo que sentía siempre un ligero terror cuando tenía que ir por la noche
da la cama. No es que yo le tuviese miedo. Yo era un muchacho fuerte y esta-
ba convencido de que nada podría pasar si yo no quería. Era simplemente
asco, asco físico, el que me había dominado ante ese hombre, aunque no
comprendía claramente lo que se proponía.
Así pasaron algunas semanas sin incidentes. Yo tenía incluso la sensación de que quería hacerme olvidar lo ocurrido mediante una excesiva benevolencia. Un domingo —hubo justamente comunión en la iglesia de la localidad— el oficial se fue a la noche y llegó muy tarde a casa. Yo dormía tan fuertemente que ni siquiera le oí regresar. De repente sentí que alguien me sacudía fuertemente. Cuando al fin abrí los ojos, vi que me había quitado la manta de encima y estaba desnudo delante de la cama. Su rostro estaba tan raramente descompuesto que tuve la impresión de que lo había pasado algo. Pero cuando comencé a hablar, advertí que estaba borracho. Hizo algunos gestos obscenos y me pidió que le palpara.

Salte de la cama y corrí a la puerta para llamar al maestro. Pero antes de haber alcanzado la salida echó mano a un pesado jarro de lata y lo arrojó con toda su fuerza contra mí. Me volvi rápidamente y me trabé en lucha con él. Perdió el equilibrio y cayó cuan largo era en el suelo. Cuando abrí la puerta, oí al maestro subir las escaleras. Cayó en la mayor indignación cuando vio cómo me corría la sangre por la cara y me llevó a la cocina de inmediato, donde me lavó las heridas y me ató la cabeza con un pañuelo. Luego despertó al bañista que vivía al otro lado de la calle. Este me ató el cabello en torno a la parte lesionada, me puso un emplasto y me ató la cabeza con una venda. Felizmente se trataba sólo de una profunda herida de la piel. Si el sujeto me hubiese dado en la cabeza con el borde agudo del jarro, tal vez me habría roto el cráneo.

Cuando volvimos a la casa, busqué al maestro al oficial. Este se hallaba ya en la cama y no se movió. Tuve que contarle lo ocurrido. Mi descripción del suceso le llevó a la mayor sorpresa. No podía explicarse en modo alguno el caso, pues, como dije, el oficial nunca le había dado motivo de queja y atribuía todo lo pasado al miedo.

Cuando le dije que después de ese acontecimiento era imposible que quedase más tiempo con él en la casa, intentó disuadirme con toda su eloquencia. Pero permanecí firme y sostuve mi punto de vista. El pensamiento de tener que encontrar otra vez a aquel hombre, me era insalvable. Cuando el maestro vió que no había nada que hacer, me dió el dinero necesario para el viaje y regresé a Maguncia en el próximo barco.

Tuve primeramente la intención de visitar al tío en su lugar de trabajo, pero después de reflexionar mejor, me dije que lo más aconsejable era volver en seguida al orfelinato y dar cuenta al administrador de mi caso. Llegado allá, oí que el señor padre estaba desde hacía unas semanas en su lecho de enfermo. Pasaron unas horas antes de poder verlo. Mi repentina aparición y ante todo mi cabeza vendada le causó una impresión visible. Después de haberle expuesto mis experiencias en Winckel según la verdad, pude advertir que se sintió muy afectado por la descripción. Tras una larga pausa me preguntó si estaba dispuesto a repetir toda palabra ante el tribunal. Cuando le dije que sí, opinó que a un ser tan corrompido no se le debía dejar el oficial. Así terminó la conversación: cuando me disponía a salir del cuarto del enfermo, me preguntó de repente si había estado ya en casa de mis parientes. Le respondí que había venido directamente al orfelinato.

“Eso es razonable por tu parte —dijo—. No puedo impedir naturalmen-

110

111

te, que cuentas a tus parientes lo que te ha pasado. No es tampoco mi intención. Pero debería hacerse al menos de modo que el buen nombre de esta casa no sea perjudicado. Los hombres son muy rápidos en sus juicios cuando se trata de establecimientos públicos, pues no tienen idea de las responsabilidades que recaen sobre nosotros. No es siempre posible prever cosas que sólo Dios puede saber. Me duele que te haya ocurrido eso a ti. Pero cuidaré de que aquel sujeto se llame a responsabilidad.”

Poco después se me señaló un empleo de aprendiz en la Ciudad Nueva. Me alegré porque no debía volver al campo, pues en la ciudad tenía al menos ocasión de ver a mis parientes y amigos.

De aquel incidente en Winckel no volví a oir palabra. Poco después de mi ingreso en el nuevo aprendizaje se produjo un gran cambio en el orfelinato. El administrador no pudo volver a abandonar el lecho. Era siempre un hombre enfermizo, atacado por achaques internos y expuesto a graves dolencias. Pero se reponía siempre. Sólo que esta vez pareció llegar a su fin. Probablemente esa condición fue la causa de que mi incidente de Winckel haya sido enterrado sin ruido. El hombre gravemente enfermo no tuvo evidentemente ya fuerza para ocuparse de las cosas. Finalmente era mejor que fuese así, pues el castigo de aquel pobre diablo no habría sido ventajoso para nadie.

Durante la enfermedad del administrador se había nombrado representante suyo al maestro Schrot. Ese Schrot era un hombre frío, despiadado, que no dejaba nunca el látigo en la mano. Ya su exterior traicionaba su manera de ser. Su tronco superior, estrecho de hombros, se movía sobre sus dos piernas delgadas, ridículamente largas. Cuando andaba por el patio, se tenía siempre el sentimiento de que en cualquier instante se doblaría. Su rostro estrecho era como cortado a cuchillo, y la alta frente huidiza y las mandíbulas salientes reforzaban ese aspecto. En los pequeños ojos tristes no había un rastro de calor, y en los delgados y angulíos labios no se mostraba nunca una sonrisa.

Schrot utilizaba la caña de bambú, su compañero inseparable, en toda ocasión. Especialmente los muchachos jóvenes tenían que aguantar mucho de él. No podía soportar ningún ruido fuerte. Hasta en las horas libres en el patio estaba estrictamente prohibido todo grito. Toda la naturaleza de ese hombre respiraba severidad inflexible. No se oía nunca una buena palabra de sus labios. Hasta cuando no encontraba nada que censurar, rehusaba a los muchachos todo reconocimiento. Cuando se le veía, se tenía siempre la impresión de que había tragado un trozo de hierro que no podía digerir.

Cuando un día fui desde mi nuevo trabajo al orfelinato en busca de ropa limpia, vi en el camino algunos obreros que reparaban las roturas del asfalto en las aceras. Miré a las gentes un tiempo y tomé del suelo sin intención un trocito de tea, que hice girar entre mis dedos. Al llegar al orfelinato, me descubrió el pequeño Franz Selinger, un muchacho amable, de rostro lleno, de ocho o nueve años, y corrió hacia mí. El pequeño me quería especialmente porque siempre le trataba de fuera alguna pequeña. El pobre niño estaba en la casa con su hermano Spirito desde su primera edad. Como no tenía fuera a
nadie que le obsequiara alguna cosa, mis pequeños regalos eran para él doblemente bienvenidos. Cuando el pequeño advirtió en mis manos el trozo de asfalto, me rogó que le diese un poco. Le di un trozo. Después, después sonó la campana para la hora del trabajo y Franz se fue con los demás niños a la gran sala, mientras yo me senté en un banco en el patio con algunos muchachos mayores y esperé a que se me entregasen las cosas.

Un rato después se oyó en la sala un clamor quejumbroso. Oí los golpes de un bastón. Era al pequeño Franz a quien se pegaba. Schrot le sorprendió mientras jugaba con el asfalto y golpeó al pobre muchacho despiadadamente. Luego le preguntó de dónde había tomado aquello. El pequeño al comienzo no quería decir una palabra, pero después de algunos palos confesó al fin que se lo había dado yo. En seguida se abrió la puerta de la sala de trabajo y Schrot, con el bastón en la mano, apareció en el patio, colérico. Vino derechamente hacia mí y me dió sin decir palabra un fuerte golpe en la espalda. Quedó tan sorprendido que apenas supo lo que me había pasado. En el orfeñiento se había pegado antes muy poco. Pero no había ocurrido nunca que se pegase a los muchachos que estaban aprendiendo un oficio, pues ciertamente se les contaba entre los adultos.

Cuando el sujeto levantó la mano para un nuevo golpe, salté y le di un empujón que le hizo caer cuan largo era en el suelo, extendiendo sus largas piernas de cigüeña al cielo. Lentamente se reincorporó, pero no hizo más que murmurar: "¿Espera, muchacho, que ya me las pagarás?" Luego se dió vuelta y volvió a la sala. Poco después me fueron entregadas mis cosas y salí de la casa con otros jóvenes que casi estaban de la risa por lo ocurrido. Naturalmente el asunto se esparció y pronto supieron todos en el establecimiento lo que había pasado. Los muchachos se lamentaron enormemente, pues no había nadie entre ellos que no odiasse a Schrot de todo corazón.

Yo había esperado que Schrot emprendiese algo contra mí, pero no ocurrió nada, al menos nada que yo pudiese advertir. Tan sólo después pude saber que Schrot había trazado realmente un plan peligroso contra mí, que de haberlo conseguido, habría destruido mi tierna vida por años y quizás para siempre. La situación estaba así:

En mi aprendizaje había cambiado siete u ocho veces de lugar y para el administrador era como una oveja negra con lo que no sabía qué hacer. El último puesto que me había procurado fue con un carpintero de obra. Era con mucho peor que todos mis empleos anteriores. Se trabajaba doce horas, pero cuando había terminado mi trabajo tenía que ayudar todos los días una o dos horas a la maestra en los quehaceres de la casa, de modo que casi no tenía para mí un minuto libre. Hasta los domingos por la mañana me eran robados de ese modo.

Yo era un joven sano y tenía un bendito apetito, lo que era muy natural con aquel duro trabajo. Pero la maestra era una vieja avara que media con temor cada bocado y me sometió a un régimen alimenticio que no me sentó nada bien. Esto fue tanto más fácil cuanto que no podía comer a la mesa, sino en la cocina. Realmente pasaba hambre toda la semana. Sólo cuando iba los domingos a casa de mis parientes comía hasta hartarme. También en otros aspectos me amargaba la vida la anciana avara. Refunfuñaba por todo y no estaba nunca contenta.

A los parientes no quería contarles mis sufrimientos. Les había dado bastante que pensar por los frecuentes cambios de aprendizaje. Además, a la mayor parte de mis camaradas del orfeñiento no les iba mucho mejor que a mí. Había pocos que estuviesen contentos con sus empleos. Explicar estas cosas a los adultos era desesperante. Estaban siempre con el viejo proverbio en la boca, que "el diablo quiso ser de todo menos aprender". Ciertamente, a Peter habría podido confiarle. Él me habría comprendido. Pero no quería entretenerle.

Habían pasado dos meses cuando se produjo un acontecimiento que llevó a una nueva ruptura. En la casa de mi maestro vivía un teniente que, como era habitual, tenía un soldado de asistente. Como para éste no había la casa, tenía que dormir por la noche en el cuartel. Yo tenía una habitacióncita directamente sobre el arco de la puerta, donde en el invierno había un frío espantoso. Pero estaba contento, pues al menos tenía un lugar donde podía leer algo por la noche. Tenía, es verdad, muy poco tiempo, pero siempre leía algo, lo que para mí se había convertido por decirlo así en una necesidad vital.

Un día, cuando entré en las horas de mediodía en mi habitación, encontré a Hannes, el asistente, ocupado allí con su trabajo. Mi cama estaba llena de uniformes, en la mesa había un velo. Hannes me dijo que la maestra le había permitido utilizar mi cuarto. Agradable no era, pero al fin no podía perjudicarme el que estuviese por el día allí. Las cosas no quedaron así, pues quedaba a menudo hasta muy tarde la noche. Solía traer consigo además a uno o dos amigos. Luego jugaban a las cartas y bebían licores. No había que pensar en leer. Hasta mi desasosiego nocturno me era robado, pues a menudo era medianoche cuando la gente se marchaba. Por lo general el estrecho cuarto quedaba luego lleno de humo de tabaco y apenas se podía ver la mano delante de los ojos. En el invernio no podía siquiera abrir la ventana, porque estaba helada.

¿Qué hacer? Me sentí muy desdichado, pero esas gentes no tenían la menor comprensión de mi situación. Habló entonces con el hijo del maestro, que trabajaba con nosotros y era una persona amable. Se indignó cuando le expuse mi queja y habló con su padre al respecto. Desde entonces el mozo abandonó el cuarto a las nueve. Pero no lo hacía con gusto e hizo toda suerte de observaciones sobre los niños mal criados de la ciudad. Habría que enviarlos a todos al campo, para que se les curasen las manías. Desde entonces comenzó a azuzar a la maestra contra mí y fue causa de que pasase yo más de una mala hora. Poco a poco volví la antigua condición y mi situación se hizo cada vez más intolerable. Sin embargo me había propuesto aguantar todo lo que pudiera. Era ese mi destino y tenía que adaptarme.

Un día Hannes me dijo: "Oye, tu cama es bastante ancha para dos. Si duermo aquí, no necesito ir todas las noches al cuartel, y así ganó mucho tiempo."
"Oye, Rudolf, tengo que hablar contigo una palabra seria y espero que no sea en vano. Hace cambiado ocho veces tu puesto de aprendiz. ¿Dios sabe qué harás todavía en el porvenir? ¿Comprendes finalmente que eso no puede continuar? Tus padres han muerto. Cuando abandones esta casa, tienes que quedar a merced de ti mismo. ¿Qué será de ti sin un oficio? Es para tu propio provecho para lo que debes aprender un oficio honrado, a fin de estar preparado para tu vida ulterior. Si no quieres enterar en razón, me obligarás a dar un paso que quisiera evitar a todo precio. El señor maestro Schrot había preparado ya un escrito que proponía tu traslado a un reformatorio. No faltaba más que la firma de mi antecesor, y se te habría llevado a un lugar donde no habría habido escapatoria posible."

Hizo una breve pausa y me preguntó por qué había abandonado mi último empleo. Le conté lo todo ocurrido y pude observar que mis palabras le causaron una visible impresión. "No puedo comprender que el maestro no haya intervenido contra esas cosas", dijo, dirigiéndose al capellán. Éste solo sacudió los hombros, sin responder.

Luego se dirigió a mí nuevamente y me preguntó qué debía hacer conmigo. Me respondió que por desgracia no podía aprender ningún oficio que correspondiese a mis inclinaciones.

"¿Cómo es eso?" preguntó.

Le dije entonces que desde el comienzo había sido mi propósito aprender la encuadernación, pero que había tenido que abandonar ese deseo porque no se encontraba en ese oficio un maestro que aceptase en la casa a un aprendiz.

Reflexionó un rato y dijo luego: "Si te dejas vivir aquí durante el aprendizaje, ¿te serviría de algo?"

Un sentimiento de alegría me recorrió el cuerpo, y le respondí vivamente que sí él pudiese hacer eso, toda penuria había terminado.

Reflexionó un rato y golpeó con un lápiz en la mesa, luego dijo: "¿Qué te parece si tú mismo buscas un maestro? Cierto, tus antecesores no son los mejores. Has escapado ya dos veces de esta casa y además has hecho una cantidad de locuras que no son la mejor recomendación para ti. ¿Quieres que te garantice de que volverás todas las noches a la casa?"

"Yo lo garantizo!", dijo el capellán. "Ha cometido muchas locuras que no se pueden justificar, pero es un muchacho honesto que no faltará a una palabra dada."

Le miré agradeciéndole y aseguré al administrador que no sería causa de disgustos para él, pues era mi más ardiente deseo hacer al fin un verdadero comienzo. Luego le rogé que me permitiera durante las horas de mediodía visitar a mi tío, que seguramente me podría dar un buen consejo, pues era encuadernador.

"Bien!" dijo. "Puedes salir del establecimiento todos los días después del desayuno hasta que encuentres algo. Espero de ti que por la noche a las seis en punto vuelvas a presentarte. Con eso habré hecho todo lo que está en mi poder. Lo demás depende ahora de ti."

Dejé el despacho con un estado de ánimo que no había sentido hacía mucho tiempo. Los ojos se me humedecieron. Apenas podía contenerme de..."
alegría. La vida volvió a tener de repente un significado para mí, después de haber enterrado ya toda esperanza. Sin embargo la cosa era sencilla. ¿Cuántos sufrimientos espirituales me habían sido ahorzados si el antiguo administrador me hubiese demostrado la misma disposición que su sucesor? ¿Qué importaba finalmente que viviese una persona más o menos en el orfe- linato? Pero el muerto era un hombre de la regla estricta, que odiaba toda excepción, porque no se ajustaba al estrecho círculo de su actividad.

Con terror interior pensé entonces en el peligro a que había escapado por muy poco. Si el administrador enfermo hubiese firmado la propuesta de Schrot, habría estado entonces en uno de aquellos célebres reformatorios, al margen del mundo. Ese hombre brutal y despiadado, a quien era extraño todo sentimiento profundo, habría consentido realmente en destruir a sangre fría una tierna vida humana, sólo para dar satisfacción a su miserable ansia de venganza.

Los llamados reformatorios tenían mala fama y eran conocidos en todas partes como lugares de tortura, donde más de una vida fue segada prematuramente. Habían sido imaginados como prismas para niños desamparados, a fin de volverlos al sendero de la virtud. El resultado de su actividad salvadora podía medirse del mejor modo justamente por el hecho de que de esos establecimientos surgía el mayor porcentaje de delincuentes, hecho que ha confirmado siempre la estadística.

¿Había firmado el viejo administrador el funesto escrito? Ciertamente, no era una mala persona y ante todo no era brutal como Schrot. Muy probablemente no habría podido responsabilizarse ante su conciencia de una acción deshonesta, cuyas consecuencias para mi no podía ignorar. Sin duda el capellán, habría hecho lo que hubiera podido para impedir ese crimen, pues visitaba al hombre gravemente enfermo todos los días y estaba seguramente informado de todo lo que ocurría en la casa. El capellán era un hombre de amplia visión espiritual y de sentimientos humanos. Por eso se habría rebelado toda su naturaleza contra una medida que sólo podía surgir del cerebro estrecho de un hombre odioso y de sentimientos brutales.

EN EL TALLER DEL MAESTRO KITSCHMANN

A la mañana siguiente salí del establecimiento para buscar trabajo. Primera vez fui a casa de los abuelos y les informé de todo lo que había ocurrido. En la pausa de mediodía visité al tío, a quien le brillaron los buenos y fieles ojos de franca alegría cuando vió el giro inesperado que se había producido en mi situación. Me prometió hablar de inmediato con sus colegas y estaba firmemente convencido de que se encontraría un puesto adecuado de aprendiz para mí. Unos días después me dijo que uno de sus compañeros le había aconsejado hablar con un pequeño maestro en la ciudad vieja, conocido como obrero de primera clase en su oficio.

Al día siguiente fui a buscar al tío al trabajo durante la pausa del medio día y fuimos los dos a ver al maestro Theodor Kitschmann en la vieja Lyzeumgasse para exponerle nuestros deseos. El talle se encontraba en el tercer piso de una casa vieja, cuya parte trasera estaba habitada exclusivamente por pequeños artesanos. Encontramos al maestro tomando su sencilla comida. Nos saludó amistosamente. Después que Peter le explicó lo ocurrido, dijo que en realidad necesitaba un aprendiz, pues que tenía intu- riómpio de repente el aprendizaje y había emigrado a América con sus padres. El maestro Kitschmann era un hombre de porte bastante gordo con una gran cabeza cubierta con un mechón de cabello rubio. Bajo la ancha frente miraba amistosamente al mundo dos grandes ojos azules. La nariz era algo rechoncha y hacía pensar que el maestro no menoscababa sus buenas buenas. La boca bajaba el pequeño bigote rubio era fina y daba a su rostro una expresión alegre-dora cuando reía. Mi sentimiento me dijo en seguida que ese hombre sería para mí un buen maestro. La conversación entre él y Peter terminó así: el maestro Kitschmann se declaró dispuesto a tomarme a prueba por un mes. Si ese período resultaba satisfactorio para ambas partes, concertaría con el administración del orfeñato un contrato de aprendizaje por tres años.

Radiante de alegría comiqué al administrador este resultado. Recibí mi mensaje con visible contento y me exhortó nuevamente a que resistiese en mi nuevo empleo.


Me señaló el lugar de trabajo, me trajo un montón de pliegos y me enseñó cómo se coge un libro. Cuando advirtió con que agilidad podía empa- rejear los pliegos y hacer los nudos en el cosido, me preguntó asombrado si había estado antes con algún encuadernador. Le conté que debía esa pequeña habilidad a mi tío, al que había ayudado a menudo en su trabajo. Se alegró mucho y dijo que ahora me valdría todo eso. En realidad, había aprendido una cantidad de pequeñas manualidades que alivianaron mucho el aprendizaje del futuro oficio.

No me habían engañado. La buena impresión que había recibido del maestro Kitschmann en la primera visita se confirmó en todo sentido. Un maestro mejor apenas podía desearse. Amable y siempre de buen humor, vivía enteramente en su oficio y hacia su trabajo con alegría interior. Me trató mucho y dijo que ahora me valdría todo eso. En realidad, había aprendido una cantidad de pequeñas manualidades que alivianaron mucho el aprendizaje del futuro oficio.

No me habían engañado. La buena impresión que había recibido del maestro Kitschmann en la primera visita se confirmó en todo sentido. Un maestro mejor apenas podía desearse. Amable y siempre de buen humor, vivía enteramente en su oficio y hacía su trabajo con alegría interior. Me trató mucho y dijo que ahora me valdría todo eso. En realidad, había aprendido una cantidad de pequeñas manualidades que alivianaron mucho el aprendizaje del futuro oficio.

El taller se componía de una habitación grande iluminada por dos lados por cuatro amplias ventanas y daba una sensación agradable. Todas las paredes, desde el techo al suelo, estaban cubiertas de retratos y cuadros de revis- tas ilustradas y en medio había millares de provechos y frutas de sabios y poetas de todos los países. Todo estaba absolutamente limpio; se sentía a la primera mirada que el maestro daba gran valor a la limpieza y al orden. En ese lugar no había prisa. Todo trabajo era realizado con la misma atención, aun cuando se trate de las cosas más simples, pues el maestro estaba interesado en que de su taller no saliese más que lo más perfecto.

El maestro Kitschmann era un hombre de unos 45 años cuando entré con
él en el aprendizaje. Procedía de una pequeña ciudad silesiana y había hecho su aprendizaje en Breslau. Como oficial de su oficio, el maestro había corrido mucho por el mundo, hasta que al fin llegó a Maguncia, donde había aceptado de una viuda un puesto de encargado del taller. Cuando aquella murió, consiguió a su hijo el negocio y se hizo independiente. Vivía soltero en una pequeña buhardilla de la misma casa en que tenía el taller y hacía una vida sencilla y contemplativa que apenas era perturbada por los incidentes exteriores. Bienes terrestres no tenía, pues todos esos años no trabajó más que con un aprendiz. Solas en el invierno, cuando tenía exceso de trabajo, tomaba un oficial si podía encontrarlo.

El maestro era un artista en su oficio, pero no tenía pasta para comerciante. Le faltaba el impulso para ensanchar su negocio, lo que habría podido hacer fácilmente si hubiese tenido interés. A menudo debía rechazar grandes trabajos porque no podía entregarlos en el tiempo deseado. Pero no sentía el menor disgusto por ello. Cuando alguien le hacía amistosos reproches sobre su indiferencia en tales cosas, sonreía bondadoso y decía: "¡Oh! También otros quieren vivir. Yo estoy contento con lo que tengo y no deseo sino que no empeore."

No ganaba seguramente mucho más que un obrero bien pagado en su oficio, pero estaba contento con su suerte y apreciaba sobre todas las cosas su independencia. En los meses de verano, cuando no había mucho que hacer, no le solía ir muy bien, pero no se acomodaba a la vida tal como era. Si ganaba más, gastaba más, pues no era amigo de ahorrar. Mientras pudiera fumar sus cigarros, beber su vaso de vino e ir de tanto en tanto al teatro, estaba contento y veía el mundo bajo la luz más rosada. Pero cuando en los malos tiempos tenía que imponerse ciertas restricciones, no se lamentaba y estaba persuadido de que pronto irían las cosas a mejor.

En su oficio era el maestro Kütschmann el hombre más responsable que uno se puede imaginar, pero no le gustaba recargarse de obligaciones que dañasen su independencia. Así le costaba siempre un gran esfuerzo moral tomar un oficial. No por el gasto. Pagaba alegremente los mejores sueldos y no preguntaba por el tiempo, mientras el trabajo estuviese bien hecho. Pero raramente encontraba a alguien que diera satisfacción a sus exigencias, y no se sentía a gusto cuando tenía que decir a un oficial cómo debía trabajar.

Por eso prefería trabajar él mismo día y noche para escapar a una situación molesta que le privaba de su equilibrio habitual. De ese modo rechazaba a menudo ventajosos trabajos, a uno no quería recargarse de obligaciones innecesarias.

El maestro estaba siempre atareado como una abeja y vivía enteramente su trabajo, que le proporcionaba la mayor alegría. Cuando tenía ante él un montón de volúmenes con lomo dorado de cuero, acariciaba cada libro tiernamente, lo miraba de todos lados y decía con satisfacción interna: "¡Como si estuviese pintado!". Trabajar con él era un placer. Su alegría en el trabajo obraba alentadoramente y daba un encanto especial incluso a la más infima labor. Cuando Carlyle llamó al trabajo servicio divino, la definición respondía como calcula al maestro Kütschmann. Pues el trabajo era para él como una especie de religión, a la que oficiaba con toda el alma. El maestro era un original en su oficio, como difícilmente se encuentran hoy. La mecanización rápida de la industria ha hecho desaparecer esas figuras y el antiguo artesano no ha quedado gran cosa.

Después de las experiencias que había hecho hasta allí en mis diversos empleos de aprendiz, la vida fue para mí en ese ambiente amistoso una verdadera redención. Me sentía nuevamente un ser humano que llenaba un lugar en la vida y tenía ante sí un porvenir. Bajo la experta dirección del maestro, el trabajo me resultaba admirable. Además de la limpieza y la ordenación diaria del taller y de los pequeños mandados para el maestro, todo el día estaba ocupado en mi oficio. Una mejor oportunidad para aprender algo a fondo, no la había. El trabajo era agradable y extremadamente variado. Me sentía como recién nacido después de la inseguridad torturante de los últimos cuatro meses.

El maestro me daba todas las semanas un marco para gastos y me dijo que en el segundo año recibiría dos y en el tercero tres marcos. Fué una alegre sorpresa, pues no contaba con ninguna especie de indemnización. Así se produjo en mi vida, repentinamente, un cambio tal que no podía desear otro mejor.

También el nuevo administrador se mantuvo accesible y hablaba con gusto conmigo cuando volvía a la casa del trabajo por la noche. Después de concertar el contrato de aprendizaje me llamó una noche a su despacho y me dijo que desde entonces todos los domingos por la mañana podía salir de la casa y quedar hasta las nueve de la noche. En seguida me comunicó además que había hecho arreglar una pequeña habitación para que viviera desde entonces allí. Me permitió utilizar la luz hasta las once, para que pudiera leer el tiempo libre en mi formación espiritual. Me sentí feliz más allá de toda medida y no sabía cómo agradecerle. El nuevo administrador era en realidad un hombre valeroso con sentimientos humanos, y yo no le di nunca motivo de queja.

Así había hallado mi vida al fin una senda llena. Leía muy buenos libros y aprovechaba mi tiempo libre lo mejor que podía. Fueron dos obras sobre todas las que me estimularon entonces fuertemente: La Historia general de la cultura, de Kolbe, y la Historia de la civilizació en Inglaterra, de Buckle. He releído varias veces esas dos obras y me hice una cantidad de apuntes de ellas para elaborar espiritualmente lo leído y apropiármelo por completo.

Los días de fiesta y los domingos los pasaba con mis jóvenes amigos o con los parientes. Pero sobre todo con Potter, con el que podía hablar de todo lo que había leído. Recibí de él más de un valioso estímulo, que me alivió y me hizo mucho más provechoso el estudio.

Mientras tanto la vida en el taller del maestro Kütschmann seguía su marcha regular. Me encariñé con el maestro, y él también me tomó cada día más afecto. Así se desarrolló poco a poco entre nosotros una relación que apenas tenía algo que ver con las relaciones usuales entre el maestro y el aprendiz y que no se podía calificar más que como verdadera amistad. Yo cumplía todas sus indicaciones con buena voluntad e hice buenos progresos en el oficio, de modo que me convertí en un buen apoyo para mi maestro. Así pasé el tiempo agradable y rápidamente. Durante el trabajo casi siempre hablábamos o can-
tábamos. Nos entreteníamos sobre todas las cosas posibles. El maestro contaba algunos episodios interesantes de su vida. Había viajado mucho en su juventud y había experimentado en la peregrinación más de una cosa que valía la pena contar. Ocasionalmente llegaba la conversación también a las cosas políticas y a los asuntos públicos, en lo cual divergían frecuentemente bastante nuestras opiniones.

Durante el primer período de nuestra cooperación, el maestro no sabía evidentemente qué hacer conmigo. Cuando en la conversación le exponía tranquilamente mi punto de vista y aducía razones que no se podían refutar fácilmente, me miraba con asombro y quería saber quién me había enseñado eso. Cuando le explicaba que ya me había ocupado antes de esas cosas y que había leído algo sobre ellas, se admiraba todavía más y no podía comprender cómo un joven de mi edad podía entusiasmarse en general por tales problemas. Pero más se asombra de la forma en que se había exponer mi opinión. "Muchacho, muchacho —me dijo un día—, en ti hay algo. Llevarás seguramente al Reichtag".

El maestro Kitchensmann no era un hombre vulgar. Para ello tenía un temperamento muy singular. Sin embargo no se había ocupado nunca honradamente de problemas políticos y sociales. Poseía una clara y sana razón y había leído también bastante. Pero se sentía atraído sobre todo por la hermosa literatura y por el teatro. Sus dos escritores favoritos eran Gottfried Keller y especialmente Wilhelm Raabe, a quienes se sentía más íntimamente ligado por toda su naturaleza. Vivía por decirlo así en el círculo fraternal de la calleja de los gorriones, con su tranquilo encanto y su retiro íntimo, y se sentía bien en ese mundo sosegado, selecto, circundado por un fino humorismo.

El maestro no tenía muchos amigos. Era en todas partes querido y apreciado y estaba en muy buenas relaciones con los vecinos, pero no mantenía trato íntimo con ninguno. Se le podía encontrar todos los sábados en la mesa redonda de una taberna vecina, pero raramente recibía visitas, ni las hacía. Amaba el retiramiento y no se sentía bien donde se hablaba alto y ruidosamente. El maestro Kitchensmann era un solitario a su modo, que sabía estimar una compañía grata y buena pero que no estaba hecho para las relaciones a menudo molestas de una estrecha convivencia con otros.

Esa era también la causa de que sujuese solto. El maestro no era en modo alguno enemigo de las mujeres. Al contrario, tenía una singular preferencia por las mujeres hermosas y se mostraba frente a ellas siempre caballeroso. Pero nunca llegó a una relación seria. Algunas veces estuvo próximos a tomar una decisión, pero en el último momento se volvió atrás, por temor a hacer algo de que luego tuviera que arrepentirse. Cuando los conocidos se acercaban a él a vecindad por esa causa, se reía a escondidas de sí mismo y decía que no era bastante viejo para tal proceso. Además el casamiento era un asunto muy serio, ya que nadie podía saber de antemano si el matrimonio era un camino hacia el infierno o hacia el paraíso.

El único diario que leía el maestro era el Mainzer Anzeiger, una vieja publicación democrática, que semejaba en sus directivas políticas a la Frankfurter Zeitung.

En aquel tiempo se hablaba mucho en la prensa del general Boulanger y de una imminente guerra de revancha que se proponía Francia contra Alemania.

Un día llevó el maestro la conversación sobre ese punto. De sus palabras pude deducir claramente que no quería mucho a los franceses. Le escuché tranquilamente, sin expresar al comienzo una palabra. Pero cuando me preguntó después qué pensaba de la cosa, le dije abiertamente mi manera de ver. Concedí que Boulanger era un instrumento notorio en manos de los políticos reaccionarios, pero que la política de Bismarck y especialmente la anexión de Alsacia-Lorena había dado el verdadero motivo del actual desarrollo de las corrientes políticas en Francia.

El maestro se sorprendió evidentemente al oír en mis labios tales palabras y dijo algo enojado: "¡Pero tú eres alemán, Rudolf! ¿No sabes que los franceses nos habían robado Alsacia? Éra perfectamente natural que volvésemos a tomar, cuando se nos presentó la ocasión, lo que nos pertenecía por derecho".

Le respondí que apenas había un país europeo que no tenga territorios que antes han ocupado otras poblaciones. Si por eso cada Estado se dispusiera a reconquistar lo que siglos atrás llamó suyo, no volveríamos a salir de la guerra. Pregunté al maestro qué ocurriría en ese caso con un Estado como Austria. Todo el mundo sabe que los polacos, los checos, los húngaros, los eslavos del sur, etc., no se adhirieron voluntariamente a Austria, sino que fueron forzados a ello por la fuerza. Luego mencioné el reparto de Polonia y la historia de nuestra región.

Si el viejo Fritz hubiese perdido la guerra de los siete años, maestro, dije, habríamos sido hoy austriacos y no alemanes. El destino de los abacianos giraba en la misma línea. Cuando los franceses se anexaron el territorio, no preguntaron a nadie si sus habitantes estaban de acuerdo con ese cambio de nacionalidad o no. Igualmente no se le ocurrió a Bismarck preguntarles su opinión cuando volvió Alsacia al Imperio alemán. Ese es justamente el gran crimen de todos los conquistadores, que manejaron los pueblos como rebaños y consideraron todo éxito o fracaso simplemente como un problema de poder.

El maestro se mostró tan asombrado de mis palabras que al comienzo no pudo hallar ninguna réplica. Se podía ver en él que nunca había considerado el problema desde ese punto de vista. Que la lógica interior de mis manifestaciones no podía ser puesta en duda, tuvo que sentirlo, pero no es fácil para la gran mayoría de los hombres abandonar de repente las interpretaciones heredadas y adaptarse a nuevos pensamientos. El maestro Kitchensmann se encontraba en esa situación. Por eso no discutió entonces mis expresiones, sino que dijo solamente: "Hablas justamente como el viejo Volck".

"¿El viejo Volck?" pregunté admirado. "¿Pero qué tiene que ver con esto, maestro?"

El maestro me contó en seguida que el viejo Volck, por decirlo así, pertenecía a sus parroquianos y siempre que entraba en el taller injuriaba a Bismarck y a los prusianos todo lo que podía. "Si fuese por él" —dijo—, "se ahogaría en el Rin en todos los prusianos y se les arrojaría al mar".
El viejo Volck era conocido en toda la ciudad como combatiente del cuarenta y ocho y era generalmente estimado a causa de su sincera ideología democrática. Lo conocí de niño y conocía una cantidad de historias que circulaban sobre él, pero nunca había tenido un contacto mayor con él. Tan sólo por las relaciones comerciales que el anciano mantenía con el maestro, se me ofreció oportunidad de tratarle personalmente.

El viejo era encuadrero de oficio, pero hacía años que no trabajaba ya y vivía con una hija casada que estaba en buena situación y cuidaba del bienestar de su padre. Sólo encuadernaba los libros de su yerno, que tenía un puesto docente. Pero como no disponía de todas las herramientas que necesitaba para ese objeto, hacía dorar en casa del maestro Kitschmann los volúmenes listos, y estimaba mucho a éste a causa de su trabajo esmerado. A menudo tenía que llevarlos a su casa y de ese modo lo conocí mejor. Fué un conocimiento valioso.

EL VIEJO VOLCK Y EL REPUDIO DEL PRUSIANISMO

En la pequeña trastienda de una taberna en Umbach se reunía todos los domingos por la mañana un pequeño grupo a tomar algunas jarras; el pueblo solía llamar a ese grupo la guardia de Hecker. Eran ocho o diez viejos militantes del cuarenta y ocho, que habían participado activamente en las luchas de los llamados años locos. El alma de ese pequeño círculo era el viejo Volck, una de las personalidades más singulares que he encontrado en mi juventud. Ya el aspecto exterior del hombre causaba una extraordinaria impresión. Era más que mediano de talla, cabello y barba, y pesaba de sus setenta años todavía muy ágil. Sobre los hombros algo encorvados asentaba una cabeza que había podido servir a cualquier pintor de modelo bienvenido. La cara estrecha con obscuras ojeras vivaces, la ancha frente y la nariz bien formada estaban encuadradas por una hermosa barba que le cubría el pecho y que era blanca como la nieve lo mismo que su cabello frondoso.

Por sus relaciones comerciales con el maestro Kitschmann, le conocí más de cerca, como ya he dicho. Cuando le llevaba un paquete de libros a la casa, el viejo era siempre muy amable conmigo y me invitaba de cuando en cuando a comer. Por las conversaciones que teníamos tuvo que haber reconocido pronto qué clase de espíritu era yo, pues me trataba con gran benevolencia y decía que yo tenía el corazón en el lado derecho. Sólo mi inclinación a los socioléamaristas no le agradaba. Éstos, según su opinión, eran todos cobardes que no querían comprender que la gran decisión tenía que ser ventilada en Alemania en las barriadas, y que ni siquiera tenían valor para declararse abiertamente republicanos.

Después de haber conocido así al anciano, fui a menudo a verle y le acompañaba también en sus paseos. Cuanto más me familiarizaba con su paso, tanto mayor veneración sentía hacia el viejo, que con el fusil en la mano había combatido por la liberación de Alemania y había permanecido siempre fiel a su convicción. El viejo Volck tenía tras sí una vida agitada. Se había lanzado en su juventud al movimiento revolucionario y había par-
El viejo estaba una noche con un amigo en el Gashof Zum roten Kopf ante un vaso de cerveza. En la misma mesa se había sentado un oficial prusiano. Apareció entonces de repente un vendedor italiano de estatuillas de vestir que andaba de puerta en puerta con bustos del emperador Guillermo I. Había entonces en el sur de Alemania muchos vendedores de esa clase. Cuando el hombre se acercó con su cesto al viejo Volck y trató de persuadirle de que comprase un busto, sacudió el viejo la cabeza y dijo: “Gracias, soy republicano y no tengo empleo para esas cosas”.

El oficial agarró los oídos y preguntó al italiano por el precio de los bustos. “Sólo cincuenta peniques, señor”, fue la respuesta. Comenzó entonces el hombre de uniforme a regatear con el vendedor y le ofreció veinticinco peniques por el emperador de yeso. El viejo Volck escuchó un rato y dijo luego con humor morder: “Bien, para un oficial prusiano el hombre tendría que valer por lo menos cincuenta peniques”.

El oficial salió de la taberna y volvió pronto con un guardia que detuvo al anciano. Se le hizo realmente un proceso. Al anunciar la sentencia declaró el juez que el acusado sólo debía a su edad que el castigo fuese tan benigno. El viejo cumplió sus tres meses, pero no pudo sostener que el castigo le hubiese mejorado.

Gracias al viejo Volck tuvo ocasión también de asistir a algunas sesiones de la guardia de Hecker. Los viejos de barbas canas eran alegres bebedores y pasaban el tiempo contando viejas historias, en las cuales los prusianos por lo general nunca salían bien parados. Mucho nuevo no se dijo. Esos revolucionariast viaían demasiado en el pasado y se mostraban poco satisfechos del nuevo tiempo, en el que no hallaban nada bueno. Pero siguieron siendo buenos demócratas y no se avergonzaban de las locuras de su juventud, como muchos otros que se habían acostumbrado con el imperio de Bismarck. Un hombre como el viejo Volck era también una excepción en ese círculo. Pero a mí me interesaba poco lo que las gentes contaban. El pensamiento de sentarme a una mesa con combatientes de barricadas en carne y hueso era superior a cualquier otra consideración y llenaba mi alma juvenil de la más profunda admiración.

Como legítimos renanos, los viejos muchachos no sólo sabían apreciar las buenas gotas, sino que se entregaban a las alegrías del canto, que daba un condimento adecuado a sus sesiones. Sobre todo al finalizar las reuniones, cuando los ánimos se habían elevado, se oían en la vieja taberna canciones que hoy están olvidadas. Algunas de ellas muy humorísticas, como por ejemplo La canción del alcalde Tschesch o La ascensión al cielo de Miguel de Prusia. La Ascensión al cielo era una poesía singularmente drástica en el dialecto callejero maguncia. Describía las aventuras del alma de un suboficial prusiano que había comido muchos rábanos blancos y tocino y peregrinaba de estrella en estrella, sin poder encontrar sosiego, hasta que al fin llegó a un planeta donde los ángeles vivían en cuartecitos y el buen dios

Bebía un yermo prusiano. Ordinariamente solía cantar el viejo Ebert esa canción, mientras los obreros hacían coro vigorosamente a cada verso:

De Michal het den A... verbreest.
Himmel-Herrgott-Sakrament!

Singular predilección tenía para mi el viejo Volck cuando entreaba con su profunda voz sonora la Marsellesa en francés. Secta entonces cómo recordaba en este instante que oía en espiritu el paso de marcha de los batallones que se acercaban. También la canción del héroe popular Robert Blum ponía en ebullición al alma inquieta. Pero principalmente la canción de Hecker me gustaba mucho, pero sólo podía ser clasificada como una perla de la poesía alemana, sino que tenía una gran atracción para mí entonces a causa de su firme contenido:

Wann die Fürsten fragen: 
Lebt der Hecker noch?
Sollt ihr jenes sagen:
Der Hecker, der hängt hoch!
Er hängt an meinem Baume,
Er hängt an meinem Strick,
Sondern an dem Tramme
Der deutschen Republik.
Schlessia Kinder trunken
Blut aus Mutterbrust.
Viele dahin sanken,
Doch des Zia bewusst,
Und der Freisenskönig
Linderte die Not;
Er gab blae Bömen,
Wo man schrie um Brot!

Y después de cada una de las numerosas estrofas, el magnífico estribillo:

Drum Rache, Rache Völker!
Selwirigst das Henkerhüpf!
Die Fürsten und die Pfaffen,
Dio bringen uns kein Hölle!

El profundo repudio frente al prusianismo por lo demás no estaba en aquel círculo solamente, sino que hallaba clara expresión en todos los estratos de la población renana. En viejas ciudades que podían remontarse a una larga historia, la tradición desempeñaba un papel importante. Crea ciertas impresiones que obran también en años ulteriores y no son borradas nunca del todo. El centro de nuestra gran industria, con las fachadas uniformes de las casas, sus espantosos cuarteles de inquisitorio y las calles rectas, que por decirlo así han sido hechas de la nada durante la noche, no son naturalmente sin una amenaza de castigo condenada a la penitencia por pecador.

1 Cuando los príncipes preguntan —si vive todavía Hecker—, deben decirles que Hecker pende muy alto! No pende de ningún árbol, no pende de ninguna cuerda, sino del suelo de la república alemana.
2 Niños aldeanos bebieron, sangre del pecho materno. Muchos se dispersaron, pero combatientes del objetivo. Y el rey de Prusia, alivió la penuria; les dio guisantes asados, cuando se clamaba por pan.
3 Por eso venganza, venganza puestos! 
¡Enredad el hacha del verdugo! 
¡Los príncipes y los curas, no nos traen ninguna salvación!
mente capaces de suscitar impresiones duraderas. No tienen historia ni tradición, y la uniformidad gris de su forma exterior no puede producir nunca aquella fusión interna del individuo con su ambiente social, tan característica de las viejas ciudades. En una ciudad donde cada rincón recuerda tiempos largamente pasados, es naturalmente distinto. Pasado y presente fluyen allí directamente el uno en el otro y crean aquella profunda cristalización espiritual que permanece inmutable en hombres de inteligencia activa.

Maguncia era en mi juventud una ciudad con fuerte sello democrático. El sentimiento democrático no era meramente un asunto de partido; había pasado a la carne y la sangre del pueblo y se hacía notar en todos los círculos de la población. Yo nací tan sólo dos años después de la fundación del Imperio de Prusia era entonces todavía muy sensible en el pueblo. La orilla izquierda del Rin, Baden y Württemberg, fueron siempre la parte democrática de Alemania. La población en aquella parte del Imperio fué largo tiempo antipática a Bismarck y se hallaba en abierta contradicción con la política de Bismarck. En gran parte había que atribuirlo a las irradiaciones poderosas de la gran revolución francesa, cuyas ideas hallaron un eco tan fuerte en las ciudades renanas, el más antiguo distrito cultural de Alemania. Mientras en Prusia y otros territorios nacionales predominaron largo tiempo aún las tradiciones del absolutismo principesco, la vida espiritual y social de los hombres de Renania había caído en nuevos carriles, cuyas huellas no pudieron ser extirpadas tampoco después por ninguna reacción.

En tiempos de la gran revolución, Maguncia fue ocupada por el general francés Custine (1792), a quien los demócratas de Maguncia habían incitado desde la caída de Speyer, a marchar sobre Maguncia, donde los llamados clubistas hacían una amplia propaganda revolucionaria. Custine fue recibido por la población maguciana con gran entusiasmo. La ciudad fué integrada en la república francesa y envió dos clubes. Adán Luz y Johann Georg Forster, como representantes suyos a París. Forster, un sabio de facas, habia acompañado al capitán Cook en su viaje mundial y estuvo presente cuando fué muerto por los nativos de las islas Hawái. Después fué compañero de viaje de Alejandro von Humboldt. Cuando estalló la revolución en Francia, se arrojó en cuerpo y alma al movimiento revolucionario, al que fué arrancado por una muerte prematura poco años después. Forster fue seguramente uno de los espíritus más libres que ha producido Alemania.

En mi juventud era todavía muy viva una preferencia fuertemente acuñada por Francia y un fuerte desapego hacia todo lo prusiano en el pueblo. Había entonces sociedades especiales que cultivaban el idioma francés. Muchos artesanos de nuestra región, siguiendo una vieja costumbre, al terminar su período de aprendizaje solían ir unos años a París, para perfeccionarse en el oficio. A su regreso se adherían muchos de ellos al llamado Club de los franceses, para no olvidar y continuar cultivando lo que habían aprendido de idiomas extranjeros.

La preferencia de los renanos por los franceses era en aquel tiempo muy natural. El carácter móvil y vivaz de la población renana, al que repugnaba toda reglamentación firme y toda disciplina impuesta por la fuerza, estaba sentimentalmente más inclinado a los franceses que a los prusianos, a quienes no se conocía en el aspecto más profundo. El espíritu de Potadam, que tendría simplemente al adiestramiento en masa y a la ino masa obsidencia de cadaver, no correspondía ni a las inclinaciones internas ni a las viejas tradiciones de los renanos. Encarnaba más bien lo contrario de todo lo que aspiraba el pueblo en mi juventud y que le parecía indispensable para la vida. Tampoco la formación del Imperio por Bismarck había acercado más a Berlín la población de la Alemania meridional y del distrito de Renania. No había hecho más que hacerles más sensibles las contradicciones internas y fortalecer la repulsión de los renanos contra el predominio de Prusia.

Se puede imponer a los hombres una determinada condición política, pero la coacción es el último medio para ganar su afecto. Sólo donde actúan aspiraciones ajenas en pro de un objetivo común, es posible un acercamiento interior, basado en una comprensión mutua y que por eso no permite surgir ningún mal sentimiento.

Maguncia era antes de la guerra de 1866 una fortaleza federal que albergaba en sus muros tropas prusianas y austriacas. En mi infancia los re cueredos de los Zweckel, como eran llamados por el pueblo los soldados austriacos, estaban todavía muy difundidos entre la población. Mis parientes, como en general todas las personas adultas de la ciudad, sabían contar una cantidad de chistes y alegrías cuentos de los austriacos, pero nunca citaron una palabra de repudio sobre ellos. Se recordaban de ellos con cierta benevolencia, lo cual nunca ocurría con los prusianos. Había con los austriacos relaciones naturales que se puede atribuir sin duda a un cierto parentesco del pensamiento y del sentimiento en el pueblo. Con los prusianos no existían en modo alguno tales vínculos.

Esto es tanto más típico cuanto que el despotismo austriaco no era mucho mejor que el prusiano. Sin embargo, sus efectos sociales nunca se sintieron en el pueblo tan funestamente como el de los prusianos, donde el adiestramiento militar y la mecánica burocracia ejercieron en la vida pública, desde hacía siglos, una influencia castradora que se podía advertir en todas las capas del pueblo. En otros países se soportaba el yugo del despotismo prusiano, porque no se podía obrar de otra manera. Pero los soberanos prusianos habían conseguido elevar la esclavización voluntaria a principio de vida y hacer de la sumisión una virtud.

La frase alada que habla del despotismo austríaco atemperado por el desorden, tenía una significación mucho más profunda de lo que muchos sospechaban. Lo que se sentía en Prusia como desorden, era en realidad cierto sentido de independencia en el pueblo, al que incluso el poder despotismo debía hacer ciertas concesiones si quería eludir una catástrofe. No hay que subestimar estas cosas, que apenas pueden ser comprendidas por lo general lógicamente, pero cuyo conocimiento es indispensable cuando se quiere comprender bien las conexiones internas en la vida social de un país.

En los círculos de mis parientes y amigos existía un sentimiento notablemente antiprusiano, que adquiría una menuda forma de las formas bastante grotescas. Pero ese estado de ánimo era el mismo casi en todos los círculos populares. Se tenía la mayor admiración por todo lo que llegaba de Francia y se conde-
naba sin discriminación todo lo que nos llegaba desde Berlín. La palabra Prusia había en aquel tiempo muy común en el pueblo, y había más cantidad de apodos idénticos, en los que se expresaba la profunda repulsión contra el prusianismo. Pero en esto no hay que olvidar que Maguncia era una de las fortalezas más fuertes de Alemania y que tenía siempre una fuerte guarnición prusiana. Así ocurría que nosotros, por desgracia, no conocíamos el prusianismo más que por uno de sus aspectos, que no era adecuado para hacer vacilar nuestras opiniones preconcebidas sobre los prusianos.

Puedo hablar por propia experiencia. En la vieja Münstergasse, donde pasé la mayor parte de mi infancia, se encontraba un cuartel enorme, que casi ocupaba la parte derecha de la calle. Nosotros vivíamos en el piso superior de una casa frente al cuartel y desde las cuatro ventanas podíamos ver ampliamente lo que pasaba en el vasto patio del cuartel, donde eran adiestrados diariamente los soldados. De eso modo tuve ya desde niño ocasión de conocer a fondo el asquenaz adiestramiento cuarterel. Especialmente cuando entraban los jóvenes reclutas, se producían en el patio del cuartel las escenas más salvajes. Los jóvenes eran tratados pese que si fuesen ganado. No sólo caían sobre ellos por parte de sus torturadores una oleada de las injurias más vulgares, sino que eran expuestos diariamente a los más brutales maltratos corporales, dirigidos evidentemente a sofocar en germen todo sentimiento de dignidad humana.

Una escena singularmente cruel, que se grabó hondamente en mi tierno corazón, está aún viva ante mis ojos. Los reclutas debían saltar sobre un largo cajón recubierto por encima con culeo. Un negro joven, algo inhíbido, no fue capaz de hacerlo, aunque se dijo a él parecer el mayor esfuerzo. Tras cada combate se le veía cansado y solo podía respirar. Al fin le ordenó colocarse debajo del cajón, mientras los otros continuaban sus ejercicios. El joven era colocado intencionalmente con el pobre mozo, que en su estrecho encierro se despertaba a cada quejido. Cuando se le levantó, el cajón, el desdichado estaba como muerto y no movia miembro alguno. El torturador dio un aullido entonces orden de sacar del pozol un balde de agua, que se derramó sobre el cuerpo del pobre diablo. Cuando el mozo tan gravemente maltratado intento levantarse, era asaltado el salvaje algunos puntapiés terribles, y al fin tuvo que ser sacado por los demás del patio. Esos brutales procedimientos me infundieron desde niño un odio insoportable contra el militarismo, que en el curso del tiempo arrió también que me juzgo no vestir nunca el uniforme del emperador.

Riñas y golpes entre militares y civiles eran en mi juventud un fenómeno ordinario. Especialmente en las partes bajas de la ciudad, situadas junto al Rin, se producían a menudo entre marineros y soldados sangrientos choques. Me recuerdo todavía de una lucha singulares violenta que tuvo a la ciudad durante semanas enteras en fermentación. En la calle Schw. schwarzen Bären se había llegado a una grave riña entre tripulantes de armaduras y soldados, que se reprodujo en las calles vecinas. Los soldados fueron obligados por los tripulantes a huir, pero tan solo después que un gran número de personas recibieron graves heridas y un soldado fue apuñalado. Algunos de los tripulantes detenidos fueron condenados a largas penas de prisión. Pero también los soldados que participaron en aquella disputa sangrienta fueron severamente castigados y eso solo porque habían hecho ante civiles.

Tales choques no eran de modo alguno una rareza, aún cuando en la mayor parte de los casos no encontramos un final tan trágico. No contribuían naturalmente a mejorar las relaciones de la población con los llamados prusianos, tanto menos cuanto que se cebraba sobre ellos toda la culpa. El prusiano, según la interpretación del pueblo, era la oveja negra a quien se hacía responsable de toda mala acción. No sólo era sentido el prusianismo como un individuo inaccesible para todo sentimiento mejor. El prusiano era por decirlo así un monstruo que debía obrar mal en conformidad con toda su naturaleza. Su interpretación había expresado en los versos burlescos que podían oirse en mi juventud en todas partes en el pueblo:

'Du bist verrückt, mein Kind!  
Du mußst nach Berlin!  
Wo die Verrückten sind,  
Dort gehörst du hin!'

El único en nuestro estrecho círculo que nunca se dejó llevar a la condena total de los prusianos, era Peter. Su amplia visión y ante todo su sentido de la justicia no le permitían esas actitudes de ánimo. Sin duda sentía todavía. También comprendía bien que la unidad nacional del imperio bajo los efectos nocivos del sistema prusiano mucho más profundamente que los demás. También comprendía bien que la dirección de Prusia era un pésimo asunto. Pero había también que no a los hombres no se les debe condenar según opiniones preconcebidas, que obtenía y que por tanto raramente dan en el blanco. En realidad es un atrevido como barómetro moral y romper sobre los otros el cayado sólo porque pertenecen a otro grupo étnico o popular. El tío me lo había hecho comprender a menudo. Yo me había agradecido por ello. Pero el mejor conocimiento llegó a mi tan sólo poco a poco, pues me he dejado llevar bastante a menudo en mi juventud por la opinión general, sin reflexionar al respecto.

Cuando hoy recuerdo aquellos tiempos me veo vuelve cada vez más claro que el profundo disgusto del pueblo renano contra el prusianismo hay que atribuirlo a que se intentó de arriba abajo medir con el mismo rasgo cosas sociales que no podían expresarse más que como oposiciones. Las formas rígidas del Estado prusiano con su disciplina cuarterelera y toda la mecanización de una burocracia llevada al extremo repugnaban al sentimiento natural de los renanos, democráticamente orientados, de acuerdo con todo su deseo corresponde estar.
arrollo histórico, y en consecuencia tenían que juzgar al prusianismo como una violación directa de su naturaleza. El ensayo de imponer las cosas que eran extrañas a toda su manera de ser, que incluso en la mayor parte de los casos las eran opuestas, no podía contribuir en última instancia más que a producir en el pueblo aquella opinión hostil contra lo prusiano, tan difun-
dida en mi juventud.

Mientras que la repulsa contra el prusianismo tenía en las masas una expresión puramente sentimental o instintiva, había en los círculos ilustra-
dos de la población magníficamente toda una tendencia que se encontraba en
consciente oposición a la unidad imperial creada por Bismarck. A ella per-
tenecían los adeptos del federalista del sur de Alemania Constantin Frantz,
cuyo nombre apenas es mencionado desde hace tiempo en Alemania, pero
que sin embargo es el más importante de todos los adversarios de Bismarck.
Su libro, Der Föderalismus als das leitende Prinzip für soziale, staatliche und
internationale Organisation unter besonderer Bezugnahme auf Deutschland
(El federalismo, como principio dirigente de la organización social, estatal e
internacional con especial relación a Alemania), apareció en 1879 en Ma-
guncia y fue muy leído especialmente en los círculos democráticos y católicos.

No hay que olvidar que el catolicismo políticamente agrupado en el
Partido del centro alemán en Maguncia, como en general en Renania, tenía
una fuerte vena democrática. Junto al Partido socialdemócrata, cuyos adeptos
procedían casi exclusivamente de las filas del proletariado, los demócratas
y especialmente el Centro tenían la más fuerte adhesión política en la burgue-
sia. Un partido conservador no lo había entonces en aquella región de Ale-
mania.

Frantz veía en la unidad del imperio bajo la dirección prusiana un signo
funebro de la decadencia cultural de Alemania y un peligro incalculable para
la futura formación política y social de Europa. Combatió la centralización
política y la militarización sistemática del país con la mayor decisión y sos-
tenía el punto de vista de que la nueva Alemania en realidad no representaba
más que una Frusia más grande, en evidente contradicción con todas las tra-
diciones de las poblaciones alemanas, y llevaba a la tumba todas las conquis-
tas de una vieja y gran cultura. Su nombre ha sido olvidado hoy en Ale-
mania, pero lo que él predijo, se ha realizado en una medida que dejó en
las sombras sus peores temores.

CÓMO SE HIZO SOCIALISTA EL MAESTRO KITSCHMANN

Mis relaciones con el maestro Kitschmann se volvieron de día en día
más íntimas. Yo había tomado cariño realmente al maestro y sentía que
también él tenía un gran afecto por mí. Desde nuestra conversación sobre
la política de conquista de Bismarck hablábamos a menudo de problemas
políticos y advertí con gran satisfacción lo mucho que se interesaba el maes-
тро por esas conversaciones. Cuando le expuse un día mi punto de vista
sobre cierto problema bastante drásticamente, me miró con asombro y dijo:
"Hablas como el más puro socialdemócrata, muchacho".

"¿Piensa usted, maestro, que también un socialdemócrata puede decir
algo razonable?" preguntó sonriendo.

Se echó a reír cordialmente y dijo: "¡Ciertamente, Rudolf! También
el mozo más tonto tiene a veces momentos luminosos, y el mayor de los sa-
bios no está exento de error. Todos somos seres humanos, y la verdad com-
pleta no se encuentra al parecer en nadie. Behel es sin duda un hombre que

lady con su talento piensa que el mundo puede ser mejorado quitando a los
ricos sus bienes y repartiéndolos por igual entre todos."

"Pero en eso no piensa nadie", replicó. "Ningún socialista ha tenido
la ocasión de hacer una demanda tan irracional. Eso es sólo lo que les
atribuyen los adversarios malintencionados o ignorantes a los socialdemócratas
para ridiculizar sus doctrinas a los ojos del pueblo!"

"¿Te has ocupado ya de esos problemas entonces?" preguntó admirado.

"Sí, maestro", respondí, "y muy detenidamente. He leído lo que los
socialistas mismos dicen sobre sus doctrinas y no lo que los otros les

creen. Lo que quiere el socialismo no es el reparto igualitario de las rique-
zas generales, sino una nueva administración de la vida económica y social
que asegure a todo ser humano el producto íntegro de su trabajo y no per-
nita a nadie vivir a costa de los demás. Pero esto es algo muy distinto."

El maestro me lanzó una mirada interrogante. Evidentemente no sabía
cómo interpretar mis palabras. Esto era explicable, pues todo lo que había
oído sobre el socialismo, se había dicho en torno a la mesa de la taberna. Le

dijo francamente que un problema social tan profundo como el del socialismo
no se podía explicar en algunas palabras, pero que estaba dispuesto a darle
todo informe que de le importase el asunto bastante.

"Hazel, muchacho", susurró. "Soy todo oídos y quisiera saber con
gusto cómo te imaginas las cosas."

Así me dispuso a inculcar al maestro los pensamientos básicos del so-
cialismo, tal como entonces los comprendía yo. Cuando pienso ahora en aquel
realidad fué una relación de cara a cara que se desarrolló entre el maestro y el
aprendiz. Entonces la cosa me pareció, sin embargo, muy natural. Mi celo
prosélito no reconocía entonces barrera alguna. La idea de ganar al maes-
tero Kitschmann para el socialismo me estimuló poderosamente.

Intenté presentar al maestro los fundamentos económicos del actual or-
den social y aclararle los efectos que resultan de él en todos los dominios de
la vida social. Le mostré cómo la circunstancia de que todo el capital social
de una nación, la tierra, los establecimientos industriales, las minas, los me-
dios de transporte, en una palabra todo lo que forma la riqueza económica
de un pueblo, se encontraba en manos de minoristas privilegiados, daba a
á estos oportunitas para mantener en continua dependencia económica a
la gran mayoría de la población, a causa de la superioridad económica, y para

apropiárse de los frutos de su trabajo. De eso se deduce, dije, que los pro-
pietarios privados en la colocación de su capital no son guiados hoy en modo
algún por el deseo de satisfacer las necesidades apremiantes de las grandes
masas, que debería ser el objetivo principal de todo trabajo social, sino que simplemente aspira a obtener en lo posible las más altas ganancias.

El maestro objetó que, sin embargo, todo lo que hay es creado por el trabajo, es consumido nuevamente por los seres humanos y así sirve a la satisfacción de sus necesidades.

Naturally esto era exacto, pues sin ello sería imposible toda vida social. Explicó al maestro que el germen de la injusticia consistía en que la satisfacción de nuestras necesidades constituye hoy un objeto de las especulaciones más repudiables y dañinas para la generalidad y no tiene simplemente más que el propósito de estimular los intereses particulares de pequeñas minorías. De ahí se sigue que la satisfacción de las necesidades sociales no es el objetivo de la actividad productiva, sino simplemente un medio para determinadas finalidades particulares. Todo el que hoy dispone de un capital, está animado por el deseo de colocarlo de modo que le produzca los más altos beneficios. En ello no pregunta a nadie si el trabajo que se realiza con su capital es beneficioso o dañino para la sociedad. Su único móvil es el monto de la ganancia y la seguridad de la inversión. El hecho que un hombre pueda emplear a capricho su capital, que no ha ganado por el propio trabajo, sino por la explotación de trabajo extraño, aún cuando de ese modo pueda originar los mayores daños a la comunidad popular, no es sólo una injusticia que clama al cielo, sino que es también causa de una nueva esclavitud, que priva a las grandes masas del pueblo de sus derechos más naturales y las une al yugo de una pequeña minoría. Nos imaginamos que somos libres; pero en realidad la esclavitud de siglos pasados no ha hecho más que asumir otra forma, que no se expresa menos fuertemente para la mayoría del pueblo. La mayor parte de los males sociales de nuestro tiempo, desde la producción artificial del crimen hasta la descomposición moral de las condiciones del carácter, son las consecuencias de ese nefasto estado de cosas, que tiene que manifestarse a la larga cada vez más devastadora y nociva.

Pero éste sólo es un aspecto del cuadro, dije. La explotación no sólo se extiende al productor, sino también al consumidor. Todo lo que necesitamos hoy para la vida, pasa por lo general por una larga serie de manos distintas, hasta que llega al consumidor. Pero cada uno de esos intermediarios deduce por su mediación una determinada ganancia, que es agregada al precio. Casi todo objeto de consumo pasa hoy por cuatro, cinco o más manos antes de llegar al comprador. Ninguno de los intermediarios agrega por su trabajo nada a la calidad de los productos, sino sólo a su precio. De este modo estamos forzados a mantener todo un ejército de comisarías inútiles que no tienen económicamente ninguna justificación de existencia.

El maestro me había escuchado todo el tiempo con gran atención, pero aquí me interrumpió y dijo: “Pero tendrás que conceder sin embargo que un pequeño comerciante trabaja tan pesadamente y a menudo es víctima de mayores preocupaciones que el obrero del término medio”. Como prueba de ello me citó una cantidad de pequeños comerciantes de la vecindad, que ciertamente tenían que luchar bastante por la vida y a pesar de ello no tenían ninguna situación envidiable.

Reconoci eso sin disculpar y le dije que el pequeño comerciante era también víctima del actual orden social, como los trabajadores. Trabaja pesadamente, tiene grandes preocupaciones, dije, y tiene que sucumbir tarde o temprano ante la concurrencia de los grandes establecimientos, y eso a causa de las mismas razones que lleva al pequeño artesano bajo los redentores de la gran industria. Pero el germen del problema es otro. El trabajo del pequeño comerciante no aporta a la sociedad ningún provecho. Su actividad es sólo un derroche estéril de fuerzas económicas que sólo contribuye a elevar los precios de los productos del trabajo a costa de los consumidores. El pequeño artesano crea valores sociales y contribuye así a la existencia de la vida social.

Pero el pequeño comerciante no hace eso siquiera y vive simplemente de la tarea de miembro intermediero inútil entre el productor y el consumidor. Eso no quiere decir que no posea ningún valor como ser humano. Es simplemente su actividad la que aquí interesa. Pero ésta no se puede juzgar de acuerdo con puntos de vista personales, sino sólo desde puntos de vista sociales.

Lo que ellos quieren no es la distribución igualitaria de las riquezas sociales existentes, lo que en sí y por sí sería enteramente irrealisable y no validaría de mucho a nadie, sino la socialización del capital. Son de opinión que todos los trabajadores del trabajo humano no deben seguir siendo propiedad privada de individuos, para darles la posibilidad de beneficiarse por la explotación desconsiderada de las grandes masas del pueblo y de apropiarse de los frutos del trabajo extraño. Los socialistas son por eso de opinión que todos los valores creados social y subordinarse a una administración democrática del pueblo.

Con tal orden de cosas las conquistas del trabajo humano beneficiarán a todos y no servirán para que una pequeña minoría amontone riquezas cada vez más grandes, mientras las grandes masas apenas son capaces de satisfacer sus necesidades más apremiantes y están abandonadas sin defensa a toda la irrupción de la miseria. Toda conquista de la ciencia y de la técnica beneficiará a los hombres de su trabajo, pero a la sociedad, y el trabajo humano no debe ser considerado como propiedad social y subordinar a una administración democrática del pueblo.

Como el socialismo ha echado pie hoy en todos los países, una victoria del movimiento socialista también transformará fundamentalmente las relaciones entre los diversos pueblos. En el término de todo Estado desaparecerá la lucha entre las diversas clases con sus huelgas, lockouts y crisis económicas y políticas, y así hallarán también una solución racional las contradicciones entre las diversas naciones. No estaríamos entonces forzados a gastar sumas monstruosas para armamentos y a encerrarnos en la flor de su juventud en los cuarteles y adiestrarios para la matanza en masa.

El maestro me había escuchado con creciente tensión. Podía ver que mis
expresiones le causaban una profunda impresión. Al principio estaba como atontado, pues había tocado cosas que le habían permanecido secularmente extrañas. Luego me miró con asombro y dijo: "Muchacho, ¿de dónde has tomado todo eso? Yo no sé si tienes razón o no. Tales cosas no se pueden abarcar de golpe. Tienen que ser repensadas de y digeridas bien antes. Pero ¿cómo te llega eso? Tengo 46 años y nunca tuve idea alguna de que los hombres se ocupasen de esos problemas. ¿Tú estás en esos cosas en tu casa, como si te hubiesen puesto en la cuna. Esto es realmente increíble!"

Desde entonces llevó el maestro casi todos los días la conversación al mismo tema. Le había dado bastante materia para reflexionar y me asaltaba constantemente con nuevas preguntas que intentaba explicarle lo mejor que podía. Había especialmente un punto sobre el que durante largo tiempo no pudo ver claro: No quería comprender por qué se perseguía a hombres que no tenían en vista más que el bien del proyecto. Vivíamos entonces bajo la ley contra los socialistas, y los diarios informaban bastante a menudo sobre prisioneros y procesos por asociación secreta. El maestro había leído antes sobre esas cosas sin darse cuenta de lo que significaban. Pero ahora veía eso bajo una luz enteramente nueva. Y se formaba ideas muy singulares, que sólo podía tener un hombre que nunca se había ocupado de asuntos políticos.

Así me dijo un día que no podía comprender por qué Bismarck se había puesto contra los socialistas de tal modo. Difícilmente se podría suponer, opinaba, que un hombre como el canciller, que de seguro poseía bastante inteligencia y responsabilidad para distinguir lo justo de lo injusto, perseguía a hombres a causa de sus ideas sin conocer propiamente sus aspiraciones.

Le explicó que a Bismarck y a muchos de sus compañeros de clase probablemente no les faltaba visión política, pero que a esas gentes se les haría muy cuesta arriba renunciar voluntariamente a sus derechos heredados para asegurar a la pequeña masa del pueblo una existencia digna. Como el capitalista particular no se rompe nunca la cabeza pensando si la actividad es útil o nociva a la generalidad, y en última instancia sólo tiene presente su provecho personal, así Bismarck y sus compañeros de clase no se preocupaban tanto si su política servía o no al bien común. Lo que les interesaba sobre todo eran los privilegios de su clase.

El maestro no quería comprender eso, aunque mencionó una cantidad de pruebas de que la historia no conoce ningún caso en que una capa social dirigente haya renunciado voluntariamente a sus privilegios. Todo fragmento de derecho de que disfrutamos, dijo, todo progreso que se haya logrado hasta aquí, sólo pudo ser arrancado en abierta lucha contra el poder de los privilegiados. Por eso apenas se puede suponer que en el futuro sea distinto.

"Pero si es así", dijo el maestro, "¿qué perspectivas tienen entonces los socialistas de lograr alguna vez su objetivo?" Le explicó que cuanto más hondamente se penetrado el pueblo laborioso por las ideas socialistas, tanto más fuerte tiene que ser ese efecto espiritual en la vida pública del país. De ese modo los socialistas tendrán en el Reichstag tarde o temprano la mayoría. Pero entonces la decisión habría de producirse por sí misma. O bien las clases dominantes cedan a la presión de las circunstancias y dejen el campo libre a los nuevos poderes o su resistencia conduciría a la revolución abierta, pues la historia nos ha enseñado hasta aquí que no se puede hacer frente a la lucha a la voluntad del pueblo.

El maestro pareció adaptarse poco a poco a esa manera de ver. A menudo pasaban días enteros sin hablar de nuestro tema, pero luego llevaba el mismo tema con sus compañeros en la taberna frecuentes discusiones sobre los problemas sociales, y cuando se sentía acorralado o había sido sacado de su equilibrio por alguna mención, tenía nuevamente materia para nuestras conversaciones en el taller.

Una vez me preguntó si en una situación en que cada cual estuviese paralizada, faltando a los hombres el impulso para el progreso personal, la sociedad con el impulso al trabajo hay que buscarlo en la actividad misma y no en el impulso personal para el trabajo, el hecho que la gran mayoría de los hombres se desloma hoy la vida entera y apenas es defendida contra las penurias más extremas, contribuye seguramente mucho más a reforzar su laboriosidad que la conciencia de una existencia segura.

Como ejemplo le mencioné su propio caso. "Usted es seguramente uno de los mejores obreros en su oficio," le dije. "El trabajo le proporciona una alegría interior, pues vive enteramente en sus obras, y no puede estar de otro modo. Pero con todo no ha alcanzado el bienestar, pues hoy no se hace nadie rico más que por la explotación del trabajo extranjero. Si ahora un sujeto bastante capiente, que tiene de nuestro trabajo ninguna noción, pero que posee una técnica muy buena, también trabaja en un asilo de pobres. ¿Cree usted realmente que su trabajo tendría menos fuerza de atracción para usted, si su experiencia económica estuviese segura y pudiese disfrutar además de algunas comodidades que hoy le están prohibidas?"

Esa objeción dió en el clavo, pues toqué un punto en el que el maestro podía juzgar por propia experiencia. Esas razones por lo general causan una impresión más profunda que las más hermosas teorías. El maestro reconoció abiertamente que mis opiniones eran exactas. Poco después me preguntó si podía proporcionarme algún libro que expusiera de una manera comprensible las ideas básicas del socialismo. Eso era naturalmente agudo para mi molino, y no me sentí poco orgulloso de mi triunfo.

Naturalmente había comunicado hacía tiempo al tío nuestras conversaciones en el taller. Se asombró no poco de mi celo proselitista, que había elegido justamente al maestro para ensayo. Habló con el tío sobre el libro que deberíamos poner en manos del maestro. Primero pensó en la obra de August Bebel, La mujer y el socialismo, que entonces había hallado una fuerza conceptual con el título La mujer en el pasado, el presente y el porvenir. El libro había sido escrito de una manera popular y era muy apropiado para exhortar al maestro. Pero el tío fué de opinión que no se debía dar al
maestro para comenzar ninguno de los libros prohibidos. No es que tuviere
desconocida de él. Después de todo lo que yo le había contado, estaba fir-
mente convencido de que el maestro Kitchmann era un hombre honesto
y sincero. Pero justamente por eso no quería confiarle un libro prohibido.
El maestro, opinaba, no tiene ninguna experiencia en estas cosas y podría
dejarse llevar quizás a inconveniencias cuyas consecuencias son difíciles de
calcular. Bastaba mostrar el libro a un falso amigo y la desgracia estaba
encima.

Entonces, desgraciadamente, no escaseaban esos falsos hermanos en Ale-
mania. El espionaje se había desarrollado a la categoría de plaga nacional
formal y amenazaba a todo ser humano que no se hubiese sometido en cuer-
po y alma a las autoridades dominantes. Como todo estado político excepcional,
condujo también la ley contra los socialistas a una completa devastación de
la moral pública. Ocurría a menudo que un pillastre denunciaba a una per-
sona a la policía para satisfacer su ansia miserable de venganza, y la prensa
reaccionaria celebraba cada infamia de esa clase como una hazaña meritoria.

En mi caso no había prestado atención a esas cosas, hasta que el tío me
previno al respecto. “Cuando un hombre está absorto en su más pro-
 funda esencia por una idea y dispuesto a hacer sacrificios por su convicción”,
dijo, “es comprensible. Todo hombre honesto debe atenerse a las consecuen-
cias de sus actos. Pero el maestro no es de los nuestros, en todo caso no
lo es todavía. Por eso no debemos exponerle a ningún peligro, del cual apenas
posee una noción exacta. Cuando uno de los nuestros es capturado en la
difusión de escritos prohibidos, le cuesta algunos meses de prisión y quizás
su empleo. Eso no es del todo malo. Pero si tu maestro fuese víctima de una
desgracia de esa clase, toda su existencia sería aniquilada y su vida ulterior
se vería quizás malograda para siempre. No podemos hacernos responsables
de lo que mientras el maestro no perte neca a nuestro movimiento y no tome
sus decisiones con plena conciencia”.

Ese era Peter. Un hombre en toda la extensión de la palabra, consciencio-
t de su responsabilidad, y a quien afectaba siempre el bien y el dolor de un
semejante. Y esos hombres eran perseguidos como animales salvajes en la
Alemania de Bismarck y considerados como ciudadanos de segunda clase.

Resolvimos dar por ahora al maestro la novela de Bellamy, En el año
2000. El libro no estaba prohibido y había aparecido en una librería bur-
guesa. Daba al lector una visión animada de la vida y de las relaciones in-
ternas de una sociedad socialista y estaba escrito de tal modo que tenía que
estimular a un principiante como el maestro Kitchmann. Yo sabía por pro-
experiencia la profunda impresión que ese libro había dejado en mí y
no dudé un solo instante de que en el maestro tendría el mismo efecto.

Cuando llevé el libro al maestro, era un hermoso volumen en medio
cuero. Examinó primeramente la encuadernación, según su costumbre, y dijo
que estaba muy bien encuadernada. Le dije que había tomado la obra de
la pequeña biblioteca de mi tío, que encuadernaba él mismo sus libros. “¡Muy
bien!” dijo. “El hombre conoce su oficio”. Luego me contó riendo que uno
de sus colegas en la taberna, el maestro Heinemann, adivo decidido del par-
tido del centro, le había asegurado reiteradamente que los socialistas eran
hombres que odiaban el trabajo o que eran unos chapuceros en su oficio,
que sólo se habían adherido al movimiento por envidia, porque no podían
salir a flote con la propia fuerza. Pero en el caso de tu tío, dijo el maestro,
eso juicio ciertamente no es exacto.

Como había supuesto, el maestro Kitchmann fue bien impresionado por
el libro expositivo del socialista americano. Hablamos durante el trabajo de
cada nueva experiencia que hacían los héroes del relato en su nuevo ambien-
to, y pude ver lo fuertemente que el maestro se había interesado. Cuando me
devolvió el libro dijo que, si lo que se decía en esas páginas era en verdad
socialismo, no comprendía por qué había tanta hostilidad y falta de voluntad
contra los socialistas. En cuanto se refiere a su propia persona, tenía que
confesar franco que se hallaba de acuerdo con todos los puntos esen-
ciales del autor.

Hay que imaginarse con qué alegría acogió esa declaración del maestro.
Tenía la sensación de que había hecho una gran obra y me solazaba justa-
mente de mi triunfo. Cuando me fui posible ganar para el socialismo a un
hombre como el maestro Kitchmann, podría conseguir todavía muchas cosas.
A mis íntimos amigos de la escuela, Louis Gerlach, Paul Mink, Jean Biehn y
la primera vez que ensayaba mi célebre proselitismo con un hombre maduro y
que podía señalar un éxito completo.

Cuando, radiante de alegría, fui al tío en conocimiento del resultado,
me deseó sonriéndome suerte en mi triunfo, pero pareció que no estimaba mi
obra como yo esperaba. En cambio me elogían tanto más sus íntimos amí-
ques que se hablaría más adelante, me testimonió el más alto reconocimiento y me
predijo que seguramente habría de ser elegido el Reichstag. ¿Qué más podría
desear? Quizás hubiese tenido razón si mi buen destino no me hubiese lleva-
do pocos años después por vías muy distintas.

Mis relaciones con el maestro Kitchmann se volvieron en lo sucesivo
más estrechas aún. Yo quería sinceramente al maestro, y también él me tes-
timoniaba en cien pequeñeces que me estimaba cordialmente. El maestro
mostraba cada vez más interés por el movimiento, con el que no tenía aún
relaciones directas, pero cuyo significado social se le hizo cada día más claro.
Un día, cuando se le pagó una gran cuenta por uno de sus parroquianos, me
dió dos marcos para que entregase ese dinero a mi tío, a fin de que lo em-
fluente. Cuando entregué al tío el dinero, radiante de alegría, se mostró algo
sorprendido y dijo que al parecer en el caso del maestro no se trataba de
una mera confesión verbal.

Desde entonces sólo pensé en establecer una relación personal entre el
maestro y mi tío. Los dos hombres tenían, en su manera de pensar, mucho
interés en conocer más de cerca a mi tío. El maestro aceptó en el acto mi
proposición y dijo que abrigaba ese deseo hacia tiempo y no lo había
expresado sólo por no parecer molesto.
Cuando hablé al tío, me pidió que invitase al maestro un domingo a comer. El maestro Kitschmann apareció puntualmente y fue acogido por mí tío y su familia amistosamente. Se habló primero de generalidades, de asuntos del oficio y otras cosas por el estilo, hasta que poco a poco se cayó en el terreno de la política. La manera tranquilizada y persuasiva de mi tío, su naturaleza franca y bondadosa y no en última instancia sus conocimientos personales y sus experiencias infundieron en el maestro un poderoso respeto. Como había presentido, se sintieron mutuamente atraídos y se convirtieron poco a poco en amigos inseparables.

El maestro había vivido siempre bastante retraído y no tenía propiamente amigos íntimos, pues el par de conocidos de la taberna no podían ser calificados de tales. Ahora había caído de repente en un nuevo mundo, del que antes no tenía ninguna idea. Poco a poco conoció también a los otros amigos de mi tío y se sintió pronto a gusto en ese círculo de hombres valerosos que servían desinteresadamente a una gran causa convertida para ellos en leimotiv de su vida. Las conversaciones en ese círculo eran estimulantes y no tenían nada de común con las charlas estériles de la taberna, donde el maestro solía satisfacer hasta allí su necesidad de hablar de las cosas públicas.

Desde entonces fue el maestro Kitschmann un lector regular de Socialdemokrat y de la literatura socialista clandestina de aquel período. Su celo personal por la buena causa y ante todo la abnegación por qué ayudó al movimiento en toda ocasión, testimoniaron que el maestro Kitschmann había sido ganado para nuestras aspiraciones y había hallado en el socialismo el objetivo de su vida.

BAJO LA LEY CONTRA LOS SOCIALISTAS

Se vivía entonces un período agitado en Alemania. Las persecuciones contra los socialistas progresaban con acelerada violencia. El motivo fue el resultado de las elecciones del Reichstag en febrero de 1887, que proporcionaron al partido social-demócrata oprimido casi 800.000 votos. Ese aumento de los electores socialistas, a pesar de las medidas más severas del gobierno, había motivado incluso a la prensa burguesa a toda suerte de consideraciones reflexivas. Pero la caza dominante creía aún poder alcanzar su objetivo mediante las persecuciones intensificadas contra el proletariado. Tuvieron lugar en todo el país los llamados procesos por asociación secreta, y centenares de trabajadores socialistas ingresaron en las prisiones.

Uno de los medios más cruales del gobierno en la época de la ley contra los socialistas fue el llamado estado de sitio, proclamado sobre ciudades y distritos enteros, para destruir las actividades secretas del movimiento socialista. Principalmente las grandes ciudades y los distritos meridionales fueron afectados por esas medidas. En cuanto se proclamaba el estado de sitio en una ciudad, todas las personas conocidas como socialistas eran forzadas a abandonar sus domicilios, aun cuando no hubiese la menor motivación legal para un proceso cualquiera. Centenares de hombres honestos a quienes, fuera de su ideología política, no se les podía hacer el menor reproche, eran arrancados de ese modo del círculo de sus familiares y expulsados de sus viejas residencias. Muchos de ellos tuvieron que someterse reiteradamente a ese juego cruel y fueron perseguidos de un lugar a otro como fieras salvajes. Existe un hecho que se ha perpetuado así para siempre, y mujeres y niños inocentes tuvieron que pagar las consecuencias de que los sostenes de la familia tuviesen concepciones peligrosas para el Estado y que no se sometiesen a la orden de los mandamientos de las castas dominantes.

El propósito de esas medidas tan brutales como despiadadas consistía en dispersar las fuerzas más capaces de las grandes ciudades, que eran naturalmente el centro de la actividad socialista. Pero nada se consiguió por ello. Al contrario, la estrechez mental de los órganos policiales bismarckianos no hizo más que contribuir a abrir nuevos campos de acción para el movimiento. En las grandes ciudades, la indignación general contra las medidas despiadadas del gobierno no hicieron más que llenar con nuevos combatientes el grado de los supuestos. Pero como los expulsados eran forzados en gran parte a refugiarse en pequeñas localidades, los gérmenes de las concepciones hasta allí no habían tenido ninguna base.

También en Maguncia fue estimulado el movimiento socialista esencialmente por la llegada de aquellos a quienes el estado de sitio había arrojado en el exilio. En la vecina Francfort junto al Main y una gran cantidad de ciudad natal. Las causas que habían movido al gobierno a proclamar el estado de sitio contra la población de Francfort, eran típicas y suscitaron, no sólo entre los trabajadores, sino también en varios círculos de la burguesía democrática, un profundo disgusto. El 13 de enero de 1885 fue aprobado en el parlamento de esa ciudad el célebre consejo de policía Rumpf. El hecho produjo en Alemania, más allá incluso de las fronteras de Alemania, la reacción. Rumpf era conocido por uno de aquellos arribistas sin conciencia que no se intimidaban ante ningún crimen para acelerar su ascenso. En el imperio de Bismarck, había en aquel tiempo no pocas de esos sujetos despreciables a quienes la desgracia de sus semejantes servía de medio para su medio personal. El nombre de ese individuo, que había alcanzado tan triste celebridad por sus compañeros ante el tribunal imperial de Leipzig, en octubre de 1881, era hablado con alegría entre las actas de acusación en aquel proceso tres escritos concusados. De esos papeles se desprendía claramente que el asesino Horsch, y a su servicio de Rumpf, había recibido de éste el encargo de entregar a los revolucionarios acusados ciertos ácidos a fin de preparar explosivos para un supuesto atentado contra la vida de Rumpf. La impunidad de esos descubrimientos fue tan terrible que hasta el presidente del tribunal tuvo que repudiar los métodos de las autoridades policiales de Francfort en sesión pública.
En realidad descubrió el proceso tal cantidad de infamias policiales que hasta un periodista tan reaccionario como la Magdeburger Zeitung escribió: “Desde los días de la más reacia reacción, jamás ha tenido lugar un proceso que presentase entre los testigos de cargo tal cantidad de sujetos repulsivos, espías notorios de la policía”. En cualquier otro país, un empleado descubierto de tal modo ante el mundo entero, era un hombre liquidado. Pero no así en la Alemania de Bismarck y de Puttkamer, donde ese individuo conservó tranquilamente su cargo y dignidades y hasta fue celebrado en el Reichstag por el ministro de policía Puttkamer como “funcionario distinguido, por encima de toda sospecha”. Así ocurrió que ese miserable pudo realizar años y años sus maquinaciones infames y llevar la desgracia a centenares de hombres inocentes, hasta que finalmente cayó víctima de la venganza que él mismo había suscitado de la manera más desenfrenada.

El desprecio indecible con que amplios círculos de la burguesía juzgaban a ese miserable cazador de hombres, se desprende del hecho que toda la población de Francfort se mantuvo de manera demostrativa fuera del entierro de Rumpff y que en el cortejo fúnebre no había casi más que empleados. La ejecución de Rumpff no fue deplorada por ninguna persona honrada, por eso produjo tanta mayor indignación y ciego furor en los órganos del gobierno. En Francfort se procedió contra los rojos con inflexible severidad, donde quería que se presentaba una ocasión para ello. No se esperaba más que una oportunidad favorable para tomar venganza por el asesinato de Rumpff. La ocasión se dio cuando en mayo de 1885 murieron un conocido socialista de Francfort, llamado Hiller. En el entierro se reunió un gran número de intiros correligionarios para dar al muerto un último tributo. Para impedir toda manifestación pública, las autoridades habían enviado un gran destacamento de policía al cementerio, que rodeó por todas partes a los concurrentes. Después de haber bajado el ataúd a la tumba, el socialdemócrata Leyendecker de Maguncia hizo endular en la fosa abierta un lazo rojo con estas palabras: “Te doy este lazo como signo de la libertad por la que has combatido, pero que no pudiste conseguir”.

Antes de haber sonado la última palabra, el teniente de la policía Meyer dio a sus gentes la orden de desenfilar sus armas. Con el sable en alto se arrojaron los guardianes del orden sobre la muchedumbre indefensa y cayeron todos los que alcanzaron con sus hojas. Hasta las mujeres y los niños fueron asaltados. Cuando los circunstantes sorprendidos corrieron en fuga desordenada hacia la salida, fueron recibidos por un destacamento de policías montados que desgarraron sus sables sobre los fugitivos con ciego furor. Tuvieron lugar escenas de increíble brutalidad: mujeres vieron literalmente arrancados sus vestidos del cuerpo y ancianos indefensos fueron derribados. De treinta a cuarenta personas fueron muertas o menos gravemente heridas por ese ataque cobarde y traicionero, que sin duda había sido planeado antes.

La impresión de la batalla del cementerio de Francfort, así llamó el pueblo a ese acontecimiento, fue indescriptible. En todo el país se levantó una tempestad de indignación. Hasta los periódicos conservadores se vieron en la necesidad de condenar el procedimiento indignante de la policía, en lo cual tuvo un papel especial la circunstancia que los escándalos sanguinarios se habían desarrollado en un cementerio y que ni siquiera la tumba fue respetada. El episodio una fuente de reprensión y lo sometió a proceso. El tribunal condenó a Meyer a tres meses de prisión por extramitación en sus funciones. Tres de castigos menores. Pero antes de que Meyer y sus compañeros comenzasen incluso el procedimiento de los héroes del saque ante el Reichstag reunido y desaprobó la actitud del presidente de la policía de Francfort, el cual, bajo la presión de la opinión pública, había descalificado la acción birmana de Meyer. Leyendecker, cuyo gesto de palabras ofensivas habían dado el motivo inmediato para la batalla del cementerio, fue condenado a un mes de prisión, y ni siquiera se le permitió cumplir la pena en Maguncia.

El azar quiso que yo estuviere presente cuando Leyendecker expusiera sus impresiones personales de los vergonzosos acontecimientos de Francfort. Leyendecker tramó en Maguncia una pequeña cervecería y su local era el centro de relación de sus correligionarios intimos y de los obreros sindicalmente organizados, que hasta bajo la ley contra los socialistas disfrutaban en el gran distrito de Hesse de mayor libertad de movimiento en la mayoría de las Francfort. Había dado con su camarada de oficio en la taberna de Leyendecker, que era un buen amigo de mi tío. En una entrevista con voz comovida lo ocurrido en Francfort. Yo no había cumplido tres años, pero la escena me quedó imborrablemente grabada. Asesinado temblaba de indignación de pies a cabeza. Todo su parecer había sido expresado de un modo que lejos de su justa cólera. Lo mismo podía decirse de Meyer, pero en Francfort, el estado de sitio no se permitió siquiera a los compañeros expulsados pasar las fiestas de navidad en el círculo de sus familiares.

Hay que haber vivido en aquellos tiempos para apreciar justamente la enorme irrisión que se hacía sentir entonces en amplios círculos del proletario y sereno que no salía fácilmente de sus casillas. Pero que la fiesta de la paz tuviera que servir a los gobernantes para expresar de su casa y de su hogar a hombres honrados para hacer doblemente pesada la desgracia a sus mujeres y a sus hijos, le llevaba a expresiones que armonizaban muy poco con su naturaleza silenciosa y tranquila. Nadie podía indignarse tanto como las acciones que tendían a pisotear la dignidad humana y a satisfacer los rencor minucu-

---

1 Como espejo catártico de Rumpff fue condenado a muerte el anarquista Julius Lieba, de treinta años, que había subido en algunas de sus escaramuzas, y fue ejecutado el 17 de noviembre. Liebe, que no murió en ningún momento sus ideas, fue ejecutado en la base del último instante. El verdadero asesino fue un anarquista alemán que nunca ha sido detenido y que ha muerto muchos años después en Australia.
los de lacayos serviles, que mediante la conducta miserable contra sus víctimas trataban de procurarse una buena nota.

Por lo demás, no se puede desconocer que en la proclamación del estado de sitio sobre Francfort tuvo un papel decisivo el odio personal de Bismarck. Francfort era una vieja ciudad democrática y las tradiciones liberales de la burguesía local eran para Bismarck como una espina en los ojos. No podía olvidar que en los debates sobre la ley contra los socialistas en el Reichstag, Leopold Sonnemann, el editor de la democrática Frankfurter Zeitung, combatía del modo más agresivo su política. Entonces no vaciló en hacer sospechoso a Sonnemann por medio de referencias ocultas como instrumento del gobierno francés, cuyos propósitos tendían a conmover la fortaleza del imperio. En esa ocasión había involucrado al emperador en su odio contra Sonnemann, lo cual, por lo demás, no era usual. Por tanto apenas se puede dudar de que al proclamar el estado de sitio sobre la vieja ciudad imperial hubiese en Bismarck motivos enteramente personales.

En un carácter tan imperativo y propenso al odio como el del Canciller de hierro, apenas era posible esperar otra cosa. La reacción tirante entre la población de Francfort y las autoridades policiales, que después de la célebre batalla del cementerio se agudizó más todavía, dió a Bismarck la larga y brillante escena para la ejecución de su golpe de fuerza.

Por poco tiempo se extendió el estado de sitio a la vecina Offenbach, con lo cual una parte de los expulsados de Francfort fué arrojada también de allí. De ese modo el movimiento clandestino fué fortalecido en mi ciudad natal por algunos hombres preciosos y abnegados que se refugian en ella. Se repitió allí lo que podía observarse en todas partes en el imperio. Por gracia que fueran las consecuencias del estado de sitio para el individuo, en general no ha hecho más que contribuir a extender el movimiento socialista en circulos cada vez más amplios.

Hasta Bismarck mismo tuvo que reconocerlo a la larga. Pero un hombre brutal como él no concluyó de ello que no se podía dominar con medidas policiales bárbaras un movimiento inspirado por una gran idea y que hallaba nuevo alimento siempre en la honesta convicción de sus adeptos. Intentó más bien liquidarlo el odio moviendo por medios aguijazados de violencia. Así surgió el plan de la llamada ley de expatriación, que había previsto, junto con una serie de prescripciones penales drásticas, también el retiro de la ciudadanía alemana a conocidos representantes del partido socialista. Esto coló la medida incluso para los partidos burgueses, que se dejaron llevar por toda clase de medios de seducción y la promesa de garantías legales a la aprobación de la ley contra los socialistas. Además existía el temor de que el agudizamiento de la ley propiciada por el canciller y sus partidarios condujera a poco a una completa supresión de todos los derechos constitucionales.

Cuando en los debates del Reichstag, en enero de 1888, los diputados socialistas Bebel y Singer presentaron un material amplísimo y sólido sobre los vergonzosos métodos de provocación del ministro del policía Puttkamer, la impresión de esas revelaciones fué tal que la mayoría del Reichstag se declaró contra los nuevos planes de violencia de Bismarck y la célebre propuesta de expatriación fué anulada.

Esa derrota del canciller condujo a grandes tensiones políticas internas en el país, esencialmente fortalecidas cuando el emperador monarca Guillermo I fues barrito por la muerte en marzo de 1888. La historiografía alemana le había dado el apodo de Grande, pero poseía muy poco arriado en el pueblo y por toda su naturaleza era un reaccionario de la vieja escuela, que creció en las tradiciones prusianas y no tenía comprensión alguna de las aspiraciones de la época. Por eso odiaba toda innovación de modo puramente instintivo y estaba siempre dispuesto a dar su aprobación a cualquier medida reaccionaria, para impedir intentos que implicasen una alteración de las condiciones políticas y sociales de Alemania. En amplios círculos del pueblo, el resultado del papel que había tenido el príncipe de Prusia en el año 1848, estaba todavía vivo. En los estratos de más poder, también entre los demócratas de mi región natal, se le llamaba el príncipe Katlächen o también el viejo Lehmann, pues después de la inmigración de marzo de 1848 tuvo que huir de Berlín con un fallo pasaporte a ese nombre.

Guillermo I era ya un anciano de 74 años cuando fué proclamado emperador alemán en Versalles en 1871. El gobierno del nuevo imperio estaba por el verdadero soberano de Alemania. Pero si el viejo emperador no era muy querido por el pueblo, en cambio se tuvo tanta mayor confianza en él, el ulterior emperador Federico III. Se le habían atribuido como Kronprinz transformación de las condiciones políticas interiores de Alemania. Pero Federico III estaba ya marcado por la muerte cuando subió al trono y su gobierno no duró más que noventa y nueve días.

Es difícil decir si estaba justificadas las esperanzas puestas en él. Había en la nueva Alemania una gran serie de comunidades archirreaccionarias, que resistían con manifiesta hostilidad a un sistema liberal de gobierno. Mediane un simple cambio de gobierno esas influencias, que hallaban sus más pode el nuevo emperador hubiese tenido la mejor voluntad. Sin embargo no hay que olvidar que Federico III estaba animado por un espíritu distinto de su padre. Su repudio del anticlericismo, que había calificado como la vergüenza del siglo, y algunas otras manifestaciones lo hacen reconocer claramente. El hecho solo que uno de los primeros actos de gobierno del hombre mortale enfermo consistió en deponer de su cargo a los sujetos más desconfiados que había tenido a cargo del gobierno de un país, explicar por qué se habían criado tan grandes esperanzas en su reinado.

Federico murió tres meses después de la coronación. Le siguió su hijo, Guillermo II, que no disfrutaba de confianza especial en los círculos de la burguesía liberal ni en el proletariado. El joven emperador era todavía una hoja en blanco, pero muchos síntomas indicaban que deseaba avanzar por el camino del abuelo. Voluble y hasta cobarde por naturaleza, y no dotado de ningún gran carácter espiritual, fue inspirado durante toda la vida por una ambiencia morbosamente, que le llevó muy a menudo a los actos más absurdos e hizo de él un instrumento complaciente de los grupos reaccionarios que sabían...
capitrizar su confianza por medio de burdas lisonjas. Su propensión a los grandísimos gestos, a la aparición ridícula y a la conducta amenazadora no eran, en el fondo, más que un manifiesto de sus debilidades internas. Para encubrir éstas, se jactaba ante el mundo de condiciones que no poseía nunca. Sentido profundo de su personalidad no lo tuvo en modo alguno. Naturalmente se mostraron esos aspectos de su verdadero carácter tan sólo en el curso de su gobierno. Mientras tanto bastaba lo que se había sabido sobre él mientras era Kronprinz, para llenar a los mejores sectores de la nación de la más honda inquietud por el futuro de Alemania.

Que esa inquietud no era infundada, se mostró ya en sus primeros años de gobierno. En la primera mitad de 1889 estalló en el occidente de Alemania la gran huelga de mineros. Fue la mayor paralización del trabajo que había visto la nueva Alemania. La huelga tenía tanta mayor importancia cuanto que justamente en aquella región del país el movimiento socialista había ido arraigando un medio pasado allí. Los mineros de la cuenca del Ruhr y del Rin eran una mezcolanza de gentes de todas las regiones del imperio. Entre ellos había un gran número de polacos, completamente bajo la influencia de la iglesia católica y culturalmente al nivel de las capas más atrasadas de la población obrera alemana.

Las condiciones de trabajo en las grandes distritos carboníferos estaban por encima de toda descripción. Todo ser humano con algo de visión reconocía desde el comienzo que la huelga era una lucha desesperada que había impuesto a los obreros el criterio sefiorial de los capitalistas. Hasta Bismarck, que ha sido toda su vida un adversario ferocísimo del proletariado organizado, reconoció esto, y cuando los barones de la industria occidental pidieron al gobierno que declarase el estado de sitio sobre los distritos en huelga, rechazó ese pedido e hizo ver así que atribuir al capitalismo una buena parte de la culpa por el estallido de la huelga. Naturalmente no se excluido que el canciller tuviese algún otro propósito en vista. Después que el del gobernador, rechazó su propuesta de agudización de la ley contra los socialistas y mostró que los representantes no estimaban tan alto el peligro socialista, que Bismarck les había descrito tan claramente, quería mostrarse ahora que, sin ayuda, no podían dominar esos esos supuestos peligro.

Después que el capitalismo rechazó tenazmente toda negociación con los trabajadores, enviaron los mineros en huelga a Berlín a tres de sus camaradas, Bunte, Schröder y Siegel, para que se presentasen personalmente al joven emperador y le hicieran mediador en su gran lucha. La cosa produjo entonces gran expectativa. Era la primera vez que los obreros alemanes llevaban en un caso semejante su causa directamente ante el emperador. Primero se dudó mucho de que Guillermo II recibiese a los emisarios de los mineros. Hubo periódicos reaccionarios que declararon francamente que los agitadores profesionales y los rebeldes contra el orden existente no eran dignos del favor de aparecer ante la persona sagrada del emperador. Otros hicieron a los obreros un grave reproche por querer involucrar al soberano del Estado en una cosa que no armonizaba con su condición de entidad al margen de todos los partidos.

Contra toda esperanza, los tres emisarios tuvieron la deseadas entrevista.

Pero la recepción no fué del todo grata. Guillermo aprovechó la ocasión para uno de aquellos famosos discursos que le crearon ulteriormente la celebridad tan triste, y que en este caso culminó en una franca declaración de guerra contra la socialdemocracia. Prometió a los mineros que su gobierno examinaba con seriedad las demandas de los trabajadores, pero en el mismo momento los amenazó con la huelga como mera ruptura del contrato y como intento notorio de secar el orden público. Previno especialmente a los obreros contra los mañanes socialistas y les declaró:

"Pues para mi todo socialdemócrata es equivalente a enemigo del imperio y de la patria. Por tanto, si advierto que intervienen en el movimiento tendencias socialdemócratas y que incitan a la resistencia ilegal, intervine con severidad inflexible y con todo el poder a mi disposición, y éste es grande. Arrojaré por la borda todo lo que se resista a las autoridades."

Esta primera manifestación imperial contra un movimiento que llegó, apenas meses después, a ser el partido político más fuerte de Alemania, y que produjó en las filas del proletariado socialista una indignación enorme. Me recuerdo todavía de la impresión que suscitó esa amenaza brutal y miopía en nuestro propio ambiente. Si se había puesto ante toda suerte de esperanzas en un cambio de las condiciones políticas de Alemania por la muerte del viejo Guillermo, esas expectativas fueron destruidas a fondo por el discurso incendiario. Hicimos cada día más claro que la lucha contra la reacción dominante en última instancia sólo podía ser llevada a cabo con medios violentos. Creíamos firmemente en la próxima inmediata de la gran conmoción revolucionaria en Alemania y soñábamos con barricadas y próximas insurrecciones. La palabra revolución tomó para nosotros una significación del todo mística y nos llenaba de ardiente entusiasmo. El sentimentalismo del completo desamparo jurídico, fortalecido por las miserias chicanas diarias de la policía política, contribuyó seguramente más a esa suavización interna del proletariado alemán que todas las tentaciones sociales. Si hubiésemos llegado a oídos de las autoridades las expresiones que se lanzaron en tono sobre la persona sagrada del emperador, no habrían bastado todas las prisiones de Alemania para encerrar a los que se hicieron culpables, en aquel período, de las más sabrosas injurias a la majestad.

Muy lejos de intimidar a los obreros, las palabras incitantes del joven coronado por la gracia de Dios, no habían sino contribuido a fortalecer su resistencia y a dar un impulso al movimiento socialista que ninguna actividad subterránea podía darle.

CRECIMIENTO DEL MOVIMIENTO SOCIALISTA

Yo había cumplido la mitad de mi período de aprendizaje y fui un buen apoyo para el maestro en su trabajo. Se acercaba lentamente el segundo otoño y con él la época en que teníamos mucho trabajo en nuestro oficio, y todas las noches debíamos hacer horas extras. Mi tiempo no trabajaba más que la jornada establecida. Trabajaba entonces en un gran establecimiento, donde no se
encuadernaban casi más que libros católicos de oraciones y el trabajo era reparado regularmente por todo el año. No es que estuviera singularmente satisfecho de su empleo de entonces, pero el salario era proporcionalmente bueno. Además el puesto tenía la ventaja de que no había períodos muertos en que se reabajasen las horas de trabajo, una circunstancia de la mayor significación, especialmente para los obreros casados.

El tío estaba por tanto en condiciones de ayudar al maestro Kitachmann todas las noches dos o tres horas, lo que para él era de gran utilidad, pues el tío era un hábil artesano y experimentado en toda rama del oficio. La pequeña ganancia adicional antes de las navidades le venía muy bien, pues tenía ya tres hijos y debía imponerse algunas restricciones para sostener la familia.

Para mí se produjo entonces un gran cambio, que saludé con viva alegría. Durante el primer invierno de mi aprendizaje, no necesité trabajar horas extraordinarias, pues cada noche a las ocho debía hallarme en el orfeñato, que se cerraba regularmente a las nueve. Pero esta vez pidió el maestro al administrador del orfeñato que me permitiese dormir en el domicilio del tío, a fin de que pudiera ayudarle todas las noches un par de horas. El señor padre aprobó esa proposición y me permitió dormir fuera del establecimiento. Ese cambio fue pensado sólo originariamente para el período de apuro, pero como el administrador no hizo ninguna objeción, quedé ya todo el tiempo de mi aprendizaje en casa del tío y pude disponer así de mi tiempo libre como quisiera. Fué naturalmente una gran ventaja que aproveché ampliamente.

La vivienda del tío no era en verdad muy espaciosa. No pudo darme más que una vieja sofra en la habitación común, pero eso me importaba poco, pues la gran libertad personal que tuve desde entonces me recompensó abundantemente de pequeñas incomodidades que apenas se sienten en la juventud. Sólo la circunstancia de que podía pasar la noche en compañía del tío o en el círculo de mis amigos íntimos, era en sí y por sí una inapreciable ventaja y dio a mi vida un poderoso estímulo para el futuro. Es verdad que no podía por el momento hacer un uso pleno de la libertad adquirida, pues teníamos mucho que hacer, de modo que por la noche raramente volvía a casa antes de las once. Pero esto fué sólo un breve período del año.

Además el período diario extra no me pesaba en modo alguno. Se trabajaba un par de meses antes de las navidades más activamente que de ordinario, pero el trabajo era atractivo y variado, y las conversaciones continuas le daban su contenido. Lo más hermoso era cuando el tío venía al taller por la noche. La conversación por lo general era entonces muy animada. Se hablaba de todas las cosas posibles y el tiempo pasaba como volando. La manera tranquila y objetiva como el tío solía fundamentar sus opiniones, su naturaleza modesta y sin ambiciones, y los conocimientos múltiples de que disponía, le acercaron cada vez más al maestro y no contribuyeron poco a fortalecerle en sus nuevas convicciones.

Así se acercaron cada vez más las navidades y el período de trabajo extra fué terminado gradualmente. Ahora tenía las noches enteramente a mi disposición y empleaba mi tiempo libre lo mejor que podía. Desde entonces acompañé a mi tío todos los sábados a las sesiones de la Unión profesional de encuadernadores, donde solían reunirse cuarenta o cincuenta personas. Es verdad que en esas sesiones no podían ser discutidas las cuestiones políticas, pues vivíamos todavía bajo la ley contra los socialistas, pero había allí con frecuencia conferencias sobre acontecimientos históricos y problemas sociales que poseían para mí la mayor atracción. De tanto en tanto eran llamados oradores de las ciudades próximas. Pero generalmente tomaban las palabras en esas reuniones oradores locales, de los que no carecíamos, pues las expediciones en el país habían llevado a nuestra ciudad un gran número de compañeros capaces y de facilidad de palabra.

Algunos de esos oradores locales poseían una singular habilidad para entreter, en sus conferencias aparentemente sin intención, comparaciones llamativas con las condiciones existentes en el imperio, sin que los funcionarios policiales vigilantes pudieran intervenir. No hay que perder de vista, sin embargo, que los hesuntos, hasta durante la ley contra los socialistas, no habían obrado en la vigilancia de las asambleas tan severamente como, por ejemplo, los prusianos y los sajones. Se podía aventurar en las reuniones algo que en Prusia y en otros Estados alemanes habría sido enteramente imposible.

Fue en las asambleas de los encuadernadores donde probé por primera vez mi capacidad de orador supuesto, tomando parte de tanto en tanto en las discusiones que solían abrirse por lo general después de las conferencias. La primera vez cuando un colega de la vecina Francfort, que había trabajado algunos años en París y en Bruselas, dijo una conferencia sobre las vinculaciones sindicales de los obreros franceses y belgas y se expresó en esa ocasión muy calmadamente en favor de las asociaciones profesionales del proletariado alemán.

Hablé al comienzo con visible opresión, hasta que superé la llamada fiebre de la lámpara; poco a poco, sin embargo, mis manifestaciones se hicieron más fluidas y más claras, y descubrí con alegría sorpresa que poseía el don de vestir mis pensamientos con palabras justas y claramente expresarse públicamente. La aprobación que siguió a mi primera intervención y que, sin duda, se hacia principalmente a mi juventud, me dió la certidumbre de que no había estado del todo mal. El tío, que era bastante parco en su elogio, no me rehusó tampoco su reconocimiento, pero me previno al mismo tiempo que no debía sobreestimar mi triunfo y que en el futuro no hablase más que cuando tuviese que decir realmente algo que valiese la pena.

Por aquel tiempo se hizo sensible en toda Europa un fuerte resurgir del movimiento socialista. El periodo de la reacción internacional, iniciado por la guerra franco-prusiana y por la derrota de la Comuna de París, tocaba a su fin. La numerosa concurrida a los dos congresos socialistas internacionales, en julio de 1889, que se celebraron en París en el centenario de la gran revolución francesa, lo puso bien de manifiesto. Es verdad que estábamos entonces deficiientemente informados sobre el verdadero curso de las sesiones de París y no teníamos casi idea alguna de lo que ocurrió en el congreso de los llamados posibilistas, como había sido bautizado éste en Alemania; sin embargo estábamos plenamente bajo la impresión demostrativa de los acontecimientos y mirábamos hacia el porvenir seguro de la victoria.

Especialmente la decisión de los dos congresos de declarar el primero de
los círculos íntimos de sus amigos conservadores simplemente como "ambientes humanitarios" y que combatía por principio. Pero el emperador persistió en su voluntad y se apoderó así en febrero de 1890 los espectaculares Decreto imperiales en los que se acentuaba la igualdad jurídica del capital y el trabajo y se prometía una justa nivelación entre ellos por el gobierno. Los establecimientos del Estado debían ser desarrollados como establecimientos modelo, para dar un buen ejemplo a la industria privada. Los obreros debían ser defendidos contra la ansia excesiva de ganancia de ciertos empresarios y saber que tenían en el Estado un buen amigo que los acogía. Para coronar todo ello debía convocarse en Berlín una conferencia mundial para la protección del trabajo y a fin de hacer posible una regulación de las tareas sociales sobre fundamentos internacionales.

Sobre el móvil verdadero de ese Decreto, en general, y sobre el sorprendente cambio del emperador, en especial, se ha escrito mucho entonces y también después. Por parte de los socialdemócratas se destacó siempre que ha sido el miedo ante el espectro rojo el que forzó al emperador a ese cambio. Esa afirmación no puede ser del todo ignorada, pues el valor personal y la intervención firme no pertenecieron nunca a las propiedades del carácter de ese rey de los Hohenzollern. Pero no fué sólo seguramente el miedo ante el crecimiento constante del movimiento socialista el que motivó el cambio repentino de opinión del emperador.

Bismarck no sólo tenía una cantidad de adversarios ocultos en el campo de la llamada burguesía, sino también en los altos círculos conservadores, que sólo esperaban la hora para adquirir influencia personal.

Como auténtico fundador del nuevo imperio, disfrutaba el Canciller de bien de una aureola que debía faltar a cualquiera que fuese su sucesor ulterior. Además, sin duda, era una personalidad sobresaliente, un empedernido reaccionario según toda su naturaleza, pero dotado de visión política, de ingenio agudo y de inflexible fuerza de voluntad, que no retrocedía ante nada cuando se trataba de alcanzar un objetivo y el tiempo estaba maduro para el. Bajo el reinado del viejo emperador, su voluntad era ley suprema en el país, contra la que muy pocos se atrevían. Mientras duraron esas condiciones, su posición fue incombustible.

Pero esto cambió con la llegada al gobierno de Guillermo II, que no podía compararse con el canciller en lo relativo a saber, experiencia y energía, pero que poseía sin embargo una necesidad morbos a de ponerse de relieve y por ese motivo tenía más desgradable la continua tutela de Bismarck. A merced de si mismo, apenas había reunido el valor para romper esa relación, por incómoda que le pareciese. Pero había en los círculos próximos a la esposa del joven emperador, una cantidad de genios desconocidos y de arribistas ansiosos de poder, para quienes la persona de Bismarck era una espinas en los ojos tanto como para el emperador mismo. Esos espíritus, que bajo la presión férrea de Bismarck no podrían prosperar, percibieron aire enana y no dejaron ningún medio sin ensayar para socavar la influencia del canciller. Les fué tanto más fácil cuanto que Guillermo II estaba muy propenso a dar su favor a todo el que supiese lisonjear su ambición y abrir nuevas perspectivas a su manía de grandezas.
Bismarck se había puesto en situación incomprensible por su fracaso con la ley contra los socialistas, y como se conocía muy bien su rabiosa hostilidad a las concesiones políticas de toda clase, una manipulación del emperador en esa dirección era el medio más seguro para producir la ruptura entre ambos. La idea de seducir al movimiento socialista por intentos de reforma social, de aliviar así lo que Bismarck quería lograr por la violencia brutal, tenía para el ambicioso rey del robo de Hohenzollern una atracción muy especial. Por eso no hay duda que los Decretos imperiales debían atribuirse a gran parte, que probablemente, sin que lo sospechara, sirvieron a finalidades más distintas de las que se quisiera presentar al público.

Si Guillermo hubiese iniciado su reinado con esos decretos, habría tenido sin duda mejor éxito. El proletariado habría visto en ese caso en la acción del emperador una manifestación franca contra la dictadura de Bismarck y lo habría considerado como una prueba de que el joven soberano estaba decidido a marchar por nuevos caminos. Pero el cambio se produjo apenas ocho meses después del famoso discurso del emperador a los emisarios de los mineros alemanes, en el que Guillermo amenazó al movimiento socialista con plomo y declaró a sus partidarios traidores a la patria y enemigos del imperio. La brasa de la indignación ardía en los trabajadores socialistas cuando re- penitentemente llegaron a sus oídos los sonidos de sirena de una política de reconciliación. En esos circunstancias era comprensible que el mensaje imperial no tuviese el entusiasmo esperado en lo alto. La ocasión favorable para tuvo más bien el efecto contrario al que se quería que tuviese. Los trabajadores socialistas recibieron los decretos con abierta desconfianza y vieron en cursos de esa manera un nuevo soporte moral. Hubo, es verdad, entre los de los decretos del emperador y les atribuyeron una importancia mayor de la que merecían realmente, pero entre los compañeros activos del movimiento clandestino apenas hubo quien se engañase. Se estaba más bien decidida a resistir a todas las seducciones. Lo que el látigo de Bismarck no había logra- do, no debía lograrse tampoco por el pan dulce del emperador.

Además se añadió la circunstancia que los Decretos imperiales habían sido publicados unas semanas antes de las nuevas elecciones del Reichstag, lo que fortaleció a los más en sus dudas sobre la sinceridad del gobierno. Indudablemente se había calculado así en las altas esferas que la declaración del emperador quitaría a los socialistas el aire de sus velas y dañaría grandemente su propaganda electoral. Así las próximas elecciones se convirtieron debía hacer reconocer claramente en qué medida las grandes masas fueron en una prueba de poder, en una lucha por la opinión pública. Su desenlace influidas por el cambio repentino del curso gubernativo. La lucha electoral fue llevada con extraordinario vigor. Había que prevén que su resultado debía decidir también el destino de la odiosa ley contra los socialistas.

Como siempre, también esta vez estuvieron los socialistas los primeros en su puesto. El periodo electoral era el único momento en que se les daba oportunidad para una actuación pública. Es cierto que intentaron las auto-

ridades y los órganos policiales locales entonces oponer a los rojos todos los impedimentos imaginables, pero no consiguieron sofocar las manifestaciones públicas del partido proscripto, tanto menos cuanto que los oradores socialistas debían tomar la palabra frecuentemente en las asambleas electorales de los partidos burgueses si la policía impedía su pronunciamiento. De ahí que contra los socialistas había hecho imposible a la socialdemocracia la existencia como partido, pero no pudo impedir que los electores alemanes votasen por los socialistas convidados. Para impedir esto, había habido que suprimir por completo los derechos constitucionales. Pero la burguesía alemana no pudo ser ganada para esas medidas, ya que no quiso entregarse con pies y manos ligados al despotismo militar prusiano.

Las asambleas de masa que organizaron entonces los socialistas en todas las partes del imperio para presentar al pueblo sus candidatos, se transformaron por doquier en enormes manifestaciones e hicieron prever que el partido, en las próximas elecciones, no sólo no había perdido nada de su influencia, sino que con toda probabilidad vería acrecentada considerablemente su porcentaje y sus representantes en el Reichstag. Ninguno de nosotros podía decir, naturalmente, hasta qué grado ocurriría eso, pero abrigábamos todos la firme convicción de que el partido estaba en vísperas de una gran victoria y que no podría ser apartado de su camino por las persecu- ciones brutales ni por el cebo de las amenazas imperiales.

**LOS GRANDES DE LA VIEJA SOCIALDEMOCRACIA**

En mi región natal se hizo una intensa propaganda electoral, tanto más cuanto que las autoridades esa vez no opusieron una resistencia digna de mencionar contra los socialistas. En la ciudad de Maguncia se había desarrollado la socialdemocracia bastante temprano como el más fuerte partido político, pero en la población católica de las localidades circundantes la influencia del centro estaba casi intacta. En las elecciones votaban los adeptos de los partidos burgueses casi cerradamente contra la socialdemocracia. En 1881 fue elegido Wilhelm Liebknecht en Maguncia y en la próxima Offenbach junto al Main al mismo tiempo. Después de largas negociaciones, se declaró en favor de la representación de Offenbach y en las nuevas elecciones suplementarias el distrito electoral Maguncia-Opfenheim fue perdido por este nuevo. En 1884 perdió el candidato socialista, Georg von Vollmar, en Maguncia, por sólo 86 votos. Pero en una elección suplementaria de 1887 fue elegido al Reichstag el socialista Franz Joost por una pequeña mayoría. Había que prever que por tanto que los partidos burgueses y especialmente el del centro recurrirían a todas las fuerzas para recuperar el distrito electoral. Pero también los socialistas habían exhortado a sus adeptos a mantener el orden. Desarrollaron una actividad febril para influir en la opinión pública a favor nuestro. Especialmente los jóvenes en el movimiento fuimos durante semanas incansablemente activos para asegurar en las aldeas circundantes la elección de nuestro candidato mediante la difusión de manifiestos, preparación de asambleas y propaganda. No raramente ocurría que éramos atacados por
campesinos fanáticos y expulsados de las aldeas con horcas y aperos de trilla. En aquellos tiempos la propaganda electoral era algo muy distinto a lo que fue en los años posteriores, y exigía, especialmente en las pequeñas ciudades y distritos rurales, gran espíritu de sacrificio y valor personal. Pero nosotros luchábamos por lo que debíamos exponer a amenazas y trasladar nuestra voluntad. Y el enemigo, aunque no sin una recompensa. La alegre conciencia de servir a una gran causa, era para nosotros el más hermoso salario y no indemnizaba de todo sacrificio.

Como Maguncia en aquella época era uno de los circuitos electorales más disputados del país, el partido había ofrecido todo lo que tenía y aseguraba a los candidatos todo el apoyo que necesitaban en su lucha contra el centro. Así, varios de los jefes socialistas más conocidos llegaron a nuestra ciudad como oradores. Fue la primera vez que se habló públicamente a Wilhelm Liebknecht, a Georg von Vollmar, a Paul Singer y a August Bebel. Todas las asambleas se realizaban en la Neuen Stadthalle, un edificio enorme, cuya gran sala podía contener de ocho a diez mil personas.

Para mí esas reuniones gigantescas eran acontecimientos cuya impresión ha permanecido hasta ahora inolvidable: No había conocido más que las unas reuniones de los gremios, las únicas asambleas permitidas bajo la ley contra los socialistas, aún cuando sólo con muchas restricciones. También había concurrido ocasionalmente a grandes asambleas de los partidos burusenses, pero el típico estado de ánimo de que en ellas dominaba no dejó en mí ninguna impresión singular. Pero aquí vi por primera vez masas gigantescas densamente comprimidas, que escuchaban con el silencio contenido las palabras de los oradores. Siento la conexión eléctrica que animaba a esas masas, sentimiento y me sentía como una partícula de una gran corriente que lleva sus oleajes inconteniblemente hacia un objetivo lejano.

Tales manifestaciones, en las que el sentimiento más íntimo de las grandes masas se expresa con visible potencia, tienen siempre algo de seductor. Las capas populares estaba prohibido fundamentalmente por la brutal arbitrariedad excepcionales, como las elecciones, sólo debían contribuir para arreglar más profundamente en su alma el sentimiento de su falta de todo derecho, su impresión es incomparablemente más fuerte.

El primero de los oradores forasteros que nos visitaron entonces fue Georg von Vollmar. Este antiguo oficial, corpulento, con una manera expresiva y unos ojos inteligentes, causó en mí un poderoso efecto. Vollmar era un excelente orador; sabía decir magistralmente las cosas más adecuadas de tal modo que era entendido por todos sin que los funcionarios policiales presentes pudieran intervenir. Sus expresiones eran populares y palpables y a veces de un humorismo rabioso y de una agudeza mordaz. La gran sala estaba tan repleta que en parte hubo que sacar las sillas y muchos de los presentes tuvieron que oír de pie las palabras del orador. A pesar de esa situación incómoda todos quedaron hasta el final bajo el hechizo de sus exposiciones.

Después del mitín acompañé al tío a una conocida taberna en la Neu- brunnenstrasse, donde comimos Loiben. Loiben fue en su juventud uno de los más radicales del partido. Después de la caída de la ley contra los socialistas se desarrolló cada vez más hacia la derecha y fue después uno de los jefes más influyentes de los llamados revisionistas. Ejercía una influencia asombrosa entre el pueblo de su región bávara y fue llamado a menudo en broma el "rey sin corona de Baviera". Su actuación ulterior se sostuvo completamente en la política práctica cediana, que apenas tenía algo que ver con las aspiraciones originarias del socialismo. Sin embargo, hasta su muerte siguió siendo una de las cabezas más valiosas de la socialdemocracia alemana.

En sus discusiones ulteriores con los marxistas del partido, estrictamente creyentes, se mostró siempre de una serenidad imponente. Había vivido desde el comienzo al fin la gran evolución interna de la socialdemocracia y había deducido las únicas conclusiones justas. Sabía que el revisionismo no era un invento del individuo sino el resultado inevitable del desarrollo interior del partido, que no se podía suprimir del mundo por ninguna sutilidad teórica. Por esta razón evitó encubrir esa evolución interna del partido con sonoras consignas revolucionarias y dijo a las cosas su verdadero nombre. Sin embargo conservó su independencia espiritual y se opuso a hombres como Bebel y Kautsky con decisión inflexible, diversamente a muchos otros que nunca tuvieron valor para nada contra la corriente y se inclinaban siempre a la parte que tenía mayoría en los congresos del partido. En ese aspecto permaneció constantemente fiel, de manera que ni sus adversarios pudieron rehusarle su respeto personal.

Si aquél primer mitín de masas causó en mí un efecto poderoso, el segundo, en cambio, me produjo una gran decepción. Habló el conocido diputado socialista Paul Singer de Berlín, cuyo nombre me era conocido por los debates del Reichstag. Ya la aparición externa del hombre era poco atractiva. Su oratoria era pesada y no tenía ningún efecto capaz de sacudir a los oyentes. Expuso una larga información parlamentaria con infinitas cifras que no causaron evidentemente ningún efecto. Tales cosas se pueden leer muy bien y con provecho, pero un gran mitín, donde sólo pocos pueden seguir las comparaciones expuestas, carecen enteramente de eficacia.

El ánimo de la asamblea fue, pues, bastante achicado y se reunió un poco cuando tomó la palabra el candidato Franz Joest, que era un orador bastante flúido y sabía atrair a sus oyentes mucho mejor que su colega de Berlín. Se oído hablar a Singer después en diversas ocasiones, pero no recibí nunca de él una mejor impresión. Era el parlamentario típico medio, como se dijo de él más tarde, y conocía el orden de discusión del Reichstag mejor que ningún otro. Hoy es para mí completamente claro que Singer
debía su larga e influyente carrera en la socialdemocracia alemana simplemente a su posición social —era un hombre bastante rico y copropietario de una gran empresa fabril— y no a sus singulares capacidades intelectuales, como Wilhelm Liebknecht y August Bebel lo eran los jefes más festejados de la socialdemocracia alemana, que tuvieron que ir a mendigo a la cárcel a causa de su convicción política y tenían ya tras sí un glorioso pasado. En verdad sabía yo entonces mucho menos de ese pasado, pero por eso estaba tanto más bajo la impresión de la leyenda que se había formado sobre la de Wilhelm Liebknecht y August Bebel, muy poco de ese pasado, pero por eso estuve en verdad todas sus elecciones como un soldado de la revolución. Eso era aproximadamente lo que me era conocido entonces de su pasado, pero bastaba para llenar mi corazón joven del más profundo respeto.

Liebknecht era un orador hábil y experimentado, que poseía además, como natural de Hesse, la capacidad especial de captar una audiencia meridional por donde era más accesible. Me acuerdo todavía de ciertas comparaciones derivadas del hecho que el proyecto de la seguridad aplastante con que se pronunció y por las ricas experiencias del orador en materia nacional y extranjera. Me agradió que utilizase una cantidad de palabras extranjeras que no eran usuales en el lenguaje diario.

Después del acto tívimos, como de costumbre, una reunión con Liebknecht en círculo más restringido. Tuvo por tanto ocasión de poder observarle desde cerca. Su rostro tenía una expresión extraordinariamente severa y rara mente esbozaba una sonrisa. Cuando hablaba, lo hacía siempre con una seguridad del juicio que excluía toda contradicción. Mientras hablaba, hacía girar a menudo la mano extendida, como si quisiera recorrer un objeto invisible. Preguntas que se le hacían y que algunas veces llevaban demasiado lejos, las interrumpía con visible impaciencia, como si las hubiese comprendido ya de antemano. Para toda pregunta tenía una respuesta determinada a punto, como si la hubiese presentido. La manera amable y cautivadora de Vollmar, que acedia con gusto a toda objeción, le era totalmente extranjia.

En años posteriores, al estudiar el movimiento social, he seguido detenidamente la carrera política de Liebknecht y llegué a la convicción de que el carácter autoritario de su pensamiento imprimió también su sello a su naturaleza externa. Era ante todo hombre de partido y casi sólo hombre de partido. La idea de Rousseau, según el cual con la aparición del pacto social el hombre natural fue atemperado por el hombre político, era como hecha a su medida. Personалиamente, dudo que haya un hombre honesto, que hizo más de un sacrificio por su convicción, pero en la vida política ningún medio le parecía repudiable siempre que se tratase de liquidar a un adversario. El concepto de la razón de Estado se había condensado en él en la razón de partido. Como para los adeptos del Estado es justo medio que parece conveniente para sus fines, aun cuando la ley prohiba severamente a los ciudadanos el mismo medio y les castigue con graves penas, así la elección de sus medios políticos no causaba tampoco a Liebknecht ningún remordimiento de conciencia, siempre que estuviese persuadido de que eran provechosos para el partido. Esto es la intolerancia interior que hay en la base de toda voluntad de poder y que se considera siempre más alta del bien y del mal, siendo del todo indiferente que se trate de la voluntad de poder del Estado o de un partido. Mis experiencias ulteriores me han confirmado lo que entonces no podía saber todavía, que la conocida frase de Goethe sobre la política como corruptora del carácter podía ser plenamente aplicada en el caso de Liebknecht.

En el último mitín antes de las elecciones complementarias, habló August Bebel. Era el más notable e impresionante de todos. El gran local de la Stadthalle estaba lleno hasta el último asiento, de manera que cenotáceos de concurrentes no pudieron entrar, pero la sala tuvo que ser cerrada policialmente antes y ya del comienzo del acto. Como se trataba en las elecciones de desempeñar de una prueba de fuerza entre la socialdemocracia y el partido del centro, todas las manifestaciones de Bebel se dirigieron especialmente a la influencia política de la iglesia católica y a sus aspiraciones englobatorias, para lo cual tuvo a su disposición un rico material histórico, que supe elaborar con gran habilidad y hacer accesible a sus oyentes.

Bebel no sólo era un orador brillante, sino que era también un orador nato, pues había en él aquéll cierto algo que no se puede enseñar ni aprender. La construcción de su discurso era tal que el efecto aumentaba con cada frase, para desembocar al fin con furia aplastante. Sus frases parecían como forjadas. Algunas de ellas obraban como martillos que se acuñaban en el espíritu con fuerza irresistible y no dejaban de causar efecto hasta en las personas que por lo demás estaban distantes de las aspiraciones del orador. Y ocurría todo eso sin esfuerzos artificiales. Todos sentían que hablaba un hombre al que la palabra le salía del alma y que podía renunciar fácilmente por ello a los medios artificiales de muchos oradores profesionales.

Además de su naturaleza de orador, poseía Bebel también una voz clara, agradable, de extraordinaria flexibilidad, que se hacía oir hasta en los rincones más apartados de la gran sala. Mientas él hablaba, todo estaba quieto como en un iglesia. Los ojos de millares y millares pendían hechizados de sus labios para no perder una sola palabra. Era capaz de suscitarse la impresión que desease y parecía a un artista que pudiese extraer de sus instrumentos toda vibración querida.

Cuando sonó la última palabra de ese discurso impresionante, al comienzo hubo un silencio solemne, pero luego hirvió como una tempestad en el vasto salón, tempestad que no quería cesar y que se reanudaba siempre de
nuevo. Yo mismo me sentí como embriagado por el efecto de ese discurso vigoroso y aplaudiendo con salvaje entusiasmo con los otros, sin saber apenas lo que hacía. Para mí aquella memorable asamblea fue sin duda el mayor acontecimiento público visto hasta allí.

Bebel partió en la misma noche con el último tren a Offenbach, pero había prometido volver a Maguncia en los próximos días para pasar con los compañeros un par de horas íntimas en estrecho círculo. Mantuvo su palabra. Cuando aquella noche me fui con el tío hasta la Neubrunnenstrasse, encontramos desnuda repleta la espaciosa traslinda de la taberna. Bebel no había llegado aún, pero se nos dijo que aparecería de un momento a otro. No tardó mucho en entrar junto con Franz Joest. Apenas se había sentado, apareció el dueño del local, un viejo socialdemócrata, a quien seguía el comisario de policía Lämmerstorff. Durante el periodo electoral no se nos había molestado en modo alguno, de modo que la inesperada visita produjo en nosotros bastante sorpresa.

El comisario recorrió con la vista primeramente a la pequeña comunidad de los rojos, luego se acercó a la mesa en que se hallaban Joest y Bebel y dijo: "Señor Joest, ¿quién es el organizador de esta asamblea?"

"¿Asamblea? —preguntó Joest con bien fingida sorpresa—. No se me dijo nada de asamblea. Aquí estamos en una fiesta de cumpleaños".

"Exactamente, un cumpleaños —intervino el zapatero Bitz, un compañero expulsado de Hamburgo—, yo soy el festeador".

"Pero con qué objeto está presente aquí el señor Bebel?" preguntó el comisario.

"Perdón, señor comisario", dijo Bebel. "No está permitido en Maguncia participar en la fiesta del cumpleaños de un amigo".

"Es lo que fue", respondió el señor Lämmerstorff algo confundido, "pero es llamativo que el señor diputado al Reichstag Bebel venga precisamente a Maguncia para felicitar al zapatero Bitz en su cumpleaños".

Bebel, a quien evidentemente importaba que no fuese perturbada la velada, respondió con simpática amabilidad:

"De ninguna manera, señor comisario. Estaba cerca y no quise desaprovechar esta rara ocasión. Como, según parece, este asunto inofensivo ha causado preocupaciones a una alta autoridad, le invito cortésmente a presenciar nuestra fiesta. Se había convenido que cada uno de los presentes hiciese un pequeño obsequio a nuestro festeador, pero queremos desligarle de ese deber."

Una sonora carcajada siguió a estas palabras. El señor Lämmerstorff, que no carecía de sentido del humor, comprendió la situación enseguida; y dijo:

"Gracias por la amable invitación, señor Bebel. Tenía simplemente el encargo de impedir un mitín prohibido. Como se trata de una fiesta de cumpleaños, no hay nada que objetar. Señores, les deseo una velada muy divertida", dijo así y desapareció. Reímos todos hasta más no poder. Pero Bebel declaró: "Ésto sólo es posible en Hesse. En Prusia o en Sajonia la cosa habría tenido ciertamente otro desenlace".

El pequeño incidente no había hecho más que contribuir a hacer la velada más agradable. En realidad no era una asamblea política, sino una conversación libre, en la cual ciertamente lo político desempeñaba el papel más importante. He recibido de Bebel aquella noche la mejor impresión. Era amable y atento para todos y trataba a cada cual como su igual. La superioridad helada de Liebknecht faltaba en él por completo. Su comportamiento era sencillo y espontáneo y cada cual tenía que considerarle amigo.

Mi desarrollo espiritual me llevó después por otros caminos. Pero he de declarar que siempre que un hombre tan ríos enotado dotado consumióse sus mejores fuerzas en el trabajo parlamentario escueto y se dejase llevar a concesiones cada vez mayores que no eran ciertamente favorables a su socialismo. Todo el desarrollo ulterior de la socialdemocracia alemana, su completa renuencia en el periodo de la guerra y especialmente después de la guerra, su evidente impotencia frente a las condiciones históricas, cuando la derrota de sus adversarios le puso en el poder en las manos, su entrega sin lucha de todas las posiciones conquistadas a la reacción, a la que su eterno dependencia volvió a secundar en el ascenso, todos esos eran sólo resultados inevitables de un método que debía conducir a un completo naufragio espiritual y que no era ya capaz de ninguna gran acción. Hasta un periódico burgués como la Frankfurter Zeitung pudo establecer que no había una revolución tan pobre en pensamientos creadores y tan débil en energía revolucionaria como la revolución alemana de noviembre de 1919.

Se ha hecho a Bebel posteriormente el reproche de que vivían en él dos almas y que en las asambleas populares y en los congresos del partido solía aparecer con el armamento entero del marxismo revolucionario, mientras que como legislador y miembro de las comisiones del Reichstag era el reformista más moderado que se podía encontrar. Yo creo, sin embargo, que esa escisión interna tenía por base la naturaleza entera de la socialdemocracia alemana. No está excluido que Bebel sintiese esto entretanto y que hiciera por eso los más violentos esfuerzos para armonizar con quién difícilmente eran armonizables. En este aspecto Vollmar era más comprensivo. Había reconocido bien la oposición interna entre las palabras de orden marxista y los actos prácticos del partido y se había puesto decididamente al lado de los revisionistas, lo que no hizo nunca Bebel.

Fue en aquel periodo electoral cuando me presenté por primera vez como orador en un gran mitin popular. No había nada de particular en ello, pero el asunto se desarrolló en circunstancias que todavía hoy me llenan de punta cuando lo pienso. El zapatero Karl Bitz pertenecía a los amigos íntimos de mi tío. Después de la proclamación del estado de sitio en Hamburgo, fué expulsado de allí, llegó a Maguncia tras algunas peregiraciones, y pertenecía a los mejores compañeros del movimiento clandestino. Bitz era un obrero despierto, entregado a su causa apasionadamente. Hombre energico por naturaleza, me había tomado gran afecto. La circunstancia de ser yo tan joven todavía y de estar sin embargo con ambos pies en el movimiento, y de tener además algunos conocimientos que no se hallaban usualmente en los jóvenes de mi edad, era, sin duda, la causa esencial de su amistad. Sabía que había conquistado a mi maestro para el movimiento y me había oído
hablar ocasionalmente en la Unión profesional de encuadernadores, lo que le llevó a la persuasión de que yo llegaría a ser seguramente diputado socialista al Reichstag. Y como consideraba de su deber personal prepararme para ese gran porvenir, no dejó medio para llevarme por el buen camino.

Cuando se inició la propaganda electoral y todos trabajábamos lo que podíamos, la asociación obrera electoral convocó una asamblea de electores en la posada Zum weissen Röschen, para la cual se había previsto a Franz Joest como orador. Pero Joest no pudo presentarse a causa de una desgracia y el azar quiso que todos los oradores locales estuvieran ocupados salvo yo. Me llegó a la persuasión de que yo tenía una voz muy útil.

Apenas había comenzado el acto cuando entré en la sala con el maestro Kitzmann. A la puerta nos esperaba Bittz, que nos comunicó la situación e insistió en que yo debía intervenir. Después de Conrad, él, Bittz, diría algunas palabras y luego debería seguirme yo como último orador de la noche. Me resistí decididamente contra esa pretensión, pero Bittz era inflexible y me dijo que había preparado todo con Conrad, que yo estaba igualmente de opinión que en las circunstancias dadas mi deber estaba en contribuir al éxito de la reunión. Quédé como herido por un rayo. Si al menos hubiese podido tener tiempo para prepararme un poco, la cosa no habría sido quizás tan mala, pero venía apurado. En vano traté de sacar a Bittz el asunto de la cabeza. Le expliqué que mi presentación en esas circunstancias tenía que terminar ineludiblemente en un gigantesco ridículo para mí, pero el inhumano se mostró sordo a todas las sugestiones. No tenía presente más que la buena causa y por lo demás estaba firmemente convencido de que yo encontraría las palabras adecuadas.

¿Qué hacer? Por un momento pensé en echar simplemente a correr, pero rechacé esa idea, pues sentí que eso sería cobardía. Me fui a un rincón para pensar a prisa algo, pero el miedo interior de presentarme a una asamblea tan concurrida paralizó toda mi capacidad de decisión. Como en sueños llegaron a mí los lazas de las palabras de Conrad, sin fuerza para seguir sus manifestaciones. Apenas habló un cuarto de hora y se interrumpió repetidamente cuando advirtió que los oyentes de la parte trasera de la sala se inquietaban al no entender apenas una palabra de lo que decía. Después de él habló Bittz. Éste era más ágil y tenía además una voz más vigorosa. Pero en veinte minutos agotó su repertorio. Luego mencionó el presidente mi nombre. Como un sonámbulo, más muerto que vivo, subí a la tribuna de los oradores.

Me había preparado un pequeño comienzo, pero cuando vi todos los ojos puestos en mí, me olvidó de lo pensado y un sudor de angustia me brotó por todos los poros. Casi mecánicamente empecé a hablar, pero se trataba sólo de un murmullo miserable sin conexión interna. Los ojos me observaban, esos muchos, muchos ojos. De repente pareció como si todos esos ojos se hubiesen fundido en un solo ojo gigantesco que me miraba amenazador.

Sentí que me comenzaban a temblar las piernas y vi próxima la catástrofe. En la desesperación dirigí la vista al techo del salón. Sentí un cierto alivio. Se me cayó del alma como una pesada carga. Volvieron los pensamientos y se formaron en frases. Pero mis ojos permanecían fijos en el techo ahumado. No vi ni oí ni a nadie más. Un sentimiento singular se había apoderado de mí. Hablaba lentamente, acentuando cada palabra, y a fin de tener tiempo para dar forma adecuada a mis expresiones. Todo esto surgió por sí mismo, sin que yo tuviera apenas conciencia de lo que ocurría. Era un estado muy singular. Oía mi voz y me parecía extraña, como si llegase de lejos. Algo hablaban en mí y me decía, sin que yo lo advirtiese. De tanto en tanto formaban una frase tras otra, casi sin que yo lo advirtiese. De tanto en tanto era interrumpido por ruidos apalances. No hacia la menor pausa, por miedo a perder el hilo, que había encontrado en medio de tan grandes esfuerzos del alma.

Cuando al fin descanse para terminar y exhorté a los congregados con impetuosidad apasionada a no dar sus votos a ningún otro que el candidato del proletariado, Franz Joest, estalló una tempestad de entusiasmo por la sala. Había aguantado la prueba de fuego, ¡pero en qué circunstancias! Más tarde supe que había hablado casi tres cuartos de hora.

Cuando bajé de la tribuna me recibió el apasionado Bittz con los brazos abiertos. Estaba loco de alegría y se conducía como un endemoniado. “¡Has estado muy bien, Rudolf! repetía. ¡Has salvado nuestra asamblea! Pero hay que empujarte, muchacho, para que comprendas al fin lo que hay en ti”. También los otros amigos y no el último momento apaciguaba mis entusiasmos. El buen Bittz me había convertido en un instante en orador, y fundado en el mismo método algo extraordinario con que se me había enseñado una vez a nadar.

Finalmente se acercó el día de las elecciones. Nuestras esperanzas eran grandes, pero el 20 de febrero de 1890 superó nuestras expectativas más audaces. La socialdemocracia había reunido casi un millón y medio de votos en sus candidatos y había salido de la lucha electoral como el partido más fuerte de Alemania. Fué el mayor triunfo que había experimentado hasta allí el partido de los proscritos. Mi interpretación de la significación de los éxitos electorales en general y sobre la actividad parlamentaria en especial ha sufrido desde entonces una alteración fundamental. Entonces estaba firmemente convencido de que el 20 de enero había comenzado una nueva era en Alemania. Los jóvenes viejos ya el gran día de la decisión al alcance de la mano.

En este sentido, ciertamente, no se puede negar su importancia a las elecciones de 1890; fueron un termómetro de la opinión que animaba entonces a vastos círculos del pueblo alemán. El hecho de que el partido que practicaba la ley contra los socialistas, el partido socialista no podía ofrecer apenas medio millón de votos. Doce años de las más terribles persecuciones, por las cuales le fue cortado al partido proscrito todo medio legal,
para llevar al pueblo sus ideas, no habían sino contribuido a hacer de él el partido más fuerte de Alemania. Era el más agudo repudio que había experimentado hasta entonces la política interior de Bismarck.

Todos sentían que la era de Bismarck en Alemania había terminado.

Pero al mismo tiempo se había pronunciado el triunfo sobre la ley contra los socialistas. Ni en un Estado semiautocrático como Alemania era ya posible la continuación del viejo curso.

Los acontecimientos se precipitaron en seguida. Apenas un mes después de las elecciones fue despedido Bismarck. Era difícil suponer que, después del retiro del Canciller de hierro, pudiera prolongarse la ley contra los socialistas, cuyo límite estaba fijado para septiembre de 1890. Después de la impresión de las últimas elecciones apenas se podía suponer que se hallase una mayoría para eso en el Reichstag.

En esas circunstancias se puede comprender que nos asomásemos entonces a las esperanzas más exageradas, que poco después se esfumaron como tantas otras cosas. Pero la juventud tiene sus propias concepciones y no cree en imposibilidades. Es bueno que sea así, pues donde el cálculo comienza con posibilidades, desaparece todo impulso hacia lo grande.

A LA BÚSQUEDA DE NUEVOS CAMINOS

Poco después de las elecciones fue recibido en la Unión profesional de encuadernadores un colega húngaro llamado Ignaz Kovács, que había llegado de Suiza. Era un hombre de unos treinta años y como cubría la calle que trabajaba mi tío, fue conocido pronto en nuestro círculo intimo. Kovács era un hombre bastante silencioso, quizás una naturaleza algo desconfiada, pero intelectualmente muy despierto. No dejamos de advertir que estaba bien familiarizado con las ideas del socialismo y que tenía además una cantidad de conocimientos sobre el movimiento en el extranjero. Como en Maguncia no tenía vinculaciones personales, le había invitado el tío reiteradamente a visitarle. Iba a la casa de cuando en cuando, pero no muy a menudo.

Cuando un domingo por la tarde estábamos reunidos en estrecho círculo y habíamos de los resultados probables de la gran victoria electoral, vino Kovács también. Nos oyó en silencio, hasta que Biz le hizo intervenir en la conversación. En esa ocasión nos dijo francamente que no compartía nuestras esperanzas, que era más bien de opinión que la reacción de Bismarck seguiría otra nueva reacción que ya hoy se advertía hasta en las filas del movimiento socialista. No se puede suprimir con papeletas de sufragio el actual sistema, decía. Pero todo nuestro esfuerzo se reduce a inculcar a los trabajadores esa ilusión. De ese modo olvidarán poco a poco que el problema social sólo puede ser resuelto con medios revolucionarios. Con re baño electoral no se hace ninguna revolución.

Era un lenguaje que no había oído nunca hasta allí. Quedó al comienzo como atormentado. A los demás les ocurrió lo mismo. Pero Biz se acaloró mucho y sostuvo que sí la socialdemocracia había terminado con Bismarck,

terminaría también con cualquier otro adversario que se le opusiera en su camino. A lo cual Kovács respondió burlesque: “Sí, con un Bismarck habría terminado ahora, pero los pequeños Bismarcks de vuestro propio movimiento os darían todavía mucho que hacer”. Una palabra trajo la otra, y el ambiente se hizo bastante tenso. Como Biz se puso demasiado de manifiesto en su celo, se levantó Kovács y abandonó la habitación con un saludo incómodo.

Después de su marcha, dijo Biz que ese Kovács era sin duda un sujeto peligroso que había que tener presente. También el tío estaba algo irritado, aunque no compartía la sospecha que había manifestado Biz. Kovács apareció recién una u otras veces más en la casa del tío, pero ya tenía que sentir que se había producido cierto alejamiento, pues pronto suspendió del todo sus visitas. No lo veiamos más que en las sesiones de la Asociación profesional, a las que concurría regularmente. Sin embargo no intervino en los debates y se contentaba con el papel de oyente silencioso.

Cuando daba un domingo de la mañana un paseo por la Neue Anlage, vi a Kovács con un libro en la mano sentado en un banco. Le saludé y me invitó amistosamente a sentarme junto a él un rato. Hablamos primero de diversas cosas hasta que al fin le pregunté por qué no se dejaba ver más en nuestra casa. “No tiene objeto, dijo. No se visita con gusto a gentes para quien no es uno bienvenido. Tu tío es un buen hombre, con el que se puede hablar, pero vuestro amigo Biz es un fanático ciego a quien lo mejor es evitar.

Intenté defender a Biz y observé que siempre estaba dispuesto a sacrificar por su causa. Me oyó tranquilo y dijo luego: “Eso puede ser exacto. También los santos católicos han hecho por su causa todos los sacrificios, pero la mayoría de ellos no eran precisamente compañeros agradables. Y debes saberlo; Biz ha difundido ya en la Asociación profesional toda clase de rumores obscuros sobre mí y ha pretendido echar mano a gentes en contra mía. Comprendes por tanto que en esas circunstancias no siento ningún deseo de encontrarme con él”.

¿Qué podía responderle? Yo sabía que Biz sospechaba de él, pero no tenía idea alguna de que había hablado ya con otros sobre el asunto. En todo caso era injusto por parte de Biz esparcir rumores de los que no podía responsabilizarse y de cuya exactitud no tenía seguramente ninguna prueba.

Kovács, que había notado mi confusión, dijo que era mejor no volver a hablar de esas cosas. Estaba enteramente tranquilo, como si la cosa no le afectase personalmente. En todo caso no daba la impresión de un hombre con la conciencia cargada. Hablamos largo tiempo. Contó muchas cosas de interés sobre el movimiento en el extranjero que para mí eran completamente desconocidas. De los violentos ataques contra los anarquistas y social-revolucionarios que solía traer de tanto en tanto el Sozialdemokrat, me desprendía sin duda. Aparte de la socialdemocracia, había además otras tendencias socialistas, pero eran presentadas por lo general bajo una luz tan extraña que había que pensar que se trataba de semilucos o de instrumentos a sueldo de la policía política.

Pero supe entonces por primera vez que en Suiza, Francia, Bélgica, Inglaterra y especialmente en los Estados Unidos había numerosos grupos
de obreros de habla alemana que tenían ideas socialistas, pero que no eran socialdemócratas, más aún, que eran por éstos violentamente combatidos, porque rechazaban toda actividad parlamentaria y se dedicaban exclusiva-
mente a la propaganda del movimiento de los radicales en Austria, cuyos adeptos habían tenido que soportar las más terribles persecuciones, pero que, sin embargo, habían sido combatidos por los socialdemócratas con la mayor acritud. A mis preguntas respondió con una gran serie de casos particulares cuya exactitud no podía naturalmente dispuar, pues me habían permanecido hasta allí por completo desconociados.

Me sentí confundido y no supe qué hacer. Naturalmente no creía todo lo que me dijo. Hasta me vino a la cabeza el pensamiento que Bitz pudiera tener razón, pero era una idea que decía. Pero que mi sospecha se desvaneció en seguida y casi me avergonzé de mi desconfianza. Le puse al fin si me podía proporcionar algo impreso para darme ocasión de conocer mejor sus pensamientos. Me dijo que por desgracia no había nada de las cosas nuevas, pues por diversos motivos habla roto por el momento toda relación con el extranjero. Creía sin embargo que entre sus cosas había algunos números viejos de periódicos y quizás también algunos folletos que quiera poner con gusto a mi disposición.

Nos reunimos después a menudo, pero no hubo ni al tío ni a los otros amigos de ello, para no dar a Bitz materia para ulteriores sospechas. En una de esas ocasiones me dió Kovač tres o cuatro números viejos de la Freiheit y dos folletos muy deteriorados que procedían de la pluma de Johann Most. Uno se titulaba Die Eingertumbestie (La bestia de la pro-
pieidad), y el otro Der Narrenturm (La torre de los locos).

De Johann Most y de su Freiheit había oído hablar ya, naturalmente. El periódico y su editor eran mencionados a menudo en la prensa reaccionaria y en los debates del Reichstag; también se había referido a ellos el Sozialde-
mokrat frecuentemente, claro está, en sentido hostil, pero nunca había visto esa hoja hasta entonces. Fué pues un acontecimiento el que tuviese por pri-
era vez ante los ojos de ese modo el periódico de los anarquistas alemanes. Tengo que decir que el periódico y el par de folletos me gustaron mucho entonces. El lenguaje era popular y comprensible para todos. Most tenía un sano ingenio y era sin duda un escritor popular como raramente se encuentra.

No puede hallarse entonces gran diferencia entre los pensamientos expuestos por Most y los nuestros. Al menos no aprécia clara tal diferencia en el par de números que el azar puso en mis manos. Los pensamientos socialistas me parecieron ser los mismos. En cuanto a los medios, acentuaba la Freiheit con toda agudeza la necesidad de una revolución violenta y en un lenguaje que no dejaba nada que desear en cuanto a claridad, pero entonces no había quítese imaginar en nuestro círculo que creyese en una solución pacifica de las contradicciones sociales. De que fuese así se había encargado la ley contra los socialistas. Personalmente me sentía a gusto con el lenguaje vigoroso de la Freiheit. Para los jóvenes las cosas prohibidas tienen un cierto atractivo singular. En un país donde toda palabra libre era tan vergonzosamente oprimida como entonces en Alemania, toda expresión audaz tenía efectos muy distintos a los de los países donde la prensa es proporcionalmente libre. Lo que allí apenas causaría una mayor impresión, actúa en una condición de opresión general como una revelación secreta y se graba en el espíritu con irresistible convicción.

Lo que me desagrado entonces en la Freiheit fueron algunos violentos ataques contra conocidos jefes de la socialdemocracia, especialmente contra Liebknecht, que no podía explicarme. Justamente en la circunstancia de no poder descubrir en aquel tiempo ninguna gran diferencia entre las dos tendencias, me hicieron más incomprendibles esos ataques. No me cabía en la cabeza que dos movimientos que, según mis conceptos de entonces, tenían tanto de común, expresaran de manera tan lesta sus diferencias de opinión y aguzaran así innecesariamente las contradicciones.

Algun tiempo después, cuando iba del trabajo a casa, vi a Kovač en la calle esperándome; me dijo que había salido al día siguiente. Me sorprendió, y le pregunté a dónde pensaba dirigirse. Me respondió que quería volver al extranjero y que le sería agradable seguir en relación consigo, en caso de que me interesase. Le di una dirección para nuestra correspondencia y se despidió de mí amistosamente.

Aproximadamente seis o siete semanas después recibí una carta suya desde Stuttgart. Eran pocas líneas, en las que me notificaba que en el viaje le había sido robada la cartera y que tenía que ponerse a trabajar en Stuttgart a fin de ganar el dinero necesario para el viaje. Pero luego continuaria. En cuanto tuviera una residencia fija, me enviaría una dirección segura. No he vuelto a saber de él. Cuando un par de años más tarde tuve que pergeñar yo mismo por el extranjero, me preocupé cuanto pude a pesar de que en vano. Eso dudoso incluso que el nombre por el cual le conocíamos fuese el suyo. Su repentina desaparición dió a Bitz y a otros motivo para toda suerte de suposiciones, pero pronto no se volvió a hablar de él.

El breve episodio de Kovač dirigió mi atención nuevamente al proble-
ma que ya antes me había preocupado. Fué después del acuerdo de los anarquistas de Chicago, el 11 de noviembre de 1887. Los periódicos locales estaban llenos de informes sobre aquella horrorosa tragedia judicial, pero la mayor parte no tuvieron una buena palabra para los hombres que terminaron su vida en la horca. Sólo el Mainzer Anzeiger, un viejo periódico democrático, condenó los métodos judiciales empleados e hizo ver que los acusados eran víctimas de un asesinato jurídico, planeado y ejecutado con premeditación por sus enemigos. En los números anteriores del Sozialde-
mokrat había leído informes sobre aquel memorable proceso, del que, sin embargo, no pude formarme una idea clara. Por una parte se calificaba a los acusados como víctimas de una brutal justicia de clase, que quería sofocar en germen el nuevo movimiento obrero de América; por otra parte publicaba el periódico casi en cada número violentos ataques contra los anarquistas, a quienes se presentaba a los lectores como los peores enemigos del movi-
miento obrero.

Tampoco el tío podia informarme al respecto. Según su opinión, los socialdemócratas y los anarquistas tenían el mismo propósito final. La dife-
rencia entre ambas tendencias consistía simplemente en la elección de los
medios. Mientras los socialdemócratas esperaban llegar a su objetivo por una presión cada vez mayor sobre la legislación, rechazaban los anarquistas la colaboración en el Estado actual fundamentalmente y creían poder lograr sus finalidades por medio de atentados y de la franca insurrección.

Aproximadamente cinco o seis meses después de la ejecución, me dió el tío un folleto que acababa de recibir y que, como todos los escritos socialistas de aquel tiempo, había sido impresos en el extranjero y se difundía secretamente en Alemania. El título del folleto era *Acht Opfer des klassenhasses (Ocho víctimas del odio de clase)*. Encontré allí una descripción de los acontecimientos que precedieron a la detección de los anarquistas en Chicago, una exposición crítica del desarrollo del proceso, fragmentos de los discursos de los acusados ante sus jueces e una impresionante descripción de sus últimas horas ante la muerte.

Leí y releí el folleto con el corazón agitado y lleno de ardiente indignación. Mi corazón me decía que aquella temerosa tragedia no era más que un símbolo de la gran lucha que se desarrollaba en todos los países entre los defensores de lo existente y los combatientes de un nuevo orden social. Pero aquellos hombres que fueron con tranquilidad a la muerte por sus ideas, eran los representantes de un nuevo porvenir cuyo advento no podía impedir ningún poder de la tierra. Las últimas palabras de August Spies: "Llegaré el tiempo en que nuestro silencio en la tumba será más poderoso que las voces que hoy sofocáis", ardieron con letras de fuego en mi alma para no volver a palidecer.

¡Qué hombres eran anarquistas! Ciertamente, en sus discursos aportaban lo que no hubiese oído ya en mi trato con el tío y con sus amigos. Sus interpretaciones sobre las condiciones económicas y sociales de la época coincidían en lo esencial con todo lo que me era conocido por los escritos socialistas. Hasta su manera de expresarse, que reflejaba diversamente concepciones marxistas, me era familiar. Sólo la audacia de sus manifestaciones me excitó más que todo lo que había leído hasta allí. En esas circunstancias tenía entonces realmente la impresión de que el tío tenía razón cuando atribuía la diferencia entre los anarquistas y los socialdemócratas simplemente a un problema de los medios tácticos.

Pero una cosa se me hizo clara entonces: aquellos hombres que arrojaron con tan irresistible audacia a la cara de sus jueces verdades terribles y que, cuando sonó la hora, supieron morir con un altivo desprecio de la muerte, no eran seguramente traidores del movimiento obrero, como había leído tan a menudo en el *Sozialdemokrat*. También el tío, a quien expuse mis dudas estuvo de acuerdo en ese punto, pero dijo que la socialdemocracia está forzada hoy por las circunstancias a apartarse de los anarquistas para no dar a Bismarck y a sus aliados nuevas armas contra el movimiento obrero. Esa explicación difícilmente podía satisfacerme, pero como en aquel tiempo no podía hallar yo mismo una razón más profunda, tuve que hacerme bien o mal a ella.

Mi breve trato con Kovats hizo surgir en mi conciencia de nuevo la duda interior. Sentía que en el movimiento pasaba algo que no estaba en orden, pero no podía explicarme más al respecto. Unas semanas después de la partida de Kovats llegó un nuevo compañero de Magdeburg. Hermann Busch, ese era su nombre, era fabricante de lanas y un hombre de unos cincuenta años, que ya había participado en el movimiento creado por Ferdinand Lassalle. Busch había trabajado muchos años en Berlín, había leído mucho y era un conversador extraordinariamente agradable. Su superioridad espiritual y sus ricas experiencias le dieron pronto cierta influencia en nuestro estrecho círculo.

Como todos estábamos entonces persuadidos de la próxima caída de la ley contra los socialistas, se preocupaba naturalmente la posición futura de la socialdemocracia. Sabíamos que una parte de los jefes socialistas sostenía que el movimiento debía ser conducido por una vía más sostenida a fin de no dar a las clases dominantes motivos para nuevas persecuciones. Esas aspiraciones se hicieron notar ya en las últimas elecciones. Algunos candidatos socialistas habían apelado durante la propaganda electoral a los *decretos imperiales*, logrando así triunfos del momento, lo que naturalmente no podía ocurrir más que a costa de sus principios socialistas. Uno de ellos, el sombrerero August Heine de Halberstadt, llegó incluso hasta el punto de poner los decretos del joven emperador en el mismo nivel de las aspiraciones del partido. Pero a consecuencia del gigantesco triunfo electoral, esos desvío nes muy dignos de tener en cuenta, para expresarlos con suavidad, merecieron poca consideración, especialmente en las pequeñas ciudades, donde se estaba menos familiarizado con los acontecimientos que en Berlín y que en los centros mayores del movimiento.

Por medio de Busch nos enteramos por primera vez de una gran oposición dentro del movimiento socialista en Berlín, Lammhults, Magdeburgo, Dresde y otras ciudades, cuya punta se dirigía sobre todo contra la influencia creciente de la fracción socialista del Reichstag. Que existían en Berlín fuer tes corrientes opositoras, lo sabíamos ya, pero que, como nos contó Busch, casi todo el núcleo interno de la organización secreta de la capital simpatizaba con esas aspiraciones, nos era desconocido hasta entonces.

Según pude deducir entonces de sus manifestaciones, los ataques de la oposición berlinesa se dirigían principalmente a las exuberancias de la actividad parlamentaria y a los derechos que se había atribuido poco a poco la fracción del Reichstag. En los años de la ley contra los socialistas, la fracción se convirtió en el único vehículo visible de todas las manifestaciones del movimiento, sin tener que someter a un examen cualquiera sus decisiones por el partido, que estaba legalmente prohibido. De este modo se había concentrado en manos de los jefes parlamentarios, poco a poco, toda una serie de atribuciones que no convenían con las aspiraciones democráticas del movimiento.

Así se vio muy mal en las filas de los jóvenes, como se llamó entonces a la oposición, que la fracción hubiese impedido por propia decisión la fiesta del primero de mayo en Alemania, sin impedir impresiones siniestras con los compañeros activos del movimiento subterráneo. La gran victoria electoral del 20 de febrero había suscitado en el proletariado alemán un espíritu combatiivo, de modo que se podía suponer con seguridad que no se habría pronunciado decididamente por la ejecución del acuerdo de París. Pero justa-
mente eso es lo que se quería evitar a todo trance, a fin de no despertar ningún temor entre los enemigos de la nueva fracción socialista del Reichstag el 13 de abril de 1890, la siguiente resolución:

"Una paralización general del trabajo en las actuales condiciones sería imposible; los enemigos de los trabajadores recibirían a todos los medios para arrancarles los frutos de la victoria del 20 de febrero de 1890, y poner grandes esperanzas en el primero de mayo. La decisión de la paralización general del trabajo no es realizable, la celebración de un gran desfile después de la gran marcha del 20 de febrero no es necesaria. Donde quiera que pueda lograrse una paralización del trabajo el primero de mayo sin conflicto, puede hacerse."

Ese lenguaje no era apropiado naturalmente para estimular al proletario a la acción y para inculcarle la conciencia de su fuerza interior, que finalmente exige al individuo algo más que introducir todos los años una papeleta en las urnas. Nadie había esperado que pudiera realizarse el primer ensayo de paralización general del trabajo el primero de mayo sin dificultades. Pero el ensayo sin embargo debía ser emprendido, si es que no se quería abandonar simplemente las resoluciones de París. Pero nunca hubo en Alemania mejor ocasión que entonces, cuando los trabajadores se encontraban, a consecuencia de la victoria electoral lograda, en un estado de ánimo tan combativo y tan confiado.

El hecho de que el partido desperdiciara entonces la ocasión y abandonase sin lucha, sobre la base de los acuerdos de un contra los socialistas, fue un mal signo para el porvenir. Después de que el movimiento se acható cada vez más bajo la influencia aplastante del parlamen-


tarismo creciente, no se volvió a pensar en realizar la decisión de los dos congresos parisienses. Así ocurrió que justamente en Alemania, donde los trabajadores estaban mejor organizados política y sindicalmente que en cualquier otro país, el primero de mayo no fue celebrado propiamente nunca. Se postergó la fiesta para el primer domingo de mayo. Tan sólo después de la guerra perdida y bajo la influencia de los acontecimientos revolucionarios de noviembre de 1919 fue declarado el primero de mayo fiesta legal y celebrado como tal hasta por Hitler.

Busch conocía personalmente a muchos de los jefes intelectuales de los jóvenes berlineses y los estimaba en tanto que personas. Cada uno de esos hombres había estado fielmente en su puesto en los largos años de la ley socialistas y se había hecho cargo de las tareas más peligrosas sin obtener por ello la más mínima ventaja personal. Aunque no compartía en general sus aspiraciones, no había dudado nunca de la honestidad de su criterio. Testimonio también el mayor reconocimiento a la capacidad intelectual de hombres como Bruno Wille, Carl Wildberger y Max Baginski. Como viejo lassalleano, creía mucho en la fuerza maravillosa del derecho electoral como para aprobar sin más las aspiraciones de los jóvenes; pero no desconocía que su crítica en muchas cosas era justa y estaba inspirada por la honesta voluntad de estimular el movimiento.

En mi, personalmente, las manifestaciones de Busch causaron una fuerte impresión. Tal vez no estaba hecho yo, según mi constitución interior, para adaptarme a la larga el estrado andar de un partido político. En todo caso la duda silenciosa había hallado en mi nuevo ambiente. Pero era menos el contenido ideológico del movimiento que algunos de sus adeptos lo que me hacían obstinado y me incitaban a reflexionar. Allí estaba por ejemplo, nuestro viejo amigo Bitz, del que ya se ha hablado, Bitz, un hombre honrado, cabal, incapaz de una acción indebida en razón de su venuta propia. Había hecho muchos sacrificios por su convicción, había sido expul- sado de su hogar por la ley contra los socialistas y se había separado el fin de toda su familia, porque no quiso seguir el consejo de su mujer de retirarse del movimiento.

Pero ese hombre, cuya vida personal no tenía una mancha, se mostraba bajo una luz muy distinta en cuanto se trataba de las exigencias reales o supuestas del partido. En ese caso no tomaba la cuestión de la verdad tan a pecho y trataba de interpretar las cosas de la manera que, según su creencia, convenía al partido. Eso ocurría en él de modo inconsciente. Probablemente nunca se había dado cuenta de ello. Torcer el derecho o interpretarlo de modo que resultase provechoso para el partido, era algo normal para él. No podía comprender que como buen compañero se pudiera tener otra interpretación. Aunque yo quería a Bitz de todo corazón, ese aspecto de su naturaleza me había disgustado a menudo, a pesar de que no comprendía absolutamente las causas profundas de ello.

Cuando hablaba a solas con el tío sobre estas cosas, reconoce que tampoco él estaba contento con ese fenómeno, pero imposibilitado por las condiciones anormales del periodo de la ley contra los socialistas, que habían impuesto a todos la crítica pública y llenaban de eterna desconfianza hasta a los mejores. El hecho de que esa desconfianza adquiriría en Bitz formas pésimas, se me hizo bastante claro por el caso de Kovacs. Por desgracia no era el único en nuestras filas que obraba así.

Era inevitable que, en un tiempo en que se advertía por todas partes un espoloaje vergonzoso, y cuando era artificialmente nutrido por órganos sin conciencia del gobierno, había que ser muy cauteloso y era preciso examinar a fondo las gentes con quienes se tenia trato antes de hablar con ellas de cosas prohibidas. En un periodo en que la más pequeña ligerezas de compañeros activos podía traer daños incalculables, no era posible otra cosa. Pero eso no era un motivo para difundir los rumores más infames sobre personas desconocidas y a sus espaldas, rumores que no se podían justificar por nada, y sólo porque, como socialistas, abrigaban concepciones que no coincidían con las interpretaciones generales del partido o quizás no eran gratas a algunos de los jefes.

El tío no carecía ciertamente de razón cuando trataba de explicar muchos de esos tristes fenómenos como resultado inevitable de la ley contra los socialistas. Pero yo tenía entonces el sentimiento indeterminado de que esa explicación no bastaba. Me parecía más bien que existía en el movimiento mismo un rasgo servil que no podía suprimir ninguna abnegación. Los informes de Busch sobre el movimiento de los jóvenes en Berlin no hicieron más que fortalecer mi manera de ver. No se podía suponer que justamente los com-
pañeros más activos del movimiento clandestino en la capital hubiesen pro-
movido su oposición a la fracción parlamentaria por puro disgusto o por
placer en el escándalo. Pronto debía reconocer suficientemente que no me
había engañado.

EN LA SENDA DE LA “OPOSICIÓN”

La buena relación entre mi tío y Hermann Busch significó que me vi
muy a menudo con él y de ese modo conocí una cantidad de detalles del
movimiento berlinés que hasta allí me habían sido totalmente extraños. Busch
mismo hablaba conmigo con agrado. Mi interés por el movimiento y por
todo lo que con él se relacionaba, había hecho que me tomase afecto y que
estuviese siempre dispuesto a informarme sobre todo lo que podía hablar.

Busch se encontraba en posesión de una colección completa de la Volks-
tribüne de Berlín, en donde se expresaban más o menos entonces las ideas de
los jóvenes, y la puso a mi disposición. Cuando después de
las persecuciones desplazadas de los primeros tres o cuatro años, bajo la
ley contra los socialistas, fué modificado aquél y allí el estado de sitio por
nuevas decisiones del Reichstag y en consecuencia se procedió algo más
suavemente por las autoridades, el partido fundó en diversas partes del país
toda una serie de periódicos incoloros que prestaban algunos buenos servi-
cios para la propaganda electoral y para un mejor contacto con las masas.
Naturalmente esas hojas tenían que imponerse la mayor moderación para
no ver peligrar su existencia. Muy a menudo no valía de nada la mayor
precaución y fueron simplemente prohibidas después de algunos números.
En la mayoría de los casos su existencia dependía enteramente del arbitrio
de las autoridades locales. A menudo se prohibieron periódicos que no
traían, fuera de las escasas noticias de la localidad, más que los informes
completos de lo que representaban los socialistas en el Reichstag. La impresión de
tales informes era completamente legal y estaba garantizada por la consi-
tución. Pero ¿quién preguntaba entonces en los círculos dominantes por la
ley y el derecho cuando se trataba de socialistas?

En abril de 1884 fué fundada, a instigación de la fracción socialista, en
la capital del imperio, la Berliner Volksblatt, de la que, después de la caída
la ley de excepción, surgió el Vorwärts, órgano central del Partido social-
democrático de Alemania. Esa fundación, como nos contó Busch, resultó de
una larga negociación entre los representantes de la fracción socialista del
Reichstag y los delegados del movimiento clandestino berlinés. Los compa-
niérres del movimiento interno no tenían muchos recursos para la edición de
periódicos legales bajo la ley contra los socialistas y eran de opinión que el
esfuerzo y el tiempo que exigían tales empresas no estaban en proporción con su
repercusión. Por ese motivo había aprobado la mayoría de los grupos
secretos de Berlín una resolución en el sentido de dedicar su actividad exclu-
sivamente a la difusión de impresos clandestinos.

Esa decisión habría disgustado mucho a diversos jefes de la fracción.
Los artículos de Heritier no sólo me abrieron perspectivas del todo nuevas sobre uno de los capítulos más importantes en la historia del movimiento socialista internacional, sino que convencieron también mis opiniones sobre Bakunin y sus partidarios tan a fondo que las impresiones que había recibido del libro antes mencionado se desvanecieron por completo. Heritier no era un bakuninista, sino un defensor declarado de las doctrinas de Bakunin y con los hombres de la Federación del Jura. Los defendió contra los ataques injustos y malévolos, aun cuando éstos procedían de un sector con el cual estaba ideológicamente mucho más ligado que con los llamados bakuninistas. Su exposición objetiva de los acontecimientos históricos me aproximó humana y cordialmente a Bakunin y a su círculo y despertó en mí una inclinación todavía indeterminada en favor de sus aspiraciones, que pocos años después se concretaron en una convicción interior. No he vuelto a tener a mano jamás los libros de Heritier y no puedo decidir cómo me juzgaría hoy. Pero entonces causaron en mí un efecto tan fuerte que me permitió enseguida después de estudiar la lengua francesa para profundizar en las fuentes que había mencionado a Heritier.

A los artículos de Heritier siguió una protesta irritada de Friedrich Engel en la Volksträbä, cuyo tono y contenido revelaba claramente la intolerancia del hombre que había jugado un papel tan funesto en las luchas internas de la Internacional. Si los artículos de Heritier hubiesen dejado en mí todavía algunas dudas, éstas fueron fundamentalemente superadas por la respuesta de Engels. Un hombre que empleaba frente a todo a sus propios compañeros un lenguaje tan irritado y tan intolerante, no poseía de ninguna manera la capacidad para tratar con justicia a un adversario. Heritier advirtió luego una respuesta de Friedrich Engels que ni siquiera a un hombre de la importancia de Friedrich Engels se le permitió despreciar todos los límites de una discusión objetiva y tratar a compañeros menos destacados con el mismo trato. En los cuatro o cinco meses que precedieron a la larga omisión de la ley contra los socialistas se nos permitió en mi región natal una mayor libertad de movimientos que la usual hasta allí. Todos sentían que estaban contados los días de una arbitrariedad policíaca de doce años, y era evidente que las autoridades locales no querían irritar innecesariamente el ánimo del pueblo. Los diversos sindicatos, asociaciones electorales, círculos de lectores, canchas de bolos, etc., que sirvieron durante el estado de excepción al movimiento como eficientes tapaderas, apenas fueron ya necesarios por la policía. En 1890 había fundado yo con algunos jóvenes amigos el club de lectura Freiheit. Éramos aproximadamente veinte o veinticinco jóvenes, entre ellos una serie de mis camaradas de escuela. El único miembro adulto de nuestro círculo era el zapatero Karl Oberhuber, un hombre de aproximadamente cincuenta años, del que hablaré después. De los compañeros mayores nos visitaba de cuando en cuando alguno. Nos reuníamos todos los lunes por la noche en la trastienda de una pequeña taberna y pasábamos la velada con lecciones, a las que seguíamos debates libres sobre la política. En la elección de las lecciones fueron preferidos generalmente los escritos prohibidos. Aquellas sesiones eran muy alentadoras y ofrecieron a nuestras necesidades intelectuales...
tuvo una cantidad de valiosos puntos de referencia. La circunstancia de que los jóvenes en ocasión la superioridad de los compañeros adultos era muy conveniente para su pensamiento independiente y les dió una cierta espontaneidad que no podía menos de serle ventajosa en su evolución. Había en nuestro círculo un sentimiento calmado y agradable. Nuestras relaciones personales estaban inspiradas por legítima amistad. Todos nosotros nos sentíamos animados por aquella profunda convicción interna que da a la juventud un encanto irresistible y que la dispone a toda audacia. La simple duda de los años ulteriores nos era todavía desconocida. Creíamos con toda alma en la proximidad inmediata de una transformación social, y ese pensamiento nos llenó de alegría vital y de iluminado entusiasmo. Apenas se podía imaginar un círculo más hermoso de hombres jóvenes y activos.

A propuesta mia solíamos ocuparnos de las tareas futuras del movimiento, y por ello no se pudo menos de hablar también de las divergencias entre los viejos jefes del partido y la oposición berlinesa. Ordinariamente nos servían de fundamento los artículos de la Volkstribüne. No tardó mucho tiempo ni que la mayoría de nosotros se hallase influído por el espíritu de los llamados jóvenes, sin que hubiésemos tenido propiamente conciencia de ese cambio.

En las filas de los compañeros adultos no se veía muy bien ese desarrollo de las cosas. Un día me tomó parte nuestro amigo Bitz y me dijo francamente que no estaban contentos con los sucesos del club de lectura. Ante todo dijo que no se había pedido consejo a la presidencia de la asociación electoral por su fundación. Le respondí que no había sido el caso alguno para ello, pero que hubiésemos impuesto otra tarea y pensábamos simplemente en formar a unos jóvenes para el socialismo, lo cual no podía menos de ser beneficioso para el partido. A lo cual replicó algo excitado que éramos demasiado jóvenes para esa misión y que debíamos dejar a los compañeros de más edad que impartiesen la necesaria enseñanza. Le pregunté si podía indicar una lectura mejor que la de los escritos que había publicado el partido mismo. Me respondió que importaba menos lo que el partido había publicado que la manera cómo se interpretaban y se fundamentaban las cosas. Para ello únicamente eran competentes los jefes del partido.

Había tenido yo siempre el mayor respeto hacia Bitz. Su valor personal, su desinterés y la honestidad de sus propósitos no daban margen a la menor duda. Pero sentí entonces que su exigencia no era justa y que no se había armonizan con los principios del socialismo. La mayor parte de los miembros de nuestro círculo eran jóvenes entre dieciocho y veinticinco años. Yo había con experiencia personal que muchos de mis jóvenes amigos estaban intelectualmente a la altura de los compañeros adultos. También Bitz lo sabía. Por eso no podía comprender por qué se nos quería someter a tutela de ese modo. Hasta que después de muchos rodeos el buen Bitz dejó salir el gato del saco y dijo francamente que no estaba en interés del partido que se dudase de sus jefes más calificados y que se difundieran opiniones que tendrían notoriamente a una escisión del movimiento.

Apenas podía dar crédito a mis oídos. Los debates en el club de lectores eran siempre objetivos y estaban libres de toda odiosidad personal. Nadie pensaba en perjudicar al movimiento mediante malévolos ataques o en hablar siquiera de una escisión. Por eso no podía comprender que se nos atribuyese propósitos que estaban totalmente lejos de nosotros. Nuestros pensamientos eran entonces bastante ambiguos, lo que no podía ser de otro modo dado la situación de las cosas. No éramos en modo alguno adversarios de la actividad parlamentaria, pero queríamos que se redujese a la medida justa si el movimiento no quería perder poco a poco sus objetivos revolucionarios y ensancharse en las moribundas aspiraciones reformistas. Reconocíamos que justamente aquellos compañeros que habían participado directamente en la pequeña labor parlamentaria, estaban expuestos, a causa de su actividad, a mayores críticas que los compañeros que se ocupaban exclusivamente de la propaganda socialista en el pueblo. Por eso creíamos que el centro de gravedad del movimiento debía estar siempre en el pueblo mismo y no debía ser trasladado a una determinada categoría de jefes. En este aspecto nos sentíamos completamente de acuerdo con la aspiraciones de los jóvenes.

Si la palabra democracia tenía un sentido, tenía que ser ventajoso para el movimiento que sus adeptos estuviesen alerta y trataran de mantener al partido libre de toda decadencia interna, que ha sido de rechazo a la autoridad de los jefes populares. Respondí a Bitz, pues, en ese sentido y le dije que, si se comenzaba por desacreditar toda opinión de los compañeros que no coincidían con los puntos de vista de los jefes, en ese caso no se tenía ningún derecho a condenar a Bismarck cuando quiso amor- dazar a la socialdemocracia en el pueblo mediante la ley contra los socialistas.

Naturalmente no quiso aceptar ese criterio. Más bien intentó demostrar que Bismarck y sus adeptos combatían fundamentalmente las aspiraciones socialistas del proletariado para mantener el orden capitalista contra la voluntad del pueblo, mientras que el partido no tenía en cuenta más que el bienestar de las grandes masas y justamente por ese motivo tenía que impedir bajo todas las circunstancias un debilitamiento de sus fuerzas naturales por las divergencias internas.

Le respondí que se podía tener diversas opiniones acerca del bienestar del pueblo y que al respecto no se podía presentar una regla única. Por lo demás yo era de opinión que la tarea principal de un partido democrático debería consistir en obrar con todas sus fuerzas en el sentido que cada uno de sus adeptos cooperase a su manera al bienestar general y que no se le restringiese ese derecho por ninguna especie de tutela espiritual.

No llegamos a ningún resultado. Bitz se excitaría cada vez más y se dejó arrastrar a la amenaza de que se nos ajustarían las cuentas si no entramos en razón. Se creó entre nosotros desde entonces una relación tirante. Pero el desarrollo ulterior de las cosas hizo que la discrepancia que se produjera así, no pudiese ser superada. Me sentí al comienzo muy abatido, pues yo no había previsto tal fin. ¿Pero qué podía hacer? Como de cualquier otro, también yo no había hecho en mi vida algunas cosas de las que tuve que arrepenti- miento después. El hombre no ha nacido para la perfección, y tal vez consiste en eso todo el encanto de la vida. Pero en este caso me daba libre de toda culpa. Bitz me había atribuido cosas en las que él mismo probablemente no
creía. Quizás lo hizo sólo para obligarme más fácilmente a ceder. Si fué así, consiguió justamente lo contrario.

Estoy hoy convencido de que mi desenvolvimiento ulterior habría seguido su curso natural también sin ese incidente. Quizás se habrían separado después nuestros caminos, pero la separación era inevitable. Bitz no hizo más que acelerar las cosas. En su celo me había herido en el lugar en que los hombres sin dobleces son más sensibles: hiñó mi sentimiento interno de justicia. Por primera vez tuve la idea de que los partidos políticos no son precisamente los mejores centrolegias de la independencia espiritual, que la voluntad de poder está en la relación opuesta al sentido real de la libertad del hombre. Es verdad que tardó todavía un cierto tiempo hasta que me claramos debidamente todas esas conexiones, pero había recibido el primer impulso. Todo lo demás no era sino cuestión de tiempo.

Poco después aparecieron en el club de lectura dos delegados de la Asociación electoral para pedir que se les permitiese debatir ciertas cosas que ya no sucedían. Nadie tuvo nada que objetar y el presidente dio la palabra al primero de los delegados, Karl Bitz. Éste repitió las mismas cosas que me había dicho ya, pero se mantuvo más en los cuadros de la objetividad y no nos atribuyó ningún propósito. En cambio arremetió con tanta mayor violencia contra los jóvenes belicosos de quienes no se habíamos enterado y por qué caminos querían llevar al comité, con especial acritud contra los hombres que con el apoyo de Liebknecht, Grünberger y otros metían en todo caso más confusión que unos desconocidos que no habían merecido todavía la espuela. Para terminar declaró que nuestra inexperiencia juvenil nos conducía a favorecer cosas que nosotros mismos no deseábamos, pero que podían ser muy peligrosas para el movimiento. Por eso era conveniente que un representante adulto del partido tomase parte en nuestras sesiones a fin de darlos las directivas necesarias y prevenirnos contra extravíos antes de que fuese demasiado tarde.

A estas palabras siguió un silencio perpetuo. Cada cual sentía la intención oculta y quedó desorientado. Un joven compañero hizo al fin la proposición de tratar el asunto primero en nuestro propio círculo y llevar luego a la Asociación electoral nuestro acuerdo. Declaré entonces que en ese caso era mejor que la discusión se hiciese en presencia de los dos delegados, ya que nosotros no teníamos nada que ocultar y en consecuencia podíamos expresar nuestra opinión libremente. La mayoría estuvo conforme conmigo.

Tomé el primero la palabra y expuse las causas que nos habíamos llevado a la fundación del club, destacando expresamente que nunca habíamos tenido otro propósito que el de servir al movimiento y fomentar sus objetivos. Pero como nuestro movimiento se basa en los principios de la democracia, cada uno de sus adeptos tiene el derecho a expresar su opinión libremente, aun cuando esa opinión no concuerde siempre con los puntos de vista de otros compañeros. En eso consiste precisamente la superioridad de la democracia, en que sus partidarios no se someten a ningún dogma determinado, sino que en el cambio continuo de las cosas la condición primera de todo progreso.
cuadro de los principios generalmente reconocidos asegura también a la
minoría del derecho de obrar en pro de sus concepciones. Por esa razón no
atribuía validez a una decisión mayoritaria más que cuando se trataba de
problemas de importancia secundaria, pues en ese caso no se podía encontrar
ningún medio mejor para hacer posible acuerdos. Pero cuando se trataba de
problemas de naturaleza ideológica fundamental, que surgen de la con-
vicción interior del hombre, toda decisión mayoritaria pierde su validez. Los
problemas de conciencia no pueden ser decididos por la mayoría. Ni siquiera
los que en los mejores centros de un partido pueden decidir al respecto. Se puede
decidir, dijo, cómo se puede solicitar del mejor modo prácticamente una
tarea sentida por todos como necesaria, pero ninguna mayoría tiene derecho
da determinar lo que un hombre puede pensar y crear. En este caso el
individuo es la única y la suprema instancia que puede tomar decisiones. Soy
socialista, porque he llegado por mi mismo a ese criterio, no porque me lo
hayan impuesto los acuerdos de los otros. Un hombre puede cambiar su
convicción, pero también en ese caso la decisión no corresponde a él y no a
los demás. Una opinión, continuó, es siempre el resultado de la elaboración
mental personal y no puede someterse a la impresión de individuos aislados
ni a la voluntad de la mayoría. Toda otra concepción de las cosas equivale
e a un abandono de todos los principios democráticos y no podría conducir
más que a desarrollar el principio mayoritario a la categoría de un nuevo
despótico, que luego no resultaría menos funesto que el estado de cosas que
hoy combatimos. Como prueba mencioné nuestro propio caso. Ninguno de
nosotros fué forzado por decisión de los otros a adherirse a nuestro núcleo.
Fueron los mismos propósitos y la misma convicción los que nos reunieron
y los que están firmemente afirmados en el derecho de autodeterminación de
los miembros. Mientras conservemos ese derecho y no sometamos los obje-
tivos originarios de nuestra asociación a ningún cambio, las decisiones mayo-
ritarias dentro de la asociación tienen su validez y son obligatorias para el
individuo. Pero en el momento en que el club de lectura abandone el
derecto de autodeterminación de sus miembros y sometese su actividad a la
vigilancia de otra organización, está roto el convenio que une a los individuos
to grupo. En ese caso, cada quien tiene el derecho de sacar sus conclusiones de
la nueva situación y a resistirse a una coacción de la que no pueda respon-
sabilizarse más ante su conciencia. Estas y sólo éstas, dijo, es el punto central
de todo el asunto y no puede eludirse por ninguna interpretación sutil de los
hechos reales.
La discusión ulterior se volvió luego muy vivaz a menudo y sacó al buen
Bitz de quicio, tanto más cuanto que no pudo exponer ningún nuevo criterio.
Al fin se desalentó cuando pudo comprobar que los demás miembros del
club de lectura compartían en lo esencial mis puntos de vista. Como los
debates no pudieron terminarse antes de la hora policial, se postergó la dis-
cusión para la próxima sesión y los dos delegados de la Asociación electoral
fueron especialmente invitados a ella. En la próxima asamblea no apareció
ninguno, de modo que nos vimos forzados a dar término al asunto sin ellos.
En una resolución que fué aprobada por todos contra dos votos, la propuesta
de Bitz fué rechazada, corriéntemente, pero no por eso con menos decisión.

acuerdo fué llevado por escrito en la misma noche a la Asociación electoral.
Se nos dejó desde entonces libres, pero se desarrolló luego entre el club
de lectura y una parte de los compañeros adultos una cierta tensión, que en
el curso del tiempo se transformó en franca hostilidad. Pero no todos los
eles mantuvieron con nosotros relaciones de perfecto compañerismo, concurren-
a nuestras asambleas y participaron vivamente en nuestros debates. Algunos
de ellos habían defendido incluso en la Asociación electoral nuestra causa y
hubieran reprochado a Bitz que había abierto una disputa para la cual no había
motivo alguno. Mi tío le había advertido que su conducta nos llevaría a una
posición que, según toda probabilidad, no haría más que madurar cosas que
precisamente quería evitar con su proposición inconveniente. Éstos reproches
excitaron tanto más a Bitz. Había de nuestra asociación sólo como de una
asociación margen de la oposición berlinesa y no dejó pasar ninguna
ocasión para hacer sentir su disgusto contra nosotros.

EL MOVIMIENTO DE LOS “JÓVENES” EN BERLÍN

Mi tío tenía razón. Lo que había previsto, se cumplió literalmente. Hasta
allí no teníamos ninguna relación con los jóvenes berlineses, pero las acus-
ciones de Bitz y de otros contra los portavoces de la oposición suscitaron en
nosotros el deseo de ir al fondo de las cosas y anudar relaciones directas
con Berlín. Después de acercarnos la dirección de Karl Wildberger, escribi
a éste, a propuesta del club de lectura, una larga carta, en la que le rogaba
que nos informase más detenidamente sobre las aspiraciones reales de la
posición y que nos explicase sobre todo qué es lo que ocurría con el rumor
de una proyectada escisión del partido. Poco después recibí de Wildberger una larga carta que nos puso al
corriente de la situación en Berlín. Nos advertía expresamente que no tenía
objeto entrar en todas las pequeñas minucias que se había puesto en circula-
ción sobre la oposición. En realidad se trataba de cuestiones de principio
que tenían mucha mayor importancia para el porvenir del movimiento social-
ista en Alemania. Ninguno de los compañeros berlineses ha pensado en una
escisión del partido. Por eso es tanto más singular que los adversarios de la
posición esperan por el país, sabiendo que mienten, tales rumores. Se
puede suponer que se hace así para desacreditar los verdaderos propósitos
de la oposición y eludir una discusión objetiva. Tampoco corresponde a la
verdad que la oposición se componga simplemente de jóvenes: se ha acu-
nado la expresión de movimiento de los jóvenes por miembros de la fracción
del Reichstag para rebajar el significado de la oposición a los ojos de las
personas perezosas. En realidad entre los llamados jóvenes había una gran
cantidad de viejos compañeros que pertenecían al movimiento desde antes
de la promulgación de la ley contra los socialistas.

Wildberger describió luego, con apoyo de toda una serie de hechos
determinados, cómo, debido a la situación de excepción, el movimiento había
perdido casi toda influencia en las decisiones de la fracción y que ésta había
Asumido en el Reichstag con frecuencia una actitud que no podía conciliarse con las tradiciones revolucionarias del movimiento ni con los principios del socialismo. Como al llegar a su fin la situación de excepción hay que contar con un gran crecimiento del movimiento, existe el peligro de que intente entrar en el partido una cantidad de elementos pequeñoburgueses, a quienes solamente interesa asegurarse una carrera política. Por eso hay que tener que el movimiento pierda poco a poco su carácter proletario y sea llevado por los caminos extraviados de un simple partido reformista que no tenga de común más que el nombre con sus objetivos originarios.

Precisamente la actividad parlamentaria favorecía poderosamente la intervención de los estratos burgueses. Era la causa por la cual muchos compañeros en Berlín se expresan todavía en favor de las concepciones que ha sostenido Wilhelm Liebknecht en su conocido discurso Sobre la posición política de la socialdemocracia (1869). Si hoy reniega Liebknecht de ese punto de vista y califica de cabezas infantiles incorregibles a los que sostienen el mismo criterio, no demuestra con ello sino que su actuación parlamentaria de muchos años no ha dejado de causar efecto también en él. Pero por eso yo son menos justas que entonces sus palabras, tanto más cuanto que la gran victoria electoral del partido no ha hecho sino fortalecer el peligro de un achatamiento interno del movimiento. En las últimas elecciones sobre todo se han dejado llevar numerosos candidatos socialistas a toda clase de concesiones a los partidos burgueses, concesiones que bajo ninguna circunstancia se pueden justificar. Por eso hay que comprender que por parte importante de los compañeros juzga con mucho escupitote la actividad parlamentaria y se pregunta si las pequeñinventajas que puedan aportar al movimiento no se compran demasiado caras a costa de desventajas mucho más grandes. Ante todo había que tener presente siempre que la gran transformación social que pretende realizar el socialismo, no puede ser lograda por medios parlamentarios. Las elecciones, en el mejor de los casos, son sólo un medio para llevar las doctrinas socialistas al pueblo. Pero cuando uno se dispone a dejar en las sombras los principios del socialismo y a negarles para obtener fáciles victorias electorales, ese medio pierde toda significación para el movimiento.

Por desgracia, no hay que desconocer que en el partido se advierten desde hace tiempo fuertes corrientes oportunistas que tal vez están bien intencionadas, pero que, sin embargo, tienen que socavar la moral socialista del movimiento el si no los opone a tiempo un dique de contención. El que desconozca ese peligro o lo valorice falsamente, no que maravillarse si esas corrientes poco a poco adquieren la supremacía y abren el camino a un funcionarismo partidista, que lenta pero seguramente dejará de lado las aspiraciones revolucionarias del movimiento y sacrificará el largo y duro trabajo de los años pasados a las comodidades de una pequeña capa de jefes. Impedir esto es la única y principal misión de la oposición. No persigue otra finalidad, y atribuirle malaventurados otros propósitos, es una burda patraña.

Aquella carta nos causó a todos fuerte impresión. Aunque de la carta se deducía claramente que Wildberger conocía bien las acusaciones que se habían difundido en el país contra la oposición, no se dejó llevar a ninguna especie de ataques personales. Ni siquiera intentó justificarse él y justificar a sus camaradas contra tales acusaciones, sino que desarrolló con tranquilidad objetividad su punto de vista, dejándonos a nosotros las necesarias conclusiones. Se podía compartir o no ese punto de vista, pero no había en esa carta una manifestación que pudiera ser interpretada falsamente.

Hubo además otra circunstancia que testimonia en favor de los rectos propósitos del autor. Sabíamos que Wildberger en las últimas elecciones había sido candidato del partido en uno de los seis distritos electorales de Berlín y que en las elecciones de desempeño había fracasado por negarse resueltamente a hacer concesión alguna a los partidos burgueses. El hecho solo que los compañeros berlineses hayan sostenido la candidatura de Wildberger, no podía ser interpretado más que como una prueba de que gozaba de su confianza, pues no se confían tales cargos más que a los primeros entre los mejores. Wildberger había recibido un número tan grande de votos que se podía calcular seguramente que sería elegido en las próximas elecciones. Si su carta juzgaba el parlamentarismo de manera tan crítica, se podía deducir que no era guiado por ningún motivo personalista. Eso testimonia en absoluto la fuerza de su carácter, pues para muchos arrivistas ambiciosos, una credencial para el Reichstag era el fin supremo de la vida, por el cual valía la pena hacer toda clase de concesiones, aun cuando esas concesiones no pudiesen armonizar con los principios socialistas.

Desde entonces se me hizo completamente claro que aquellos obsuros rumores que se había hecho circular intencionalmente sobre la oposición, tenían la falsedad por base y eran repetidos mecánicamente por la mayoría, sin que se hiciera ningún esfuerzo para examinar a fondo los móviles verídicos de esas silenciosas campaña de descrito.

El club de lectura permaneció desde entonces en continua relación con los jóvenes berlineses y se desarrolló en lo sucesivo cada vez más como una sacral de la oposición, según la había bautizado Bits. Nuevas relaciones directas con los compañeros berlineses hicieron que no familiarizásemos mucho más con la marcha interna del partido. Recibimos así nuevas perspectivas sobre el verdadero sentido del movimiento. Cosas que apenas habíamos advertido antes, se nos presentaban ahora bajo una nueva luz y nos daban constante materia para múltiples consideraciones. No hay que olvidar en esto que todo nuestro pensamiento se mantenía estrictamente en los cuadros de las concepciones marxistas. Estábamos orgullosos de nuestro socialismo científico y nos creíamos en posesión de una verdad indisputable, que nos revelaba las causas ocultas de todos los fenómenos sociales y nos hacía concebir toda la historia humana como una cadena ininterrumpida de procesos.

1 Wildberger había referido aquí al prólogo que Liebknecht escribió para una nueva edición (1889) de su discurso, para combatir las demandas de la oposición.
En realidad no se hizo nunca eso. Aparte de algunas honrosas excepciones, los socialistas hicieron a sus electores en el campo de los trabajadores y de los peones burgueses las mismas promesas que todos los demás partidos. Si la socialdemocracia se hubiese atenido estrictamente a los principios que predominaban en aquel tiempo entre los compañeros del movimiento clandestino, no se habrían obtenido jamás las altas cifras electorales que provocaron entonces y después tanto entusiasmo en el extranjero. En realidad no se hizo nunca eso. Aparte de algunas honrosas excepciones, los socialistas hicieron a sus electores en el campo de los trabajadores y de los peones burgueses las mismas promesas que todos los demás partidos. Si la socialdemocracia se hubiese atenido estrictamente a los principios que predominaban en aquel tiempo entre los compañeros del movimiento clandestino, no se habrían obtenido jamás las altas cifras electorales que provocaron entonces y después tanto entusiasmo en el extranjero.
Comenzó entonces la gran estructuración del movimiento. El partido socialista, que pudo mantener durante doce años sólo una vinculación clandestina y eso en constante lucha con la policía, estaba ahora de nuevo bajo la protección de la constitución. Ciertamente, la condición general de Alemania no era muy elevada, aun sin la ley de excepción, pues la libertad de prensa, el derecho de reunión, etc., estaban sometidos a límites severos que hacían mucho tiempo que habían sido superados en los países de la Europa occidental.

La *ley contra los socialistas* había sido felizmente vencida por la socialdemocracia alemana. Ahora se preguntaba cómo se comportaría el movimiento bajo las nuevas condiciones, que le habían puesto repentinamente ante toda una serie de nuevas tareas. El partido tenía ahora una mayor libertad de movimiento y podía mantener contacto con las masas del pueblo mejor que un movimiento clandestino. Pero en cambio había ahora el peligro de que una gran capacidad de adaptación a la nueva situación, le hiciera perder poco a poco de vista los grandes objetivos y agotar su actividad en pequeños ensayos de reforma que no podían alterar las condiciones sociales existentes, pero en cambio alejarían a la masa de sus partidarios de la lucha por los grandes objetivos.

El gran mérito de la *oposición* fue que intentó atraer la atención de los compañeros activos sobre estos problemas y señalar los peligros en que se han estrellado a menudo grandes movimientos populares. Por entonces sólo muy pocos se daban cuenta del alcance de esos problemas. La mayoría estaba tan embriagada por el cambio político que había originado la caída del estado de excepción que no se preocupaba en modo alguno del problema del porvenir del movimiento. Además la estructuración del partido en la nueva situación absorbió todas las fuerzas. En todas las ciudades se desarrollaron asociaciones del partido. Fueron fundadas nuevas periódicos y otros fueron reformados para ajustarlos a la nueva acta. Con el movimiento político, también despertó a nueva vida el movimiento sindical. Asambleas gigantescas se realizaron en todo el imperio y testimonio que los largos años de la ley de excepción no habían alejado a las masas del movimiento.

El partido hizo en todas partes grandes preparativos para su primer congreso desde la promulgación de la *ley contra los socialistas*, en territorio alemán. El congreso debía tener lugar en el mismo año en Halle, y todo indicaba que tendría un gran éxito.

Entretanto se sucedían en Berlín las discusiones públicas de la *oposición* con los llamados *fraccionistas*. Por desgracia no estaban destinadas a suscitar grandes esperanzas para el porvenir. Todo indicaba más bien que la mayoría de los viejos jefes del partido no estaba dispuesta a hacer la menor concesión a los *jóvenes*. Mas aún. Se mostró desde el comienzo que los representantes parlamentarios del partido no tenían el propósito de examinar objetivamente las demandas de principio de la *oposición*, sino que querían sofocar en germén por todos los medios la voz de los *jóvenes*. Esto no era ciertamente tan simple. Las primeras manifestaciones de la *oposición* en Berlín habían mostrado claramente que tenía tras ella una parte considerable del movimiento.

*La fracción* se vio forzada a movilizar contra la *oposición* a sus mejores portavoces.

Una de las manifestaciones más memorables en Berlín fue el gran mitin en la cervecería Lipp, en donde August Bebel habló contra los *jóvenes*. Una densa multitud humana llenaba la gran sala hasta el último asiento, de modo que el local tuvo que ser clausurado desde temprano para impedir la afluencia de nuevos grupos. Fué la primera vez, después de la promulgación de la ley de excepción, que Bebel pudo hablar en un mitin público en la capital del imperio. Bebel era sin duda el jefe más influyente del partido y más querido que ningún otro por el proletariado alemán. Por eso era muy natural que su presentación en Berlín se convirtiese en un verdadero acontecimiento. Se había acudido para ver al hombre, de cuya presencia se había estado privado tan tiempo. Se puede afirmar tranquilamente que para la gran mayoría de los oyentes no tenía ninguna importancia el germen de la cuestión que iba a tratarse allí, que sólo tenía un profundo interés para los estrechos círculos de los compañeros exactamente familiarizados con los sucesos internos del partido. Sin duda los partidarios de la fracción no habían desaprovechado ningún medio para aparecer en pleno, pues todo el curso del acto mostró muy claramente que se había tenido en cuenta una prueba de fuerza contra la *oposición*.

De los portavoces de los *jóvenes* aparecieron Karl Wildberger, Wilhelm Werner, Richard Baginski y Bruno Wille, para medir sus aceros con Bebel. Este, a quien se salió al tomar la palabra con una ruidosa tempestad de aplausos, habló de la exaltaciones de algunos. Pero el que esperaba que el jefe más respetable del partido tratase los puntos en disputa sucisamente y expresase al respecto su propia posición, sufrió una gran decepción. El orador no tocó en modo alguno las verdaderas discrepancias que se habían producido dentro del partido entre los solamente parlamentarios y la *oposición*. No dijo una palabra sobre las atribuciones crecientes que la *fracción* se había tomado poco a poco bajo el dominio de la ley de excepción y que difícilmente armonizaban con el carácter de un partido demócrata. Ni una palabra sobre los tenores bien cimentados de la *oposición* de que tal desarrollo de las cosas llevaría inevitablemente a la construcción de una máquina política que habría podido a una pequeña capa de jefes cercar los derechos locales de los diversos grupos y perjudicar en el más alto grado la libertad de opinión dentro del partido. Tampoco mencionó Bebel el importante problema de la medida en que la actividad parlamentaria era conveniente al movimiento socialista, y qué límites habrían de trazarse a la misma para preservar al partido de un achutamiento espiritual. Trató más bien de nuevas insignificancias las numerosas desviaciones de los grandes del partido, inútilmente agitadas por la *oposición* para prevenirse contra peligros que no existían en la realidad.

Bebel habló a sus oyentes de las grandes luchas del partido bajo la *ley contra los socialistas* y celebró la gran victoria del movimiento sobre el Canciller de hierro con palabras que tenían que excitar el amor propio de los trabajadores en alto grado, pero lo hizo sólo para arremeter tanto más
fuertemente contra la oposición, a la que hizo el reproche de llevar agua al molino de los enemigos del movimiento obrero por sus suspicacias.

Después del discurso de Bebel, la asamblea salió de quicio. La larga permanencia en el local repito había vuelto a los asistentes inquietos y nerviosos. Era de prever por tanto que los oradores de la oposición no se impondrían fácilmente. Cuando subió Bruno Wille a la tribuna como el mayor de los oradores de la oposición, se levantó en la sala un estruendo de enérgicos reproches que le impidió hablar durante varios minutos. Wille, conocido en toda Alemania como escritor de fino espíritu y otro de las personalidades más brillantes del movimiento berlines, se defendió con la mayor decisión contra el reproche de que él y sus amigos trabajaban por la descomposición moral del movimiento, para favorecer la causa de los adversarios. Cuando dijo que las diversidades de opinión en un gran partido no sólo eran inevitables, sino también necesarias, para preservar al movimiento contra el aplastamiento interno, y dijo estas palabras: “Cuando el viento sopla en la corona del árbol, se mueven las hojas, pero el tronco queda firme”, se levantó sin ningún motivo plausible un grito a que Wille no pudo proseguir sus manifestaciones y tuvo que desistir de hacer uso de la palabra. Y esto ocurrió sin que Bebel, que había pedido imponer silencio con una palabra a sus partidarios, hubiese movido un dedo para contener esos manejos.

Realmente se dio la impresión de que la asamblea terminaría en tumulto. Por último lograron hacerse oír los tres oradores de la oposición, aunque de manera incompleta. Sostuvieron su causa con decisión viril, sin dejarse desviar por las constantes interrupciones y perturbaciones. Se logró una impresión en una gran parte de los oyentes, cuando Widdberger dijo que si se hubiese intentado una prueba de que la oposición tiene derecho a existir, el curso de la asamblea tenía que mostrar a cualquiera que lo quisiese ver las hondas raíces que había echado el espíritu de intolerancia y la simple ansia de poder en el partido, para una violencia más brutal contra una minoría apenas era imaginable. Naturalmente esto no podía cambiar ya las cosas. El mitin adoptó con gran mayoría una declaración que condenaba totalmente a la oposición. Cuando Wille, al terminar el acto, se acercó a Bebel y le preguntó si era de opinión que se había expresado allí la opinión de los verdaderos compañeros, movió éste los hombros y dijo: “¡Son electores!”

No he olvidado todavía la impresión que dejó en mí el informe sobre aquel mitin. Por primera vez pregunté si se puede hallar una diferencia entre el despótico de algunos gobernantes y el de una masa fanatizada que condena ciegamente una causa, de la que la mayoría no tiene idea alguna. Aunque la oposición hubiese estado equivocada en todos los puntos, tal procedimiento habría sido indigno en el más alto grado y tenía que ser condenado del modo más decidido, no sólo desde el punto de vista democrático, sino también desde un punto de vista puramente humano. En realidad, ¿qué diferencia existía entre Bismarck, que había puesto fuera de la ley a una parte de la población porque sus aspiraciones ponían supuestamente en peligro la seguridad del Estado, y esa ciega, casi diría esa odiosidad organizada con que se intentó aquí amordazar a un grupo dentro del movimiento socialista mío, porque sus partidarios se habían atrevido a oponerse al capricho de los jefes y no querían aprobar sin discusión cosas que habían surgido de los círculos de la representación parlamentaria?

Ciertamente Bismarck encerraba a sus adversarios en la cárcel o les expulsaba de su hogar y les azuzaba el desierto. Los otros no podían hacerlo, pues les faltaba poder. Pero su ciega intolerancia fue en algunos casos a un malévol a furia persecutoria, nació del mismo espíritu que aspiró siempre a formar a los hombres según un modelo determinado. Esa es la fuente de toda reacción oculta o franca. ¿Qué bien dijo Herder: “Es espantoso considerar a la humanidad como una línea que se puede doblar, cortar, alargar o reaccionar según el capricho, a fin de que se cumpla el plan, a fin de que se cumpla la misión!”

Nombres y programas importan poco aquí. Es el espíritu lo que interesa. Mientras el movimiento no esté en condiciones de desafiar de sus propias filas el desvío de la esclavización y la vinculación espiritual se condense en disciplina de partido, se repetirá siempre el circo de las reglas. Y así se abrirán nuevos caminos a la esclavitud intelectual.

**LA LUCHA CONTRA LA “OPOSICIÓN”**

Que los temores de la oposición no eran vanos como sostienen Bebel, sino muy bien fundados, se iba a ver muy pronto. Poco después de la salida de la ley contra los socialistas, publicó la revista francesa La Revue Bleue un artículo firmado por Georg von Vollmar sobre la nueva situación política de Alemania y que se refería a la actitud de la socialdemocracia. Ése artículo al comienzo pasó inadvertido, y fue mencionado en Alemania después de haber adoptado los periódicos franceses una posición crítica al respecto. Luego los periódicos alemanes reproducieron fragmentos más o menos fieles, que suscitaron justificada expectación hasta en los círculos burgueses; tanto más cuanto que no se ignoraba que Vollmar pertenecía al ala más izquierdista del partido socialista.

Vollmar desarrollaba en su artículo en grandes rasgos lo que después intentó basar con tanto detalle en sus conocidos discursos de Munich, que promovieron tanto escándalo. Habló de la necesidad de una nueva táctica, pues la situación política distinta de Alemania había presentado al partido socialista después de la liquidación de la ley de excepción ante problemas enteramente nuevos. Mientras el partido estaba legalmente proscrito, tuvo que ajustar su táctica entera a luchar por su existencia. Pero ahora que habían caído las barreras del estado de excepción y que el gobierno se había visto obligado, por el alejamiento de Bismarck, a seguir nuevas líneas en su política exterior e interior, la socialdemocracia tenía que tener en cuenta esas circunstancias e intentar llevar a Alemania a un nuevo orden político con ayuda de la burguesía liberal.

Ese punto de vista de uno de los jefes más influyentes del partido dio a la oposición motivo para un nuevo empuje. No sólo se demostró de ese
modo que sus portavoces no habían exagerado en modo alguno el peligro que amenazaba al partido, y que se tenía toda la razón para estar en guardia a fin de prevenir al partido contra el abandono de sus viejos principios. Así Max Baginski, en una gran mitin en Berlín, declaró que si para la socialdemocracia existía un motivo para buscar hacia afuera un punto de apoyo, debía buscarlo en la izquierda y no en la derecha, como quería Vollmar. Sería por eso mucho más saludable para los socialistas alemanes llegar a un acuerdo con los anarquistas y los social-revolucionarios, cuyos objetivos estaban dirigidos indudablemente a transformar la sociedad, aunque pertenecían a otra tendencia. En todo caso, era mucho más ventajosa una alianza de esa clase para el carácter revolucionario del partido que las concesiones al gobierno y a la burguesía, que sólo podían llevar un empaquetamiento espíritual del movimiento.

Los portavoces de los jóvenes habían señalado insistentemente ese peligro. Lo hicieron al comienzo con toda objetividad y no ciertamente con el propósito de perjudicar al partido, en favor del cual habían empleado sus mejores fuerzas bajo la ley contra los socialistas. Tan sólo después que la ciega odiosidad de sus adversarios recurrió a todos los medios que pudieran menospreciar sus aspiraciones y atribuir su conducta a obsequios móviles, su lenguaje se volvió más violento y desconsiderado. Hay que confesar francamente que algunos oradores de la oposición se dejaron llevar luego a ataques personales que habría sido preferible evitar en interés de su causa, pues no dieron al sector opuesto sino la ocasión para pasar por alto las verdaderas exigencias de los jóvenes y atribuir sus aspiraciones al mero placer del escándalo. Pero no hay que olvidar nunca que tales cosas sólo salieron a relucir después que conocidos jefes del partido como Grillparberger, Liebknecht, Frohne y Richard Fischer no vacilaron en acusar a los jóvenes de tener relaciones secretas con la policía política. Llegados a ese extremo, era comprensible que a los afectados se les desparraemase la bula y se desahogaran contra los calumniadores.

Por ejemplo se hizo sospechoso a Max Schippel, redactor de la Volkstriehne, desde el anonimato, de ser instrumento de la policía, sin presentar la sombra de una prueba contra esos turbios rumores de cuya difusión era responsable en especial el diputado Frohne. Cuando el congreso del partido en Halle tuvo que ocuparse de ese asunto, declaró Pfannkuch en nombre del comité de investigación:

"Hemos intentado establecer exactamente la forma de la expresión en debate (se refiere a la acusación de Frohne contra Schippel) y resultó lo siguiente: Frohne declaró y esto es conocido también en otras partes por otros miembros de la fracción, que el modo de escribir de Schippel era tal que si estuviese conscientemente al servicio de la policía no habría podido practicar más hábilmente esa manera de escribir."

El congreso no consideró necesario siquiera la menor censura contra Frohne. Schippel, que siguió después el camino de Vollmar y olvidó bastante rápidamente los pecados de su juventud, como hombre era intachable. Ninguno de sus adversarios de entonces podía dudar por un momento de la honestidad de sus opiniones. Por eso era tanto más repulsivo el juego indecente que se hacía con el honor de un hombre que continuó perteneciendo siempre a las más cabezas del movimiento socialista de Alemania.

En luchas llevadas con la pasión interna con que se llevó la disputa entre los viejos jefes del partido y la oposición, era inevitable que se llegase también a las cuestiones personales que tenían poco que ver con el asunto mismo. Las condiciones personales de los hombres son distintas. No todos pueden examinar previamente cada palabra que se pronuncia en el calor de la pelea. Estos habrían debido decírselo los viejos jefes del partido, ellos, que en el período en que el movimiento socialista de Alemania estaba escindido todavía en dos campos enemigos, se arrojaban mutuamente a la cabeza las más gruesas ofensas. Si por un lado los llamados landslidecos sostenían con toda seriedad que Bebel y Liebknecht, los jefes de los honrados, habían recibido díneros de la caja del rey de Hannover, éstos acusaban al señor von Schietzer, sucesor de Lassalle, de estar a sueldo de Bismarck. Bebel mantuvo esa sospecha incluso en sus memorias, para la cual no pudo aportar ni la sombra de una prueba y a pesar de que el conocido historiador de la socialdemocracia alemana Franz Mehring había refutado en todos los detalles esa acusación monstruosa.

A tales ataques o sólo a ataques semejantes no se hubieran dejado arrastrar nunca ni siquiera las cabezas más febriles en el campo de los jóvenes. Ellos no tocaban nunca el honor personal de sus adversarios, aunque han sido acusados por éstos muy a menudo de la manera más indignante. Al fin de cuentas, hay una diferencia entre calificar de traidor a la tradición del partido el deslizamiento de un movimiento que se llama proletario en la manera de ser y de pensar de la pequeña burguesía, y calificar a los individuos de traición a su suelo. No, no importa en tales cosas el vocabulario indebido, sino la causa misma, el contenido esencial y la honradez de sus defensores. La llamada oposición no era un movimiento cerrado, sino sólo una determinada tendencia dentro del partido. Sus partidarios no obraban nunca más que en tanto que reconocían el peligro que amenazaba al partido. Sobre la manera de superar ese peligro, las opiniones en el campo de los jóvenes eran bastante divergentes. Pero que la oposición tan difamada había estimado exactamente el poner del movimiento socialdemócrata, sobre eso no existe ya ninguna duda. El desarrollo ulterior de la socialdemocracia alemana y especialmente su fin sin gloria cuando Hitler llegó al poder, no sólo han confirmado en cada punto los temores de los jóvenes de entonces, sino que han dejado en la sombra incluso todo lo que podía presentar hasta el más empeñado pesimista.

He conocido personalmente a todos los portavoces destacados de los jóvenes: Karl Williberger, Wilhelm Werner, Bruno Wille, los hermanos Max y Richard Baginski, Albert Auerbach, y a muchos otros. Con la mayoría de ellos me ligó y en tanto que viven todavía me liga aún una vieja e indelible amistad, que no ha sido turbada a través de toda una vida humana. Justamente por eso apenas puedo comprender cómo se pudo acusar despiadadamente e injuriar de modo tan grosero a esos hombres. Cada uno de ellos era intachable como carácter y estaba a la altura de los mejores en cuanto a honradez personal y pureza de convicción. Y no eran en manera alguna
cigos fanáticos, sin humor ni comprensión humana, sino hombres talentosos de honestos sentimientos y un marcado sentido de justicia que, por desgracia, no se encuentra a menudo. Sin embargo no hubo villanía que no se intentase colgarles. Hasta socialismo comercial se les atribuyó, aunque toda persona decente tenía que decir que su posición no era el camino por el que se llega a los cargos y dignidades. No habrían tenido más que auxiliar con los lobos y habrían prosperado seguramente en el partido. Más fácilmente quiza que muchas otras nulidades intelectuales que no podían medirse con ellos en capacidad ni en carácter.

Es significativo que los ataques contra la oposición partieron de los jefes más calificados del partido, y que éstos se propusieron desacreditar con plena conciencia entre las masas la causa de los jóvenes. Por desgracia esto no es una exageración. Poco antes del congreso de Erfurt, nada menos que Friedrich Engels había pronunciado sobre el movimiento de los jóvenes el siguiente gallo gracioso:

"La oposición de los berlineses importunos, en lugar de acusar, cayó de inmediato en el banquillo de los acusados, se comportó de modo miserablemente cobarde y tiene que actuar ahora al margen del partido si quiere lograr algo. Hay sin duda entre ellos elementos policiales, otra parte son anarquistas ocultos que quieren hacer silenciosamente proselitismo entre nuestra gente; junto a ellos hay asnos, estudiantes hinchados, candidatos fracasados, arribistas de toda especie. En total ni siquiera doscientos hombres".

Ahora bien, Engels no conocía a un solo representante de la oposición personalmente, ni tenía elementos que pudieran justificar un juicio tan odioso como infundado. Del gran administrador del marxismo no se podía esperar apenas algo distinto. Su comportamiento contra adversarios reales o supuestos no fue influido nunca por trabas internas. Sus ataques desmesurados contra la oposición no eran más que una nueva demostración del papel funesto que ha tenido el cofundador del socialismo científico en las luchas internas de la primera Internacional.

Engels fue también el que se complació en calificar la aparición de los jóvenes como una revuelta de literatos, con lo cual sólo probó que su juicio no dependía de ningún conocimiento objetivo del asunto. Si la palabra proletario tiene un sentido, no hubo nunca una tendencia que tuviera más derecho a que el movimiento de los jóvenes. Sus partidarios en la capital y en todas las otras partes del país pertenecían casi exclusivamente a la clase obrera. En mismo era Bruno Wille casi el único entre los representantes de la oposición que procedía del campo burgués. No es que con ello se probase nada. El socialismo no es una causa a la que puedan tener derecho sólo los pertenecientes a una clase especial. Pero eso es inútil ver cómo se pintaba Engels las cosas en Londres.

El 12 de octubre de 1890 se reunió en Halle el partido de la socialdemocracia alemana, en donde se trató ante el país por primera vez el problema de la oposición. Por los jóvenes concurrió Wilhelm Werner. Entre los cuatrocientos delegados había algunos que sentían cierta inclinación a la oposición

1 Carta a Serge, 54 de octubre de 1891.

188

189
En realidad apenas hubo una debilidad humana o una lesión de la decencia y las buenas costumbres que no se le hubiese echado en cara. Se le acusaba de mentiras conscientes, de malévolas habladurías, de socialismo comercial, de grosería, de cobardía, de insinceridad, y, para colmar la medida, de la más profunda ignorancia en materia de socialismo. En una palabra, se le presentó a los delegados del partido como un hombre del que la llamada comisión de investigación de Halle dijo que no posee el tacto ni la capacidad para juzgar el alcance de sus actos con respecto a la salvaguardia de los intereses del partido. ¿Cómo era posible que semejante perso de inferioridad intelectual y de debilidades morales haya podido ser nombrado por el mismo partido candidato al Reichstag, es decir para el más alto puesto de honor que podía ofrecer? Sobre eso nadie pensó entonces.

De todos los representantes conocidos de la oposición berlinesa, a quienes conoci personalmente, fue Wilhelm Werner aquel a quien traté más a fondo. A consecuencia del mismo desarrollo espiritual, estuvimos ligados por la más estrecha amistad en el curso de los últimos cincuenta años. Hoy mismo al escribir estas líneas, estoy en correspondencia epistolar con ese hombre de ochenta y dos años. Puedo permitirme por tanto juzgar al tan maltratado entonces de una manera que no corresponde a la caricatura que trazaron de él sus adversarios de aquella época.

Wilhelm Werner era en aquella época uno de los mejores oradores populares del movimiento berlines. Tal vez faltaba a sus discursos un fino pulimento, pues para parlamentario no tenía ciertamente pasta. Era demasiado rectilíneo y demasiado poco maleable. Pero lo que decía tenía siempre manos y pies y daba en el clavo. Su voz sonora y armoniosa, su sonrisa, su sentido común, que siempre se nutría en la vida plena, y su humor insuperable, hacían de él uno de los oradores más solicitados de aquellos días.

Hijo de una familia obrera berlinesa pobre, tuvo una juventud llena de privaciones y dura y conoci en carne propia todas las gradaciones de la miseria social. Como carácter era Werner uno de los hombres más honrados que he encontrado en la vida: un fiel amigo, sincero y sin doblez, siempre dispuesto a la ayuda, de toda confianza y listo para cualquier sacrificio. Se podía edificar sobre su palabra. Los pensamientos ocultos le eran totalmente extraños. Haba siempre viril y derechamente al grano y nunca se dejó desviar de una decisión por ventajas personales ni creía que debía poner su palabra en la balanza. Nunca fue calculador, y menos adorador del éxito; decía a los grandes reconocidos las verdades porque lo juzgaba aconsejable y porque podía también ser de provecho. Justamente porque de vinto al viento que más soplaba y carecía de todo cálculo personalista, se hizo un adversario que pudo serle muy útil como amigo y perjudicial como enemigo. Durante la ley de excepción ha sido más de un escritor prohibido de su pequeña imprenta, y Bebel y otros jefes del partido lo sabían muy bien.

Werner poseía un sentido de la justicia fuertemente desarrollado, y no conocía barreras cuando se trataba de reconocer errores. En el fuego de la lucha podía ser un rudo, especialmente si sentía que se cometía con alguien una injusticia, pero no era rancoroso y poseía un fino sentido humano para el juicio ajeno, siempre que viese que emanaba de un corazón honesto. Era conocida generalmente su valentía. No en vano se le llamaba en los círculos íntimos de los compañeros el elefante, pues se atrevía con un puñado de amigos a concurrir a todo acto antisemita y a los lugares más apartados de los alrededores de Berlín para abrir los ojos a las masas enaguadas. Tal conducta estaba siempre ligada en aquel tiempo a un gran peligro y más de una vez fueron literalmente expulsados a palos él y su pequeño grupo de aldeas y asambleas. En tales casos resistía Werner siempre más que los otros y cubría la retirada de sus camaradas con sus anchas espaldas.

De ahí el nombre de elefante.

Werner era uno de aquellos críticos biliosos que acechan engaños detrás de todas las cosas y que están inclinados siempre a hacer de mentores de las acciones ajenas. Para eso era demasiado amplio. Le interesaba llegar al núcleo de la cosa. Para la disputa minuciosa no tenía ninguna comprensión. Era un magnífico observador, con un sano ingenio nativo, y su auténtico humor berlines no ha procurado más de una hora alegre y gozosa. Acostumbrado desde la más temprana juventud a mantenerse a sí mismo, vivió siempre del trabajo de sus manos. Era conocido en Berlín como uno de los mejores obreros en su oficio y todavía septuagenario se hallaba junto a la máquina impresora para ganarse el pan suyo y el de sus familiares. Desacreditar a un hombre como él como político profesional, no sólo era estúpido, sino simplemente bajo.

Todos los que conocían a Werner —y a ellos pertenecían en primera línea los representantes de Berlín y sus alrededores en el congreso de Halle— sabían que los mutes que se le aplicaron allí tan abundantes carecían de toda base. Pero después de haber pasado la señal los grandes del partido, ninguno se atrevió a pronunciarse en favor del difamado. En un país donde ha arraigado tanto en el pueblo la credulidad en la autoridad, no se podía esperar un resultado mejor. Sólo muy pocos tuvieron valor para romper una lanza en favor de Werner y de su causa. A ellos perteneció también Georg von Vollmar, que no vaciló en declarar abiertamente que los viejos jefes del partido eran responsables del agudizamiento de la lucha entre la fracción y los jóvenes. En su caso era tanto más meritorio cuanto que justamente él estaba más distante que los demás de la ideología de la oposición y su manera de pensar era enérgicamente combatida por los jóvenes.

Se podía reprochar a Werner que no haya roto ya en Halle con el partido, después que todo el curso del congreso le tuvo que haber persuadido de que era imposible una convivencia más larga de la oposición con el partido. Yo mismo le hice después esa pregunta y me declaró sin prevención que hacía mucho que estaba arrepentido de no haberlo hecho. No hay que olvidar que entonces se sentía completamente socialdemócrata, que no quería más que impedir los extravíos del movimiento. Estaba íntimamente ligado al partido, por el cual había luchado muchos años con sus mejores fuerzas y no había vacilado en ningún sacrificio. En esas circunstancias no podía serle indiferente entonces una ruptura abierta. Estaba por decirlo así ante un problema de conciencia que no era fácil de resolver. La libertad de acción es siempre más fácil cuando se está ante un hecho cumplido y no se debe cuenta a otros de esas consideraciones. Pero el hecho que Werner no haya roto ya el vínculo,
entre ellos Völlmar, que no tenía ninguna relación con la oposición, condensan energéticamente esa censura a la prensa, debía mostrar a todo individuo con algo de visión que la aparición de los llamados jóvenes no podía ser suprimida con frases vacías.

Finalmente, se dirigió a Joest personalmente y le pidió que diese pruebas de sus acusaciones infundadas. En caso de que no pudiese darlas, no tendría que maravillarse de que su afirmación fuese calificada como una malévola calumnia.

Estas palabras desencadenaron un fuerte escándalo. El presidente de la asamblea me exigió que retirase esa expresión. Le respondí que dirigía su exigencia a una falsa dirección. No era yo, sino el diputado al Reichstag Joest el que tenía el deber moral de retirar su afirmación o de presentar a la asamblea los fundamentos de su veracidad. Mientras él no hiciera el deber de aclarar una acusación sin conciencia con las palabras que merecía.

A esa declaración siguió un nuevo escándalo, que no pudo dominar la campanilla del presidente. En su impotencia, no supo hacer nada mejor que retirarme la palabra. Pero entonces se desencadenó más aún la batalla. Mientras una parte de la asamblea aplaudía al presidente, la otra gritaba:

"¡Dejar hablar! ¡Dejar hablar!" Duró el escándalo una media hora, hasta que la calma volvió a restablecerse en cierto modo. El presidente de la asamblea quería que continuase en el uso de la palabra, pero yo había dicho todo lo que había en mi corazón y renuncié a continuar hablando. La asamblea aprobó al fin el informe del diputado Joest, pero la mayoría fué muy dudosa, pues casi la mitad de los presentes se abstuvo.

Aproximadamente una semana después, se me hizo llegar por la presidencia local del partido una carta en la que se me intimaba a retirar públicamente la ofensa referida al diputado al Reichstag. Franz Joest, en su condición de representante político de la circunscripción electoral Maguncia-Oppenheim, disfrutaba de la confianza plena de la población de Maguncia y por tanto la ofensa contra un viejo y probado correligionario por un joven de mi edad no sólo había superado todos los límites de lo admisible, sino que había dañado de un alto grado el prestigio del partido. En relación con la manifestación del diputado Joest había que establecer que no se había referido a persona alguna y por tanto no se podía hablar de una calumnia malevola. Por lo demás me intimaba la dirección local a hacer llegar mi respuesta en el curso de una semana y se reservaba las otras medidas en este asunto.

Mi respuesta llegó a la dirección local al día siguiente. Declara a esos buenos gentes que entre hombres decentes, sin distinción de partido, no era usual acusar a toda una corriente de relaciones con la policía sin aportar pruebas convincentes de la monstruosa incitación. Ni siquiera un diputado al Reichstag tiene el derecho a desprender todas las barreras de las buenas costumbres y a escarnecer el honor de sus semejantes. Justamente su posición le comprometía tanto más a una mesura en el juicio, pues la palabra de un
representante reconocido del partido pesa mucho más en la balanza que la afirmación de un desconocido cualquiera. Pero en una columna notoria "importa poco la juventud o la vejez de un hombre; lo interesante es la causa misma. La afirmación de que el señor Joest no tenía en vista a ninguna persona determinada, no prueba nada. Cuando se tiene la audacia de caracterizar a la oposición enteramente como maquinación policíaca, cada uno de sus partidarios tiene que sentirse aliviado. En esas circunstancias no podría retirar mis palabras mientras el señor Joest mantuviera su acusación infundada. En cuanto a los procedimientos de expulsión con que se amenzaba a mi persona, declaré que esa decisión me dejaba enteramente frío. Después de todas las experiencias hechas era para mí problemático si debía ser considerado realmente un privilegio pertenecer a una asociación que posee tan notoriamente todo derecho y para la cual la falsedad en boca de un diputado tiene mayor validez que la honrada indignación de un simple compañero.

Un mes después se decidió mi expulsión del grupo local del partido y se me comunicó por escrito que interpusiera queja ante la comisión de control de Berlín en caso de que creyese tener motivos para ello. No había esperado otra cosa y no me preocupé más de ello, pues hacia tiempo que sentía que no encabaza bien en ese círculo. Ese hecho fue también el motivo por el cual rechacé la invitación para la sesión en donde se trató mi expulsión. Había dicho a esas gentes todo lo que tenía que decir y habría sido enteramente inútil disputar con ellas más tiempo sobre justicia e injusticia, después que habían demostrado tan abiertamente que no conocían lo que las distinguiña.

Por lo demás, en aquella sesión se produjeron algunos incidentes incómodos. Una parte no pequeña de los viejos compañeros votó contra mi expulsión, entre ellos, singularmente, también Ritz. Otros se abstuvieron, de modo que la proposición de la dirección local sólo fue aprobada por una débil mayoría. Díjamos de paso que el señor Joest puso todo su celo en acción para lograr mi expulsión. Habría servido más a su prestigio si en este asunto hubiese adoptado una contención mayor. También mi tío había estado ausente de aquella sesión, y había hecho bien. El señor Joest tuvo que sufrir años después él mismo la expulsión y desaparecer sin pena ni gloria del movimiento. En su caso no se trataba ciertamente de diferencias políticas de opinión, sino de causas más graves.

La resolución del grupo local socialdémócrata fue comunicada al club de lectura y se había enfatizado que sus miembros extraerían las necesarias conclusiones. Era simplemente un asunto de forma, pues se sabía bien que el club nunca estaría conforme con mi expulsión. En una nutrida asamblea de miembros fue aprobada una resolución según la cual la decisión del grupo local socialdémócrata no tenía validez alguna para el club de lectura tanto menos cuanto que el acuerdo tomado escarnecía todos los hábitos democráticos y tenía que ser calificado de abierto injusticia. El club de lectura, por tanto, deseaba llevar a conocimiento del grupo socialdémócrata local que sus miembros no sólo eran de opinión que mi protesta contra las acusaciones infundadas del diputado Joest estaba totalmente justificada, sino que compartían plenamente el punto de vista sostenido por mí en ese asunto.

La dirección local del partido no había esperado esa declaración. Pero como en el camino que había tomado no cabía rectificación, fue natural que a mi exclusión siguiera otro nuevo acuerdo en que se hacía saber al club de lectura que el partido había interrumpido todas las relaciones de compañerismo con sus miembros. Como la dirección local había obrado en este caso por propio impulso sin convocar al grupo local, se produjeron nuevas discusiones violentas que terminaron con el apartamiento del grupo de once de los compañeros viejos y con su ingreso en el club de lectura. Por otra parte, recibimos entonces también fuerte influencia de las filas del sindicato de encamaderos, de manera que tuvimos que buscar un local mayor para las asambleas, pues el viejo no bastaba ya para nuestros propósitos.

AGUDIZAMIENTO DE LAS DESIDENIAS INTERNAS

Las asambleas del club de lectura se volvieron muy animadas después, y como en las veladas semanales de discusión podían participar también los no socios, nuestras reuniones fueron concurridas por lo general por ochenta a cien personas. A los huéspedes regulares de aquel tiempo pertenecían do hombres que merecen una mención singular. Los dos se llamaban Wolf, pero no había entre ellos ninguna relación de parentesco. A causa de su cabello negro y de su barba negra llamábamos a uno el Wolf negro (el lobo negro), mientras que su tocayo menor, cuyo cabello relucía rojizo, era llamado generalmente Wolf rojo (lobo rojo). Los dos Wolf eran miembros activos del grupo socialdémócrata y pasaban allí por los niños terribles del partido, que vivían siempre en pie de guerra con la dirección local y sostenían principios que solían oírse por lo demás sólo en las filas de los jóvenes. La dirección local había deseado sin duda que también esos dos se hubiesen adherido a los once compañeros que declararon su salida del grupo local del partido. Pero ambos declararon abiertamente que no pensaban causar al señor Joest y a su estrecho círculo tal placer. Si querían librar de ellos, había que resolver a motivar su exclusión del partido. Pero como la dirección local, después de las experiencias hechas, se volvió un poco recelosa, consideró asesible evitar por ahora nuevas pruebas de poder y poner buena cara al mal tiempo. Así ocurrió que tanto el Wolf rojo como el negro pudieron quedarse en el partido hasta que el congreso de Erfurt (1891) dictó su fallo sobre la oposición. Cuando, a pesar de ello, continuaron defendiendo la causa de los jóvenes y no pudieron ser forzados a ninguna concesión, los dos fueron excluidos del grupo local y pertenecieron pronto a los compañeros más activos de nuestro círculo.

El Wolf negro era zapatero de oficio y trabajaba en un gran establecimiento de la Neustadt. Era entonces un hombre de cuarenta años, había leído mucho y sabía dar a sus pensamientos la más clara expresión. Un hombre con fuerte sentido de justicia y trato algo rudo, decía siempre francamente lo que pensaba y no andaba con subterfugios. Para político barato no tenía la menor inclinación. Le faltaba la suave ductilidad que encuentra su puesto en todas
las situaciones y el cómodo arte de decir que si cuando el corazón no acontecía. Las ascensiones dudosas para dar satisfacción a la opinión pública o para engañosar las cosas a la que había que hacer frente por razones de justicia no eran cosa suya. Wolf era en todas las condiciones de su vida todo un hombre, que iba irremediable por su propio camino y a quien era extraña toda tibieza. Como no podía menos de ocurrir a un hombre de su temperamento, llegó a sus amigos y compañeros lo mismo y a veces les resultaba muy incomodó. No había límites en su amor a la verdad, y como él estaba dispuesto a fortalecer sus palabras mediante los hechos, lo que durante la ley contra los socialistas había demostrado a menudo, ni siquiera podían refusarle su respeto los mismos adversarios. Que un hombre de esas condiciones tenía que ponerse de parte de los jóvenes, era casi natural. Era en el fondo de su ser un anarquista nato y más tarde se declaró, en efecto, anarquista.

También el Wolf rojo era una naturaleza innata de rebelde. Era de Hanover, trabajaba en Maguncia de corchoaparador y pertenecía a los obreros mejor pagados de la ciudad. Luchador impertérrito, tenía mucho de común con su tocayo de negro barba. Tenía entonces unos veinte o veinte o veinte años, poseía una cabeza sólida y se había apropiado, por el estudio incansable, de una cantidad de conocimientos, pero le faltaba a menudo la claridad de la expresión que tenía en alto grado el Wolf negro. Además tartamudeaba un poco, lo cual se advertía fuertemente al comienzo de su discurso. Pero cuando estaba de vena, fluían sus palabras sin tropiezo. El rojo disponía de un humor inagotable, y cuando guiñaba alegremente los ojos, se sentía su socarronería. Wolf tenía una capacidad enteramente asombrosa para vuplar las partes débiles de su prójimo, lo cual no era siempre regocijante para éste, pues cuando dejaba rienda suelta a sus burlas mordaces, sus adversarios no tenían motivos para reír.

El Wolf rojo era aproximadamente lo contrario de lo que se llama un filántro. Era el terror de todos los mozajitos, y los solones procuraban estarlo en el posible si tenían ocasión para hacerlo. Especialmente tomaba por punto de mira a aquellos que estaban algo más altamente situados o que creían tener que guardar una cierta distancia de los mortales ordinarios a causa de su posición social. A ellos pertenecía también el diputado Franz Joest, que se pavoneaba mucho y que era muy susceptible a la contradicción sobre todo después de su elección al Reichstag. En sus discursos mencionaba casi siempre alguno de sus experiencias parlamentarias, mencitaba ocasionalmente un par de frases habías a sus amigos Bebel y Liebknecht, lo cual dejaba una fuerte impresión en sus partidarios incondicionales, que escuchaban sus palabras como si fuese un oráculo.

Para un sujeto como el Wolf rojo, que no tenía en sí ningún rastro de reverencia, ese aspecto debil del gran hombre era naturalmente un bocado. No dejó nunca de hacer comentarios al respecto, lo que sacó más de una vez de sus casillas al bravo Joest. Una noche, en una asamblea del grupo local, en la que Joest ejercía la presidencia, ocurrió un incidente muy divertido que nos dió materia abundante de risas. Joest había hecho a la asamblea una propuesta cualquiera, que fué combatida por el Wolf rojo y por otros violentamente. Su irrito por eso mucho y cometió la imprudencia de volver a apelar a sus experiencias en el Reichstag, probablemente para señalar que los adversarios de su propuesta no podían hablar sobre esas cosas.

Cuando salió luego por unos minutos, el Wolf rojo se sentó con asombro de todos en la silla vacía y echó una mirada como si mismo de dolor de vientre. Cuando Joest reapareció después de unos instantes y halló su puesto ocupado, lanzó al rojo una mirada severa y lo preguntó qué significaba eso. Wolf se puso en seguida de pie y dijo con sonrisa cautivadora: "Perdon, querido Franz! A vosotros en el zoológico nacional berlinés os viene la ilustración de ától. Me senté rápidamente en tu asiento todavía caliente, en la esperanza de que me socorriese. Por desgracia no ha valido de nada."

Joest se puso rojo como un tangojirvido y si las miradas hubieran podido matar, habríamos tenido al día siguiente un entierro. Pero no dijo palabra, no echó un golpe ni cuando una parte de los presentes lanzó una carcajada ruidosa y echó mano en seguida a la campanilla para continuar dirigiendo la reunión.

Pero ese individuo travieso, cuyas burlas mordaces tenían algunos, era en el fondo un hombre magnífico que en las cosas serias podia ser muy serio. No era tampoco un críticoordinario que sabía acuñar pequeña moneda con todas las cosas; sabía testimoniar pleno reconocimiento al que lo recibía. Pero era inflexible en el más alto grado frente a gentes cuya juventud era superior a sus méritos reales. Contra las criaturas de esa especie no conocía consideración alguna, y menos contra los que llevaban el lenguaje formal o por un sentimiento de su admiración a tales hombres por perfección mental o por un sentimiento de su admiración a tales hombres por perfección mental o por un sentimiento de su admiración a tales hombres por perfección mental o por un sentimiento de su admiración a tales hombres por perfección mental o por un sentimiento de su admiración a tales hombres por perfección mental o por un sentimiento de su admiración a tales hombres por perfección mental o por un sentimiento de su admiración a tales hombres por perfección mental. Pero a Joest no era un buen camarada y estaba siempre dispuesto a hacer por sumisión. Wolf rojo era un buen camarada y estaba siempre dispuesto a hacer por sumisión.
Sin embargo había toda una cantidad de voces autorizadas del extranjero que no se manifestaban contra los jóvenes con prevenición intencional, sino que pretendían valorizar sus concepciones y que en muchos puntos coincidían con ellas. Esto ocurrió por ejemplo en un artículo firmado por el conocido socialista francés P. Argyriades en el periódico parísien La Question sociale, en donde se defendía con toda insistencia las demandas de la oposición y se hacía a la socialdemocracia alemana el reproche de haber tomado un camino que debía conducir al abandono total de todos los principios socialistas.

En Suiza el fiscal de distrito Lang, uno de los jefes más conocidos del partido socialista en Zurich, rompió una lanza en favor de la oposición, lo cual tenía que ser tanto más estimado cuanto que, según todas sus concepciones, pertenecía a los llamados viejos. Pero tenía bastante visión política para ver en la aparición de los jóvenes un contrapeso necesario ante el predominio de las corrientes puramente reformistas del partido, lo único capaz de preservar a éste de grandes desvíasiones. “Yo estoy en lo esencial en el punto de vista de los viejos —escribió—, pero estoy indignado sobre el tono que emplean éstos en cuanto se trata de una discusión con los jóvenes. Hay que estar satisfechos de la oposición, como signo de vida independiente en el partido y reconocer su relativa justificación. No hay que injuriarla, sino comprenderla y tratar de aprender de ella”.

Pero la más fuerte impresión se tuvo cuando F. Domela Nieuwenhuis, el jefe de la socialdemocracia holandesa y una de las personalidades más admiradas en la Internacional socialista, tomó partido en público en favor de los jóvenes y dijo a sus viejos amigos de Alemania verdades tan desagradables que no pudieron olvidarlas más. Todo el pasado de ese hombre singular, que dió a su causa, no sólo sus ricas cualidades intelectuales y morales, sino también su fortuna no insignificante, la pureza de su carácter, su amor insobornable a la verdad y la tolerancia que ofrecía frente a cualquier otra opinión, mientras fuese inspirada en voluntad honesta, habían im puesto pleno respeto hasta a sus adversarios más decididos en el campo burgués. El juicio de un hombre de esa talla tenía por tanto una importancia especial y no podía ser liquidado con lugares comunes vacíos.

Nieuwenhuis había asistido a los debates del congreso de Halle como representante de la socialdemocracia holandesa y su breve saludo fué acogido con ruidoso entusiasmo. Pero el curso entero odioso de aquel congreso y especialmente el estrangulamiento planoce de la oposición causaron en él una amarga impresión y lesionaron profundamente su severo sentido de la justicia. Poco después expresó públicamente su opinión sobre el congreso de Halle en un gran mitin socialista en Amsterdam. Aunque procuró atenerse a la mayor objetividad, su valerosa actitud tenía que ser en el más alto grado desagradable para los jefes del partido alemán. En marzo de 1891 publicó Nieuwenhuis en la revista belga La Société Nouvelle un artículo, Les divers courants de la démocratie socialiste allemande, que produjo gran escándalo y llevó a una completa ruptura entre él y los viejos jefes del partido en Ale mania. Ese artículo apareció algún tiempo después en traducción alemana en folleto especial con el título: Die verschiedenen Strömungen in der deutschen Socialdemokratie. Nieuwenhuis se colocó allí completamente del lado de los jóvenes, no sólo porque compartía sus temores, sino principalmente porque en la lucha despiadada contra la oposición, por parte de los viejos jefes del partido, veía los signos de una degeneración interna que tenía que resultar funesta tanto para el socialismo como para la democracia.

El 19 de junio de 1891 pronunció Vollmar en Munich el primero de sus discursos que se hicieron famosos, que provocaron expectación mucho más allá de las fronteras de Alemania y que dieron motivo a las discusiones más virulentas. Es verdad que se habían escuchado en el partido aquí o allá manifestaciones semejantes, pero quedó reservado a Vollmar resumir lo dicho sistemáticamente y expresar nuevas consideraciones y deducir las conclusiones que consideraba justas. Sostenía el criterio que después de la caída de la ley de excepción, Alemania había entrado por un nuevo camino en su desarrollo político exterior e interior que no podía ser desandado. Esa modificación de la situación política y social ha puesto a la socialdemocracia alemana ante novedosas tareas que llevaban indefectiblemente a una más justa medida de su posición hasta entonces frente al Estado alemán y a tomar el camino de una política de gran alcance que se adaptase a las nuevas condiciones y traste de fomentarlas con sus mejores fuerzas. Por eso había que comprender claramente que el período del eterno negativismo había pasado para siempre y que ahora lo que importaba era participar creadoramente en la legislación para abrir el camino a necesarias reformas sociales, que afectan mayormente al pueblo. Para la consecución de ese objetivo, el partido tenía que orientar su futura actividad hacia un entendimiento con aquellas esferas de la burguesía que desean seriamente transformar a Alemania en un verdadero Estado constitucional y suprimir por vías legales los restos de las tradiciones absolutistas.

Pero también en el dominio de la política exterior tenían que conceder confianza los socialistas al Estado actual y comprender que la situación política se había modificado decididamente desde la guerra francoalemana y condensado en una determinada condición jurídica. Desde este punto de vista la llamada triple alianza entre Alemania, Austria e Italia era un medio de seguridad para la paz de Europa, y debía ser concebida también por los socialistas como tal. Sólo en tanto que se tiene en cuenta ese desarrollo es posible dirigir el Estado por nuevos rumbos y capacitarlo para las grandes tareas sociales del porvenir.

El discurso de Vollmar, que poco después fue completado con un segundo, fue la primera señal de aquellas aspiraciones de la socialdemocracia que se calificaron después como revisionismo, que en el mundo socialista tuvo por consecuencia tan infecunda discusión oral y escrita. Sin embargo, todas las disputas teóricas no podían impedir que esa tendencia adquiriese la supremacía en la mayor parte de los partidos socialistas. Esta manifestación francesa de uno de los jefes más influentes del partido, que tenía tras él una adhesión considerable, causó naturalmente gran efecto.

El 9 de junio de 1891 habló Wilhelm Werner en una reunión del sindicato de zapateros de Berlín sobre Ferdinand Lessau y la socialdemocracia
La manifestación de Vollmar irrió incluso a muchos adversarios declarados de los jóvenes. Se sentía que una evolución del partido, como la pro- puesta allí, estaba en la más estrita contradicción con las viejas tradiciones del movimiento. Era poco después de la ley contra los socialistas y entonces se tenía un cierto ma- guro mayor que las aspiraciones de los jóvenes. Así declaró Liebknecht, des- pués, en el congreso de Erfurt, en su propio nombre: “Lo que han dicho los berlineses (se refiere a los jóvenes) sobre la táctica, puede decirlo cualquiera sin que dé motivo a consideraciones de principio. Más de uno de nosotros lo ha dicho ya; quieren, no como Vollmar, que se produzcan modificaciones metódicas. Si ahora consideramos el efecto que ha logrado Vollmar con su discurso en el país y en el extranjero, interpre- tado en todas partes como si la socialdemocracia alemana quisiera, des- pués de la caída de la ley de excepción, adquirir una nueva táctica en el es- treno de la ley con el abandonar del viejo campo de lucha, y transformarse en cierto modo en un partido de gobierno —cuando consideremos qué es- peranzas han sido suscitadas en los adversarios, qué temores en nuestros amigos, cuánta confusión se ha producido en estos círculos—, entonces parece para el partido doblemente necesario declarar con toda claridad que no quiere tener nada de común con tales aspiraciones, que quiere seguir siendo lo que es.”

Hasta un adversario tan odiado de la oposición como Richard Fischer, para quien toda sospecha contra los jóvenes era bastante buena, declaró en Erfurt: “Si reconociésemos el punto de vista de Vollmar, tendríamos que borrar de nuestro programa de inmediato las palabras partido socialdemócrata y escribir Programa del partido obrero alemán”. Por eso tenía que aparecer tanto más extraño que hasta los marxistas más rígidos del partido, que jus- tamente en ese problema estaban más cerca de la oposición que de las inter- pretaciones de Vollmar, no tuvieran una buena palabra para los jóvenes, mientras que frente a Vollmar demostraron una consideración que debía parecer incomprendible. Pero éste era uno de los grandes del partido, que todavía tenía tras él una adhesión no insignificante. Por eso se imponía ante él una cierta cautela, que no se cruzía necesaria cuando se trataba de la oposición. Ese pequeño rasgo de aparecer del modo más intolerante allí donde se sentían seguros, se mostró ya entonces en pleno esplendor. Por lo demás hay que destacar honradamente que Vollmar mismo, que fue vio- lentamente atacado por la oposición, se mantuvo siempre, frente a sus partavo- ces, alejado de toda odiozidad personal. Sostuvo su punto de vista con toda pasión, pero siempre objetivamente y sin prevención. No estaba en su modo de ser el rebajar malévolamente a sus dervalarios, el atribuirle propósitos bajos o hacerle sospechar, como ocurría tan a menudo en el movimiento socialista de Alemania. La distinción natural de su naturaleza le preservaba de acciones que no pudieran armonizar con su dignidad personal. Aunque hombre de partido, permaneció siempre un ser humano y respetaba la con- vicción de los demás, aunque estuviese en la oposición más decidida con sus propias interpretaciones. No sólo por el nombre, sino también por su pensa- miento era un aristócrata en el mejor sentido de la palabra y no se dejó influir nunca en sus decisiones por pequeñas consideraciones o por preven- ciones yiolas. Cuando poco antes de la convocatoria del próximo congreso de Erfurt comenzó en toda Alemania la gran batalla contra la oposición y fueron adoptadas en todas partes las resoluciones para proponer su expulsión del partido, Vollmar se mantuvo completamente distanciado de esos meneos y conservó hasta el fin su actitud objetiva 1.

Si se quisiera juzgar la situación general del movimiento socialista de Alemania por las manifestaciones que entonces se hicieron oir casi en todas partes contra Vollmar, habría que concluir con el partido no tenía nada que temer de su posición. La gran mayoría de los partidos del partido y casi todos los jefes conocidos del movimiento se declararon contra sus propuestas. El que sus aspiraciones, a pesar de la actitud de la socialdemocracia alemana, fuesen después tan decisivas, dependía de motivos cuyo alcance no se veía entonces claramente. El verdadero conocimiento de las causas más profundas de la gran oscilación del partido lo tuvo yo y muchos otros algún tiempo más tarde.

---

1 También en el extranjero se le concedía así. Me contó Demel Niewenhuis una vez, como fué sucedido como por previo acuerdo de todos los amigual amigos en los congresos socialdemócratas de la Segunda Internacional, después que se manifestó contra la actividad parlamentaria y tomó la defensa de los jóvenes de Alemania contra los ataques de los jefes Niewenhuis, que era una de las personalidades más distinguidas del mundo socialista, fue durante muchos añosío amigo de los viejos jefes de la social democracia alemana. Pero esos gestos que a menudo habían disfrutado de simpatías hospitalidad en su caso, repetidamente se le conciliaron más y pasaban por debajo de él como si nunca le hubiesen visto. Y esto alegó porque tuvo el valor personal de seguir en propia convicción, cuya honradez ni aquéllos sus más adversarios siempre le atendieron a poner en discusión. “No hubo más que dos hombres, me dijo el viejo con una cierta melancolía en la voz, que mantuvieron siempre en lo acorde la amistad personal, aunque todos que combatir de la manera más energías sus puntos de vista: Jean Jaurès y Georg von Vollmar”.

200 201
LAS CAUSAS PROFUNDAS DE LA GRAN DECAYENCIASin duda todo el movimiento socialista de Alemania tuvo desde el comienzo un estrico rasgo autoritario por base, que favoreció en alto grado su desarrollo ulterior. La fuerte influencia del método filosófico de Hegel en todos los fundadores conocidos del socialismo alemán, con excepción de Wilhem Weilting, la ciega credulidad estatal de Ferdinand Lasalle y sus aspiraciones nacionalistas fuertemente acentuadas, que le acercaron un tiempo personalmente a Bismarck, y aquel fatalismo social que no quería ver en los fenómenos políticos y sociales más que los resultados inevitables de un desarrollo social que se operaba con obligatoriedad forzosa, han contribuido poco a dirigir el movimiento por aquellos carriles que habían previsto la aguda de Vollmar.

Pero había además otras causas de mayor importancia, que tenían su punto de apoyo en el desarrollo singular de las condiciones sociales de Alemania. Nunca hubo en ella un fuerte movimiento liberal surgido de la lucha contra el absolutismo, como por ejemplo en Inglaterra, ni una democracia burguesa con tradiciones revolucionarias, como en Francia. Lo que se llamaba liberal o democrático en Alemania, era una abigarrada mezcolanza de gentes que se dejaban guiar siempre por los abogados del absolutismo y eludían medrosamente toda seria decisión política. A partir de algunas pocas excepciones gloriosas, la burguesía alemana carecía totalmente de carácter en lo político y era de una vergonzosa volubilidad. En gran parte era corresponsable ese nefasto desarrollo de la historia alemana de esas debilidades desesperantes de los estratos burgueses, para quienes el espíritu de sumisión se había convertido en segunda naturaleza. Cualquiera que sean las explicaciones a que se recurra para aclarar la evolución política y social del país, este triste hecho tenía que convertirse en una verdadera maldición.

En ningún otro país hubo un cuadro político tan misero como el del nacionalisnismo alemán, cuyos adeptos estaban siempre dispuestos a unirse al junkerismo prusiano con una servilidad insuperable. Pero tampoco el partido progresista alemán, con sus diversos grupos, opuso jamás resistencia a la reacción política y militar en Alemania y falló siempre que había que mostrar los dientes a los gobernantes prusianos.

Así ocurrió que la socialdemocracia alemana, después de la caída de la ley contra los socialistas, poco a poco se convirtió en la gran recolectora de una cantidad de elementos burgueses que tenían poco o no tenían nada que ver con las verdaderas aspiraciones del socialismo y que se habían adherido al nuevo movimiento sólo porque los viejos no les bastaban o porque habían en el nuevo campo mejor ocasi para satisfacer su ambición personal. Cuanto más crecía en número el movimiento socialista, cuanto mayores victorias electorales podían mostrar, tanto mayor fué la influencia de esas gentes, que poco a poco infectaron todas las ramas del partido. Esa casta procedente del campo de la burguesía alemana, que había tenido, a causa de su origen, una mejor educación que la gran mayoría de los trabajadores, y que era más adecuada en consecuencia para la representación en los parlamentos y en otros puestos importantes que podía proporcionar el partido, encontró especialmente en la burocracia de los sindicatos, cuyas aspiraciones se circunscribían al pequeño trabajo del día, un fuerte apoyo. Así no podía menos de ocurrir que en un tiempo no muy largo alcanzase una influencia decisiva imprimiéndose su sello a todo el desarrollo ulterior del movimiento.

El rápido crecimiento del movimiento socialdemócrata después de la derogación de la ley contra los socialistas, fue extremadamente favorable a ese desarrollo de las cosas. El partido se convirtió cada vez más en un Estado dentro del Estado. Su representación creciente en el Reichstag, en las corporaciones legislativas de los veintiséis Estados alemanes federados, en las administraciones de las ciudades y hasta en los consejos eclesiásticos, sus numerosas y múltiples instituciones en todo rincón del país, su difundida prensa cotidiana, con cuya literatura periodística socialista no podría compararse ni siquiera aproximadamente la de ningún otro país, y otras cien cosas que resultaban de la política cotidiana, creaban sin cesar nuevos empleos para los que se requería gente adecuada.

Así se desarrolló gradualmente una vasta burocracia que, como toda burocracia, ejerció una influencia castradora sobre el desarrollo espíritual del movimiento y que en el curso de los años se volvió cada vez más fuerte y se hizo sentir cada vez más intolerante. También en otros países siguió los mismos caminos el desarrollo de los llamados partidos obreros, pero dado que en ellos la influencia de los principios de los marxistas no se hicieron notar tan fuertemente como en Alemania, se hizo sin aquellas autilzas teóricas singulares que imprímieron a esa evolución en Alemania, desde el comienzo, el sello de la inciernidad. Por una parte se intentó estabilizar el movimiento sobre los rígidos principios de fe de una teología política que se presentaban con toda la soberbia de la infalibilidad y se cerró así toda nueva visión para una actividad verdaderamente creadora en el sentido del socialismo; por otra parte impulsaba la influencia aplastadora del parlamentarismo al partido irreductible por aquellos caminos que Vollmar había previsto hacia tiempo y que había defendido con toda decisión.

Toda la disputa de opiniones entre los marxistas estrictos y los llamados revisionistas, que se desencadenó después por la aparición de Edward Bernstein en el movimiento y que absorbía muchos años a la prensa socialista y a los congresos del partido, no alteró lo más mínimo en el desenvolvimiento natural de las cosas. Toda esa disputa, que recordaba muy a menudo las maneras teológicas de los escolásticos mediaevales, no tenía más que una importancia platónica y no influyó en modo alguno en la posición práctica del partido. ¿De qué valía que en estas discusiones estériles, los creyentes estrictos apelaran siempre a Marx y a Engels y no se cansaran de traer a colación nuevas citas de la buhardilla de trastos viejos y llenos de polvo del antiguo marxismo contra sus contradores, mientras en su actuación práctica no se apartasen de ellos en la anchura de un cabello?

Las mismas gentes que no querían abandonar un pelo siquiera de las doctrinas puras, olvidaban sus principios revolucionarios en cuanto se disponían a hacer política práctica cotidiana. Y no podía ser de otra manera, pues toda la actividad del partido fue dirigida poco a poco por un camino que
no se podía alterar ya a capricho. En el estrecho círculo de los estudios librescos, podían todavía jugar un papel las teorías grises; pero en la marcha del movimiento no tenían la menor influencia. Las grandes masas de los adeptos socialdemócratas no comprendían aquella la idea política especial que se hablaba en aquellos ambientes. Sólo así se puede explicar que el revisionismo, a pesar de todos los acuerdos de los congresos, creciera cada vez más y atrayese a su seno también a los creyentes de la justicia cuando se trataba de las exigencias cotidianas. En el famoso sentido de la realidad de los reformistas declarados se estrellaba el vocabulario revolucionario de los in flexibles, que no podían oponerle nada que lograse reforzar sus lugares comunes marchitos.

Por lo demás, esa lucha inútil no habría ocupado tanto al partido si la realidad alemana hubiese sido otra. En la mayor parte de los países europeos se había decidido ya poner algunos ministerios a disposición de los socialistas, a los que tenían derecho en razón del número de sus votos. En un Estado semianáhulico como Alemania, en cambio, donde el Reichstag sólo servía de taparrabos al despótismo mal cubierto y donde el emperador tenía el derecho a nombrar por sí mismo sus ministros, no había que pensar en modo alguno en esa posibilidad, mientras no se pudiera imponer una modificación de la constitución establecida por Bismarck. Por eso era muy fácil cubrirse con la tajada del principio para y desempeñar el papel del insoportable, mientras faltase toda perspectiva de hacer madurar los ocultos deseos para la realización.

Es característico que un partido cuyos adeptos sumaban millones en el pueblo, y que construyó en el curso de los años una organización que quiza no tuvo jamás en la historia otro movimiento, no se pudiera decidir jamás al tiempo de su existencia a un serio ensayo para transformar las condiciones políticas vergonzosas del imperio y para abrir el camino aunque solo fuese a una democracia burguesa. Cuando se considera lo que lograron movimientos mucho menores en la mayor parte de los países del occidente europeo en este dominio, esto produce una sensación de vergüenza. Incluso instituciones políticas tan corrompidas y tan infames como el derecho de elección de las tres clases en Prusia, que aseguraba a un propietario de bul del, a causa de sus impuestos, una representación que se rehusaba a los trabajadores mal pagados, y la celestílima ordenanza prusiana de los criados, que trataba todavía como siervos a los criados y a los jornaleros del campo y les sometía al yugo de un derecho feudal en otros países largo tiempo su perado, se mantuvieron en el mayor de los Estados alemanes hasta el fin de la primera guerra mundial.

Cuando Vollmar estaba dispuesto a postergar por un tiempo indeterminado el trabajo inmediato en favor del socialismo y quería fijar la actividad del partido en demandas cuya realización estaba ya en el dominio de lo posible, fué guiado por el pensamiento que estaba reservado a la socialdemocracia crear en el imperio condiciones políticas que le apaz de alcanzar el liberalismo alemán. Como nativo del sur, sentía la influencia funesta del prusianismo en el desarrollo social de Alemania más fuertemente que muchos otros. Por eso podía considerar más importante actuar en ese sentido, aún con el peligro de dejar tanto en segundo término los verdaderos objetivos del socialismo.

Se puede aprobar o no esa interpretación; en todo caso era imprescindible que, además del trabajo socialista de educación en Alemania, existan nume rosas tareas políticas que se habían resuelto ya en otros países hacía tiempo. Si la socialdemocracia alemán hubiese realizado al menos una parte de aquel trabajo, ejercitado en otros países por la burguesía democrática, se habría conquistado un mérito, si no para el socialismo, al menos para el desarrollo político y social del país, mérito que no podría ser menospreciado históricamente. El que no haya hecho esto y el que haya fracasado tan miserablemente en lucha contra una autocracia enmascarada como la del liberalismo alemán, es uno de los fenómenos más trágicos de la historia alemana.

Pero en ese aspecto la credibilidad imposible en la letra de la llamada ala marxista del movimiento ha originado efecto más nefasto que el difamado sentido de la realidad de los revisionistas. Sus adeptos han consumado el tiempo en inútiles flores de palabras y en la extraña búsqueda de la línea pura. Con consignas huecas que no decían nada, no se proyectaba un sentimiento revolucionario, donde solamente imperaba una chabata filosófica y una jactancia de infalibilidad. Han escindido caballos y han cazado moscas en lugar de desprender en el pueblo el sentimiento de la dignidad humana y de la vivencia en la propia fuerza, cosas tan necesarias sobre todo en Alemania, donde faltaban las tradiciones revolucionarias. Ciertamente, había excepciones, pero estaban raramente sombradas. En un país donde la sumisión inculcada y el vacuo adiestramiento cuantitativo habían entorpecido todo sentimiento de la independencia personal y donde la servidumbre de los siglos pasados había dejado hasta en el lenguaje actual una cantidad de restos que no se encuentran en ningún otro pueblo, en tal país importaba doblemente sal gir al pueblo en su profundidad y educarle para la acción. Todo el que ha estudiado la historia alemana sabe eso. La dominación violenta prusiana no podía ser suprimida con meras palabras. Un viejo y sincero democrata como Johann Jacobo lo había dicho francamente cuando rechazó un asiento en el Reichstag, que le fue ofrecido por el partido socialdemócrata, con estas palabras: "No se puede vencer al militarismo con medios parla mentarios".

La socialdemocracia alemán no ha hecho nada para estimular al pueblo a obrar, para fortalecer su confianza y para infundirle valor para la acción. Se contentó con lugares comunes vacíos y con victorias electorales, con las que no pudo seducir a nadie. En Bélgica y en Suecia tuvo el proletariado socialista sin embargo valor para recurrir al medio de la huelga general política, a fin de forzar al gobierno a la introducción del derecho de sufragio universal. Pero en Prusia, cuyo derecho de sufragio de las tres clases no podía compararse con la vieja condición electoral de aquellos países, se resistió la gran mayoría de los jefes socialistas a recurrir a ese medio. Ayudaron al proletariado belga en sus luchas con grandes sumas, pero ellos mismos no se atrevieron a avanzar en el propio país por el mismo camino.
En ningún país se habló tanto y hasta la exageración de la lucha de clases como en Alemania, y sin embargo en ninguna parte se eludió tan cuidadosamente como allí toda seria decisión. Aparte de pequeñas escaramuzas, Alemania, después de la ley contra los socialistas, no tuvo ninguna gran lucha obrera. Pero si algunas veces estallaba la paciencia ocasionalmente en las masas mismas, cuidaba siempre una sabia dirección de que volviese a establecerse pronto el equilibrio perdido, pues también para el filosofía socialista tenía validez el principio: ¡La calma es el primer deber ciudadano! Lo que en Alemania se complacían en llamar conciencia de clases no era más que una castración cada vez más amplia del proletariado.

Sólo así se puede explicar que en un país que contaba con más de cinco millones de obreros organizados política y sindicalmente, y donde poco antes de la victoria del fascismo se habían dado en total doce millones de votos socialistas y comunistas, un Hitler pudiera adueñarse del poder y destruir en un abrir y cerrar de ojos todo el movimiento obrero, sin que se moviese un dedo para impedirlo. En Italia necesitó Mussolini sin embargo dos años completos para dar fin del movimiento obrero. En Austria el proletariado socialista recurrió a la insurrección armada para impedir la dictadura. Lo hizo por desgracia demasiado tarde y no en última instancia porque desde Alemania se obraba siempre en el sentido de postergar la decisión necesaria. Hasta que la victoria sin lucha de Hitler mostró al fin a los austriacos cuál era la orientación. Pero entonces ya había pasado la ocasión favorable para un levantamiento vitorioso. La reacción se impuso tan firmemente que ninguna valentía podía ya salvar la situación. Se mencionaba simplemente la lucha sin ejemplo de los trabajadores y los campesinos de España contra todo un mundo, pues la población laboriosa de aquel país no estuvo nunca en su gran mayoría en el terreno de la socialdemocracia, sino que siguió las tradiciones del ala libertaria de la primera Internacional. Sólo en Alemania fué posible que un pueblo pudiera ser aplastado por la violencia más espantosa de una hora de bárbaros sin que suscitase siquiera un intento de resistencia. Los jefes de los sindicatos alemanes llegaron hasta el punto que, cuando Hitler, después de su victoria, preparó su comedia del primer de mayo, exhortaron a sus miembros en un manifiesto especial a participar en esa fiesta. Ya en los próximos días pagó Hitler esa complacencia haciendo detener a un gran número de ellos, ocupando todas las casas de los sindicatos con su ejército pardo y confiscando todos los efectivos y cuentas bancarias del proletariado organizado.

Pero entonces, es decir poco después de la caída de la ley de excepción, en gran parte nos eran todavía incomprensibles las causas profundas de esa degeneración, que tan sólo comenzaba entonces. Teclábadamos todavía demasiado en la superficie de los fenómenos y no teníamos en modo alguno una clara noción de las conexiones internas de las cosas. No era posible algo distinto. Todo nuestro pensamiento estaba todavía firmemente entrelazado en los delocados ramos de conceptos muertos, tan tópicos del mundo ideológico socialista en Alemania. Veíamos todas las cosas bajo una luz especial y éramos simplemente ciegos para toda otra concepción.

Lo que nos distinguía en la lucha contra los viejos jefes del partido, no era el comienzo nada fundamental. Sosteníamos las mismas concepciones de que habían tenido su expresión hasta entonces en las manifestaciones escritas y orales del movimiento, y cuya exactitud ningún de nosotros ponía en tela de juicio. Justamente porque esas interpretaciones habían pasado por decirlo a nuestra carne y a nuestra sangre, nos importaba sobre todas las cosas mantenerlas incólume y preservar al movimiento de una desviación hacia la ideología burguesa. Pero que había ese peligro, de ese no se podía abrigo ninguna duda después de la aparición de Vollmar.

Las manifestaciones de Vollmar habían llevado a los jóvenes berlineses totalmente a la lucha. Se sentía que el movimiento había llegado a un punto culminante y se preparaban para la próxima decisión, que no podría ser eludida mucho tiempo. Pero tampoco los viejos estaban ociosos; hicieron entrar en fuego sus mejores fuerzas para socavar el terreno a la oposición. Y en eso se vio cada vez más claramente que los viejos jefes del partido estaban firmemente decididos a expulsar del movimiento a los jóvenes en el próximo congreso de Erfurt. Desde junio a septiembre tuvieron lugar en Berlín numerosas asambleas en las que se llegó parcialmente a violentas discusiones entre los partidarios de las dos corrientes.

Los más memorables de esos actos fueron dos asambleas enormes en el Feu-Palast berlines de donde August Bebel principalmente rompió lanzas contra los jóvenes. En el primero de esos dos actos habló el diputado Richard Fischer sobre el inminente congreso socialista internacional de Bruselas y sobre la concurrencia a él del partido. Cuando en el curso de su exposición habló de la decisión de la fracción del Reichstag, según la cual la fiesta del primero de mayo en Alemania era relegada al primer domingo de ese mes y advirtió especialmente que por esa decisión fue evitada una lucha abierta entre el proletariado y el patronato, le retaron, como testimoniantes de la oposición, Werner y Biester, que calificaron el fallo que se tomó como la ruptura de los resolutivos de París de 1839 como una franca ruptura con los principios de la cooperación internacional del movimiento socialista y destacaron que la fracción no tenía ningún derecho a tomar por propia decisión un acuerdo sin ponerlo a deliberación y votación antes por los grupos locales del partido.

Después de ellos tomó la palabra August Bebel, que se esforzó por justificar la posición de la fracción y por defenderla contra los ataques de la oposición. Bebel estaba evidentemente muy excitado y terminó al fin con esta manifestación:

“La eterna discordia y el eterno desasosiego en el partido, por lo cual hacía falta la impresión de que el partido está escindido, tiene que cesar al fin, y yo procuraré en el próximo congreso que al fin se trace una clara línea entre el partido y la oposición, y que si la oposición no puede reconciliarse con la actitud y táctica del partido, reciba ocasión de fundar un partido propio”

Estas palabras en boca del jefe más visible de un partido que se llamaba democrático, suscitaron entre los partidarios de los viejos ruidosos aplausos, que fueron replicados con violenta contradicción por los jóvenes. Como la
deliberación no podía terminar en aquella asamblea, tuvo lugar en la misma sala una semana después otro acto, en el que Richard Bugatti y Karl Wille.

berger sostuvieron el punto de vista de la oposición y rechazaron con toda resolución la manifestación de Bebel, cuyo tono autoritario contradecía todas las procedimientos democráticos. También en ese acto se presentó Bebel como orador principal de los viejos. Pero no pensó en retirar las palabras dichas en la primera asamblea, sino que todavía mostró más violento en sus espulsiones contra los jóvenes.

La aparición de Bebel en aquellos dos actos fue la causa directa del discutido manifiesto de la oposición: "¡A los correligionarios socialdemócratas de Berlin!" que produjo entonces gran revuelo y pocos meses después desempeñó un papel tan importante en la exclusión de los jóvenes en Erfurt. Aquel manifiesto se dirigía en primera línea a los compañeros del núcleo íntimo del movimiento y llevaba como lema las conocidas palabras de Saint-Simon: "¡Recuerda, hijo mío, que hay que estar entusiasmado para realizar grandes cosas!" Combatía con palabras agudas la dictadura de los viejos jueces del partido y reprochaba a éstos que su actitud tenía que sofocar todo sentimiento democrático en el partido y rebajar el movimiento al nivel de un partido reformista pequeño-burgués.

El principio de que todo compañero, en interés del partido, debía someterse a la mayoría en todas las circunstancias, aún cuando decisiones de esa especie desviaran su propia convicción, era fundamentalmente falso y tenía que conducir en última instancia a la castración política. Una disciplina a todo precio era incoherente con los principios de la democracia. "La mayoría de un partido político es muy a menudo puramente accidental y se compone, también en la socialdemocracia, especialmente desde las últimas elecciones, de los grupos de intereses más diversos. Los acuerdos mayoritarios se producen por tanto casi siempre con relación a otros partidos o clases de la sociedad, y muy a menudo no sólo tienen muy poco en común con los principios del propio partido, sino que contradicen directamente esos principios y afilan el camino a una inclinación a la derecha que por desgracia es advertida por los más cuando están ya ante hechos cumplidos". "La disciplina es condicionada por la organización; pero sobre ambas tiene que estar para todo correligionario en primera línea al principio, la idea del socialismo revolucionario".

Con singular violencia combatía el manifiesto de la oposición el punto de vista de aquellos que creían tener que ajustar la agitación del partido en las grandes ciudades a un tono que en las partes distantes del imperio producía extrañeza y alejaba las masas del movimiento. Una tal concepción va contra todas las leyes del progreso. No es en las partes más atrasadas del imperio donde se decide el destino del país y del movimiento socialista, sino en los emporios de la industria, en los centros de la vida intelectual. Por eso no se debía poner frenesí al desenvolvimiento natural allí, sino que había que fomentarlo con todas las fuerzas, incluso con el peligro de perder en el campo algunos millares de votos, pues lo que nos importa es el contrinado espiritual del movimiento, la voluntad revolucionaria de sus adeptos y no los grandes amonestamientos que en la mayoría de los casos no son más que un obstáculo para el desarrollo de un partido.

Los jueces dicen que en su conducta están forzados a tomar en consideración la pequeña burguesía, etc., para hacer popular el partido y tener tras él a las grandes masas. Pero nosotros somos de opinión que con esas grandes masas no hace más que engañarse uno a sí mismo y engañar a los otros. Las masas se apartarán en el momento dado tan rápidamente como vinieron, porque les falta todo lo que debe animar a una sociedad social-democrática. Las masas pueden finalmente tenerles todos los que sepan adaptarse a todas las circunstancias, como ha demostrado el modo más clara la agitación antisemita. Por eso también la nueva táctica en este aspecto no es más que un compromiso con las masas a costa de los principios".

El manifiesto mencionó una cantidad de casos en que la dirección del partido, especialmente la fracción del Reichstag, para obtener pequeños éxitos, han rechazado los principios socialistas del partido y afiaron así el camino para aquella nueva táctica que Vonbiber proponía entonces al movimiento. Para evitar de antemano toda falsa interpretación, se decía en ese pasaje: "Pero nosotros no reprochamos a los jueces desonestidad, sino una consideración excesiva de todos los posibles factores de poder, surgidos de la alterada situación de la vida, y el contacto demasiado pequeño con la miseria de los proletarios, con la pulsación del pueblo torturado".

Con toda severidad protestaba el manifiesto contra la amenaza de expulsión de Bebel y calificaba ésta de franca declaración de guerra contra todos aquellos que en el futuro no atendiesen las órdenes. "Pero la democracia recibió de Bebel un punzazo tan fuerte en el rostro que todavía no podemos comprender cómo un hombre pudo destruir aquella noche, más aún, en una hora, todo lo que ha construido en veinticinco años él mismo y ha defendido tan valerosa y tan energíca con las palabras y con la pluma. ¿Deben fundarse un partido propio aquellos que no estén ciegamente conformes con todo lo que considere buen la dirección del partido? ¿No es ese el gobierno en otra forma? Somos hoy los que éramos hace diez y quince años y somos en el porvenir también los mismos, los socialistas convencidos y democráticos verdaderos. Nos seguimos considerando miembros del partido socialdemócrata y no nos dejamos influir por los dirigentes de nuestro partido ni por ningún otro algo que de contra nuestra convicción"

El manifiesto rechazó finalmente la acusación de que la oposición quería llevar las masas ante los cañones y declaró que habría aún otras vías centrales que conducían más rápidamente al objetivo, pero que en casos dudosos no retrocedería a la muchas conclusiones más extremas si eso exigiera las condiciones políticas y sociales. Terminaba con estas palabras: "Pero esperamos también de aquellos correligionarios que combatieron tan valientemente con nosotros, y eso bajo la ley contra los socialistas, por la difusión de nuestras ideas, que se levanten al fin y que resistan con nosotros el embateamiento. Entonces volverá el viejo entusiasmo que templa la energía y ayuda a superar..."
todos las dificultades. ¿Viva la socialdemocracia internacional y revolucionaria?

Ese manifiesto de la oposición, que redactaron Karl Wildberger y Paul Kampmeyer, causó en todos nosotros un fuerte efecto. Sentíamos que la decisión estaba próxima y que no podía esquivarse más tiempo. Hubo ciertamente algunos en nuestros círculos los que creían que el inminente congreso de Erfurt no se dejaría llevar a una exclusión; pero yo mismo no tenía ninguna clase de ilusiones sobre lo que debíamos esperar.

UN NUEVO GIRO EN LA VIDA

La declaración franca de la oposición dió la señal para la tempestad. Todos los periódicos del partido, aparte de honrosas excepciones, cayeron como una manada de lobos hambrientos sobre los jóvenes y exigieron su exclusión del movimiento. En todo el país tuvieron lugar centenares de asambleas que pidieron la expulsión de los incómodos perturbaores. Karl Wildberger, que había recogido concienzudamente todas las decisiones, pudo mostrar después, en el congreso de Erfurt, una lista de tres metros de larga compuesta sólo con esos juicios condenatorios. En ese azuzamiento artificiosamente organizado contra la oposición, apenas había una mala acción que no se le atribuyese. Era como si se hubiesen abierto de golpe todas las escasas de la difamación para dejar salir su infamia. Y la música estaba tan ajustada al mismo tono que hasta un ciego habría podido advertir con las manos la maquinación.

Que los viejos jefes del partido habían preparado la opinión del país fundamentalmente para ejecutar en Erfurt la amenaza de Bebel contra los jóvenes de Berlin, sobre eso no podía existir la menor duda. El manifiesto de la oposición no habría podido dar nunca motivo para esa indignación artificialmente encendida, si no hubiese existido de antemano un propósito determinado de provocarla. El manifiesto no contradecía en punto alguno los principios de la socialdemocracia, tales como fueron defendidos antes en el partido y tales como se habían expresado en los escritos de Marx y Engels. Si esos principios estaban bien o mal fundamentados, era asunto de los principios del partido, y eso era lo esencial.

Se puede comprender que muchos de los viejos jefes no veían con agrado la fuerte acentuación de las antiguas directivas, y que tenían que disgustarles especialmente el reproche de haberlas pisoteado. Pero los que están en la vida pública y además se tildan de demócratas, no pueden ni deben esperar que se deje pasar sin discusión cada uno de sus actos. Incluso es un signo de sano desarrollo que no sea así y que los adeptos de un movimiento social no quieran renunciar al pensamiento propio en beneficio de una pequeña categoría dirigente, expuesta a todas las seducciones y que a menudo ve las cosas bajo una luz muy distinta a como son sentidas en el pueblo.

El manifiesto de la oposición no contenía ataque personal alguno contra personas particulares. Hablaba de determinadas aspiraciones en el movimiento, y consideraba a las personas que actuaban simplemente como vehículos de esas aspiraciones, sin poner en tela de juicio la honradez personal de ellos. Entonces no se había publicado todavía la correspondencia entre Marx y Engels y su relación escrita con los jefes conocidos del partido como Bebel, Brache, Sorge, Liebknecht, Bernstein, Kautsky y Kugelmann. Si los editores del manifiesto hubiesen tenido la menor sospecha del modo repulsivo y despectivo como habían juzgado Marx y Engels a los jefes visibles del movimiento alemán, y en general a toda la tendencia pequeñoburguesa en el partido, se habrían impuesto probablemente una menor convicción. Hoy sabemos que ambos abrigan sobre el porvenir del partido los mismos temores que la oposición, y eso en un tiempo en que todavía no se hablaba una palabra de los jóvenes. Marx y Engels atribuían el aplastamiento espiritual del movimiento a las mismas causas que después denunciaron los jóvenes y señalaron reiteradamente la necesidad de una escisión, que la oposición no habría hecho nunca. Comparado con su juicio, el manifiesto de los jóvenes era extremadamente moderado y decía más bien demasiado poco que demasiado. La circunstancia que Bebel y otros, que conocían muy bien las opiniones de Marx y Engels sobre el partido, se comportaran a pesar de ello, frente a la oposición, tan intolerantemente, es en sí y por sí la mejor prueba de lo que había avanzado ya la descomposición moral del partido.

Si se toma en consideración además que la conducta dictatorial de Bebel en Berlin fue el móvil inmediato de aquel manifiesto, sólo puede decirse que no contenía nada que no estuviese completamente justificado. El hecho solo que esa manifestación de la oposición sirviera de pretexto a los viejos para reforzar la soga a los jóvenes, habla en su favor. Pero el desarrollo ulterior de la socialdemocracia alemana ha mostrado que todo lo que la oposición había profetizado al partido, fue confirmado plenamente por el curso de los hechos, más aun, ha sido dejado en las sombras con mucho por la realidad. Es característico que veinticinco años después, la Freiheit, el órgano central del Partido socialdemócrata independiente en Berlin, sacó el manifiesto de la oposición del olvido y lo reprodujo en sus páginas nuevamente. Esa reincorporación fue precedida de un resumen histórico hecho por la redacción, que reconoció claramente que los jóvenes, en su tiempo, habían reconocido y juzgado exactamente la situación del viejo partido. Entre los adeptos de la socialdemocracia independiente había todavía una cantidad de viejos compañeros que habían combatido en un tiempo a la oposición del modo más acomodo y que habían votado en el congreso de Erfurt la expulsión de sus portavoces.
Naturamente, no dejamos de difundir el manifiesto de la oposición en nuestra comarca, lo que se volvió más tórrido la relación entre el club de lectura y el partido. En la misma época organizamos una serie de asambleas públicas para presentar las interpretaciones de los jóvenes. Concurrimos también regularmente a todos los actos públicos del partido, participando vivamente en los debates, que tomaban en consecuencia un giro a menudo tormentoso. Habiendo en aquel tiempo también en la vecina Francfort en asambleas convocadas por partidarios de la oposición. Teníamos allí una adhesión bastante fuerte y principalmente entre los compañeros viejos, de los cuales algunos, como por ejemplo el incazable Paul Kleinhaus, ya habían participado en el movimiento lassoiano.

Francfort era ya en 1834 el centro de un fuerte movimiento opositor contra la fracción socialdemócrata del Reichstag, cuando gran número de sus representantes se declararon dispuestos a concurrir al gobierno idénticos a los que hizo después Vollmar. Contra esa actitud publicaron los compañeros de Francfort un manifiesto apasionado en el que se declaraba que “una parte de nuestros diputados intenta llevar nuestro movimiento revolucionario al pantano del parlamentarismo”; que “la noble conciencia democrática había cedido en la mayoría de la fracción a una repulsiva arrogancia”, que “el comienzo de la actividad parlamentaria se había transformado en una profunda lesión de nuestros principios revolucionarios”; que “nuestros representantes parecen acercarse más y más a los representantes de la actual sociedad en las negociaciones diplomáticas”; que “se ha producido en la mayoría de la fracción una parálisis espiritual”. El manifiesto terminaba con estas palabras: “Si los jefes niegan al pantano del parlamentarismo, eso demuestra que sois en verdad socialdemócratas revolucionarios”.

Aquí manifiesto, que en agudeza del lenguaje no estaba en modo alguno detrás del manifiesto de los jóvenes, y que por lo demás había aparecido bajo la ley contra los socialistas, cuando el partido tenía todas las razones para conjugar sus fuerzas, produjo una gran impresión. Pero cuando el diputado Frohme se defendió de modo violento en una nota a Frankfurter Journal contra los ataques de los compañeros de Francfort, intervino Bebel en su defensa en una declaración en el Sozialdemokrat y dijo que no se trataba de la expresión “de una pequeña camarilla, sino de noventa hombres bien contados, entre ellos los viejos correligionarios de Francfort”. Ciertamente, no aprobaría todo lo que decía en el manifiesto, pero destacaba que no se podía poner en discusión los propósitos honestos de los compañeros de Francfort. “Pero quiero comprobar que estuvieron animados del mejor espíritu y a nadie se le ocurrió querer perjudicar al partido; obraron todos como juzgar de su deber obrar”. De lo mismo Bebel pudo asumir seis años después, frente a los jóvenes una actitud tan irreconciliable, fue su secreto. O quizás no. Quizás su gran oscilación no fué más que una prueba de la descomposición interna en que había caído el movimiento ya entonces. Tales cambios no se producen repentinamente, y sí se expresan sólo en público cuando la descomposición interna ha llegado a un grado que no se puede ocultar más tiempo.

La mayoría de los compañeros de Francfort, en el campo de la oposición, estaban firmemente convencidos de que el congreso de Erfurt expulsarla a los jóvenes y no estaba de andar con contemplaciones. Después del azaroso encuentro en Erfurt, no se podía esperar en verdad ningún otro resultado. El viejo Kleinhaus y algunos otros con él sostuvieron incluso que no se iban a esperar la decisión del congreso, sino que se debía ya fundar un nuevo movimiento, pues para los viejos jefes del partido el destino de los jóvenes estaba decidido y los discursos inútiles sólo eran placeres de locos. La mayoría de los camaradas de Francfort consideró mejor, sin embargo, no dar ningún paso en esa dirección hasta que en Erfurt se hubiese dado el fallo contra la oposición.

Esta era también mi opinión, no porque yo me hiciese todavía algunas ilusiones, sino porque lo juzgaba más aconsejable por motivos puramente tácticos. No podría dañar ciertamente a nuestra causa el que se diera a los adversarios de la oposición una nueva ocasión para exhibir públicamente toda su encarnizada intolerancia. Sólo de esa manera era posible que todo el que no hubiese sido totalmente enternecido por una disciplina de partido malentendida, sobre el sentido de la justicia y de la injusticia, reconociese que no fueron los jóvenes los que tuvieron en vista una escisión del partido, sino que fueron forzados a marchar por su propio camino por la ciega intolerancia de los viejos jefes, después que no quedó para ellos ninguna posibilidad de manifestar libremente sus opiniones dentro del viejo movimiento.

En mi vida personal se había producido entretanto un gran cambio. El maestro Kitschmann me había obsequiado los últimos dos meses del aprendizaje, y después que yo, como era usual, bajo la inspección de tres viejos maestros del gremio, realicé mi prueba, fui juzgado digno de ganarse desde entonces el pan como honrado oficial encuadernador. Había cumplido los dieciocho años y estaba ante un punto crucial de mi existencia. La idea de que el pan podía ser independiente, y que no estaría supeditado a la ayuda extrana, dio un poderoso apoyo a mi personalidad. Yo había aprendido algo bueno en el taller del maestro Kitschmann y sabía que en todas partes haría un buen papel. Todo el aprendizaje fué uno de los más hermosos capítulos de mi vida, que todavía hoy no ha perdido para mí su encanto silencioso. Tenía alegría en mi oficio y no sólo lo consideraba como un medio para ganar el pan, sino que me sentía internamente ligado a mi trabajo. Toda producción real consiste finalmente, no en la agilidad manual según ciertas reglas, sino que corresponde a la necesidad anímica de curtiembre y de creación, que no se puede aprender ni enseñar, pues está ligado en lo más profundo a la personalidad del ser humano. El que no tiene esa sensación, no puede conocer la tranquilidad de alegría del hombre en su obra.

Ciertamente, el período de las máquinas y de la producción en masa no es muy apropiado para estimular tales sentimientos, al menos en la forma actual de la ejecución del trabajo. Donde falta la alegría del trabajo, desaparece también la responsabilidad interior de lo realizado. Nos hemos habituado hoy demasiado a valorizar el trabajo simplemente como fuerza económica y casi hemos olvidado su gran significación como formador del carácter. Los viejos socialistas no pensaban así. Pero para los modernos tiene que ser des-
tenía poca posibilidad de hallar empleo adecuado en mi oficio, me había decidido a peregrinar unos meses y a volver en el otoño, en cuya época podía contar bastante seguramente con empleo. Decisivo para mí era la circunstancia de que en agosto de 1891 se celebraba el congreso socialista internacional en Bruselas, que tenía una atracción irresistible. La idea de ver cara a cara a los jefes intelectuales del movimiento socialista del extranjero y de formarme una noción propia de la actividad revolucionaria fuera de Alemania, había acicateado poderosamente mi imaginación. También me prometía de la concurrida al congreso más de un provecho para mi actuación ulterior.

Había concebido el plan desde hacía tiempo y había ganado a mi amigo Jean Meuny para el proyecto; Meuny se declaró dispuesto a acompañarme. Era un joven activo de mi edad. Habíamos ido juntos a la escuela y quedamos después ligados por la más estrecha amistad. Yo le había hecho conocer desde muy pronto las ideas del socialismo, y como él era por naturaleza codicioso de saber y tenía pasta de rebelde, fue pronto de los miembros más activos de nuestro club de lectura.

Los dos éramos pobres como ratas de iglesia y no podíamos pensar naturalmente en ir con el tren; resolvimos iniciar el viaje a pie. Eso era ciertamente algo aventurero, pero tenía un encanto especial para jóvenes de nuestros años. Los preparativos se hicieron pronto. El día antes de nuestra partida, el club de lectura organizó en nuestro honor una hermosa fiesta de despedida en la que se pasaron horas muy alegres. Se convinó entonces que debíamos anudar relaciones en el extranjero que pudieran servirnos después de provecho. Cada cual sentía entonces que después del congreso de Erlmut se formaría en Alemania un nuevo movimiento. Por eso podían servirnos bienve-

EL VIAJE A BRUSELAS

Era un radiante día de verano cuando iniciamos muy de madrugada nuestro viaje. Con el cayado en la mano y una mochila no muy pesada a la espalda, salimos hacia la Bingertor. El tiempo era espléndido, la naturaleza estaba en su verdor más completo, y el cielo formaba sobre nosotros una

215
bóveda como una campana azulada. Me sentía liviano como una pluma, el corazón lleno de mil esperanzas, tan libre y sutil como solo puede sonar la vida la juventud. Estábamos en lo mejor de nuestros años, éramos sanos y vigorosos, y ninguna carga nos molestaba. El futuro estaba lleno de promesas ante nuestros ojos como una vega limpia en una ribera desconocida. Para los jóvenes la peregrinación tiene un encanto singular. Es la salida de las reglas de lo cotidiano, un paso en lo incierto, que no está sometido a ninguna norma determinada. El constante cambio del ambiente produce todos los días nuevos cuadros e impresiones que vienen con las horas y desaparecen como las nubes en el cielo, como las estrellas fugitivas en la noche. No se sabe qué nos traerá el próximo día, y nadie pregunta por ello. La vida incierta que en verdad no es siempre romántica, fortalece aún la impresión de lo inestable y recuerda que se encuentra uno fuera del orden corriente de las cosas.

Dormimos la primera noche al aire libre para probar todo el encanto de la vida peregrina, pero el frío de la madrugada nos hizo levantar pronto. Cuando llegamos la segunda noche a una pequeña aldea, pregunté a un viejo campesino sentado delante de su casa y que fumaba una larga pipa, dónde se podría pasar la noche a bajo costo. Nos miró un tiempo como examinándonos y dijo que podríamos dormir en el henar de su casa. Nuestros rostros jóvenes y frescos han tenido que causar en él una impresión favorable, pues el viejo nos invitó a su casa y nos proporcionó una magnífica cena.

Seguimos a lo largo del Rin, hicimos entretenido algunas excursiones por los alrededores para ver de cerca algunas cosas dignas de ver y llegamos finalmente en buen estado a Bonn. En el camino tropezamos con una cantidad de figuras típicas, pues ambas orillas del Rin pertenecían desde la antigüedad a los grandes rutas del arte y del comercio. La mayoría de nuestros compañeros de ruta eran jóvenes peregrinos como nosotros que iban al extranjero para perfeccionarse en su oficio, uso común entonces en Alemania. Pero había entre ellos algunos sujetos dudosos que era preferible eludir, y viejos pordioseros a quienes la edad había blanqueado el cabello, y que por algún motivo no podían encontrar otra vez el camino hacia la sociedad burguesa. De tanto en tanto marchábamos en bandas hasta la próxima ciudad, donde el grupo se disolvía y cada cual pensaba en conseguir algo de comer o en obtener un par de peniques para dormir. Esos caballeros de la carretera constituían un mundo especial con costumbres propias y una magnífica jerga que no podía entender fácilmente el extraño. Para nosotros todo era nuevo e incitante. Nos esforzamos con el celo más loable por aprovechar las ricas experiencias de nuestros compañeros de viaje según las mejores fuentes, a fin de procurarnos una comida gratuita o un lugar para dormir en los establos o henares de algún campesino.

Llegados a Bonn, tomamos el camino hacia occidente hasta Aquisgrán, camino que nos condujo a través de los montes solitarios del Eifel. Allí tuvimos una rara aventura que nos dio largo tiempo materia para toda suerte de consideraciones. El Eifel es una región montañosa bastante poco poblada, en gran parte por pequeños campesinos que tienen que bregar duramente por la vida. El trocito de tierra que poseen está por lo general muy escasamente medido y el terreno no es muy fructífero. Los diversos focos de población están muy dispersos, a menudo hay que andar horas y horas para llegar de una aldea a otra. Y los caminos no son nada cómodos y están totalmente solitarios, sin un alma humana. Cuando llegamos un día de calor sofocante, después de mediodía, a una aldea, nos pareció demasiado temprano para buscar un lugar donde dormir. Resolvimos seguir hasta la aldea próxima. Una vieja campesina a quien preguntamos por el camino, nos dio un gran trozo de pan y algo de embutido y nos aseguró que podríamos estar en la próxima aldea cómodamente en unas dos horas.

Después de haber marchado aproximadamente una hora, llegamos a un punto en que el camino se bifurcaba. Un viejo tablero carcomido marcaba las direcciones, pero el tiempo había borrado completamente las inscripciones, de modo que tuvimos que decidirnos al azar. No nos inquietó mucho por ello, pues al fin de cuentas todo camino debía llegar a alguna parte, y no podríamos extraviarnos mucho. Poco a poco se fue cubriendo el cielo de negras nubes, y el retumbar del trueno en la lejanía anunciaba que había tormenta. No era muy agradable, pues en esa zona montañosa, en todo lo que podíamos divisar no había un lugar que nos diera la menor protección. Continuamos marchando a prisa, en la esperanza de encontrar quizás alguna vivienda humana antes de que estallase realmente la tempestad. De repente se puso tan oscuro que apenas podíamos ver el camino ante nuestros pies más que con el auxilio del fulgor de los reflejos.

Al fin se abrieron todas las esclusas del río sobre nosotros. Aquello no era una lluvia, sino un verdadero diluvio. En pocos minutos quedamos calados hasta los huesos. Llevó durante horas. Incluso después de haber pasado ya la verdadera tormenta y cuando oímos los truenos sólo a lejos, siguió lloviendo con todo rigor sobre nosotros. Había llegado la noche, y seguimos avanzando con dificultad, pues no nos quedaba otro remedio. Las ropas nos pesaban mucho y el agua chorreaba de los zapatos. Habíamos abandonado toda esperanza de hallar una vivienda humana en alguna parte y marchábamos cansados y abatidos cuando de repente aparecieron ante nuestros ojos los contornos sombríos de una casita. Pareció ser una vieja choza. Lentamente tanteamos en torno a las paredes hasta que encontramos la puerta. Llamé ligeramente, luego más fuerte, pero nadie nos abrió. Probé el cierre. La puerta no cedió. La casa no estaba cerrada. Un aire húmedo, pesado nos dio en la cara.

¿Qué hacer? La casa parecía estar deshabitada. Tanto mejor. Con el tiempo que hacía, apenas podríamos continuar más. Busqué un fósforo en mi bolsillo, pero la lluvia los había mojado tanto que hubo que renunciar a todo intento de alumbrar. Pasamos decididos el umbral, sin cerrar del todo la puerta. Era tan oscuro que no se podía ver una mano a pleno. De los ojos. Esperamos un rato largo, pero no se moviera nada, pregunté en alta voz: "¿Hay alguien aquí?" Nadie respondió. Resolvimos quitarnos la ropa del cuerpo y extendernos en el suelo para descansar hasta que saliera el sol. Cuando entorné ligeramente la puerta, oí que caía algo pesado. Eran Jean el que había causado el estruendo. Había ido un par de pasos más allá y había tropezado con alguna cosa. Cuando extendió las manos instintivamente en las tinieblas, para no perder el equilibrio, tropezó con un objeto que cayó al suelo con es-
trépito. Escuchamos con la respiración contenida, pero todo quedó silencioso como una tumba. Nos quitamos las ropas mojadas y las extendimos lo mejor que pudimos en el suelo para que se secanaran. Luego tomamos la mochila por almohada y nos echamos a dormir.

La situación no era cómoda, pero estábamos tan cansados que pronto se cerraron los ojos. Hacia tiempo que había amanecido cuando me desperté. Jean dormía todavía firmemente a mi lado. Lentamente me puse de pie y miré a mi alrededor con curiosidad. El sol penetraba por una ventanita en el local vacío. Las paredes de madera había sido pintadas de blanco. De la pared frente a mí colgaba un gran Cristo de madera en la cruz. Debajo había un pequeño altar. En la parte de la ventana había sobre la pared una cobertura de ataúd pintada de amarillo. En el suelo había un tercer personaje que no se movía. No lejos de allí se hallaba la parte inferior de un ataúd. De golpe se me hizo todo claro. Durante la noche profundamente obscura, habíamos entrado en una cámara mortuoria, en la que había un muerto en un ataúd abierto sobre dos caballetes de madera. Jean había trepado con un caballete en la obscuridad. El ataúd cayó y el cadáver había rodado por el suelo.

Rápidamente desperté a Jean del sueño. Abrió los ojos, asustado al ver lo que había hecho. Nos pusimos las ropas todavía humedecidas a toda prisa. Volvimos a levantar el ataúd sobre sus soportes y metimos dentro al muerto compañero de dormitorio, cuyo último descanso habíamos turbado involuntariamente. Era un anciano con barba y cabellos blancos como la nieve. El pequeño rostro estaba surcado de finas arrugas y parecía como curtido. Era el rostro del cansancio, la labiosca en el Ejército.

Silenciosamente abandonamos la casa y cerramos la puerta tras nosotros. Una vez fuera vimos en el fondo una cantidad de tumbas con toscas cruces pintarrujadas. La pequeña choza estaba en un altozano. A lo lejos vimos una alted. Quizás era el lugar que habíamos querido descubrir el día anterior.

Unos días después llegamos a Aquisgrán. Quedamos allí dos días y pasamos las noches en el Herberge zur Heimat, en la vieja Petersgasse. Después de tomar todos los informes para nuestro viaje a Bélgica y habernos hecho de direcciones de posadas baratas en Lieja y en otras ciudades, pasamos la frontera sin dificultades y nos pusimos en camino hacia Bruselas. Nuestro objetivo inmediato era Lieja. La ciudad me causó entonces una impresión favorable. La abigarrada vida callejera, el idioma extraño, los singulares pregones de los vendedores callejeros eran para nosotros algo enteramente nuevo y nos excitó mucho. Como teníamos bastante tiempo por delante, quedamos allí cuatro o cinco días. Habitábamos en una posada barata en la Rue des Peureux, donde la cama nos costaba sólo diez céntimos por noche. El lugar no era muy atractivo y en cuanto a limpieza dejaba bastante que desear, pero era bastante, y eso era para nosotros entonces lo importante, pues teníamos que resistir con nuestro pequeño capital todo lo posible.

En nuestra posada se reunía toda clase de gente trashumante que vivía a salto de mata y se ocupaba de las tareas más singulares. Mientras que en Alemania los jóvenes artesanos constituyen la mayoría de los huéspedes permanentes de las posadas, aquí era el vagabundo profesional y el vago el que daba el tono. Era una gente abigarrada la que se reunía allí: cantores de feria, vendedores callejeros, buhoneros, obreros ocasionales, músicos ambulantes, cómicos de la legua, organistas y sujetos problemáticos de todas las especies que no causaban una impresión muy tranquilizadora. Algunos de esos huéspedes temporales o fijos viajaban con mujeres que por lo general no se servían de ellos. Sobre todo los usos y costumbres en esa sociedad característica eran tan libres que causaban un efecto asombroso en nosotros, que estábamos habituados a la estricta moral de las condiciones alemanas.

En la gran sala oscura de la posada había desde por las mananas hasta bien entrada la noche una vida activa. Se oían los idiomas más diversos y se veía una cantidad de figuras extrañas que no se tropieza mucho frecuentemente en la vida ordinaria. El piso, que probablemente no había sido limpiado nunca, estaba cubierto de toda clase de residuos. Junto a las mesas foscamente hechas y embaldonadas, había hombres y mujeres que habían vivido baratos y pasaba el tiempo jugando a las cartas o haciendo pequeños negocios de intercambio. La mayor parte llevaban ropas sucias, raídas que apenas merecían el nombre de indumentaria. Algunos de los huéspedes aparecían tan andrajosos que había que maravillarse de que no se les cayeran del cuerpo los harapos sucios. Me recuerdo todavía hoy de un sujeto notable que atraía siempre mis miradas. Era un individuo alto, delgado, cuya chiquita pringada estaba tan deshecha que apenas se podía distinguir dónde cesaban los agujeros y dónde comenzaba la tela. Los rasgos del rostro estaban desencajados de un modo típico, y la boca enorme estaba tan torcida que la cara rechinaba así una expresión de muerda que despertaba una impresión sospechosa. El cabelleno denso y canoso le caía en largos mechones sobre los hombros y tenía un brillo grasoso típico. En la mesa a la cual se sentaba había un gran jaula de ratones blancos con los que se entretenía todo el tiempo. Ocasionalmente sacaba una corta flauta de sus bolsillos deshilachados y hacia sentir sus notas rasgadas y agudas, que incitaban a sus pequeños príncipes a toda suerte de juegos maliciosos.

El dormitorio estaba cerrado por el día y tan solo se abría a las diez de la noche. Hombres y mujeres dormían en el mismo local. Antes de ir al dormitorio por la noche teníamos que pasar en pequeños grupos y en orden a una pequeña habitación y desnudarnos allí parcialmente. Sentado a una mesita se encontraba un hombre barbudo e investigaba al resplandor escaso de un candil viejo de aceite las ropas interiores y exteriores de los huéspedes. El que era hallado libre de insectos podía entrar en el dormitorio. Los que tenían piojos tenían que dormir en una habitación especial. Las mujeres se sometían ante los ojos de los hombres a los mismos procedimientos, sin que llamase el asunto la atención de nadie.

Las camas en el dormitorio estaban una sobre otra en forma de camarote y se componían simplemente de un jergón de paja con un chusco y desecho. No había sábana ni manta. El que no las llevaba por sí mismo, tenía que taparse con las propias ropas. No se podía retirar nadie, porque se estaba en pleno verano, y la atmósfera de ese lugar era muy apacible; el aire era tan denso que casi podía cortarse con cuchillo.

Cuando salimos de Lieja buscamos un lugar solitario junto al Maas para
proceder a una limpieza a fondo de nuestro exterior, que lo necesitaba urgen-
mente. Lavamos todo lo que llevábamos encima en una cuadra en el río y
tendíamos las piezas lavadas en la hierba. Entretanto nos pasábamos a nadar
hasta que el sol hizo secar lo lavado. Cuando nos pusimos luego en camino
con la piel y la ropa limpias, nos sentimos como recién nacidos. La perma-
nencia en Lieja nos había hecho conocer más de una cosa nueva, que nos
habían sido desconocidas hasta allí, pero la vida en la Rue des Peureux (calle
de los medrosos) nos había hecho poco a poco algo temerosos.

En el trayecto no detuvimos un poco en Loven, para visitar la vieja y
ermosa ciudad. Dos días antes de la apertura del congreso estuvimos en
Bruselas al atardecer. No tenía más que la dirección del secretario del club
socialdemócrata alemán de lectura en Bruselas. Como esperábamos recibir,
gracias a él, un lugar barato para pasar la noche, nos pusimos de inmediato
en camino. Era un largo trayecto, pues el compañero habitaba justamente en
el otro extremo de la ciudad. Cuando al fin, después de muchas búsquedas,
dimos con la dirección, nuestro hombre no estaba en casa, pero su mujer nos
dió la dirección de una taberna en el interior de la ciudad, donde seguramente
lo encontraríamos. Algo desilusionados, nos pusimos nuevamente en camino.

Había avanzado la hora y teníamos que buscar todavía donde pasar la noche. Nuestro pequeño capital iba tocando a su fin y no era tan simple, en una
ciudad extraña, sin conocimiento del idioma, descubrir un lugar barato que
estuviese en proporción con nuestros medios. Por eso era mejor buscar con
seño en uno de aquellos que conociese mejor la situación.

Después de mucha ambulación de un lado a otro llegamos al fin al Café
Fruck, en la Rue du Bon Secours. El propietario era un viejo socialdemócrata
alemán, y la taberna en la que se había establecido en Bruselas hacía largos años. Su local era
el punto de cita de todos los socialistas alemanes de la capital. No sólo encon-
tramos allí al secretario del club de lectura, sino también a otros tres o cuatro
compañeros alemanes. Después de haber expuesto nuestros deseos, fuimos invi-
itados amistosamente a sentarnos y pronto se nos trajo un vaso de cerveza
y algunas tajadas frias. Los compañeros se asombraron no poco cuando oyeron
que habíamos emprendido el largo viaje simplemente para asistir al congreso
y dijeron que seguramente éramos los únicos en quienes el congreso había
tenido tal fuerza de atracción. Para mi sorpresa, los nuevos amigos no parecían
creer mucho en el éxito del congreso internacional y eran incluso de opinión
que se llegaría a incidentes desagradables que no harían más que dañar a la
causa del socialismo.

Quedamos un par de horas con los compañeros y hablamos de las con-
diciones del movimiento socialista en Alemania, en lo cual pronto supimos
que la lucha entre los jóvenes y los viejos también se había manifestado entre
los socialistas alemanes de Bruselas. Evidentemente, esa discesencia de
opinión, que por lo demás no era patrimonio del movimiento socialista de
Alemania, era la causa por la que los compañeros de Bruselas no esperaban
grandes resultados del congreso.

Al despertarnos, nos acompañó uno de los compañeros a una posada barata
en las cercanías, donde podríamos pasar la noche. El lugar no era tan aven-
tuero como en Lieja, tenía el aspecto de mucha mayor limpieza, pero en

220

221
Le conté mis experiencias singulares con Kovacs y le pregunté si Lambert podría ayudarme quizás a saber algo de él. No lo sabía, naturalmente, pero opinaba que podría preguntárselo a Lambert, pues éste mantenía una cantidad de vinculaciones y estaba en condiciones de hallar a un compañero de su tendencia en el caso de que tuviera interés. No era, naturalmente, Kovacs lo que me interesaba. Me importaba más bien anudar durante nuestra corta permanencia en el extranjero, relaciones que pudieran servir más tarde en Alemania. Desde allí era difícil, pues nos faltaban todos los puntos de referencia. En Berlín, Hamburgo y otros grandes centros había quizá mejores posibilidades, pero en las ciudades pequeñas era casi del todo imposible, si no ofrecía ocasión alguna casualidad.

La misma noche conocimos personalmente a Lambert. Sobre Kovacs no pudo darme ningún informe, pero dijo que quizás podría, con ayuda de otros compañeros, saber algo de él. Como yo tenía necesidad apremiante de conocer un movimiento del que había oído ya algo, pero cuyos verdaderos objetivos me eran desconocidos, pregunté a Lambert si podríamos hablarle a solas durante nuestra permanencia en Bruselas. Estuvo en seguida de acuerdo. Después de haberle dado nuestra dirección, prometió ir a buscarnos a la mañana siguiente y acompañarnos a la Maison du Peuple, donde debía reunirse el congreso. Lambert se presentó a la mañana siguiente puntualmente en nuestra posada, y junto con él fuimos a la Casa del Pueblo de los socialistas belgas. En el camino tropezamos con numerosos grupos con banderas rojas, estandartes sindicales y escudos con diversas inscripciones, que se dirigían a determinados puntos de concentración, pues la apertura del congreso no sería precedida de una gran demostración para la cual había hecho sus preparativos el proletariado socialista de la capital desde hacía varias semanas. Todavía se me hace hoy difícil describir la fuerte impresión que causaron en mí esas manifestaciones. El efecto fué en aumento cuando los diversos grupos se encontraron y dieron comienzo la verdadera demostración. Fué la primera demostración socialista pública que había visto en mi vida. La visión de millares y millares que marchaban con pasos firmes por las calles principales de la ciudad, tras el rojo brillante de las banderas y dando expresión a su anhelo de un porvenir mejor en canciones revolucionarias entusiastas, fué como una revelación para mí alma joven y llenó mi corazón de apasionado entusiasmo.

No hay que olvidar que llegábamos a Alemania, donde eran fenómenos enteramente desconocidos las manifestaciones de masas socialistas al aire libre y el esparcimiento de banderas rojas. Incluso después de la caída de la ley contra los socialistas, no se atrevía nadie a soñar con tales cosas, que iban más allá del estrecho horizonte policial de los órganos gubernativos alemanes. Por eso sentía yo tanto más fuertemente el poderoso efecto de esa manifestación. Por primera vez llegó a mi conciencia toda la miseria de las condiciones políticas en mi patria. Se nos había asegurado frecuentemente, es verdad, que el proletariado alemán iba a la cabeza del movimiento socialista del mundo, pero el hecho que con todo el celo organizador y con toda la disciplina del partido no fuésemos capaces de conquistar los derechos y las libertades que en los países occidentales de Europa pertenecían a las expresiones naturales de la democracia burguesa, era sin embargo una prueba clara del atraso político y social de nuestro país.

Sin duda sobreestimé entonces la verdadera importancia de esas manifestaciones, que en los países democráticos son medidas con un cartabón muy distinto al que imaginación juvenil imaginaba. Pero reconoció inmediatamente la gran diferencia entre un país donde el pueblo podía hacer libremente uso de las conquistas revolucionarias de su pasado, y un estado de cosas donde se está expuesto a cada paso, desde la cuna a la tumba, a la molesta tutela y a las ordenanzas policiales estrechas de la autoridad. Tal estado de cosas no sólo sofoque el respeto de sí mismo y la dignidad personal del individuo, sino que obra también paralizadora sobre todo el desarrollo político y social de un país y perjudica en alta medida su porvenir. Cuando se ha habituado uno desde la niñez a tales condiciones, se sienten ciertamente menos opresivas, y se hace de la necesidad una virtud. Pero si se llega a conocer otra cosa, la diferencia obra en nosotros tanto más silenciosamente, si no se tiene sangre de pecado en las venas.

Hombres expuestos sin cesar a las pequeñas chicanas de una burocracia policial, pierden con el tiempo el sentido de la resistencia contra la injusticia notoria. La obediencia se convierte en ellos en una segunda naturaleza y la mirada hacia lo alto es una necesidad irresistible. Hasta un Bismarck se quejaba de que a los alemanes les faltaba el valor civil, aunque él ha contribuido más que ningún otro a suprimir en sus conciudádanos esa preciosísima cualidad con la fusta policial. En eso está resumida toda la tragedia histórica del pueblo alemán.

CONSIDERACIONES DEL CONGRESO

En la plaza ante la Maison du Peuple, sobre cuya fachada flameaba una enorme bandera roja, había una gran agitación. Centenares de hombres, en cuyos rostros podia leerse la alegría de la fiesta, estaban reunidos en pequeños grupos y hablaban vivazmente de las impresiones de la gran demostración que acababa de terminar ahí. Entre ellos se encontraban muchos delegados que habían acudido a la apertura del congreso. Lambert nos mostró toda una serie de personalidades conocidas del movimiento socialista de los diversos países. Muchos me eran conocidos por los periódicos, y tenía para mí un encanto singular ver ante mí a esos hombres vivientes. Había entre ellos una cantidad de figuras extranjeras que no se encuentran frecuentemente en esa mezcolanza tan vasta.

La apertura del congreso tuvo lugar en la gran sala de la Casa del Pueblo. Pero el local resultó demasiado pequeño, de manera que la última sesión tuvieron que celebrarse en una sala más grande. Habían acudido 350 delegados, la mitad de los cuales eran belgas. De los otros países, eran Alemania y Francia los más fuertemente representados. Jean Volders, entonces de las personalidades más festejadas del movimiento obrero socialista de Bélgica, salió a los congresales en una arrenga inflamada y señaló sobre todo que desde los días de la primera Internacional ese congreso era el primero en el
que se habían reunido todas las tendencias del movimiento socialista y los sindicatos, un resultado que no pudo ser alcanzado por desgracia, a pesar de todos los esfuerzos, en 1889 en París.

Pero el curso ulterior del congreso mostró muy pronto qué consistencia tenía esa unidad proletaria. Los debates de los dos primeros días se ocuparon exclusivamente de resolver si los anarquistas debían ser admitidos o no. En la discusión se llegó con frecuencia a escenas muy tempestuosas y, por desgracia, muy feas, en las que se distinguieron los delegados alemanes por su intolerancia irritante. El número de los representantes anarquistas era pequeño. Se limitaba a unos pocos delegados de Bélgica, Holanda, Francia, Italia, España y Inglaterra. Los dos delegados españoles representaban a los sindicatos más fuertes de Cataluña y de otras regiones del país. En los debates que precedieron a la votación, no tomaron la palabra más que dos anarquistas. Impresionantes fueron las manifestaciones del anarquista italiano Saverio Merlino, que sostuvo el punto de vista que mientras el congreso llevase el nombre de congreso socialista, no se podía discutir el ingreso de los anarquistas, pues nadie podía poner en ella dejuicio el carácter socialista del movimiento anarquista. Si a pesar de todo se excluye a los anarquistas, sólo se demostrará que el congreso tiene por base una manipulación de falsos hechos y que se trata simplemente de un congreso de partidos socialdemócratas y de sindicatos.

La aparición de Merlino tuvo pronto fatales consecuencias para él. Como había sido expulsado de Bélgica, se presentó con otro nombre y había hecho conocer personalmente al presidente esa circunstancia. Al día siguiente, sin embargo, el pueblo, creando central del partido obrero de España, manifestó el nombre completo de Merlino en el informe de los debates. Merlino fue arrestado por la policía y corrió el peligro de ser entregado a Italia, donde tenía en perspectiva una grave condena por su actividad revolucionaria. Sólo la intervención de una serie de democráticos sinceros logró que el gobierno belga le permitiera la salida hacia Inglaterra.

El segundo día de debates terminó con la exclusión de los anarquistas, en favor de la cual se manifestó la gran mayoría del congreso. Incluso a los dos delegados españoles, que representaban los sindicatos más fuertes de su país, se les prohibió la participación en el congreso a causa de sus ideas anarquistas. Ese hecho fue muy característico, pues el jefe del partido socialista español, Pablo Iglesias, que se hizo pasar en el congreso por el único representante legal del proletariado de España, en realidad no representaba más que a una infima minoría. Realmente el partido socialista de España en aquel tiempo era un grupo insignificante, con el que nadie contaba, y que era llamado burlescamente “el partido microscópico”. Naturalmente la exclusión no se llevó a cabo sin escenas inómodas que no realizaron el prestigio del congreso y pusieron bajo una luz muy singular la frase de la solidaridad proletaria.

Para mí esa primera fase del congreso fue una desilusión, que rebajó considerablemente la poderosa impresión que había recibido el día antes de las manifestaciones masivas. Después el curso ulterior del congreso fue apropiado para alentar mi ánimo. Era el primer congreso de esa clase que visitaba en mi vida y era comprensible que mis expectativas fueran bastante intensas.

Sin duda la exclusión de los anarquistas y los odiosos fenómenos comunistas habían rebajado bastante mi entusiasmo originario. Pero aun sin ese incidente las impresiones recibidas no habían sido probablemente mucho mejores. La orden del día del día del congreso estaba terriblemente recargada y con temas que no tenían más que una importancia secundaria para el socialismo en general. Los pocos puntos cuya importancia era evidente, a causa del breve tiempo y del trabajo impropio de la traducción, sólo pudieron ser tratados superficialmente, de manera que el resultado deplorable apenas corrresponsalía a las esperanzas que suele prometerse al inicio de tales congresos.

Cuento más numerosa es la representación de uno de esos congresos, tanto más exiguo son los resultados efectivos. Si la orden del día de las conferencias internacionales de esa especie se restringe a unos cuantos puntos, el resultado intelectual sería probablemente más fecundo. Pero ni siquiera en esos casos hay que esperar que sean resueltos en esos congresos grandes problemas o que puedan ser tratados tan sólo con alguna detención. El verdadero trabajo intelectual es despachado en gran parte en las comisiones y se limita a lo general a la elaboración de determinados acuerdos que son presentados al congreso como descos y que son aceptados con algunas alteraciones. La verdadera importancia de tales congresos se limita en lo esencial a su efecto demonstrativo sobre el gran público.

En verdad, en la larga orden del día del congreso de Bruselas no había más que un punto que suscitó profundo interés, y eso sólo porque algunos de los oradores más importantes intervinieron en ese debate y, a causa de su temerario personal, dieron a la discusión un vuelo espiritual que se echó de menos muy a menudo en aquel congreso. Hablo aquí del tercer punto de la orden del día, que se ocupaba de la militarización cada vez más fuerte de Europa y de los medios a disposición de la clase obrera para evitar el peligro amenazante de una gran guerra mundial. El de ese problema resulta ya del hecho que todos los congresos ulteriores se ocuparon siempre de ese asunto y que la situación política de Europa lo hizo de día en día más apremiante.

Los síntomas de la gran catástrofe que estalló en el mundo veintitrés años más tarde, se advertían claramente ya entonces. Los poderosos armamentos que se hacían en todo país, las sumas enormes que absorbía el militarismo de los ingresos de todas las naciones eran insopeltables a la larga. Pero como ningún gobierno se sentía propenso a proceder contra el armamentismo general, la guerra que todos temían y en cuya preparación estaban ocupados todos, era inevitable, si los pueblos mismos no se disponían a la defensa para impedir un crimen que iba a hundir a toda Europa en el abismo.

Era por tanto, muy natural que ese punto de la orden del día atrajese más que otros la atención del congreso. En las sesiones de comisión que precedían a los debates públicos, se había llegado ya a violentas discusiones, pues la mayoría de los delegados holandeses, ingleses y francés rehusaba su aprobación a la resolución presentada por Liebknecht (Alemania) y Vailant (Francia) y había decidido presentar al congreso una resolución propia.

En realidad, la declaración propuesta por Vailant y Liebknecht era un verdadero modelo de vulgares lugares comunes marxistas, cuyo ornamento
El militarismo es una consecuencia inevitable del sistema capitalista de explotación; que todos los intentos tendientes a la desmilitarización y a la realización de la paz de los pueblos que no tuviesen en cuenta las condiciones económicas, son estériles, aun cuando sean inspirados por los más nobles propósitos: que sólo la realización de un orden social socialista puede poner fin al militarismo y producir la paz entre los pueblos; que, en consecuencia, todos los que quieran superar la guerra del mundo tienen el deber de adhiriarse a la socialdemocracia internacional como el único partido de la paz. En conclusión, declaraba la resolución que la responsabilidad de la catástrofe de una guerra mundial ante la humanidad y ante la historia correspondía sólo a las clases dominantes y exhortaba a los trabajadores de todos los países a oponerse a los azuzamientos chauvinistas, a protestar energéticamente contra todos los caprichos guerreristas y a acelerar el triunfo del socialismo por la organización internacional del proletariado.

En el fondo la resolución no decía nada que tuviese relación con un ensayo práctico de la clase obrera para impedir la guerra. Su contenido ideológico fatalista no podía más que contribuir a que los trabajadores se adaptasen como a un hecho inevitable al terrible mal y dejasen a la sociedad socialista del porvenir la abolición de la guerra. ¡Ni una palabra que recordase a los trabajadores que, sin su cooperación como clase productora, la guerra era imposible! A los autores de aquella resolución no les alcanzó que con su posición negaban toda significación práctica al movimiento obrero para las tareas del presente. Pues, finalmente, se podía atribuir a la existencia de la sociedad socialista del porvenir la abolición de la guerra. Si los trabajadores no son capaces de hacer valer su influencia como elemento activo de la sociedad en un asunto tan importante, ¿cómo se podía esperar que pudiesen pensar en general en un mejoramiento de su situación dentro del orden económico actual? Entonces, toda la actividad de los sindicatos, en favor de la cual el congreso había aceptado una resolución especial, no era más que un ensayo infecundo que nunca podría tener éxito, y Lassalle tenía razón cuando rechazaba por principio toda actuación sindical en base a la ley de bronce del salario.

En los debates del congreso intentaron Faillant y Liebknecht mantener su resolución ante los delegados con un gran empleo de razones de urgencia. Liebknecht destacó que los representantes del proletariado alemán, en las resoluciones de esta especie, estaban obligados a la mayor cautela a fin de no dar a las clases dominantes de su país pretextos para una nueva ley contra los socialistas. Contra las manifestaciones de los dos relatores de la resolución, hablaron numerosos delegados franceses e ingleses, entre ellos también el socialista alemán Ferdinand Gilles de Londres, que dijo a los alemanes verdaderos muy desagradables que provocaron violentas réplicas, pues Gilles era conocido como defensor declarado de los jóvenes.

El punto culminante fue alcanzado por aquel debate memorable al tomar la palabra el socialista holandés Damiaan Nieuwenhuis. Se encontraba entonces Nieuwenhuis en la flor de sus años. La alta talla del antiguo sacerdote, su rostro expresivo encuadrado en una rubia barba, sus ojos claros y reparados hacían reconocer en seguida que se tenía delante a una personalidad extraor-
 contra el peligro de guerra, que debía ir más allá de las protestas platónicas, no sólo en su país, sino en Alemania, sin que tampoco debía hacerse en Alemania, sino que tampoco debía hacerse en los demás países sin sacrificios, pero no había que olvidar nunca que todos los sacrificios eran pequeños en comparación con la catástrofe monstruosa que llevaría una guerra europea a todos los pueblos y particularmente a la clase obrera. 

Una situación extraordinaria exige medios extraordinarios para afrontarla. Mientras no se pueda obrar en conformidad con ese pensamiento, hay que tomar las cosas tal como vienen y permitir a los enemigos que resuelvan por nosotros. Una adaptación sin resistencia a las cosas tal como son, ha sido hasta aquí fatal para todo gran movimiento popular. Hasta entre los socialistas alemanes se hicieron notar ya tales simpatías. La defensa de Vollmar de la triple alianza y de la política exterior del gobierno alemán, es un síntoma alarmante que no se había percibido hasta aquí en el movimiento socialista. Tales manifestaciones son peligrosas y podrían culminar fácilmente en una catástrofe para el socialismo, si no se les resiste a tiempo. 

Nieuwenhuis previno a los trabajadores contra la fe en las letanías pacifistas de sus enemigos, pues la situación de Europa lleva incontestablemente a la guerra y no es más que una cuestión de tiempo el desencadenamiento de la tempestad sobre los pueblos. Las alianzas militares de ambos sectores hacen concluir, con seguridad, que una próxima guerra hará arder todo el continente, si los pueblos mismos no pueden decidirse a enfrentar el peligro con acciones revolucionarias de masas. Si el congreso de hirar une posición efectiva ante el peligro de guerra, tiene que crear en todos los países las condiciones psicológicas para la lucha contra la guerra por una propaganda antimilitarista que no se haga de gran vuelo y resistir los manejos de los nacionalistas con toda decisión. Es deber de los socialistas sinceros familiarizar a los trabajadores con la idea de que está en sus manos impedir la guerra, pues sin su cooperación productiva es imposible una actuación militar de los ejércitos. Contra el peligro de una declaración de guerra no es eficaz más que la paralización general del trabajo en los países amenazados por la matanza. Una declaración clara de los trabajadores en esa dirección causaría a los guerreros de ambos bandos en todo caso un efecto más profundo que una declaración que no dice nada, que se contenta con echar sobre las clases dominantes la responsabilidad moral ante la humanidad y ante la historia. 

Mientras Nieuwenhuis exponía al congreso sus opiniones, se puso de manifiesto, entre los delegados alemanes especialmente, una irritación creciente, que se exteriorizó en numerosas exclamaciones. Cuando el orador recordó a la asamblea que allí, en Bruselas, había aceptado el teócono de la Internacional en 1868 una resolución idéntica a la presentada por él y que había aprobado la paralización general del trabajo como el medio más eficaz en manos de los trabajadores contra la guerra, le interrumpió Liebknecht observando que aquella resolución no pudo impedir la guerra de 1870-71. A lo cual Nieuwenhuis replicó con fria objetividad que el movimiento obrero socialista se encontraba entonces en sus comienzos. Por eso es tanto mayor el mérito de la Internacional, pues sus miembros tuvieron ya el valor para expresar abiertamente una verdad sin asustarse de las dificultades de la época. Le importaba más bien sufrir a las masas en su obscura perzua

y llevar a su conciencia que estaba en sus manos hacer imposible la guerra. Esa actitud decidida de los grandes precursores del moderno movimiento obrero de Europa, debía pues servir de ejemplo estimulante al actual congreso. El que la Internacional no posee entonces la fuerza para realizar aquella resolución, no prueba nada contra la exactitud de su punto de vista. Hay en la historia todavía algo más grande que el éxito práctico: la verdad interna y la justicia de una causa, que si ni siquiera una derrota temporal puede extirpar, es que la Internacional es la vanguardia del partido burgueses de la conveniencia, a tener en cuenta las circunstancias reales, podría ocurrir fácilmente que los socialistas, en una próxima guerra, combatiesen junto a aquellos que son responsables de la guerra en primera línea. 

¿Soñechaba entonces Nieuwenhuis el alcance profético de sus palabras? Las manifestaciones del socialista holandés produjeron una impresión poderosa. Incluso muchos que no estaban de acuerdo con sus ideas, no pudieron resistirse a su efecto. Sus palabras me afectaron profundamente. La manera tranquila y distinguida del orador, la claridad persuasiva con que supo manejar su riquez material causaron en mi el efecto más poderoso. Sentí que había hablado un hombre que sobresalía del término medio de los propagandistas ordinarios. Su discurso fué realmente el punto intelectual brillante del congreso, que no volvió a ser alcanzado por ningún otro orador. 

Entre los delegados que tomaron la palabra después de Nieuwenhuis y que hablaron en parte a favor y en parte contra él, las manifestaciones de Liebknecht produjeron la mayor expectación. Por esta razón, aquel debate es calificado a menudo en los informes del congreso como el duelo Liebknecht-Nieuwenhuis. Si fué un duelo, hay que confesar que se llevó a cabo con armas muy desiguales. La tranquila objetividad que no abandonó Nieuwenhuis nunca, a pesar del contenido crítico de su discurso, estaba en abierta contradicción con la evidente irritación que expresaba Liebknecht en cada palabra. Sí Nieuwenhuis elevó el debate a un alto nivel espiritual, Liebknecht lo rebajó tanto más al darle un carácter puramente personal. Nieuwenhuis había presentado a los alemanes algunos hechos incómodos, pero lo hizo con el sosiego distinguido de un hombre a quien sobre todo le importa convencer. 

Liebknecht, que no pudo ocultar en momento alguno su excitación interna, dirigió cada una de sus palabras a rebajar a su adversario. Al punto central del asunto, la influencia del Estado militar prusaoelam en la formación política de Europa, que había tratado Nieuwenhuis en su discurso con singular precisión, no se refirió en manera alguna Liebknecht, aunque ese punto era de importancia decisiva en el debate entero. Junta mente había sido el deber de un alemán hacer explícito su desacuerdo con el congreso en nuestro país y poner en su luz exacta el papel funesto de Prusia en la formación política y social de Alemania. Habría estado él más llamado a hacerlo que ningún otro, pues su larga permanencia en el extranjero le había dado bastantes ocasiones para conocer por experiencia propia la influencia nefasta del Estado junkerista prusiano en el desarrollo de Alemania y de Europa. Pero pasó simplemente por alto esas cosas, como si en general no existiesen, y dedicó todo su discurso a atacar personalmente a su adversario.
Liebknecht llamó al discurso de Nieuwenhuis una colección ejemplar de frases revolucionarias que no tenían sentido ni contenido, y reprochó a su adversario que quisiera llevar al congreso una resolución de la que él mismo sabía que en caso serio no podría ser cumplida. Era fácil para los representantes de un pequeño país como Holanda echar sobre los socialistas de los grandes países una responsabilidad cuyas consecuencias no les alcanzarían personalmente. Un criterio realmente revolucionario no se expresa por palabras, sino por hechos. Si Nieuwenhuis hubiese hablado directamente por escrito de Liebknecht y de sus sucesores, no habría podido llevar el agua al molino de los representantes de la reacción mejor de lo que hizo él por medio de su discurso y de la resolución presentada. Para la socialdemocracia se trata en primera línea de conquistar el poder político en el Estado. Una vez en posesión del poder, sus representantes sabrán lo que han de hacer.

El discurso de Liebknecht dejó en mí una impresión desalentadora. No sólo me sentí infinitamente desilusionado, todo mi ser se rebeló contra la acusación arreta hecha a un hombre de cuya pureza interior nadaba nadie, y que pertenecía a las personalidades más notables de la internacional socialista. Pero ante todo se me hizo claro que no fué sólo el discurso de Nieuwenhuis el que había movido a Liebknecht a aquel ataque odioso, sino ante todo la circunstancia de que el jefe espiritual de los socialistas holandeses se había manifestado generosamente en favor de la causa de los jóvenes de Alemania, a pesar de la antigua amistad que lo había ligado hasta allí con los viejos jefes de la socialdemocracia alemana. El discurso de Liebknecht en Bruselas mostró solamente que se quería llevar resueltamente al movimiento internacional los mismos métodos que habían empleado los viejos contra los nuevos.

El discurso de Liebknecht había puesto en gran desasosiego a muchos delegados, lo que se expresó a menudo con violentas exclamaciones. Antes de llegar a la votación, la agitación fue tan grande que la sesión tuvo que ser postergada hasta que se restableciese el orden. La mayoría de los delegados franceses, ingleses y holandeses votaron por la resolución de Nieuwenhuis. Los alemanes y con ellos los representantes de la mayor parte de los otros países votaron cerradamente por la resolución Liebknecht-Vollmar, que fue aprobada con gran mayoría.

Los debates ulteriores del congreso no ofrecieron ningún motivo de gran excitación y fueron a menudo de monotonia cansadora. Cuando al fin fué clausurado el congreso, todo mi entusiasmo originario se había esfumado. Ni siquiera la agitación de las banderas rojas y los gritos de Vive l'Internationale! Vive la socialisme revolutionnaire! pudieron volver a animar las ilusiones perdidas. No lograron sino entristecerme más.

\footnote{Es característico que en el informe oficial del congreso de Bruselas el discurso de Liebknecht fuese desfigurado que no permitió reconocer su verdadero contenido. Sin duda no se quería poner demasiado de relieve la enorme diferencia que había entre él y las manifestaciones de Liebknecht.}

\[\text{230}\]

\[\text{231}\]
modo tenían que ceder inevitablemente en un camino que les alejaría más y más de los verdaderos fines del socialismo.

Nieuwenhuis destacó mucho especialmente que ese giro de las cosas sería tanto más peligroso cuanto que se producía en un país como Alemania. Alemania se ha convertido por los acontecimientos de 1870-71 y por la dirección prusiana, repentinamente, en un gran Estado, que influye en medida creciente en todo el desarrollo político de Europa. Pero Prusia ha sido considerada siempre, a causa de su historia entera, como un cuerpo extraño por los pueblos occidentales, y sus aspiraciones declaradamente reaccionarias estaban en contradicción inevitable con las tradiciones revolucionarias del occidente. Su constitución semiabsolutista tiene todavía hoy el carácter de un período pasado, sin ninguna vinculación con las ideas de la democracia. Mediante la prusianización creciente de Alemania, esa influencia se vuelve más sensible y arroja sombras cada vez más densas sobre el desarrollo cultural y espiritual del continente. No se podía hacer responsable al pueblo alemán como conjunto de esa orientación de su historia y había que conceder incluso que ha sido esencialmente fomentada por la política egoísta de los Estados vecinos. Pero eso no cambia nada en los hechos y sólo demuestra que es im posible una alteración de la situación política de Europa mientras en Alemania misma no se produzca ningún cambio de las condiciones políticas, que sólo podía ser impuesto a los gobernantes alemán por un movimiento de masas revolucionarias, inspiradas por un espíritu democrático.

Pero como la burguesía alemana no se levantará nunca a una posición democrática decidida contra la política prusiana, el movimiento socialista tiene que proceder tanto más expresivamente a la democratización del pueblo y no hacer la menor concesión al gobierno. Por esta razón, la formación esencial del movimiento socialista en Alemania era tan importante para el futuro desarrollo de Europa a fin de impedir una próxima guerra y al mismo tiempo un retroceso al absolutismo. Sólo por ese motivo, la idea de una escisión del partido alemán le llevaba de una inquietud tan grande por el porvenir, pues era inevitable que, a causa de la gran influencia que la socialdemocracia alemana ejercía en el extranjero, la crisis del socialismo en Alemania se convirtiese en una crisis del movimiento socialista internacional, si las aspiraciones de los compañeros alemán no eran contenidas a tiempo dentro del partido. Si se llegase por tanto en Erfurt a una franca escisión, lo que importa es que el nuevo movimiento halle en el proletariado alemán un eco que le capacite para realizar lo que ha descuidado hasta aquí el viejo movimiento.

Lo que más me chocó en las manifestaciones de Nieuwenhuis no sólo fue su contenido, sino la circunstancia de que no se refiriése personalmente a ninguno de los viejos jefes del partido, e intentese explicar todo el desarrollo del partido alemán por las circunstancias mismas. Incluso cuando unos alemán presentes condenó severamente la actitud de Liebknecht en el congreso, Nieuwenhuis pasó la cosa por alto y no dijo sino que los hombres difícilmente pueden escapar a los efectos de su ambiente social. La intolerancia de muchos jefes del partido alemán y su eterna acentuación de la disciplina de partido no son más que una consecuencia del mismo espíritu prusiano para quien la disciplina es todo y el hombre nada. La lucha contra ese espíritu es justamente la tarea principal del nuevo movimiento, pues la democracia no es sólo una cuestión del pensamiento y del sentimiento personal.

La profunda impresión que había recibido de ese hombre en el congreso, no pudo menos de ser fortalecida por ese encuentro con él en estrecho círculo. Su naturaleza sencilla y sin pretensiones, la honradez de su criterio, que se manifestaba en cada una de sus palabras, tenia que cautivar al que llegaba a un contacto personal con él. Después me recordó a menudo de las palabras que le había escuchado en Bruselas, y cuya significación profética no podía presentar entonces. Los jefes socialistas en Alemania trataron a Nieuwenhuis en lo sucesivo como a un hermano que se había apartado del camino justo, pero la realidad le ha dado la razón en una medida que entonces no podíamos soñar. Había previsto el desarrollo ulterior de Europa más claramente que la mayor parte de sus contemporáneos socialistas. Nieuwenhuis era entonces todavía socialdemócrata revolucionario y evolucionó tan sólo lentamente hacia el anarquismo. Sin embargo, puso siempre el centro de gravedad de su actividad en la lucha contra el militarismo y siguió siendo hasta el fin de su vida el representante más destacado de la propaganda antímilitarista en Europa, que el movimiento socialista en Alemania nunca quiso tocar. El desarrollo ulterior de la socialdemocracia alemana ha justificado en todas las maneras sus proezas temores. Vió el punto de partida de la nueva reacción, que había encontrado en Bismarck a su representante más despiadado, pero le fue ahorrado felizmente el triunfo sangriento del tercer imperio y la catástrofe monstruosa en que sumió al mundo la Alemania de Hider.

Una influencia decisiva en mi evolución posterior la recibí en mi breve permanencia en Bruselas por el conocimiento más directo del anarquista alemán Lambert, que en aquel tiempo se ocupaba del contrabando de escritos anarquistas en la frontera germanobelga, de lo que entonces no tuve ciertamente ninguna sospecha. Su verdadero nombre era Karl Höfer. Había nacido en algún lugar cerca de la frontera holandesa y realizó su peligrosa tarea más de dos años, hasta que al fin la trahición le hizo caer en manos de la policía alemana y fue condenado a cinco años de presidio en el gran proceso por alta traición contra el anarquista berlinés Kaments y compañeros.

Lambert era un joven que había leído mucho y que estaba entregado a su causa con todas las fibras de su corazón. Por mis conversaciones con él, recibí la impresión de que me encontraba entonces en la búsqueda de nuevos caminos, sin poder llegar a ningún conocimiento determinado. Probablemente tampoco yo le prodigaba mal efecto, pues se dio todo el esfuerzo para ganarme para su causa. Hemos hablado a menudo durante medio noche sobre centralismo y federalismo, actividad parlamentaria y propaganda por el hecho, sobre la significación del Estado en la vida de la sociedad y otras cosas por el estilo. Aquellas discusiones eran para mí en extremo incitantes, pero por desgracia fue demasiado breve el tiempo para llegar al fondo de todos los problemas que entonces me atañían. Sin embargo Lambert me había dado una cantidad de nuevos estímulos sobre cosas que hasta entonces me habían permanecido totalmente desconocidos. Fué él quien infundió en mí los prime-
ros gérmenes de una nueva concepción de la vida, que pronto debían transformarse en una convicción interior. Lambert no creía en un gran porvenir para el movimiento de los jóvenes. Lambert me dio una dirección en Lieja, pues él no se encontraba en Bruselas más que a causa del congreso, y otra en Londres, a las que podría recurrir en todo momento en caso de que lo ocurriese algo puramente humano. Lo miré algo extrañado y quise saber lo que aquella significaba. Pero sólo se sonrió y dijo que quizás lo supiera alguna vez posteriormente. Por el momento era mejor no preocuparse de cosas que nadie podía prever. Le di una dirección segura que podía utilizar para el envío de literatura prohibida y le prometí escribirle en cuanto llegase a Maguncia. Me dijo aún que nos llegarían periódicos y folletos de Alemania misma, pues por el momento tenía relaciones que le hacían posible eso. En los pocos días en Bruselas íntimas mucho y nos separaríamos como buenos amigos. Antes de nuestro viaje nos dió algunos de los últimos números de la Autonomie, que yo le había pedido, y algunos folletos para el camino, entre ellos traducciones alemanas de Dios y el Estado de Bakunin, y de La moral anarquista. A los jóvenes de Kropotkin y algunos otros.

Los últimos dos días en Bruselas fueron para nosotros bastante duros. La pequeña suma de que disponíamos había sido totalmente gastada, de manera que tuvimos que hacer abandono hasta de nuestra posada para dormir, pues no podíamos seguir pagando ese pequeño gasto. Algunas veces pensé pedir prestados a Lambert o a algún otro compañero aleman en Bruselas algunos francos y devolver ese dinero desde Maguncia. Nos habría ayudado sin duda con gusto. Pero una falsa vergüenza me impidió hacerlo. Así dormimos las últimas noches en una casa en construcción, no lejos de los límites de la ciudad. Las noches eran templadas, y el edificio a medio construir nos ofrecía alguna protección contra una lluvia eventual. Por lo demás no tomamos la cosa de modo alguno por lo trágico. Éramos jóvenes y estábamos habituados a esas cosas en la peregrinación. La juventud lo supera todo y no se hace problemas de las pequeñas incomodidades de cada día. Me hace sonreír hoy aquel episodio, pero no era hermoso sin embargo. Habíamos resuelto emprender el regreso el lunes de madrugada. La noche anterior a la partida la pasamos en el Café Fruck, al que nuestros amigos nos habían invitado para una cena de despedida. Allí encontramos a nuestro relojero magnifico nuevo, que nos habíamos comido gene- rosamente el día después de nuestra llegada. En el curso de la conversación con él me dijo que en Alost tenía un buen amigo que atendía una pequeña etuendermaria y donde probablemente encontraría un par de semanas trabajo, en caso de que me interese. La proposición era seductora. No teníamos en el bolsillo un cobre, de lo cual nuestros amigos no tenían, en punto de vista claro y ante todo no habían comprendido que nuestros pecados de los viejos jefes contra el socialismo eran simplemente un resultado de sus doctrinas. O bien se era socialista de Estado o anarquista. Todos los métodos intermedios no tenían a la larga ninguna consistencia. Eso se podría de relieve probablemente muy pronto en el movimiento de los jóvenes. La parte capaz de desarrollarse del movimiento iría poco a poco hacia el anarquismo, pero los otros volverían tarde o temprano al campo socialdemocrático, una predicción que realmente se realizó luego.

El resultado más importante de nuestro conocimiento fué que convinimos en permanecer en relación epistolar. Lambert me dijo una dirección en Lieja, pues él no se encontraba en Bruselas más que a causa del congreso, y otra en Londres, a las que podría recurrir en todo momento en caso de que lo ocurriese algo puramente humano. Lo miré algo extrañado y quise saber lo que aquella significaba. Pero sólo se sonrió y dijo que quizás lo supiera alguna vez posteriormente. Por el momento era mejor no preocuparse de cosas que nadie podía prever. Le di una dirección segura que podía utilizar para el envío de literatura prohibida y le prometí escribirle en cuanto llegase a Maguncia. Me dijo aún que nos llegarían periódicos y folletos de Alemania misma, pues por el momento tenía relaciones que le hacían posible eso. En los pocos días en Bruselas íntimas mucho y nos separaríamos como buenos amigos. Antes de nuestro viaje nos dijo algunos de los últimos números de la Autonomie, que yo le había pedido, y algunos folletos para el camino, entre ellos traducciones alemanas de Dios y el Estado de Bakunin, y de La moral anarquista. A los jóvenes de Kropotkin y algunos otros.

Los últimos dos días en Bruselas fueron para nosotros bastante duros. La pequeña suma de que disponíamos había sido totalmente gastada, de manera que tuvimos que hacer abandono hasta de nuestra posada para dormir, pues no podíamos seguir pagando ese pequeño gasto. Algunas veces pensé pedir prestados a Lambert o a algún otro compañero aleman en Bruselas algunos francos y devolver ese dinero desde Maguncia. Nos habría ayudado sin duda con gusto. Pero una falsa vergüenza me impidió hacerlo. Así dormimos las últimas noches en una casa en construcción, no lejos de los límites de la ciudad. Las noches eran templadas, y el edificio a medio construir nos ofrecía alguna protección contra una lluvia eventual. Por lo demás no tomamos la cosa de modo alguno por lo trágico. Éramos jóvenes y estábamos habituados a esas cosas en la peregrinación. La juventud lo supera todo y no se hace problemas de las pequeñas incomodidades de cada día. Me hace sonreír hoy aquel episodio, pero no era hermoso sin embargo. Habíamos resuelto emprender el regreso el lunes de madrugada. La noche anterior a la partida la pasamos en el Café Fruck, al que nuestros amigos nos habían invitado para una cena de despedida. Allí encontramos a nuestro relojero magnifico nuevo, que nos habíamos comido generosamente el día después de nuestra llegada. En el curso de la conversación con él me dijo que en Alost tenía un buen amigo que atendía una pequeña etuendermaria y donde probablemente encontraría un par de semanas trabajo, en caso de que me interese. La proposición era seductora. No teníamos en el bolsillo un cobre, de lo cual nuestros amigos no tenían en punto de vista claro y ante todo no habían comprendido que nuestros pecados de los viejos jefes contra el socialismo eran simplemente un resultado de sus doctrinas. O bien se era socialista de Estado o anarquista. Todos los métodos intermedios no tenían a la larga ninguna consistencia. Eso se podría de relieve probablemente muy pronto en el movimiento de los jóvenes. La parte capaz de desarrollarse del movimiento iría poco a poco hacia el anarquismo, pero los otros volverían tarde o temprano al campo socialdemocrático, una predicción que realmente se realizó luego.

A la mañana siguiente nos pusimos en marcha hacia Alost. La primera noche la pasamos en el barrio de un campesino flamenco. Habíamos podido llegar al día siguiente a buena hora a nuestro objeto, si el azar no nos hubiese jugado una mala partida del todo inesperada. Se nos había asegurado ya antes de nuestra partida de Aquisgrán reiteradamente que Bélgica era una tierra muy ardiendo para parroquiarray y que podría ocurriremos fácilmente que nos echasen mano los gendarmes y nos pusieran otra vez en la frontera alemana. Pero como en nuestro viaje a Bruselas no nos había pasado nada, considerábamos aquella advertencia como ociosa habladuría y la habíamos olvidado ya cuando nos alcanzó el destino en las proximidades de una pequeña aldea, no lejos de Alost. Cuando, el segundo día después de nuestra salida de Bruselas, habíamos andado apenas dos o tres horas por la carretera, fuimos detenidos por los gendarmes belgas que quisieron ver nuestros documentos. Los pasaporte estaban en buen orden. Después de haberlo examinado todo cuidadosamente y de habernos devuelto los pasaporte, los guardianes de la ley nos preguntaron cómo andábamos de medios para el viaje. En ese concepto no podíamos ciertamente servirles, pues no teníamos un centimo en el bolsillo. Cuando les expuse con mucho esfuerzo y en un francés atrevido que había aceptado trabajo en Alost y les mostré mi carta de recomendación en apoyo de mis palabras, se echaron a reír simplemente y dijeron que conocían para nosotros un puesto mejor. Luego nos tomaron en medio de ellos y nos hicieron volver a la próxima aldea. Allí fuimos alojados en un suelo local, habitado ya por otros dos huéspedes. ¡Hay que imaginar mi sorpresa cuando reconocí en uno de nuestros voluntarios compañeros de destino al hombre de los ratones blancos de Lieja! A la mañana siguiente los dos gendarmes nos llevaron en tren a Bruselas, donde fuimos internados en la gran prisión central. Allí tuvimos que entrar, junto con otros presos que habían ingresado con nosotros, en una gran sala, donde fueron tomados nuestros nombres y el pequeño equipaje que cada cual llevaba consigo fué sometido a una investigación a fondo. Todo lo que llevaba en mi mochila fué vaciado por dos empleados y uno palpó todas mis cosas, las sacudió, y encontró el par de periódicos anarquistas y de folletos que me había dado Lambert junto con cinco o seis números del Peuple, que contenían los informes del congreso. El empleado observó las cosas muy
exactamente y murmuró a su colega un par de palabras que no pude comprender. Me miró un rato absurdidamente, pero no dijo una silaba. Luego nos fui quitado todo y se entregó a cada uno una marca de hojalata como recibo. Después de haber recibido mi marca, fue llevado con los otros a un ancho patio. Allí fuimos recibidos por dos guardianes que nos condujeron al segundo piso de un edificio transversal gigantesco, donde fuimos alojados en un largo corredor, cada cual en una celda.

Mi celda estaba limpia y clara. La cama estaba adosada a la pared durante el día, según lo reglamentario. Bajo las ventanas entrelazadas había una pequeña mesa de hierro y una silla sin respaldo. En un pequeño soporte de madera vi un jarro de hojalata, un plato y una cucurra. Cuchillo y tenedor no estaban permitidos. Por lo demás las comidas estaban tan cocidas que pronto pude ver que no se necesitaba tenedor ni cuchillo. En el fondo de la celda había un servicio y junto a él un recipiente con agua. Eso era todo el mobiliario del lugar.

Poco después de mi entrada en la celda, se abrió ésta nuevamente. Entró un guardián, me pidió la marca y me ordenó desnudarme. Después me dio una especie de caperuza que debía cubrirme la cabeza y la cara. En ese instante, que no dejaba abiertos más que dos agujeros para los ojos, tuve que salir al corredor, donde ya estaba un cierto número de presos con las mismas caperuzas y totalmente desnudos en lo demás ante las puertas de sus celdas. Abiertas todas las celdas, se nos condujo a un gran ambiente en el piso bajo, donde se hallaban los baños de lluvia de la prisión. Después de la limpieza fuimos inspeccionados uno tras otro por un médico. Era una comprobación de forma, pues todo el examen de los vénticos o veinticinco presos no tardó más de diez minutos. Cuando fui devuelto a mi celda, mis ropas habían desaparecido. Sobre la mesa había una camisa raída y un traje de prisionero. Medias no las había, sino solo zapatinas de felpa.

Estuvimos en total diez días en la prisión central de Bruselas. Como supe después, partían sólo cada dos semanas convoyes especiales de presos hacia la frontera alemana. El que había tenido la desgracia de caer preso poco después de la partida de uno de esos trenes, tenía que esperar en la cárcel hasta que estuviese listo el próximo tren. Aquellos diez días se nos hicieron terriblemente largos, tanto más cuanto que nadie nos dijo el tiempo que debíamos estar allí. Ocupación no había ninguna para nosotros, pero tampoco estaba permitida la lectura. Incluso ante el guardián todas las mañanas para que pase el que las quisiera leer, pero me dije siempre que sólo podían hacer uso de la biblioteca de la prisión los condenados. Creo que la habrían obligada atacar los nervios de los hombres de toda edad. Para gentes jóvenes, vigorosas, ese transcurrir de las horas sin objetivo ni fin es una tortura moral. El único cambio durante el día era el paseo de media hora en el patio de la prisión. Todos los presos estaban encapuchados como los jueces de la santa Feme. El hablar durante el paseo estaba ciertamente prohibido, pero los guardianes no lo tomaban tan al pie de la letra, y yo tenía ocasión casi todos los días de cambiar un par de palabras con José.

Al fin se nos dieron una noche nuestras ropas y se nos dijo que al día siguiente partiríamos por tren hacia la frontera alemana. Me alegré de

autonómeno de ese viaje, pues creía que se nos transportaría en un tren ordinario bajo acompañamiento policial al lugar de destino y que tendríamos ocasión de ver entretanto el panorama. Pero me había equivocado, al mezclarme con el gran corro de gente que se acercaba al bulevar y que se agolpaba delante del palacio de la inquisición. El viaje no fue ni siquiera un poco coche, sino un coche ordinario con vagones de madera a cada lado, sin ventanillas, con solo una pequeña abertura para el corredero que apenas dejaba pasar un par de rayos de luz. Las celdas eran tan estrechas que apenas podia realmente moverse uno y tenía que quedar siempre en la misma postura. El asiento estaba cubierto con una tapadera para la satisfacción de ciertas necesidades.

Tardé varias horas en ponerme el tren en movimiento. El aire en esos vagones estaba tan cargado de toda clase de olores que apenas se podía respirar. Me sentí en ese horrible viaje tan mal que me invadió como una especie de mareo y tuve que vomitar constantemente. Lo peor era que el tren se detenía a la intemperie y permanecía parado a menudo largas horas. El sol ardiente caía sin piedad sobre el techo del coche, de modo que se sentía uno a punto de ahogarse. El viaje hacia Alemania requeriría casi doce horas. Cuando finalmente, más muertos que vivos, llegamos a Lieja, las celdas fueron abiertas, y se nos llevó a la llamada prisión de los vagabundos, donde estaban los vagabundos y otros recogidos en el país antes de la entrega a Alemania.

Si la prisión central de Bruselas no dejaba nada que desear, la prisión de los vagabundos en Lieja era un verdadero inferno apagado. Las celdas, según toda la apariencia, no habían sido limpiadas nunca y abundaban en ellas los insectos. Eran realmente criaderos de chinches, pulgas y piojos. Apenas hacía cinco minutos que estaba en alguno de esos abrigos miserables, comenzó la picazón por todas partes. Era simplemente insoportable. Felizmente, no pasamos más que una noche en esa polvera. En el descanso no había que pensar siquiera. Pasé la noche de caza y todavía hoy me recorren escalofríos por todos los miembros cuando pienso en lo abundante que fue la cacería.

A la mañana siguiente nos fueron entregadas nuestras cosas y pocas horas después llegamos a Herbesval, la primera ciudad fronteriza alemana. Allí fuimos recibidos por gendarmes alemanes que nos condujeron a un edificio, donde el juez de paz de Eupen se presentaba cada dos semanas para resolver sobre los malhechores entregados por Bélgica. El proceso era simple. El que tenía su papeles en orden, y cuyo nombre no estaba señalado en la lista de los buscados, que el secretario del juez de paz tenía delante de sí, era puesto en libertad en el acto. Los otros quedaban arrestados hasta que se pudiera establecer su identidad.

Había temido todo ese tiempo que fuese revisado nuestro equipaje y que fuésemos descubiertos el par de impresos anarquistas que habíamos ocultado entre nuestras ropas. La cosa no era sin embargo peligrosa. Aun cuando fuésem
descubiertos los escritos, podría afirmar muy bien que los había comprado en Bélgica. No tenía más que un ejemplar de cada uno, de modo que no recibiese los informes necesarios sobre mi persona. Por precaución había pasado secretamente en el camino a Jeán las dos direcciones que me había convenido con él que continuase el viaje dado Lambert en Bruselas y había convenido con él que se mantuviese el viaje dado a Jeng en Bruselas y había convenido con él que continuase el viaje dado a Jeng en Bruselas y había convenido con él que continuase el viaje.

_También Dios y el Estado_ era uno de esos fragmentos de un manuscrito mayor, lo cual entonces no sospechaba siquiera. Devería ese escrito con todo el entusiasmo de mi sentimentalismo juvenil. Lo que me causó más fuente una impresión fue el impulso hacia la libertad que ardía en cada línea. Cada palabra respiraba el espíritu de la rebelión contra todas las prescripciones religiosas y políticas del pasado, contra todos los conceptos osificados y las ideas absolutas, que en su tierra inmortal no vivían en la historia más que como envoirería de los que nada nuevo puede nacer ya. Bakunin me hizo comprender por primera vez que todas las prescripciones religiosas y todas las instituciones políticas de dominio surgen de las mismas fuentes, la creencia en un poder superior que señala el destino del ser humano, y sobre cuya voluntad no tiene ninguna influencia. Sentí la lógica interna de la _Política Teológica_, como la llamaba Bakunin, con la dogmática sacerdotal de toda iglesia, y comencé a comprender que ambas han crecido en el mismo tronco. El “¡yo soy el señor, tú dios!” del sacerdote y el “¡sé sumiso ante la autoridad!” del mandatorio político eran sólo dos formas de expresión distintas del mismo pensamiento, que ha sido en todo tiempo la condición previa espíritual de toda servidumbre.

Se despertó en mí el anarquista, el rebelde contra lo supuestamente ineludible, el opositor a todos los dogmas heredados que la edad ha santificado. Estaba en el umbral de un nuevo conocimiento y eso lo veía ahora claramente.

No faltaba más que romper los puentes tristes con el mundo de los clerigos. La obra de Bakunin la leí y releí en aquel viaje y siempre extraigo de ella nuevos estímulos. No se si a cualquier otro le hubiese producido el mismo efecto que a mí en mi situación. Quizás es necesaria una receptividad innata, para abarcar una idea hasta lo más profundo y sentirla como experiencia interior. Bakunin mismo dijo una vez, que el instinto de libertad es un asunto de temperamento y no de cultura intelectual y moral, aunque admita que ésta es por lo general necesaria para cooperar a su formación. Creo que estas palabras contienen una profunda verdad. Tan sólo si el hombre va más allá de las fronteras de sus necesidades puramente económicas y aprecia la libertad más que la satisfacción de una confortable existencia filieta, será un verdadero rebelde y representante de un tiempo por venir.

Anduvimos casi cuatro semanas de peregrinación antes de volver a casa. Habíamos tomado al regreso otro camino, que nos condujo a lo largo de la frontera del Rhenish Trier y desde allí sobre Kreuznach a Maguncia. Esta es una de las regiones más encantadoras de Alemania y disfrutamos del atractivo de ese magnífico trozo de tierra en todo su vigor.

No habíamos informado a nadie de nuestra llegada y queríamos proporcionar una sorpresa a los compañeros en la ciudad natal. Por este motivo nos arreglamos para aparecer en una velada de la casa del club de lectura. Ya había obscuro cuando pasamos la Bingertor. Con la mucha a la espalda y el cayado en la mano nos dirigimos de inmediato al local de reunión. Fue una...
verdadera alegria volver a ver las caras conocidas, y la recepcion tempestuosa que se nos hizo mostró claramente que esa alegría era recíproca.

Para mí personalmente, aquel viaje aventurero a Bélgica fue más que un episodio ordinario. Se convirtió en un punto culminante de mi vida y dió a toda mi actividad ulterior un nuevo contenido. Esa transformación no llegó en mí repentinamente ni se hizo sin previa preparación. Había previsto que algo, pero tan sólo llegó a un desarrollo intenso por aquel viaje, propicidado por mi deseo de ser incluido en el proceso de la visita del congreso, pues toda mi manera de ser me impulsaba hacia él. Las experiencias de mi viaje aceleraron la evolución. En ese aspecto, se convirtió en un acontecimiento decisivo en mi vida. Estaba ante un nuevo derrotero. Hacia dónde me conducía, no lo sabía aún, pero sentía que era un camino de libertad.

EL CONGRESO DE ERFURT Y SUS CONSECUENCIAS

Aunque para mí era perfectamente previsible el resultado del congreso de Erfurt, esperé los debates, sin embargo, con la mayor expectación. En Erfurt debía decidirse, no sólo el destino de la oposición, sino que el partido debía fijar su actitud también ante la nueva táctica que había propuesto Vollmar. Además debía tener lugar en ese congreso la aprobación del nuevo programa del partido. Había que estar a la espera de toda suerte de sorpresas.

Después del violento aullido que se había hecho en todo el país contra los jóvenes, el resultado de este asunto estaba ya descontento antes de reunirse el congreso. Sin embargo, era difícil prever que el congreso mismo se dejase rebajar a un nivel como el visto en toda la que se podía esperar razonablemente de un partido que se llamaba democrático.

Seguro que los jefes del partido habían puesto la mira en la exclusión de los jóvenes, era inexcusable según todo lo que había ocurrido antes del congreso. El que no vacilasen en recurrir a medios que hubieran hecho honor a los fiscales prusianos, y que se ajustasen a las condiciones primeras de la democracia como el puño a los ojos, no sólo era característico del espíritu que había predominado en el partido, sino de todas las condiciones alemanas en general. Sólo en un país que no fué seriamente tocado nunca en su desdichada historia por las concepciones democráticas, era posible tal medida de intolerancia. Siglos enteros de opresión política y de tutela policial desde la cuna a la tumba son pésimos maestros de ciudadanía. Tal condición hace a los hombres pequeños, filisteos, querelladores y obscuros y les priva de la grandeza que no rehúye el respeto debido a una opinión diversa, y sin lo cual no es posible ningún pensamiento independiente.

Si se compara la crítica de la oposición con los ataques que el gobierno tiene que soportar en todo país democrático, las acusaciones de los jóvenes contra los viejos jefes del partido pierden toda significación. Por ejemplo, no hay más que leer lo que ha tenido que escuchar el presidente Roosevelt en el periodo electoral que precedió a su tercera reelección de los jefes influyentes de su propio partido, y se comprenderá inmediatamente la diferencia entre un lenguaje sin florilegios, pero libre, sobre las cosas públicas, y la confesión democrática de labios afueras de un partido que condena toda crítica liberal como injurias a su majestad. En ninguna democracia burguesa se podría obstaculizar la libre expresión de las opiniones de una manera tan vergonzosa como se hizo en Erfurt.

No sólo eso. Comparamos los ataques más violentos de la oposición con las acusaciones asquerosas que habían difundido intencionadamente en todo el país jefes conocidos del partido como Liebknecht, Fröhne, Senger o Richard Fischer contra los portavoces de los jóvenes, hay que maravillar-se de que aquellos ataques no hayan sido mucho más violentos. Se podía estar o no estar de acuerdo con las reivindicaciones de la oposición, pero era miserable acusar a sus portavoces de las cosas más ínfimas, sobre las cuales ni entonces ni después se pudo aportar la más mínima prueba. El hecho de que en años ulteriores un gran número de antiguos jóvenes no sólo volvieron al partido, sino que fueron nombrados para altos cargos de confianza, es la mejor prueba de que los promotores de aquellas acusaciones sin fundamento nunca creyeron en la verdad de sus inculpaciones.

La jefatura del partido había tomado todas las medidas para expulsar a los jóvenes a cualquier precio. En su nombre el señor Ignaz Auer había elaborado una acusación especial contra la oposición, que fue presentada a cada uno de los delegados del congreso de Erfurt. En esa obra maestra, las cosas no sólo estaban ingeniosamente ordenadas para despertar el efecto deseado, sino que el señor Auer no había vacilado en dar cabida a una serie de notorias falsificaciones para fortalecer en lo posible ese efecto. La expresión de un orador de la oposición en Berlín, “hay lacayos que no saben hasta dónde deben llegar en su pasatiempo y que creen que se les llenará el estómago cuando puedan estrechar la mano a un diputado del Reichstag”, transformó el señor Auer en la frase: “especialmente los dinero partidarios han sido entregados por la presidencia del partido según su capricho a parásitos y aduladores”. En el primer manifiesto de la oposición, que se difundió antes de la reunión del congreso en Halle, había esta frase: “Acuerdos mayoritarios se toman casi siempre con vistas a otros partidos y clases sociales, lo cual resulta ya de la composición de la masa electoral”. Para hacer más impresionante el efecto de esa frase en sí inocente, el señor Auer ha añadido detrás de los acuerdos mayoritarios, en la fracción, que en el manifiesto no se halla.

Cuando Karl Wildenberger llamó la atención de los delegados al congreso sobre esos ejemplos de falsificación, el señor Auer declaró tranquilamente que en “la prisión” se habían escapado esas erratas. En la prisión ordinariamente se suele olvidar algo, pero no se suplantran palabras que están calculadas inexcusablemente para disfugar el sentido de la expresión y atribuirle un significado que no tiene en realidad. Pero para qué preocuparse? Los días tenían sin de sangre y no estaban dispuestos a dejar escapar su venganza por tales errores de la pluma. De los cuatrocientos delegados aproximadamente que hubo en el congreso de Erfurt, apenas una media docena se atrevió a

1 Así Bueno Ernst, a quien en aquellos días se combatía especialmente y se le llamaba "el mensú de Wilhelm Werner", en el periodo de la república fue nombrado por el partido presidente de policía de Berlín.
decir alguna buena palabra sobre la oposición; y esos pocos se impusieron la mayor contención, pues no era aconsejable suscitar la cólera de los poderosos del partido. Los demás no se dieron siquiera el esfuerzo de guardar la apariencia y se excedieron unos a otros en maliciosas contra los incómodos perturbadores de la paz, que han sido en realidad los últimos representantes de las concepciones democráticas en el partido.

Era simplemente vergonzoso. Si hubiese hecho falta alguna prueba de que la crítica de la oposición estaba justificada, los sucesos de Erfurt tenían que persuadir a todo hombre de clara visión de que la oposición no había inventado sus temores y que las condiciones en el partido eran en realidad mucho peores de lo que la crítica más aguda había señalado. Hay que abordar hoy estas cosas, si se quiere tener una idea clara del desarrollo ulterior de Alemania. Cuando el ex-ministro prusiano y temporalmente presidente social-demócrata de Berlin, el señor Grzesinski, atribuye en sus Erinnerungen la fácil victoria de Hitler a la falta de criterio democrático en el pueblo alemán, no dice más que lo que era conocido desde hacía mucho tiempo de todo hombre con sentido político. Sólo que no parece darse cuenta de que con esa confesión ha presentado un testimonio aniquilador contra el propio partido. Si la socialdemocracia alemana, con sus millones de adeptos y su rafinada estructura partidista, no fué capaz en sus setenta años de actividad de fundar con concepciones democráticas a las masas de los trabajadores alemanes, de los pequeños burgueses y de los elementos cultos que seguían su bandera, no se podía esperar, en verdad, un resultado mejor.

Lo que existía aún con vida en concepciones democráticas, después de la caída de la ley contra los socialistas, dentro del partido, fué totalmente sustituido en Erfurt. La afamada disciplina de partido de Erfurt se acataba toda la socialdemocracia alemana frente a los partidos afines del extranjero, suplantó en sus partidarios la independencia del pensamiento y la conciencia democrática. En un Estado policial como Alemania, las consecuencias inevitables de un ajusticiamiento político tan brutal debían ser doblemente funestas. Los cinco o seis representantes de la oposición que fueron elegidos a pesar de todas las maquinaciones de la presidencia del partido, defendieron su causa lo mejor posible en las circunstancias dadas. Pero como, dada la composición total del congreso, no podían esperar un debate objetivo sobre las divergencias existentes y reconocieron que se había dispuesto todo para impedir a todo precio tal debate, hicieron lo único que en tales condiciones les quedaba por hacer; abandonaron el congreso en señal de protesta. Albert Auerswald dijo en nombre de sus amigos una breve declaración en la que los delegados de la oposición hacían saber al congreso que, considerando la violación flagrante de todos los principios democráticos, renunciaban a lo sucesivo también a participar en un partido que había mostrado tan notoriamente que en su ciega intolerancia rehusaba el respeto debido a cualquier otra opinión.

Se había debido pensar que el problema de la oposición terminaba así para el congreso. Pero, no. Los delegados, llevados por la presidencia del partido al estado de ánimo adecuado, no quisieron dejar escapar por razón de justicia una exclusión. Por eso prosiguió la llamada comisión de investigación tranquilamente su tarea y el mundo vió el espectáculo irritante de que los delegados hombres fueron excluidos nuevamente después de haberse declarado fuera del partido por su declaración. Nadie está más allá de la solidez alemana. ¿Hay que maravillarse de que representantes famosos del socialismo europeo como Dauda Niewenhuth y Argüelles hayan compa-

rado al congreso de Erfurt con un tribunal de horrores?

Era de prever que el congreso no procedería con Vollmar como con los representantes de la oposición. La mayoría del congreso se mostró cier-
tamente contra la nueva táctica de Vollmar, pero todo el desarrollo ulterior de la socialdemocracia alemana testimonia que esta nueva confesión verbal para guardar la apariencia externa. Mientras que no se retrocedió ante ningún medio para expulsar a los jóvenes del partido, se construyó a Vollmar puestos de oro para evitar una ruptura abierta. Una decisión algo severa contra el, de estar obligado a abandonar el partido en el caso que esa proposición fuese aprobada por el congreso. La tierna delicadeza contra uno de los poderosos del partido, hizo más repulsivo aún el falso esclavismo del congreso sobre la oposición.

Después que los delegados de la oposición en Berlin dieron su informe sobre el congreso de Erfurt, se procedió unos días después a la fundación de una nueva agrupación que no tuvo relaciones con el viejo partido. En un manifiesto especial fueron invitados los partidarios del nuevo movimiento a una deliberación en la que se resolvió el 3 de noviembre de 1891 la fundación de la Asociación de socialistas independientes. En aquel manifiesto fueron sometidos a aguda crítica los acuerdos de Erfurt y trazadas entre otras las siguientes orientaciones para el nuevo movimiento:

"Nosotros, socialistas de criterio opositor, queremos agrupar a todo el proletar-

iado en una línea de lucha contra la burguesía; pero combatimos toda centralización impropia, propia de determinados estratos obreros, que paraliza el movimiento libre. Los cuerpos organizados de los trabajadores políticos y económicamente organizados, según nuestra opinión, no sólo grandes y amplios, sino que deben estar compuestos por todos los hombres, de todos los estratos sociales, en la misma medida que en esa democracia, que debemos trabajar especialmente.

"En nuestro tiempo, cuando los trabajadores pasan diariamente de un cuartel a otro, del cuartel de inquisidores al cuartel del trabajo, su vida está llena de dolor y de injusticia. Necesitamos una nueva política, una política que reconozca a cada vez más de la individualidad. Nos interesamos por el unilateralismo, por el cuartel, por la capaz de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones. Los mismos tiempos y piden la capacidad de recibir críticas nuevas impresiones.

"Somos partidarios de un intercambio completamente libre de opiniones. Y como no lo encontramos ya en la actual organización del partido, pues la exclusión del partido es opuesta por lo socialistas que piensan por sí mismo —cualquier que sea la tendencia a que pertenezcan—, por eso actuamos fuera de los estratos cuadros de la organización del partido, formos socialistas y estamos en el terreno de la libertad de pensamiento independiente y la forma de organización del partido actual no se aplica al pensamiento independiente y la forma de organización del partido actual. Como la institución de la actual presidencia del partido de la lucha de clases. Pero como la institución de la actual presidencia del partido de la lucha de clases..."
compañeros que no están conformes con la presidencia del partido y con su táctica y aspiran a una organización libre, a formar con nosotros una empresa de socialistas independientes. La tarea de esta asociación consistirá en continuar obrando en la propaganda de nuestras opiniones, que sólo conocen un objetivo: La liberación del proletariado de los esclavos de la servidumbre."

Se formaron tales asociaciones en corto tiempo en todas las ciudades importantes del imperio y actuaron con gran interés en el nuevo movimiento. También halló el movimiento de los independentes gran acogida entre los socialistas alemanes del extranjero, en Londres, París, Bruselas, Ginebra, Viena y Copenhague. Especialmente en Zurick existió largos años un movimiento independiente muy activo y también bastante fuerte en número, que dio mucho que hacer a los viejos jefes del partido. Quiso el azar que se encontrasen allí gran número de las mejores cabezas como Hans Müller, Fritz Köster, S. Kubane, Franz Blei, Alfred Sanftleben, a quienes se sumaron después Max Baginski y Gustav Landauer. Tan sólo cuando el gobierno suizo aplicó las expulsiones a los miembros de ese movimiento y tuvieron que trasladar el puesto de su actividad nuevamente a Alemania, perdió la oposición en Zurick poco a poco su importancia.

El 15 de noviembre de 1891 apareció en Berlín el primer número del Sozialist, que en poco tiempo debía ser la hoja más perseguida de Alemania. En realidad no se encuentra otro ejemplo en la historia de la prensa alemana de un periódico tan encarnizada y malévolamente perseguido por el gobierno. Tal fue singularmente el caso cuando el periódico, después bajo la dirección de Gustav Landauer, se declaró abiertamente en favor del anarquismo. No sólo el redactor del Sozialist, sino también los impresores y los periódicos impresos adversos al periódico tuvieron que soportar las más graves persecuciones. Fueron especialmente los fiscales Benedix y Brausewetter los que se distinguieron por su locura persecutoria. Es significativo que el director del tribunal territorial Brausewetter tuvo después que pasar el resto de sus días en un manicomio. En el primer período de su aparición, que duró unos tres años, fueron condenados más de ciento diez redactores responsables del Sozialist a penas de prisión de medio año a un año y medio, sin hablar de las penas dictadas sobre los impresores y difusores del periódico.

Se comprende por sí mismo qué exigencias presentaban a los compañeros en espíritu de sacrificio esas persecuciones constantes. Cuando la policía, a pesar de todos los ataques, no consiguió apagar la luz de la vida al periódico odiado, se echó mano a medios más fuertes, aunque éstos se hallaban en la más notoria contradicción con las prescripciones legales. En diciembre de 1894 apareció el comisario de policía Bösel con seis agentes en las oficinas del Sozialist y confiscó por mandato del fiscal Benedix, no sólo todos los manuscritos, cartas, periódicos y folletos, sino también los libros de administración del periódico, a pesar de que no había ningún derecho legal para hacer eso. Cuando salieron, sin embargo, los dos números siguientes, recurrió la policía al último medio y decretó la clausura postal del Sozialist, es decir se incautó de todas las cartas y envíos de dinero dirigidos a la administración del periódico. Este último golpe no pudieron superarlo los editores, porque la confiscación de los dinero fue cortado el nervio vital de la hoja. El último número del Sozialist apareció el 12 de enero de 1895. En total pasaron siete meses antes de que los compañeros de Berlín pudiesen hacer un nuevo ensayo.

Si me he adelantado algo a los acontecimientos, lo hice para que el lector pueda darse una idea de sí mismo de la base que habían tenido las miserable acusaciones de los viejos jefes del partido contra la oposición. Las persecuciones sin ejemplo que tuvo que soportar el nuevo movimiento, son la mejor prueba de aquellas indignas injurias por las que se trató de desacreditar a la oposición como manejía policial.

Yo había escrito a Lambert poco después de mi regreso de Bruselas. Tuvimos entonces un activo cambio de cartas, que tuvo un fin repentino por su extrema rencor. Naturalmente había a mí todavía una multitud de problemas que no estaban del todo esclarecidos o sobre los cuales no podía formarme un opinión propia. Lambert se esforzó cuanto pudo por desvanecer las dudas existentes; cada una de sus cartas me trajo una multitud de nuevos alénteres. Era un miembro paciente y yo creo que no he sido tan pacífico, al mismo tiempo me enviaba los números corrientes de la Autonomie, de la Freiheit y del Anarchist y toda una cantidad de pequeños escritos de Kropotkin, Most, Reclus y otros. Distribuía esas cosas primero entre mis amigos intímos, de los que podía esperar que les era deseable toda nueva perspectiva espiritual.

Lambert me había hecho en sus cartas algunas veces la propuesta de formar un grupo secreto para realizar la difusión de literatura clandestina en mayor proporción. Yo no quería, sin embargo, emprender nada hasta que el par de personas con las que contaba para ese trabajo no estuviesen bastante maduras. Tan sólo cuando pude contar con esa condición, fundé con mis amigos Jean Meaut, Louis Gerlach, el Wolf rojo y el zapatero Oberluber el primer grupo anarquista en Maguncia. Estábamos de acuerdo en continuar dedicando nuestra actuación pública al club de lectura, pero en secreto proporcionaríamos amplia difusión a la literatura prohibida.

Nuestra actividad se hizo notar muy pronto. Por la noche pegábamos en las puertas de bancos y panaderías los decretos de Anarchist, escritos en los idiomas de la ciudad, los decretos de la Autonomie y de la Freiheit, colocábamos los periódicos prohibidos en los lugares para los diarios en las salas de lectura y en otras partes o los dejábamos en lugares donde tenían que ser fácilmente hallados. Hay una cantidad de caminos para ese trabajo peligrosos que exige siempre nuevas tareas al espíritu de inventiva del hombre. Junto a los periódicos y folletos difundíamos también manifiestos especiales que nos enviaban también con ese fin desde el extranjero. La mayoría de esos periódicos estaban escritos en un lenguaje que en punto a agudeza incitante no dejaba nada que desear. Era justamente ese idioma que tenía para nosotros entonces la mayor atracción.

En los países donde la libertad de la palabra hablada y escrita es garantizada a los ciudadanos por la constitución, expresiones escritas de esa clase apenas habrían surtido efecto. La libertad de expresión hablada y escrita crea por sí misma una cierta nivelación del lenguaje que ni siquiera
pueden evitar los movimientos revolucionarios, como se puede observar en Inglaterra, en Suiza, en Holanda y en los Estados escandinavos. En Francia corresponde esto ciertamente sólo hasta cierto grado, porque la historia de aquel país ha sido interrumpida a menudo por largos períodos de represión. En un país semidependiente como Alemania, el lenguaje violento de la literatura clandestina era resultado natural de las condiciones sociales y políticas. Y no hay que olvidar que los periódicos, folletos y manifiestos, cuya difusión estaba prohibida entonces en Alemania con severidad monstruosa, en Inglaterra o en América eran impresos libremente, sin que nadie se preocupase de ello.

Otros asunto es si los terribles castigos que entonces eran impuestos por los jueces alemanes a los difusores de literatura anarquista del extranjero, tenían una compensación cualquiera en el éxito de nuestra actividad subterránea. Se puede al respecto tener distinta opinión. Yo mismo llegué hace mucho tiempo a la convicción de que el precio enorme que se pagó por ese trabajo, no estaba en ninguna proporción con sus resultados efectivos. La experiencia ha enseñado siempre que los seres ganados para las concepciones del socialismo libertario no han llegado, a nosotros por el lenguaje exaltado de aquellos papeles. El pensamiento humano sigue otras leyes y raramente está estimulado por las expresiones momentáneas de la indignación, por justificadas que puedan ser esas explosiones en determinadas circunstancias.

Los procesos por difusión de escritos anarquistas del extranjero fueron decididos casi sin excepción en el tribunal imperial de Leipzig y los fallos fueron siempre penas de presidio, no de prisión. Además los condenados, después de cumplida la pena, eran privados por otros cinco años más de los derechos civiles y sometidos a una vigilancia policial especial. Y esto por un delito cuyo carácter político no podía ser disputado. En la Rusia zarista, hasta los jugadores de los grupos terroristas eran tratados como delincuentes políticos, el gobierno reconocía pues los móviles idealistas de tales acusados. El gobierno alemán en cambio se negaba fundamentalmente a adoptar ese punto de vista, y trataba a sus víctimas como delincuentes profesionales.

Jueces alemanes condenaron a un hombre como John Neve, cuya pureza de carácter y grandeza de convicción ni siquiera lo negaron sus peores adversarios, a la pena terrible de quince años de presidio y a diez años de perdición del honor. La valerosa actitud de una mujer tan noble como Agnes Reinhold ante sus jueces impuso respeto incluso a la prensa burguesa, pero eso no impidió a los representantes del tribunal imperial condenarla a seis años de presidio y a seis de perdición de honor (1890). Y por qué? Por la difusión de dos manifiestos de Londres, con los que se fraguó la acusación de incitación a alta traición. Agnes Reinhold asumió ante el tribunal imperial toda la culpabilidad y obligó a los jueces a absolver a su esposo y a otros dos condenados. Cuando era sacada de la sala después de serle comunicada la sentencia, dijo en alta voz a sus compañeros: “Me alegro de que vosotros, y especialmente mi buen esposo, estéis libres. Sufris con gusto. No he cometido ninguna acción deshonrosa; sufro por una idea, la idea de la liberación de la humanidad”. Y jueces alemanes enviaron a una mujer de esa grandeza de alma por seis años al presidio, sin que la vergüenza les hiciera subir la sangre a la cara.

No, tales casos no correspondían realmente a aquellos manifiestos en lenguaje rudo. Entonces pensaba yo distintamente. El mejor conocimiento llega siempre muy tarde. En aquellos días lo más fuerte nos parecía lo más justo. Creíamos haber realizado milagros cuando habíamos repartido algunos centenares de tales prospectos. Era menos el contenido de aquellas hojas que el peligro de la difusión lo que nos asustaba. Sabíamos exactamente que la difusión de un manifiesto como, por ejemplo, “A los trabajadores en uniforme de soldados” podría proporcionarnos a cada uno de nosotros años y años de las rejas en caso de ser capturados, pero justamente esa seguridad tenía para nosotros singular fuerza de atracción. Jugábamos con el peligro y hallábamos satisfacción en ello. La mayoría de nosotros trabajábamos cautelosamente y seguimos hasta el extremo todas las prescripciones del conspirador. Pero había algunos que provocaban abiertamente al destino y que rehusaban toda precaución. A ellos pertenecía mi amigo Hermann Tietze, uno de los compañeros más leales y despiertos de nuestro círculo íntimo. Cuando le visité un día en la vecina Wiesbaden, encontré su cama cubierta de periódicos, folletos y manifiestos prohibidos. Naturalmente le hice fuertes reproches por su inacabable ligereza. Pero él sacudió, refractario a la gran cabeza y dijo alegremente: “¡Qué importa! No tiene objeto el querer escapar al peligro. Tarde o temprano se me echará mano. Cuanto antes se vaya a presidio, antes se sable de éfil”.

El que no se haya sorprendido realmente a este demonio, es para mí hoy mismo un enigma. Pero que jóvenes de nuestra edad y con nuestro entusiasmo se dedicaran a un trabajo tan peligroso con tal alabanza, es comprensible. Menos comprensible es la fría insensibilidad de los jueces alemanes que no intentaron nunca penetrar en el estado de ánimo de los jóvenes y robaron así despiadadamente a muchos los mejores años de su juventud.

En una pequeña ciudad, la actividad subterránea de un pequeño grupo tenía que hacerse notar mucho más fuertemente que en Berlín y en otras grandes ciudades. La constante difusión de escritos anarquistas atrajo pronto la atención de la prensa sobre nuestra acción oculta. Periódicos como el Mainzer Journal y el Tageblatt publicaron largos informes sobre una supuesta conspiración anarquista en nuestra ciudad y contaron a sus lectores lo que sucedía. Las cosas más inverosímiles. Material para ello lo proporcionaron los propios libros. Sufrir con todos los hechos de los anarquistas francés Ravachol y sus compañeros en París, que en aquel tiempo provocaron gran sensación más allá de las fronteras de Francia. Nuestro grupo había recibido con el tiempo buen aflujo de militantes. Compañeros como Karl Biller y Hermann Tietze se habían adherido a nuestro estrecho círculo, al que luego también ingresaron Jean Heffner, Fritz Tietje y Heinrich Zahn. Estábamos por tanto en condiciones de recibir del extranjero...
grandes remates de literatura prohibida y de extender nuestra actividad secreta a otras ciudades como Aboy, Wiesbaden y Darmstadt. Esa mayor actividad puso en movimiento a la policía política también. Como los guardianes del orden público no tenían ningún punto de referencia, se dirigieron con su atención sobre todo a nuestro club de lectura, donde se suponía con razón que estaban los malhechores. La consecuencia fue que casi todos los miembros del club recibieron visitas domiciliarias. En los casos las visitas domiciliarias se hicieron durante la noche. En casa de Heffter y de Wolf se iba la policía había removido incluso el piso y había examinado el tapizado de las cortinas, pero no se halló nada. En el caso de diversos compañeros y también en el mío las investigaciones se extendieron también a los lugares de trabajo, lo que naturalmente tuvo por consecuencia que fuésemos todos despedidos. Algunos de los nuestros fue en consecuencia forzado a abandonar la ciudad y a buscar refugio en Wiesbaden o en Francfort.

En esas circunstancias el trabajo secreto era muy peligroso, pero justamente por eso era más atractivo para nosotros. A menudo estábamos forzados a suspender por un tiempo toda esa actividad, para adormecer la vigilancia de la policía. Pero en cuanto el ambiente volvía a purificarse, reclamábamos la actividad secreta con tanto mayor celo. A lo cual respondía la policía con nuevas investigaciones domiciliarias; nunca sorprendió a nadie. Lo habíamos organizado tan bien que los guardianes del orden no podían encontrar fácilmente la huella. Nuestros envíos los recibíamos por medio de un negocio de transporte, en donde estaba empleado un pariente de Oberhauer, que no pertenecía a ningún movimiento y que nos transmitía los productos prohibidos sin que tuviese ninguna sospecha el propietario del negocio. Las cosas prohibidas las llevábamos a un auxiliar forestal en el bosque de Gonsenheim, el cual, para no perder su empleo, no podía participar en ningún movimiento, y por eso permanecía totalmente desconectado de los sabuesos. Del material existente no se tomaba más que aquello que podía ser repartido durante la noche. Solamente Oberhauer y yo sabíamos dónde llegaban las cosas y dónde estaba el escondite. La correspondencia con Londres la llevaba yo, pero los compañeros tenían allí siempre diversas direcciones clandestinas, de modo que la relación no podía ser interrumpida. Incluso si la policía hubiese echado mano a uno o a otro de nosotros, no podría nunca cortar nuestras relaciones. A pesar de todas las investigaciones domiciliarias no pudo descubrir nunca la huella. Las constantes molestias por la policía no hacían más que prevenirnos para una mayor cautela.

WILHELM WERNER EN MAGUNTIA

Esto tanto desarrollaba nuestro club de lectura una vida activa. Después del congreso de Erfurt hubo violentas discusiones en el grupo local del partido socialdemócrata y terminaron volviendo las espaldas a la organización una cantidad de viejos miembros del partido, que vinieron con nosotros. La mayoría de ellos eran compañeros del norte de Alemania, como F. Thiege, K. Biller, H. Tietze, Wolf el rojo y F. Gaulbrecht, un viejo lassalleano. El club de lectura contaba aproximadamente unos cincuenta miembros y era sin duda la agrupación política más activa en nuestra ciudad. Difundíamos regularmente el Socialist y los Liechtenschilder junto con nuevos folletos que nos llegaban de Berlin. Nuestras veladas semanales de discusión eran muy concurridas, lo mismo las asambleas públicas que organizaba el club de tanto en tanto.

En la primavera de 1922 me comunicó la redacción del Socialist que Wilhelm Werner había comenzado un viaje de propaganda por el gran distrito industrial de la Alemania occidental y estaba dispuesto a dar algunas conferencias en Francfort y en Maguncia en el caso de que quisieramos hacer los preparativos para ello. Aceptamos la propuesta inmediatamente y alquilamos una de las mayores salas de la ciudad en la taberna "Zum weissen Röschen". Cuando fue conocida nuestra decisión, el grupo socialdemócrata local acordó recomendar a los adeptos del partido que no concurrieran a nuestro acto, que sólo tenía por objeto escindir el movimiento obrero y trabajadores en favor de la causa de sus enemigos.

Werner era conocido como excelente orador popular, y se podía comprender que el señor foest y los demás grandes del partido local no estuviesen inclinados a cruzar públicamente con él sus acuerdos. Por eso nos sorprendió más aún cuando el partido, unos días antes del acto, dio la consigna de que aparecieran todos sus adeptos en nuestro mitín "para impedir la palabra a un hombre a quien el congreso de Erfurt había considerado indigno de seguir perteneciendo al partido". No teníamos ninguna sospecha de lo que había movido a los jefes del partido a ese cambio repentino de criterio y sólo podíamos suponer que se quería interrumpir el acto.

Werner llegó aproximadamente cinco o seis horas antes del comienzo de la asamblea en Maguncia. Me había escrito antes para que fuese a buscarme a la estación. Era nuestro primer encuentro, del que surgió una estrecha amistad de medio siglo. Werner era entonces un hombre de 36 años y estaba en la plenitud de su vida. El aspecto serio y viril, sus grandes ojos azules y los rasgos regulares del rostro, encuadrados en una hermosa barba rubia, me atrajeron de inmediato. Se sentía a la primera mirada la fuerza de voluntad que alentaba en ese hombre. Aunque por la edad casi podía ser mi padre, en pocas horas nos hicimos tan amigos como si nos hubiésemos conocido desde hacía años.

Después de haberle hecho conocer las condiciones locales y de haberle dicho que con toda probabilidad debíamos contar con una asamblea tempestuosa, se echó a reir francamente y dijo que había que tomar las cosas como vinieran y que no tenía objeto romperse de antemano la cabeza al respecto.

Cuando entramos por la noche en el Weissen Röschen, la gran sala estaba ya repleta. Todas las puertas y ventanas hacia el jardín estaban abiertas de par en par y también el jardín estaba ocupado hasta el último asiento, antes aún de que se hubiese abierto el acto. El club de lectura me había comisionado para que asumiera la presidencia. A las ocho en punto subimos Werner y yo a la tribuna. Como la gran mayoría de los asistentes eran electores socialdemócratas, me había hecho a la idea de una demostración hostil, pero mi temor fue infundado. Abri el acto con una breve Arenga sobre
el objetivo de la reunión, pero cuando me disponía a dar la palabra a Werner se levantó de todos lados el grito: "¡Elección de mesa! ¡Elección de mesa!"

Reconoció enseguida lo que se proponían nuestros adversarios. Esas elecciones de mesa eran costumbre usual en los actos socialistas de otros países, por una decisión mayoritaria, una dirección que no tenía relación alguna con las aspiraciones de los organizadores, más aún, como ocurrió a menudo, que estaba en abierta hostilidad con esas aspiraciones. En ese caso la supuesta institución democrática llevaba a un simple aplastamiento de la minoría y ponía toda libre expresión de las opiniones bajo la férula del adversario.

Tal procedimiento tenía tan poco que ver con los principios democráticos como la coacción dentro del grupo socialdemócrata del Reichstag, que comprometía a todo diputado a votar en la representación popular por las proporciones de la fracción, mientras éstas fuesen aprobadas por la mayoría de los miembros. En los países democráticos como Inglaterra y Estados Unidos ocurre a menudo que representantes aislados en las corporaciones legislativas votan contra determinadas propuestas de su propia fracción o se abstienen, sin que eso llame la atención a nadie. En la socialdemocracia alemán, algo así era inimaginable. La creencia en la disciplina de partido se había condensado allí en un dogma que paralizaba toda libre decisión. Sólo así podía ocurrir que hasta un hombre como Karl Liebknecht se viese obligado durante la primera guerra mundial a votar por los créditos de guerra del gobierno alemán, porque su fracción había acordado en esa actitud. Cuando, en la experiencia práctica, se rehusó a la fracción la obediencia, y siguió la voz de su conciencia, se supo que se había colocado por ello fuera del partido.

Como los gritos para la elección de mesa se hicieron cada vez más irresistibles, suspendi repentinamente el acto por diez minutos, para poder hablar con Werner. No había más que dos caminos: o bien resistíamos la elección y provocábamos la disolución del acto; o entregábamos la dirección a los socialdemócratas y esperábamos lo que resultase de la nueva situación. Werner no perdió por un sólo momento su calma, me aconsejó que procediera a la elección, pues en las circunstancias dadas no quedaba otro camino viable. Seguí al fin su consejo, pues no quedaba otra salida. El resultado fué que el diputado al Reichstag Franz Joest fue elegido presidente por gran mayoría y ocupó su puesto en la mesa en medio de los ruidosos aplausos de sus adeptos. El acto no estaba ya en nuestras manos y el señor Joest, con la mayoría democrática tras sí, podía decidir sobre el curso ulterior del mitin.

Estaba firmemente persuadido de que después de este resultado no se daria la palabra a Werner. Por eso mi sorpresa fué grande cuando el presidente se contentó con condenar en una breve alega la oposición y luego cedió la palabra a Werner. Cuando éste subió a la tribuna se produjo en la sala una gran agitación, que se aplacó sin embargo cuando el señor Joest exhortó a los oyentes a la calma y les aseguró que se habían tomado todas las medidas donde correspondía para dar al orador de la noche la correspondiente respuesta. Esa observación estaba demás, pues nadie podía saber lo que diría Werner. Según toda la apariencia se había propuesto el señor Joest hacerse cargo de la réplica. Eso maravillaba no poco, pues el valor personal no era precisamente su fuente.

Werner cumplió su parte de modo magistral. Su voz sonora, bien timbrada se percibió hasta en el último rincón de la sala y pudo oírse también claramente fuera en el jardín. Ya a las primeras palabras de con el mitin cada vez más bajo el efecto de su discurso. Habló de las tareas y objetivos de los socialistas independientes. Su conferencia fue clara y popular. Lo que me llamó sobre todo la atención fue la construcción de sus expresiones, que dejaba de lado todo superfluio y avanzaba directamente a las cosas que le interesaban. Cada una de sus palabras sonaba persuasivamente y no dejaba de causar su efecto en el auditorio. Aunque puso al descubierto las condiciones internas del movimiento socialista en Alemania, no dejó de lado el objetivo y cludió el recurso a las injurias y a las calumnias personales, en el buen conocimiento que lo que importaba era el fondo de una cosa y no la irritación del ánimo o el mal capricho del momento. Su discurso fue interrumpido en algunos pasajes por los aplausos, lo que al parecer afectaba los nervios del presidente, pues en tales ocasiones hacían señas con ambas manos para apaciguar el fervor.

Después de la elección del presidente, yo había vuelto a la sala y, como estaban ocupados todos los asientos, tuvo que resignarme a seguir de pie las manifestaciones del orador. Observé entonces repentinamente en mi proximidad a un hombre de edad mediana, celosamente ocupado en tomar apuntes, del discurso de Werner. Su rostro pálido y abigarrado estaba ensombrecido por una barba oscura, y los ojos penetranos señalaban a través de unos lentes el pupitre del orador para no dejar escapar ningún movimiento. De tanto en tanto sacudía la cabeza como desaprobando, y una sonrisa maliciosa asomaba a sus labios. Nunca había visto a ese hombre y me maravilló su raro comportamiento.

Cuando Werner terminó su exposición, se produjo una breve pausa. Luego se puso de pie el presidente algo solenamente y declaró: "Entramos ahora en el debate. Como primer orador tiene la palabra el diputado al Reichstag por Berlin Richard Fischer." Entonces se levantó rápidamente de su asiento el republicano y avanzó a la tribuna con pasos ligeros. Se me cayó la venda de los ojos. Me había esforzado todo el tiempo por hallar una explicación a la volatilidad del señor Joest; ahora estaba el pozo del enigma. Como se estableció después, los actores de calle y industrial habían producido algo de temor en la presidencia del partido en Berlin. Se había resuelto por tanto enviar tras él a Richard Fischer, pues a los pequeños jefes locales no se les concedía, por lo tanto, la capacidad para hacer frente a Werner.

La presidencia del partido sabía lo que hacía. El señor Fischer era ciertamente el último hombre de Alemania de quien la oposición podía esperar una apreciación objetiva de su causa, pero en cambio estaba dotado por la naturaleza de todas las condiciones indispensables para degollar según
todas las reglas del arte a un adversario ante una masa sin criterio. Nunca
había oído a un orador que dirigiese cada palabra tan directamente al menor
preciso del adversario. Cada frase rebosaba de arteras injurias y de acusacio-
nes arbitrarias que sólo tenían el propósito de chisar una discusión objetiva
y reducir la disputa al más bajo grado de odiozidad humana. Al núcleo de
ta cuestión no se refirió Fischer en modo alguno. Se contentó con atribuir a
los jóvenes los propósitos más miserables y con calificarlos de instrumentos
del gobierno, que trataban de alcanzar por la escisión del movimiento obrero
lo que los gobernantes no habían logrado por la presión externa. No hubo
en ese discurso una sola frase que se ocupase de las interpretaciones efectivas
de la oposición.

Werner había circunscrito a una hora la duración de su discurso, para
no restringir la posibilidad de un debate a fondo. Pero Fischer, que sabía
exactamente que la ley de Hesse obligaba a terminar las reuniones públicas
antes de las once de la noche, se extendió con innumerables repeticio-
nes a una hora y media, de manera que ni Werner ni ningún otro pudiera
replicarle. Cuando al fin terminó su exposición un cuarto de hora antes de
las once, pidió la palabra para una moción de orden y propuso la posterga-
dación del debate para otra noche. A lo cual el presidente replicó algo ironí-
camente que Fischer en días próximos daría una conferencia sobre anarquis-
tmo y socialdemocracia, donde todos tendrían oportunidad de discutir con él.

Werner tuvo que salir al día siguiente para Francfort, donde debía hablar
en la misma noche. Habíamos convenido que le comunicaría telegráficamente
la fecha de la asamblea de Fischer para volver a Maguncia y rebatirle. Wer-
tuvo en Francfort un brillante acto público, sobre el que todos los perió-
dicos publicaron extensos informes. Naturalmente, el señor Fischer se había
presentado también para hacer lo que había hecho en Magun-
cia, pero no tuvo suerte. No sólo la asociación de socialistas independientes
en Francfort era por el número una importante agrupación, sino que había
además dentro del partido socialdemócrata un gran número de compañe-
ros que desaprobaban la exclusión de la oposición en Erfurt. Así sucedió
que en la elección de la mesa para el acto de Werner recayó la dirección en
los independientes, pero se eligió a un socialdemócrata como adjunto para
que distribuyese imparcialmente los oradores que habían de participar en el
debate. A pesar de que la reunión fijó en diez minutos la intervención de
cada orador de la discusión, concedió el presidente al señor Fischer sin
objeción el doble de tiempo. Éste había servido mejor a su causa si no
hubiese hablado, pues la réplica que recibió de Werner y hasta de adeptos
de su propio partido, no destacó en luz brillante sus méritos en el movimiento.

Al anunciarse el acto de Fischer en Maguncia, hice llegar la noticia a
Werner, que llegó a nuestra ciudad unas horas antes. Sus había debido pen-
sar que aquella asamblea del partido habría estado al menos tan concurrencia
como la que habíamos convocado para Werner. Pero no fué así. El jardín
estaba vacío y ni siquiera la gran sala estaba del todo llena. Al parecer, la
presentación de Fischer en el primer mitín había decepcionado hasta a sus
propios correligionarios. El señor Joest tuvo también la presidencia esa
noche. Después de las manifestaciones que Fischer nos había ofrecido unos
días antes, ninguno de nosotros esperaba que su conferencia sobre anarquis-
tmo y socialdemocracia proporcionase más amplias perspectivas. Un hombre
a quien el odio más ciego había desfigurado toda mejor visión, era simple-
mente incapaz de una elaboración objetiva del asunto. Lo que escuchamos
aquella segunda noche era sencillamente vergonzoso. Siguiendo las huellas
de Liebknecht, hizo suya la clásica división del congreso de Sankt-Gallen
(1897) y declaró a sus oyentes que se podía dividir a los anarquistas en tres
especies: los confiados policiales, los delincuentes y los locos. Sobre el
anarquismo como concepción social no supo decir una palabra, porque al
parecer no había leído nada al respecto. Trató cada una de las tres especies
con aquella irritante desvergüenza de que disponía en abundancia.

Habló del agente russo Bakunin, que intentó destruir, al servicio del zar,
la primera Internacional, de la Freiheit de Most, editada en Suiza con dinero
del gobierno prusiano; de August Reinsdorf, que perdió su cabeza en el ca-
dalzo sólo porque la policía alemana quisiera librarse a tiempo de un aliado
inocente y de otras cien cosas parecidas del gran arsenal de las afirmacio-
nes sin fundamento. Ese hombre tenía el don singular de rebozar cada una
de sus palabras en los albañiles antes de presentarla como alimento espiri-
tual a sus oyentes. Nunca he oído antes y nunca oí después a un orador que
se pudiera comparar siquiera de lejos con éste.

Fischer habló dos horas y media. Era indudable que se proponía elu-
dir a todo precio un debate. Sus infinitas repeticiones habían alejado ya de
la sala a la mitad de la concurrencia, cuando cesó finalmente el turbio oleaje
de su eloquencia. Wilherr Werner se había inscrito el primero en la lista de
los oradores, aunque apenas había ya tiempo para una réplica adecuada.
Después de la pausa usual dijo el presidente que un "cierto señor Werner
de Berlín había pedido la palabra y que su reputación no era precisamente
del todo adecuada. Sin embargo había decidido dar a este señor diez mi-
nutos de tiempo, siempre que se abstuviere de todo ataque personal y
comprendiese que no estaba en Berlín.

Ese proceder audaz del presidente del acto produjo por nuestra parte
riudas protestas. Cuando al fin se restableció en cierto modo la calma, desahogó Werner su justificada indignación y dijo al señor Joest tan rudas
y bien merecidas verdades que éste le retiró la palabra. Pero Werner, cuya
vez poderosa resonaba más fuerte que la campanilla del presidente, no hizo
caso y procuró hacerse oír en la sala a pesar del estruendo enorme. En esos
el presidente cambió unas palabras con el empleado de policía que vigilaba
el acto y éste comisionó a dos guardias para que arrestasen a Werner y lo
sacasen de la sala. Cuando Werner fue llevado de ese modo por la policía,
la mayoría de la concurrencia estalló en salvajes aplausos. Fué un procedi-
mento tan vergonzoso que no se podía describir con palabras. ¡Y esos hom-
bres se sentían representantes del futuro alemán! Naturalmente, no había
que pensar en una magnificación del acto y el señor Joest lo dijo por terminado
con un viva a la socialdemocracia internacional liberadora de los pueblos,
cómo era usual entonces.

Yo fui con algunos compañeros en seguida a la comisaría vecina para
saber qué había sido de Werner. Llegados allí, lo encontramos muy cómodo
en la sala de guardia. El empleado de policía presente nos dijo que no había nadie en el cuarto, pues se le había detenido sólo por su seguridad, para impedir que se llegase a verías de hecho. Así terminó aquella memorable reunión cuyo cuadro está hoy, a cincuenta años de distancia, tan vivo ante mis ojos. Fué en realidad una impresión que difícilmente se puede olvidar.

Werner quedó todavía dos días en Maguncia. En la noche antes de su partida habló en una asamblea del club de lectura, que estaba ocupado hasta el último asiento, y a la que muchos no pudieron ya entrar. A ese acto acudieron también numerosos viejos socialdemócratas, entre ellos mi tío, que no estaba menos indignado contra la conducta de Fischer que nuestros mismos. La actitud del diputado al Reichstag Fischer no nos había causado ningún daño, al contrario nos había proporcionado algunos nuevos miembros. Los partidarios viejos del señor Jost pueden haber considerado aquellos dos mitines como una victoria; pero fué una victoria que nadie les envidiaba.

**VISITA DE LAMBERT Y DELIBERACIÓN SECRETA EN EL KLECK**

Poco después de la partida de Werner recibí una carta de Lambert en la que me anunciaba su próxima visita. No me había dado fecha determinada. Probablemente lo hacía por precaución, para que alguna expresión irreflexiva no atrajese la atención de la policía sobre él. Cuando volvía una noche del trabajo a casa, lo había en el domicilio de mis abuelos, donde me esperaba. Fué un encuentro grato, pues habíamos estado mucho tiempo sin vernos en nuestras correspondencias constante. Me admiraba al hombre que ponía en juego su libertad una semana y que hacía pasar la literatura prohibida a través de la frontera, aunque sabía exactamente que tarde o temprano le llegaría la hora fatal como a tantos otros que se habían ocupado antes que éle de ese trabajo peligroso.

Después de la cena salimos de casa para hablar sin trabas. Lambert me dijo que había dejado en la estación dos grandes paquetes de literatura. Resolvimos ponerlos primero en seguridad y dedicar el resto de la noche a los compañeros. Era ya oscuro cuando llegamos a la estación. Lambert retiró sus paquetes y volvimos al interior de la ciudad, cargados cada cual con una valija de viaje. Cuando llegamos a la plaza Münster advertimos que alguien nos seguía. Cuando se maniobran cosas prohibidas, se recibe poco a poco un olvido ciego que no engría fácilmente.

¿Qué hacer? Resolvimos detenernos un momento para comprobar si la sospecha estaba fundada realmente. Quedamos junto a una parada del tranvía y dimos la sensación de que esperábamos el próximo coche. Advertimos al otro lado de la calle a un hombre que se detuvo de repente y quedó al parecer observándonos. Como era bastante oscuro, no podíamos percibir más que los contornos exteriores del desconocido, pero era indudable que nos seguía. Un momento después cruzó la calle y se acercó lentamente a nosotros. Cuando pasó por delante lentamente nos inspeccionó con atención y siguió. Era un hombre de edad mediana con una barba recortada y bastante bien vestido. Después de haber dado unos cincuenta pasos, se dio vuelta y se vino de nuevo hacia nosotros. No lejos de donde estábamos se detuvo y miró calle abajo como si esperase el próximo tranvía. No había ninguna duda de que seguían nuestros pasos. Yo no lo había visto antes y no sabía qué pensar del asunto.

"¿Continuamos?" —me dijo Lambert. "Conoces la ciudad; tal vez podamos esforzarnos. Pasemos al otro lado de la calle y nos internaremos por un callejón. El extraño nos sigue. Si no hubiésemos estado tan cargados, habríamos tenido siempre la perspectiva de desaparecer en lo intrincado de las estrechas calles y callejuelas, pero con nuestra carga era imposible. El desconocido no nos perdió de vista. A mí me venían a la cabeza todas clase de pensamientos. Involuntariamente pensé en todo lo que hubiera leído en la prensa socialista sobre las supuestas relaciones de los anarquistas con la policía. ¿Se me habría tendido una trampa? Miré de reojo a Lambert. Su rostro estaba tranquilo y no evidenciaba ninguna excitación. No, era imposible que ese hombre pudiera ser un miserable que hubiera hecho un oficio de la trampa a su próximo. Me avergonzé de mí sospecha y sentí cómo coloreaba el rubor mis mejillas.

Entretanto habíamos andado ya un cuarto de hora de un lado al otro en la ciudad, y el extraño nos seguía incansable como un perro de caza tras los rastros de la víctima. —¿Tal vez deberíamos hablarle y preguntarle qué es lo que quiere? —sugirió Lambert. —Todavía no —dije yo. Entremos primero en una taberna y veamos lo que hace".—. Entramos en una pequeña taberna en la Kirchenhofstrasse, nos sentamos a una mesa y pedimos un vaso de cerveza. El desconocido no nos siguió, pero estábamos seguros de que acudiría fuera.

"Debemos ver lo que se propone el individuo", dije. "Si se hubiese propuesto nuestra detención, entonces no veo para qué toda esa persecución por la ciudad. También el hecho que el individuo esté en peligro contra ese propósito. Lo mejor es que nos separemos. Yo tomaré las dos valijas y saldré del local. Si me sigue, entonces tienes oportunidad para escapar. Si no lo hace, entonces es que te sigue a ti. En este caso llamaré las valijas a lugar seguro primeramente y esperaré aquí hasta que vuelva. Todo lo demás se resolverá luego".

Lambert estuvo de acuerdo, pues no se le ocurría nada mejor. Tomé las dos valijas y salí de la taberna. Fuera estaba el forastero directamente ante la puerta. Pareció sorprendido cuando me vi saliendo solo y no supo al parecer qué hacer. Me siguió lentamente hasta la próxima esquina de la calle, luego volvió rápidamente a su puesto. En la esquina de la Augustinerstrasse tomé el tranvía y volvía a la Neustadt. Luego anduve un tiempo en zig-zag para hacer de contramarco de que nadie me seguía. Cuando sentí que no había peligro, llevé la peligrosa carga a un lugar seguro y volví a toda prisa a la Kirchenhofstrasse. El gran peligro había sido alejado, pues en tanto que no se nos encontrase nada encima, difícilmente se podría tramar algo contra nosotros.

Ante la taberna no se veía a nadie. Abrí apresuradamente la puerta.

¿Qué pasaba? Nuestro desconocido perseguía estaba sentado a una mesa con Lambert y conversaba vivazmente con él. Cuando me vieron, lanzaron
ambos una riñida carcajada. He debido haber puesto una cara muy singular. Pero el enigma se resolvió pronto. Era justamente el momento de una gran huelga de los tipógrafos alemanes. El desconocido que había provocado la huelga, aunque no tuviera nada que ver con ella, había sido capturado por la policía. El hombre no había hecho nada, pero se lo llevaron de todas formas.

Lambert había llegado a Maguncia para conocer personalmente a los compañeros de nuestra región y establecer una relación más estrecha. Teníamos camaradas anarquistas en Francfort, Maguncia, Wiesbaden, Alzey, Mannheim y Ludwigshafen, planeamos por tanto, durante la presencia de Lambert, una reunión íntima que debía ser convocada a toda prisa, pues nuestro amigo no podía abandonar largo tiempo su puesto en la oficina. Para no perder tiempo, fueron algunos amigos a las ciudades próximas y combinaron con sus amigos todo lo necesario. Un domingo por la mañana nos reunimos en el "Klöck", una posada no lejos de la frontera prusiana, pero en territorio de Hesse. De acuerdo con la ley de asociaciones de Hesse, las asambleas de miembros no necesitaban ser anunciadas a las autoridades como en Prusia, donde hasta en las asambleas sindicales estaba presente un representante de la policía. Disfrutábamos por tanto en el territorio de Hesse de una seguridad relativamente mayor, pues en el caso de una sorpresa podíamos aludir fácilmente a una asociación cualquiera que se ocupaba sólo de sus asuntos internos.


Fué una interesante reunión que nos ocupó desde las once de la mañana hasta las ocho de la noche. Lambert nos dio primeramente un informe bastante detallado sobre el estado del movimiento anarquista en Europa y en América. Como nosotros entonces, novatos, estábamos muy escasamente informados, ese informe nos fue doblemente bienvenido. El problema que entonces nos ocupaba más, era nuestra posición ante las aspiraciones de los socialistas independientes, que habían surgido de la oposición después del congreso de Erfurt y en todas las grandes ciudades de Alemania tenían asociaciones. Las opiniones de los compañeros eran en ese punto bastante divergentes. Algunos sostuvieron que sólo era una pérdida de tiempo colaborar con los independientes, en lugar de poner en marcha un movimiento propio. En Francfort, donde los independientes tenían un fuerte e influyente grupo y disponían también de algunos buenos oradores, los anarquistas tenían al principio muy poco que ver con ellos e intentaron abrirse camino a su modo, organizando conferencias y charlas de discusión, en las que podían participar todos. Pero como sus fuerzas eran muy reducidas, no pudieron competir en actividad con los independientes y se limitaron poco a poco casi exclusivamente a la difusión de la literatura prohibida. Lo mismo ocurría en Mannheim, pero allí había un buen acuerdo entre los anarquistas y los independientes. También difundían nuestros compañeros allí el Socialista.

Pero en Maguncia la situación era muy distinta, lo que debía atribuirse al desarrollo de nuestro movimiento allí. Todos habíamos pasado por la escuela de los jóvenes y habíamos ido desarrollándonos poco a poco en el sentido de las concepciones anarquistas. Nuestro grupo anarquista era una entidad clandestina que sólo se dedicaba a la difusión de toda literatura del exterior. El centro de nuestra actividad pública en cambio era el club de lectura, y esa actividad era extremadamente movida y estimulante. La mayor parte de los miembros del club de lectura compartían nuestra convicción e hicieron en el curso del tiempo la misma trayectoria.

Siempre había entre nosotros alrededor de una docena de buenos camaradas que no coincidían en todos los puntos con nosotros. Pero habría sido una locura provocar por ello una escisión y alejarnos de aquellos compañeros que colaboraban con nosotros en el mejor acuerdo y que poco a poco podríamos atraer por un activo intercambio de opiniones. En el fondo teníamos incluso mucho que agradecerles que nos ayudó en nuestro propio desarrollo. Justamente su opinión divergente nos daba ocasión para probar intelectualmente la fuerza de nuestras propias concepciones y profundizar muchos fenómenos más de lo que habríamos hecho quizás sin ellos. Por eso mantuvimos nuestras viejas relaciones con Berlín y nos dedicábamos a la difusión activa del Socialista, que se convertía cada vez más en un medio de debate y de discusión, en donde se expresaban las diversas corrientes dentro del nuevo movimiento. Era un período de esclarecimiento interno el que necesitábamos y también a los anarquistas podría serles provechoso.

También Lambert era de opinión que en las circunstancias dadas nuestra posición correspondía mejor a las condiciones. Estaba convencido de que el movimiento de los independientes no era para Alemania más que un fenómeno pasajero, que tarde o temprano conduciría a una confesión abierta en favor del anarquismo, según su opinión el único contrapeso efectivo de las aspiraciones socialdemócratas del proletariado alemán. Mientras el nuevo movimiento no fuese un obstáculo en la difusión de nuestras propias concepciones, lo mejor era dejar a las cosas su curso y acelerar el desarrollo natural por una viva actividad. La conferencia se decidió también en ese sentido, dejando a los compañeros, en las diversas ciudades, que resolviesen según la situación para sí mismos.

Todavía un punto nos preocupaba entonces vivamente: la oposición entre las concepciones del anarquismo comunitario y las aspiraciones de los llamados anarquistas individualistas. El motivo para ello lo dió la obra de John Henry Mackay, Los anarquistas, que había aparecido en 1891 y fue
muy leída en nuestros ambientes. Los problemas que trabajó Mackey en su libro eran enteramente nuevos para nosotros. Aunque la obra causó un fuerte efecto como novela social, no puedo afirmar que haya contribuido especialmente al establecimiento del nuevo concepto de nuestra concepción de la humanidad.

Era más bien obra de un pensador que de un poeta, y aunque teníamos ninguna experiencia retórica de nuestros letrados, no lograron que se entendieran.

Lambert. Nos habló del libro de letrados que él había escrito, en el que se reflejaban los principios y los planteamientos de aquella tendencia del anarquismo. Como Lambert era un representante convencido del anarquismo, rechazaba las interpretaciones de Tucker y de Mackey y, en lugar de tener una visión objetiva, sólo veía lo que quería ver. A pesar de todo, en tantos años, no puedo juzgar si realmente habló sobre nuestras actividades en el Reino Unido. La conferencia me encargó de ese trabajo. En total he enviado a Londres dos de tales informes, que fueron publicados en la "Autonomie". El primero fue firmado ZYK, el segundo con otro nombre que se ha ido de la memoria.

Hasta ahora no hemos tomado todas las medidas para que la policía no nos sorprendiera, nuestra conferencia transcurrió sin incidentes. Lambert quedó más o menos satisfecho.

Lambert permaneció toda una tarde más, después de la conferencia en el Kleeck, en Maguncia y volvió a la frontera. Hablaron entre nosotros de diversos asuntos que no pudimos discutir bastante en la conferencia. Antes todo le interesaba que no fuesen interrumpidas las relaciones de la frontera, el caso de que a él le ocurriese algo. Esa cuestión le preocupaba desde hacía meses, pero hasta entonces no había conseguido hallar un auxiliar adecuado. Me preguntó por un compañero cauteloso, de confianza, sabio y que tuviese tiempo para ir unas semanas a la frontera, a fin de que pudiera ser informado de todo en el lugar, de modo que en caso de necesidad hubiese un sustituto para él. Después de alguna reflexión le pregunté si no pensaba...

**CARL OBERHUBER Y JEAN HEFFNER**

Una de las figuras más típicas de nuestro estrecho círculo era el zapatero Carl Oberhuber, un hombre de unos cuarenta y cinco años, que podía ponerse al nivel de cualquier joven en agilidad y en carácter. Era austriaco y nació en Innsbruck. Había llegado hacia muchos años como joven artesano a Maguncia, donde se había casado más tarde y había adquirido la ciudadanía hessen. Papá Oberhuber, como le llamábamos, había entrado desde temprano en el movimiento y fue durante la ley contra los socialistas uno de los obreros socialdemócratas más audaces y valientes de nuestra región. Cuando, a causa de disputas locales, fue excluido del partido su amigo Leyendecker, se apartó también Oberhuber del partido y vivió algunos años bastante retirado hasta que la lucha de los jóvenes volvió a ponerle en acción. Oberhuber era un buen orador popular y perteneció pronto a los miembros más activos de nuestro club de lectura. Como en años anteriores había hecho más de un sacrificio por su causa y tenía tras sí diversas condenas policiales, lo veíamos los jóvenes con cierta veneración y le queríamos a causa de su humor inagotable, que a veces podía adquirir formas desafortunadas. Oberhuber fue visitado a menudo en su domicilio durante la ley contra los socialistas, pues la policía sabía exactamente que intervenía en la difusión de escritos prohibidos, pero no pudo nunca sorprenderle, pues él sabía prevérsela. Las constantes molestias que tenía que soportar implicaron que poco a poco perdiese todos sus empleos y al fin se vio obligado a ganarse la vida como zapatero remendón. Desde entonces no volvió a pagar más impuestos al Estado. Vendió todos los muebles superfluos, de modo que la justicia aun con menor voluntad no pudiera confiscarle nada, y la alta autoridad tenía que contentarse bien o mal. Papá Oberhuber no era el hombre a quien las eternas molestias de la policía pudieron dar por recto. Al contrario, le incitaban a replicar a la policía ya que en su existencia no había más remedio que combatirse bien o mal. Papá Oberhuber no era el hombre a quien los jóvenes de adultos se atrevieron a tratar.

Un día dejó la administración de los ferrocarriles en casa de Oberhuber un enorme y pesado fardo que al parecer debía contener cueros. Oberhuber metió el fardo en la trastienda sin abrirlo, pues sabía exactamente que en pocos minutos estaría la policía allí. En aquellos magníficos días de la ley...
para hacer un registro. Probablemente lo hizo al azar y sin un motivo especial. Durante el último tiempo habíamos distribuido a menudo periódicos y manifiestos anarquistas, y como la prensa burguesa había hecho mucho escándalo por ello, la policía se había puesto algo nerviosa y había registrado los domicilios de diversos miembros del club de lectura, pero no había encontrado nada. Es posible por tanto que los guardianes del orden quisieran hacer sólo una prueba en casa de Oberhuber, pues le tenían siempre en cuenta.

Los empleados registraron primero el taller y luego el dormitorio, donde la hijita de Oberhuber estaba todavía en la cama y dormía. Era criatura, una muchacha de nueve o diez años, era para los padres una gran gracia. Era una especie de monstruo de talla enana y rostro simiesco. La pobre criatura no podía tampoco llorar más que algunas palabras inconexas, estaba casi siempre enferma y, a pesar de toda la atención de la madre, llenó de repulsiva suciedad. Sin embargo, o quizás por ello, los padres trataban con compasiva ternura a ese desgraciado.

Después de haber registrado toda la casa y no haber encontrado nada, ordenó el comisario a la madre que levantase a la niña de la cama. La pobre mujer estaba más muerta que viva, pues había muy bien que todo había terminado.

"Pero la criatura duerme" —dijo—, "y además está enferma".

"No importa" — replicó el hombre de la ley, "es sólo por un par de minutos, hasta que mi gente haya registrado la casa".

Mecánicamente levantó la niña, la metió en la cama. Pero lo que vió la alta autoridad o más bien lo que olió aplazó considerablemente el celo inquisitivo de los funcionarios. La muchacha había puesto la cama durante el sueño en tal estado que el comisario no quiso ver más.

"Vuelva a poner a la criatura en su lugar — dijo. "Hemos terminado".

Dijo así y abandonó con sus gentes apresuradamente la casa, sin sospechar lo cerca que estuvo del logro de sus deseos. Papá Oberhuber nos contó después esta aromática historia con gran alegría y dijo con su manera humorística:

"Si la pobre Elisa no hubieses dejado a los sabuesos lo mejor que podías darles, hoy me encontraría bastante a disgusto. Sin sospecharlo, con su bendita porquería ha salvado al padre literalmente de la porquería del presidio..."

Un día habló en una asamblea pública sobre los objetivos y aspiraciones de los anarquistas. En esa ocasión entré por primera vez en contacto con Jean Heßner, que pronto se convirtió en uno de los compañeros más activos de nuestro círculo íntimo y desempeñó durante muchos años un papel en el movimiento anarquista de Alemania. Heßner era un capítulo por sí solo, un carácter que no se encuentra frecuentemente y que se puede explicar por las condiciones de entonces en Alemania. Había nacido en las cercanías de Maguncia y había pasado una infancia penosa, pues era el mayor de ocho hermanos y tuvo que ayudar desde muy temprano al sostén de la familia. Heßner era albaní de oficio y tenía una familia de tres hijos cuando lo conoci. Era el modelo de un rebelde proletario; algo rudo y poco pulido en
su trato, pero en el fondo de su corazón un hombre buenísimo, siempre dispuesto a compartir con otros lo último que tenía. Era un tipo de corazón que no conocía el odio ni el enemigo. En el seno de su amistad, siempre fue exigente en la bondad, en la honestidad y en la justicia. 

Era un hombre que nunca olvidó los favoritos que recibió en su tiempo. Siempre tuvo una sensibilidad por el dolor y el sufrimiento de los demás. En su corazón, siempre buscaría la paz y la armonía. 

Hoffman, por otro lado, era un hombre de talento y una gran pasión por el arte. Era un escritor que sabía transmitir emociones a través de sus palabras. En su obra, siempre buscaba reflejar la realidad de su tiempo y su lugar. 

Hoffman, por su parte, era un hombre que sabía valorar la belleza y la naturaleza. Era un amante de los libros y de la lectura. En su trabajo, siempre buscaba la inspiración y la creatividad. 

Hoffman, sin duda, era un hombre excepcional. Su obra nos habla de su pasión por la escritura y su dedicación a la creatividad. En su tiempo, fue un hombre que dejó su impronta y su legado. Su obra nos habla de su pasión por la literatura y su dedicación a la escritura. 

Hoffman, en su obra, nos habla de su pasión por la escritura y su dedicación a la creatividad. En su tiempo, fue un hombre que dejó su impronta y su legado. Su obra nos habla de su pasión por la literatura y su dedicación a la escritura. 

Hoffman, en su obra, nos habla de su pasión por la escritura y su dedicación a la creatividad. En su tiempo, fue un hombre que dejó su impronta y su legado. Su obra nos habla de su pasión por la literatura y su dedicación a la escritura. 

Hoffman, en su obra, nos habla de su pasión por la escritura y su dedicación a la creatividad. En su tiempo, fue un hombre que dejó su impronta y su legado. Su obra nos habla de su pasión por la literatura y su dedicación a la escritura. 

Hoffman, en su obra, nos habla de su pasión por la escritura y su dedicación a la creatividad. En su tiempo, fue un hombre que dejó su impronta y su legado. Su obra nos habla de su pasión por la literatura y su dedicación a la escritura. 

Hoffman, en su obra, nos habla de su pasión por la escritura y su dedicación a la creatividad. En su tiempo, fue un hombre que dejó su impronta y su legado. Su obra nos habla de su pasión por la literatura y su dedicación a la escritura. 

Hoffman, en su obra, nos habla de su pasión por la escritura y su dedicación a la creatividad. En su tiempo, fue un hombre que dejó su impronta y su legado. Su obra nos habla de su pasión por la literatura y su dedicación a la escritura.
hido por los panaderos y ocultado entre los sacos de harina. Cuando se abría la puerta a los empleados no se encontraba nadie. La comida se traía tan excepcionalmente que nunca se ocurría a los de la secretaría soterrar a una inocente cría de flores delante de la ventana. Ciertamente no habrían encontrado nada tampoco, pero el ganchillo en la pared habría podido dar a uno o a otro la idea de que la historia tenía en realidad un ganchillo.

Helfner tenía muchos amigos especialmente entre los navegantes del Rin y los banqueros. Eran gentes de templo que, como él decía, tenían el corazón en su puesto. En verdad hizo durante años en ese ambiente una presión el tablero de los frescos delante de la ventana. Ciertamente no habrían encontrado nada tampoco, pero el ganchillo en la pared habría podido dar a uno o a otro la idea de que la historia tenía en realidad un ganchillo.

Helfner se decía también el poetizar y recogió dinero para el movimiento. Me recuerdo todavía hoy muy bien cómo explicó un día a un pequeño grupo de banqueros sus opiniones. Describió primeramente el nacimiento de un burgués y el de un proletario, aclarando también los acontecimientos antes del nacimiento y con una objetividad tan perfecta que difícilmente se le podía interpretar al revés. Luego explicó el puesto que esos dos sores ocupaban en la vida a causa de su posición social, y también aquí sus figuras retóricas eran tan brillantes y atrevidas que mis propias palabras en aquel ambiente no tenían ni de lejos el efecto que producía la retórica gruesa de Helfner.

Poco después de la caída de la ley contra los socialistas llegó a Maguncia un cierto Hartmann de la Alemania septentrional, que después tuvo un papel en el grupo socialdemócrata local de nuestra ciudad. Ese Hartmann era un charlatán inconfesable que irritaba hasta a algunos de sus propios compañeros. Aunque en toda ocasión adecuada o inadecuada se llamaba socialista científico, era simplemente una cabeza hueca cualquiera, que se jactaba de conocimientos que nunca había tenido. Sin embargo le consideraban algunos con mucho pensador profundo, lo que quizás se debía a que lo que él había raramente era entendido. El buen hombre andaba formalmente a la caza de extranjeros y los utilizaba con acierto o desacertadamente. Yo sospechaba que todo su arsenal espiritual se componía de un diccionario cualquiera de palabras extrañas, de donde extraía palabras incomprensibles para deslumbrar con ellas a sus oyentes. La palabra parlamentaria la empleaba sólo en francés, y como no podía pronunciar exactamente el sonido nasal, se oía siempre parlamong. En una palabra, hablaba una terrible alegria que él mismo no entendía con seguridad, pero justamente eso le dio fama de filósofo.

Cuando después se produjo la lucha entre los socialdemócratas y los partidarios de la oposición, se distinguió Hartmann por una odiosidad especial, que no retrocedía ante las acusaciones más infundadas. No tenía nada de extraño, pues a pesar de toda su gran amabilidad, Hartmann tenía una gran indignidad.

Un día fue amonestado por él una conferencia sobre anarquismo y democracia, en la que estuvieron presentes la mayor parte de los miembros del club de lectura. Helfner había ido a buscarse aquella noche para la conferencia y me dijo en el camino que no consentiría que un individuo como Hartmann siguiese lanzando injurias y que estaba decidido a echarle mano en caso de que adquiriese en las relaciones entre la policía y los anarquistas. Esto era peligroso, pues Helfner no bromeaba en esas cosas. Trató de explicarle que
un hombre como él. Hasta el fin de su vida fue el viejo rebelde de siempre, iba en todas las manifestaciones callejeras el primero con la bandera roja y no había disminuido su impasibilidad en sus últimos años.

**Influyencias Espirituales de Todo Especie**

La aparición de los jóvenes como movimiento independiente, después del congreso de Erfurt, trajo una cantidad de nuevos estímulos. No había que atenerse ya a los viejos argumentos partidistas y se podía profundizar más allá de los antiguos que antes se había olvidado, descuidado. Más de una cosa olvidada fue recobrada y juzgada de nuevo. Sin duda nuestras concepciones del anarquismo necesitaban entonces más de un complemento y tal vez estaban penetando de manera diversa de pensamientos que habíamos tomado de nuestro desarrollo anterior. No podía ser de otro modo, pues la literatura que había entonces a nuestra disposición era muy escasa y se limitaba casi exclusivamente a los periódicos y folletos que recibíamos del extranjero. La *Conquista del pan* de Kropotkin apareció tan solo en 1896 en alemán con el título de *Wohlfahrt für Alle* y fue durante mucho tiempo la única obra grande de esa tendencia en Alemania.

Yo había pedido a Lambert durante su visita a Maguncia que, además de los envíos usuales, nos enviase toda la literatura que pudiera servir para nuestra propia formación. Por su intermedio recibimos años viejos de la *Autonome* y de la *Freiheit*, el libro de Albert Parsons: *Anarquismo: su filosofía y su fundamento científico*, las *Reminiscencias de la Revolución de Spies*, todos de la Biblioteca Internacional editada por Most, su libro *August Reinsdorf und die Propaganda der Tat* (August Reinsdorf y la propaganda por el hecho) y algunos otros, cosas que pusimos a disposición de los compañeros de nuestro círculo para su propio uso.

En general nos agrado a los jóvenes la *Freiheit* mucho más que la *Autonome*. Estaba excellentemente redactada, y el lenguaje popular, sabroso de Most, con sus figuras retóricas seductoras y sus comparaciones palpables, nos decían mucho más que los largos ensayos de la *Autonome*, que a menudo parecían duros como cuero. Lo que faltaba a ese periódico era una buena redacción que distribuyese el material y le diese un contenido sugestivo. Los editores que mantuvieron el periódico durante aproximadamente siete años con grandes sacrificios personales, se jactaban de que el periódico nunca tuvo un redactor y que era confeccionado y escrito gráficamente por un comité, pero esa ventaja aparente era en realidad una gran desventaja, pues privaba a la hoja del estilo personal y hacia incoloro a cualquier idea que se escudriñase.

A mí los pocos escritos de Kropotkin entonces a mi disposición, me causaron el mayor efecto, y junto a ellos siempre Dios y el Estado de Bakunin. Lei y releí ese escrito de tal modo que el contenido me era tan familiar como si fuese un fragmento de mi propio pensamiento. Había en esas líneas un raro encanto que me alentaba a consideraciones que nunca se me habían ocurrido, ni podían ocurrirme, pues el formulismo de la literatura socialista de Alemania, con sus necesidades económicas y los conceptos previamente pensados, daban poco estímulo al pensamiento propio. Cuando uno se ajusta a una multitud de hechos y siempre variables fenómenos de la vida los acontecimientos inevitables de la vida se devenir infalible, de acuerdo con la ley, queda poco lugar para la interiorización de las impresiones recibidas en la vida. Los conceptos se vuelven anímados y esquemáticos y llevan a una uniformidad del pensamiento que hasta se transluce en el lenguaje, de modo que éste desaparece en la que falta todo colorido y originalidad. Lo viviente del pensamiento crea lo viviente del lenguaje, y toda la literatura había su propia jerga, que simula a menudo profundidad de pensamiento para camuflar la palidez de pensamiento. Se oyé bañar, pero no se veía bañarse.

Entre las cosas que nos envió Lambert se encontraban dos pequeños escritos que entonces me impresionaron mucho. Los dos habían aparecido sin mención del autor. El primero en la editorial de la *Autonome* y se titulaba *Die Erlebnisse und Irrwege der Sozialdemokratie in Deutschland* (Las hazañas y extravíos de la socialdemocracia en Alemania); el segundo apareció como cuadernillo especial de la *Biblioteca Internacional* en Nueva York con el título *Die historische Entwicklung des Anarchismus* (El desarrollo histórico del anarquismo). Tan sólo años después supo que el primero se debía a la pluma del anarquista italiano *Saverio Merlino*; el autor del segundo era *Max Neffius*.

Lo que me llamó fuertemente la atención en el folleto de Merlino fue su crítica a la doctrina marxista. Me hizo por primera vez consciente de que problemas que yo creía resueltos hacía mucho tiempo, estaban todavía en litigio y podían ser considerados desde un punto de vista muy distinto al que yo había tenido presente hasta allí. No he vuelto a tener después ese escrito en mis manos y no puedo decir por consiguiente qué efecto causaría hoy en mí. Pero creo que la impresión que recibí hace cincuenta años del trabajo de Merlino, se puede atribuir esencialmente a que hizo vacilar en mí ciertas presunciones cuya exactitud me había parecido hasta entonces indiscutible. Pero no hay que olvidar que en Alemania hemos pasado todos por la escuela marxista. El reproche que hacíamos entonces principalmente a la socialdemocracia, era justamente que se alejaba, según nuestra opinión, cada vez más de las concepciones del marxismo y que había caído en los canales de la ideología puramente burguesa. No se puede sacudir así no más tales influencias, y cuanto más honradamente se entrelaza a una causa, tanto más penoso se vuelve la aparición de cada nuevo conocimiento.

El folleto de Neffius me hizo conocer por primera vez cosas que me habían sido desconocidas hasta allí. A pesar de su pequeño formato, contenía una multitud de apuntes históricos que nos hicieron posible entonces, en cierto modo, entender las conexiones históricas del movimiento anarquista en los diversos países. Mi amigo Neffius no tiene para su primer trabajo ninguna palabra de aprecio o incluso censura su "imperfección justamente indigna". Pero yo soy de opinión que su juicio de hoy es demasiado severo y pasa por alto el beneficio que ha aportado a muchos de nuestros. En comparación con su historia ulterior del movimiento anarquista, que ha expuesto en varios tomos, aquel folleto es ciertamente parco, como no podía menos
de ser. Pero era entonces lo único que podíamos alcanzar en ese dominio. En ese sentido nos ha estimulado a los jóvenes a un mayor penetración en la historia del pensamiento literario. De mi personalmente puedo afirmarlo y con toda decisión.

Además de estos estímulos que nos proporcionó la literatura, se pusieron de manifiesto entonces además otras corrientes distintas, que tuvieron mayor o menor influencia consistente en nuestra formación espiritual. La aparición de Machay y especialmente el redescubrimiento del libro El único y su propiedad de Stürner produjeron en nuestro club de lectura: vivos debates sobre esa filosofía del egoísmo. Machay había hecho la segunda edición de su colección de poemas Stürner, dedicada a la memoria de Max Stürner y con ello atrae nuestra atención sobre este y su obra. Por intermedio de un amigo de Francfort, conseguí una copia de la segunda edición del libro (1882), pero no puedo afirmar realmente que me haya estimulado mucho. El contenido era demasiado abstracto y dejé poco a la juventud. Es privilegio de la juventud pensar más con el corazón, y eso es lo que se atiende, el libro de Stürner es un fruto que sólo puede ser disfrutado con provecho en años más maduros. Lo he experimentado yo mismo, pues tan sólo mucho más tarde tuve conciencia del verdadero valor de Stürner, después de haber conocido mejor el ambiente espiritual de que nació su obra, cuando me familiaricé más con las diversas corrientes que había creado la influencia de Hegel en Alemania.

Algo más consistente fue el aliciente que recibió nuestra juventud a través de Eugen Dühring. Yo no había leído nada de él hasta ahora, aunque mi tío tenía una gran obra suya. Pero en cambio conocía el libro que habíamos escrito Friedrich Engels contra Dühring, en donde las conexiones con las doctrinas marxistas llegaban a su más clara expresión. El impulso inmediato que nos alentó entonces al estudio de Dühring nos lo dio el escrito de Benedikt Friedländer, Der freieheitliche Sozialismus im Gegensatz zum Staats- nachstum der Marxisten (El socialismo libertario en oposición a la servidumbre estatal de los marxistas), que había aparecido en Berlín en 1892. Me incitó a tomar en mano el libro de Dühring, Kritische Geschichte der Nationalökonomie und des Sozialismus (Historia crítica de la economía política y del socialismo), un trabajo que valía la pena realmente y que no se leía sin disfrute, pues el estilo de Dühring era claro y vivo y su exposición agil y no aburridora. Lo que me molestaba realmente era un cierto ensoberbecimiento, que de tanto en tanto parecía un poco caprichoso, tal vez debido a su trágico destino. Además sus ejecuciones morbosas contra los judíos, que me han quedado incomprensibles siempre en un hombre de su significación.

Tampoco pasó por nosotros sin dejar rastro el movimiento de tierra libre suscitado por Theodor Hertzka. Teníamos en el club de lectura su revista

---

1. Los tres primeros volúmenes de la obra histórica de Nettesheim aparecieron en la editorial del Syndikalisten de Berlín: Der Vorfrühling der Anarchie (1896); Der Anarchismus von Konkretion (1896); Anarchisten und Sozialrevolutionäre (1898). La publicación de los últimos volúmenes se interrumpió por desavenencias por los acontecimientos de Alemania, de modo que su edición tuvo que ser postergada para mejores tiempos.
O bien ésta:

Die Natur will ich verehren,
Nicht ein Pissenitscherpapier!
Die Natur nur soll mich lehren,
Nicht des Pfaaffen Drecksgeschmier!

La singular era que este raro santo, que arrojaba tan generosamente a su alrededor, en prosa y en proza, expresiones tan vigorosas, en el trato per una virgen vieja. Naturalmente, de esas palabras del estilo alemán que nos llegaban a veces de Londres, nunca hemos distribuido una línea. Lo que recibimos lo quemábamos celosamente, sin que esa expresión violenta en el reino de la bella literatura nos haya causado nunca remordimientos de conciencia. Sólo conservamos algunos números. Debián servir para divertirnos en nuestro círculo íntimo, cuando el buen humor exigía sus derechos. Especialmente nuestro bravío Tietze lograba grandiosos efectos cuando repetía con Fröhlich, moviendo a un lado y a otro la poderosa cabeza que sobresalía tanto del tamaño natural sobre el delgado cuello que a cada instante parecía que había temer una desgracia.

LOS ÚLTIMOS MESES Y MI FUGA DE ALEMANIA

Un allanamiento de la policía en mi lugar de trabajo tuvo por consecuencia que fui inmediatamente despedido. Como no podía calcular que hallaría durante el verano otra ocupación, me decidí a ir unos meses a peregrinar, realizando entretanto algunos actos públicos y anotando nuevas vinculaciones. Fui primeramente por tren a Francfort, donde tuve una brillante reunión y luego fui desde allí a pie a Gissen, Erfurt, Leipzig, Halle and Magdeburg. Pronuncié conferencias en todas esas ciudades, organizadas en parte por la Asociación profesional de encuadernadores, en parte por las Uniones de los socialistas independientes.

Compañeros míos, es decir anarquistas declarados, sólo los encontré en ese viaje en Halle, donde junto a la unión de los independientes existía un activo grupo anarquista que se ocupaba principalmente de la propagación de la literatura prohibida. El alma de ese círculo era entonces Max Mitscher, que trabajaba de zapatero en el establecimiento de su padre y, junto con los compañeros Hoffmann, Brandt y algunos otros, realizaba tanto las tareas de la propaganda pública como de la clandestina. También he conocido a uno de Halle a Fritz Krieger de Berlin. Estaba entonces por completo en el punto de vista de los jóvenes, pero mantenía con los anarquistas buenas relaciones. Krieger era un buen orador popular con una verdadera voz de león con la que nadie podía medirse. Fué después a Londres y desde allí emigró a América, donde ha muerto hace unos años como octogenario en Nueva York. Los compañeros de Halle recibirían hasta allí sólo la Autonomía y el Anarchist, que introducía en Alemania un compañero navegante desde
Hull. Por mi intermedio les llegaron desde entonces la Freiheit y los folletos de Most. Llegó a Berlín un día al obsecurecer y me alojé primeramente en la posada de los sindicatos. A la mañana siguiente visité a Wilhelm Werner en su casa. Acompañé a Berlín un día al obsecurecer y me alojé primeramente en la posada de los sindicatos. A la mañana siguiente visité a Wilhelm Werner en su casa. En cuya tarde encontramos también a Albert Auerbach, que se disponía aquel día a iniciar el cumplimiento de una pequeña pena de prisión. Poco después aparecieron otros dos compañeros, y nos fuimos juntos a una pequeña taberna, donde se había preparado para Auerbach, como decía Wildberger, la comida del verano. Después de algunas horas alegres y en parte muy humorísticas, acompañamos al pequeño y apacible Auerbach a la prisión de Potsdamer, donde debía cumplir su condena.

De Wildberger recibí entonces una impresión favorable. Su aspecto varonil, la cabeza expresiva con sus rasgos enérgicos, que resultaban más por la negra barba, me hicieron simpáticos. Era un conversador exento, en cuya manera de hablar hacía reconocer pronto que se estaba ante un hombre inteligente a quien sabía lo que quería. Durante mi corta permanencia en Berlín, lo visité todos los días, y como al parecer también le gustaba asistir a una pequeña taberna, donde no me ocurría de modo alguno sus opiniones sobre el porvenir del movimiento revolucionario en Alemania. Me dijo abiertamente que no compartía mis interpretaciones anarquistas, que en general no creía que los anarquistas estuviesen llamados a jugar un papel de alguna importancia en el movimiento obrero alemán. Confesó que no se podía negar un cierto derecho a la existencia del movimiento anarquista en los países latinoamericanos, pero en Alemania, donde ni siquiera existían los primeros comienzos de una democracia burguesa, el anarquismo era música del futuro que no tenía influencia alguna en la situación real.

Wildberger era de opinión que en el país sólo un movimiento obrero socialrevolucionario firmemente cohesionado, con orientaciones marxistas, podría socavar el terreno a la socialdemocracia, y que la oposición, en caso de que no fuese capaz de llegar a eso, fracasaría en sus propósitos. A mi objeción de que justamente esa organización firmemente cohesionada había conducido a la situación actual del partido socialdemocrático, me respondió que esas condiciones se han producido porque los viejos jefes habían destruido sistemáticamente el derecho democrático a la autodeterminación en el partido. Una organización vigorosa puede armonizar muy bien con el criterio democrático; pues sin espíritu democrático todo movimiento de masas pierde su significación. De Most tenía Wildberger una buena opinión y lo calificó como escritor muy útil y de primera filas; pero en cambio no tenía para la Autonomía ninguna palabra favorable y decía que había costado más sacrificios que ninguna otra publicación, pero que no había contribuido nada a la educación de los trabajadores.

Quedó aproximadamente diez días en Berlín y tuve ocasión de verme personalmente con la mayor parte de los compañeros conocidos del movimiento de los jóvenes. Werner había insistido en que fuese a vivir a su casa. De este modo conocí también a su valorosa compañera, a quien en todos los años ulteriores he querido como a una madre.

Había entonces en Berlín cinco o seis grupos anarquistas, que se ocupaban principalmente de la difusión de literatura prohibida. Pero además había en el norte y en el oeste de la capital una cantidad de asociaciones en las que se producía un cambio regular de opiniones y en las que marcaban el tono los anarquistas. Durante mi permanencia allí, asistí a una asamblea de delegados, que se ocupó de los preparativos para la publicación de un semanario anarquista en Berlín. Conocí allí a Carl Biester, de quien sabía por las publicaciones anarquistas que era un orador anarquista. Biester mencionó especialmente la necesidad de un periódico independiente, pues según su opinión, el movimiento de los independientes, bajo la influencia de Carl Wildberger y de Victor Buhr, no saldría nunca de los viejos cauces y tarde o temprano volvería a encontrar el camino hacia la socialdemocracia. La mayoría de los compañeros sostenía el mismo punto de vista, pero yo advertí en las manifestaciones de Biester una cierta irritación que me afectaba desagradablemente.

Interrogado por mi opinión sobre cómo acogerían los compañeros en nuestra región los planes del periódico y si se podría contar con nuestra cooperación, dijo que, naturalmente, sólo podía hablar en mi nombre, pues de los propósitos de los compañeros berlineses no habíamos oído nada hasta allí. Informé luego sobre nuestra actitud ante el movimiento de los independientes y sobre el acuerdo que habíamos tomado en nuestra conferencia en el Kleck. Opinaba que los compañeros en mi región no rehusarían cier- tamente su ayuda a un periódico propio, pero que en el momento era mejor no precipitarse y dejar su camino al desarrollo natural de las cosas.

Del debate ulterior se desprendía que no se había previsto una fecha determinada, pero que se querían hacer todos los preparativos para crear la posibilidad de un periódico propio. Se reunieron, pues, fondos en los próximos seis meses, para asegurar la publicación de los primeros seis ocho números. Después se resolvió que el periódico apareciera en noviembre de 1892, y con el nombre de Arbeitszeitung. Organ der deutschen Anarchisten (Gaceta obrera. Órgano de los anarquistas alemanes). Pero la policía confiscó la edición entera del primer número del periódico en la imprenta misma y prohibió la aparición ulterior de la hoja, aunque no podía justificar esa acción violenta por ninguna ley. Pero los anarquistas eran en aquel tiempo simplemente caza libre en Alemania.

Cuando volví a Maguncia, conseguí un empleo por medio de un amigo en las fábricas Wallau, en la mayor imprenta artística de la ciudad. Trabajaba en la casa Wallau, o sea en una gran fábrica, la destrucción de la propiedad de los sueldos, y trabajábamos sólo nueve horas diarias, mientras en los otros lugares se trabajaba diez y once horas. También las otras condiciones de trabajo eran las mejores que se podían desear. Pero en cambio el propietario de la firma era el reaccionario más conocido de la ciudad y odiaba a los rojos fundamentalmente. No necesitaba más que sospechar quién se había introducido en su establecimiento para que mi buen empleo terminase
en el asilo. Pero en ello no se podía nada; había que tomar las cosas tal como venían.

Pocas semanas después de mi regreso de Berlín, se produjo de repente una suspensión de los envíos de literatura prohibida, que habíamos recibido regularmente hasta entonces. Como yo sabía con qué puntualidad realizaba Lambert su peligroso trabajo en la frontera, temí lo peor. Por la misma época los periódicos informaron sobre la detención de un grupo de anarquistas en Berlín, que se ocupaba de la difusión de escritos prohibidos. No podía imaginarme que este asunto tuviese algo que ver con la relación interrumpida en la frontera, pero mi inquietud creció de día en día. Había escrito a Lambert dos cartas a su dirección de Lieja, pero no había recibido respuesta. Al fin me llegó una carta del compañero J. Schütz de Londres, de la que se desprendería que Lambert había sido arrestado en realidad y que su caso estaba en conexión con los sucesos de Berlín. Pero los detalles eran también desconocidos para los compañeros de Londres.

Fue un golpe grave. Ese mensaje de desgracia me afectó seriamente, pues había tomado mucho cariño a Lambert. Pasaron algunos meses hasta que pudieron ser restablecidas las relaciones en la frontera. Durante ese tiempo recibimos los números corrientes de los periódicos extranjeros en pocas copias, enviadas desde Londres en sobres cerrados a direcciones encubiertas especiales. Después tuvo lugar en el tribunal imperial de Leipzig el proceso contra los compañeros Kunin, Rennhuler, Rupp y Höfer (Lambert). De los compañeros arrestados en Berlín, habían sido liberados de la prisión preventiva la mayor parte por falta de pruebas. Contra los cinco restantes se promovió acusación de alta traición, injurias a su majestad y asociación secreta. Los acusados fueron condenados de cuatro a seis años de presidio. Lambert, cuyo verdadero nombre se elevó entonces por los debates del tribunal, recibió cuatro años de presidio.

Treinta y cinco años después volví a encontrarle en Düsseldorf. Había cambiado tanto que no lo reconocí. En esa ocasión me contó todos los detalles de su arresto de entonces. Un compañero de Berlín debía hallarse con él en Dortmund y partir con él a Bélgica, donde quería encomendarle el contrabando en la frontera. Para ese fin Lambert había comunicado su dirección en Dortmund a un compañero de Berlín. El destinatario había conservado imprudentemente la carta, y en un alambrado domiciliario cayó en manos de la policía. De ese modo cayó en manos de sus enemigos por culpa extraña.

Nuestra actividad pudo entretanto mostrar algunos buenos resultados. Los compañeros Biller y Tietze habían comenzado a trabajar en Wiesbaden y eran extremadamente activos. En consecuencia se me ofreció a menudo la posibilidad de hablar allí, llegando a muy vivaces discusiones entre nosotros y los socialdemócratas. El grupo socialdemócrata local no era entonces muy fuerte. Sus dos miembros más activos eran el sastre Johann Schmidt y el germanopolaco Skupitzky, hombres dotados de condiciones criminales. Ambos habían leído mucho la literatura socialista y por naturaleza eran defensores honrados de su causa, que se preocupaban de fundamentar objetivamente sus interpretaciones y nunca recurrian a la injuria contra el adversario. Esa fue naturalmente una gran ventaja y el debate con ellos era estimulante e instructivo, con lo cual ambas partes salían ganando. Con el tiempo se acercaron Schmid y Skupitzky cada vez más a nosotros entablando incluso conversaciones de la más íntima confianza. De este modo podíamos tratar algunos problemas en la conversación mutua más a fondo que en los actos públicos, siempre vigilados por la policía, y donde sólo podían ser tocados muy cautelosamente. Nuestro trato fue poco a poco tan amigable que les dimos a leer también nuestra literatura prohibida. La consecuencia fue que en el curso del tiempo fueron ganados para nuestra causa y declararon su apoyo en el partido socialdemócrata. Para el partido fue una pérdida sensible. Como el grupo local en Wiesbaden no disponía de ningún otro orador, hubo necesidad de enviar un sucedáneo desde Francfort para preservar al movimiento en Wiesbaden de la completa decadencia. Pero nosotros habíamos ganado a dos buenos y abnegados camaradas que se entregaron en cuerpo y alma a nuestra causa.

El arresto de Lambert decidió al grupo “Autonomie” a enviar un compañero a Alemania para establecer contacto personal con los grupos de la diversidad de ciudades y volver a organizar las relaciones de la frontera. Un día recibí del compañero Hans Räffer una carta desde Francfort en la que me anunciaba su visita para uno de los días siguientes. Räffer fue un tiempo delegado del grupo “Autonomie” para las relaciones secretas con Alemania. Había cambiado una cantidad de cartas con él y me agradé de conocerle ahora personalmente. Durante el periodo de su visita convinimos una conferencia secreta en el bosque Gossenheimer, en la que debían intervenir los compañeros de Wiesbaden y de Alzey. Räffer vino a Maguncia dos días antes de la conferencia del círculo íntimo, de modo que tuve ocasión de conocerle más de cerca. Me dijo muchas cosas del movimiento en Londres que yo no conocía. Lo que más me llamó en él la atención era el tono seco, comercial de su exposición, que no me impresionó gratamente ni hizo surgir entre nosotros ningún cómodo entendimiento.

Tuve que pensar involuntariamente en Lambert. ¿Diferencia entre ambos? Todo en Lambert irradiaba generosidad y sentimiento humano que asentaba de inmediato a cualquiera que entrase en contacto con él. Su juicio tranquilo y comprensivo sobre hombres y cosas, al que era extraño todo filisteísmo, daba a todo lo que decía una singular atracción, que establecía por sí mismo una relación íntima entre él y sus oyentes. Räffer no tenía nada de eso. Cuando hablaba se tenía siempre la sensación de que no era interiormente movido por las cosas de que trataba. Su manera fría y una cierta animosidad de pensamiento, que se advertía a menudo y no muy ventajosamente, impedían una verdadera relación de camaradería, como la que se produce tan fácilmente en la juventud. Él mismo probablemente no se daba cuenta de ello. Hay ciertas propensiones en nuestra naturaleza que el hombre difícilmente puede superar.

A su pedido de un breve informe sobre nuestra actividad, le dije bue- namente todo lo que habíamos hecho hasta allí. Me oyó tranquilo y tomó algunos apuntes que quería aprovechar para su información a los compañeros londinenses. Sostenía que no podía comprender por qué nos ocupábamos
tanto de la Freiheit. Lambert había sido enviado por el grupo "Autonomie" a la frontera, el cual corría sólo con los gastos del servicio fronterizo. Por tanto no tenía ningún derecho a enviar también al periódico de Moos. Eso fue un punto de vista que me fue incomprendible. Le dije francamente que la Freiheit era leída aquí por todos con preferencia a la Autonomie. A ello respondió algo moralmente que la Autonomie no disponía de ningún redactor a sueldo y que todos los trabajos para el periódico eran hechos por los compañeros gratuitamente. Eso no era ciertamente una prueba de que el contenido del periódico fuese por ello mejor.

En nuestra reunión en el bosque nos dio Rüffer un breve informe sobre la finalidad de su viaje y nos aseguró que las relaciones en la frontera volverían a funcionar en pocas semanas. Pero para nuestra gran sorpresa, se extendió luego en largas exposiciones sobre la vieja disputa en el campo de las anarquistas hundines, de la que nosotros, jóvenes, no habíamos tenido ninguna idea. Con especial violencia atacó a Victor Dave y trazó de él un cuadro que debía dar motivo a las pocas sospechas, tanto más cuanto que no teníamos entonces la posibilidad de examinar sus datos. Reconoci eu seguido que mi discusión personal con él fue la causa de que Rüffer expusiese todas esas viejas historias y me sentí deprimido, no pudiendo comprender qué provecho podían traer esas cosas a nuestro joven movimiento. A la mayoría de nosotros no le ocurrió nada mejor.

Sin embargo, aquella reunión no fue inútil, pues hubo además otros puntos que motivaron una viva discusión. Había especialmente un asunto que nos preocupaba entonces mucho: los hechos de Ravachol y de sus compañeros, su valerosa defensa ante los tribunales y la fría decisión con que fue al cadalso. Aquellos sucesos causaron en nosotros entonces, jóvenes como éramos, una poderosa impresión. Vimos en ello el anuncio previo de la próxima revolución y nos entregamos a las fantasías más exageradas, como no podía ser de otro modo en rebeldes de nuestra edad. La propaganda del hecho nos pareció el único medio eficaz para sacudir a las masas esclavizadas de su indiferencia y hacerlas accesibles para los acontecimientos revolucionarios del futuro. Pues sobre el hecho que la revolución social estaba por decirlo así a las puertas, estábamos entonces todos de acuerdo. En un país semidespotico como Alemania era doblemente comprensible ese desborde de los sentimientos.

Unos días después de la partida de Rüffer, recibí de los compañeros de Hamburg una carta que nos avisaba que estuvimos en guardia ante él, pues durante su permanencia en la vieja ciudad hancética habían ocurrido algunas cosas que imponían urgente cautela. No se daban más detalles. Como siempre, se había escrito también a los compañeros en otras ciudades en sentido idéntico. El asunto me afectó penosamente, tanto más cuanto que faltaban todas las pruebas que pudieran justificar tal sospecha. Yo sabía que Rüffer quería visitar una gran serie de ciudades del bajo Rin antes de regresar a Londres, y tal denuncia podía serle funesta. Si se hubiera de esa cuestión, no estaba excluido que también la policía recibiese noticias del viaje de Rüffer y le echase mano. Pero si la sospecha
única posibilidad. En caso de que fuese encontrado apet, tenía siempre tiempo para escapar al extranjero. Hasta entonces quería dedicar al movi-
mento todas mis fuerzas y no abandonar el campo antes de que fuese
absolutamente necesario. Pero mis planes para el próximo porvenir fueron
pronto fundamentalmente frustrados por acontecimientos que no podía prever.

Las relaciones en la frontera habían sido restablecidas. Hacia poco y
volvíamos a recibir todas las semanas regularmente nuestros envíos. El
grupo "Autonomía" había enviado a un joven llamado Sepp Oertel a la
frontera belga para reunir el tráfico interrumpido, que Lambert había
mantenido casi dos años. Sepp Oertel era un joven de unos veinte años.
Había emigrado a América hacia aproximadamente dieciocho meses y había
caído en Nueva York en el circuito de Emma Goldman, Alejandro Berkman
y los autonomistas alemanes, siendo ganado para la causa del anarquismo.
Con entusiasmo juvenil había aceptado las nuevas doctrinas y como estaba
dotado por la naturaleza y había en él también algo de orador, tomó en
seguida viva participación en el movimiento. Después del atentado de
Berkman en Pittsburgh se le ocurrió a Oertel la idea de que era mejor volver a
Alemania, que le ofrecía un campo de acción mayor que un país extranjero,
donde el desconocimiento del idioma le imponía determinadas restricciones.

Con ese propósito se dirigió primeramente a Londres, donde quedó algunas
semanas, hasta que el grupo "Autonomía" le propuso ocupar el puesto de
Lambert en la frontera.

Sepp aceptó en seguida la propuesta, que respondía a su placer juvenil
de aventuras. Si él era la persona adecuada para ocupar un puesto tan peligroso y responsable, era otra cuestión. No carecía en modo alguno de
valentía y de entusiasmo en favor de su causa, pero no tenía conocimiento de
los hombres ni la cautela que es indispensable para un trabajo de esa clase.
Eso no era ciertamente culpa suya; no todos somos apropiados para
conspiradores. Pero eso era tanto más incomprensible la conducta del grupo
"Autonomía", que confió a un joven a quien casi no conocía, un puesto que
podría suscitar para él y para otros la mayor desgracia a la menor impru-
dencia. Naturalmente, en Alemania no teníamos la menor idea de aquellos
acontecimientos, que tan sólo más tarde me fueron conocidos. No tardaron en
preparitse los sucesos.

Estuvimos naturalmente muy contentos de que nos llegasen otra vez
regularmente los periódicos y los folletos prohibidos y de que pudiésemos
volver en mayor medida a nuestra actividad clandestina. Eso duró algunas
semanas, hasta que toda la magnificencia terminó con espanto.

En aquel tiempo se hacía notar en nuestra región una fuerte crisis eco-
nómica. Por eso habíamos convocado en Maguncia una reunión de obreros
sin trabajo, en la que yo debía hacer uso de la palabra. Me había ido ya a
la reunión cuando aparecieron en casa de mis abuelos dos jóvenes que pre-
guntaron por mí. Ambos iban cargados con grandes paquetes y daban la
impresión de que acababan de llegar de fuera. Mi abuela les dijo que yo
tenía que hablar en una reunión y les señaló el lugar donde podrían
encontrarme.

Estando justamente a punto de subir a la tribuna de los oradores cuando

entraron los dos jóvenes en la sala y preguntaron por mí. Un compañero
me informó de ello y volvi a la sala para saber qué querían. Los dos se
saludaron con gran cordialidad y se presentaron como los hermanos Sepp y
Fritz Oertel. Sepp me contó que había llegado recientemente de Dulsburg
y había salido por mi abuela el lugar de la reunión. En pocos instantes lo
supo todo.

"¿Y qué tenías en los paquetes?" — pregunté a Sepp. "Artículos prohi-
bidos", me respondió. Involuntariamente miré hacia los dos empleados de
polícia que habian tomado asiento en la mesa de los oradores. La más
insignificante sospecha podría tener inaudibles consecuencias. Regué a los
daque me tomase asiento en el fondo de la sala, hasta que se hubiese realizado
el acto. Luego busqué a Jean Heffner y le encargué que sacase de la sala
lo más inadvertidamente posible los dos paquetes peligrosos y los escondiese
en lugar seguro. Ningún otro tenía para esas cosas semejante habilidad. No
pasó mucho tiempo y los paquetes desaparecieron.

Entretanto el presidente declaró abierto el acto y yo fui a mi puesto.
Habíamos aproximadamente tres cuartos de hora, pues tenía necesidad de que
el acto terminase lo antes posible. Después de mi hicieron uso de la palabra
los compañeros Heinrich Zahn y Fritz Tawig. También ellos fueron breves,
aunque no pude convenir antes nada con ellos. Hasta allí todo había mar-
chado bien y el presidente se disponía a dar por terminado el acto cuando
de repente Sepp Oertel pidió la palabra. Apenas podía dar crédito a mis
oídos y no supe qué hacer. Habría preferido correr a la sala para contenerlo.

Pero eso no era lo que quería expresar la sospecha de los empleados y justamente eso
debía evitarse en todas las circunstancias. Si yo hubiese tenido una sospecha de
que el buen Sepp era capaz de semejante imprudencia, ciertamente le
habría impedido hablar. Pero tal posibilidad no se me había ocurrido ni en
sueños. Ahora no había nada que hacer. Había que dejar libre curso a las
cosas y esperar lo mejor.

Sepp Oertel ha escrito muchos años después en su libro Acht Jahre im
Zuchthaus (Ocho años en el presidio) vivas y veridicamente el curso de aquella
reunión. Naturalmente comprendió luego la grave falta que había
cometido como cabeza juvenil y fogosa y tuvo que pagar el desliz terri-
blemente. Según su descripción, no tenía ningún propósito de hablar, pero
cuando oyó con qué aparente espontaneidad habían hablado los otros sin
que la policía se opusiese, creyó que los dos funcionarios eran buenos su-
jeto y no pudo resistir a la tentación de intervenir. Con alguna reflexión,
había debido decirse ciertamente que en su papel de contrabandista de
escritos debía evitar todo lo que pudiera atraer la atención de la policía. Su
locura juvenil le jugó una pésima treta. Ni siquiera el mejor discurso valía
el precio que él y otros tuvieron que pagar por él.

Era verdad que entonces en Hesse y Baden podíamos permitirnos algo
que era imposible en Prusia. Sin embargo también la libertad de palabra
tenía entre nosotros ciertos límites que no podían ser superados impunemente.
A ello contribuía que nosotros, como naturales de la región, conocíamos
perfectamente las reacciones y habíamos logrado en el curso del tiempo
una cierta habilidad en el arte de hablar, de modo que sabíamos aludir a
algunas cosas que no se podían nombrar abiertamente en Hesse. Era una
elegante danza de equilibrio en la elección de las palabras que para un orador
dió en marea de afectividad; pero el buen Sepp no sabía nada de ese arte.

Cuando subió a la tribuna, levantó vigorosamente los dos brazos y
comenzó a hablar, tuvo el sentimiento de que la cosa no saldría bien. Pero
resultó peor de lo que yo pensaba. Sepp informó de la asamblea de sus
experiencias en América y en Inglaterra, lo cual, naturalmente, excitó la
atención de los funcionarios vigilantes, que no hicieron más que aguzar el
oído para no dejar escapar una sola palabra. Pero cuando Sepp calificó el
derecho a vivir como el supremo derecho del hombre y dijo a los desocupados
el consejo de tomar allí donde había bastante, en lugar de dejarse morir
lentamente de hambre, se colmó la medida. El comisario se levantó de
su asiento, se puso el yelmo y dijo: "En nombre de la ley declaró disuerta esta
asamblea c íntimo a todos los presentes a abandonar la sala". Luego puso a
Sepp la mano en el hombro y lo declaró detenido. Este puso cara de gran
extrañeza. Al parecer no había esperado eso.

Mientras la mayoría de los asistentes despedía lentamente la sala, se
sintió de repente en el fondo un tumulto, cuando la policía se disponía a
llevarse a Sepp. Fritz Oetter había saltado de su asiento y gritó: "¡No
dejéis que lleven a mi hermano a la cárcel!" En un instante se produjo un
fuerte escándalo. Sepp intentó escapar de los brazos del guardia que le había
echado mano, en lo cual su chaqueta y su camisa quedaron desgarradas. Los
deros funcionarios intentaron desenrollar sus sables, pero la multitud era
un gran desorden. Al parecer no había esperado esa situación.

Mientras la mayoría de los asistentes despejaba lentamente la sala, se
sintió de repente en el fondo un tumulto, cuando la policía se disponía a
llevarse a Sepp. Fritz Oetter había saltado de su asiento y gritó: "¡No
dejéis que lleven a mi hermano a la cárcel!" En un instante se produjo un
fuerte escándalo. Sepp intentó escapar de los brazos del guardia que le había
echado mano, en lo cual su chaqueta y su camisa quedaron desgarradas. Los
deros funcionarios intentaron desenrollar sus sables, pero la multitud era
un gran desorden. Al parecer no había esperado esa situación.

Mientras la mayoría de los asistentes despejaba lentamente la sala, se
sintió de repente en el fondo un tumulto, cuando la policía se disponía a
llevarse a Sepp. Fritz Oetter había saltado de su asiento y gritó: "¡No
dejéis que lleven a mi hermano a la cárcel!" En un instante se produjo un
fuerte escándalo. Sepp intentó escapar de los brazos del guardia que le había
echado mano, en lo cual su chaqueta y su camisa quedaron desgarradas. Los
deros funcionarios intentaron desenrollar sus sables, pero la multitud era
un gran desorden. Al parecer no había esperado esa situación.

Mientras la mayoría de los asistentes despejaba lentamente la sala, se
sintió de repente en el fondo un tumulto, cuando la policía se disponía a
llevarse a Sepp. Fritz Oetter había saltado de su asiento y gritó: "¡No
dejéis que lleven a mi hermano a la cárcel!" En un instante se produjo un
fuerte escándalo. Sepp intentó escapar de los brazos del guardia que le había
echado mano, en lo cual su chaqueta y su camisa quedaron desgarradas. Los
deros funcionarios intentaron desenrollar sus sables, pero la multitud era
un gran desorden. Al parecer no había esperado esa situación.

Mientras la mayoría de los asistentes despejaba lentamente la sala, se
sintió de repente en el fondo un tumulto, cuando la policía se disponía a
llevarse a Sepp. Fritz Oetter había saltado de su asiento y gritó: "¡No
dejéis que lleven a mi hermano a la cárcel!" En un instante se produjo un
fuerte escándalo. Sepp intentó escapar de los brazos del guardia que le había
echado mano, en lo cual su chaqueta y su camisa quedaron desgarradas. Los
deros funcionarios intentaron desenrollar sus sables, pero la multitud era
un gran desorden. Al parecer no había esperado esa situación.

Mientras la mayoría de los asistentes despejaba lentamente la sala, se
sintió de repente en el fondo un tumulto, cuando la policía se disponía a
llevarse a Sepp. Fritz Oetter había saltado de su asiento y gritó: "¡No
dejéis que lleven a mi hermano a la cárcel!" En un instante se produjo un
fuerte escándalo. Sepp intentó escapar de los brazos del guardia que le había
echado mano, en lo cual su chaqueta y su camisa quedaron desgarradas. Los
deros funcionarios intentaron desenrollar sus sables, pero la multitud era
un gran desorden. Al parecer no había esperado esa situación.
PARIS

EN EL CORAZÓN DE LA CIUDAD MUNDIAL

Fue un día claro, terriblemente frío de noviembre, cuando entró nuestro tren a las nueve de la mañana en la Gare de l'Est de París. El invierno es suavе en París; pero aquel año de 1892-93 fue extraordinariamente severo.

¡París! Había llegado al fin a la ciudad de la que había oído, de la que había leído y con la que había soñado tanto. La abigarrada agitación ante la estación, el idioma extraño, los pregones incomprensibles de los vendedores callejeros y de los vendedores de diarios absorbían mis sentidos. No me cansaba de ver esa agitación ondulante y el cambio continuo del cuadro callejero, tan distinto de la pequeña ciudad de donde venía. Apenas hay otra ciudad en el mundo que atraiga al forastero tan irresistiblemente a la primera mirada. Se siente uno en un mundo nuevo y absorbe las múltiples impresiones de esa vida como un lince embrujador del que nunca se tiene bastante. Esa primera impresión fue ineludible para mí. No ha hecho más que ahondarse en el curso de los años, pero no se ha modificado. He tomado a esa poderosa ciudad un cariño que no tuve a ninguna otra y todavía hoy la quiero con la misma pasión que en mi juventud.

No tenía más que una dirección cuando llegué a París. Era la de Leopold Zuck, en aquel tiempo delegado de la Asociación de socialistas independientes en París. Un coche me llevó en un cuarto de hora a la Rue Saint Honoré. Zuck vivía allí en el sexto piso de un viejo hotel, habitado sólo por trabajadores y pequeños artesanos. Lentamente subí, re-descendiendo las obscuras y empinadas escaleras. Después de haber descubierto en el largo y estrecho corredor la puerta correspondiente, entré en una pequeña habitación, la mitad de la cual estaba casi totalmente ocupada por una ancha cama. Juntó a la ventana, hacia la calle, había un pequeño banco de zapatero, junto al cual se sentaban dos hombres en sillas bajas sin respaldo. Uno de ellos era Leopold Zuck, un viéndes alegre de tallas mediana con abundante cabello obscuro y grandes ojos azules claros. Después de haberme presentado, me estrechó amistosamente la mano y me ofreció la única silla libre, cubierta de herramientas y de retazos de cuero. Su compañero de trabajo era Franz Bokop, un hombre alto, de barba negra, un socialdemócrata alemán que.
organizado en su vivienda una habitación como taller, donde trabajaba junto con su amigo Niederle, un anarquista checo. Pero utilizaba todo minuto libre para el estudio y se había hecho de conocimientos de francés y química que muy raramente se encuentran en un obrero. Poseía una selecta biblioteca, en la que se veía una gran cantidad de las mejores obras científicas. Uno de mis ulteriores amigos de París, un biólogo belga, que conocía bien a Meyer, me dijo una vez que hablábamos de éste que era un hombre de ciencia nato, que había errado en la vida su oficio y, sin duda, habría podido realizar cosas extraordinarias si el destino le hubiese sido más favorable. Otro en su lugar se habría abierto camino a pesar de todo, pero el padre Meyer era un hombre en extremo modesto, que evitaba medrar sin requerir el primer plano y exhibir sus conocimientos. 

Ya el exterior del hombre causaba un efecto poco corriente. Sobre un cuerpo algo débil se erigía una cabeza que habría honrado a cualquier filósofo. El rostro pálido, inteligente era ensombrecido por una barba muy negra; sólo en el cabello escaso de la cabeza se mostraban ya los hilos plateados de los años. De los grandes ojos obscuros irradiaba un calor bienhechor y una bondad cordial. Se sentía a la primera mirada que a este hombre no le era extraño nada que fuera humano y las experiencias de la vida no le habían endurecido, sino que le habían vuelto más suave. Su voz era suave y sonora. Cada palabra que salía de sus labios, era medida, sin pretensiones y de sinceridad auténtica. Desde que Zuck me presentó a él, raramente pasó una semana sin verle, pues en lo sucesivo nos hicimos muy buenos amigos y hemos seguido siéndolo hasta que la muerte le cerró los ojos. No le he visto nunca excitado; mostraba siempre la misma paciencia tranquila y permaneció siempre igual en su manera de ser.

El padre Meyer estaba más calvita en el movimiento y en el destino de sus amigos, pero nunca se podía ver lo profundamente que le afectaban las cosas, pues poseía un extraordinario dominio de sí y evitaba poner de manifiesto sus sentimientos. En ese concepto su mujer tenía una manera de ser muy distinta. A pesar de su claro y penetrante juicio, podía entregarse sin contención a todo movimiento del alma. Como quería con gran ternura a sus hijos, esto causó para ella una tragedia, pues la menor dificultad de uno de los suyos la ponía en un estado de extrema inquietud. No se puede imaginar una mayor contradicción entre dos seres humanos. Mientras el padre Meyer era la tranquilidad misma y nunca se dejaba desviar de su equilibrio espiritual, a su mujer le producía desasosiego todo lo que tocaba. No es que fuese en modo alguno propensa a lo pequeño, pero tenía la costumbre de echar cada pequeña a la categoría de un acontecimiento. Cuando a veces extremaba la nota, asomaba una leve sonrisa en el rostro de su esposo, que no le impuso nunca trabas y la dejaba hacer hasta que la tormenta se serenaba. En uno de esos momentos me dijo en un tono sossegado: “No hay nada que hacer. Es como un tormento al acecho. Por lo demás tengo que agradecerle mucho: me ha enseñado a conservar la tranquilidad en medio del caos”.

El padre Meyer no era un tecleo caballero de los principios. Poseía un asombroso don de observación y se complacía en ir al fondo de las cosas.

Aunque la vida le había aportado amargas experiencias, conservaba su bondad cordial innata, pues no tenía la más mínima propensión al cinismo. Había algo de casto en ese hombre, una arraigada pereza de sentimientos que no podía negar nunca. En el espacioso taller de Meyer se estaba seguro de encontrar por la noche algunos camaradas, que conversaban acerca de los problemas más diversos, y como el periodo era muy agitado, no faltaba nunca materia para la conversación. Ya en mi primera visita conocí allí a un gran número de mis ulteriores amigos, a quienes encontré aquí y allí en los pueblos y ciudades de mi vida.

A los visitantes regulares del padre Meyer pertenecía también Alexander Beer, que tenía estrecha amistad con Meyer desde hacía muchos años. Beer era un compañero alegre y amable; cuando tenía su buena hora, su humor grotesco producía a menudo raras floraciones. Procedía de una pequeña ciudad cualquiera del Báltico, había perdido a sus padres muy temprano y había pasado su juventud en parte en Alemania y en parte en Francia, por lo cual dominaba con igual agilidad los dos idiomas. En Francia había aprendido el oficio de sastre. Volvió a Alemania poco antes de promulgar la ley contra los socialistas, y conoció allí el movimiento social. Después que Johon, Most fundó en Londres la Freikör, se adhirió al movimiento social-revolucionario y evolucionó luego poco a poco con él hacia el anarquismo.

Hacia 1885 llegó Beer a Bruselas, donde conoció personalmente a John Neve. Beer era entonces miembro activo del club de lectura socialdemócrata de allí y pertenecía además a un pequeño grupo de compañeros de confianza que obraba en una época vivamente del con cibern de escritos revolucionarios en la frontera alemana. En aquel tiempo se movía en los círculos de los socialistas alemanes en Bruselas el ex-oficial bávaro Max Trautner, un íntimo amigo del conocido jefe socialista y diputado al Reichstag Carl Grillenberger. Trautner se había hecho conocer entre los compañeros alemanes por la traducción de libro de Stepieniak, La Rusia subterránea, y sus relaciones con Grillenberger le habían proporcionado también acceso al grupo secreto a que pertenecía Beer. Aquel grupo había realizado hasta entonces su peligroso trabajo en la frontera con gran habilidad, pero de repente fueron detenidos por la policía los compañeros, el uno poco después del otro. Beer mismo apenas pudo escapar en esa ocasión a los agentes alemanes, salviéndose a tiempo en territorio belga. Aquellos sucesos produjeron gran consternación entre los socialistas alemanes de Bruselas, pues todos sintieron que la travesía intervenía en el asunto.

Beer, llevado por diversas incertidumbres, llegó poco a poco a la persuasión de que sólo Trautner pudo haber proporcionado los datos a la policía. En una reunión secreta de compañeros de confianza, expresó abiertamente sus sospechas. Como no se tenía ninguna prueba directa, comisionó el grupo a Beer para escribir a Grillenberger y prevenirle ante Trautner. Pocos días después recibió el grupo una carta muy grosera de Grillenberger en la que sus miembros eran calificados de “jóvenes verdes” y “asnos políticos”. Al mismo tiempo comunicaba al grupo que la carta de Beer la había enviado a Trautner para su conocimiento.

Unas semanas después fué expulsado Beer de Bélgica. Naturalmente,
no pudo establecerse nunca si su expulsión debía atribuirse a las maquina-
ciones de Trautner. Lo cierto es que Trautner, apoyado por la influencia de
Grillenberger, pudo continuar su turbio juego casi un año enterro hasta que
fué desenmascarado públicamente como agente policial del gobierno alemán
por un folleto del fiscal de Estado suizo Moeller. Se puso otra vez de relieve
más tarde después de la infame entrega del anarquista John Neve al gobierno
alemán, publicando en el Sozialdemokrat supuestas revelaciones sobre la
captura de Neu, en la que intentó presentar a Josef Peukert como trador
de Neu. Después de repetir esa misma acusación en el folleto Wie John Neu
derhaftete wurde (Cómo fue arrestado John Neve), desapareció totalmente
de la superficie.

Beier se dirigió, después de su expulsión de Bélgica, nuevamente a París,
donde participó vivamente en el movimiento anarquista. De tanto en tanto
escribió pequeños artículos en la Freiheit y en la Autonomie, pero nunca con
su nombre. En 1892 redactó un libro, Die moderne Sphinx (La moderna
esfinge), que exponía en forma de cuentos los efectos de la sociedad actual
y en donde se puso de manifiesto la fantasía del autor. Por desgracia el
libro fue compuesto en París por un tipógrafo francés que no sabía una
palabra de alemán. Como Beier, por alguna circunstancia, no pudo leer las
pruebas, el escrito apareció con las erratas más absurdes, que le hicieron
mucho daño.

Beier tenía sin duda algo de poeta. Ante todo no carecía de inventiva,
pero desgraciadamente no pudo abrirse paso, pues tuvo siempre que luchar
con la miseria de la vida. Era un gran admirador de Jean Paul, lo que por
lo demás se advertía ya en su lenguaje. Los últimos años de su vida los
pasó en Inglaterra, donde lo encontré a menudo. Victimá de la enfermedad
y de las preocupaciones económicas, tuvo que refugiarse al fin en un asilo
de ancianos en Manchester, donde ha muerto en 1927 a los 72 años.

Unos meses antes de morir me hizo ver todavía una branca que al comienzo
me irritó mucho, pero que al fin me hizo reír cordialmente, porque mostraba
realmente a Beier. En enero de 1927 recibí a un compañero desconocido
de Manchester una breve carta en la que me notificaba el fallecimiento de
Alexander Beier. Como yo sabía que estaba viejo y que su salud dejaba
mucho de descarríar hacia años, no olvidó un momento de la exactitud
del informe y publiqué en la misma semana en el Syndikaliste de Berlín un
artículo resumiendo todo lo que me era conocido de su pasado.

Imagínese mi sorpresa cuando algunas semanas después recibí una
carta humorística del munro, que tituló Sömme aus der Unterwelt (Voz
del mundo inferior). Me contaba cómo había llegado en una de sus noches de
insomnio a la idea de comunicarse su muerte para oír lo que yo diría de él,
a fin de que en caso necesario pudiera enviar una rectificación, pues era un
individuo honrado y tenía que cuidar de su buen nombre. Además no
neurólogía podía ventilar bien como documento a la puerta del infierno,
pues había perdido su pasaporte hacía muchos años y tenía que no se le
dejase entrar. Mis palabras amistosas no serían por lo demás muy prema-
turmas, pues ya había sacado el billete de ida para el otro mundo y en pocos
meses, en caso de que el tiempo fuese favorable, pensaba iniciar el gran
viaje. Su presentimiento no le había engañado, pues murió todavía el mismo
año. Aunque esta vez no podía dudar, pues estaba ante mí el anuncio
mortuorio, no escribí sin embargo más. Así ocurrió que Alexander Beier,
el borracho alegre, que había conservado su humor inagotable hasta el
día mismo de su muerte a pesar de la enfermedad y de los padecimientos, ha muerto
cincos o seis meses antes de su verdadero fallecimiento.

Había creado poder hablar trato fácilmente. Pero la cosa no era en
modo alguno tan simple como me había figurado. En especial mi desempeño
práctico del idioma era un gran impedimento para mí. Me había
ocupado ya en casa del estudio del francés, conocía las reglas más importantes
de la gramática y disponía de un vocabulario bastante rico, de modo que,
con ayuda de un diccionario, podía leer rápidamente un diario francés. Eso
era sin duda bueno, pero el oído se habría ido poco a poco al idioma
extraño, lo que no es de ningún modo fácil en el hablar rápido de los
parisienses y en el fluir característico de las palabras, propio del idioma francés.

Entre mis amigos y canadas alemas de París no había un solo
encuadernador. La mayor parte de los miembros de la Asociación de socia-
listas independientes y del club de lectura socialdemócrata eran sastres y
zapateros. Aparte de aproximadamente una docena de carpinteros, no había
casi ningún otro oficio representado. La mayor parte de los carpinteros se
hallaban ocupados en los pequeños talleres del faubourg Saint Antoine,
donde trabajaban numerosos compañeros franceses. Por eso era propor-
cionalmente fácil proporcionar allí ocupación a un compañero llegado
el tranjero. Los sastres y zapateros tomaban su tarea de los grandes negocios
y trabajaban en casa, de manera que aun sin conocer el idioma podían
valerse muy bien.

Estaría por tanto totalmente a merced de mí mismo y no tenía a nadie
que pudiera darme un buen consejo. Unas semanas después de mi arribo,
mi amigo Hornik, un compañero húngaro, me propuso visitar a Jean Grave,
el redactor de la Révolution, el cual, según creía Hornik, quizás pudiese ayu-
darme a encontrar trabajo en casa de algún encuadernador amigo. Hornik,
que vivía en París hacía mucho tiempo, era buen amigo de Grave, y así nos
pusimos una mañana en camino hacia la Rue Mouffetard, donde tenía su
local la Révolution.

La Rue Mouffetard es una calle estrecha, bastante empinada, en una de
las partes viejas de la ciudd de París, no lejos del límite del barrio latino,
donde se reúnen los subterfugios de Coularde y la Salpêtrière. La vieja calle
estaba en aquel tiempo muy animada, porque existía allí un mercado público,
donde solía hacer sus compras la población obrera de los alrededores. La
casa número 140 era un viejo edificio, algo abandonado, de cinco pisos, en
el inferior de los cuales se hallaba una pequeña taberna. Por un estrecho y
obscuro corredor se llegaba a una escalera estrecha y empinada. Llegados
al piso superior, nos encontramos ante una escalera que conducía al desván.
Ese fue el local alquilado por los editores de la Révolution. En especial mi
necesidad de traslado me era de su
baratura. El periodico tuvo allí muchos años sus oficinas, que sólo poste-
riormente fueron trasladadas a la próxima Rue Broca.
 Cuando entramos, se presentó un cuadro singular a mis ojos. El local recibía su luz por un ventanal saliente del techo y estaba bastante claro; sólo las esquinas a ambos lados de la ventana estaban sumidas en profundas sombras. Pero junto a las paciones del estrecho y largo local se veían grandes pilas de periódicos y folletos. Donde estaban libres, se les veía recubiertas de recortes de diarios, de ilustraciones y de cuadros murales. A un lado se veía una pequeña estufa cuyos largos tubos atravesaban media habitación. Ante la única ventana había una larga mesa cubierta de papeles y objetos de escritorio. Allí estaban ocupados en su trabajo dos hombres.

Al entrar nosotros se levantó uno de ellos, que llevaba encima de sus ropas la blusa negra del tipógrafo. Era Jean Grave. Como Horkéak lo conocía, nos tendió amistosamente la mano y nos hizo sentar. Después de decirle Horkéak el objeto de nuestra visita, dijo en seguida que en las proximidades vivía un compañero francés que tenía una pequeña encuadernación que seguramente nos podría dar la información que necesitábamos. Como introducción escribió en seguida un par de líneas que debían servirme de recomendación. Le agradecimos cordialmente y como no queríamos perturbarle en su trabajo, nos dispusimos a marchar. Pero él nos pidió amistosamente que quedásemos un rato más, lo cual hicimos con placer. Como yo había salido de Alemania hacía poco tiempo, y Grave, como muchos de los compañeros extranjeros de entonces, tenía vivo interés por el nuevo movimiento, me hizo una cantidad de preguntas sobre personas conocidas en el movimiento y sobre las condiciones generales en mi región. Horkéak nos sirvió de intérprete. Le dí todos los informes que deseaba y le explicué mi opinión personal sobre el porvenir del nuevo movimiento alemán. Tomé algunas notas y al parecer quedó contento con el breve informe que le di.

Cuando al fin nos disponíamos a despedirnos, me estrechó amistosamente la mano y me pidió que la visitara ocasionalmente.

Jean Grave era entonces un hombre de unos cuarenta años. La impresión que recibí de él en mi primera visita, no se ha modificado tampoco posteriormente en lo esencial. La mirada franca de sus ojos vivaces, y la ancha frente mostraban a un hombre de gran energía y de pensamiento sereno. Su naturaleza era quizás algo ruda, pero simple y espontánea. Era siempre un hombre de reflexión tranquila que no se dejaba llevar por estados de ánimo momentáneos. Sin embargo testimoniaba comprensión para la opinión ajena, siempre que estuviese convencido de que era inspirada por una convicción honesta. Su honradez interior y la pureza de su pensamiento no fueron puestos jamás en discusión ni siquiera por sus adversarios, y se comprende por qué hombres como Kropotkin y Reclus le tenían tanto aprecio.

En los largos años de su actividad, permaneció siempre Grave el fiel Eckhard del movimiento francés, que tuvo en él una fuerza inapreciable. Su labor de casi treinta años como redactor del Révolte, de la Révolte y de los Temps Nouveaux representa tal suma de energía tenaz, de celo proselitista y de capacidades espirituales que no se encuentran a menudo en los movimientos sociales. Sus numerosos libros y pequeños folletos pertenecen a la literatura anarquista más leída de Francia. Muchos de ellos fueron traducidos a numerosos idiomas extranjeros. Esa energía la conservó hasta el fin de su larga y rica vida, aunque después de la primera guerra mundial se advirtió una cierta acritud que en años anteriores apenas se había notado en él.

El compañero Durant, a quien Grave me había recomendado, era un viejo que tenía una pequeña encuadernación junto con un amigo. Nos recibió amistosamente, pero no me dio grandes esperanzas de hallar trabajo, pues la buena temporada en nuestro oficio había pasado. Lo mejor que podía hacer, opinaba, era hacerse de las herramientas más necesarias y trabajar en la casa por propia cuenta. En París, decía, había centenares de tales trabajadores a domicilio, que se ganaban su pan así. En realidad París era la antigüedad el gran centro de todas las industrias y había seguido siendo hasta cierto grado. En caso de que quisiera aceptar su consejo pondría a mi disposición una vieja prensa a mano, dispuesta también para el corte de los libros. Ciertamente tendría que gastar unos francos para poner en condiciones de uso la vieja herramienta.

No podía emplearme de esta manera. Como no tenía ninguna perspectiva de hallar un empleo, y debía hacer absolutamente algo para ganar aunque fuese poco con qué vivir modestamente, acepté sin más la propuesta. Durant me dio algunas recomendaciones para unos libreros amigos en el barrio latino y una pequeña lista de precios de los diversos trabajos por la que podía regirme y me aseguró que podía contar con él en caso de que fuese necesario su consejo. Deshicimos la vieja prensa y tomamos las piezas para no perder tiempo. Unos días después me hice con ayuda de un carpintero amigo, un banco de trabajo y después de hacerme prestar por algunos camaradas cuarenta o cincuenta francos, para las herramientas más necesarias y para algo de material, podía comenzar, siempre que encontrara trabajo. Tuve suerte. Dieron por librería a quienes me había recomendado Durant me dieron cada cual una pequeña cantidad de trabajo, de modo que tuve bastante para el primer par de semanas.

Fue un buen comienzo. Trabajé bastante tiempo para ambos, los cuales por lo demás estaban muy próximos a nuestras aspiraciones. Sus encargos, ciertamente, no me daban un sostén regular, pero sí un buen punto de apoyo. Con el tiempo recibí también algo de trabajo de otras partes. En Francia, donde casi todos los libros, incluso hoy mismo, son encuadernados a la rústica, se tenía siempre mejores perspectivas de ganar algo de ese modo que en la mayor parte de los otros países. Mi trabajo era muy irregular. Había periodos en que tenía que trabajar hasta muy avanzada la noche para entregar los libros en el plazo deseado. Pero llegaban semanas en que no tenía nada o casi nada que hacer. En cambio tenía la ventaja de estar totalmente a merced de mi mismo y de disponer de una independencia personal que no podía gozar, naturalmente, en ningún taller. Es verdad que esa independencia tenía que ser comprada a menudo a alto precio. Comprendí muy pronto que de esa manera no podría ser millonario. Pero me agradaba la vida libre, sin obligaciones y estaba dispuesto a tomar la contrapartida, en tanto que pudiera sostenerme bien o mal.

Ante todo tuve de ese modo bastante tiempo para dedicarme a mis estudios y para trabajar en mi propia formación. En este aspecto debí
mucha a París. Poco después de mi llegada dediqué casi cada hora libre a conocer la ciudad. París es como un gran museo histórico que posee una incomparable fuerza de atracción, especialmente para jóvenes rebeldes de mi edad. Yo había estudiado bastante detenidamente en mi ciudad natal la historia de la gran revolución, de la revolución de febrero, de la insurrección de junio y de la Comuna de París y había crecido por decirlo así en esas tradiciones. Aquellos grandes acontecimientos habían llenado mi alma joven de ardiente entusiasmo y me habían infundido una fe indomable en la próxima liberación de los laboriosos y de los oprimidos. No hay que advertir que el cuadro que me había formado hasta allí sobre los acontecimientos de la gran revolución, no había sido turbado por ninguna clase de consideraciones críticas. No vi más que la parte heroica de la revolución, sus violentos sacudimientos, entre los cuales cayó en ruinas un viejo mundo; su aspecto demoníaco, la odisea de sus fenómenos puramente humanos y a menudo demasiado humanos, no llegó entonces a mi conciencia. Tan sólo la experiencia y el conocimiento más maduro crearon poco a poco otros cuadros y una comprensión más honda de los acontecimientos del pasado.

A esto se añadía la circunstancia de que yo salía de un país que no conocía tradiciones propiamente revolucionarias, de modo que prestaba oído voluntario a los grandes acontecimientos de Francia y los apreciaba tanto más altamente en mi pasión juvenil. París era para mí un archivo gigantesco, lleno de todos los recuerdos gloriosos y de todas las notabilidades de la revolución, y yo perseguía esas huellas donde quiera que podía. Lo que antes había leído solamente en libros, estaba vivo ante mis ojos y estimulaba más bondadosamente la imaginación. Ambulaba a menudo días enteros por la ciudad gigantesca, para visitar los lugares sagrados para mí a través de la revolución. En ello utilizaba sólo un medio público de comunicación y hacía mis viajes casi siempre a pie. De ese modo conoci a París poco a poco fundamentalmente. Apenas había un lugar de significación histórica que no hubiera pasado a mi atención. Procedí en ello de modo sistemático. Después de haber conocido los lugares más importantes del recuerdo, puse ciertos límites a mis andanzas exploradoras y me dediqué en especial a ciertas partes de la ciudad.

A menudo hacía mis excursiones en compañía de otros compañeros jóvenes que mostraban un interés por lo mismo. Naturalmente tampoco fueron olvidados los museos y galerías de arte, tan abundantes en París. La visita de las numerosas galerías fue para mí singularmente incitante, después de conocer más tarde a un joven pintor polaco, un cierto Baranowsky, a quien solía acompañar a menudo, y que me dio la primera visión comprensiva de las artes plásticas. Ese Baranowsky era un ser extraordinariamente simpático, que me había tomado afecto por algún motivo. Le conocí por recomendación de un amigo ruso y encuaderné él diversos libros. De ese modo entraron en contacto. Probablemente había conocido en mí un sentimiento adornado para el arte, y poco a poco nos hicimos muy buenos amigos.

Gustaf Krause y Carl Dühring, realizaron en ese concepto verdaderas proezas.
Así acabó llegando a París, donde había dejado su patrón para escapar del servicio militar. Pero recordaba con cariño comparar el peligro con la soledad del pueblos, con la cual fué causa de que a menudo sintióse la nostalgia.

En sus días tristes, se apartaba de todos, hasta superar la depresión psíquica. Cuando andaba una noche en ese estado de ánimo por la ciudad, fué alzado por un ladron callejero en una región militar. Con un movimiento rápido, chilló Aníbal el golpe mortal y apenas recibió una ligera herida en el brazo. Luego abatió al sujeto de un puñetazo vigoroso y le arrancó el cuchillo de la mano. Le cogió le rogó que no hiciera escándalo y que no llamase a la policía.

"No", dijo Aníbal, "no llamaré a la policía. Pero ¿no comprendes, hombre, que si no se cometiera un asesinato por un par de francos miserables? ¡Ahí tienes todo lo que llevo encima!" Le arrojó un par de piezas de plata y siguió tranquilamente su camino. Aníbal emigró después a América, donde había desaparecido enteramente desde hace muchos años.

De tanto en tanto recibiamos nueva afluencia de compañeros con los que expulsamos de Suiza y de Bélgica. En aquellos tiempos los gobiernos procedían rápidamente en la expulsión de los revolucionarios extranjeros. De cuando en cuando llegaban también compañeros conocidos de Alemania como Viktor Baehr y Albert Auerbach para una visita más o menos larga. En enero de 1893 vinieron a París los compañeros Max Baginski y Jean Wilquet. Wilquet que es de Magnac asume, como yo, pero no lo conozco allí, pues vivió muchos años en Suiza. Como tantos otros entonces, fué expulsado y viajó con Baginski, que se había decidido en aquel tiempo a emigrar a América, de Zurich a París. Con Baginski había tenido correspondencia todavía en Alemania, pero no había tenido ocasión de conocerle personalmente. Cuando llegó por primera vez a Berlín, se encontraba ya en la prisión de Schweidnitz.

Baginski era en el movimiento de los jóvenes una de las personalidades más destacadas y tuvo en el período de la ley contra los socialistas muchos partidarios en el proletariado berlines. La dirección socialdemócrata del partido le había confiado antes de la decisión de Erfurt la redacción del periódico Der Proletarier aus dem Eulengebirge, destinado a la propaganda entre la población textil silesiana, que pertenecía a las capas más pobres de la población alemana. El que la dirección del partido, a pesar de su simpatía, le haya llevado a ese puesto, no se puede explicar más que por el deseo de alejarle de Berlín, para privar a la oposición de su influencia.

Baginski desarrolló en su nuevo centro de acción una actividad incansable. Su brillante oratoria y ante todo su naturaleza franca y modesta le dieron pronto una gran popularidad entre los sufridos tejedores del Eulengebirge. Pronto conoció toda aldea, todo rincón apartado en aquel reino del hambre permanente y de la pálida miseria. Cuando el joven Gerhard Haupmann se disponía a recoger las impresiones que le sirvieron de fondo para su drama conocedor Los Tejedores, encontró en Baginski un guía excelente con el cual recorrió aquellos lugares de la más profunda miseria, que supo pintar magistralmente.

292

Naturaleza, para las autoridades no era grata la actividad antelatora de Baginski entre los tejedores. Su periódico fue objeto de una granizada de denuncias. En uno de los artículos denunciados había descrito de modo muy expresivo, los métodos educativos de las escuelas populares en su región, y Prusia oriental. Cuando compareció ante el tribunal por esa causa, dijo el fiscal: "El acusado mismo es un ejemplo viviente de que sus descripciones no corresponden a la verdad. Él mismo no ha concurrido más que a la escuela popular, pero escribe en un excelente estilo. Su ironía ensañada recuerda a Heine, su agudeza despiadada a Börne". Ciertamente escribía ese simple zapatero un excelente alemán que más de uno podría envidiarle. Pero eso no lo debía ciertamente a la escuela popular, sino a sus ricas condiciones personales. El fiscal tuvo que hallarlo sentido también, pues visitó a Baginski a menudo después en la prisión y convivió con él largas horas. También le envió obras de Goethe, de Lessing y de otras clásicas alemanas de su biblioteca privada, lo que en Alemania no ha debido ser muy común.

Baginski fue condenado a dos años y medio de prisión por toda una serie de delitos de prensa. Mientras cumplía la sentencia en Schweidnitz, dirigió el congreso de Erfurt su fallo sobre la oposición. Varios de los viejos jefes del partido intentaron luego conservar a Baginski en el partido. Bebel y Auer le visitaron en la cárcel. Especialmente Auer se esforzó todo lo que pudo por hacerle desistir de su apartamiento del partido y le prometió para después de su liberación un puesto ventajoso. Pero Baginski no era el hombre que devríanbrataba la confianza de sus amigos. Se declaró solidario con Werner y Wildberger y volvió las espaldas al partido por el que había trabajado tan incansablemente en tiempos de la ley contra los socialistas. Baginski era un anarquista nato. La independencia de pensamiento estaba en él por encima de todo. Toda su naturaleza se rebelaba contra una disciplina muerta que no podía armonizar con su conciencia. Fué uno de los primeros en el movimiento de los jóvenes que se adhirieron a los anarquistas.

Durante su prisión, se le desarrolló un abejo maligno en el cuello que puso en peligro su vida por un tratamiento falso del médico de la cárcel. Después de haber cumplido dos años fue licenciado a causa de su enfermedad, tras de haber llevado la prensa socialista su caso al gran público. Se dirigió entonces a Zurich, donde poco a poco se restableció. Cuando vino a París, todavía tenía un aspecto delicado, pero su humor chispeante y su espíritu vivaz quedaban incólumes. Baginski era uno de los hombres más singulares que encontré en mi vida, de extraordinarios dones intelectuales y de gran fortaleza de carácter, pero desprovisto de toda ambición personal. Tenía todas las condiciones para un buen escritor, mucha inventiva y un humorismo precioso. Pero él mismo no atribuyó la menor significación a sus condiciones naturales y siguió siendo siempre un tranquilo observador de la vida y de sus grandes letradas curas de su prójimo.

Baginski no permaneció en París más que unas semanas y se dirigió desde allí a Londres, donde estaba listo su pasaje para América. No pensaba entonces quedar en América. No quería más que conocer el país y sus
habitanres y regresar luego a Alemania. Principalmente por la insistencia de su hermano mayor, Richard, que había emigrado hacía un tiempo a los Estados Unidos con su familia, se decidió a salir de Europa, un pensamiento que de otro modo no se le habría ocurrido. Le ocurrió a él como a tantos otros que soñaban siempre con el regreso, pero que nunca lo realizaron. Para que nunca lo realizaran. Para Baginski esa fue seguramente una desgracia, pues pertenecía a aquellos que no pueden prosperar en tierra extraña. Actuó largos años en América, donde duró hasta que, con su esposa, se internaron en la redacción de la Freiheit, hasta que también esta publicación fue suspendida. También escribió a menudo para Mother Earth y en cuanto en cuanto para La Nación.

Nunca pudo adaptarse a América y tuvo siempre un cierto desapego ante las condiciones de vida en ella. Esa fué sin duda también la causa de que se aislase cada vez más en los años ulteriores. Cuando regresó a Alemania por unos meses después de la primera guerra mundial, era ya también allí un desencargado que no podía hallarse a gusto en ninguna parte y que no podía encontrar refugio más que en aquel mundo interior que se había creado. Tuvo una cantidad de cartas muy interesantes suyas, en las que se puede seguir claramente el destino interno de ese hombre magnífico. Por desgracia han caído, como tantas otras cosas, victimas del furor destructor de los bárbaros de Hitler.

Los acontecimientos dentro del movimiento de Alemania tuvieron naturalmente también una viva repercusión en nuestra asociación. Especialmente la noticia de que debería tener el nuevo movimiento, fué discutido a fondo en nuestras reuniones. Cuando la oposición fue forzada, a causa de la decisión del congreso de Erfurt, a salir del viejo partido, la designación de un nuevo dirigente no dependía de nosotros. Nos era especialmente clara, pues no expresaba más que la independencia del nuevo movimiento ante el viejo partidario, pero correspondía plenamente a la situación del movimiento entonces, que abarcaba los más diversos matices del socialismo. Cuando más tarde, después de diversas transiciones, la redacción del Socialista fue puesta en manos de Gustav Landauer, comenzó la agrupación interna del movimiento. El periódico se ocupó cada vez más de las tendencias libertarias del socialismo, y lo que nos había predicho unos años antes de una situación más de manifestación. Las circunstancias mismas contribuyeron a que el movimiento cayese más y más en los cauces de la ideología anarquista. Landauer mismo fue impulsado por ese desarrollo interno de las nuevas apariciones que, hasta el final se declaró abiertamente anarquista.

Esa evolución interna se produjo naturalmente sin diversas resistencias en el movimiento. Algunos de los viejos portavoces de los jóvenes, especialmente Wildberger y Buhr, se resistieron con gran tenacidad, pero sin éxito, a esa nueva formación, mientras que otros, entre ellos Wilhelm Werner, Bruno Wille, Max Baginski, Albert Weidler se adhirieron a los anarquistas.

Otros más, como Paul Kropotkine, Linke, Schweitzer y Eugen Ebert volvieron después al campo de la socialdemocracia o desaparecieron paulatinamente del movimiento como Auerbach, Huns Müller, Frans Blei, etc.

Landauer recomendó a los compañeros de en el Socialista que se declararan abiertamente anarquistas y se crearan así de una vez por todas una ruta clara. Su propuesta condujo a un vivo debate en el periódico, en el que participaron los compañeros de la mayor parte de los grupos locales de Alemania y del extranjero. También Johann Most intervino en la discusión, desde la Freiheit y exhortó a los compañeros de Alemania a aceptar la propuesta de Landauer, pues el Socialista, por su contenido, era ya anarquista y una decisión franca no podía menos de ser beneficiosa para el movimiento. La mayor parte de los grupos defendía el mismo punto de vista. Después que Wildberger y Buhr intentaron en vano entrar en posesión de la redacción del periódico, dieron a la publicidad un manifiesto en el que incitaban a sus partidarios a crear los medios para la fundación de un nuevo periódico, pues el Socialista hacía tiempo que no sostenía las aspiraciones del movimiento. Pero ese llamado tuvo un eco tan débil que el plan hubo de ser abandonado pronto.

Nuestro grupo en París había tomado posición igualmente ante el problema y se decidió por gracia mayoría en favor de la propuesta de Landauer. Incluso los tres o cuatro compañeros que sostuvieron por razones de orden práctico la conservación del viejo nombre, siguieron en lo sucesivo en nuestras filas y no pensaron en separarse de nosotros. El grupo me había comisionado entonces para que elaborase una breve fundamentación de nuestro punto de vista, que fué enviada a la redacción del Socialista.

Algunas semanas después vino a París Viktor Buhr, y a pesar de su actitud disidente, fué amistosamente recibido por nosotros. Era un hombre muy capaz y también su aspecto externo causó en todos una muy buena impresión. Buhr, que conocía nuestra actitud, nos rogó que le dísemos oportunidad para exponer su punto de vista sobre los sucesos recientes en el movimiento alemán, a lo cual naturalmente nadie tuvo nada que objetar. La conferencia fué fijada para la semana siguiente. Habíamos esperado todos oír algo de trascedencia, pero no salimos satisfechos. Sobre el punto central del problema apenas tuvo Buhr algo que decir. Sus manifestaciones sobre el anarquismo fueron en verdad tan pobres y además estaban sondeadas de afirmaciones tan falsas, que todos tuvieron que reconocer que en ese dominio le faltaban las primeras nociones. Atacó violentamente a Gustav Landauer y a Wilhelm Werner, a quienes hizo responsables de ese desarrollo de las cosas. Era naturalmente una afirmación por completo infundada, pues el movimiento alemán, sin Landauer, habría tomado la misma dirección, aun cuando no se puede negar que las notables capacidades intelectuales de Landauer habían acelerado mucho esa evolución.

El tono personal del discurso de Buhr nos disgustó a todos. El debate muy vivo que siguió tuvo que convencerle de que no había hecho ningún servicio a su causa. Pero como, sin duda, era un hombre de temperament domador, que no podía soportar contradicción alguna, su fracaso le irritó tanto que al fin se olvidó de sí y calificó la actitud de Landauer como resul-
tante de su descaro legítimamente judio. Así acabó por echarlo todo a perder. Todos reconocieron que, dada esa manera de ver, no tenía objeto ninguna discusión ulterior. Apareció todavía dos o tres veces más en nuestras reuniones y luego no se le volvió a ver. Unos meses más tarde emigró Buber a América.

Participó allí un tiempo en el sindicato de los pintores alemanes, que le confió la dirección del periódico del gremio, y luego desapareció por completo.

Carl Wildberger, un hombre de capacidad incomparablemente mayor, al que tampoco faltaban los conocimientos necesarios, vivió algunos años retirado, pues no podía seguir el novísimo desarrollo del movimiento. Volvió después a adherirse al partido socialdemocrático, pero no se destacó públicamente. Así terminó el movimiento de los jóvenes en Alemania. Su significación histórica, que no se debe subestimar en modo alguno, se agotó con la aparición pública del anarquismo. Fue desde el comienzo sólo una especie de período de transición y cumplió su misión con el esclarecimiento interno del movimiento. Su verdadera historia no ha sido escrita todavía. Albert Weidner había reunido un gran material para ese fin, pero fue violentamente destruido luego por la llamada revolución nacional de Alemania.

En la asociación de socialistas independientes, vi por primera vez a Bernhard Kampffmeyer, que vivía en París en aquel tiempo. Él y su hermano Paul habían pasado por el movimiento entero de los jóvenes en Alemania y eran amigos íntimos de todos los compañeros conocidos de Berlín. Wilhelm Werner me había recomendado calurosamente en una de sus cartas a él, y así surgí entre nosotros un trato muy amistoso. Durante su permanencia en París conoció Bernhard las doctrinas del anarquismo y dedicó desde entonces al movimiento libertario toda su actividad. Cuando le conoci, estaba ocupado justamente de la traducción de La conquête du pain al alemán, que fué publicada más tarde en Zurich con el título Wohlstand für Alle. Kampffmeyer era un hombre extraordinariamente amable y solidario, que había entregado al movimiento una parte considerable de su modesta fortuna y fue asediado por necesitado de toda clase, que aprovechó su generosidad, pero que no siempre pertenecían a los contemporáneos más gratos.

Uno de los que costó entonces una cantidad de dinero al buen Bernhard fué el escritor holandés Alexander Cohen. Por mis relaciones con Kampffmeyer le conoci pronto muy bien, pues esa su compañanza inseparable en París. Este Cohen era un capítulo en sí, pues aún cuando sabía llevar una vida bastante libre y holgada a costa ajena, había que confesar que el trato con él indemnizaba al agente. Alexander Cohen era un hombre dotado e ingenioso que dominaba el francés oral y el escrito como raramente lo domina un extranjero. Había traducido al francés Hombres solitarios de Gerhart Hauptmann y, si no me equivoco, también Los Tejedores, y se había hecho un nombre por la excelencia de su trabajo, lo cual le habría permitido encontrar un medio de vida seguro como escritor. Pero era un gitano nato a quien faltaba toda autodisciplina. Aunque además del francés y de su idioma materno, el holandés, hablaba también alemán, italiano, español y malayo, sólo raramente hacía uso de sus conocimientos y se consagraba al trabajo tan sólo cuando no encontraba a nadie que le quisiera prestar dinero. Había llevado ese modo de vida a la categoría de una completa concepción del mundo y era bastante sincero para no simular sus principios.

Cohen era un pensador sujeto de rasgos elegantes, cabello rubio y ojos azules claros, y su atractivo化合én: nadie habría podido descubrir en él huellas de su ascensión judía; tampoco tenía rastros de la pesadez proverbial del holandés. Era de acuerdo con toda su naturaleza, un gitano del barrio latina, lo cual se notaba ya en su indumentaria. París era el corazón del mundo para él. Sólo en ese ambiente podía prosperar. En el fondo no fue nunca más que un aventurero ingenioso que pasó sus años de peregrinaje en el movimiento anarquista.

Cuando le conoci era un hombre de unos treinta años, con un pasado bastante móvil. De joven había ingresado, contra la voluntad de sus padres, en el ejército colonial holandés y sirvió en alguna parte de Sumatra o de Java como soldado. Hasta que un día se aburrió del asunto y se escapó de su puesto. Y no dejó de llevarse consigo el fusil, que todavía hoy poseerá si no ha seguido ya el camino de toda la carne. Cuando solía visitarle en su domicilio de la Rue Lepic, colgaba aquel fusil como trofeo encima de su cama y llamó en seguida mi atención. Su habitación era en sí y por sí digna de ver. Inesperadamente un desorden tan notable que difícilmente se puede describir. El escritorio, las sillas, la cama, el suelo, todo estaba repleto de libros, folletos y revistas. Entre todo ello había ropas, camisas viejas, medias, zapatos y objetos caseros de toda clase. En las paredes de la habitación espaciosa colgaban retratos de Ravachol, Vaillant, Pallás y junto a ellos escenas callejeras con sello artístico y valiosos dibujos originales de Steinen, Luce, Pisarro y otros, pues Cohen mantenía siempre estrechas relaciones con el mundo artístico parisí.

De tanto en tanto trataba el buen Kampffmeyer de poner algo de equilibrio en ese caos abigarrado, que no podía armonizar con el amor alemán al orden, pero al día siguiente volvía a aparecer todo como si hubiese pasado por allí el diluvio. Ni Cohen ni su amada francesa Caía, una naturaleza gitana como el elegido de su corazón, tenían la menor comprensión para los esfuerzos de su amigo alemán. Se sentían al parecer a gusto en esa loca con fusión de cosas, que no conocía medida ni formas firmes. No se podría afirmar que el local estuviera sucio. He sorprendido a Caía alguna vez ocupada en la limpieza de la habitación. Su procedimiento era ciertamente algo singular. Desocupaba primeramente un rincón de la habitación, lo limpiaba, luego volvía a arrojar allí todo según lo había encontrado. Repetía eso hasta que estaba limpio todo el cuarto, pero no se había perdido nada de la espeluznante mezcolanza.

Después de Kampffmeyer sacrificó por su ligero amigo, durante meses, sumas importantes, sin que éste se sintiese inclinado a realizar ningún trabajo de los que le proporcionaban los editores franceses, le hizo algún reproche y le dijo que debía intentar vivir por propia cuenta. A lo cual Cohen le respondió tranquilamente: "Tú no sabes, mi querido Bernhard, que Bicrmack, después de la guerra perdida, robó a Francia seis mil millones. Por eso es bueno y justo que contribuyas como alemán a reparar los daños y devolver mi parte."
del dinero robado. Una vez hecho eso, me queda tiempo para buscar posibilidades de trabajo.

Cohen tenía una repugnancia decidida contra todo lo alemán. El alemán era para él un filisteo nato, que ha nacido con un gorro de dormir en la cabeza. "Los alemanes no harán nunca una revolución, dicía, porque están prohibida por el gobierno." La palabra verboten (prohibido) era para él el elemento más importante en el vocabulario del idioma alemán y afirmaba que en esa única palabra se puede resumir toda la historia alemana. Especialmente tenia en vista la credibilidad en la autoridad de los alemanes, que se calificaban como síntoma de su limitación espiritual. "Hablad al alemán de la libertad, decía, y se imaginará inmediatamente un cerco." Naturalmente, no estimaba mucho tampoco el movimiento socialista de Alemania y lo calificaba de pedantismo traducido al proletarismo.

El espeluznante culto a las personas, que se practicaba en Alemania con los viejos jeques y que se aprovechaba dentro y fuera del movimiento tan ampliamente por comerciantes industriosos, llevó al chistoso Cohen a una notable ocurrencia. Organizó en el taller de un conocido pintor en el Quartier Latin una exposición de todos los objetos que se elaboraban en Alemania y que eran envasados por los periódicos socialistas para fomentar el culto rojo a las jeques. Fue una abundante colección, una especie de cámara socialista de reliquias, cuya amplitud me asombró hasta a mí mismo y puso ante mis ojos cosas que no había visto jamás. Se veían alfombras y muebles de camisa con los retratos de Böbl, Liebknecht o Singer, zapattillas, bastones de pescado, tazas de café, antorchas para vasos de cerveza, jarras de alfileres, chatarras de joyas, cajetillas de cigarros, cepillos de ropa, cortaplaumas, paraguas, tabaqueras, panadas, broches, pañuelos, libretas, cajas de fósforos, cigarrillos, colgaduras con provoquer y una masa de otros objetos que estaban adornados con retratos de Marx, Laisalle y otros conocidos hombres del pueblo. La ejecución era sin excusa una chasquina de la categoría más misera.

Singularmente llamativa era una botella de licor con un relieve de Marx y dos manos entrelazadas y debajo las palabras: "¡Proletarios de todos los países, unidos!"

También algunos de los famosos sombreros democráticos que fabricaba entonces el activo sombrerero y diputado al Reichstag Heine en Alberstadt, y en cuyo forro figuraban los retratos de los contemporáneos socialistas conocidos, estaban representados en la famosa colección. Además se veían retratos y dibujos que habían sido tomados de la prensa socialdemócrata de Alemania o que fueron distribuidos como impresiones especiales. La mayor parte de esos productos del arte causaban un efecto terrible. Había un retrato de Laisalle degollando el becerro de oro y que ponía una cara como si tuviese dolor de muelas. En una tarjeta postal especial fue pintado Marx bajando del monte Sinai como nuevo Moises y llevando al pueblo en dos tablas los diez mandamientos. Muy expresivos eran dos impresos que representaban la oposición entre la economía capitalista del presente y el orden socialista del futuro. En la misma hoja se veía una placa de cadáveres sin embalsamadores que miraban con ojos de codicia una artesa llena a la que no podían acercarse, porque algunos cerdos cebados les impedían el acceso, de modo que debían con-
El alma del club era el sastre Trapp, un hombre algo propenso al doctrinariismo, de edad mediana, pero en lo demás un carácter agradable y recto, al que ni siquiera los adversarios políticos negaban jamás el aprecio. Trapp no era un gran orador, y lo era siempre difícil desarrollar ordenadamente sus puntos de vista y expresar con claridad lo que quería. Pero era siempre sincero y evitaba los caminos obvios en las discusiones públicas con nosotros. Aunque había permanecido fiel a su concepción democrática, no aprobaba de modo alguno la actitud de los viejos jefes frente a los jóvenes y declaró abiertamente que las decisiones del congreso de Erfurt habían ocasionado al movimiento un daño mayor que el que jamás habría podido causar la oposición. Era todavía socialdemócrata de la vieja escuela, que había probado sus sentimientos revolucionarios en el periodo de la ley contra los socialistas, pero luego, bajo la influencia castradora del nuevo desarrollo en Alemania, fue relegado cada vez más a un plano secundario.

Uno de los concurrentes regulares a las sesiones del club era el conocido socialista húngaro Leo Fraenkel, cuyo nombre conocía yo desde Alemania. Fraenkel era entonces un hombre de unos cincuenta años. Fue uno de los fundadores de la sección de la primera Internacional en Lyon, había participado activamente en el movimiento clandestino contra el segundo Imperio y fue implicado en uno de los grandes procesos contra los internacionales franceses. En 1871 fue elegido miembro de la Comuna de París, pero después de la semana sangrienta pudo escapar a Inglaterra, donde actuó como secretario corresponsal para Austria en el consejo general de la Internacional. Fraenkel entró de ese modo en contacto personal con Marx y Engels y conocía además a la mayor parte de los viejos jefes del socialismo en Francia y en Alemania. Así llegó a estar informado de una multitud de cosas que no se pueden leer siempre en los libros y sabía hacer uso hábilmente de sus experiencias personales. No era un orador extraordinario, pero lo que decía había sido bien pensado y sentía una sabia no insignificante, adquirido en el curso de los años. Amable por naturaleza, tenía además mucho tacto para con los adversarios y no se dejaba nunca desviar de su equilibrio.

Cuando tuvo una noche una discusión bastante viva con él en una de las sesiones del club, se acercó a mí a la conclusión de la asamblea y me dijo que había sabido por Trapp que buscaba trabajos de encuadernación. Me dió su dirección y me rogó que lo visitase, que tenía diversas cosas para mí. De es modo le conocí mis inmediatamente. Me dió después algunas recomendaciones para amigos franceses, que me vinieron entonces muy bien. En todo caso, cuando iba a su casa a buscar libros o cuando se los devolvía encuadernados, me invitaba a tomar asiento y era para mí siempre un placer charlar una hora con él, pues era un conversador ameno y sabía contar más de una cosa que impresionaba fuertemente a jóvenes de mi edad.

En una de esas ocasiones me dijo que el anarquismo, como idea, no le era de ningún modo antipático. El defecto de los anarquistas consistía en creer que podían dar a la revolución un carácter anarquista. Pero eso era un desconocimiento de todos los hechos históricos, pues toda revolución, según su carácter, era autoritaria y dictatorial, ya que impone a los seres humanos violentamente el reconocimiento de nuevas formas de vida. A mi objeción de que las revoluciones se producen justamente porque los hombres no pueden seguir en las viejas formas de vida, y que sólo se deben a la aspiración de poder de los partidos políticos en el que las viejas formas de dominación fueron sustituidas por otras nuevas, me respondió que esto se refiere a las transformaciones puramente políticas, pero que una revolución social tiene que conducir, por la abolición de la propiedad privada, a una supresión de todas las formas de opresión políticas y económicas. ¿Qué hablaría de la revolución del bolchevismo en Rusia?

Cuando en una de esas ocasiones le llamé la atención sobre una declara- ción muy expuesta de Liebknecht en el Reichstag alemán, hizo ciertos signos con la mano y dijo que Liebknecht había dicho muchas cosas en su vida de que no podía responsabilizarse. También me declaró que tampoco Marx y Engels habían tenido nunca una gran opinión de sus interpretaciones económicas y políticas y que habían visto en él más bien a uno de los regionalistas de la Alemania del sur coloreanos de socialismo que a un verdadero representante del socialismo científico. Fué una suerte que el viejo señor no haya leído lo que Marx y Engels dijeron en su correspondencia sobre el "pequeño judío Fraenkel" y sus teorías económicas; Seguramente se habría sentido algo molesto.

En el club de lectura vi también por primera vez al jefe de los blanquis- tas franceses, Édouard Vaillant, un antiguo miembro de la Comuna parisien y del consejo general de Londres de la Internacional. Acudía de cuando en cuando a las reuniones del club, pues hablaba alemán, pero sus discursos allí los hacía siempre en francés.

Un invitante algo particular del club socialdemócrata de lectura era el socialista húngaro Chapou, que en aquel tiempo colaboraba como traductor de noticias políticas en el diario burgués Le XIXe Siècle. Algunos afirmaban que su verdadero nombre era Hut, que había traducido al francés; otros lo habrían conocido en Budapest, donde ha sido conocido con el nombre de Fraenkel. Lo que hubiese de exacto o de falso en esos rumores, no lo he averiguado nunca; ni le di tampoco una importancia singular. Chapou poseía unos conocimientos idiomáticos asombrosos y dominaba además del francés, que conocía brillantemente, otra media docena de idiomas, entre ellos el ruso y el alemán. Era un hombre alto, delgado, con cabello y barba negrísimos y ojos obscuros, algo penetrantes. En el trato era de una cortesía fascinante y todo indicaba que había disfrutado de una buena educación. Conocía muy bien la antigua literatura socialista francesa, y era siempre un placer hablar con él al respecto, pues a mí me faltaban entonces casi todos los conocimientos en ese dominio. Chapou era en aquel tiempo, en el movimiento socialista de París, un hombre de la más grande ubicidad. Tenía relaciones con todas las tenden- cias del socialismo, pues entonces no había un partido socialista unido en Francia. Pero visitaba también los grupos extranjeros de todos los idiomas y matices. Participaba vivamente en los debates y pronunciaba a menudo también conferencias muy ilustrativas, pero nadie sabía a qué tendencia per-
MI PRIMER VIAJE A LONDRES

En febrero de 1893 recibí del grupo "Autonomía" una invitación para ir a Londres a fin de hablar con los compañeros sobre el progreso del contrabando en la frontera germanoluxemburguesa, que había sufrido una interrupción por el arresto de algunos camaradas. No se me habían escrito, pues tales cosas se resuelven mejor oralmente. Fué un viaje que no olvidaré en mi vida. Cuando partí de París hacia las nueve de la noche, sobrepasé un viento violento, helado por las calles. Cuando más se acercaba el tren a la costa, tanto peor era la tempestad. Cuando llegamos finalmente a Dieppe, nos encontramos con una tormenta que apenas nos permitía mantenernos de pie en el breve trayecto hasta el barco. En realidad, el temporal era tan serio que no tuvo tiempo para suspender la travesía aquella noche. Cuando nos encontramos, después de un retraso de unas dos horas, en el mar, creí que el barco se hundiría en un abismo. Rechinaba y suspiraba como si quisiera romperse en pedazos a cada momento. Fué una noche terrible. Naturalmente, todos estábamos mareados; vi incluso a marineros que pagaron su tributo a Neptuno.

Me había sentado en un lugar algo protegido en la popa en un montón de cuerdas y me sentía morir. Cuando hacía ya dos o tres horas que estábamos en alta mar, el temporal se hizo tan violento que los marineros comenzaron a reparar salvavidas a los viajeros. El objeto de los mismos me fué incomprendible. Con un mar como aquel no podrían valernos de nada. Yo no me até el mío. Algunas veces vi en la lejanía brillar pequeñas luces, que pronto volvían a desaparecer. Seguramente se me dijo después, estuvimos un tiempo muy cerca de la costa inglesa, pero no pudimos acercarnos, porque era demasiado peligroso. Se anunció la madrugada y todavía no teníamos tierra a la vista. Habíamos habido atracados a las seis de la mañana en New Haven, pues la travesía no duró más que cuatro horas. Pero era mediodía cuando pudimos entrar en puerto. Después me lo dijeron en los diarios que aquella noche se habían estrellado en la costa inglesa una docena aproximadamente de barcos menores.

Eran casi las tres de la tarde cuando el tren entró en la Bridge Station de Londres. Como yo había anunciado a los amigos en Londres mi llegada, esperaba a alguien en la estación, pero no había nadie. La culpa fué del gran retraso. Tuve pues que pomerem en camino solo para encontrar el lugar de trabajo de Hans Räuffer en Poland Street. Como no conocía el idioma ni las comunicaciones, tampoco sabía si mis escasos medios me alcanzarían para alquilar un coche, resolvi hacer el camino a pie. De ese modo tuvo ocasión de ver una parte de la ciudad gigantesca. La primera impresión que recibí de Londres no fué favorable. Lo que más me llamó la atención fueron las fachadas de los edificios ennegrecidos por el humo, que daban a la ciudad un aspecto tan triste. También la vida callejera era muy distinta de la de París. No se veía una hoja verde en las calles, también faltaban los innumerables cafés, que hacen tan atractivo a París para el extranjero. Todo tenía aquí un cierto puramente comercial. Incluso los seres humanos en las calles eran completamente diferentes, no daban ninguna impresión. Todas las fachadas estaban impregnadas por su caos positivamente y apenas parecía afectado por el ambiente circun- dante. La agitación ruidosa y vivaz de la vida callejera parisíen faltaba por completo. Incluso el enorme tráfico con sus filas infinitas de omnibus y de carruajes de toda especie, que en las calles principales era regulado por policías, tenía lugar proporcionalmente sin ruido y se parecía a un mecanismo gigantesco que se movía por sí solo y no necesitaba ninguna ayuda extraña.

Tardé aproximadamente una hora y media en llegar, preguntando, a mi lugar de destino. Para mi gran alegría encontré en casa de Räuffer también a Max Baginski, que había postergado por algunas semanas su viaje a América. Visitamos todavía la misma noche al compañero R. Gundersen, cuyo nombre me era conocido ya desde Alemania como editor de la Autonomie. En el círculo de los viejos autonomistas, era Gundersen sin duda una de las personas más simpáticas. Su naturaleza generosa y franca causaba en todos la mejor impresión. Era noruego de nacimiento, y además de su idioma nativo hablaba corrientemente alemán, francés e inglés. Su rostro pálido, con la barba negra y los ojos obscuros algo hundidos, le daban más un aspecto de hombre de pluma que de sastre.
En aquella noche me explicó por qué no se había despacho mi presencia en Londres. Ya sabía que había el propósito de un nuevo ordenamiento del contrabando de periódicos en la frontera, pero no tenía ninguna idea de que Rüffer, a quien había conocido en ocasión de su visita a Munich, me había propuesto a los editores del periódico para eso. Con tal objeto se había convenido para el domingo una reunión de los camaradas de más confianza en el domicilio de un viejo compañero, donde debían ser discutidos todos los detalles. El modo como hablaba Gundersen del asunto despertó en mí la impresión de que Rüffer no había asegurado a los camaradas de Londres que yo me había comprometido a la ejecución de ese plan. En realidad me había hecho en una carta algunas alusiones indeterminadas, de las que no se desprendía en manera alguna que tenía en vista para mi aquella tarea. Se discutió diciendo que en ausencia tan peligrosa había que evitar una explicación demasiado clara en las cartas. Además ha estado firmemente convencido de que no sería yo el hombre adecuado para el cumplimiento de aquella labor, sino que tampoco podría rehusar al movimiento mi ayuda, pues por el momento no podía hallarse a nadie para ese trabajo.

Ese plan echó a rodar todos mis propósitos para el próximo futuro, pero comprendí que en esas circunstancias no podía malograr la confianza que manifestaban hacia mí los compañeros, mientras no pudiese ser ocupado el puesto por otro. Además el asunto tenía un cierto atractivo que respondía a mis inclinaciones juveniles, tanto más cuanto que se trataba de una cosa que me interesaba cordialmente. Cuando más tarde reflexioné sobre la cuestión, tomé la decisión de atender el trabajo de la frontera hasta que pudiera encontrarse un sustituto para mí. Pero las cosas ocurrieron de modo distinto a como yo había pensado.

En la tarde del domingo tuvo lugar la reunión proyectada en el domicilio del compañero Albin Rohmann en Charing Cross Road. Habían sido invitados sólo unos cuantos compañeros de confianza, en cuya reserva se podía confiar absolutamente. Además de Rohmann, Gundersen, Rüffer y Baginski, estuvieron todavía los camaradas Reeder, Lieske, Walhausen, Ditman y otros dos compañeros cuyos nombres no recuerdo.

Cuando nos disponíamos a entrar en discusión, declaró Baginski que quizás era mejor tratar el problema de si la aparición de la Autonomie en las circunstancias actuales tenía en general objeto. Para fundamentar dijo que el movimiento de los jóvenes, después del congreso de Erfurt ha entrado en una fase que se agra de decididamente a las expectaciones del socialismo libertario. Era por eso inevitable que por su desenvolvimiento interno descubriese en el anarquismo. El Sozialist, órgano del nuevo movimiento, ofrecía ya hoy a los anarquistas todas las posibilidades de sostener en él sus concepciones. Por esa razón era mucho más conveniente ayudar con todas las fuerzas al movimiento en Alemania misma y secundarlo con el espíritu anarquista en lugar de llevar una vida aparte, que en las condiciones existentes no tenía sentido. Mientras el anarquismo en Alemania no podía encontrar ninguna expresión pública, la prensa anarquista del extranjero había cumplido su misión, que justificaba todo sacrificio. Pero en las nuevas condiciones, era inútil proseguir un trabajo que podía ser hecho mucho mejor en Alemania misma, pues los compañeros de allí estaban en situación de saber lo que convenía a sus aspiraciones mejor de lo que se podía juzgar en el extranjero.

También Albin Rohmann se expresó en el mismo sentido, y pronto se vió que, con excepción de Rüffer y Lieske, todos los compañeros presentes eran de la misma opinión. No había duda de que se había producido un cierto cansancio en los viejos editores del periódico. Lo habían publicado durante siete años, y además una cantidad de folletos, sin recibir de Alemania misma dinero alguno. Todo el peso de la impresión, al que se añadían los gastos del contrabando en la frontera alemana, recaía sobre un número proporcionalmente pequeño de hombres que habían hecho lo máximo que se podía esperar en sacrificios personales. Cualquiera que sea el juicio sobre el efecto propagandista de la Autonomie, nadie puede dudar de la abnegación insensate de sus editores.

Que la Autonomie no podía bastar ya a las nuevas exigencias espirituales del movimiento alemán, era claro. No habría podido más que publicar algunas cosas que no podían ser dichas abiertamente en las condiciones a que a sometida la prensa alemana, y eso no valía la pena. Se resolvió por tanto en aquella reunión publicar un número más de la Autonomie, para dar a conocer a los lectores la suspensión del periódico y los móviles que habían llevado a ello. Así se hizo, y aproximadamente siete semanas después apareció el último número de la Autonomie, que había costado tantos y tan grandes sacrificios en el curso de su existencia. Se me encargó por los compañeros entonces que escribiera el artículo de despedida, pero cuando volvi a París se me propuso al mismo tiempo un albesio malo, que me obligó a abandonar el trabajo durante todo un mes. Por esta razón se ofreció Berhard Kampffmeyer a escribir ese artículo, el cual hizo en efecto. Yo habría deseado algo distinto, pero como Kampffmeyer no había participado nunca en la difusión secreta del periódico en Alemania, no podía esperarse de él que diese las cosas bajo la misma luz que yo y otros.

Además de Kampffmeyer, el Socialist al aquel artículo, que no estaba firmado, con una nota inconveniente que era ya superflua porque no podía alterar las cosas pasadas y sólo dió motivo a fricciones innecesarias. Como supimos más tarde, fue Wildberger el autor de aquellas líneas malévolas. Wildberger, que no pudo librarse en toda su vida de la ideología marxista, no estuvo nunca inclinado hacia los anarquistas, y la marcha del movimiento en Alemania no contribuyó por desgracia a suavizar su criterio. A pesar de todo habría hecho mejor en dominar su temperamento. En el momento del movimiento no podía ya, de cualquier modo, influir para nada. El desenvolvimiento en Alemania seguí su camino y el Socialist se declaró el mismo año ya abiertamente en favor del anarquismo.

Permanecí una semana más en Londres. El tiempo era extraordinariamente bueno y caluroso como en pleno verano. Me recuerdo todavía de una excursión con Rüffer y Baginski al Greenwich Park, donde nos echamos contentos en la hierba, que en las partes meridionales de Inglaterra permanece verde hasta en el invierno. Naturalmente aquel tiempo era una excepción también para Londres. En los largos años de mi residencia allí no volví a ver después una temperatura tan suave en esa época del año.
Durante mi primera visita a Londres, viví junto con Max Baginski y aprovechamos ampliamente los pocos días que nos quedaban para ver de la ciudad gigantesca todo lo que era posible en tan breve tiempo. Por Baginski conocí entonces mejor a Albin Rohmann, que tenía con él una gran amistad desde Berlín. Yo había tenido conocimiento en Alemania del trágico destino de ese hombre valeroso y me alegré por tanto de todo corazón de conocerle más estrechamente.

Albin Rohmann era oriundo de Gera y encuadernador de oficio. Espritualmente muy dotado y siempre en lucha por un conocimiento mayor, entró desde temprano en contacto con el movimiento socialista y desempeñó despues, en el período de la ley contra los socialistas, un importante papel en la organización clandestina de Berlín. Entre los hombres magníficos que no se sometieron sin voluntad a la vergonzosa ley de excepción entonces y que dedicaron todas sus energías contra la tiranía de Bismarck, fue Albin Rohmann el más audaz. Era delegado del primer círculo berlinés y administraba los fondos secretos del movimiento. Por sus manos pasaba una cantidad de hilos secretos. Una imprevisión o una trahición incluso de su parte habría ocasionado indeciblemente desastres sobre centenares de hombres y habría significado la destrucción de la organización interna. Nunca ha cumplido un ser humano con tanta cautela y fidelidad su difícil tarea, nunca se había justificado mejor la confianza que había puesto en él el movimiento clandestino. Por eso fue tanto más terrible el destino que le fue deparado.

Entre la fracción socialdemócrata del Reichstag y los círculos intíntos del movimiento subterráneo en Berlín existió durante la ley contra los socialistas una profunda oposición. Los berlineses no querían entregar sus dineros a un fondo central o apoyar con ellos a periódicos incoherentes que debían servir de cómodo sucedáneo de la prensa prohibida del partido. Cuando llegó la época en que la ley de excepción fue aplicada algo más suavemente, se apresuraron los adeptos de la fracción en Berlín a fundar un diario, el Berliner Volksblatt, del cual surgió después el Vorwärts. Pero como los editores dependían de la ayuda de la organización clandestina, se realizaron largas negociaciones, hasta que al fin se convino que un representante del círculo interno debía ser admitido como redactor de la sección sindical de la Volksblatt. Para ese puesto fue elegido el compañero Albin Rohmann. Rohmann había representado a la organización interno ya en 1887 en el congreso secreto de Sankt-Gallen en Suiza y poseía como ningún otro la confianza incondicional de sus camaradas.

Repentinamente el Sozialdemokrat, el órgano ilegal del partido socialdemócrata en el período de la ley de excepción, poco antes de que Rohmann se adhiriese a la nueva tendencia, hizo una advertencia, en la que se comunicaba a los compañeros de Alemania que el encuadernador Albin Rohmann estaría al servicio de la policía. Como todas las otras declaraciones encubiertas de aquel tiempo, también esa declaración de descrédito estaba firmada por Eiserne Maske. Aquella advertencia cayó como una bomba. Hubo muy pocos compañeros del movimiento interno que le dijeran crédito. La inmensa mayoría de los compañeros activos de Berlín estaban firmemente convencidos de la inocencia de Rohmann y creyeron que había caído víctima de algunas maquinaciones obscuras. Rohmann tenía entonces en su poder 16.000 marcos de dinero del partido. Nadie se habría atrevido a pedirle esos dinero en el caso de que el denunciado hubiese estado realmente al servicio de la policía. El intento había tenido por consecuencia el arresto inmediato y la acusación injusta de asociación clandestina. Pero el hombre a quien había sido asesinado ese golpe terrible, hizo entrega a sus antiguos camaradas de todos los dinero hasta el último penique y entregó sin discusión todo el resto del material, incluso la lista de las direcciones secretas de que disponía el movimiento subterráneo entonces en Berlín. Los compañeros del círculo interno utilizaron esas direcciones todo un año después, sin que la policía les molestarase — la mejor prueba de que Rohmann era un compañero honrado y sincero, que cayó víctima de un ataque cobardía de las propias filas.

Algun tiempo después dejó Rohmann una pequeña encuadernación que tenía con un asociado y emigró con su familia a Inglaterra. Cuando hablé con él unos años después sobre esa trágica tragedia de su vida y le pregunté cómo había sentido cuando se lanzó contra él aquella acusación terrible, lanzó unas densas nubes de humo de su inevitable pipa, me miró a los ojos, según era su costumbre, y dijo: —¿Qué es lo que he sentido? Imaginate, vas tranquilamente por tu camino, y de repente tiembles la tierra bajo tus pies y amenaza tragarra. Algo así me pasó a mí.

En Londres evolucionó Rohmann poco a poco hacia el anarquismo y tomó una participación activa en el movimiento. El ataque contra él dirigió el que firmaba Eiserne Maske, no dejó en paz a los compañeros de la organización interna. Estaban tan firmemente persuadidos de la inocencia de Rohmann que el asesinado no se atrevieron a volver la hablar de las inauditas acusaciones. Lo cierto es que Rohmann pudo entrar y salir en el club socialdemócrata de Londres, que tenía su asiento en Tottenham Street, sin ningún inconveniente, sin que nadie se atreviese a decirle una palabra, aunque Julius Mottler, el corresponsal del Sozialdemokrat, y Eduard Bernstein, el redactor del periódico, eran allí huéspedes constantes.

En el congreso de Halle (1899), el primero que pudo celebrarse después de la caída de la ley contra los socialistas en territorio alemán, Gustav Kessler exigió en nombre de un gran número de compañeros berlineses que se nombrase una comisión investigadora para examinar los casos de todas las personas que habían sido acusadas de confiendas por el que firmaba Eiserne Maske y que durante la ley de excepción no tuvieron posibilidad de defenderse públicamente. Paul Singer, presidente del partido, declaró que la presidencia del partido no estaba en condiciones de examinar cuestiones para las cuales faltaban los medios. Por lo demás no había que tocar cosas que sólo podrían ser de provecho para la policía. De ese modo quedó liquidada, naturalmente, la propuesta de Kessler.

Richard Fischer, Eugen Erni y otros intentaron luego presentar la cosa de modo que se vierase que Rohmann había sido víctima de un malentendido deplorable y que el verdadero culpable había sido su antiguo socio comercial. Esa excusa deficiente fallaba ya por el hecho que, según me contó después Rohmann mismo, su antiguo asociado nunca había pertenecido a la organización interna y era totalmente inaccesible a los asuntos políticos. Lo
mismo se me confirmó por Wilhelm Werner y por Max Baginski. Rohmann no fue seguramente el único acusado entonces de traición sin motivo alguno. Lo malévolo que se utilizaba entonces la calumnia contra los adversarios políticos, lo mostró el caso de August Reischendorf, señalado también por el \textit{Sozialdemokrat} como confidente policial, aunque después tuvo que terminar poniendo la cabeza bajo el hacha del verdugo.

La afirmación que tras el pseudónimo \textit{Eiserner Masker} se ocultaba un alto empleado de la policía alemana, que fué en ayuda del partido proscrito y le puso en conocimiento de los traidores que había en las propias filas, no era más que una leyenda aceptada como verídica silenciosamente por los que lo satisfacían con todo. Lo cierto es que los verdaderos confidentes fueron descubiertos por los compañeros mismos del movimiento subterráneo. Max Trauner, el amigo personal del diputado Grillenberger, el capitán von Ehrenberg, que estuvo un tiempo en el círculo de confianza de Reischendorf y algunos otros, pudieron realizar años enteros su triste oficio hasta que al fin fueron descubiertos. Si el que firmaba \textit{Eiserner Masker} hubiese sido en verdad un alto funcionario de la policía política, habría señalado desde el comienzo las maquinaciones de aquellos temibles sujetos y no habría esperado a que los compañeros mismos llegasen a desenmascararlos.

El misterio de \textit{Eiserner Masker} no ha sido nunca esclarecido, porque no se quiso esclarecer, aunque el señor Richard Fischer y algunos otros habrían estado muy bien en condiciones de dar las aclaraciones necesarias. En realidad \textit{Eiserner Masker} no sirvió más que para despertar la atención del público y para inutilizar, en interés de la razón de partido, a algunas personas incómodas en el movimiento, al mismo tiempo que para desenmascarar a un cierto número de auténticos confidentes. Albin Rohmann ha caído víctima de ese juego infame, pero en su caso las cosas estaban tan claras que fue comprovada de una vez para siempre la confianza en \textit{Eiserner Masker}, pues el motivo real de su liquidación estaba demasiado notoriamente al descubierto. Esa fue también la causa de que sus viejos amigos no le hayan abandonado nunca en la hora de su mayor angustia.

Durante mi breve permanencia en Londres visité también algunas veces el club "Autonomie" en 6 Windmill Street, del que tanto había oído hablar y que fué descrito tan a menudo por la prensa policial alemana como el centro de todas las conspiraciones anarquistas. Naturalmente, en todas esas descripciones, como las que presentó tan burdamente el periodista policial Martin en \textit{Der Anarchismus und seine Träger}, no había una sola palabra de verdad. El club "Autonomie" servía solamente para el trato social como tantos otros clubs en la capital inglesa. Como en la Inglaterra puritana todas las tabernas se cierran a las ocho de la noche y los días de fiesta y los domingos sólo estaban abiertas unas horas, formaron los clubs los únicos lugares de reunión donde podían encontrarse en todo momento los amigos y los conocidos.

El grupo "Autonomie", que se ocupaba de la edición del periódico y de otros impresos, era una corporación proporcionalmente pequeña, en la que el club no tenía la menor influencia. Ni siquiera sus sesiones se realizaban en el local del club, sino que tenían lugar alternativamente en el domicilio de compañeros de confianza. El club servía al grupo simplemente como local público de reuniones y para la celebración de actos públicos, a fin de reunir los intereses necesarios para la propaganda.

El club "Autonomie" se componía sólo de dos pequeñas habitaciones y daba una impresión muy modesta. La sala mayor no era utilizada generalmente más que el sábado y el domingo. Durante la semana todas las reuniones se realizaban en la habitación de la taberna, que se conservaba muy limpia, de manera que muchos compañeros jóvenes que trabajaban en las proximidades solían comer también allí. Se encontraba por la noche allí una sociedad muy variada de todos los países. La mayoría eran austríacos y alemanes, entre ellos muchos checos, pero había también franceses, italianos, españoles y escandinavos. Se oían en el club "Autonomie" los idiomas más diversos, y ese carácter cosmopolita era quizás el que más distinguía a ese club de los otros lugares de reunión de la misma clase. Un espectador que hubiese caído allí por casualidad, no habría sospechado ciertamente que se encontraba en medio de una peligrosa sociedad de delincuentes políticos, como fue presentado sensacionalmente el club "Autonomie" en la prensa.

Estuve contento de encontrarme en París de regreso. Después de la primera impresión que había recibido en Londres, París me pareció mucho más atractivo. Londres tiene que ser encontrado con el tiempo; París se da por sí mismo. Cuando bajé en la Gare Saint Lazare y volví a verme en esa vida ruidosa, coloreada con el cambio constante de cuadros y de impresiones, me sentí otra vez bien y alegre, pues yo era una parte de esa ciudad incomparable, cuya publación latía en mis venas.

**MI PRIMER ENCUENTRO CON LOS REVOLUCIONARIOS JUDÍOS DEL ORIENTE**

Cuando ambulaba una noche de un magnífico día de primavera con mi amigo Niederte por los grandes boulevards y absorbía esa rica vida hirviente que ejercía en mi siempre un encanto tan raro, se me preguntó de repente si me gustaría concurrir a una reunión de anarquistas judíos. Creí al comienzo que bromecaba, pero como quedó muy serio, le pregunté asombrado: "¿Anarquistas judíos? ¿Y por qué no católicos o protestantes?"

"No, no", me respondió, "es como digo. No se trata aquí de judíos religiosos, sino de judíos que tienen tan poco que ver con la religión como nosotros."

"Pero si es así", dije, "entonces no son ya judíos, lo mismo que nosotros no somos cristianos."

Me explicó que se trataba de los llamados judíos de oriente, de Rusia, Polonia y Hungría, que pertenecen a un determinado grupo étnico y hablan un lenguaje muy parecido al alemán. Me entró realmente la curiosidad, pues nunca había oído hablar de tal grupo humano. El judío de Alemania era considerado alemán, y sólo se diferenciaba de los otros alemanes por sus creencias, pero en todo lo demás participaba en la vida del pueblo del mismo modo que los otros alemanes. Entre mis conocidos y amigos en la patria no
había judíos. Eso se debía quizá a que mis amigos procedían todos de la élite obrera, y porque no todos los judíos en mi ciudad natal eran en todos pequeños comerciantes o pertenecían a alguna profesión liberal, de modo que yo no tenía relaciones con ellos. Oí hablar en la región nativa de una problemática judío, pero eran principalmente antisemitas los que promovían esa cuestión, no los judíos mismos.

En mi ciudad natal misma no había movimiento alguno antisemita, aunque vivía allí un buen número de judíos. La relación entre la población cristiana y la judía era enteramente amigable, y nunca oí en mi juventud sobre incidentes de los que pudiera desobligarse una repulsión colectiva. Las divergencias las había entonces más bien entre católicos y protestantes en mi región, sucedidas sobre todo por la aparición de un pastor protestante llamado Lincker, quien hacía ocasiones a mordaces observaciones en la prensa local. Los judíos participaban en los asuntos locales lo mismo que sus convecinos cristianos y pertenecían a las mismas asociaciones.

Pero en cambio el antisemitismo tenía fuerte influencia entre la población campesina, especialmente en la del alto Hesse, que en aquel tiempo era un baluarte del movimiento antisemita de Alemania. En el alto Hesse había una categoría bastante numerosa de pequeños campesinos empobrecidos que luchaban difícilmente por la vida y que no podían competir con los grandes propietarios territoriales. Ahora bien, el comercio de ganado en aquella región estaba desde hacía siglos en manos de familias judías. Como a los judíos, durante la edad media, no les era permitido ocuparse de una industria cualquiera o poseer tierras, se les había dejado el comercio del ganado para que pudieran vivir. Esta ocupación se siguió heredando, aun después de haber caído las viejas leyes del ghetto y de ser reconocido el judío como ciudadano alemán. Por su oficio entraron los judíos constantemente en el más estrecho contacto con los campesinos y fueron a menudo los causantes inmediatos de su situación económica oprimida. El campesino murmuraba contra los judíos, no porque eran judíos, sino porque reconocía en ellos los instrumentos de su explotación económica.

Fue así donde se inició la propaganda antisemita y donde tuvo los mejores triunfos. El campesino, que en realidad era víctima de determinados procesos económicos, cuyas causas más hondas no llegaban a la mayoría de los casos a su conciencia, hacia a los judíos responsables de toda desgracia, sin sospechar siquiera que importaba en el fondo muy poco si los causantes inmediatos de su penuria eran judíos o cristianos.

Toda nuestra actividad socialista en el campo, que hacíamos en tanto que jóvenes socialistas, consistía principalmente en explicar a los campesinos la verdadera situación objetiva. Eso no era fácil y a menudo era bastante peligroso, pues no rara vez éramos corridos de las aldeas por campesinos ignorantes y azuzados con horquillas y palos. Los oradores antisemitas tenían la gran ventaja de que sólo necesitaban convertir a los judíos en chivos emisarios de toda la miseria de los campesinos, mientras que nosotros aspirábamos a llevar a su conciencia las causas más profundas de su decadencia. Cuando se tiene que tratar con seres políticamente inculvados, hay siempre una desventaja, pues es mucho más difícil incitar a los hombres a pensar que alen-
tenía el menor parecido con la conocida nariz judía que se encuentra tan a menudo entre nosotros. Yo no me había enterado de aquél tiempo todavía de los llamados problemas raciales, pero se me hizo ya claro entonces que los judíos no constituían, como todos los otros pueblos, una raza única.

Lo que me llenó más de asombro fue el idioma que se hablaba allí. Sonaba a mis oídos como un dialecto alemán desconocido que no había percibido antes y que estaba embebido de barbarismos. Con alguna atención podía comprenderlo casi todo y también entendía también por los otros. Vi luego que podía seguir a algunos en la conversación más fácilmente que a otros, lo que hasta debía condicionar que no había dialectos en el idioma de los otros idiomas. Pero cuando el guía de la noche, mi aturdir amigo J. Lilibschitz, tomó la palabra, tuvo una nueva sorpresa. Muchas cosas las comprendía muy bien, pero luego aparecieron expresiones enteras en un idioma que me era totalmente desconocido. Felizmente mi amigo Niederle podía comprender las expresiones que se me escapaban a mí del todo. Después se explicó el enigma. Niederle era checo de nacimiento, y sólo hablaba un alemán muy deficiente. Pero Lilibschitz hablaba en un idioma que representaba una mezcolanza de yidish y de ruso. Lo cierto es que incluso muchos de los oyentes judíos difícilmente podían seguirlo, pues procedían de Rumania, de Palestina o de Egipto y no conocían el ruso. Pero Niederle, estuvo, tenía la ventaja de comprender mucho del vocabulario ruso afín, que para mí y otros era un libro con siete sellos.

Cuando conocí mejor a los compañeros judíos, supe que su grupo fue fundado en París por estudiantes rusosjudíos que el zar había reunido en Francia. En el primer tiempo de su existencia se hablaba solamente ruso allí. Pero el grupo creció y ejerció una influencia en los círculos de los judíos bajadores judíos, hubo que dar las conferencias y abrir los debates en yidish para hacer posible su entendimiento por los visitantes. Para los fundadores de ese nuevo movimiento, al comienzo era algo difícil eso, pues el idioma ruso era el más familiar para ellos. No hay que olvidar que el yidish comenzó a desarrollarse por entonces, después que hombres como Abramovitch y Peretz, que hasta entonces sólo habían escrito en hebreo, reconocieron que había hablar en el pueblo en su propio idioma y echaron así los verdaderos cimientos de una literatura yidish efectiva. Las dificultades fueron poco a poco superadas, familiarizándose los antiguos organizadores de las reuniones mejor con el idioma, en lo cual les prestó buenos servicios la prensa revolucionaria en yidish.

Desde aquella noche fuí un huésped regular en las reuniones del boulevard Barbès y a invitación de mis nuevos amigos judíos di allá a menudo conferencias en idioma alemán. Como yo me esforzaba por evitar, al hablar, todas las expresiones difíciles y por utilizar un lenguaje muy simple, fui bien comprendido y tuve siempre reuniones completas, pues mis conferencias fueron escuchadas también diversamente por camaras alemanes. Ese trato hizo que me hiciera poco a poco buen amigo de los compañeros judíos espiritualmente más activos y que fuese también en su casa un huésped bien visto. Así se abrió para mí un mundo enteramente nuevo, que hasta allí me había quedado enteramente desconocido. Fueron sobre todo dos cosas las que me cau-
Mi primer conocimiento en el círculo de los anarquistas judíos fue la familia Silberman. Silberman era el propietario de una pequeña sastrería en el barrio de Montmartre, donde realizaba todo el trabajo con su mujer, pues consideraba inconcebible peca con sus principios ocupar a otros obreros. Los dos eran simples trabajadores, que ya habían corrido mucho por el mundo cuando les conocí. Habían nacido en Jerusalén y habían vivido sucesivamente en Egipto, en Grecia, en Turquía, en Italia y hasta un breve tiempo en América, hasta que por fin se habían establecido en París, que les había atrai... cordialmente. Los Silberman pertenecían a los fundadores de la Sociedad Israél, que se dedicaba a mejorar sus miembros más activos, poniendo a disposición de su causa todo su trabajo. En su servicio de nuevo mucho los que había sido en mis años de los amigos y yo pasé en su pequeña vivienda algunas horas. Golda Silberman era una excelente cocinera que preparaba a menudo desconocidos manjar. Cuando, después de la comida, nos sentábamos a tomar una sabrosa taza de café, y tragábamos el humo oloroso de la pipa turca, me sentía bien, como transportado a un mundo extraño.

Muy distintos eran mis amigos Rodin e y su mujer Tanja. Ambos habían surgido de la juventud estudiantil de Rusia y hablaban entre ellos siempre ruso. Rodin había concurrido en Rusia a la misma escuela que mi amigo J. Lieb-kisz y Ch. Zhito... que después de destacado como uno de los representantes más conocidos del nacionalismo judío, y tuvo que huir al extranjero a causa de sus relaciones con el movimiento revolucionario. En París se vio obligado a aprender un oficio y se ocupaba, cuando le convenía, de la confeción de impermeables. En su espaciosa vivienda de la rue Carbon se había organizado una habitación como taller, donde trabajaba junto con su mujer, rodin... eran un hombre altamente dotado desde el punto de vista intelectual, de honestidad impecable y de una bondad innata que convertía en amigo suyo a todo el que entraba en contacto con él. Poseía entre sus camaradas una confianza ilimitada que nunca fué perturbada.

La vivienda de los Rodin era un punto de cita permanente de los refugiados ruso. Se encontraban allí todos los días, después de mediodía, de diez a doce compañeros rusos, entre ellos muchos no judíos. Me causó un efecto singular la primera vez que acudía a una de esas reuniones espontáneas. En las paredes de la habitación colgaban los retratos de conocidos revolucionarios rusos, entre ellos un gran retrato de Miguel Bakunin, que entonces se podía hallar en casi todos los domicilios de los compañeros judíos. En torno a una gran mesa redonda había un grupo de hombres y mujeres en animada conversación, mientras en el centro de la mesa humeaba un gran sarmov y silaba y lanzaba ruidos gargarizantes. Los rusos so grandes bebédores de té. Yo había hecho antes algunas cosas al respecto, pero aquí veía con mis propios ojos cómo se bebía el té o doce vasos de té, haciendo crujir mientras tanto pequeños trocitos de azúcar y sintiéndose bien cuando les corta el sudor por la frente.

Por lo demás el sarmov reluciente produce un efecto extraordinaria-mente grato. Crea un cierto estado de ánimo que no se puede calificar más que de agradable, y comprendo por qué los poetas rusos le han cantado tanto. Fueron horas magníficas las pasadas en aquel círculo de personas amables e inteligentes, que sabían conversar tan interesantemente. Recibí así alguna noción de condiciones que me eran totalmente desconocidas hasta allí.

Había en ese círculo un gran número de personas que habían sido desterradas a Siberia por su actividad revolucionaria y vieron años allí hasta recuperar de una manera o de otra su libertad. Había leído ya en Alemania la obra del americano George Kennan sobre Siberia, a la que había puesto por el título de Dante: Fascinante alguna vez en Chentra. La obra produjo en mi tiempo gran agitación, fue traducida a los principales idiomas y dejó en mi un fuerte sentimiento. Y ahora encontraba allí a un hombre, el compañero A. Gordon, a quien Kennan había conocido en Siberia y que le testimonió que su obra había hecho más por el mejoramiento de la suerte de los desterrados políticos que todo lo que hasta allí se había escrito.

Gordon había vivido cinco largos años como desterrado en Irkutsk. Se le había enviado allí porque había participado como joven estudiante en las actividades revolucionarias, aunque no pudieron presentarle pruebas reales contra él. Pero se trataba con personas sospechosas y además la policía encontró en su casa dos libros prohibidos, libros que se vendían libremente en cualquier país de Europa. Esto bastó para arrancarle de allí a sus amigos y parientes y para enviarle a Siberia como sospechoso.

A. Gordon, al que poco a poco conoció muy bien, pertenecía a los hombres más inteligentes de aquel pequeño círculo. Vivía con su mujer en condiciones muy estrechas, sin sentirse por ello singularmente abatido. Me proporcionaba siempre una gran satisfacción cuando podía lograr que hablase algo de sus experiencias del destierro. Lo hacía siempre de una manera tan modesta y sin pretensiones. Le convertía en amigo si no hubiese tenido nada que ver con aquellos sucesos. Hasta cuando contaba cosas que me irritaban extremadamente, no se sentía nunca que hubiese sufrido una injusticia. Era por lo demás un fenómeno que pude observar en muchos rusos. Hablaban de las más amargas experiencias personales, sin que pudiese advertirse en ellos una conmoción cualquiera. Al parecer era consecuencia del fuerte autodominio que habían conquistado en la dura escuela de la vida.

También el hermano de Gordon, David, vivía entonces en París. Mien- tras que A. Gordon y su esposa eran anarquistas declarados, sostenía David concepciones marxistas. Era un buen orador y trabajaba entre los obreros judíos insensiblemente por la causa de la socialdemocracia, pero sin gran éxito. Aunque estábamos en aguda contradicción ideológica, y en las amas- bleas públicas teníamos más de un duro encuentro, nunca afectó eso a nues- tras relaciones personales. Se tenía en aquel círculo en general más tolerancia de la que yo había experimentado en Alemania.

Una de las figuras típicas que conocí entonces entre los revolucionarios judíos, fue S. Rappoport, que se había conquistado una reputación con el nombre de S. A. An-ski en la literatura judía y rusa. Le conocí en casa de Rodin. Pero ese hombre silencioso, flaco, con el rostro sumido y los ojos soñadores que miraban algo melancólicamente, apenas participaba en las conversaciones generales y hacia por lo común el papel del oyente silencioso, pero atento. Había tenido al comienzo poca oportunidad de conocerle mejor, hasta que una casualidad me puso un tiempo en trato permanente con él. Cuando
Radclique me contó un día que Rapoport se ocupaba también de trabajos de encuadernación, teniendo, cuando volvió a verle, una conversación al respecto. En el curso de la conversación aludí a mí mala instalación y a la estrechez del local en que debía realizar mi trabajo, y me propuse trabajar con él. Sospecho que su propia instalación no era probablemente mejor tampoco, pero juntos podíamos ayudarnos y a veces daros una mano en el trabajo. La propuesta me agradó. Ya la circunstancia de tener alguien con quien poder hablar una palabra durante el trabajo era seductora. Nos pusimos por tanto rápidamente de acuerdo. Rapoport habitaba entonces en una mina de Jacques, la que servía al mismo tiempo de vivienda y de taller. Su instalación técnica no era mucho más rica que la mía y además estaba en un estado bastante deplorable. Reconoci pronto que no era un gran maestro en la encuadernación. Según me contó después, durante su agitada vida en Rusia había aprendido algo de nuestro oficio en casa de un encuadernador amigo, y había llegado a poder producir una simple encuadernación en tela, pero los trabajos especiales del oficio le eran desconocidos.

Después de haber puesto en condiciones aprovechables las pocas herramientas que poseía y de haber llevado el par de cosas, iba todos los días a trabajar a su casa, hasta que tres o cuatro meses después encontré otro empleo. Mi amigo Rapoport era un hombre muy capaz, pero su modestia enteramente conmovedora no le permitía ponerse de relieve, de lo contrario se habría conquistado ya entonces un puesto en la vida, al que podía aspirar en razón de sus ricas capacidades intelectuales. Vivía en aquel tiempo en condiciones extremo miserables, lo cual podía verse ya en su exterior. Su modéstia era ilimitada, y estoy convencido de que de muy menudo no se alimentaba más que de pan, aunque el nunca decía nada a nadie.

A pesar de su amabilidad cautivadora, el primer tiempo era algo húmedo y retraído, pero poco a poco me manifestaba y se volvía más comunicativo. Hablábamos durante el trabajo de todas las cosas posibles, especialmente, claro está, de los problemas sociales de que nos interesaban a ambos. Me contó sobre el movimiento de los narodniki en Rusia, en el que había participado personalmente, de su vida entre los obreros y los campesinos rusos, que trataba de ganar para sus ideas, y su excelente don de observación daba un extraordinario encanto al sencillo relato. Se sentía en cada palabra lo profundamente que simpatizaba con el campesino ruso. Aunque conocía por estudio directo el atraso intelectual, la superstición y la miseria de la población campesina rusa, acentuaba siempre que los campesinos de su patria poseían un sentido de solidaridad social más desarrollado que los campesinos y hasta los obreros de la Europa occidental. Eso se desprende ya de su trastorno y desdicha de las instituciones sociales de la aldea rusa. En otros países, decía, debían los revolucionarios encender el espíritu social, que es la más importante condición previa para una transformación de la sociedad; pero en Rusia existe ese espíritu en el pueblo y sólo necesita la actividad revolucionaria para desencadenar un impulso que sobrepuje los objetivos de la gran revolución francesa.

Para mi esa manera de ver era entonces enteramente nueva. Nos habíamos habituado tanto en Alemania a ver en el desarrollo de la industria la condición previa esencial de una transformación social en el sentido del socialismo, que desconocíamos totalmente los aspectos sombríos de esa evolución. No comprendíamos que, aunque la formación industrial de la sociedad ha producido sin duda una cantidad de perturbaciones sociales y de géneros de descontento, por otra parte, mediante el afianzamiento cada vez más amplio del lazo social y la acentuación unilateral de las aspiraciones egoístas, creaba determinadas condiciones espirituales y morales que no favorecían precisamente una transformación socialista. Ese reconocimiento era también causa de que mi amigo Rapoport juzgase bastante escépticamente la llamada cultura alemana. Tenía un secreto temor a la profundidad alemana y sentía que los alemanes, en su celo por ajustarlo todo a un esquema determinado, habían alejado a los seres humanos cada vez más del círculo de sus consideraciones y los habían llevado a desviaciones que difícilmente podrían conducir a buenos resultados. Demasiada sistemática, decía, destruye el alma del hombre y con ella todo equilibrio social.

Rapoport me aseguró reiteradamente que tenía el más alto respeto por la capacidad técnica de los alemanes, pero que era de opinión que esa capacidad sólo era de provecho cuando servía a una buena causa y encontraba un punto de apoyo en la conciencia ética del hombre. Pero por desgracia todo indicaba que las clases dominantes en Alemania no tenían en vista ese propósito, sino que más bien se dedicaban a impulsar a Europa por un camino que debía convertirse en la fatalidad de su desarrollo espiritual y social. Ese peligro era tanto mayor cuanto que el pueblo alemán, junto a sus muchas buenas cualidades, poseía demasiada poca fuerza de resistencia para oponer un contrapeso eficaz a los ataques de sus castas dirigentes. El exceso de liberalismo enturbia la visión de un pueblo y le lleva al engaño de ver en las aspiraciones de sus opresores las propias aspiraciones.

Esta interpretación tenía mucho de común con las ideas que había escuchado ya de labios de Domeia Nieuwehuijs. Por eso se grabaron más profundamente en mi memoria. Desde entonces he reflexionado mucho sobre aquellas palabras y llegué a la convicción de que Rapoport y Nieuwehuijs habían juzgado la situación mejor que muchos otros que querían hacer reconocer a Alemania como la abanderada más importante de la próxima transformación social de Europa.

Demasiada disciplina se vuelve peligrosa para un pueblo; si esa disciplina va además aparejada con una gran capacidad técnica, tiene que volverse doblemente funesta. El desarrollo ulterior de Alemania hacia el barbarismo del tercer Imperio no habría sido posible sin la primera guerra mundial, pero no se dice mucho sobre cómo se afirmó que el triunfo sin oposición de Hitler sólo fue posible por aquella muerte obediencia de cada día que en Alemania se había desarrollado más fuertemente que en ningún otro país.

Rapoport estaba ligado con cariño conmovedor a su patria rusa y consideraba cada día que debía pasar en el extranjero como una pérdida en su vida. Por lo demás éste era un rasgo que encontré entonces en muchos rusos de origen judío. Una prueba de que la absurda afirmación de los llamados teóricos racistas, de que en todo judío falta el sentimiento patriótico, debe ser medida con el mismo cartabón que tantas otras cosas que vienen de esa parte. Claramente, el sentimiento de patria de aquellos hombres no tenía nada en
común con el nacionalismo desnaturalizado del Estado totalitario, que destruye juventud y raíces de todo amor a la patria, al tratar de ajustar al mismísimo a la vida entera de un pueblo.

Aquellas noches que trabajaba con Rappoport, había permanecido inolvidables para mí. Después me encontré a menudo con él y tuve siempre una satisfacción que, en el trato con aquel hombre silencioso e inteligente en el que no se encontraba ni siquiera un rastro de aquellas cualidades que atribuyen ordinariamente a los judíos los montecocitos antisemitas. Rappoport fue más tarde secretario privado del conocido revolucionario ruso Peter Lavrov y mantuvo ese parqueo hasta la muerte de éste, en 1900. Gracias a él conocí también personalmente a Lavrov, para el cual hemos encuadrado algunos libros durante el breve periodo de nuestra colaboración. Lavrov era ya entonces un hombre de más de 70 años, en quien, aunque de la edad, todavía se podía reconocer en su andar y en su presencia al antiguo socialista. Como uno de los veteranos del movimiento revolucionario en Rusia y ante todo a causa de su notable actividad literaria, era altamente respetado por todas las tendencias socialistas en París.

Cuando el gobierno zarista, a consecuencia de los acontecimientos de 1905, se vio precisado a declarar una anistía bastante amplia, volvió también Rappoport a la patria, donde ha desarrollado hasta el fin una fecunda actividad como escritor ruso y judío.

Además del grupo de los anarquistas judíos en París, había también una pequeña asociación socialdemócrata, cuyos miembros se reunían todos los sábados en un pequeño local no lejos de la Place de la Bastille. Los grupos formados de aquel círculo eran David Gordon y A. Beck, un no judío de origen ruso, que estaba más vinculado con los trabajadores judíos. Aquel grupo contaba pocos miembros y sus reuniones eran sólo relativamente concurridas cuando el tema de la noche hacía probable un debate con los anarquistas. Cuando me invité un día a David Gordon a dar una conferencia para aquel grupo sobre los acontecimientos del movimiento socialista en Alemania, se produjo un violento debate en la discusión sobre Beck y algunos compañeros judíos, a consecuencia de una observación inoportuna de Beck. Tras lo cual la asociación socialdemócrata resolvió no volver a dar la palabra en sus reuniones a los anarquistas. Sólo conmigo se quería hacer una excepción. Naturalmente no pensé jamás en hacer uso de ese privilegio y suspendí por completo mis visitas ocasionales allí. La asociación continuó en lo sucesivo una existencia muy apartada y como sus reuniones fueron cada vez menos concebidas, desapareció paulatinamente de la superficie.

Además de anarquistas y socialdemócratas había entre los trabajadores judíos en París también una organización o portidista, cuyos miembros eran socialistas de las más diversas tendencias. Realizaba sus reuniones todos los viernes por la noche en el Café Trésor en la rue Vieille du Temple, a las que asistían por término medio de 150 a 200 personas. Aquellas reuniones eran por lo general muy alentadoras, porque daban siempre ocasión a un animado cambio de opiniones entre las diversas tendencias. Había anarquistas, socialdemócratas, algunos viejos adeptos de la Narodnia i Folia y compañeros que sostenían las ideas especiales de Lavrov. La mayor parte de las conferencias se daban en yidish, pero aparecían también a veces oradores en ruso, en francés y en alemán. En general imperaba en aquellas reuniones un espíritu muy tolerante, y las relaciones sociales entre los adeptos de las diversas tendencias eran por completo amistosas. Como los anarquistas eran los más representados en aquel círculo y disponían además de los mejores oradores, su influencia se hizo claramente sensible, sin que nadie se escandalizase por ello, pues se daba a los partidarios de otras tendencias toda posibilidad de un libre intercambio de ideas. Por eso importaba persuadirse unos a otros, y el cambio mutuo de opiniones no podía menos de contribuir a profundizar los problemas en litigio y a reforzar los nuevos argumentos.

Durante mi permanencia en París he dado una larga serie de conferencias en el Café Trésor y he participado siempre en los debates, y he de confesar que las discusiones con los partidarios de las diversas tendencias han sido para mí una buena escuela. En nuestro círculo alemán se conoció de antemano por lo general las objeciones del adversario, pues todos habíamos pasado por la misma escuela y ese juicio era determinado a menudo por la modalidad especial de nuestro pensamiento. Pero aquí tuve oportunidad de tropezar con interpretaciones que habían sido formadas en muy distintas condiciones de vida y daban origen a consideraciones que eran para mí enteramente nuevas. No era tan apropiado para alentar el espíritu como un ambiente extraño y nuevas experiencias que ensanchan la visión espiritual y agudizan la comprensión, siempre que sea accesible en general a esas cosas.

En París conocí también a S. Ianovsky, el redactor de entonces del Arbeiterfraind de Londres, semanal anarquista. Ianovsky llegó a París a invitación de sus compañeros por unos días para hablar en el dia de la reconciliación en una gran asamblea pública, en la que habíamos sido anunciados los dos como oradores. Ianovsky era un periodista muy hábil, y su periodístico tenía entonces una gran influencia en los círculos radicales del proletariado judío. Estaba entonces en la plenitud de su vida y era un hombre de gran fuerza de voluntad y además un buen orador, cuya ironía mordaz hacía de él un adversario temido.

En el curso de aquellos años en París, me he conquistado una serie de amigos para toda la vida entre los trabajadores judíos y pienso aún con gran satisfacción interior en aquel tiempo hace tanto desaparecido. Lo que hizo aquel ambiente tan amable e inolvidable para mí fue la pureza de la convicción, la creencia viva en una causa justa y la ilimitada disposición para el sacrificio en sus miembros. Aunque la mayoría parte de aquellos hombres y mujeres tenían que planear su existencia en condiciones en extremo difíciles, tenían siempre la mano abierta y daban a menudo hasta lo último para servir a su convicción.

Cuando, a causa de la llamada revolucionaria nacional en Alemania, el problema judío alcanzó una significación universal y en muchos países dio motivo a persecuciones que dejaban en la sombra todo lo que han producido jamás la humillación humana y la más brutal locura persecutoria, es para mí una necesidad oponer mis propias experiencias a esa ola de lodo y de barbarie. Durante mis relaciones de muchos años, no encontré en los judíos de los más diversos países nada que los diferencie esencialmente de los otros gru-
pos éticos. No he sostenido nunca que el judío es la sal de la tierra; por eso está mi pensamiento y mi sentimiento en la más estricta oposición con aquella intelectualidad bárbara que ha hecho de él, a causa de su ascendencia, el chivo emisario de todos los defectos de la sociedad. En todos los países ha sido siempre el odio a los judíos un medio de la más negra reacción y ha seguido siéndolo hasta ahora.

La posición de un pueblo frente a los judíos es una piedra de toque de su sentido humano y de su capacidad espiritual para el progreso social. Fue el espíritu de la democracia y del liberalismo el que hizo saltar las puertas del viejo ghetto y se expresó en la igualdad jurídica de todos los seres humanos. Encerrado de nuevo a los judíos en el viejo ghetto y es encerrándonos a nosotros mismos en un ghetto mayor de barbarie y de tinieblas espirituales, La Alemania actual es la mejor demostración de ello. La eliminación de los judíos de la vida pública no ha hecho al pueblo alemán más libre y más feliz. No ha hecho más que cargarlo con más fuertes cadenas, extinguir su dignidad humana y lanzándolo a un abismo de abyección que hoy se vuelve una fatalidad funesta para el mundo entero. La estrella amarilla de los judíos no humilla a sus víctimas; es sólo el signo de Cáñiz de una cobarde barbarie que se ha situado fuera de la comunidad humana.

UNA VISITA A ELISEO RECLUS

Hacia fines de abril de 1893 tuve por primera vez ocasión de conocer personalmente a Eliseo Reclus. Uno de los jóvenes compañeros alemanes, Paul Anhäuser, había inventado un pequeño instrumento óptico del que esperaba mucho para el porvenir. Como no tenía el propósito de vender su invento a algún financiero, quería instalar un pequeño taller cooperativo y dedicar la ganancia de la empresa al movimiento. Para ello hacía falta ante todo un pequeño capital inicial de al menos ochocientos a mil francos que no sabía dónde reunir. Habló del asunto repetidamente con el padre Meyer y conmigo, pero tampoco sabíamos qué hacer.

Por medio del amigo Robinson había conocido hacia un tiempo a la compañera rusa María Goldsmith, una mujer extraordinariamente dotada que se dedicaba al estudio de las ciencias naturales y vivía con su anciana madre. María tenía estrecha amistad con Kropotkin y otros conocidos compañeros rusos y ha entregado un serie de artículos notables durante muchos años, con el pseudónimo de Korn, a los periódicos anarquistas rusos, franceses y otros. En años posteriores publicó junto con el profesor francés Y. Delage un libro muy bien recibido sobre la historia de las diversas teorías de la evolución, que fue traducido también al alemán y a otros idiomas. Su madre era también una antigua compañera que vivió mucho tiempo de su juventud en Suiza y conocía allí personalmente a Miguel Bakunin. Para mí era por tanto un gran placer pasar un par de horas en la compañía alentadora de esas dos mujeres. Muy a menudo iban a visitarlas también otros compañeros y la conversación se volvía entonces muy animada y provechosa.

Al visitar una noche a María y a su madre, se habló casualmente de mi joven amigo y de su invento. María, que tomó interés por el asunto, al parecer, me rogó que la próxima vez llevase comigo a Anhäuser para que pudiera darle mayores detalles. Así la visitamos juntos un día. Después de haberle presentado Anhäuser sus planos y de haberle dado las necesarias explicaciones, dijo María que quizás Reclus podría hacer algo. Se ofreció ella misma a escribirle para recabar su opinión. Anhäuser, que se había esforzado sin éxito en torno a su asunto, quedó satisfecho y le dió cordialmente las gracias por su mediación.

Algunos días después llegaron a mis manos unas líneas amistosas de Reclus inviitándonos a visitarle. Vivía entonces en Sèvres, no lejos de París, y uno de los últimos días de abril, después de mediodía, nos pusimos en camino hacia allá. La casita que le servía de residencia era silenciosa y causaba una agradable impresión. Reclus mismo nos abrió la puerta y nos saludó con aquella tranquila cordialidad que era característica de todo su naturaleza. Habló inmediatamente alemán, idioma que dominaba muy bien, pues había estudiado en Alemania y no se confundía en una palabra siquiera. Le seguimos a su espaciosa habitación de trabajo, un local hermoso, bien iluminado, en donde imperaba una limpieza y un orden penosos. En medio de la habitación había un gran globo terráqueo. Las paredes estaban cubiertas de mapas geográficos. Junto a ellos se levantaban estantes recargados de libros. Las dos mesas de trabajo estaban cubiertas de dibujos, instrumentos de medida y útiles de escribir. Se sentía uno a gusto en ese local, que irradiaba un calor acogedor.

Eliseo Reclus tenía entonces sesenta y tres años, pero se movía con ligereza y todos sus movimientos eran ágiles y espontáneos. Había oído hablar tanto de ese hombre notable y conocía tan bien sus pequeños escritos que fué para mí un acontecimiento verlo de repente ante mí y poder escuchar sus palabras.

Si hubo alguna vez un hombre de una pieza, fué Eliseo Reclus. Su hondo sentimiento humano se advertía en todos sus actos y daba a su naturaleza aquel sello especial que percibía de inmediato todo el que entraba en contacto con él aunque fuese sólo fugazmente. En ese hombre había creado la naturaleza un equilibrio interior que sólo se encuentra muy raramente. Todo su aspecto correspondía a la idea que me había formado de él. La hermosa cabeza con la larga y densa cabellera, la alta frente de pensador, los rasgos delicados y los ojos expresivos de los que irradiaba una bondad de sentimiento que se puede sentir, pero que difícilmente se puede describir, causaba una impresión que nadie que lo viese una vez podría olvidar. Se sentía formalmente la calida humanidad que partía de ese hombre y que arregaba hondamente en el alma. Creo que no hubo jamás un ser humano que haya hablado mal de Reclus públicamente, quizás con la sola excepción del célebre fiscal Bulot, que en el famoso proceso de los treinta (1894) dejó escapar contra él, que no estaba presente siquiera, algunas injurias groseras que fueron sorpresivamente arrebatadas enseguida en la prensa.

Después de haberle presentado Anhäuser sus dibujos y de haberle explicado su plan, le hizo unas preguntas y tomó algunas notas en un trozo de papel. Luego le dijo que no podía prometerle nada fijo, pero que haría todo
Jo que estuviese en su poder, pues creía que la cosa valía la pena. Personalmente no podía ocuparse por el momento del asunto, pues dentro de pocas semanas tenía que hacer un viaje geográfico a América del Sur y estaba atascado con los preparativos. Sin embargo quería hablar de la cuestión con su sobrino Paul, que podía hacer en esas cosas más que él mismo y que nos tendría al corriente de todo lo que se produjese.

Le dimos cordialmente las gracias, pero cuando queríamos levantarnos para salir a fin de no absorber tanto su tiempo precioso, nos interrumpió amablemente y nos dijo que se había impuesto por sí mismo un par de horas libres para volver a hablar alemán, dado que tenía muy poca oportunidad de hacerlo. Nos preguntó de qué parte de Alemania eranos. Cuando le respondí que yo había nacido en Maguncia, dijo que conoció mi ciudad natal y que la había visitado de joven, mucho antes de que yo naciera. Hablamos del nuevo movimiento en Alemania y de las condiciones generales alemanas, de las que estaba, para mi sorpresa, muy bien informado. Respondiendo a sus preguntas, le hablé sobre nuestra propaganda en las partes suroccidentales de Alemania y sobre mis experiencias personales. Cuando le mencioné la difusión secreta de nuestros periódicos extranjeros, se mostró singularmente interesado y nos dijo que solía leer regularmente la Freiheit desde su fundación. Depuraba que Johann Most hubiese abandonado Alemania y creía que eso fué una gran pérdida para el movimiento. Su periódico, dijo, era en muchos aspectos lo mejor que poseía en general el movimiento anarquista internacional. Most era un escritor popular extraordinariamente capaz y sabía exponer los problemas más difíciles en un idioma popular, de tal modo que podía seguirle cualquiera. Era un arte que no se puede aprender, sino que descansa en capa cidades innatas.

Las leyes, dijo, son una cosa necesaria, siempre que resuman intelectualmente lo que el pueblo siente de modo instintivo, pero pasan también entre nosotros al doctrinarismo y pierden por eso su efecto natural. La Freiheit es, de todas las publicaciones anarquistas, quizá la única que, a pesar de su larga existencia, no se ha vuelto doctrinaria y justamente por eso es siempre legible y causa siempre efecto.

Cuando en esa ocasión aludí a Père Pinard, el órgano popular de los anarquistas parisienses, y observé que a ese periódico no se le podía reprochar seguramente inclinaciones doctrinarias, dijo sonriendo: “No, sería injusto. El Père Pinard es, sin duda, un periódico muy popular y justamente por ello se explica su éxito. Pero esa publicación se ocupa exclusivamente de problemas de la vida cotidiana y atribuye poca importancia a la formación intelectual en el sentido de nuestras ideas. En Francia, donde además de La Révol te existe también una gran serie de publicaciones que se han puesto por misión el desarrollo de nuestras concepciones, un periódico como el Père Pinard lleva absolutamente la señalidad, pero sin esas publicaciones no bastaría. Most, sin embargo, ha sabido en su Freiheit enlazar hábilmente los dos aspectos, y en eso consiste su gran mérito.”

Reclus ensalzó especialmente la capacidad idiomática de Most. El enriquecimiento del idioma, dijo, nos llega principalmente por los estetas y los literatos. Pero como éstos, casi sin excepción, arraigan en su propia esfera, su efecto por lo general sólo alcanza a un pequeño estrato. En Most vive la manera representativa del pueblo como en todos los verdaderos formadores de palabras y creadores lingüísticos. Por eso, no sólo llega al oído, sino también al corazón del hombre sencillo. Para una doctrina como el anarquismo esto es singularmente importante. El gran mérito de los anarquistas consiste en haber reconocido que no se pueden estilizar los hombres y sus relaciones sociales en una determinada norma, pues la mayor parte de nuestra vida es vivida en formas creadas por nosotros mismos, siempre variables, que surgen de las necesidades cotidianas y se basan en el acuerdo voluntario, afianzadas por las costumbres sociales y las exigencias generales de la convivencia social. Las continuas perturbaciones del equilibrio social se pueden atribuir casi sin excepción a los privilegios usurpados y a las aspiraciones de poder de minorías para-sitarias. Para explicar esto al pueblo claramente, hay que hablar su lenguaje y tener en cuenta sus sentimientos naturales.

Reclus no pasaba por alto las grandes dificultades con que tenía que luchar el joven movimiento anarquista en Alemania. No es fácil, decía, la lucha contra tradiciones que han arraigado en la evolución histórica de un país. Yo estaba asombrado de la gran comprensión que tenía de la situación de Alemania. De los alemanes sabía decir mucho bien, a pesar de mis objeciones, y sostenía que la misión de los anarquistas alemanes debía consistir en vincularse a las aspiraciones de Lessing, de Herder y de los demás “Aufklärer” alemanes para socavar los efectos dañinos de la burocracia de Estado prusiana. El nacionalismo, decía, es la gran enfermedad de los pueblos victoriosos, cuyo peor efecto consiste en que incita a la guerra, lo que se abrió ya prácticamente camino por el gran periodo de la ilustración europea.

Cuando nos disponíamos a partir, trajo Reclus de una habitación contigua los cinco primeros años, bien ordenados, de la Freiheit, y me los obsequió con estas palabras: “Tome esto, mi joven amigo. En sus manos estará mejor que aquí, donde no tienen ningún objeto.” Le dí las gracias con alegre sorpresa. Aquellos primeros años del periódico eran ya bastante raros. No los había visto jamás antes. Reclus me acompañó a la estación y se despidió amistosamente de nosotros. Unas semanas después emprendió su gran viaje, que terminó con la publicación del último volumen de su Geografía Universal monumental.

He vuelto a ver desde dos veces más a Reclus. Una en París, poco antes de su viaje a Bruselas, donde había aceptado el cargo de profesor de geografía comparada en 1894 en la Université Nouvelle; la última en una conferencia que él dictó en Londres. La figura de ese hombre notable, tan riamente dotado, se me grabó siempre profundamente en el alma. Fue, sin duda, una de las más notables personalidades que he encontrado en mi vida, un hombre que no aparece a menudo en el mundo, y uno de los representantes más distinguidos de una nueva era.

Eliseo Reclus ha realizado una obra enorme. Sus numerosos trabajos geográficos han hecho conocer su nombre como uno de los más grandes en ese dominio en el mundo entero. Y ese gran sabio, que a pesar de su rica actividad literaria y científica tuvo que luchar a menudo con las preocupaciones de todos los días, pues le faltaban todas las condiciones para un comer-
diale. Había comprado su existencia con el estrangulamiento espontáneo de la comuna de París y, a causa de ello, se había distanciado de grandes masas del pueblo francés, que habría podido ser para ella un poderoso apoyo. La sangre de 35,000 hijos del país masacrados y la reacción brusca que siguió a aquel baño de sangre, formaron un abismo rojo entre las capas burguesas de la sociedad y las clases laboriosas que no podía ser cubierto rápidamente. La comuna, que aspiraba a una federación de municipios libres y quería poner fin a la centralización política, habría podido convertirse en punto de partida de una nueva evolución social de Francia y de los demás países latinos, pues en Italia y especialmente en España había un fuerte movimiento regionalista que coincidía con las aspiraciones políticas del pueblo rebelde de París. Sin embargo, después que fue aplastada la comuna parisien en la semana sangrienta de mayo de 1871, no hubo ninguna otra solución que la de continuar las tradiciones políticas y sociales del pasado bajo un nuevo título.

En esas circunstancias no podía menos de ocurrir que hasta esa república de gentes decentes estuviese siempre amenazada por peligros de que eran culpables sus mismos sostenes. Dependía siempre de la buena voluntad del estado mayor del ejército francés, que no admitía en su seno más que a reaccionarios declarados y a monárquicos encubiertos y estaba así seguro de encontrar el apoyo completo del alto clero y de los conspiradores bonapartistas, orleanistas y legitimistas. Toda la presidencia de Mac Mahon fue un período de peligros críticos internos suscitados artificialmente por la reacción monárquica, para asentar a la joven república, en la primera ocasión, el golpe de gracia. Sólo la muerte inesperada del tercer Napoleón en Inglaterra impidió entonces un ensayo francés para restaurar el imperio con ayuda del ejército. Pero las maquinaciones subterráneas continuaron, sin embargo. El 16 de mayo de 1877, intentó Mac Mahon instalar una dictadura nacional, atribuyéndose un poder independiente del parlamento. La consecuencia fue la dimisión del ministro de Simon, acompañada de un voto de desconfianza de la cámara contra el presidente. Mac Mahon disolvió entonces el parlamento y el ministro reaccionario Broglie retuvo las nuevas elecciones por cinco meses, para dar a los reaccionarios monárquicos y clericales la posibilidad de una campaña de azaquecimiento contra la tercera República. Cuando los republicanos, a pesar de todo, alcanzaron una mayoría digna de mención, se vio Mac Mahon forzado a dimitir en 1879.

Bajo la presidencia de Grévy se afirmó la reacción monárquica considerablemente. El período del llamado boulangismo llevó a Francia casi al borde de una tercera República. Sólo la locura de un embajador de Estado militar, Sólo la política de ser Boulangier una nulidad política y de no tener en modo alguno para dictado pudo entonces una nueva guerra civil, que habría conducido probablemente al derrumbe de la República.

El desarrollo ulterior del affaire Dreyfus, que sólo pudo adquirir una dimensión tan grande porque se convirtió poco a poco en una prueba de fuerza entre el pueblo y el ejército, descubrió sólo una parte de las sucias maquinaciones del estado mayor del ejército francés, que no retrocedía ni siquiera ante los crímenes más bajos para afirmar su posición reaccionaria en el país. Las modestas reformas militares que tuvo que realizar el gobierno
entonces bajo la presión de un poderoso movimiento popular, no han tocado en nada el espíritu que dominaba en las altas esferas del estado mayor. Sólo así se explica la posición vergonzosa del llamado gobierno de Vichy, que entregó al fango todas las tradiciones de la gran revolución y se redujo de la manera más desvergonzada a la categoría de instrumento de Hitler. Todo el que estuviese algo familiarizado con la historia contemporánea de Francia, sabía que los Péan, los Darlan, los Weygand y sus secuaces habían favorecido la reacción fascista en Francia mucho tiempo antes de la guerra de todas las maneras y que estaban dispuestos a sacrificar el propio país a sus planes. Sólo cuando se conoce exactamente la actitud funesta de los jefes del ejército bajo la tercera República, se comprende la decadencia sin gloria de la democracia burguesa en Francia. Por lo demás, eso no es más que una prueba de que la interpretación superficial de tantos socialistas, que no querían ver en el ejército algo distinto a una herramienta útil del capitalismo, se basa en un nefasto error. Los fuertes y bien disciplinados ejércitos, bajo la dirección de una casta militar profesional, son siempre un peligro para el desarrollo normal de un país y dan a las ansias de poder de los soldados profesionales constante ocasión para intervenir violentamente en el destino político y social del pueblo. El pensamiento de Napoleón I, de que el soldado como protector del país se ha conquistado el derecho a determinar el destino de la nación, fue para los aventureros militares de todos los países siempre un objetivo seductor, que ha costado frecuentemente muy caro a los pueblos. Cuanto más cae una nación en las redes del militarismo, tanto más rápidamente se aproxima al Estado totalitario, que no sólo prescribe las condiciones de vida a los trabajadores, sino también a las clases propietarias del país y que en última instancia tiene que desembocar en el capitalismo de Estado.

No es ninguna casualidad que los generales propensos a la política se sientan siempre atraídos hacia esas maneras de pensar. La constante costumbre de poner en movimiento a los hombres como a las cosas, de decidir sin dudarlo y de sentir todo movimiento independiente, como una lamentable perturbación dentro del grupo social, perturbación que debe ser artificialmente suprimida para poner la sociedad al nivel del cuartel y hacer de cada ciudadano un ciego instrumento de una voluntad superior. Los representantes de la economía capitalista pueden persuadirse de que ellos, en base a su superioridad económica, están siempre en situación de someter la dirección del ejército a su voluntad, pero no podrán impedir nunca que en determinadas condiciones sociales las figuras inanimadas de los tableros de ajedrez, conducen con lógica interior a sentir todo movimiento independiente, como una lamentable perturbación dentro del grupo social.

Después del descubrimiento de las maquinaciones sucias del Crédit Foncier y del Comptoir d’Escompte, por las cuales fueron puestos al desnudo los más altos sátripes de la magistratura parisíen de una manera insalvable, se desmoronó precisamente el país la oleada putrefacta del escándalo de Panamá, cuya inminencia llegó a someter a la vida pública de Francia con el olor de carroña del apetito moral. Hay que haber vivido ese peligro para formarse una noción exacta de lo hondamente que fué revuelta la sociedad francesa por aquel gigantesco chantage. “Fué una tormenta; — escribió un respetable diario entonces,— pero lo que cayó del cielo no era lluvia, sino un diluvio de estiércol”.

El hecho que ese enorme escándalo pudiera desarrollarse más de dos años con la exclusión de la publicidad, sólo era posible porque sus causantes habían sido encubiertos por miembros del gobierno. En 1873 una sociedad más altos funcionarios del Estado cayeron en el pantano de la descomposición política, de modo que se desencadenó toda confianza popular. Un escándalo siguió al otro. No habían sido superados los malos dolores del uno cuando ya se anunciaban los síntomas de nuevos disgustos. Eran como si el país hubiese sido atacado de lepra y quisiera ahogarse en la propia podredumbre. La palabra alada de Flaubert: “No danzamos sobre un volcán, sino en la tapadera de una letrina”, podía aplicarse plenamente a esa sociedad.

No fue en verdad un espectáculo moralizador el del presidente Grévy forzado a retirarse de su cargo cuando su yerno Weygand era acusado de haber vendido por grandes sumas de oro en la Legión de honor a gentes que no honraban de ninguna manera al país. Aunque el llamado affaire Wilson no ha sido nunca descubierto en todos los pormenores, no se podía negar, sin embargo, que una pequeña tribu de auditores políticos profesionales había hecho desde hace años un vasto negocio con los altos puestos honoríficos de la nación y que había utilizado las relaciones de parentesco con los más altos mandatarios de la República para esos fines nada limpios.

La dimisión de Grévy conducía a la elección de Sadi-Carnot, a quien correspondía la misión de salvar la República ante los ataques del bolsufismo y de limpiar los establos de Augustas, cuyas emanaciones amenazaban envenenar toda la vida pública. Pero Carnot no era un héroe, sino sólo un político mediocre, que debía su elección justamente a esa circunstancia. No era más que un instrumento en manos de una casta influyente que tenía un interés en la opresión del movimiento bolxvandista porque éste amenazaba sus privilegios, pero de ningún modo se propone poner esto a la descomposición interna en que ellos podían prosperar del mejor modo.

Boulanger fue alejado del ejército y huyó con Rochefort, Dillon y otros jefes del movimiento a Bélgica, donde, dieciocho meses después, puso fin a su vida por el suicidio. Pero la podredumbre interior continuó su obra y llegó precisa e hirviendo bajo el gobierno de Carnot a proporciones mayores que nunca. Era imposible niegar que se hubiera limpiado los incontables pequeños entruchados. El que se interese por ellos, no tiene más que estudiar las anteriores, editadas por A. Hamon y M. G. Bouchot, La France sociale et politique, donde se hizo un relato exacto de esas cosas.

Después del descubrimiento de las maquinaciones sucias del Crédit Foncier y del Comptoir d’Escompte, por las cuales fueron puestos al desnudo los más altos sátripes de la magistratura parisíen de una manera insalvable, se desmoronó precisamente el país la oleada putrefacta del escándalo de Panamá, cuya inminencia llegó a someter a la vida pública de Francia con el olor de carroña del apetito moral. Hay que haber vivido ese peligro para formarse una noción exacta de lo hondamente que fué revuelta la sociedad francesa por aquel gigantesco chantage. “Fué una tormenta; — escribió un respetable diario entonces,— pero lo que cayó del cielo no era lluvia, sino un diluvio de estiércol”.

El hecho que ese enorme escándalo pudiera desarrollarse más de dos años con la exclusión de la publicidad, sólo era posible porque sus causantes habían sido encubiertos por miembros del gobierno. En 1873 una sociedad
francesa había conseguido de la república de Colombia permiso para cortar el istmo de Panamá y abrir un canal que tuviese para la navegación la misma importancia que el canal de Suez. Fué esa perspectiva la que hizo que centenares de millares de gentes huyeran a la sociedad sus aborres contra acciones de participación. Fué por tanto un golpe grave cuando la Sociedad de Panamá paralizó en 1889 sus trabajos, con el pretexto de que no disponía de más capitales para terminar la obra. Pero se tardó casi tres años en ser descubierto la verdadera situación y se mostró al mundo que se había realizado allí una estafa gigantesca, de que millares y millares fueron víctimas. El hecho de que de un capital de 1.434.000.000 francos sólo fuesen gastados 560.000.000 en trabajos efectivos, mostró claramente que aquel monstruo engañoso sólo pudo quedar oculto tanto tiempo porque se había compaginado el silencio de conocidos representantes del gobierno. Se puso de manifiesto pronto que antiguos ministros y toda una serie de legisladores estaban implicados en los sucios enjuagues. Aunque tampoco en este caso fueron descubiertos todos los entretelones, la investigación puso de manifiesto tal cantidad de sobornos y repulsivos, de maquinaciones engañosas y de estas fas que jamás se había visto antes nada parecido.

El efecto moral de esos sucesos fue indescriptible. Ninguna propaganda revolucionaria habría podido jamás lograr lo que habían logrado con sus píldoras desvergonzadas los ladrones de Panamá. No sólo se había derrumbado el honor personal de muchos puntales de la sociedad, sino que todo el sistema parlamentario había recibido un golpe sensible. Nadie creía ya en los ideales y en los honrados propósitos de los llamados representantes del pueblo. La tercera República no había disfrutado jamás de un gran apercibimiento popular; pero el escándalo de Panamá le había privado de todo crédito moral. La desconfianza general que había invadido a toda la nación, destruyó toda confianza de la justicia y se difundió por el país como una enfermedad arterial. Una profunda repulsión, cuando no un desprecio notorio, contra los hombres desvergonzados de los políticos profesionales, se hizo notar claramente en todos los sectores de la población y halló su cristalización en la literatura y el periodismo contemporáneos. Se encuentra en las obras de Zola, de Anatole France, de Mirbeau, de Adam, de Darien, Barrés, Descaves, Lemoine, Reté, Tailhade, Manclaire, Vaidaux, y de muchos otros representantes notables de las letras francesas de aquel tiempo. Y encuentra su expresión también en los dibujos y grabados de Steinlen, Luce, Ibels, Fillon, Weber, Willette, Grandjouan, Morin, Hermann-Paul, etc., despartiendo a nueva vida el espíritu rebelde de Daumier y probando su vigor corrosivo.

En las filas del proletariado francés había desde un tiempo atrás un profundo fermento que fué agudizado por los constantes escándalos de la república burguesa. No había muchos que creyesen entonces en una nivelación pacífica de las contradicciones sociales. La esperanza de poder obtener, por la presión de los electores en la legislación, mejoras sociales dignas de mención, había perdido su impulso y dejó el puesto a una indignación sorda que veía en un levantamiento violento el único medio para poner un límite a la descomposición interna y llevar el país a un futuro mejor. Este estado de ánimo se hizo notar profundamente en las filas de los partidos socialistas, aunque a menudo contra la voluntad de los jefes. La confianza en un éxito de la colaboración parlamentaria había perdido su base. Los llamados radicales (Parti ouvrier socialiste révolutionnaire) habían renunciado ya a la actuación parlamentaria por completo y hablaban de un movimiento sindical revolucionario con objetivos socialistas. Ídenticas aspiraciones se advertían en otras corporaciones socialistas, aun cuando no con la misma audacia y claridad de ideas.

El gobierno sintió la irritación creciente del pueblo muy bien y se intranquilizó tanto más cuanto que no podía oponerle ninguna influencia moral. La tercera República había cambiado tan a menudo sus ministros sin obtener mejores resultados que hasta un ciego no había reconocido poco a poco que el mal era más profundo y no podía ser eliminado por un simple cambio de personas. Justamente esa impotencia privaba al gobierno de su prestigio moral. Pero las debilidades son siempre un síntoma del miedo que comienza y que aumenta en el grado en que aumenta la impotencia. Y el miedo no tiene más que una salida, la violencia brutal como último medio de salvación. Cuanto más pierde un gobierno su efecto moral en el pueblo, tanto más fácilmente se inclina a la persecución de sus adversarios, para conseguir por la fuerza lo que no puede lograr por la influencia moral.

Pero una condición de esa naturaleza es incontenible a la larga, pues nada incita más a los seres humanos a la ruptura de las leyes que el sentimiento ofendido de la justicia. Hasta la reacción pierde poco a poco su terror y conduce tarde o temprano a la resistencia abierta. Después del aplastamiento sangriento de la comuna y de la deportación a Nueva Caledonia de muchos rebeldes prisioneros, el movimiento revolucionario quedó totalmente agotado e incapaz por muchos años de una resistencia. Pero eso se modificó en el curso del tiempo, pues las condiciones mismas hicieron que el proletariado se llenase de nueva indignación. La tercera República no había hecho nada para elevar su situación económica y social; incluso le rehusó los derechos que habrían podido capacitarle para un mejoramiento de sus condiciones de vida cotidianas. Sus representantes habían heredado las leyes despóticas del Imperio contra el derecho de organización de los trabajadores y no pensaban proceder a una alteración cualquiera en esa condición.

Hasta el año 1894 estuvo prohibido legalmente a los trabajadores dar vida a grandes asociaciones sindicales, pues la ley no permitía ninguna asociación de más de veinte personas y no reconocía tampoco a ninguna representación legal a las organizaciones obreras. Tan sólo después de la renuncia de MacMahon se hizo sentir un renacimiento en el proletariado francés. Los trabajadores no se mostraron ya a la letra de la ley y se agruparon en grandes asociaciones. Ni siquiera las persecuciones más graves pudieron impedir por más tiempo esa evolución de las cosas. Hasta que el gobierno, puesto por los trabajadores mismos ante los hechos consumados, se decidió finalmente a un cambio de las leyes de asociación y reconoció legalmente los sindicatos. Sin la resistencia constante de los trabajadores, la legislación republicana no se habría decidido a dar ese paso. La nueva ley de 1894 imponía a los trabajadores, ciertamente, algunas restricciones pero se habían conquistado ya por sí mismos los primeros derechos y habían suprimido la vergo-
osa herencia que había tomado la República sin ningún rubor de Napoleón.

Pero si los honrados legisladores tuvieron que decidirse a reconocer el derecho de organización de los trabajadores, no dejaron de recurrir a todos los medios para obstaculizar de todas las maneras el ejercicio de ese derecho. La intervención despiadada de la policía en las más insignificantes luchas de salario mostraba que el gobierno no había renunciado en manera alguna a la intimidación de los trabajadores en sus luchas por el pan cotidiano. Pero, en un periodo tan agitado, los ataques continuos a los obreros en huelga tenían que producir justamente efecto contrario al que deseaba el gobierno. Los constantes choques de los trabajadores contra los cosacos de la República, como se llamaba entonces a los policías, es la mejor prueba de ello.

El primero de mayo de 1891 se produjeron en Lyon, en Narbona, en Charleville, en Nantes, en Calais, en St. Quentin, en Burdeos y en otras ciudades grandes paralizaciones del trabajo. Las medidas que había tomado el gobierno hacían deducir claramente que se había tenido en vista una prueba de fuerza. Fué decretado sobre algunas ciudades el estado de sitio y fue entregado al ejército el mantenimiento del orden. Se llegó a escenas ignominiosas de violencia brutal y a incontables detenciones. Pero en Fourmies la conducta despiadada de las autoridades condujo a un terrible baño de sangre, que desencadenó una oleada de indignación en todo el país y puso al gobierno mismo en gran aprieto.

Fourmies es una pequeña ciudad en el gran distrito industrial del norte de Francia, cuya población trabajadora vivía en las condiciones más desplorable. El 1 de mayo iniciaron los tejedores una huelga por mejor salario y puso tan fuera de sí al subprefecto F. Isaac en Avésnes que envió un regimiento de infantería a Fourmies para proteger el orden amenazado. Esa provocación inmotivada produjo en los habitantes gran irritación, acrecentada más todavía por la detención de numerosos trabajadores. El alcalde mismo había declarado que no existía el menor motivo para esas detenciones y prometió a los trabajadores la liberación de sus camaradas. Cuando después avanzó una manifestación de obreros huelguistas, al frente de la cual iba un joven de 19 años, no con una bandera roja, sino con una tricolor, hacia la alcaldía, para recibir a sus camaradas, les fue cerrado el camino repentinamente por gendarmes y soldados.

Como siempre en tales ocasiones, se produjeron pequeñas escaramuzas, hasta que de repente el mayor Chapas ordenó a su gente disparar sobre los trabajadores. El resultado fué terrible. Cuando los soldados suspendieron el fuego algunos minutos después, se encontró el terreno cubierto por diez muertos y más de cuarenta heridos, entre ellos muchachas, madres y niños. La mayor parte de las víctimas eran jóvenes de menos de veinte años. Entre los heridos estaba un niño de dos años, entre los muertos dos criaturas de once y de trece años. El hecho que la demostración se compusiese en gran parte de muchachas y niños, demostraba claramente que los trabajadores no tenían en vista ningún acto de violencia.

Cuando fueron conocidos en el país los detalles de esta matanza sangrienta, se levantó en el pueblo entero un clamor de indignación. No sólo la prensa revolucionaria se llenó de violentos ataques al gobierno, sino que tam-

bien los grandes diarios burgueses de la capital y de las provincias condene-raron el comportamiento de las autoridades del modo más desfavorable y exigieron una investigación a fondo de los espantosos sucesos. En la Cámara misma se produjeron ataques vigorosos. El diputado Granger llamó al presidente de ministros constans un encargo de trabajadores. Otro diputado, E. Roche, que corrió inmediatamente a Fourmies, para conocer la verdad de los sucesos en el lugar mismo, declaró que se trataba de un asesinato en masa fríamente planeado y que la representación del pueblo tenía el deber "de tomar la defensa de los asesinados contra los asesinos".

La indignación popular llegó a su punto culminating cuando la Cámara, para salvar al ministro constans, rechazó el 4 de mayo una interpelación al gobierno sobre los acontecimientos de Fourmies y se contentó con una resolución que no decía nada, expresando su pesame a los trabajadores y al ejército, y poniendo en perspectiva para el futuro pacíficas reformas sociales. Esa resolución produjo en la Cámara tempestuosas escenas. El diputado Roche exclamó dirigiéndose a la mayoría: "Sois todos lacayos de vuestros dignos amigos". Clemenceau, que había atribuido al gobierno aspiraciones orecianistas, terminó su discurso con las palabras: "¡Tened cuidado, los muertos son grandes proselitistas!"

Henri Rochefort llamó a la Cámara, en el Intransigent, "representación de los asesinos". Gérault Richard escribió en la Bataille que, después de esa victoria del gobierno, el destino del pueblo dependía de la gracia de las bayonetas y de las balas, y el ejército, en lugar de proteger las fronteras del país, había asumido la misión de defender las pretensiones de los monopolistas contra las justas demandas de los trabajadores. Numerosas expresiones de otros periódicos empleaban un lenguaje parecido. Un gran número de redactores responsables fueron denunciados después y condenados por la violencia de sus juicios.

La administración municipal de Fourmies había resuelto hacerse cargo de los gastos del entierro público de las víctimas. El entierro se convirtió en una poderosa manifestación, en la que participaron los trabajadores de todos los contornos. Un sacerdote, un revolucionario, el abad Margerin, expresó el sentimiento general en palabras mormonedoras, diciendo: "Si un soldado es muerto en el campo de batalla, lo adornamos. Si un obrero cae victima de un accidente de trabajo, lo deploramos de todo corazón. Pero estos que están en los ataúdes han muerto porque pedían un poco más de pan. Hombres jóvenes que pronto iban a ser ellos mismos soldados; muchachas que soñaban aún con todas las alegrías de la vida; niños que todavía llevaban en el bolsillo juguetes. Ah, no dejaré de repetir lo que he dicho en más estrecho círculo a los propietarios de las fábricas: No sólo tenéis el deber de pagar a los trabajadores sueldos adecuados, tenéis también que asegurarles una existencia humana para que no vuelvan a repetirse los acontecimientos espantosos que se produjeron ante nuestros ojos".

330
EL CASO RAVAGIOL

En la misma época en que se producían los acontecimientos sangrientos en Fournies, se produjo otro choque en Chichy, un suburbio de París, entre obreros huelguistas y la policía, cuyas consecuencias fueron menos trágicas que en Fournies, pero que, sin embargo, adquirió gran significación porque dio motivo inmediato para una gran serie de actos terroristas especiales que mantuvieron en inquietud a Francia y especialmente a París durante dos años. En Levallois, un pequeño lugar no lejos de París, los anarquistas habían celebrado el primero de mayo un acto público. Después del acto, una pequeña manifestación de unas veinte personas, delante de la cual una mujer llevaba una bandera roja, se dirigía hacia Chichy para celebrar un segundo acto. Cuando el pequeño grupo llegaba a su lugar de destino, fue atacado repentinamente por seis policías que intentaron arrancar a la mujer la bandera. Pero los trabajadores se pusieron a la defensa y cuando la policía recibió el auxilio de algunos gendarmes, se desarrolló una verdadera batalla callejera en la que fueron cambiados muchos disparos por ambas partes.

Algunos policías fueron ligeramente heridos. Los anarquistas Decamps, Dardare y Léveillé, que se defendieron con gran energía hasta lo último, fueron al fin detenidos, cubiertos de sangre y de heridas. En la comisaría no sólo se negó a los heridos toda ayuda médica, sino que se les maltrató de manera brutal, después de haber sido maniatados y arrojados al suelo.

El 28 de agosto tuvo lugar el juicio contra los tres acusados. Presidió el presidente de tribunal Benoît, representante de la acusación era el fiscal Bulot. Los dos eran conocidos como reactarios de la peor especie. Los acusados se defendieron con gran valentía y reivindicaron el derecho a defenderse por sí mismos para proteger la libertad y la vida. La comprobación médica de los graves malos tratos que habían sufrido los dos presos heridos de parte de la policía, causó una profunda impresión. Lagasse, el defensor de los acusados, fustigó la brutalidad de la policía con dureza y declaró que, si la defensa del orden público es confiada a una banda de salvajes, no hay que maravillarse de que la resistencia general contra un orden de esa clase se extienda cada vez más. "Yo mismo soy sólo un burgués, digo, pero sí, como Decamps, hubiese nacido entre los desheredados, es muy probable que compartiese su odio contra la sociedad inhumana".

Los jurados rechazaron la culpabilidad de Léveillé y recomendaron, en consideración a las circunstancias, la benevolencia del tribunal en el caso de Decamps y de Dardare, lo que no impidió al fiscal Bulot pedir la pena de muerte para los dos. El que los jurados reconocieran circunstancias atenuantes en hombres que se habían resistido con las armas en la mano a su detención y que habían reivindicado con valor incombustible ante el tribunal el derecho a la autodefensa, era en sí una prueba de lo mal parados que estaban en aquel proceso los representantes del orden público. Decamps fue condenado a cinco años y Dardare a tres, mientras Léveillé tuvo que ser absuelto. Todo el proceso fué llevado de modo tan parcial que no se podía esperar ningún otro resultado. Especialmente la requisitoria del fiscal Bulot, que hacía responsables a las ideas anarquistas de los acusados por hechos que

habían sido causados por la brutalidad policial únicamente, mostraba bien a las claras que se había tenido presente más la ideología que los actos atribuidos a los procesados.

Cuando llevaron a los acusados, en la sala de los oyentes se produjo una abierta manifestación. Los prisioneros saludaron a sus camaradas, y éstos respondieron con los gritos: "¡Viva la anarquía! ¡Hasta el día de la revolución!". Es de notar que aquel proceso fue poco mencionado en la gran prensa estadounidense. Tal vez no se quería volver a despertar el recuerdo de los acontecimientos de Fournies. Pero entre los trabajadores y especialmente entre los compañeros míimos de los condenados la desesperación produjo gran irritación. Y sin embargo nadie sospechaba las consecuencias que iba a tener esa condena.

En marzo de 1892 se produjeron en París, una tras otra, tres explosiones de bombas que causaron gran inquietud en la población. El 11 de marzo estalló una bomba en el segundo piso de una casa en el boulevard Saint Germain, ante la puerta del presidente de tribunal Benoît. El 18 de marzo se produjo una explosión idéntica en el cuartel Lobau. El 27 de marzo explotó una bomba en la casa del fiscal Bulot en la rue Chichy, que destruyó una parte del edificio. No hubo víctimas en ninguno de los tres hechos, pero sí graves daños materiales. Pero ante todo no hubo ninguna duda acerca de los móviles que los habían producido, pues Benoît y Bulot habían desempeñado el papel más importante en el proceso contra los anarquistas de Chichy y eran responsables en primera línea del duro castigo de los acusados.

La policía detuvo a un gran número de anarquistas en Saint Denis, Saint Ouen, Levallois y otras ciudades. Numerosos compañeros extranjeros fueron expulsados de Francia, las casas de conocidas personas de los tribunales fueron puestas bajo protección policial. Pero no se había descubierto al autor efectivo si no hubiese ido en ayuda de la policía un azar singular. Poco después de la bomba de la rue Chichy apareció en la pequeña taberna Véry, en el boulevard Magenta, un parroquiano que entró en conversación con el camarero Lhêrot. Cuando el desconocido le preguntó si había sido soldado, respondió Lhêrot que no había llevado nunca uniformes y que no lo lamentaba. El extraño le dió la razón y dijo que el ejército no tenía más objeto que impedir la liberación de los trabajadores y mantener encadenado al pueblo. Luego le recomendó el parroquiano a Lhêrot que leyesse periódicos anarquistas. La conversación giró sobre los últimos atentados, y el desconocido observó que en la calle había oído sobre un nuevo atentado en la rue Chichy, que había originado grandes daños.

Poco después de haber abandonado la taberna el desconocido, anunciaron los vendedores de diarios el nuevo atentado en casa del fiscal Bulot. Lhêrot entró en sospechas y comunicó a su patron la conversación que había tenido poco antes con el parroquiano. Véry, afectado por la exploración general, convino con el camarero que si el desconocido se presentaba nuevamente, se debía avisar de inmediato a la policía. Pasó una semana y el desconocido apareció una noche en la pequeña taberna con el propósito de cenar. Lhêrot lo notificó al dueño y este a la policía, de modo que el desconocido pudo ser detenido después de una violenta resistencia.
La policía no tardó mucho en hallar el verdadero nombre y el domicilio del arrestado. En su habitación se encontraron algunos cartuchos de dinamita y toda una instalación para la preparación de explosivos. Su verdadero nombre era Francis August Koenigstein. Era hijo de padre alemán y de madre francesa, de apelido Ravachol, cuyo nombre había adoptado él. Ravachol era un hombre de 32 años, de mediana estatura, pero de extraordinaria energía física. Tenía ya un agitado pasado tras sí y había sido buscado durante años por diversos hechos graves, pero había vivido siempre bajo un falso nombre.

La mayor parte de las cosas relativas a él las había sabido la policía por uno de sus más íntimos amigos, un cierto Chaumartin, que después se presentó como testigo principal contra él para salvar su propia cabeza. Y Chaumartin le atribuyó también algunos asesinatos que se habían cometido muchos años antes y sobre los cuales la policía no pudo aportar ninguna prueba de cargo. Ravachol ha negado esos hechos hasta el fin, aunque sabía muy bien que su vida estaba ya perdida. Confesó francamente que había sido falsificador de moneda, contrabandista y asaltante. No negó que había penetrado por la noche en el pantón familiar del conde Rochetaillée creyendo que podía encontrar allí valiosas joyas. No negó que había estrangulado y robado al eremita Bruneel, el cual, favorecido por la superstición de la población campesina, había reunido una pequeña fortuna en su choza. Se confesó abiertamente autor de las explosiones de bombas contra Benoît y Bulot. Pero negó hasta el fin ser autor de otros actos cuya responsabilidad se le atribuía. Alegó que su defensor, Lagasse, pudo comprobar falsedad manifiesta a Chaumartin ante el tribunal, en catorce casos distintos, quiere decir que sus declaraciones debían ser tomadas con gran precaución.

De todos los llamados propagandistas del hecho en aquel período agitado, Ravachol era en absoluto la personalidad más complicada. Hay en la vida de este hombre rasgos de dureza repulsiva, que le hacían capaz de ejecutar actos contra los que se rebeló la naturaleza humana. Por otra parte, mostraba una ternura y una bondad cordial, especialmente con las mujeres y los niños, que a veces rozaba en lo sentimental. Su constante disposición para ayudar a los desgraciados en la miseria y para entregar a m undo hasta lo último que tenía, su generoso comportamiento frente a Chaumartin, que le había traiicionado, su intento de atraer sobre sí toda la culpa para descargar a sus coacusados, todo esto causó un efecto que no se podía olvidar fácilmente. La lógica implicaba con que explicó sus hechos, la manera sencilla con que pidió perdón a los heridos inocentes que habían originado sus atentados, la tranquilidad inconmovible que reveló en su camino al cadáver y algunas otras cosas tejieron un velo extraño en torno a la figura de ese hombre, del que se ocupó la opinión pública mucho después aún de su muerte.

En tiempos antiguos, Ravachol habría sido quizás uno de aquellos jefes populares de bandidos cuya memoria han conservado tanto las tradiciones del pueblo, por haber intentado a su manera producir una nivelación de las contradicciones sociales. Ravachol había comenzado su lucha contra la sociedad burguesa cuando no tenía ninguna noción de las leyes sociales. En este sentido explicó ante sus jueces: “Trabajaba para vivir y para conservar la vida a aquellos que estaban confiados a mi atención. Mientras ni yo ni los míos tuviésemos que padecer demasiado, fui lo que ustedes llaman honrado. Pero luego quede sin trabajo y con el odio forzado vino el hambre. Fué entonces cuando la grúa de la naturaleza, esa voz interior que no se puede reprimir y que encuentra su expresión en la conservación de uno mismo, me llevó a cometer aquellos delitos que hoy se me reprochan y que reconozco abiertamente. No niego que haya cometido esos hechos. No me vanaglorío de ellos, pero tampoco tengo motivos para avergonzarme, pues he sido vuestra sociedad, señores, la que me impulsó a ello”. Su naturaleza rebelde se levantó contra el destino que los otros habían determinado para él. No fué el marquésino el que le llevó a aquellos hechos; no hizo más que dar una determinada dirección a sus actos posteriores.

Lo que la investigación había hecho público sobre la vida anterior de Ravachol, hizo que se esperasen con gran tensión los debates contra él y sus camaradas. El primer proceso que se ocupó preferentemente de los atentados con dinamita en París, fue juzgado para el 26 de abril. El día antes se produjo la explosión en el café Véry, donde fué arrestado Ravachol, y tuvo por consecuencia la muerte de Véry. Este hecho produjo gran consternación en la población, tanto más cuanto que los autores desconocidos se fueron, y a pesar de las detenciones al azar de la policía todavía no habían podido ser individualizados. Con eso se había perdido también la esperanza de que, con el arresto de Ravachol, no se producirían más atentados. Se evidenció que los acusados tenían en la calle amigos desconocidos a los que no se podía echar mano a pesar de todas las detenciones. Además, el asalto a la casa de un constructor de túnneles en Soisy-sous-Etioles, no lejos de París, que se había producido antes de los atentados con bombas de Ravachol, en el cual fueron robados algunos centenares de cartuchos de dinamita, adquirió una nueva y teórica significación.

Cuando se hizo el primer proceso contra Ravachol y sus compañeros ante los tribunales de París, el edificio del tribunal parecía una fortaleza sitiada. Todos los accesos, con excepción de uno solo, habían sido clausurados. Todo un ejército de policías y de agentes they épeos fue movilizado para impedir un atentado a los representantes de la justicia. En el banquillo de los acusados estaban Ravachol, Chaumartin, Simon, Béala y su abogado Mariette Soubert, a quienes se acusaba de atentados con dinamita en París. Ravachol se hizo cargo de todo y declaró que sus coacusados sólo habían sido llevados allí por haber tenido la desgracia de conocerle personalmente.

Como motivos de sus actos citó el fallo injusto contra Decamps y Durance, para quienes el fiscal Bulot había pedido incluso la pena de muerte, aunque los jurados habían reconocido circunstancias atenuantes. La dura sentencia contra dos padres de familia, cuyas mujeres e hijos habían sido abandonados así a la más amarga miseria, y ante todo los terribles malos tratos que tuvieron que soportar aquellos hombres de parte de la policía, le habían incitado a tomar la justicia por su propia mano”. “Quería mostrar a los acusadores, dijo, que no se puede ofender impunemente a la justicia, y
hacerlos ver que está en su deber una comprensión humana mayor de las acciones del prójimo".

A la pregunta del presidente sobre el lugar donde habían sido ocultados los cuatrocientos cartuchos de dinamita robados, rehusó Ravachol todo informe. El proceso terminó con la condena de Ravachol y de Simon, un muchacho muy joven, de apenas dieciocho años, a trabajos forzados a perpetuidad. Los demás acusados fueron absueltos.

Aquella sentencia produjo violentas discusiones en la prensa. Los periódicos conservadores acusaron al tribunal y, especialmente al presidente, de que se habían dejado intimidar por el atentado del café Véry y que por eso habían exaltado la condena a muerte. Esa afirmación no estaba del todo fuera de lugar, pues el presidente mostró en los debates una sorprendente suavidad, que raramente se veía entonces en Francia contra los revolucionarios. Si se comparara el comportamiento de las personas del tribunal en el proceso de Decamps y Durande con el proceso contra Ravachol, tiene que ponerse de relieve un cambio en la diferencia.

El segundo proceso contra Ravachol tuvo lugar ante el tribunal del Loire en Monthirison. También allí había tomado la policía todas las medidas para impedir desagradables incidentes. Toda la ciudad había sido inundada de agentes secretos de París. La detención policial había sido considerablemente aumentada y no sólo el edificio de los tribunales, sino también todas las posadas donde tenían su residencia las personas del tribunal durante el proceso, fueron puestas bajo protección especial. Tuvieron que esconderse en el bungalow de los acusados Jas-Béla y Mariette Soubert. La acusación atribuía a Ravachol diversos asesinatos y un asalto al panteón de la familia Rochetaillée en Terrenoire. El primer asesinato fue cometido en 1836 en la persona del noble Rivollier en La Varenelle. En el segundo crimen, se trataba del asesinato de la señora Marcon, de 76 años, y de su hija en julio de 1891, que tenían un pequeño negocio en Saint-Etienne. El tercer caso, fue la muerte violenta del ermitaño Bruneau en las cercanías de Chambéry, en junio de 1891. Sólo en el caso de Bruneau había encontrado grandes sumas de dinero el autor o los autores. Ravachol confesó sin vacilación el asalto al panteón familiar. En el caso de Bruneau, declaró que no se había propuesto más que el robo, pero sus gritos le habían forzado a matarlo, para no caer en manos de la policía. En cambio no obtuvo ninguna intervención de los demás crímenes que se le imputaban. Cuando el presidente le preguntó por qué no quería hacer una confesión completa, ya que no debía esperar que salvaría la vida, respondió: “No tengo ningún propósito de salvar la cabeza y estoy dispuesto a pagar el precio de mis actos. Pero no puedo hacerme cargo de crímenes que nunca me ha pasado por la cabeza realizar”.

En verdad, los representantes de la acusación no pudieron presentar contra él la menor prueba y se apoyaron simplemente en una declaración de Chaumartin, que había dicho que Ravachol le había contado por propio impulso la historia de aquellos dos crímenes y que Béla y su amante le habían ayudado en ellos. Pero hasta el mismo tribunal tuvo que reconocer que Béla y Mariette eran trabajadores honrados, cuyos antecedentes no tenían nada que ver con un delito cualquiera. Pero Chaumartin se había enmarañado en tontas contradicciones, y el papel que tuvo que desempeñar como testigo principal de cargo contra su antiguo amigo fue tan miserable que la prensa entera no tuvo una buena palabra en su favor, y expresó su repugnancia sin nombre alguno. Esa impresión fue más fortaleza aún cuando Chaumartin se jactó ante el tribunal de la “maquinación de Ravachol” y no pudo negar que “él le había ayudado a menudo en la miseria, había enseñado a leer a sus hijos y era conocido en su familia como un padre”. Ravachol se defendió en Monthirison con la misma tranquilidad y férrea decisión que había mostrado en París. Cualquier cosa que se piense sobre sus hechos, había en este hombre algo que le elevaba por encima del nivel de los malhechores ordinarios. No se preocupó de embellecer sus actos ni intentó salvar su cabeza y permaneció incontaminado hasta el último momento. Jas-Béla y Mariette Soubert tuvieron que ser absueltos en Monthirison, pues no se pudo aducir contra ellos ni la sombra de una prueba. Ravachol fue condenado a muerte y recibió la sentencia con el grito “Vive l’anarchie!”.

Rechazó un pedido de gracia al presidente de la república, lo mismo que los auxilios religiosos de un sacerdote el día de la ejecución. Cuando el verdugo le cortó el cabello de la nuca, le dijo: “Es un oficio miserable el que usted realiza”.

El 10 de julio de 1892 murió Ravachol bajo la cuchilla de la guillotina. Conservó hasta el último momento su tranquilidad férrea. Cuando se vio ante el cadalso con las manos atadas y rodeado de gendarmes, se burló de la muerte entonando una estrofa de la vieja canción popular revolucionaria Le Père Duchêne.

Pero con la muerte de Ravachol no se agotó el interés en torno a este hombre y a sus hechos. Su ejecución dio más impulso a múltiples consideraciones en la literatura contemporánea sobre los móviles de sus hechos y las causas de que habían surgido. Toda una serie de celebrados escritores franceses se ocuparon de la persona de Ravachol y dieron a sus hechos una significación social que sobrepasaba la valoración psicológica de los delitos ordinarios. Octave Mirbeau, autor famoso de numerosas novelas excelentes y de dramas, escribió en L’En Dehors su Apologia de Ravachol. Paul Adam, el conocido autor de Robes Rouges y de muchas otras obras, publicó en los Entretiens politiques et littéraires su Elogio de Ravachol, en donde el “mártir de Monthirison” fue celebrado como el profeta de una era nueva. A. Gouillé escribió sobre él en L’art social, y el joven historiador A. Tabarant, autor de la notable obra L’Aube, dedicó un artículo brillante en El En Dehors de Lo d’Axa.

Yo llegué aproximadamente a París tres meses después de la ejecución de Ravachol, cuando estaba en pleno auge la disputa en torno a su personalidad. En noviembre de 1892, publicó la revista del Dr. Lacassagne, Archives d’Anthropologie criminelle, un artículo dedicado a la causa del jurista A. Béard, Les hommes et les théories de l’anarchie, que ocupaba principalmente de Ravachol y de sus hechos. Le respondió el soció-
logo A. Hamon en *Art Sociale*, en un largo ensayo con el mismo título. Era una obra maestra de lógica, de incisiva agudeza y de crítica despiadada que ha debido proporcionarle al fiscal Bérard algunas malas horas, tanto más cuanto que la respuesta de Hamon se reimpri... en un folleto muy difundido. Ese trabajo causó un inmenso poderoso impresión y lo tradujo luego en alemán. Fué mi primera traducción del idioma francés.

Sólo en un período de descomposición social general, iluminado drásticamente por los descubrimientos espléndidos del escándalo de Panama, fue posible que los hechos de un Ravachol pudieran comover tan profundamente la opinión pública. Se hicieron comparaciones entre aquellas picardías de alcance tan gigantesco, de que habían sido víctimas muchos millares y millares, porque sus causantes estaban protegidos por legisladores vendidos, y la conducta de un hombre que había realizado sus hechos para ayudar a otros y debía estar siempre en condiciones de pagar sus actos con la vida. Esa contradicción recibió, además, una significación simbólica cuando después se supo que el presidente del tribunal, Darrigrand, que había dictado en Montbrison la pena de muerte contra Ravachol, había sido procesado en 1883 en Guadalup, en su calidad de fiscal, por estafas comunes y se estableció judicialmente que había abusado de su puesto de alto funcionario del Estado en su propio provecho de una manera denigrante. "El señor Darrigrand, escribió A. Hamon, tan gravemente acusado en las colonias y tan virtuoso en Montbrison, murió de manera misteriosa en Lyon en mayo de 1883".

Cuando llegó a París, se había formado ya toda una leyenda en torno al nombre de Ravachol. Su retrato fue difundido por millares de copias y en diversas ediciones. Hubo entre ellas un dibujo en madera que, si no me equivoco, fue realizado por el artista L. Morin. Representaba un busto de Ravachol en el cuadro de la guillotina. En el fondo se veía una nube y un sol naciente. El retrato había sido trazado en pocas líneas vigorosas y causaba un efecto extraordinariamente fuerte. Una nueva canción, llamada *La Ravachele*, que se cantaba con la melodía de la *Carmagnole* y del *Ça i'ra* de la gran revolución, se oía entonces en todos los actos populares revolucionarios. La segunda estrofa de esa agitada canción de masas, tenía el siguiente contenido:

```
Il y a des magistrats vends (bis),
Il y a des financiers verts (bis),
Il y a des argusines: Mais pour tous ces coquins,

Il y a de la dynamite;
Vive le son, vive le son,
Il y a de la dynamite,
Vive le son.

De l’explosion;
Dansons la Ravachele!
```

Vive le son, vive le son!
Dansons la Ravachele!
Vive le son de l’explosion!
Ah, çà i’ra, çà i’ra, çà i’ra,
Tous les bourgeois gourn’ont la bombe,
Ah, çà i’ra, çà i’ra, çà i’ra,
Tous les bourgeois on les sau’tra,
On les sau’tra!

Con la ejecución de Ravachol comenzó un período muy agitado en el movimiento revolucionario de Francia. El gobierno había procedido ya en abril de 1892, después de los atentados de Ravachol, a un agudizamiento de las penalidades, en razón de lo cual los autores de intentos de voladura de edificios públicos y particulares, aun cuando no hubiesen víctimas humanas, podían ser condenados a muerte. Centenares de anarquistas fueron detenidos en todo el país, de los cuales la mayor parte volvieron a ser puestos en libertad, pues aparte de su convicción no se les pudo imputar ninguna acción punible. La que tuvo que sufrir más fue la prensa anarquista, sin que las numerosas condenas de sus redactores pudiesen imponer límites a la audacia de su lenguaje. El Pére Peinard tenía casi todos los días de lluvia un proceso nuevo, pero el periódico se sostuvo magníficamente, y no sólo aumentó su formato, sino también el número de sus lectores. También los editores de *La Révolte*, *L’En Dehors* y otros periódicos anarquistas de París y provincias, fueron objeto a menudo de castigos sensibles. Apenas había en aquel período tormentoso una semana sin que se encontrasen en Santa Pelagia, la prisión para presos políticos, conocidos propagandistas del anarquismo.

Naturalmente, esas constantes persecuciones no producían ningún resultado. Sólo contribuían a llevar adeptos a la propaganda anarquista y a encender cada vez más la resistencia. La gran prensa cotidiana informó entonces casi todos los días sobre nuevos atentados. La mayor parte de los periódicos tenía una sección titulada *La Dynamite*, que se ocupaba exclusivamente de la propaganda del hecho y prestaba múltiple ayuda, sin quererlo, a la difusión de la ideología anarquista en el pueblo. Cuentos de todos esos pequeños atentados, cartas amenazantes a las autoridades o a conocidas personalidades políticas, etc., partían de verdaderos anarquistas o de agentes de la policía, no se puede comprobar naturalmente. Pero es muy probable que algunos motivos de sospecha que ha publicado después Jean Grave en sus memorias, no hayan sido simplemente inventados.

El 25 de julio de 1892 tuvo lugar el proceso contra los anarquistas Fauqux, Drouhet, Etievant y Chevenet, a quienes se acusó de haber robado cuatrocientos cartuchos de dinamita, junto con Ravachol, de Soisy-sous-Etioles. Como testimonio principal contra los acusados apareció también en este proceso Chauvin. Como los acusados se rehusaron a toda declaración, el tribunal tuvo que atenerse casi exclusivamente a las declaraciones de Chauvin, cuya personalidad repulsiva fué liquidada por los inculpados con inciso desprecio. El presidente del tribunal, Fayot, tuvo un gran choque especialmente con Fauqux y Etievant, que no sólo rehusaron al tribunal el respeto exigido, sino que declararon también que no reconocían a nadie más que a su conciencia el derecho a juzgar de sus actos. De los cuatro acusados, Étievant era, sin duda, el más capaz. Como el presidente no le permitió hacer una larga declaración para cimentar sus interpretaciones, publicó Jean Grave el discurso no pronunciado, primero en *La Révolte* y luego en un folleto especial, que tuvo muchas ediciones y fue traducido a casi todos los idiomas europeos. A pesar de las pruebas deficientes, el tribunal condenó a Fauqux a veinte años de trabajos forzados, a Chevenet a diez y a Drouhet a seis. Étievant, contra el cual, aparte de sus ideas, no se hizo ningún cargo concreto, fue condenado a cinco años de prisión.

1 Jean Grave: *Le mouvement libertaire sous la Seine Republique* (Souvenir d’un Révolte). París, 1892.
El cenáculo de policía E. Reynaud ha sostenido después en sus memoriales que Faucompré había prestado servicios de delator a otro funcionario de policía, sin dar la menor prueba de esa afirmación. Con todo derecho le respondió Jean Grave: “No sé de dónde ha tomado el señor Reynaud su afirmación, pero se basa claramente en un error. Faucompré fue enviado a presidio, donde ha muerto. Si no me equivoco, fue muerto allí en un amotinamiento junto con algunos otros anarquistas. Si Faucompré hubiese sido un delator, no habría terminado su vida en el presidio”.

Aquél proceso fue el último eco del asunto Ravachol.

EL MOVIMIENTO ANARQUISTA EN FRANCIA

La descomposición interna de la tercera República ha contribuido mucho, sin duda, al fortalecimiento del movimiento anarquista. Francia se encontraba en una situación muy distinta a Alemania y a la mayor parte de los países de la parte occidental de Europa, donde no se había conocido aún la democracia burguesa en un verdadero sistema parlamentario de gobierno y por esa causa se podía esperar grandes cambios de una modificación de las condiciones políticas. Pero el pueblo francés había conocido desde los días de la gran revolución las más diversas formas de gobierno: la dictadura de los jacobinos, el gobierno del Sable de Napoleón I, el retorno de los Borbones, el liberalismo, las esperanzas malogradas y la rápida decadencia de la segunda República, la reedición del bonapartismo y la pobreza interna del sistema parlamentario bajo la tercera República. En esas circunstancias se comprende fácilmente que en los círculos políticos avanzados se haya perdido la confianza en las viejas formas de dominación y se busquen nuevos caminos.

En Francia, como por los demás en todos los países latinos, hubo siempre determinadas aspiraciones en el pueblo próximas al anarquismo. La influencia poderosa de Proudhon tenía todavía efecto en el pensamiento político e influyó en amplios sectores de la población obrera francesa hasta hoy mismo. Las ideas que ha expuesto el gran pensador francés en su Idée générale de la Révolution au XIXe Siècle y en otras numerosas obras, arraigaron hondamente en las concepciones sociales de la época porque fueron sentidas como una continuación natural del pensamiento de la gran revolución. Para Proudhon la lucha contra el absolutismo, que había iniciado la revolución, estaba lejos de haber terminado. Había explicado que el absolutismo, ese principio eterno de la tutela por un objetivo providencial, al que no tiene acceso ninguna intervención humana, es el que más se oponen al hombre en sus aspiraciones hacia formas superiores de existencia social.

Para Proudhon el socialismo no era sólo un problema económico, sino una misión cultural que abarca todos los dominios de la actitud humana. Sabía que las tradiciones autoritarias del pensamiento monárquico no podían ser suprimidas sólo en un dominio y ser conservadas en los demás, si no se quería que la causa de la liberación social desembocase en un nuevo despotismo. Para él la explotación económica, la opresión política y la dependencia espiritual no eran más que manifestaciones diversas de la misma causa. Veía en la monarquía el símbolo de toda la dependencia humana. No era para él sólo una institución política, sino una condición social con determinados efectos capitales y psicológicos inevitables que se advierten igualmente en todos los dominios de la vida. En este sentido llamaba al capitalismo la monarquía de la economía, que hace al trabajo tributario del capital de la misma manera que la sociedad es tributaria del Estado y el espíritu de la iglesia.

Durante la de la comuna de París contra la centralización política y en pro de la federación libre de comunas habían sido formuladas principalmente por las ideas de Proudhon. La supresión del poder político de la vida de la sociedad por medio de la administración de las necesidades sociales sobre la base de pactos libres, y la superación de los monopolios económicos por el trabajo colectivo en interés de todas, parecieron a muchos el punto de partida de un nuevo desarrollo social, tanto más cuanto que los cambios constantes de las formas políticas no habían conducido a ningún resultado palpable y sólo debían ser considerados como una continuación eterna de los mismos males sociales bajo otros rótulos.

Por eso, era muy natural que en un tiempo en que se advertía por todas partes el encadenamiento de la vida pública, tuviesen gran difusión las ideas del anarquismo en un país como Francia. Los anarquistas no formaban un partido político cerrado como la mayor parte de las otras tendencias del socialismo, pues la conquista del poder político no tenía ninguna importancia para ellos y sólo debían contribuir a recomendar el círculo de la ceguera. Lo que ellos querían era una reforma de la vida social sobre la base de la libertad personal y de la igualdad económica, y sabían que eso no podía ser alcanzado por los decretos políticos y las decisiones gubernativas. Los cambios sociales debían producirse en el pueblo mismo y llegar a la madurez dentro, como todas las conquistas culturales en el curso de la historia.

Hubo en aquel tiempo centenares de grupos anarquistas en París y en provincias que desarrollaban una propaganda incansable y no estaban vinculados entre sí más que por la comunidad de sus aspiraciones. Muchos de ellos simpatizaban con los hechos revolucionarios, realizados entonces por individuos, en los cuales se veía a los mensajeros de una nueva revolución, sin tener ninguna relación con aquellos hechos. Los ejecutores de aquellas demostraciones eran conocidos sólo de muy pocos, pues estaba en la naturaleza de las cosas que hubiesen de imponerse la mayor precaución para no atraer sobre ellos la sospecha de la policía. Sería falso también suponer que aquellos hechos que llenaban entonces a toda Francia del incierto, habían sido un resultado inmediato de las concepciones anarquistas. Correspondían más bien al relajamiento interno de las condiciones políticas y sociales de aquel periodo, que habían socavado completamente la fe en una solución pacífica de las contradicciones sociales en amplios sectores del pueblo, y debían ser considerados, por tanto, como las protestas violentas de los individuos.

La conspiración de que el gobierno intentaba hacer responsables de los hechos de los individuos a las concepciones sociales de todo un movimiento, agudizó más las divergencias y estimuló a los hombres a la resistencia, ya que estaban expuestos a todas las persecuciones en última instancia sólo en razón de sus ideas. En un país como Francia, donde los seres humanos
en razón de su historia y de las tradiciones recibidas estaban más inclinados a la resistencia que a la colaboración. Tal ejemplo, en Alemania, tales intervenciones brutales en la vida de los ciudadanos particulares eran doblemente funestas.

Los anarquistas franceses disponían en 1880-90 y 1890-900 de una prensa bastante difundida. El centro de la propaganda anarquista era naturalmente París, donde, desde el comienzo del decenio 1880-90, tuvo la luz toda una serie de periódicos anarquistas. Los más importantes y los más difundidos de esos periódicos fueron La Révolution y Le Père Peinard, que se sostuvieron largo tiempo, hasta que en 1884 cayeron víctimas de las terribles persecuciones que siguieron al asesinato del presidente Carnot; pero un año después reaparecieron ya bajo otros nombres.

El más viejo de esos periódicos era La Révolution. Fué fundada en 1879 por Kropotkin y un grupo de compañeros en Ginebra con el nombre de Le Révolution, y seis años después fue trasladada a París. Condenada en 1887 a una multa de quinientos francos, suspendió Le Révolution su aparición para comenzar de nuevo su carrera en la semana siguiente con el nombre de La Révolution. El redactor del periódico fue Jean Grave, uno de los hombres más capaces y abnegados del movimiento, que ocupó su puesto hasta la primera guerra mundial. La Révolution tenía un excelente cuerpo de colaboradores y era, sin duda, la mejor publicación de que disponía el movimiento. Eliseo Reclus y toda una serie de las cabezas más capaces del anarquismo francés, dieron al periódico constantemente sus mejores contribuciones. Kropotkin, que pertenecía a los colaboradores regulares de La Révolution, publicó allí muchos de sus trabajos más valiosos. Muchos conocidos compañeros de otros países como Makhno, Malatesta, Mella, d'Angio, Torrada del Marmol, Netala y después Domela Nieuwenhuis, Corneille, Mazzini y muchos otros, escribieron de tanto en tanto para el periódico. La Révolution tenía corresponsales en muchos países de Europa y de América, y las noticias constantes sobre el movimiento social en todo el mundo son una verdadera mina para los que tienen interés en la historia de las aspiraciones libertarias de aquellos años.

Una excelente dependencia de La Révolution era el Supplément Littéraire, un suplemento semanal que producía artículos brillantemente seleccionados, aforismos, noticias bibliográficas y fragmentos de obras de la vieja y la nueva literatura de todos los países, en las que tenía una expresión las concepciones libertarias. El Supplément no se limitaba sólo a un determinado dominio, sino que reproducía contribuciones de todas las ramas de la literatura científica, filosófica y puramente literaria. Esas colecciones son un verdadero arsenal de todo lo que han pensado o escrito los espíritus selectos. En toda la literatura periodística del socialismo libertario apenas se encuentra una publicación en donde la concepción del mundo del anarquismo se haya expresado de manera tan diversa y tan amplia.

Muy diverso era Le Père Peinard, escrito en el dialecto popular parisino y editado por Emile Pouget y un grupo de compañeros. Pouget era, seguramente, una de las cabezas más ingeniosas del movimiento y tuvo, junto con

---

1 La Révolution fue suprimida por el gobierno después del asesinato de Carnot, en 1894, en razón de las llamadas "sórdidas", pero reapareció desde mayo de 1895 hasta comienzos de la segunda guerra mundial con el nombre de Les Temps Nouveaux.
y después de las elecciones, cuándo aquéllos le piden el cumplimiento de sus promesas, lo hace mientras el amargo trasero con estas palabras: "Voilà la lune!"

Eso rico material plástico dio al periódico un valor especial y es de inapreciable significación para los historiadores de la cultura. Lo que hicieron las brillantes cualidades de Daumier en la época de Luis Felipe, lo hicieron aquellos colaboradores del Père Peinard con sus reproducciones de las condiciones sociales en el período de la tercera República. Una colección completa del periódico, incluso todos los números confiscados, es hoy una gran raraeza.

Una publicación digna de mención de aquel tiempo fue L'En Dehors, que fundó en 1891 Zo d'Asa. El periódico, un semanario, tenía un excelente equipo de colaboradores. Además de artículos de anarquistas conocidos como Charles Malato, Sébastien Faure, Bernard Lacaze, A. Cohen, Emile Henry, J. Ajalbert, A. Hamon y otros, publicó L'En Dehors también contribuciones originales de los representantes más famosos de la literatura francesa como Mirabeau, Paul Adam, Tabarant, Durien, Verhaeren, Maclait, Jules Christoph, F. Fédon y otros más, que entonces estaban animados por ideas libertarias.

L'En Dehors se ocupó menos de problemas de la teoría de La Révolte, y menos de la propaganda práctica en el pueblo como el Père Peinard, pero en cambio ilustró todos los problemas de la vida contemporánea y especialmente todos los problemas del nuevo arte y la literatura desde un punto de vista que no era influído por ningún cariz partidista, como correspondía ya al nombre del periódico. El editor, Zo d'Asa, era uno de aquellos revolucionarios impulsores con fuerte propensión artística, que estaba en pie de guerra contra todos los principios de fe heredados. Las conocidas palabras de Bakunin: "El espíritu de la destrucción es un espíritu creador", habrían podido servir de lema a su periódico. Había expresado en el primer número del L'En Dehors sus aspiraciones, que se pueden resumir en las siguientes palabras:

Nos agrada la lucha por la lucha misma, sin tener en cuenta las ventajas que entraña la victoria de una idea. No existe hasta aquí ninguna piedra de toque insalvable para la verdad, y el ideal de una próxima edad de oro no ha sido todavía despertado de sus velos. La vida misma es un cambio eterno de ideas y fenómenos, que no están ligados a ninguna interpretación determinada. Nos sentimos hoy alcanzados por nuevas corrientes de ideas e no sabemos hacia dónde nos llevarán. Es el movimiento mismo el que altera todas las formas de la existencia y abre el camino a nuevas posibilidades. Nada es peor que el absolutismo de ideas que creen poder remodelar el mundo de acuerdo con determinadas previsiones. Todo absolutismo es reacción y pecado contra el espíritu. Por eso vivimos sólo el hoy y no preguntamos por lo que nos traerá el porvenir. No conocemos más que las ligaduras que nos oprimen hoy, y hay que romperlas. No pensar con los pensamientos del pasado, sino ser fiel a sí mismos y seguir la propia convicción, tal es la primera tarea que nos ha impuesto la época.

El idioma del L'En Dehors era propio, naturalmente, de la cultura intelectual de sus editores. Era rico y expresivo y poseía todas las excentricidades que prestan un extraordinario encanto a toda la literatura francesa. Y, además, todas las ideas eran expresadas con una audacia que no dejaba nada que desear, y fué tolerado por el gobierno probablemente sólo porque en Francia es muy difícil para las autoridades intervenir en el dominio de la literatura. En el L'En Dehors aparecieron también artículos de Mirabeau y de Tabarant, que discutían los hechos de Raspail en una manera que debía sacar de su equilibrio a los filisteos. El gobierno intentó algunas veces persuadir a los editores mediante prevenciones indirectas para que moderasen su tono. Tampoco eso sirvió de nada y Zo d'Asa, finalmente, fue procesado y condenado a dos años de prisión. Todas una serie de importantes escritores, entre otros también George Clemenceau, Henri Bauer, Lucien Duvigny, Laurence Vialade y Jean de Mitty, testimonios vivamente en su favor y presentaron el mejor alegato sobre su capacidad literaria.

La Révolte, Le Père Peinard y L'En Dehors eran, sin duda, las publicaciones más importantes del movimiento francés de aquel tiempo, pero no eran en modo alguno las únicas. Periódicos y revistas anarquistas aparecían entonces en Marsella, Lyon, Burdeos, Amiens, Dijon, Le Havre, Argelía y otras ciudades. La mayoría de ellas tuvieron sólo breve existencia y cayeron víctimas de las persecuciones de la policía o de otras causas, pero fueron por lo general suplantadas por publicaciones nuevas que continuaron la lucha con otros nombres. Tal fue, especialmente, el caso en Lyon, donde las persecuciones eran extraordinariamente violentas. Pero en cuanto era suprimido un periódico aparecía otro en su lugar, de manera que en pocos años aparecieron por lo menos una docena de periódicos anarquistas, que se sucedieron unos a otros como los miembros de una cadena. Hasta en París mismo existían, además, diversas publicaciones que servían a los más distintos propósitos. Había periódicos sindicales anarquistas como Le Riflard, Le Pot-à-Calle, Le Cri typographique, e revistas como La Revue Anarchiste, a la que siguió después La Revue Libératrice. Había, además, siempre ediciones especiales, que se consagraban sobre todo a la difusión de ideas antipatrióticas y antimilitaristas.

Además de aquellos periódicos y revistas, crearon en aquel tiempo los anarquistas franceses una literatura de folletos extraordinariamente vigorosa y de rico contenido como ningún otro movimiento social. Jean Grave, el viejo editor de La Révolte y de los Temps Nouveaux que le sucedieron, nos da en sus memorias algunos datos muy dignos de mención. Durante la existencia de esos dos periódicos publicaron sus editores no menos de 88 folletos distinguidos en un tiraje total de 2,236,000 ejemplares. Algunos de esos escritos encontraron una sorprendente difusión. Así, por ejemplo, se imprimieron 95,000 ejemplares de Entre Paysans, de Malatesta, y 80,000 ejemplares de Aux jeunes Gens, de Kropotkin. Como el escrito de Kropotkin fue repetidamente presentado en nuevas ediciones por otros grupos más en Francia, Bélgica y Suecia francesa, seríase el folleto anarquista más difundido que haya aparecido jamás. Ningún folleto se imprimía en menos de 10,000 ejemplares. Y aquí no se trata más que de ediciones que hacían Jean Grave y sus amigos. Si se suma a eso también las almanaque de Père Peinard y los folletos impresos y difundidos por otros grupos en París y en provincias, se tiene una noción de la actividad de la propaganda anarquista en ese dominio.
Muchos de esos escritos, especialmente las ediciones de Kropotkin, Reclus, Malatesta, Gras y otros fueron traducidos a menudo en más de veinte idiomas distintos, entre ellos en alemán, chino y japonés. Singularmente en España, en Italia y en América del Sur aparecieron constantemente nuevas ediciones, cuyo número apenas se podría establecer.

Aunque los activos editores de los Temps Nouveaux publicaron también algunas obras de gran formato, los numerosos libros de los escritores anarquistas conocidos en Francia aparecieron casi todos en las casas editoras burguesas, como ocurrió también en Italia y en España. La gran difusión del movimiento anarquista en los países latinos hizo que tales obras fueran siempre un buen mercado, de modo que los editores no se preocupaban de las ideas de los autores, como ocurría frecuentemente en otros países. Todas las obras conocidas de mayor formato de Kropotkin, Reclus, Grave, Faure, Malato, Hamon, Lazare, Domela Nieuwenhuis, Retie, Luisa Michel, Martino, Tailhade, Tarrida del Marmol y muchos otros aparecieron en el comercio libre general y tuvieron a menudo numerosas ediciones. De La conquête du pain, de Kropotkin, aparecieron no menos de trece ediciones en París.

Del libro de Jean Grave, La société mourante et l’anarchie, que fue confiscado por el gobierno, se difundieron por las librerías 10.000 ejemplares. Además, se hizo una edición popular barata de 3.000 ejemplares. El libro L’Anarchie, son bat, ses moyens, del mismo autor, tuvo doce ediciones, y su obra La société future, diez. Esas cifras demuestran qué interés se tenía entonces en Francia por el movimiento anarquista.

Junto a los periódicos, los folletos y los libros tenían un gran campo de acción, tanto en las manifestaciones de propaganda. No hubo ninguna ocasión importante en que no llegasen al pueblo tales manifestaciones. Algunos de ellos tenían un carácter muy violento, como, por ejemplo, el mural Dynamite et Panama, la Déclaration des soldats anarchistes y el manifiesto A bas le Tsar! que apareció en octubre de 1939 y se difundió secretamente por todas partes en ocasión de la visita del zar a París.

Esta especie de propaganda fué especialmente difundida en los períodos electorales y producía a menudo interés general por su humorismo sabio y su sátira mordaz. El prestigio de la llamada representación del pueblo habia caído tanto en aquel tiempo por los frecuentes escándalos, que justamente la crítica más aguda causaba el mejor efecto en los parisienes amigos de las bromas. Esto lo mostró entre otras cosas la sátira sangrienta de Mirabeau, Le grève des électeurs (la huelga de los electores), que apareció primeramente en el Figaro, después fue reiteradamente impreso por los periódicos anarquistas y tuvo una amplia difusión como volante especial. Un carácter singularmente rudo y popular tenían los manifestos electorales del Père Peinard, que frecuentemente, y por cierto, eran identificados con el humorismo de los parisienes. Me recuerdo todavía hoy de uno de esos murales, cuyo humorismo sabroso hizo reír a la población durante semanas.

Le Père Peinard, que fué presentado por sus editores, como se sabe, como zapatero remendón parisien, cuenta allí cómo ambulaba a lo largo del Sena una noche después del trabajo y en esa oportunidad observó a un hombre que estaba en tren de ahogar a un perro viejo y sarnoso. El pobre animal despedía un olor muy feo, estaba al parecer ciego y cojeaba de dos patas. Mucho bien hecho, pensó el Père Peinard. ¡Qué ha de hacer en el mundo ya el pobre mastín! Sin embargo, se le ocurrió de repente una idea. ¡Alto! —grito—, déjame el animal, te ahorrará ese trabajo desgrable. Según el olor, el viejo mastín estaría muy bien en la Cámara. No puede morder, y esto es una ventaja. Es ciego como todos los representantes del pueblo. Cojea de dos patas. Los hombres del parlamento cojean de la conciencia. Dos patas paralíticas son algo mejor todavía que una conciencia paralítica. Y sigue mencionando todas las comparaciones entre el perro enfermo y los honorables diputados, de manera que no dejaba nada que desear en cuanto a claridad del lenguaje. La comparación termina, naturalmente, en favor del perro, que es proclamado candidato a la Cámara.

Un pensamiento semejante desarrolló Jo d’Aix después de una de sus famosas Feuilles, donde un asno, el ciudadano Cero, que vio la luz del mundo en la tierra de Rabelais y de La Fontaine, es recomendado como candidato a los electores. Ese hermoso llamado fué escrito en un francés excelente, y sólo el lenguaje hizo de él una de las obras maestras de la sátira francesa.

Otros medios de propaganda fueron las canciones revolucionarias. Francia tiene más canciones que ningún otro país, y las melodías, en la mayor parte de los casos muy logradas, les dan una atracción singular. Algunas de esas canciones, como por ejemplo la Internationale, se han difundido por el mundo entero. También los anarquistas franceses han creado un gran número de tales canciones.

Cuando yo vivía en París los llamados cantores callejeros eran todavía un fenómeno conocido. Se les encontraba en todas partes, y su aparición daba un tono muy familiar a la vida callejera parisienne. El tráfico mayor de la gran ciudad ha alejado poco a poco de las calles esas figuras, y hoy sólo se les encuentra raramente. Estos barberos de la calle aparecían comunesmente de a dos o de a tres en una calle cualquiera y cantaban al pie de sus canciones que, por lo general, eran acompañadas en un violín y eran vendidas por uno o dos sous la pieza. En los suburbios obreros, especialmente en el faubourg Saint Antoine, en Belleville, o en Saint Denis, se oían entonces a menudo canciones revolucionarias y anarquistas, que cantaban los cantores ambulantes y solían ser coreadas por los oyentes.

Entre los poetas de la anarquía había sobre todo dos cuyas canciones eran entonces muy apreciadas: Paul Paillette y Le Père Laparge. Se les oía en todos los actos revolucionarios y en todas las fiestas de los compañeros franceses. No raramente aparecían los autores mismos en tales ocasiones y presentaban sus más bellos números. De Paillette, que había reunido los héroes de su musa en las Tablettes d’un Lézard, procede el canto Heureux temps, que comienza con las palabras:

Quand nous en serons au temps d’anarchie,
Les humains joyeux auront un gros cœur
Et légère paix.
Heureux, on saura, sainte récompense,
Dans l’amour d’autrui doublier son bonheur!
Quand nous en serons un temps d’anarchie,
Les humains joyeux auront un gros cœur.
A Sebastián Faure pareció haberle agradado especialmente esa canción. Le oí a menudo cantarla en las reuniones de los camaradas. Su voz clara y sonora sabía poner mucho sentimiento en la melodía algo elegíaca.

De naturaleza más mecánica eran las poesías del Père Lapurje. En la forma y el contenido descendían de las canciones populares revolucionarias de la gran revolución y estaban ajustadas al ritmo de la Carnagnole y del Ça ira, como por ejemplo su Gare la Bombe! y La Dynamite; ésta, como la Carnagnole, no sólo era cantada, sino también bailada, y cada estrofa terminaba con el estribillo:

Dame, Dynamite,
Que l'un danse vite
Dames et charlots
Et dynamitons!

En todas las asambleas socialistas de aquel tiempo se cantaban canciones revolucionarias, y esos cantos colectivos, con su cumbio de tono extraordinariamente vivaz, que surgían de las gargantas de millares de seres entusiastas, causaban un poderoso efecto, especialmente en los jóvenes como yo, que nunca habían oído antes nada semejante. En realidad, canciones con el ritmo fogoso de La Marianne o Debout frères de misère tenían un notable efecto. El estribillo de esta última canción suena como el paso de marcha de las formaciones de lucha que se acercan decididas a romper sus cadenas:

Debout, frères de misère,
Debout, et plus de frontière;
Révoltez-vous contre les affameurs!
Pour écraser la bourgeoisie
Et supprimer la tyrannie,
Il faut lutter encore
Pour l'Anarchie!

Un efecto semejante causa también el estribillo de la vieja Jurassienne:

Nègre de l'usine,
Forgé de la mine,
Ilette du champ,
Lève-toi, peuple puissant;
Ouvrier, prend la machine!
Prenons la terre, payez!

Un efecto alegre, tanto por su contenido como por su melodía, era producido por el Chant des Anti-Proprio. La Ligue des Anti-Proprio era una asociación de grupos que realizaban su alegre oficio principalmente en los suburbios, pero también en otras partes de París. Cuando un compañero o algún otro pobre diablo que tenía relaciones con los Anti-Proprio era atravesado en su alquiler o quería cambiarlo a otra vivienda, aparecían de repente aquellos Caballeros de la campana de palo con pequeños carros de mano ante la casa. Mientras algunos individuos vigorosos impedían intervenir al administrador, vaciaban los otros el domicilio de su protegido y ponían sus efectos en la calle. Según la ley francesa, el propietario de una casa perdía todo

Además había en París entonces un gran número de cabarets en los que se cultivaba la canción y la sátira revolucionarias, especialmente en Montmartre, pero también en otras partes de la ciudad, a donde solían concurrir los obreros.

Significativo del espíritu de aquel tiempo es la circunstancia que un gran número de revistas literarias de prestigio, que no tenían ninguna relación directa con el movimiento anarquista como tal, no vacilaban en abrir sus columnas a conocidos escritores anarquistas o publicaban artículos escritos a menudo sin preconceptos sobre las aspiraciones intelectuales del anarquismo. A ese número pertenecían la Revue Blanche, dirigida entonces por Paul Adam, L’Hermitage, Le Mercure de France, La Pâume y Los Entretiens polítics y literaires. Esta revista estuvo incluso un tiempo completamente bajo la influencia de la ideología anarquista; La Pâume dedicó su número entero en mayo de 1893 al anarquismo, confeccionado por André Védaux. También L’Enclos y Le Livre d’Art se ocupaban a menudo muy seriamente del problema del anarquismo. También la gran revista mensual belga La Société Nouvelle debe ser mencionada aquí. que publicó entonces frecuentes contribuciones de conocidos anarquistas como Kropotkin, Reclus, Hamon, Mésnil, Nettau, Nieuwenhuis y muchos otros. El espíritu socialista, tan típico de aquel período, se hizo notar realmente tanto en la vida espiritual de Francia, que A. Hamon pudo escribir con razón:

“L’eel en los periódicos que están más hostilmente frente al anarquismo, como Figaro, Le Journal, Gil Blas o el Echo de París los breves relatos, esbozos y artículos de Mirabeau, Bauer, Descaves, Paul Adam, Bernard Lazare, Ajalbert, Madame Sévérine, etc. y encontrándose que están impregnados de
aspiraciones anarquistas. Tomad las revistas de los jóvenes y voli si no se encuentra en ellas al menos un par de versos, un relato o un estudio de cualquier clase que no tienda a la destrucción de aquello que los anarquistas llaman prejuicios sociales —el concepto de patria, la autoridad, la familia, la religión, la judicatura, las leyes, el militarismo, etc. Todos los hombres que piensan en esta época —sabios, literatos, artistas—, se podría decir casi todos, tan pequeño es el número de los que se apartan por sí mismos del mundo, o se confiesan partidarios de las teorías que propician el actual orden —todos los proporcionalmente jóvenes que han crecido desde 1870, están influidos por pensamientos libertarios."

Estas palabras no son de ninguna manera exageradas. Una mirada a la literatura francesa de aquella época basta para convencernos de ello. En la bella literatura de Francia, se hizo siempre notar un espíritu revolucionario con arraigo en las tradiciones históricas del país. Todas las pulpitaciones de la vida social encontraron allí una cristalización intelectual que a menudo reaccionó sobre los fenómenos externos de la vida misma e incitó a los hombres a la acción. Todo el período desde 1875 aproximadamente hasta el estallido de la primera guerra mundial es la época de una verdadera revolución de la literatura y del arte, en todos los dominios. El desarrollo del naturalismo, que encontró una manifestación tan vigorosa en las obras de Zola, fué ya de por sí una transformación de la literatura francesa, cuyos efectos inevitables se advirtieron en todos los países de Europa. Las novelas de la serie Rougon Macquart son una connociencia consciente de todos los pilares de la sociedad y de todos los principios del pasado. Este nuevo arte es de unas presunciones estéticas muy distintas de las concepciones fundadas en el principio l'art pour l'art. Era un arte que buscaba su inspiración en los fenómenos de la vida social, un arte despiadado, a menudo brutal como la vida misma, pero siempre insobornable.

En manos de espíritus pequeños y de imitadores sin imaginación, producía a menudo sólo mediocridades, pero manipulado por un verdadero maestro como Zola, creó obras de verdadera grandeza épica como Germinal y La Débacle. Se ha llamado frecuentemente "un arte sin ideales", pero sin razón. La historia de Rougon Macquart es, sin duda, un cuadro tenbrooso, pero su desenlace, El doctor Pascal, es una manifestación sublime de verdadero humanismo, que pudo ser difamado a menudo, pero nunca extirpado. Las Tres ciudades (Lourdes, Roma, París) y especialmente los Cuatro Evangelios (Fecundidad, Trabajo, Verdad, Justicia) abren una perspectiva luminosa hacia los tiempos futuros, que testimonia honrosamente sobre el idealismo del maestro. Voltaire llamó a los franceses una vez "nación de tigres y de monos", para estimularles por esas expresiones duras al descubrimiento de su humanismo oculto. También Zola ha presentado, por decirlo así, un espejo a su pueblo en los Rougon-Macquart, para hacerle capaz de un nuevo ascenso.

Y junto a Zola, el fino ironista Anatole France, ante cuya decantada sabiduría de la vida no puede mantenerse ninguna verdad absoluta, aunque fuese pensada para la eternidad—, un genio que echa mano a los sentimientos que luchan en la soledad y con ligera ironía hace callar la solemnidad empolvada de los conceptos y las representaciones heredadas. Véanse los diálogos del abad Coignard con su discípulo Tournebroche, en El siglo de la reina Patarja, sobre las instituciones políticas y sociales y las leyes y prescripciones transitidas de los hombres, que pesan como sombras de lo pasado sobre la realidad viviente e influyen constantemente en el crecimiento-natural de nuevas concepciones de la vida e impulso por otro sendero.

"Hijo mío, he podido observar siempre hasta aquí que toda la desgracia de los hombres nace de sus prejuicios heredados como arraigas y escorpiones del crepúsculo de los séculos y del ambiente corrompido de las cavernas". Profundicemos en las consideraciones del perro Riquet en Monseur Bergerat, o en el pequeño relato sin pretensiones Conspinqueil, que informa cómo la intervención de la ley en la existencia de un pobre vendedor callejero sella la tragedia de una vida humana, y cien otras cosas del gran escépico, y se recibirá una impresión más profunda de las pulpitaciones internas de aquel período tormentoso que de los apuntes de los historiadores.

No hay entre representantes distinguidos de la literatura francesa de aquella época uno solo que no esté inspirado por pensamientos libertarios y no haya intentado llevar a la conciencia de los lectores la crueldad, la hipocresía y la descomposición interna de las instituciones sociales. Octave Mirbeau, junto con Zola, France y Maupassant el escritor más fecundo y constructivo de la Francia de entonces, se declaró abiertamente anarquista, y logró efectos de extraordinario vigor por sus sinceras exposiciones de la vida social, presentadas con agudeza incisiva. Se le ha llamado el Dean Swift de Francia, a quien recuerda, que llevó a una dureza despiadada principalmente en el Journal d'une femme de Chambre, para objetivizar esa comparación. Sin embargo, sólo en parte, pues mientras en Swift todo desenmboce en un frío desprecio humano, se advierte en todas las obras de Mirbeau un profundo sentido humano, que surge sin duda de su condición libertaria. Ni siquiera en libros tan conocedores como El Caballero o Sebastián Roch, se encuentra un espíritu de teatro como La epidemia, Los negocios, o Los maños pastores, escritos con sangre y bilis, renega nunca de su idealismo humanitaria, no desespera, busca siempre objetivos de vida superiores. Esto se manifiesta especialmente también en su famoso artículo Apología de Ravachol, donde dice: "Me repugna el derramamiento de sangre, el sufrimiento y la muerte. Amo la vida, toda vida es para mí sagrada. Esta es la causa por la que encuentro en el ideal del anarquismo lo que ninguna forma de gobierno puede dar: amor, belleza y paz entre los hombres. Ravachol no tiene para mí ningún motivo de pánico. Es un fenómeno de transición como el miedo que produce."

A estos se añaden poetas de fama como Jean Richepin, cuyas Blanchêmes y Chansons des Gueux dejan en la sombra, por el vigor del lenguaje y la audacia de los pensamientos, todo lo que pugna desde el fondo del alma humana en pro de forma y figura; Paul Verlaine, a quien la joven escuela poética proclamó entonces príncipe de los poetas franceses; Laurent Tailhade, que aplaudía toda acción revolucionaria que sacaba de su equilibrio a los filisteos y, como Richepin, fué a la cárcel a causa del fuego de su lenguaje; Jehan Ricas, el autor de Soliloquies du pauvre, para no mencionar aquí sino un par de los nombres más conocidos.

Pero no sólo reflejaban la literatura y la poesía las aspiraciones libterarias de aquella época. Encuentran su expresión en la música de Alfred Bruneau y de Gustave Charpentier, y ante todo en las artes plásticas. Toda la escuela neopremisionista estaba bajo la influencia del pensamiento anarquista. Artistas talentosos como Steinlen, Signac, Johannet, Pissarro, Naudin, Maximilien Luce, Ibels, Falloton, Jourdan, Van Rsselberghe, Willette, Mau- nier, Herman-Paul, Rops, Lefèvre, Grandjouan, Josset, Morin, Dubuc, Villon y muchos otros eran revolucionarios declarados en el arte. Muchos de ellos, como Steinlen, Luce, Willette, Grandjouan, Signac, Pissarro, Johannet, etc., han publicado numerosos de sus dibujos en los periódicos anarquistas como Le Père Peinard, Les temps nouveaux, y en las Feuilles de Zo d’Axa.

Hasta un adversario tan encarnizado de los anarquistas como Fierens-Gevaert, tuvo que confesar en su obra La tristesse contemporaine: “Están además los anarquistas inconscientes que siguen su inclinación interior. Su número es legión. Se los encuentra en los más altos círculos de la sociedad. Forman sin duda la élite espiritual de su época. Todo filósofo, novelista, poeta, dramaturgo y artista, es hoy un anarquista oculto que incluso se jacta a menudo de ello”.

Todo un número de conocidos escritores, poetas y artistas eran anarquistas declarados, pero en muchos otros también se advierten aspiraciones libertarias. Muchos de ellos han participado activamente incluso en las luchas sociales de la época, especialmente cuando el affaire Dreyfus, que ya entonces proyectaba sus sombras, dividió a Francia entera en dos campos enemigos, irresistiblemente frente a frente. La propaganda cada vez más amplia de los anarquistas y de otras tendencias revolucionarias contra el ejército, la guerra, el militarismo y el falso esplendor de los conceptos patrióticos,

testimonia claramente de en qué vastos sectores del pueblo francés se abría camino un nuevo conocimiento que aspiraba a una nueva forma fundamental de las condiciones sociales. La alianza militar con Rusia, que inspiró a la política exterior del gobierno su sello, contribuyó además a agudizar las contradicciones internas.

Ese poderoso desarrollo habría podido conducir muy bien a una transformación de Europa si hubiese tenido en Alemania la misma acogida que en los países latinos. Pero la política agresiva exterior del junkerismo pro- visiúnala hacia sentir cada vez más fuertemente y gravitaba como una pesadilla sobre los pueblos de Europa. Por eso no podía menos de ocurrir que algunos que fueron tocados por el nuevo espíritu, marchasen después por otros caminos cuando se pusieron de manifiesto cada vez más claramente los signos de la próxima guerra, o como Barrès, Clemenceau, etc., volviesen al campo del nacionalismo al ver amenazada la independencia de Francia. Como ocurre a menudo en la historia, también aquella evolución llegó demasiado tarde para poder impedir la catastrófie amenazante por una transformación revolucionaria de dentro a fuera. La actual condición de Europa y el mundo es el resultado de ese hecho histórico y de sus efectos funestos.

**LA BOMBA EN EL PARLAMENTO**

El año 1893 fué un período de graves persecuciones políticas. Los procesos contra los anarquistas en todas partes del país, se convirtieron en un fenómeno inmanente. Oradores anarquistas y editores de periódicos anarquistas, fueron procesados por las cosas más insignificantes y condenados por lo general a sensibles penas. Los gobiernos se sucedían unos a otros como los pepeles de los actores en el teatro. Cada día de lluvia producían una nueva crisis ministerial, pero ningún ministerio se retiró sin intervenir antes en los hechos legalmente garantizados de los ciudadanos y sin restringir la libre expresión de las opiniones en interés de la seguridad pública.

Después del robo de dinamita en Soisy-sous-Etiolles, resolvió el gobierno, en marzo de 1892, una agudización de las penalidades, a consecuencia de la cual todo atentado violento podía ser expiado con la muerte del autor aun cuando no hubiese habido víctimas humanas. El curso ulterior de los acontecimientos, la explosión de bombas en la rue des Bons Enfants, el atentado de Léauthier al embajador servio, el atentado de Vaillant en la Cámara, la explosión en el hotel Terminus, y una serie de otros atentados, mostraron muy pronto que las nuevas leyes no tenían efecto alguno sobre los ejecutores de tales crímenes, sino que alcanzaban justamente lo contrario. Se intentó probar por tanto el amordazamiento de la prensa y la restricción de las leyes de asociación. Ya en noviembre de 1892 había declarado Loubet en la Cámara que el gobierno estaba decidido a extremar las leyes vigentes de prensa. Era verdad que el gobierno Loubet tuvo que dimitir poco después, pero el gabinete Ribot continuó el trabajo iniciado. El 6 de marzo de 1893 decidió la Cámara por 266 votos contra 222 una modificación de las leyes de prensa de julio de 1881. Esa fue la introducción a las llamadas lois scélérates, tres proyectos
de ley que se siguieron con breves intervalos bajo la presión de los acontecimientos, que suprimieron simplemente los derechos garantizados por la Constitución.

La primera de esas leyes, del 12 de diciembre de 1892, fue una agudización draconiana de las disposiciones vigentes sobre la prensa. La segunda ley, del 18 de diciembre, se dirigió contra las llamadas asociaciones de malhechores, es decir contra todas las organizaciones de las cuales suponía el gobierno que tendían al derrumbar el violento de la sociedad existente. La tercera ley, del 28 de julio de 1894, fue dedicada directamente contra la propaganda y los anarquistas, y condujo a la represión legal de todos los periódicos y grupos anarquistas de Francia.

El gabinete Ribot apenas subsistió tres meses y tuvo que dejar su puesto al gobierno Dupuy. Dupuy, conocido como uno de los políticos más reaccionarios y como enemigo declarado de los sindicatos, a consecuencia del fracaso de las elecciones en julio y diciembre de 1892, tuvo que dimitir de su cargo, pero sólo para dejar el puesto al gobierno Casimir-Périer, bajo el cual se produjeron los primeros esbozos de las lois scélérates. Casimir-Périer era uno de los hombres más ricos de Francia y sus relaciones con los realistas y con el alto clero eran un secreto público. Era propietario de uno de los distritos carboneros más fuertes del país, y justamente ese distrito de Anzin era siempre escenario de las luchas más enconadas entre el trabajo y el capital. En la prensa revolucionaria se le llamaba siempre el "hombre de cuarenta millones" o "la sanguineta de Anzin". Era por tanto claro que su amordazamiento de la prensa no sólo tenía por base el interés del bienestar público, sino también motivos personales muy palpables, una circunstancia que no silenciaron muchos periódicos y a la que dieron expresión intuitiva.

En una época tan agitada, los ataques reaccionarios del gobierno eran el último medio para poner un freno a la ola creciente de la indignación pública. Muchos hechos que entonces llevaron la inquietud al mundo entero, hubiesen sido seguramente evitados, si no hubiese provocado directamente a ellos la política irritante del gobierno. Toda persona con algo de visión política que haya vivido aquella época, que haya tenido ocasión de conocer el desarrollo de las cosas por experiencia propia, no podrá sostener otro punto de vista. El hecho sólo que el gobierno, después de apenas un año de las persecuciones más monstruosas, se viera forzado a tolerar de nuevo la prensa anarquista, a pesar de las infames lois scélérates, es un acontecimiento que debía incitar a reflexionar. Contra los hechos individuales, toda legislación tiene recursos, pero contra aspiraciones espirituales que han nacido de las condiciones y circunstancias sociales de la época, no vale a la larga ninguna ley. La opresión brutal no hace más que aumentar la resistencia, e incita a hombres de temperamento rebelde a acciones que apenas habrían cometido en circunstancias normales.

El 9 de diciembre de 1893, los periódicos vespertinos de París publicaron la noticia de un atentado con bombas en la Cámara francesa, lo cual provocó la mayor excitación en toda la ciudad. Me recuerdo todavía muy bien de la impresión que suscitó en todos nosotros el inesperado mensaje. Oí hablar...
alcanzado el objetivo propuesto, pues el explosivo, que había preparado Vaillant mismo, y la construcción entera de la bomba, no habrían podido originar mayores desgracias.

Cuando Vaillant declaró después en el proceso que no se propinía matar a nadie, sino que quería hacer llegar a los representantes de la Cámara un memorial solamente, pues de otra manera habría preparado su bomba con otros materiales, es perfectamente creíble. Tanto más cuanto que el acusado no intentó nunca hacer aparecer su acción ante una luz más benigna, y hasta hizo repetidamente declaraciones que sólo podían perjudicarlo personalmente.

Vaillant era conocido de muy pocos en el movimiento. De toda la investigación se desprende claramente que no tenía cómplices alguno, y que había planeado su hecho y lo llevado a la ejecución sola. En cambio la investigación puso de manifiesto una cantidad de material del pasado del acusado que debía beneficiarle absolutamente. Vaillant era uno de aquellos desgraciados maltratados por el destino de un modo que no ocurre muy a menudo ni siquiera en las capas inferiores de la sociedad. Como hijo ilegítimo, fue condenado a una juventud dura y sin alegría, apenas iluminada por un resplandor pasajero. Su padre, un gendarme corsa, había abandonado a la madre poco después del nacimiento del hijo, y cuando ésta se casó más tarde, el muchacho de trece años fue simplemente abandonado en la calle. Durante algún tiempo, ambuló hambriento y pidiendo limosna por el país, hasta que poco a poco llegó a ganar su sostén mediante un duro y difícil trabajo. Sin embargo, la vida le había amargado a aquel joven. No poseía la energía salvaje de Ravachol, a quien las inculpaciones de la existencia habían hecho duro, irreconciliable y hasta cruel. Todo su esencia irradiaba un calor de que no renegaba siquiera en las peores condiciones, y que halló en la ternura conmovedora hacia su hijita Sidonia una expresión verdaderamente inmensa.

Tenía una compasión ilimitada hacia todos los que, como él, tenían que sufrir bajo el peso de la existencia, y sacrificaba a menudo hasta lo último para ayudar a los demás.

Todos los testigos, sin excepción, lo calificaron de obrero laborioso y sobrio, que raramente llegaba a beber un vaso de vino en el café y que dedicaba todo su tiempo libre al estudio. Vaillant era un hombre dotado, una cabeza filosóficamente dispuesta, que quizás en otras circunstancias hubiese producido algo. Había leído mucho, lo que se manifestaba también en su lenguaje, y no menudo tuvo que privarse de mucho de lo necesario para satisfacer su impulso hacia el saber.

Conoció primeiramente las ideas de los partidos socialistas, pero su temperamento y su inclinación interior lo pusieron pronto en el camino del anarquismo. En 1890 emigró a la Argentina, donde sus convicciones recibiieron una exacta clarificación. Había ido a América del Sur porque creía que allí, fuera de las fronteras de la civilización, podía organizarse, como colono, una existencia según sus necesidades. Pero esa esperanza, a pesar de todos los esfuerzos, no debía realizarse. Murió su mujer, y después que, a pesar de todos los esfuerzos, no pudo afirmar allí una existencia, volvió, después de dos años y medio con su hija a Francia. Llegó a París donde creyó encontrar trabajo, pero también allí le persiguió la desgracia paso a paso. Después de grandes luchas consiguió duramente un empleo en un pequeño negocio donde ganaba 80 francos por mes, con los cuales debía alimentarse él y alimentar a su hijita. Abatido por las constantes necesidades, y tempranamente gastado por la vida, había decidido finalmente un hecho en que, en otras circunstancias, quizás nunca habría pensado. Según sus propios datos, se ocupó durante dos meses del plan. La elección del Parlamento debía atribuirse a los continuos escándalos políticos y financieros que habían socavado el prestigio de la representación popular de una manera que sólo tenía comparación con el periodo del gobierno de Luis Felipe. Todas las manifestaciones de Vaillant indican que quería dar a su hecho un carácter simbólico y para ello no pudo encontrar realmente un lugar mejor. Quería desaparecer del escenario, pero no sin acabar antes en lo más profundo la opinión pública y llamar la atención sobre la miseria inadmisible de aquellos que, como él, fueron tratados por la sociedad como hijastros. Según su propia declaración, habría tenido la intención, después del hecho, de decir un par de palabras en ese sentido a los miembros de la Cámara, y sólo la circunstancia de que el mismo resultó herido y se le agolpó la sangre en la garganta, le impidió hacerlo.

La apariencia misma de este hombre de 33 años no daba de ninguna manera la impresión de un ser anormal. Incluso Lombroso, el inventor del llamado tipo delincuente, confesó que su exterior no señalaba ninguna característica del delincuente habitual. El rostro algo consumido y pálido, rodeado de una corta barba, con la frente alta y los grandes ojos que miraban soñadoramente, habrían hecho más bien que se trataba de un obrero intelectual más bien que de un descarrilado de la vida. Es difícil, en general, comprender cómo un hombre, en el fondo tan bondadoso e incluso tan delicado, pudo cometer un hecho de esa clase. Sólo su sentido de justicia hombre, de un hombre, en el fondo tan bondadoso e incluso tan delicado, pudo cometer un hecho de esa clase. Sólo su sentido de justicia hombre, en el fondo tan bondadoso e incluso tan delicado, pudo cometer un hecho de esa clase. Sólo su sentido de justicia hombre, en el fondo tan bondadoso e incluso tan delicado, pudo cometer un hecho de esa clase. Sólo su sentido de justicia hombre, en el fondo tan bondadoso e incluso tan delicado, pudo cometer un hecho de esa clase. Sólo su sentido de justicia hombre, en el fondo tan bondadoso e incluso tan delicado, pudo cometer un hecho de esa clase. Sólo su sentido de justicia hombre, en el fondo tan bondadoso e incluso tan delicado, pudo cometer un hecho de esa clase. Sólo su sentido de justicia hombre, en el fondo tan bondadoso e incluso tan delicado, pudo cometer un hecho de esa clase. Sólo su sentido de justicia hombre, en el fondo tan bondadoso e incluso tan delicado, pudo cometer un hecho de esa clase. Sólo su sentido de justicia hombre, en el fondo tan bondadoso e incluso tan delicado, pudo cometer un hecho de esa clase. Sólo su sentido de justicia hombre, en el fondo tan bondadoso e incluso tan delicado, pudo cometer un hecho de esa clase. Sólo su sentido de justicia hombre, en el fondo tan bondadoso e incluso tan delicado, pudo cometer un hecho de esa clase.
conocidos anarquistas". En esas circunstancias, nadie estaba seguro de la pequeña venganza de los enemigos personales y de las villanías de los confí-
dentes profesionales. La policía irrumpió en los domicilios de personas de quienes ni siquiera la más atrevida fantasía podía suponer que tuviesen
relaciones con el hecho de Vaillant.
El 17 de enero de 1894 dictó la policía órdenes de arresto contra cien
conocidos anarquistas de París, de las cuales sólo pudieron ser ejecutadas
tres cuartos. Entre los detenidos se encontraba también E.
Elías Reclus, Élisée Reclus, Paul Reclus, Louise Michel, Émile Mat-
trott, Pedro Kropotkin y Élisée Bastard. De ello se desprende claramente que
el gobierno no se contentaba con perseguir a los causantes de determinadas
hechos, sino que se decidía a extender sus ensayos de represión sobre
toda una tendencia de ideas, y a marcarla con el sello de la delincuencia.
Con la misma prisión con que el gobierno había logrado hacer aprobar
sus leyes mordaza en la Cámara, procedieron luego los tribunales contra
Vaillant. De cualquier modo que pudiera juzgarse el hecho de Vaillant, era
justo y legítimo que se garantizase a su defensa la misma posibilidad que
no se niega ni a los delincuentes más repulsivos. Se puede comprender que el
gobierno estuviese indignado justamente contra el hecho de Vaillant, pero
ese no era ningún motivo para privarlo de su derecho como acusado por ser
anarquista. Vaillant había cometido su acción el 9 de diciembre y había sido
entregado a la cárcel herido. El informe policíal del 20 de diciembre decla-
rraba que no podría abandonar su celda antes de catorce días. Sin embargo,
él fiscal fijó el proceso ya para el cinco de enero. Vaillant había comunizado
con el conocido jurisconsulto Jean Ajalbert para su defensa, para el juicio de la
investigación pasó el de defender tan sólo el 27 de diciembre. Ajalbert propuso,
en consecuencia, una postergación del proceso. Cuando su pedido fue rechazado, notificó al fiscal que en esas circunstancias rechazaba el encargo, pues no podía armonizar con su conciencia la repre-
sentación del acusado después de haberse privado de una defensa eficiente.

Vaillant se dirigió entonces a Labori, que después alcanzó una fama
mundial en el *affaire Dreyfus*. También Labori exigió una postergación del
proceso. Se le dió en total cinco días y se fijó la audiencia para el 10 de
enero. Lo cierto es que Vaillant no estaba todavía curado de sus heridas
cuando tuvo que comparecer ante el tribunal. No había más que una expli-
cación para esa precipitación: el gobierno quería, bajo todas las circunstan-
cias, obtener una condena a muerte, y temía que una postergación del proceso
pudiera dar al público demasiado tiempo para reflexionar.

El debate tuvo lugar ante el tribunal del Sena, donde, como era habitual
en aquellos tiempos intranquilos, se habían tomado todas las medidas para
no verse expuestos a sorpresas. El proceso no aportó nada nuevo, pues
Vaillant niega todas las declaraciones que había hecho en la investigación.
Reconoció su hecho con vacilación alguna. Negó toda complicidad y lamento
que hubiesen sido heridas por una explosión prematura algunas personas
innocentes. Por lo demás declaró que no había pretendido la muerte de nadie,
sino una manifestación pública, pues de lo contrario no habría cargado su
bomba con pequeños clavos, sino con trozos de hierro o balas. En todo este
interrogatorio no hubo una contradicción que hubiese podido poner en tela
del juicio la veracidad de lo dicho por el acusado. Todas sus declaraciones
eran claras y determinadas y daban la impresión de que el acusado decía
la verdad en cada punto.

Entre los pocos testigos se encontraban dos antiguos compañeros de
trabajo de Vaillant y dos empresarios para los cuales había trabajado. Todos
testimonian que se trataba de un obrero honorable, hábil y aplicado, y
destacaron seriamente su condición de padre amoroso y tierno. Vaillant
mismo advirtió al respecto: "Ustedes han oído lo que no soy ningún monstruo.
Habría podido invitar fácilmente a toda una serie de testigos en mi favor,
pero como hoy es un delito confesar un anarquista, me ha abstenido de ello,
para no poner en duda mi derecho a la vida".

La defensa de Vaillant ante sus jueces fue sencilla y simple. En algunos
pasajes no sin un rastro sentimental, propio de la naturaleza del hombre,
pero con un tono digno e impresionante. Apenas se referiría al propio destino,
sino que sólo tuvo presente el gran dolor de la época que le había acompa-
nado toda su existencia. También el discurso de su defensor, Labori, que
expuso todo el camino de pasión de la vida de Vaillant y mostró cómo se
había cumplido así su destino en el que la sociedad no carecía de culpa,
causó un fuerte efecto. Pero el fiscal había elegido bien a sus jurados. En
esos hombres se estrelló todo. Antes se había podido conmover a una
piedra. El fiscal les había pedido que diesen su fallo sin miedo y sin
compasión, y eso es lo que hicieron. Vaillant conservó su serenidad hasta el
último momento. Después que dieron los jurados su fallo, se sonrió fríamente
y dijo: "Es la muerte. Os lo agradezco".

Después de haber terminado el proceso y después de haber dictado el
tribunal la pena de muerte sobre Vaillant, la vida del condenado estaba por
completo en manos del presidente Carnot. Los periódicos reaccionarios se
habían esmerado todo lo que pudieron antes del proceso para fundamentar
una sentencia de esa naturaleza en interés del orden público y la seguridad
del Estado; hicieron luego todo lo posible para impedir la conmutación de
la pena y para evitar que el presidente hiciera uso alguno de su derecho.
Nada era más vergonzoso que esos aullidos salvajes en pos de la cabeza de
un hombre del que Labori había dicho con razón en su defensa: "Si hay
existen tantos desdichados, es ante todo por culpa nuestra; **Vaillant no es el único culpable**. No se puede siquiera sostener que este comportamiento tuviese por base simplemente la crueldad personal o la crueldad de los sentimentos. Correspondía más bien a aquella creencia fundada de que el prestigio de la autoridad debe ser mantenido en todas las circunstancias, una creencia que ha originado todas las revoluciones de la historia, porque permanece inaccessible a las razones de la humanidad y sacrifica la reflexión tranquila de la razón a las formas muertas de la ley. Las formas sacrificadas de las ideas absolutas son siempre más terribles que la embollión del sentimentalismo.

Sin embargo hubo también una cantidad de periódicos burgueses que, después de haber sido dictada la sentencia sobre Vaillant, no querían que la tragedia llegase hasta el amargo fin. Así publicó el **Figaro** un artículo del conocido periodista Magnard, que presentó a sus lectores la juventud desgraciada del condenado con palabras conmovedoras y pedía al gobierno que obedeciese más a la voz de la humanidad que a la letra muerta de la ley.

**Henri Rochefort** escribió en el **Intransigente**: "Lo conciso o no, Carnot será el verdadero autor del austeridad de su decisión. Como él es el único que asume la responsabilidad personal de su decisión, no puede menos de ser justo que le correspondan también todas las consecuencias de ello". Fueron palabras proféticas que debían realizarse antes de lo que se pensaba entonces.

Más explícita fue naturalmente la prensa socialista. Así escribió **L Breton en Le Parti Socialiste**: "Ahora nuestra sociedad miserable ha puesto la vida de un hombre en manos de otro. Da a Carnot ocasión de ser asesino o de seguir siendo humano. ¿Cuál será el papel que preferirá? No lo sabemos. Si se decidiera fríamente por el asesinato, no se encontraría en Francia un solo hombre que se lamente cuando al presidente mismo le alcance un día la pequeña desgracia de tropezar con una bomba".

Aquel artículo produjo al autor, después, dos años de prisión y una multa de 100 francos.

En el célebre período entre el proceso y la ejecución de la sentencia de muerte, se desarrolló todo un movimiento en favor de la conmutación de la pena. El 12 de enero, los diputados socialistas de la Cámara fueron a ver al presidente para solicitarle la conmutación de la pena de muerte. Lo mismo intentó otra delegación de diputados de los más distintos partidos. También el abad Lemire, uno de los pocos miembros de la Cámara que fueron heridos por la bomba de Vaillant, se manifestó en una carta en favor de la gracia. Un grupo de estudiantes socialistas del barrio latino, dirigió una petición a Carnot en favor de la vida de Vaillant, declarando que ellos deseaban ser considerados menos como criminales que como tragedia social, que la venganza de la ley no podría proporcionar a nadie una satisfacción personal. El sindicato de los periodistas socialistas firmó aquella petición y advirtió que no se silenciaría el odio aumentando la indignación.

El 18 de enero dirigió Sidonia Vaillant, la hija del condenado, una carta infantil a la esposa de Carnot, en la que le pedía con palabras conmovedoras la vida de su padre. Esta carta, que se publicó en toda la prensa, debió incitar a la más profunda compasión.

**Vaillant** mismo recibió en la prisión una cantidad de cartas y cartas de pequeños obsequios de personas que no tenían la menor relación con el movimiento anarquista. La suma total de esos pequeños obsequios llegó a 7,500 francos. Un acontecimiento singular que incluso en Francia, donde tales manifestaciones ocurren más a menudo que en otros países, debió ser calificado como excepcional.

Pero Carnot permaneció inaccessible a todas las peticiones. Es difícil saber en qué grado seguía su propia inclinación o fué influido por sus milites. Entonces se afirmó que principalmente Dupuy y Casimir-Périer habían propiciado por todos los medios la ejecución de Vaillant. La celosía con que fue ejecutada la sentencia, hizo concluir que el gobierno estaba decidido a amenazar la opinión pública y a poner al país ante un hecho consumado. Cuando se supo que el presidente se había negado a hacer uso de su derecho de gracia, se hizo una indigna comedia en la prensa reaccionaria. Las mismas gentes que se habían manifestado incondicionalmente en favor de la ejecución de Vaillant, compitieron luego en ponderaciones compasivas en favor de la hija del condenado, después de haber rehusado a su padre todo apoyo. La duquesa de Uzès hizo saber a la prensa que estaba dispuesta a recibir en su familia a la pequeña Sidonia. El abad Roussel le ofreció un puesto en su pensionado. Otros estuvieron dispuestos a asumir los gastos de su educación. **Vaillant** mismo puso fin a esas ebulliciones sentimentales de hermosas almas encargando a Sebastián Faure de la educación futura de su hija y declarándole su albarca testamentario.

En una conmovedora carta de despedida a su hija, que escribió pocos días antes de su muerte, le exhortaba a traspasar a su amigo Faure todo el cariño y cariñito hacia ella. "Da un objetivo a tu vida, pequeña mía: la dicha de la humanidad. Trabaja en ti para que aquellos que oyen tus palabras, que ven tus actos se sientan ligados a ti. Luego se habrá cumplido tu vida y cuando un día llegue la hora, sentirás la misma alegría que llena a tu padre en la hora de su muerte, pues yo mueren por todos los que hoy son condenados en el inferno de esta sociedad".

**Vaillant** conservó su tranquilidad hasta el último instante. No era ninguna exageración lo que escribió a Paul Reclus: "Yo creo a la muerte cara a cara. ¿No es ella el gran puerto de todos los decepciones? Yo al menos moriré con la satisfacción de que por mi parte he hecho todo lo que podría para asegurar el advenimiento de una nueva era en este mundo.

Cuando estaba yo el 4 de febrero por la noche con unos amigos en casa del padre Meyer, vino de repente Alejandro Beer y nos comunicó que a la mañana siguiente debía morir Vaillant. Tenía la noticia de un amigo francés que trabajaba en el ministerio de la guerra y que disponía de buenas relaciones. Aunque la ejecución debía ser esperada para cualquier día, sentí sin embargo que se me encogía el corazón. Aquella noche no se habló mucho en nuestro ambiente. Cuando al fin nos dispusimos bastante tarde a suspender la reunión, me acompañó Beer, que vivía cerca de mi casa. En el camino me dijo que estaba decidido a ir por la mañana temprano a la plaza de la Roquette, y me rogó que fuese con él. Al comienzo no tuve ningún placer especial en ello, pues sentía una pesada carga en el alma, pero al fin me dejé disuadir."
Si el gobierno había creído poner fin a la tensión general por la ejecución de Vaillant, tuvo que convencerse pronto de que había logrado precisamente lo contrario. Ya el día después de su muerte, comenzaron a peregrinar innumerables personas al cementerio de Ix, y cubrieron su tumba de flores y coronas. Muchas coronas llevaban inscripciones. Una de ellas tenía estas palabras:

Puisqu’ils ont fait boire la terre,
A l’heure du soleil naissant,
Rosses augus et salutaire,
Les salices goutent de ton sang.
Sous les fréquences de cette palme,
Que l’offre le droit outrage.
Tu peux dormir ton sommeil calme,
O Martyre... tu sera vengé.

Poco a poco las visitas a la tumba del ajusticiado se convirtieron en manifestaciones públicas. Millares peregrinaban diariamente a la tumba del anarquista como a un lugar sagrado, y los periódicos trataban todos los días noticias de las singulares escenas que allí tenían lugar. El Vaillant muerto intranquilizó al gobierno más de lo que le había intranquilizado en vida. Las manifestaciones adquirieron con el tiempo tal magnitud, que se preguntó al gobierno en la Cámara qué es lo que pensaba hacer para poner fin a esa situación. El ministro del interior respondió que el gobierno no había intervenido hasta allí, pues según la ley el cementerio era considerado como un territorio neutral. Pero dado que las visitas habían adquirido el carácter de manifestaciones subversivas, estaba decidido a dar a la policía orden de poner fin a ese escándalo público. El día próximo fué clausurado pólicialmente aquella sección del cementerio que contenía la tumba peligrosa. Sirvió de pretexto la afirmación que los anarquistas habían difundido allí un manifiesto secreto con este título, A Carnot, le tueur! en el cual se presentaba al presidente la perspectiva de su próxima muerte.

**LOS EXTREMS SE TOCAN**

El temor de que la ejecución de Vaillant diese motivo a nuevos actos de violencia, se realizó muy pronto. Apenas una semana después de su muerte, fué comovido París con la noticia de un nuevo atentado que, en lo esencial, tenía otro carácter que el hecho de Vaillant, y que los asesinatos de Ravachol. El 2 de febrero estalló una bomba en el distinguido café del Hotel Terminus, en la estación de Saint Lazare, por la cual una persona fué muerta y aproximadamente otras veinte resultaron heridas. El autor, un joven de apenas veinte años, intentó escapar aprovechando el pánico general, pero fué descubierto y detenido después de una persecución salvaje por las calles de París. Se defendió con todas sus fuerzas y disparó contra sus perseguidores varios tiros, hasta que al fin fue derribado y dominado.

El detenido había ocultado al comienzo su verdadero nombre, pero después confesó que se llamaba Emile Henry y que había cometido su hecho para vengar a Vaillant. Confesó sin vacilaciones que quiso atacar a la burguesía.
como clase, y que se había propuesto matar a todos los que pudiese. Durante la investigación, reconocido por propio impulso que era también responsable de la bomba de la rue des Bons Enfants. El 8 de noviembre de 1892 hizo explosión en la comisaría de aquella calle una bomba que tuvo por consecuencia la muerte del comisario presente y de cuatro policías. Dos policías habían hallado la bomba en su recorrido, en un nicho de la oficina central de la Société de Corseaux, en la avenue de l'Opéra, y la llevaron a la comisaría próxima, donde se produjo la explosión. El autor de la bomba Henry reconoció voluntariamente aquel hecho.

Henry negó toda complicidad de otras personas, y dió en general la impresión de un hombre que ha terminado con la vida, y por eso no se impune ningún retraso. Su lógica fría, incisiva, la tranquilidad imperturbable con que aceptaba su destino, y ante todo su extraordinaria capacidad intelectual, mostraron a un hombre que perseguida su objetivo con firmeza inflexible y que no retrocedía ante ninguna consecuencia. Su odio contra la sociedad burguesa no conocía huella alguna de compasión, pero era un odio impersonal, no influido por motivos privados. Tal vez se pueda explicar así por el hecho que Henry mismo procedía de las capas burguesas de la sociedad, y no había sido incitado a su acción por la penuria personal de la vida, lo cual era innegable en Ravachol, Meunier, Léautier, Vaillant y otros. Todos estos procedían del proletariado. Henry es el primero de esa serie que había surgido de otra clase. Su desprecio no tuvo contra la propia clase, que hizo resaltar especialmente durante su proceso con una cruel rudeza, es, sin duda, atribuible a que conocía por propia visión los fundamentos morales de la sociedad burguesa y los había sentido como repulsiva hipocresía.

Se puede jugar diversos un hecho como el de Henry desde el punto de vista de la humanidad, pero será para nosotros siempre inexplicable si no intentamos penetrar en la vida espiritual de un hombre de esa clase, que arrojó despreocupado su existencia porque el mundo exterior no le dejaba ninguna otra elección. Esto no es naturalmente fácil, pues estamos demasiado inclinados a juzgar los fenómenos según su latitud y presiones internas, y apenas nos esforzamos por penetrar en el mundo confuso de los móviles internos, que dan al psicólogo valiosos puntos de referencia. Esta fué también la causa de que el hecho de Henry sólo produjo terror y sólo halló aprobación en hombres que estaban tan anárquicos como él. Incluso los hechos de Ravachol habían hallado comprensión en hombres como Migueabeau, Paul Adam y Tabarant. En el destino de Vaillant tomaron una participación inferior muchos millares. Pero el hecho de Henry no halló calor en nadie. Tan sólo su actitud ante el tribunal despertó un viable interés por su persona, sin modificar su actitud en tal sentido. Un hecho que no tiene por base ningún motivo reconocible, que simplemente alcanza a hombres por pertenecer a una determinada capa social, será siempre incomprensible para la gran mayoría de los hombres. El concepto abstracto de una responsabilidad colectiva que, como toda generalización, nunca llega al germen de la cosa, no es una justificación de los ataques a la vida de personas desconocidas. La pertenencia casual a una clase no es tampoco una medida del valor o de la falta de valor de un vida humana.

Pero tampoco puede servir un hecho de esa naturaleza de medida o cartón para juzgar a todo un movimiento. Esto es justamente lo que no es comprendido nunca por los reaccionarios del templo de Dupuy y de Castries-Peier. Al querer hacer responsables a toda una gran corriente espiritual de los hechos de algunos individuos, solamente fortalecen el sentimiento de la injusticia general que daba motivo a esos hechos. Pocos días después del atentado de Henry, realizó la policía centenares de allanamientos domiciliarios y de arrestos en masa en todo el país. Conocidos anarquistas, Faure, Duprat, Constant Martin y numerosos otros, a quienes nada se les podía reprochar fuera de su convicción, fueron arrestados y mantenidos tras las rejas. Ese sabat de braías de persecuciones infundadas, condado a nuevos atentados y a nuevos arrestos al azar. El 19 de febrero estallaron dos bombas en el faubourg Saint Jacques y en la rue Saint Martin. El 15 de marzo fué muerto un desconocido ante la iglesia de la Madeleine por su propia bomba. La policía confirmó más tarde que el muerto era un anarquista belga llamado Jean Paussell, que estuvo en relación con Henry. El 4 de abril se produjo una explosión en el café Foquet. Todos estos atentados no ocasionaron mayores daños, pero contribuyeron a fortalecer el pánico general y a dar al gobierno motivo para nuevas persecuciones. Entre el arresto de Emile Henry y su comparecencia ante el tribunal se estabó un proceso tras otro. Los acusados fueron condenados por los pretextos más insignificantes, considerados por el público como violación manifiesta del derecho. Singularmente llamativo en este aspecto fué el caso Rousset. Rousset era el organizador de las llamadas conferencias de la sope, una empresa típica que tenía entonces en París gran aceptación. Para ese fin había alquilado un gran local donde se proporcionaba sopas y pan gratuitamente a personas sin recursos. Después de la cena se hacían pequeñas arengas o conferencias sobre los problemas sociales para explicar a aquellos desdichados las causas verdaderas de su miseria. De tanto en tanto se organizaban también pequeñas representaciones teatrales, en las cuales prestaban sus servicios sin indemnización algunos conocidos artistas de los cabaret. Para poder sostener esta iniciativa, Rousset se había dirigido a muchas personalidades conocidas, y entre otros apoyos había logrado los de Zola, Anatole France, G. Ohnet, A. Naquet, St. Mallarmé, Alphonse Daudet y Sara Bernhardt. Aquellos actos tuvieron un éxito notable, se distribuían a menudo de 3 a 5 mil sopas. Yo mismo he visitado en diversas ocasiones estos actos que atraían siempre a personas de todas las clases sociales que simpatizaban con la obra de Rousset. Aquellas conferencias no se diferenciaban en nada de las demás, sólo que a los pobres, además de la comida espiritual, se les daba además algo material para nutrir el cuerpo. Cuando se iniciaron las detenciones en masa, Rousset fue uno de los primeros alcanzados por la farsa de la ley. Como su arresto no podía ser justificado por nada, se esforzó todo lo que se pudo por demostrar que Rousset había aprovechado la iniciativa para fines personales. Pero como Rousset había llevado sus libros en el mejor orden y podía informar sobre cada uno, más aún, pudo aportar la prueba de que la administración entera había sido llevada a cabo sin indemnización material alguna, la ley no podía reprocharle nada. Pero como se estaba decidido a suprimir a todo
precio su obra, se le condenó en el tribunal a seis meses de prisión, argumentando que había abusado de la confianza pública, pues muchos de los donantes no habían tenido ninguna idea del verdadero objetivo de la empresa. Esta afirmación era insostenible, pues en la prensa se había escrito tanto sobre aquellas conferencias que el gran público estaba bien informado de sus propósitos. Pero, ¿quién preguntaba en aquella época por esas pequeñezes?

Llevaremos demasiado lejos la mención de todas las series de prosesos menores contra los malhechores anarquistas, que en todos estos tiempos se continuaron, con la connivencia de los acusados, aunque su flexibilidad en el derecho fue evidente. También Léautier, un joven de 19 años, que había sido sentenciado por el tribunale de Lyon, fue condenado en aquellas semanas. El fiscal había pedido para él la pena de muerte, aunque era evidente que se trataba del hecho de un joven sin madurez al que todo tribunal habría concedido en condiciones normales circunstancias atenuantes. Léautier fue condenado a prisión perpetua, y fue muerto, pocos meses después, en ocasión de un supuesto amotinamiento de los presos en las Illes du Salut.

El 26 de febrero fue llevado Jean Grave ante los tribunales a causa de su libro La société mourante et l’archerie. Grave había sido detenido poco después del hecho de Vaillant, y estaba en prisión preventiva hasta el día de su proceso. Se le acusaba de incitación al asesinato, al saqueo y al incendio, delito que habría cometido con la publicación de su libro. La acusación entera era tan monstruosa que hasta periódicos burgueses como L’Intransigeant y otros la declararon absurda y peligrosa para la libertad de prensa. El libro había aparecido en 1892 en una casa editorial sin objeción alguna de las autoridades; fueron publicadas traducciones en diversos idiomas, sin producir escándalo. Era una obra teórica para la cual Octave Mirabeau había escrito un prefacio que no habría cubierto con su nombre, ciertamente, un libelo ordinario. Pero los tiempos habían cambiado. Después que la obra fue vendida públicamente todo un año, confisicó la policía de repente todos los ejemplares existentes y puso al autor bajo acusación.

El proceso causó gran sensación, tanto más cuanto que fueron invitados como testigos una serie de escritores muy conocidos. El primero de los testigos fue Élisée Reclus, que hizo la mejor declaración en favor de Grave como hombre y luchador. Ya el aspecto mismo del gran sabio tenía que causar una impresión favorable, y el fiscal Bulot, el mismo Bulot que había condenado a Decamps y a Dadare, y contra el cual había dirigido uno de sus atentados Ravaud, pretendió desvirtuar esa impresión preguntando al testigo si era el mismo Reclus que había sido condenado en 1892 en el gran proceso de los anarquistas de Lyon a cinco años de cárcel. Reclus respondió risueñamente que nunca había sabido nada de tal condena. Aquella pregunta suscitó entre los representantes de la prensa murmullos de desaprobación. El señor Bulot había cometido una sensible falta, en su gran celo, al confundir a Reclus con Kropotkin. Este hombre, que no tenía idea alguna de la historia ni de las ideas del anarquismo, había sido llamado a juzgar sobre un movimiento para cuya comprensión le faltaba todo.

Como segundo testigo fue llamado Octave Mirabeau a fin de que diera su impresión sobre Grave y su obra. Lo calificó de pensador distinguido que sabía desarrollar sus ideas hasta la última consecuencia lógica, y declaró que algunas frases aisladas de la conexión general no bastaban para juzgar el valor de su libro. Interrogado sobre el sentido de ciertos pasajes del prefacio del libro de Grave, declaró Mirabeau: "He repudiado siempre la violencia, pues siento dentro de mí un amor vigoroso a la vida y una repulsión hacia la muerte. Pero por eso no pierdo su validez los acontecimientos históricos. Todas las revoluciones y todos los gobiernos han derramado sangre. Se puede lamentar, pero esa es la historia."

Paul Adam, interrogado sobre el valor literario que atribuía a la obra de Grave, respondió: "Es una obra brillante, y puede estar orgullosa de haberla escrito." Bernard Lazare sostuvo el mismo punto de vista y dijo que la obra de Grave era uno de los libros más héroes que había leído hasta allí.

Pero esos juicios de hombres que se contaban entre los mejores representantes de la literatura contemporánea de Francia, no causaron la menor impresión en un hombre como Bulot. Para él la obra de Grave era peligrosa porque había sido escrita por un anarquista. Son obras de esa clase, declaró, las que producen un Ravaud, un Vaillant, un Léautier. Por eso es mi moción de la ley reprimir tales libros y dictar sobre sus autores los más duros castigos. De acuerdo con esa lógica, no había más seguridad para la palabra escrita, y la justicia se convertía en juguete de devotos de estrecha visión, que calificaban el pensamiento como crimen y lo habrían prohibido totalmente si hubiesen dispuesto del poder para hacerlo.

Saint-Auban, el defensor de Jean Grave, se expresó también en este sentido. En un brillante discurso que pertenece a los mejores que hayan sido pronunciados en tales ocasiones, declaró que si los jurados hacían suyos los motivos de la acusación pública, había que proceder a desterrar las obras de Vaillant, Rousseau, Biderot, Lamennais, Flaubert, Balzac, Victor Hugo, pues el espíritu de la rebelión respiro en sus escritos y, según la interpretación del fiscal, pueden producir hechos que amenacen el orden de la sociedad burguesa. Saint-Auban señaló con razón que no son las obras de los filósofos las que producen hombres como Ravaud, Vaillant o Henry, sino que es la época en que vivimos, la lucha despiadada por el pan de cada día lo que puede llevar fácilmente a naturalezas audaces a arrojar de sí la pesada carga que ninguna mano suave les ayuda a llevar. "Defended vuestra sociedad de hoy, vuestro libro, pero no reprimáis lo que pertenece al porvenir, y respecto de lo cual tenéis derecho alguno! Lo que hoy condenáis, puede ser quizás la verdad de mañana. De los suenos de los pensadores surgirá el porvenir. Vuestra propia existencia es el resultado de uno de esos sueños, que los hombres han soñado antes de nosotros. No olvidéis que el pensamiento humano está por encima de vuestro fallo. ¡Alegraos de ello, pues esta es la marcha de la evolución!"

El discurso inteligente de Saint-Auban no dejó seguramente de impresionar hacía fuera, pero no tuvo efecto alguno en los jurados elegidos. No sin intención se fijó el proceso contra Grave para apenas dos semanas después del atentado de Henry, para alcanzar el estado de ánimo deseado. Los jurados reconocieron, sin embargo, circunstancias atenuantes para el acusado,
pero el tribunal le condenó, sin embargo, a dos años de prisión. ¡Dos años de prisión por la publicación de un libro que había circulado sin obstáculos un año entero, y que dos años después pudo volver a ser difundido en Francia! El 27 de abril apareció Emile Henry ante el tribunal del Sena, para responder de los atentados con bombas en el café Terminus y en la rue des Bons Enfants. Henry había hecho ya en la investigación declaraciones tan claras y terminantes que el proceso no podía tener perspectivas nuevas dignas de atención. Fue simplemente el confrontamiento del acusado con los jueces y su defensa lo que conciitó hasta el último momento la atención general. Según el aspecto externo de este joven, de figura delicada y rasgos inteligentes, nadie hubiera podido creer que era capaz de los hechos que le atribuyó la acusación. Su comportamiento era libre y espontáneo, y no negó por un solo segundo la fuerza férrea que constituía el signo especial de su carácter. Su lenguaje era claro y selecto y mostraba al hombre que había disfrutado de una esmerada educación. Cada una de sus observaciones daba siempre en el punto exacto. Algunas de sus frases son de agudeza dramática. Aunque no se despojó nunca del frío desprecio ante sus jueces, conservó siempre la actitud distinguida del hombre culto que resiste altivamente toda grosería. A la observación del presidente de que sus manos estaban enrojecidas por la sangre de sus víctimas, respondió con fria dureza: “Mis manos no están más ensangrentadas que la inplementaría roja que usted lleva, señor presidente”. Hubo un momento durante el proceso en que su fria calma fué suspendida, cuando el médico de la familia Henry declaró que, según su convicción, el acusado no era normal y señaló en esta oportunidad que su padre había caído víctima de una parálisis cerebral. Henry comprendió en seguida que el médico le había tendido la única tabita de salvación que podía quizás salvar su vida, y quedó evidentemente algo conmovido. Pero volvió a recuperar su tranquillidad y dijo: “Lo agradezco, doctor Goupil, pero no tengo ninguna necesidad de salvar mi cabeza. No soy un loco, he cometido mis hechos con pleno dominio de mis capacidades espirituales, y estoy dispuesto a asumir por ellos toda la responsabilidad.”

Cuando el defensor propuso que se interrogara a la madre del acusado, se levantó Henry de su asiento y dijo: “Me opongo a toda decisión a ese interrogatorio, pues no podría soportar el espectáculo de ver caer a mi madre ante el tribunal”.

Entre los testimonios citados por la defensa, se encontraban algunos maestros de Henry, y gentes para las cuales había trabajado más tarde. Todos presentaron en su favor el mejor testimonio, y le calificaron como un hombre de extraordinarios dones y de temprana madurez de ideas.

La pieza central del debate entero fué el discurso de defensa de Henry, que en realidad presenta un documento característico en la historia de los procesos políticos. No hay en ese discurso ninguna huella de conmoción interior. No ha sido escrito con el corazón, como la defensa de Faillant, sino que surge completamente de la fria lógica de la razón, que no hace concepción alguna a los sentimientos y sólo recurre al consejo de la convicción intelectual. Hay muy pocos escritos en los que se hayan presentado tan densamente los propios pecados, en una perfección tan clásica, a los defensores de un orden social. Se puede juzgar los hechos de Henry como se quiera, pero la defensa ante sus jueces no es denunciada por eso. Es una obra maestra de deducciones lógicas, cruel e inflexible en sus conclusiones bien pensadas, y posee por eso todas las ventajas y desventajas de las construcciones ideales del hombre que se apoyan en deducciones puramente lógicas. Pues la vida humana no sigue leyes puramente lógicas. Está llena de contradicciones internas que se burlan de toda lógica, y que en el mejor de los casos se conciben psicológicamente, pero no se pueden explicar científicamente. La famosa frase: “comprenderlo todo significa perdonarlo todo”, no ha seguido los principios de la lógica y, sin embargo, tiene por base una justificación interna más profunda que los resultados más finos del pensamiento lógico. El discurso de Henry nos da la clave de sus hechos. Nos explica su manera de obrar, aunque no pueda justificarla. “Me preguntáis, dijo, por qué he atacado a parroquianos pacíficos que escuchaban los sones de la música, entre los cuales quizás no se hallaban jueces, diputados o representantes de la autoridad del Estado. La declaración es simple. La burguesía ha condenado a los anarquistas en conjunto. Un hombre único, Vaillant, ha arrojado una bomba. Nueve décimas partes de los compañeros no le conocían siquiera. Eso no os produjo ningún dolor de cabeza. Habéis perseguido a los anarquistas en su totalidad. Cualquiera que hubiese tenido relaciones, aun lejanas, con el anarquismo, cayó víctima de vuestra elega pasión persecutoria. Habéis hecho responsable a todo el movimiento del hecho de un solo individuo. Ahora bien, por eso he replicado de la misma manera”. Había algo espantoso en esa lógica intuitiva de un joven bien dotado, que sacrificó su vida joven y floreciente para vengar una injusticia mani
tista. Pero era la lógica que empleaba el gobierno frente a los anarquistas. También él golpeaba sin discriminación sobre hombres inocentes a quienes cargaba con la responsabilidad de los hechos de algunos individuos. El gobierno no había hecho más que comenzar lo que Henry había continuado a su manera. Los extremos se tocaban.

Zo d’Axa, que conocía a Henry personalmente, escribió sobre él: “Lo veo todavía delante de mí, casi un niño, pero ya severo, consciente, y con los labios comprimidos, un sectario como tienen que serlo todos los influidos por una duda interior, que van como hipnotizados a determinado objetivo ante una situación determinada, juzgando y decidendo luego con inflexibilidad matemática. Creía firmemente en el advenimiento de una sociedad fundada en principios lógicos y de armónica belleza, y me reprochaba que yo no creía bastante en el renacimiento de la especie humana, que no juzgaba todas las cosas según los puntos de vista ideales de la anarquía. No podía comprender simplemente que alguien pudiese sentir toda la miseria de una época sin renunciar a sus alegrías”.

Jean Grave contó 36 años después en sus memorias que Fortuné Henry, que compartía las convicciones anarquistas de su hermano Emile, le había contado en Clairvaux que la muerte de su hermano había sido una especie de suicidio. Emile se había enamorado de una mujer casada, pero como reconocía que sus deseos no podrían ser nunca satisfechos, ha cometido este
En el verano de 1893 llegaron los compañeros Radel y Tumar a París. Ambos tenían que huir de Viena, donde habían actuado largo tiempo en el movimiento clandestino. La policía había descubierto su presente en el domicilio de Radel una impronta secreta, pero como no estaban presentes en el allanamiento domiciliario, y pudo ser advertido a tiempo, consiguió escapar a la detención. Algunos días después de la llegada de ambos, recibimos una carta del compañero Matsinger, el redactor de entonces del Zukunft de Viena, en la que nos pedía calorosamente que ayudásemos de todas las maneras a Tumar y a Radel, pues habían prestado al movimiento en Austria grandes servicios. Ambos eran en realidad personas excelentes. Los dos eran buenos zapateros, de modo que no nos fue difícil procurarles pronto trabajo remunerador. Radel pudo hacer llegar su familia pocas semanas después desde Viena. Tumar, que no estaba casado, trabajaba con él. Pronto les conocí a fondo y recibí de ellos pormenores sobre el movimiento en Austria.

El movimiento fue víctima entonces de graves persecuciones. Después de la represión despiadada del viejo movimiento radical, que había conducido a un fuerte desarrollo del partido socialdemocrático, los radicales casi no podían actuar más que en grupos secretos, hasta que después de la supresión de las leyes de excepción en Austria pudieron intentar de nuevo un ensayo de salir a la luz pública. En agosto de 1892 comenzó a aparecer Zukunft en Viena, que se atrevió por primera vez a utilizar la palabra anarquismo para el nuevo movimiento. El viejo movimiento radical había sostenido sus aspiraciones anarquistas siempre bajo el nombre del federalismo, pues el gobierno no habría soportado entonces una confesión abierta de anarquismo.

El nuevo movimiento tuvo que luchar desde el comienzo con dificultades casi insuperables. No solo por el hecho que tuvo que soportar las más severas persecuciones del gobierno, sino porque estaba también expuesto a las hostilidades más violentas de la socialdemocracia. Se pusieron en movimiento todos los recursos para impedir un nuevo resurgir del radicalismo político en Austria. Cuando, no obstante, el movimiento fue ganando terreno, el gobierno recurrió a todos los medios para que no prosperara. Zukunft fue hostigado casi todos los meses con la prohibición de diversos números, hasta que al fin paralizó su publicación en 1895. También los otros periódicos del movimiento, la Freiheit de Graz y la Allgemeine Zeitung de Salzburgo, tuvieron sólo muy breve existencia. De igual modo los periódicos en idioma checo, el Voino Listy de Viena y toda una serie de periódicos anarquistas en Bohemia cayeron víctimas de las persecuciones constantes, de manera que los compañeros checos fueron forzados casi exclusivamente a la difusión secreta de la prensa anarquista del extranjero.

Radel y Tumar conocían muchas cosas de ese reciente período del movimiento austriaco, que ofrecía un testimonio admirable del espíritu de sacrificio y el estado de sus camaradas en la patria. Los dos eran personalmente amigos de Matsinger y, de acuerdo con sus descripciones, el entonces redactor de Zukunft había debido ser una personalidad singular. Matsinger había sido en su juventud oficial del ejército austriaco, pero había renun-
de pronto a su puesto, ya que la carrera militar no armonizaba con sus do- 
nes naturales de carácter. Era un hombre de conocimientos múltiples, domi-
naba una serie de idiomas extranjeros, y había sido atraído poco a poco por 
el viejo movimiento radical. Para eludir las persecuciones políticas en Aus-
tria, vivió largos años en América, donde se dedicó a todas las tareas posibles. 
Había tomado una participación activa en el gran movimiento de las 8 horas, 
en 1886-87, conociendo personalmente a Spies, Parsons y Fiedler, y colaboró 
largos años en la Freiheit de Most y en la Chicago Arbeiterzeitung. Des-
púes de la supresión de la ley de exepción, regresó a Viena, donde fué en-
cargado más tarde de la redacción de Zukunft. De acuerdo con los datos de 
Radel y Tumar, recibía por su trabajo en este periódico lo que necesitaba 
absolutamente para el sostén modesto de su vida. Y era cordialmente poco. 
Dormía en un callejón en el barrio del distrito, se preparaba sus propios 
comidas en una cocina de alquiler, remendaba sus medias mientras 
conversaba con los amigos y se arreglaba la ropa y el cabello por sí mismo. 

Las continuas persecuciones y ante todo las pequeñas molestias del go-
bierno contra los adeptos del nuevo movimiento, por las cuales centenares 
de honrados trabajadores habían sido dejados sin trabajo, pusieron a mu-
chos compañeros en un estado de ánimo en que comenzaron a dudar en 
general de la conveniencia de toda actividad pública y a buscar su salvación 
en un movimiento clandestino. También Radel y Tumar estaban inquietos 
fuertemente por esta idea, y se ocupaban desde hacía años de seguir esta 
dirección. Así cambiamos impresiones sobre esta interpretación en círculos 
intimos, interpretación que fué fortalecida por las persecuciones crecientes 
en Francia misma. 

En una de esas ocasiones fué llevado también el padre Meyer por Radel 
para que interviniere en el debate. Al parecer no tenía ningún placer en 
exponer su opinión y dijo que su manera de pensar apenas tendría valor para 
nosotros. El mismo había sostenido un punto de vista idéntico en su juve-
tud, y comprendía muy bien como se podría dejar llevar uno, bajo la presión 
de determinadas circunstancias, a los más grandes sofismas. Los hombres 
rapazmente aprenden en la experiencia ajena, declaró; son siempre las expe-
riencias propias las que les abren los ojos. 

Meyer había participado activamente en el viejo movimiento radical 
de Austria, hasta que éste fué reprimido despieadamente después de los 
atentados de Stellmacher y Kammerer. Había conocido personalmente en Zü-
rich a Kammerer y a Stellmacher y había sido buen amigo, especialmente de 
Kammerer, que había vivido un tiempo con él. Su opinión era, por tanto, 
importante, pues tenía por base sus largas experiencias, que en el curso de 
las dos últimas décadas más de una clarificación interior. Le incitamos todos 
por consiguiente a que expusiese su opinión. 

El viejo sostuvo que los movimientos secretos en el mejor de los casos 
no son más que un mal necesario, pero creer que se puede producir una 
transformación social por tales movimientos es una ilusión peligrosa. Toda 
transformación espiritual y económica de la sociedad supone una amplia 
y constante propaganda que obre ante la más amplia publicidad, lo cual no 
podría hacerlo jamás un movimiento subterráneo. La actividad secreta de
muchos a juzgar determinados fenómenos diversos a como habría sido el caso en otras condiciones. Pero justamente la circunstancia de que el gobierno francés no podía atreverse por ahora a reprimirla despudadamente todas las derechos y libertades políticas, como ocurrió en Alemania y en Austria, no sólo ha ofrecido a los anarquistas sino también a otros que habían conservado su independencia de pensamiento, la posibilidad de presentar a sus conciudadanos los hechos de Rouen y los caídos más precisamente bajo otras luzes a constancia presentaron los informes policiales ordinarios.

En mi, personalmente, las manifestaciones del viejo tuvieron un efecto más hondo del que quizás me atreví a confesar entonces. Aunque mi imaginación juvenil se rebelaba contra algunos conceptos que había expresado la fría razón de un espíritu aseguado y esclebrado por largas experiencias, no se me ocurrió sin embargo que el padre Meyer había tocado un punto que era de importancia decisiva para toda concepción libertaria. En otro período cualquiera, sus palabras habrían dejado en todos nosotros una profunda impresión, pero bajo las influencias diarias de aquel tiempo tormentoso, que removía entonces a Francia en todas sus profundidades, nuestras ideas volvían sin cesar hacía otras cosas. Todos veíamos en las graves conmociones sociales de aquel tiempo los presagios de una nueva revolución que, como los grandes acontecimientos de 1789 y 1793, debían atraer también a los demás países europeos a su torbellino. Por lo demás no era sólo la juventud la que alentaba tal creencia. Había llegado al movimiento revolucionario entero un nuevo espíritu. Era como si mis esperanzas perdidas renaciesen de repente a una nueva vida y se hubiesen condensado en una nueva fe. Todos nosotros sentíamos con Ulrich von Hutten: “¡Los espíritus están despiertos! ¡Es un placer vivir!”

Unas semanas después de la ejecución de Vaillant, me trasladé a Saint-Denis. Un miembro de nuestro grupo alemán en París me había ofrecido, a un precio muy bajo, la mitad de su vivienda, después que su mujer lo abandonó. Como su contrato de arrendamiento era por un año, no podía abandonar la vivienda antes de cumplirlo y, como no quería estar solo todo el tiempo, me propuse que fuese a vivir con él. Trabajaba entonces de nuevo por propia cuenta. Mis clientes principales eran algunos pequeños obreros del barrio latino; además recibía pequeños encargos del círculo de mis conocidos y cada par de meses algo de trabajo para la Biblioteca Popular Rain. No ganaba mucho, pero bastaba para sostenerme y para seguir haciendo la vida. De Saint-Denis a París no había larga distancia, las comunicaciones eran buenas, de manera que acepté sin pensarlo mucho la propuesta de mi amigo. Tenía una hermosa vivienda de cuatro habitaciones que daba a la plaza Victor Hugo, justamente frente a la vieja catedral. Ordené una de las habitaciones como taller, y vivimos juntos hasta que después me marché a Londres.

Mi amigo Jean Wolffmann era alemano de nacimiento, aunque había llegado a París desde muy joven y casi había mejor el francés que el alemán. Era impresor de tapices en un pequeño establecimiento de Saint-Denis, pero su industria atravesaba en aquel tiempo una crisis grave y no trabajaba nunca más de tres o cuatro días por semana. Pasábamos en común nuestros recursos y vivíamos lo más económicamente posible, pero no sufríamos ninguna miseria directa. Jean era un hombre excelente, con el que se podía hacer buenas migas. Había leído mucho y disponía de un tan to judío sobre hombres y cosas. Yo solía visitarlo a menudo cuando su mujer vivía con él. El tenía tres o cuatro años más que yo y me estimaba mucho. Por él conocí a una cantidad de compañeros franceses de Saint-Denis, entre ellos a Elysee Bastard, uno de los oradores anarquistas más conocidos de aquel tiempo y un excelente camarada.

Aquéllos compañeros habían fundado, junto al canal de Saint-Denis, una especie de colonia que causaba un efecto típico. Las casas consistían en antiguos vagones ferroviarios organizados como viviendas. En el verano había allí todos los domingos una vida activa. Se encontraban siempre algunos centenares de personas de los alrededores que llevaban consigo la comida y pasaban con los compañeros el día al aire libre. Se pasaba entonces muy agradablemente el tiempo. Se discutía sobre todos los problemas posibles, se cantaban canciones revolucionarias, y se estaba hasta bien entrada la noche. A menudo llegaban también conocidos poetas como Paul Paillete y Père Lapurge, que hacían conocer a los compañeros los más revolucionarios productos de su mesa, y nunca faltaba un entretenimiento grato. Saint-Denis y los pequeños distritos industriales de los alrededores, eran desde hacía muchos años, el baluarte del movimiento revolucionario, y yo me sentí siempre muy bien en aquel círculo.

En la casa en que vivíamos habitaba también un cierto Peron, con su mujer, un hombre de aproximadamente cincuenta años, que había hecho la guerra de 1870-71 y había perdido en ella el brazo izquierdo. Tenía un pequeño puesto de escribiente de la ciudad, mal pagado, pero disfrutaba además de una pequeña renta anual, y vivía por eso en condiciones soportables. Este Peron era un sujeto cómico. Desde hacía años iba por lo menos una vez a la semana a visitar a Jean, aunque siempre estaban en pica, pues no tenían la misma opinión en punto alguno. Peron era un patriota francés fogoso y odiaba fundamentalmente a los alemanes. Al menos lo hacía reír a toda ocasión. Jean no era, naturalmente, como asalario, un alemán para él, sino un francés. Le reprochaba tanto más su falta de patriotismo, cuanto que estaba firmemente convencido de que en Alsacia se esperaba ansiosamente la hora en que la bandera tricolor volviese a flamear sobre la catedral de Estrasburgo. Pero como no siempre se hablaba de política, y Peron fuera de eso, era un hombre muy tratable y no del todo desprovisto de ingenio, jamás se produjo entre ambos una ruptura. Permanecieron siempre buenos vecinos que se hacían mutuamente favores. En 1874 la conducta no cambió tampoco durante mi presencia. Peron siguió viendo de visita como antes, aunque sabía que yo era alemán. Entraba y salía incluso cuando yo estaba solo en casa y me veía consagrado al trabajo.

Una noche vino a vernos cargado como una pistola. Los periódicos informaron de un nuevo refuerzo del ejército alemán y hablaron mucho de una guerra inminente. Para Peron era eso un hallazgo bienvenido. En pocos minutos nos encontramos en medio de la más hermosa escaramuza verbal.
Perón acusó a Alemania de perturbar intencionalmente la paz de Europa, y de planear la ruina de Francia. No dejó ningún pelo sano a los alemanes y los hizo responsables de todas las desdichas del mundo. Cuando le llamó la atención diciendo que no se podía hacer responsables a los pueblos enteros así de los propósitos abiertos o secretos de sus gobiernos, y declaró que había muchos alemanes que juzgaban lo mismo que él la anexión de Alsacia-Lorena y sus tuenos resultados, me respondió con la conocida objeción de que todo pueblo tiene el gobierno que se merece.

“Si tal es el caso, dije, entonces tampoco los franceses tienen motivo para estar demasiado orgullosos de su gobierno. Un gobierno que favoreció a los ladrones de Panamá no es ninguna buena recomendación”.

“Con esos pretextos, dijo, terminaremos pronto. Francia es el país de la revolución y ha demostrado muy a menudo que un gobierno no puede gobernar contra la voluntad del pueblo. Pero los alemanes se sienten a todo despotismo y no piensan en reivindicar sus derechos”.

Expuse luego tranquilamente mi punto de vista sobre toda la situación europea, se volvió algo pensativo y dijo: "Entonces lamento que sea Ud. alemán.”

"¿Por qué? pregunté sorprendido. He tenido tan poco que ver en mi nacimiento como Ud. Se puede estar orgulloso quizás de lo que uno mismo llega a ser. Pero sobre lo que el azar ha hecho de nosotros, de eso no somos responsables. Es absurdo jactarse o avergonzarse del propio origen. No es serio suyo el ser francés, como no es ninguna vergüenza para mi ser alemán. Su gran patrimonio Beaumarchais ha jugado más racionalmente las cosas, cuando dijo de la vieja aristocracia de Francia: Aquellos señores se han dado todo el esfuerzo de nacer”.

El mismo tuvo que sonreírse y dijo: “Usted es un sofista, querido, como todos los alemanes. Sólo puedo decirle que sí yo hubiese tenido la desgracia de tener que andar por el mundo como alemán me habría suicidado”.

"Le agradezco por la incitación amistosa, señor Perón, le dije sonriendo, pero yo no tengo la intención de hacer uso de ella.”

Unos días más tarde apareció cargado con dos grandes paquetes en mi taller. Eran libros que había reunido entre sus amigos para encuadernar. “Le trago algo de trabajo, señor Rocker, dijo amistosamente”. Queudé tan sorprendido que al principio no pude encontrar palabras para responder. Entonces mencionó a la constante repentinamente el aspecto cómico del acontecimiento. “Pero señor Perón, dije sonriendo, usted es un mal patriota, el trabajo que me trae se lo quita a un francés.” “Ah, señor Rocker, replicó, ¿qué mal conoce usted a los franceses? En la guerra le mataría a usted. Pero aquí, donde sólo es un extranjero, le es más difícil que a un francés abrirse paso en la vida. Es verdaderamente imperdonable que sea usted alemán, pero en este caso no sería caballeresco hacérselo pagar. Por lo demás no estoy seguro de que su madre no se haya enamorado de un francés”. Nos echamos a reír cordialmente.

Los ocho meses que viví en Saint-Denis, pasaron bastante rápidamente. Iba cada semana dos o tres veces a Paris. Cuando el tiempo era favorable, solíamos hacer grandes caminatas. Así fuimos dos veces de Saint-Denis a Versalles y volvimos el mismo día a casa. Es un camino magnífico sobre Chilly, Neuilly, el bosque de Boulogne y el magnífico parque de Saint-Cloud. A menudo nos reuníamos con amigos de París y hacíamos excursiones en común. Paris es una ciudad tan soberbia y de un ambiente tan encantador que no se cansa uno nunca de admirarlo. ¡Además éramos todos tan jóvenes y nuevos en la vida! ¡La época estaba tan llena de esperanzas y de sueños tan brillantes. ¿Quién habría entonces sospechado lo que el destino nos reservaba para los próximos años?

**EL ATENTADO DE LYON**

En la última semana de junio de 1894 recibí de Leopold Zuck, el delegado de nuestro grupo en París, una carta en la que me rogaba que le visitase, pues tenía que hablar conmigo de diversos asuntos. Fui por tanto el 3 de junio por la noche a París, y encontré a Zuck en la misma pequeña taberna donde solía cenar desde hacía años. Pasamos la noche juntos, y como se hizo bastante tarde, me propuse que fuese con él al hotel. Al día siguiente tenía que arreglar algunas cosas y volvi a mi casa al atardecer. Como mis amigos Tumar y Radel no vivían lejos de la rue de la Chapelle, donde comúnmente tomaba el tranjía para Saint-Denis, resolví hacerles una nueva visita. Esa visita se extendió más de lo que yo me había propuesto. Cuando al fin, poco después de las 9 de la noche, me puse en camino para tomar a tiempo el próximo tranvía, oí en la calle gritar a los vendedores de diarios: “Le président assassiné par un italien!” (El presidente asesinado por un italiano).”

Compré inmediatamente un número extraordinario del Intransigeant, y leí que Sadi-Carnot había sido apuñalado en la exposición colonial de Lyon por un joven italiano. Las primeras noticias eran muy breves. Se desprendía de ellas tan sólo que el presidente estaba a punto de ir desde el Palais du Commerce al Grand Théâtre, donde se había organizado en su honor una representación de gala. Cuando el carriaje, rodeado de un pequeño destacamento de coraceros a caballo, avanzaba por las calles repletas de gente, un joven se abrió repentinamente camino por entre la muchedumbre y apuñaló a Carnot en el pecho. Todo el suceso ocurrió tan rápidamente que los dos generales y el alcalde de Lyon que se encontraban con el presidente en el mismo carruaje, apenas advirtieron lo que había acontecido. Los diarios informaban que Carnot vivía aún, pero que existía poca esperanza de que sobreviviera, pues el cuchillo había cortado una de las venas capitales y había originado un gran derrame interno.

El autor del hecho fue inmediatamente arrestado, pero por el momento no se sabía nada de los motivos de su acción. Algunos periódicos hicieron incluso alusiones a que el suceso estuviese quizás en conexión con los acontecimientos en Aigues-Mortes, una pequeña localidad donde no había habido tenido lugar encuentros violentos entre obreros franceses e italianos ignorantes, en el transcurso de los cuales habían sido muertos algunos italiana. Se creía por tanto que el presidente había caído víctima, posiblemente, del puñal de un patriota italiano que quería vengar a sus condenados.
 Cuando volví a casa no tenía jean ninguna idea de lo que se había producido entretanto. Le di los periódicos que había comprado, repasé aceleradamente las primeras líneas y se puso muy serio. Luego sorprendo que había que estar previendo para todo. El no creyó un solo momento en una relación del hecho de Lyon con los acontecimientos de Aigue-Mortes. Esa era también mi opinión. Tuvo pronto el sentimiento de que se trataba del atentado de un anarquista. Las grandes persecuciones que se habían producido en todo el país después del hecho de Henery, no permitían otra interpretación en una época tan agitada había que prever siempre que el avasallamiento de los derechos personales podía incurrir a un hombre de sentido pasional a realizar un hecho de esa clase. Después de la ejecución de Vaillant, los periódicos burgueses, como por ejemplo el Intransigante, habían expresado repeticiones veces ese pensamiento. En el caso presente, esas consecuencias tenían que resultar doblemente nefastas, pues el autor era un extranjero. Dada la actitud reaccionaria del gobierno, había que calcular que el suceso daría motivo a una xenofobia general en caso de que se estableciese que el hecho tenía por base motivos políticos.

No nos habíamos engañado. A la mañana siguiente todos los diarios estaban llenos de pormenores sobre el atentado de Lyon. Cartel había fallecido unas horas después de causa de las peligrosas heridas. Se estableció que el autor, en el pánico general que había causado su hecho, pudo escapar fácilmente. Sólo la circunstancia de que, cuando había desaparecido ya entre la muchedumbre, gritó: "¡Vive la revolución!" conducido a su arresto. Interrogado sobre su persona y el motivo de su acción, dijo su nombre como Santorino Caserio, y declaró que tenía el propósito de vengar la ejecución de Vaillant. Poco a poco fueron conocidos más detalles. Se estableció que Caserio había nacido en 1873 en Motta-Viencoti, una pequeña localidad de Lombardía, y que después había aprendido el oficio de panadero. A los 18 años conocío el movimiento anarquista, y en 1892 fué detenido en Milán por difusión de manifiestos antimilitaristas. Después de su liberación condicional en marzo de 1893, escapó a Suiza, para eludir de ese modo el servicio militar. Tras una breve permanencia en Ginebra, se dirigió a Francia y vivió poco tiempo en Lyon y en Vienne, hasta que al fin encontró ocupación en una pequeña panadería en Cete. Trabajó allí hasta el día anterior al atentado contra la vida del presidente. El 23 de junio partió de Cete y llegó al día siguiente a Lyon, después de haber hecho a pie una parte del trayecto. Como no quería despertar sospecha alguna con sus preguntas, se unió a la multitud que iba hacia la ciudad, donde algunas horas después realizó su hecho.

Los preparativos que había hecho Caserio para su acción eran tan increíblemente primitivos que casi parece imposible cómo un forastero que apenas había llegado a Lyon y que tan sólo en el camino había estudiado superficialmente el programa de los festejos, pudo realizar un hecho de tal alcance sin hallar el más mínimo obstáculo. Pero al mismo tiempo, aquel hecho había demostrado también que las persecuciones del gobierno y la agudización de las leyes contra la libertad de prensa y el derecho de reunión, no eran capaces de impedir esos atentados. Las medidas draconianas del gobierno sólo habían contribuido a fortalecer la irracionalización general, y habían obtenido justamente lo contrario de lo que se proposían. En todos los hechos de aquel período se trataba de ataques de personas individuales, de los cuales no podían ser responsables otros de acuerdo con la concepción mental del derecho. En ningún caso habían sido capaces los tribunales de establecer la participación de otras personas, aunque no se dejó de recurrir a todos los medios para hallar rastros de supuestos cómplices. La llamada asociación de malfeitores (la association de malfiteurs), de la que entonces se habló tanto, no existía más que en la imaginación del gobierno y de la policía. Hay que suponer con seguridad que los hombres del gobierno mismo no creyeron nunca en ese fantasma y que ese pretexto sólo les servía para justificar los ataques reaccionarios contra los derechos del pueblo. El hecho sólo de que la policía fracase totalmente, que no pudiera descubrir en un solo caso una verdadera conspiración, aunque para ello no le faltaba buena voluntad, había debido al zarzal de motivos políticos para pensar, si le hubiese interesado en general ir al fondo de las cosas, pero para ello no sólo le faltaba la voluntad, sino también el sentimiento de justicia.

El atentado de Lyon dio ocasión para demostrarlo nuevamente. El hecho de Caserio conducía a persecuciones que jamás se habían experimentado en tales proporciones en el período mismo del segundo imperio. Todo el país se había hechado en pocos días, y sus editores, en tanto fueron hallados, fueron arrestados. Entre los anarquistas conocidos de París y de otras grandes ciudades, apenas hubo uno que no haya sido llevado tras las rejas si no tuvo escaso daño de huir antes al extranjero. Revolucionarios extranjeros que vivían como refugiados políticos en Francia, fueron expulsados en masa, entre ellos todo un gran número de gentes que no tenían relación alguna con el movimiento anarquista. Pero en aquel período de persecuciones a los herejes políticos, no valía ninguna protesta. La policía y sus confesores eran omnipotentes e hicieron sentir su poder a todos los que por algún motivo no les eran gratos.

Entre los expulsados, muchos habían vivido largos años en Francia y tenían allí sus familias. La mayoría de ellos no habían dado a las autoridades jamás ningún motivo de queja, y se mantenían honradamente de su trabajo. Todo su crimen consistía en que abrigaban una convicción política que no era agradable a los gobernantes de aquella época. Los que por parabrisas fueron los padres de familia. Ellos, como los demás, tuvieron que abandonar el país en el plazo de veinticuatro horas, sin tiempo para ordenar sus asuntos más urgentes y para cuidar de las mujeres y de los hijos que quedaban. De mi íntimo círculo de amistades fueron alcanzados por la expulsión numerosos compañeros italianos, españoles y rusos. También Alexander Cohen y Leopold Zack tuvieron que abandonar el país. Zack no era más que un socialdemócrata y opositor que había participado siguiéndamente en el movimiento de los jóvenes. También yo fui expulsado entonces de Francia, sin haber tenido conocimiento de ello, pues la policía no pudo presentarme la orden de expulsión.

Ocurrió lo siguiente: como he dicho ya, había abandonado mi viejo domicilio en París, y me trasladé a Saint-Denis sin dar a conocer la nueva di-
zados. Pero esta sentencia mostraba la fragilidad de todo el proceso. El hecho de Vaillant no había dado muerte a nadie, ni siquiera había herido a nadie considerablemente. No obstante, fue condenado a muerte y ejecutado. Pero en la explosión del café Very habían muerto dos personas. Además el proceso contra Meunier tuvo lugar en una época en que toda Francia se hallaba bajo el efecto inmediato del atentado de Lyon. No se podía suponer, por tanto, que el tribunal tuviese el menor propósito de beneficiarle, y la apelación de la pena de muerte en este caso no solo fue el resultado de que los juzgados mismos reconocieron que no tenían ninguna prueba de la culpabilidad del acusado. Según las reglas de toda interpretación civilizada del derecho, Meunier tenía por eso que ser absuelto. Aun cuando los integrantes del tribunal estuviesen interiormente convencidos de su culpabilidad, en este caso habían tenido que decidirse en su favor, pues en verdad no tenían ninguna prueba contra él que pudiese justificar la condena. El que Meunier, a pesar de todo, fuese enviado por siete años al infierno de Cayena, lo debía simplemente a su condición anarquista. No fué condenado por los hechos que se le imputaron, sino porque tuvo el valor de confesarse partidario de una idea que hacía de él un delincuente a los ojos del tribunal. ¡Hay que asombrarse de que en tales circunstancias la fe en la justicia burguesa desapareciera, y de que se hallasen finalmente hombres llamados a tomar la justicia en sus propias manos, después de hubiérsela rehusado a ellos o a sus camaradas! El 2 de agosto apareció Caserio ante sus jueces en Lyon. Tampoco este proceso puso de relieve mucho nuevo. La gran conspiración de que había tanto la prensa gubernamental, se disolvía en complacencia. Nada, absolutamente nada indicaba que Caserio hubiese planeado su hecho con otro que no hubiese participado a cualquier su propósito. Toda la apariencia del joven, con los rasgos angulares y los ojos suaves algo soñadores, no habría podido conducir a nadie al pensamiento de que pudiese disponer de energía interna para ese hecho. Hasta un Lombroso tuvo que confirmar que el cráneo y las formas fisiicas de Caserio eran regulares y que, fuera “de los lobulados del cráneo algo crecidos y la escasa barba”, no tenía nada que hubiese hecho concluir en un delincuente nato. Sus respuestas eran claras y concretas y no carecian siquiera de una cierta vivacidad, aunque por su conocimiento defectuoso del idioma francés tenía que sentirse muy contenido. A la objeción del presidente del tribunal de que, según las comprobaciones de la policía, había tenido trato con los anarquistas, respondió Caserio, no sin una cierta ironía: “¿Qué quiere usted, no podía relacionarme con los circulos de purguesia, pues no he conocido más que el mundo de los trabajadores”. Cuando el presidente le dijo que poco antes de la ejecución de su acto se había hecho cortar el pelo en casa de un barbero conocido como anarquista, respondió: “La verdad es que no podía hacerme cortar el pelo por un panadero”. Cuando el presidente del tribunal relató que Caserio en alguna ocasión había dicho que quería suprimir al papa y al rey cuando pudiese volver a Italia, advirtió Caserio sonriendo: “Pero no a los dos de una vez, pues no van a pasar nunca juntos”. Los informes sobre la vida anterior del acusado no aportaron nada que la prensa no hubiese descubierto ya. Tampoco las declaraciones de los testi-
gía sobre los pormenores del atentado aportaron nada nuevo. Caserio no había tenido que pedir testimonios, y declaró tranquilamente que no estaba dispuesto a asumir la plena responsabilidad por su acción sin ilusionarse en lo más mínimo sobre las consecuencias. Cuando el presidente le hizo ver que no había habido matado al estudiante Carrot, sino también al padre de familia, respondió: "Hay tantos padres de familia que murieron por causa de la miseria y el trabajo! También Vailant tenía una mujer y una hijita, y Henry una madre y un hermano."

No hubo en ese proceso sorpresa alguna. Todo se desarrolló como en una representación de cámara con papeles mal escritos que no podían esquiar ninguna tensión espiritual. Tampoco la indagatoria del soldado Leblanc, que afirmó que Caserio le había dicho que había sido destinado por la suerte para la ejecución del hecho, causó impresión. La aparición misma del testigo no suscitó ninguna confianza, y su declaración recordaba demasiado reminiscencias de novelas policiales, de modo que no pudo influir sobre nadie. El propio presidente del tribunal Breullac declaró que la declaración de Leblanc no era de importancia. Con esas condiciones no se podía esperar tampoco grandes perspectivas para la defensa. El señor Dubreuil, el defensor de Caserio, se encontró en una situación poco envidiable, pues sabía, como él mismo dijo, que el último acto de ese drama no podía hallar su conclusión más que en el cadáver. Describió el triste paso del acusado y leyó algunas cartas a su familia, como también la última carta de la madre desesperada a su hijo. De ello resultaba que Caserio no era de ninguna manera el delincuente encallecido que había presentado la acusación, sino que demostraba para los familiares y especialmente para su madre mucha ternura y profundamente cariño. La mención de su madre, se advirtió en Caserio, que durante todo el proceso no había perdido nunca su sosiego, una profunda connexión psíquica, e intentó en vano ocultar sus lágrimas. Pero cuando el defensor, en el curso de su discurso, habló de las conferencias del jurisperito Pietro Gori, a quien Caserio solía visitar en Milán, y cuando calificó a Gori como el verdadero educador y maestro del acusado, se repuso Caserio de inmediato y protestó decididamente contra esas expresiones. Después del discurso de Dubreuil, fue leída la traducción francesa de la declaración de Caserio. No era seguramente una obra maestra y no podía compararse con las manifestaciones de Vailant y de Henry. Frases enteras de ella habían sido tomadas casi textualmente de los discursos de estos dos. Se podía reconocer fácilmente que la expresión escrita de determinadas ideas no pertenecía a la parte fuerte de Caserio. Pero ¿qué se podía exigir de este proletario que apenas había disfrutado en su abuela de una educación escolar sumaria? Caserio poseía sin duda una vivacidad espiritual natural, pero le faltaba el don de vestir los pensamientos en forma lógica y pulida. Además era demasiado joven para que hubiese podido substituir por su estudio propio lo que le había faltado en la instrucción anterior. Pertenece a las minorías de cuyos sentimientos internos debe substituir a la agudeza del pensamiento. Educación e instrucción superior no son, por lo demás, la única medida del valor interior de un ser humano. También la mayor inteligencia permanece sólo una fría sombra, cuando no es fecundada por la simpatía social.

cualquier modo que pueda juzgarse el hecho de Caserio, nadie puede disputar que le hiciera sacrificar su vida joven. Clarence Darrow habría podido llevar mejor esto a la conciencia de los jueces de Lyon que Dubreuil, pero el resultado habría sido sin embargo el mismo.

Después que el presidente explicó a los representantes de la prensa que la declaración de Caserio, a causa de las nuevas leyes del 23 de julio, no podía ser publicada, se retiraron a deliberar los jueces, que no quisieron necesitar para ello veinte minutos. Caserio fué condenado a muerte. Oyó la lectura de la sentencia de muerte con un gesto aburrido. Se podía ver en él que el debate le había cansado y que necesitaba descanso.

El 16 de agosto cayó la cabeza de Santo Caserio bajo la guillotina. Los médicos informaron que tenía lágrimas en los ojos cuando se le fue a buscar la mañana de la ejecución. En el capirote al cadáver no dijo una palabra. Tan sólo cuando se le ligó a la tabla, mormuró: "¡Vive la República!" Algunos periódicos informaron que sus últimas palabras apenas habían sido comprensibles y las interpretaron como "¡Yo no quiero!" Como en el caso de Henry, también se rebeló en él la juventud contra la muerte violenta. Seguramente no se había hecho ninguna ilusión, pero cuando llegó su hora, no pudo dominar su reacción física contra la muerte prematura. La destrucción violenta de una vida humana es en todas las circunstancias un fenómeno cruel que difícilmente puede justificarse desde el punto de vista de la humanidad. Pero nada más cruel y repulsivo que la venganza de la ley, friamente planeada y ejecutada. La declaración de Caserio ante sus jueces llegó a mis manos tan sólo seis u ocho semanas después de su proceso, pues la prensa de Francia no podía darla a conocer. Todos los periódicos extranjeros publicaron fragmentos de ella, y en septiembre publicó Émile Pouget el discurso oratorio, Pouget, el antiguo editor del Père Peynard, había huido a Inglaterra, y publicaba en Londres su periódico en pequeños cuadernillos que podían ser fácilmente enviados a Francia bajo el nombre. El primer cuadernillo que llevaba el título Il n’est pas mort, publicaba entre otras cosas también la declaración completa de Caserio ante sus jueces. Un conocido mi francés de Paris, había recibido algunos ejemplares de este primer cuadernillo y me dió una copia. Una demostración de que incluso las leyes más severas no son capaces de reprimir por completo la palabra libre.

El proceso de los treinta

El 6 de agosto, pocos días después del proceso contra Caserio en Lyon, comenzó en París el famoso proceso de los treinta, que mantuvo a la opinión pública durante una semana en excitación y que terminó con una grave derrota del nuevo presidente Casimir Périer, y del gobierno Dupuy. El gobierno no sin intención había fijado la fecha del proceso casi simultáneamente con el de Caserio. Era la ocasión más favorable para un gran golpe y para producir una condena que en otras circunstancias debía ser muy dudosa, a pesar de las lois scélérates.

El proceso de los treinta se hizo contra todos los intelectuales conocidos.
trado en su casa centenares de direcciones de diversos anarquistas. Se traba
taba ciertamente sólo de gentes que habían preparado sus reuniones, pero la
acusación les cooptó en miembros de la asociación de malhechores, cuyos
terribles atentados habían impedido a tiempo el fiscal Bulot y la policía.
Además Faure había enviado a Vaillant cinco francos a la cárcel, y éste le
había confiado en su testamento la educación de su hija, con lo cual se de-
mostraba sin duda alguna la conexión interna entre los anarquistas intelec-
tuales y los impulsores. Bernard y Martin habían hecho viajes al extranjero,
lo que naturalmente sólo tenían por propósitos, según informó el fiscal, amu-
dar relaciones secretas con los malhechores de otros países.

Sobre todas estas acusaciones fantásticas, el fiscal no pudo aportar prue-
ba alguna. Se hacían simplemente afirmaciones y se dejaba a la interpreta-
dación del público que se ajustase a ellas. Pero las cosas no eran tan simples
como se habían imaginado los representantes de la acusación. El señor Bulot
y el presidente del tribunal Dayros tenían ante ellos a hombres que no sólo
estaban a su altura en todo concepto, sino que además disponían de una pro-
visión de ingenio, de chispa y de una vivacidad de pensamiento que los re-
presentantes de la acusación debían envidiarles. No tardó mucho en ser acu-
rallado el presidente del tribunal en tal medida que perdió a menudo su
compromiso. Nadja perduraba tanto el prestigio de la autoridad como la inca-
pacidad intelectual. Eso lo vieron en aquel proceso más de una vez los acu-
sadores. En base a sus atribuciones legales, podían poner pasajeramente un
dique a las interrupciones de los acusados en casos particularmente difíciles,
pero eran incapaces de borrar el efecto que producían esas interrupciones. Se
había calar a los acusados a menudo por un imperativo brutal que no hacía
más que despertar la impresión de que se quería en todas las circunstancias
la condena.

La conducta misma, arbitraria y torpe del fiscal Bulot, que se hizo notar
durante el proceso entero tan desagradablemente, no podía suscitar ninguna
otra impresión. Inmediatamente después de la lectura del escrito de acusa-
ción, hizo saber Bulot que, en base a la nueva ley del 25 de julio de 1894,
prohibía a la prensa la publicación del interrogatorio de Jean Grave y de
Sebastien Faure. Esa declaración produjo, naturalmente, gran irritación en-
tre los acusados y los representantes de la prensa, que se hizo sentir en la
sala y en los oyentes numerosos. La prohibición del acusador público no
sólo era una violación brutal de todos los conceptos de justicia, era además
de una torpeza sin ejemplo e inútil, pues mostraba bien claramente que los
representantes de la acusación no se sentían a la altura de los dos acusa-
dos. Esta declaración de bancarrota intelectual al comienzo de los debates,
imponía al tribunal, en el centro de su sala, al fiscal, que elevando su zapa,
Sant-Auban, el defensor de Jean Grave, interpuso en el acto su protesta
contra esa prohibición y declaró que en tales condiciones no podía hablar
se de una verdadera defensa. Todo proceso jurídico, dijo, tiene ante todo la
misión de convencer al público de la culpabilidad o la inocencia de los acu-
sados. Por eso no se trata aquí simplemente de un asunto del tribunal, por-
que en este caso el fallo entero es frágil y se habría podido condenar a los
acusados lo mismo sin proceso. El presidente se agitó confundido en su sillón,
pues el punto de vista de Saint-Auban era irrefutable, pero el fiscal se atuvo a su prohibición. ¿Qué otra cosa podía hacer? Por su ridícula posición se había propuesto en un golpe tal que una retirada sólo acentuaría su autoridad más aún.

Pero con ello no se había resuelto el asunto, pues entonces se levantó Sebastian Faure y declaró: “Considero en mi interés como acusado la supresión de todos los interrogatorios en este proceso. O bien se hace conocer al público lo que aquí ocurre, o se reprime todo desde el comienzo al fin. Como de acuerdo a su propia constitución todos los ciudadanos son iguales ante la ley, no puedo comprender que se niegue a Grave y a mí un derecho concedido a todos los demás acusados. Una tal distinción contradice el sentido general de la justicia y condena a aquellos a que la suscitan. Exijo por consiguiente que se prohíba a la prensa la publicación de todos los interrogatorios.”

A estas palabras siguió una gran excitación en toda la sala. El presidente había perdido el habla, se vio impotente como el mono que estaba en el techo y no sabía cómo arreglárselas. Pero el señor Bulot llegó rápidamente en su auxilio: “¡Soy yo solo el que tiene que determinar sobre la aplicación de la ley! No acepto ninguna proposición y el tribunal no tiene ninguna que ofrecer”.

Este antecedente arrojó desde el comienzo una luz meridiana sobre la repulsiva comedia jurídica. Apenas habría otro caso en la historia de los procesos políticos donde se intentara tan notoriamente dejar sin efecto todas las prescripciones legales existentes, para producir la condena de hombres cuyo único delito consistía en que sus concepciones sociales no eran gratas al gobierno. El corresponsal de Flensburger Zeitung llamó al proceso contra los treinta, un proceso de brujas, que hacía retroceder a la época del siglo XV. Era sin duda un proceso político de brujas, y los representantes de la acusación no eran teólogos de la iglesia, sino teólogos del Estado. Que en este proceso se trataba simplemente de las ideas políticas y sociales de los acusados, se desprende de cada palabra de la acusación. Cuando el presidente, en el interrogatorio del acusado Bastard, reprochó a éste que había hablado siempre de anarquismo, le respondió Bastard: “Estaba en mi buen derecho. La palabra era todavía libre, y yo no había sido perseguido por ello”.

A lo cual el señor Dayras, ese modelo de presidente de tribunal, dijo: “Usted se equivoca. No se tiene derecho alguno a custodiar ideas anarcistas”.

Sobre el propósito de este proceso, nadie podía hacerse ilusiones. Lo que más sorprendió fué la manera torpe e ininteligible con que fué realizado, la inhabilidad grotesca del presidente del tribunal, la inflexible fanática con que el fiscal Bulot manifestó sus propósitos más secretos. Pero esto en última instancia sólo tenía que beneficiar a los acusados. La abierta contravención del tribunal al derecho, fué en realidad tan irritante que sólo pudo despertar aspereza, sobre todo en Francia, donde se tiene en general un fino sentido de la justicia.

La acusación se había impuesto la tarea de demostrar la existencia de una conspiración, de la cual habrían surgido todos los actos de violencia de los últimos dos años. Había atribuido a cada uno de los acusados un papel especial en esa asociación de malhechores, pero faltaban nada menos que todas las bases para la fundamentación de sus afirmaciones. Se había desenterrado en pieza acusatoria las cosas más insignificantes de la vida de los acusados, que a menudo eran diez o más años anteriores a los hechos, y con eso se mostraba solamente los débiles puntos de la acusación.

“Se le llamaba a usted en el movimiento el terrible, dijo el presidente al acusado Molnerret, una prueba de que se le consideraba a usted capaz de hechos terribles.”

“Este ocurrió,” respondió Molnerret sonriendo, porque al hablar solía emplear a menudo la palabra terrible. Era una mala costumbre, de ahí el nombre”. Gran hilaridad en toda la sala. “Usted ha cambiado a menudo de nombre, continuó el presidente nooriamente algo fuera de sí.”

“Ay, que hacen a menudo los príncipes y los hombres de Estado cuando están de viaje”, replicó Molnerret el terrible, con tranquilidad imperturbable.

En su impotencia hizo el presidente a menudo afirmaciones que pudieron ser refutadas en el acto, lo cual se puso a menudo en la mayor confusión. “Buena, buena, dijo entonces, retiro mi palabra. Eso no es de importancia”.

“Eso dice el usted siempre”, le dijo Sebastien Faure, “cuando se le ha demostrado a usted un error; declara: eso no tiene importancia. Aunque reúna usted todos los ceros, no saldrá de ellos ninguna unidad”.

Todo lo que pudo probarse a los acusados, fué una convicción. Eran anarquistas, habían escrito para los periódicos anarquistas o lo habían publicado, o habían tenido relación con sus correligionarios. Para demostrar eso no se necesitaba verdaderamente ninguna acción del Estado. Todo el mundo lo sabía; nadie lo negaba. Nadie había hecho en ese caso más que usar de un derecho que correspondía a todo ciudadano.

A algunos de los acusados, personas desconocidas les habían escrito cartas de excusación que fueron confiscadas por la policía en el correo, y que evidentemente solo habían sido escritas con ese fin. Cuando el acusado Bastard declaró que una de esas cartas se le había presentado durante la prisión preventiva, una prueba de que el gobierno había lesionado en forma escandalosa el secreto de la correspondencia, le respondió el presidente: “Pero usted no querrá negar que esa carta ha sido escrita”. Gran agitación entre los acusados, y en el local del público.

Singularmente funesto para el representante de la acusación fué el interrogatorio al acusado Fenéon, un escritor de arte que, además, tenía un puesto en el ministerio de la guerra. Fenéon, a quien se conocía personalmente, era un hombre de serenidad incommovible y de ingenio mordaz, que tenía más inteligencia en el dedo meñique que el señor Bulot, el presidente del tribunal, Dayras, y toda una docena de sus semejantes en la cabeza, y dió a sus acusadores más de una pesadilla. Respondió a todas las preguntas con ironía notoria, y con una solemnidad grotesca que incitaba continuamente a la risa, y el señor Dayras fué sucaddo de su equilibrio espiritual sin que pudiera hacer nada en contra.

“Usted es un amigo de Alexander Cohen”, dijo el presidente. “Es ese
mismo Cohen que ha maltratado en una carta el prestigio del mariscal MacMahon y del general Dollf, de manera increíble. ¡Usted, un funcionario del ministerio de la guerra!"

"Perdón," respondió Fénéon con fria cortesía. "Aquella carta no me fue dirigida a mí, sino a un ruso. Cohen es, realmente, amigo mío, pero ¿qué me interesan sus expresiones epistolares, señor presidente?"

"Usted era también amigo íntimo del anarquista alemán Bernhard Kappmann," dijo el presidente con entonación severa.

"La intimidad puede haber sido todo lo grande que se quiera, señor presidente," replicó Fénéon con seriedad cómica, "yo no comprendo una sola palabra de alemán y él no habla francés.

"Su portera declara que en su casa solían reunirse siempre personas sospechosas," dijo el señor Dayras.

"Eso es verdad," respondió el acusado. "Se trataba de pintores y de escritores.

"Pero su portera afirma que esas gentes causaban un efecto sospechoso," dijo el presidente con voz más alta.

"Tal vez la señora no estaba muy capacitada para juzgar de la fisonomía de esas gentes, señor presidente", opinó Fénéon con burla fría.

Pero entonces arrojó el señor Dayras su carta de triunfo. Se había encontrado en el despacho de Fénéon, en el ministerio de la guerra, algunos tubitos de cobre y un pequeño frasco de mercurio. "¡Se le acusa de haber estado en posesión de materias explosivas!" declaró el presidente con gravedad solemne. Y en ello cometió el yerro de confundir la palabra diétes con détona.

"Détona?" preguntó Fénéon con asomo cómico. "Perdón, señor presidente, quiere decir détona.

El señor Dayras, que evidentemente no había recibido muy complacido esa pequeña lección de lengua francesa, hizo grandes aspavientos por el hallazgo, pero Fénéon, seguro del lenguaje, supo adormecer su declaración sobre la posesión de aquellas cosas con burlas tan corrosivas que el interrogatorio fue interrumpido por nuevas explosiones de risa. Cuando dijo, entre otras cosas, al presidente que un par de tubitos de cobre y un frasco de mercurio no se pueden calificar de cuerpos explosivos, le respondió el presidente acorralado:

"Según la ley de 1893, no sólo es punible la posesión de materiales explosivos, sino también de materiales que tengan empleo en la producción de ellos. Pero el mercurio se utiliza para producir fulminato de mercurio.

A lo que replicó tranquilamente Fénéon: "Yo creo haber leído en alguna parte que el mercurio se emplea también para la producción de termómetros y barómetros". Las carcajadas que siguieron a estas palabras tuvieron a enviado incluso al señor Dayras de que había jugado su carta principal en vano. Yo creo que el implacable Fénéon, con la cara larga y los ojos claros que pestaneaban irónicamente, ha debido perseguirle hasta en sueños.

En todo el proceso, sólo las declaraciones de los acusados fueron de importancia. Lo que tenían que decir los representantes de la acusación era tan desesperadamente torpe y monótono, que obró de manera vergonzosa. La circunstancia de que se haya confiado a tales hombres el juicio público en un proceso que, no sólo Francia, sino el mundo entero seguían con gran tensión, ha tenido que hacer pensar incluso a hombres que no tenían relación alguna con el anarquismo. Las llamadas lois sécistées eran, sin duda, una catástrofe para la libertad de conciencia del pueblo francés; pero mucho peor fue el hecho de poner en manos de reaccionarios emperrados como Bulot y Dayras la interpretación de esas leyes mordazas, pues su estuche mental no era de manera alguna accesible a ningún señor de justicia, ya que ellos sólo se consideraban órganos ejecutivos del gobierno. Cuando Châtel declaró en su interrogatorio: "Cuánto más encadenadas la libertad de palabra, tanto mejor preparará al camino para los hombres de acción!" o cuando Bastard arrojo a la cara del señor Dayras las palabras: "Lo que ustedes nos presentan son móderos pinchazos de aguja, que deben servirnos para enviarnos a presidio por veinte años", expresaban sólo lo que sentían todos los que siguieron los debates de aquel memorable proceso sin preconceptos.

La acusación entera no tenía un punto en el cual pudiera asentarse, ni un solo testigo que confirmara sus cargos. Pero el tiempo era favorable para dar un gran golpe y suprimir a hombres que eran incómodos para el gobierno. Sus órganos de prensa habían hecho todo lo que pudieron para humillar a esos hombres ante la opinión pública, mientras estaban en la cárcel y no podían defenderse. Los debates sacaron a reducir muchas cosas tenebrosas que debían producir la peor impresión, pero no eran los malhechores acusados los que tenía que tener aquellas cosas sino siempre los órganos ejecutivos del gobierno: la policía y los representantes de la acusación que habían de juzgar a aquellos malhechores. Así, por ejemplo, un señor d'Esparrés, había publicado poco antes del proceso un artículo venenoso contra los acusados, que rebajaba al peor modo el carácter de Sébastien Faure. Todo el artículo causaba la impresión de que el autor debía conocer muy bien a Faure para hacer aquellas referencias. Naturalmente no se dejó de invitar como testigo al señor d'Esparrés. Pero cuando el señor Desplas, defensor de Faure, hizo al testigo durante el interrogatorio esta pregunta: "Señor d'Esparrés, ¿conocía usted personalmente a Faure, cuando escribió aquél artículo?" respondió: "No".

"En este caso, dijo Desplas, ¿sería usted quizás tan amable para citarnos la fuente de donde ha tomado el material utilizado?"

A estas palabras sucedió un gran movimiento en toda la sala. Todas las miradas se dirigieron al testigo con gran expectación. El presidente del tribunal reconoció el peligro e hizo notar a d'Esparrés que no estaba forzado a responder a la pregunta del defensor, a lo cual éste replicó tranquilamente: "Yo creo que el señor d'Esparrés responderá sin coacción alguna.

Después de breves vacilaciones, respondió el testigo: "He recibido mi material de la Prefectura de Police. El señor Puybaraud me lo ha dado".

Después de esta declaración, que fue aniquiladora para el representante fiscal, se produjo un gran escándalo y se oyeron en todas partes gritos de indignación. Cuando se apagó un poco la excitación general, se levantó
Sebastián Faure y dijo al testigo: “Fué sin duda una acción colectiva de su pueblo, atacarse de esa manera cuando yo estaba en la cárcel y no tenía posibilidad de defenderme. Pero después de haber hecho una condena tan franca, no le guardo rencor. Le perdono de todo corazón”. A lo cual el señor D’Espérandez, al retirarse del estrado de los testigos, dijo: “Se lo agra-dece, señor Faure”.

Y al segundo día del debate se tenía la impresión de que habían cambiado los papeles en este proceso. Los continuos fracasos que acumulaban los representantes de la acusación tuvieron que fortalecer esa impresión hasta la certidumbre: los verdaderos acusados fueron los acusadores y sus amigos del gobierno. Hasta la bien planeada maniobra del fiscal Bulot, que puso como coacusados de los llamados asesinatos intelectuales al asaltante Ortiz y a sus compañeros, fracasó completamente. Que Ortiz ha sido conocido de Henry, se estableció ya en el proceso contra éste, pero como Ortiz en su interrogatorio se había negado a declarar sobre el carácter de aquella re-lación, no se llegó nunca al fondo del asunto. En el proceso contra Henry, el presidente había dicho a éste: “Su último empleo en casa del escultor Dupuy, le fué proporcionado por su amigo el asaltante Ortiz”. A lo cual Henry había respondido: “Ortiz era en aquel tiempo todavía decente. No había robado aún”. En todo caso las relaciones entre Henry y Ortiz no tenían la más mínima relación con el proceso contra Grave, Faure y sus compañeros. No se habría hablado seguramente de ello si al señor Bulot no se le hubiera ocurrido establecer una relación entre sus anarquistas intelectuales y los impulsivos, para influir sobre los jurados. Para este fin se retiró el fiscal a una carta que fue enviada desde Buenos Aires a Jean Grave, para introducir en el movimiento a uno de los compañeros de Ortiz, un cierto Bertini, como camarada activo.

Cuando el presidente mencionó aquella carta, preguntó Jean Grave:

—¿De qué carta habla usted?

—De una carta que le ha escrito a usted un cierto Lacour de Buenos Aires, para presentarle a usted a Bertini”, declaró el presidente.

—Yo no conozco nada de semejante carta, dijo Bertini. No he oído nada acerca de un Lacour”. —Yo tampoco, declaró Grave. —¿Qué fecha tiene esa carta?

—Es del 2 de diciembre de 1893”, respondió el señor Doyras.

—¿Cuándo ha llegado aquí?” preguntó Grave.

—En enero de 1894”, declaró el presidente.

—Esto basta, dijo Grave, por aquel tiempo estaba yo en la cárcel; no puedo, pues, haber recibido esa carta. De todas las cartas que existen en las actas, ninguna ha llegado a mí. Nos han sido dirigidas después de haber sido detenidos”. Gran excitación en la sala.

Aparte de aquellas cartas misteriosas, la acusación no tenía ninguna otra prueba para establecer la famosa entre los intelectuales y los impulsive. Ahora bien, Grave había deshecho también ese motivo aparente. Cada día tenían los representantes de la acusación nuevas derrotas, que ninguna sofística podía suprimir. Toda la acusación se derrumbó como un castillo de naipes. No hubo un solo punto en ese proceso que los acu-

sadores pudieran defender con buena conciencia, aparte de los robos de que se acusaba a Ortiz y a sus compañeros, e incluso aquí sufrió el preside-

dente del tribunal algunos contrastes muy sensibles.

El mismo Bulot pudo sentir bien que en ese proceso no se había con-

quistado ningún laurel. Su discurso de acusación fué en verdad rico de palabras, pero estaba tan débilmente cimentado que no pudo convencer a nadie. Podía a lo sumo tener efecto en personas que pensaban lo mismo que él, y qué le pareció por lo demás dispuesto a sacrificar la justicia a la violencia brutal. Toda la inhumanidad grotesca que el fiscal hacía al formular la acusación, llegó a su punto culminante en su discurso final. Sus ataques sin ejemplo contra Eliseo Reclus, que no había sido acusado, de-mostaban demasiado claramente el abismo moral de ese sosten de la sociedad, sobre el cual ni siquiera el gobierno Dupuy tuvo motivos para estar orgu-

lloso. Además, todo el mundo conocía la causa de ese simple baboseo contra un hombre que estaba por su inteligencia y su carácter tan por encima de un Bulot, que éste no habría debido atreverse a desatarle los cordones de los zapatos. Reclus se había presentado como testigo 6 meses antes en el pro-

ceso contra el libro de Grave. En esa ocasión había quedado Bulot en des-

cubierto por su grosera falta de tacto, demostrando tan abiertamente su crasa ignorancia que tuvo que soportar algunos latigazos sensibles en la prensa. El señor Bulot no podía olvidar nunca eso, de ahí sus explosiones odiosas contra el gran sabio. Y trató de presentar el asunto como si Reclus se hubiese marchado al extranjero para eludir una acusación. Esa era una falsedad grotesca, pues Reclus había salido de Francia porque aceptó un cargo de profesor en la Universidad Libre de Bruselas. Pero el señol Bulot estaba siempre en pugna con la verdad. Así, cuando hizo la afirmación descarnada de que Alexander Cohen había eludido la responsabilidad por la fuga a Inglaterra. Y él sabía exactamente que Cohen había sido expulsado de Francia, es decir había sido forzado por la policía a abandonar el país.

No había en la recapitulación de la acusación, tampoco, un punto in-

telectual luminoso. Aun cuando el proceso no había producido una sola prueba de la culpabilidad de los acusados, afirmó el señor Bulot imperturbablemente que debian ser considerados como promotores espirituales de los hechos de Vaillant, Henry y Caserio. Sostuvo, es verdad, que podía conceder a Ledot, Châtelet, Agneti y algunos otros circunstancias atenuantes, pero que contra Grave, Faure, Bastard, Matha y Bernard era inevitable un castigo despu-

dado. Al terminar su discurso se dirigió Bulot con un gesto teatral a los acusados, y les gritó: “¡Sois todos miserables!” (Vous êtes tous des misé-

rables!). Eso lo decía el mismo hombre que en ese proceso había pecado cien veces contra el derecho para ser grato a sus amigos, y que había enviado sin remordimiento de conciencia por veinte años a la presidencia a hombres inocentes, si los jurados hubiesen sido tan miserables como él.

Las verdaderas piezas de acusación en este proceso fueron las de los defensores de los acusados, y en parte, los de éstos mismos. Fué una liqui-

dación terrible que el señor Bulot y sus amigos no habían experimentado jamás en tal grado. Saint-Auban, el brillante defensor de Jean Grave, dijo en el clavo cuando dijo a los jurados: “Se ha dicho que es vuestra misión
salvar a la sociedad. En nombre del bien general, se os exige que violéis la justicia. Pero yo os digo que para salvar la sociedad hay que salvar antes la justicia, pues una sociedad sin justicia es un cuerpo muerto sin alma".

El señor Desplas, defensor de Sébastien Faure, comparó el proceso con el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, cuando Luis Napoléon hizo detener a todos los republicanos conocidos para librarse de ellos. "Esa fue una tribunala, dijo el señor Desplas, pero al menos se hizo en pleno día, sin defesa. No se en la banquisa hipocrita para obrar en nombre de la justicia. Lo que hoy se pide de vosotros, señores jurados, es una mentira notoria, una acción tan miserable como inútil! No cabráis tal infamia con vuestro nombre!"

Después de su defensor, tomó Sébastien Faure la palabra, y su discurso redundó y rico en contenido mantuvo hechizado al tribunal y a los oyentes hasta el último momento, aunque el presidente le había prohibido hablar sobre sus ideas. Esa violación brutal no hizo más que arrojar nueva luz tenue sobre todo el proceso, y aumentó la excitación contra los representantes de la acusación y sus métodos.

De los demás acusados, hablaron todavía Bastard y Bernard algunas palabras. Jean Grasse, que no era orador, leyó una larga declaración que fortificó todavía más, con su lenguaje digno e serio, la impresión general de la inocencia de los acusados. Después que hicieron uso de la palabra los abogados de los otros acusados, se retiraron los jurados a deliberar. Las últimas dos sesiones habían asumido casi el carácter de una demostración política, que eran los aplausos con que se premiaron los discursos de la defensa.

A juzgar por el estado general del ánimo, había que excluir una condena. Sin embargo, en aquel período de persecuciones generales, había que estar preparado para toda clase de sorpresas. El destino de los acusados estaba por completo en manos de los jurados. En el caso de que éstos dijesen que sólo fuese parcialmente un veredicto de culpabilidad, había que tener todavía lo peor, pues la interpretación de las nuevas leyes dependía totalmente de los representantes de la acusación.

Pero los jurados se mostraron hombres que no se hallaban inclinados a sacrificar su buen nombre a una causa que se había puesto tan tristemente al desnudo, y en contradicción tan notoria con todos los imperativos de la justicia. Negaron la culpabilidad en Grasse, Faure, Ledot, Châtel, Agnès, Bastard, Bernard, Brunnet, Billon, Tramcourt, Daresy, Chambon, Molinerret, Pénion y Matha, de modo que éstos tuvieron que ser absueltos inconcrionalmente. De la banda de Ortiz fueron igualmente absueltos la virila Milanacce, la señora Chericotti, la señora Belloti, Belloti hijo y Antoinette Casal. Ortiz mismo fue condenado por diversos asaltos, etc., a 15 años, y Chericotti a 3 años de trabajos forzados. Bertoni recibió 6 meses de prisión por haber sido encontrado en su casa un arma prohibida.

Los demás acusados, Paul Reclus, Émile Pouget, Constant Martin, François Duprat y Alexander Cohen, que vivían en el extranjero, fueron condenados el 31 de octubre, en una sesión especial, a 20 años de presidio cada uno. Esa monstruosa sentencia es tanto más absurda cuanto que contra aquellos cinco hombres no existían más pruebas que contra sus 15 com-

pañeros absueltos en el proceso de los treinta. Nadie dudaba de que, si hubiesen estado en el banquillo de los acusados junto con los demás, su absolución se hubiese producido de la misma manera. Pero en su ausencia, y sin defensa, no fue difícil al señor Bulot imponer la pena que quería. Naturalmente, esa condena a presidio no tenía más que un valor plátónico, pues los condenados se encontraban fuera de las fronteras del dominio francés. Cuando apenas tres meses después, tras la amnistía política del 2 de febrero de 1895, Pouget, Martin y Duprat llegaron a Francia, no les molestó nadie, aunque la amnistía no tenía validez más que para los delitos políticos y excluía a los condenados a presidio. También Paul Reclus, a quien al comienzo se había excluido de la amnistía, regresó a la patria sin que se le enviese al presidio. Hasta Alexander Cohen que, en tanto que extranjero, tenía menos perspectivas que los demás, recibió más tarde permiso para regresar a Francia.

El desenlace en el proceso de los treinta fué recibido en todo el país con la mayor satisfacción, pues se reconocía muy bien que en lo sucesivo toda observación crítica sobre los asuntos públicos habría hecho casi imposible una condena de los acusados. Pero la prensa de la oposición no dejó al señor Bulot y a sus manipuladores políticos ningún cabello sano. Rochefort, que vivía en el destierro, escribió en l'Intransigeant dos artículos: ¡Para somitir! y Los hombres de la máscara de hierro, que dejaban en la sombra todo lo que se había oído en ese concepto en Francia. El editor del periódico fue denunciado por injurias a la magistratura, pero fue absuelto el 31 de octubre.

El proceso de los treinta fué, por decirlo así, la introducción a una gran crisis política apoyada aún por nuevos escándalos financieros. El 14 de enero de 1895, el gobierno Dupuy se vio forzado a dimitir. Al día siguiente se renunció Casimir-Périer a su cargo de presidente de la República, pues no pudo soportar más tiempo la opinión hostil del país. Los hombres que querían dar a Francia un nuevo orden, cayeron víctimas de sus propios ataques. Fué un desenlace infame, pero bien merecido. El señor Bulot había puesto en gran aprieto al gobierno por su torpeza. Había convencido al país, ciertamente, de que su famosa asociación de malhechores no era una fantasía, pero los malhechores no estaban en el banquillo de los acusados a quienes debía enviar al presidio, sino en los círculos del gobierno que planeaba incesantemente nuevos atentados contra la libertad del pueblo e inten
taba oprimir toda expresión libre de la opinión por las indignas leyes scele
rosas. Como se estableció más tarde, el proceso de los treinta solo era el comienzo de una gran acción del Estado. La fiscalía de Estado tenía no menos de 400 nombre a quienes quería preparar el mismo destino. Sólo la derrota sin ejemplo que tuvo el gobierno en aquel proceso, le hizo desistir de ulteriores ensayos. El gobierno había suprimido toda la prensa anarquista, había prohibido todas las reuniones y organizaciones de los anarquistas en el país, había detenido a millares de personas o las había alejado del trabajo, sin poder impedir los hechos de Vailant, Henry, Caserio y otros. Había llevado la desgracia a personas inocentes y había puesto al país en un estado de arbitrariedad. ¿Y el resultado? Apenas 6 meses después de aquel
memorable proceso, aparecían todos los periódicos prohibidos. Una rica serie de folletos fué difundida en todo el país. Oidores anarquistas expusieron sus ideas en todas partes, y compañeros influyentes como Pouget, Faidherbe, Yvetot, Girard y centenares más hicieron conocer sus opiniones en los sindicatos, y ejercieron una poderosa influencia en el desarrollo creciente del sindicalismo revolucionario. Es verdad que las afamadas lois sécantes no fueron abolidas, pero el nuevo gobierno sólo recurrió a ellas en casos rares. Las experiencias que había hecho el gobierno anterior, no incidieron a la nación.

Recuerdo todavía muy vivamente el primer efecto que produjo en nosotros la liberación de los camaradas. La absolución fue dada a conocer por hojas extraordinarias. Jean entró con una de esas hojas en la mano en la habitación y gritó como poético: “¡Libres, libres, libres!” Apresuradamente pasé la vista por aquellas pocas líneas, y sentí cómo se me humedecían los ojos. Entonces lancé un vigoroso “Vive la Francia!” como no habría podido salir más bondad del corazón del mejor de los franceses. Nos sentimos como liberados, pues a pesar de todos los buenos síntomas nos asaltaron hasta lo último todas las dudas.

Dos días después, nos reunimos en la pequeña taberna de un compañero francés en Saint-Denis, para saludar a Bastard. Naturalmente no era una asamblea pública, sino una reunión de camaradas de confianza, en la que se evitó todo lo que pudiera atraer la atención de la policía. Bastard pareció algo salido. Se podía ver en el que la larga prisión no le había hecho bien, pero espiritualmente estaba fresco como siempre y veía el porvenir con gran confianza. Contó una cantidad de episodios singulares del gran proceso, que los periódicos no habían mencionado, pero que a menudo sacaron de sus casillas al presidente del tribunal y proyectaron frecuentemente de cólera las mejillas del señor Bulot. Naturalmente, la absolución de los compañeros no había modificado por el momento nada en la situación general. Pero ninguno de nosotros sospechaba entonces que la gran transformación estaba ante las puertas.

**CONSIDERACIONES SOBRE UNA ÉPOCA PASADA**

El proceso de los treinta puso fin a un determinado período del movimiento social de Francia, que nadie que lo haya vivido puede olvidar. Se caracteriza por un rigoroso impulso de las ideas libertarias y, especialmente, por una serie de hechos revolucionarios individuales que no se encuentran en tiempos normales. Hoy no es sencillo juzgar aquellos hechos sin prevención, porque falta la atmósfera de que han nacido. Juzgados al margen de su ambiente social, y puramente en tanto que tales, pierden su sentido y no pueden dar origen más que a falsas consideraciones. Tan sólo en conexión con todos los demás fenómenos de la época, reciben su verdadera significación y dan la impresión de descargas eléctricas producidas bajo la alta presión de las tensiones sociales. Escritores franceses de prestigio de aquella época, los han apreciado en este sentido y han llamado la atención de sus contemporáneos sobre sus causas sociales más profundas. De otro modo sería generalmente incomprendible por qué aquellos hechos influyeron en la opinión pública en grado tan elevado. Los delitos ordinarios no pueden nunca alcanzar tales efectos, porque los motivos egoístas de sus ejecutores no permiten más hondas consideraciones. Pero aquí se trataba de hombres que no eran conducidos por propósitos egoístas, sino que se sentían instrumentos de una venganza social por la que estaban dispuestos a ir a la muerte. Incluso condenando sus hechos, no se podía poner en tela de juicio la honradez de sus convicciones. Hombres que ofrecen a sus ideas lo supremo que pueden dar, su propia vida, tienen que ser medidos con otra medida que aquellos que en la perpetración de sus hechos sólo son influidos por la codicia personal. El jurisconsulto que tiene que hacer cumplir la letra de la ley, apenas podrá comprenderlo, pero ni siquiera la más aguda condenación de la ley impedirá jamás que hombres de esta especie sean juzgados por el pueblo de otra manera que en la sala de un tribunal.

Pero ante todo no hay que olvidar nunca que estas cosas ocurrieron en Francia, donde, como en todos los otros países latinos, esos fenómenos son juzgados de otra manera, especialmente cuando, por una infinita cadena de escándalos políticos y sociales, la confianza de las grandes masas populares en el gobierno ha caído por debajo de cero, y la tradición revolucionaria se ha hecho sentir mucho más fuertemente. No sólo nosotros, los jóvenes, creíamos entonces con fervor sagrado en la proximidad de la revolución, incluso en los círculos de la burguesía se veía, con causada resignación, una revolución inminente, lo cual hallaba su expresión en la prensa muy a menudo. Bastard recrea hasta ahora no parece incomprensible, pues nos pusieron entonces en gran confusión, ya que creíamos que la revolución había comenzado su marcha.

En 1933, se produjeron en el barrio latino los llamados tumultos estudiantiles. El motivo de ellos fue el ataque de la policía a una reunión social de estudiantes, porque acudieron a ella algunas damas jóvenes con indumentaria muy escasa. En París eso no era nada extraordinario. Pero el prefecto de policía de entonces creyó que debía intervenir en nombre de la moral pública, y envió un número de funcionarios de policía para imponer decencia a los jóvenes. Se llegó así a un violento encuentro, en el cual falleció un estudiante. La indignación fue incontenible. De los locales próximos llegaron estudiantes en ayuda de sus camaradas, y los policías tuvieron que emprender la fuga. En un abrir y cerrar de ojos se encontró el barrio latino en estado de guerra. Por todas partes inundaban los estudiantes las calles, y, como siempre en tales ocasiones, se adhirieron a ellos personas que no podían propiamente nada que hacer con el asunto. Pero la policía nunca fui en París muy querida. Ya la circunstancia de que entre la policía de la capital se hallaban muchos corsos y alcacéns, implicaba que fuese considerada por el pueblo como un cuerpo extraño. No hacían falta, por tanto, grandes esfuerzos para levantar a las masas contra la policía. Este fue también el caso. Pronto resonó en las calles el viejo grito: “A bas les flics!” Fueron destruidos escarapates, derrribados e incendiados quioscos de periódicos, volcados omnibus. Cuando finalmente la policía avanzó desde todos
los lugares en orden de batalla, se produjeron violentos encuentros. Es verdad que los policías conseguían siempre dispersar a las masas, pero se reunían nuevamente en otros puntos, y continuaban tanto más rabiosamente su agitación. Todas las noches, en cuanto se oscurecía, se repetían las mismas escenas. Esto duró casi una semana.

La segunda o tercera noche después del estallido de las revueltas, asistía con algunos compañeros a una gran asamblea en la Bourse du Travail. Cuando la asamblea estaba en pleno desarrollo, penetró en la sala repentinamente un grupo de personas excitadas de tal modo que el orador tuvo que interrumpir sus exposiciones. Uno de los recién llegados subió a la tribuna de los oradores, y gritó a la sala que la revolución había estallado en el Quater Latin y era cosa de honor de los trabajadores acudir en ayuda de los estudiantes combatientes. No pasaron cinco minutos y la sala quedó vacía, todos corrieron a la calle y se dirigieron al barrio latino. Cuando llegamos al boulevard Saint Michel, un fuerte destacamento de policía montada había impedido ya las manifestaciones de las calles principales, de manera que no había que pensar en una penetración. Todo lo que pudimos ver de la revolución fueron algunas instalaciones de cafés destruidas y un omnibus ardiendo. Logramos penetrar en las calles laterales próximas y fuimos corrieros de un lado al otro media noche por la policía, haciendo todo el daño que pudimos, hasta que al fin amaneció y las calles se vaciaron poco a poco. El procedimiento brutal de la policía, que había conducido a aquellas violentas manifestaciones callejeras, fue severamente censurado en los grandes diarios, pues en este caso no se trataba de desórdenes obreros ordinarios en los suburbios, sino de la juventud de las clases propietarias. En eso, naturalmente, había una gran diferencia. Si no hubiese sido así, aquellos sucesos habrían exigido muchas más víctimas. Pero como en aquella época de agitación había que temer que los desórdenes pudiesen difundirse, se resolvió la dimisión del prefecto de policía de entonces. Así se restableció el orden.

Pero nosotros vimos en aquellos sucesos los primeros síntomas de la tormenta que se avecinaba. Desde el mismo punto de vista juzgábamos también los actos numerosos de los revolucionarios individuales de aquella época. Eran para nosotros los dignos precursores que suelen preceder a todas las revoluciones. Que en este concepto nos habíamos equivocado cruelmente y que no veíamos cómo trabajaban ya entonces en todas partes las potencias que preparaban la gran guerra de los pueblos, que llevó a Europa después por otros caminos, de eso no podíamos soñar nada en nuestro entusiasmo juvenil.

Sin embargo, no hay que admitir en ningún caso que todo el movimiento de aquella época aprobase cualquier acción sin discriminación. El que haya leído la prensa anarquista de Francia en aquellos años, podrá fácilmente convencerse de la seriedad con que se han estudiado entonces las causas de aquellos acontecimientos. Hay una gran diferencia entre buscar una explicación de fenómenos sociales extraordinarios, o justificar tales fenómenos por sí mismos. Ciertamente, no han faltado personas que sostuvieran el último punto de vista a causa de su irritación personal, pero fueron los me-

1 Duval, pasó largos años en las llamaradas de Cata, hasta que al fin se preocupó acerca de la libertad mediante una fug a Cuba y aventura. Vivía luego muchos años en Nueva York, a cometer un hecho asombroso: daba sus propias ideas hasta al último momento, y en todas sus esperanzas de ser no había nada que hubiese podido hacer concreto en predicciones anormales.
hombre en su situación habría hecho mejor en someterse a las leyes existentes sobre la propiedad burguesa, que en llevar la lucha por propia cuenta para subsistir, no era un asunto difícil de responder para personas que presentan el derecho a vivir por encima del monopolio de la propiedad. Había algunos incluso que creían que, por la más amplia difusión de tales hechos, se socavaba poco a poco el respeto a los llamados derechos de propiedad, y se preparaba el camino para la próxima transformación. Tampoco este pensamiento era nuevo y había hallado defensores ya en períodos anteriores. Así, por ejemplo, en algunas de las sociedades secretas bajo el gobierno de Louis-Philippe, donde el escritor William Collins, a quien ciertamente no se podría reprochar inclinaciones anarquistas, desarrolló la idea de un proetariato expropiador, cuya cifra creciente debía engrosar la suma de los delitos contra la propiedad de tal modo que fuese minada poco a poco la moral burguesa e hiézese inevitable una revolución.

Se complicó el problema cuando apareció en algunos la idea de que la expropiación individual podría servir para obtener los medios financieros necesarios para la propaganda. Tampoco en este caso fué una teoría dada que determinó esos hechos, sino que los hechos individuales condujeron a hacer al respecto determinadas consideraciones. Fué, especialmente, el proceso contra el anarquista italiano Victor Pini en París (1869), el que dió aliento a esos pensamientos. Pini, como Duval, había tenido una juventud difícil, que no carecía de influencia en el curso ulterior de su vida. Un carácter rebelde, poseía al mismo tiempo buenas disposiciones individuales; se había hecho por un estudio propio y tenaz de un saber no insignificante, que supo emplear inteligentemente en su proceso. Hombre de temperamento ardentíssimo y de extraordinaria fuerza de voluntad, se había decidido a conducir a su manera la lucha contra la sociedad burguesa. Había reunido a su alrededor, para ese fin, un pequeño número de camaradas que pensaban de igual manera, y había ejecutado con ellos una serie de grandes robos, que llevaron a sus manos sumas considerables, hasta que al fin fué detenido. Su comportamiento ante el tribunal produjo bastante espectación, por la ironía fría y a menudo incisiva con que defendió sus actos.

"Lo que yo pido de vosotros, señores", dijo, "no es justicia. Para eso os falta toda capacidad, y sería una locura de mi parte buscar en vosotros lo que no existe. Es simplemente algo de lógica, algo de sentido común lo que espero. Afirméis que todos somos iguales ante la ley y así tenéis que juzgar los motivos de todos los actos con la misma imparcialidad. Me acusáis de robo, y yo no niego mis hechos. Pero si me hice ladrón, no fué más que haciendo uso de un derecho en el que está fundada toda vuestra sociedad. Todos vosotros, señores, vivís del robo que se comete todos los días a costa del trabajo. No se enriquece nadie por el trabajo sin ser sólo apropiándose del trabajo de los otros. La legítima defensa, lo que yo he hecho en pequeño. Lo hicié que vosotros todos los días en una medida a la que no alcanzan mis pequeñas capacidades. Vosotros habéis hecho del derecho a robar un privilegio de una pequeña minoría y se ha acostumbrado a que los pequeños ladrones a quienes lleva la miseria a retomar una pequeña de lo que les ha sido robado a ellos antes, impulsen ante vuestros tribunales la gracia, y hagan el papel de pecadores arrepentidos cuando son sorprendidos. Esos, siempre han pasado. Hoy os muestran que su acción está marcada por encima de todas vuestras leyes. Se burlan de vuestra autoridad, y os dicen, como yo, a la cara: los verdaderos ladrones, señores, sois vosotros y vuestra banda burguesa. Estad seguros de que vuestra acusación no me hará enojaros. Proporciona incluso un placer indescriptible el ser calificado de ladrón, justamente por vosotros, señores."

Pini fué entonces condenado a veinte años de trabajos forzados. Se afirmó de él que nunca había empleado un céntimo de los tesoros robados para sí mismo, y que un comunista alemán, que más tarde colaboró con él, mientras gastaba su botín para el mantenimiento de camaradas necesitados y para la propaganda de sus ideas. Pini era, sin duda, un hombre extraordinario. Pero la mayor parte de sus colaboradores de entonces estaban, en este concepto, en otro terreno. He tenido después ocasión de conocer en Londres a uno de sus camaradas más activos de aquella época, un cierto Parmignani. Era un hombre corpulento pero un cinico frío que rechazaba por completo todo pensamiento social. Parmignani no era, seguramente, un hombre del término medio, pero era un soñista arcano, que no sólo justificaba el robo para fines personales, sino que defendía también la rufianesía, afirmando que "el trabajo es hoy una prostitución a importa poco quién u órgano del ser humano se vende para poder vivir. Cuando después encontró a uno de mis hermanos huyendo hacia el campo privilegiado por un rico casamiento, echó mano a todos medios para borrar los rastros de su pasado aventurero y para hacer el papel de un buen burgués."

En aquel periodo agitado, en el que se creía tan fuerte y tan intensamente en la proximidad de la revolución, había todo un cierto pesar de pequeños malhechores que se confesaban, para hacerse importantes o por los otros motivos, parte de determinadas ideas, a fin de justificar sus actos. Así apareció el tipo del llamado cambrioleur anarchiste, que hizo hablar durante un tiempo mucho de sí, aunque el número insignificante de aquellas gentes no estaba en relación con la popularidad de que gozaban. Cuando después se vió que hombres de esa naturaleza eran castigados por los tribunales más severamente que los malhechores ordinarios, desaparecieron rápidamente de la superficie. Sin duda, había entre ellos algunas naturalezas rebeldes, que obraban por motivos honrados. Pero eran los menos. El movimiento como tal no tenía nada que ver con estas cosas, y muchos de sus representantes más distinguidos lo han acentuado en cada ocasión propicia. Así Jean Grave publicó en La Révolte un artículo titulado Trabajo y robo, que exponía su posición en este problema sin ninguna ambigüedad. Sostenía el punto de vista que el que por penuria personal choque contra el orden existente de

---

1 Pini fue enviado a Cayena a cumplir su condena. Después de haber logrado escapar de ahí, volvió a París; fue nuevamente detenido y enviado otra vez a prisión, donde falleció en octubre de 1894 en una rebelión de los presos.

2 Parmignani, en años posteriores en Londres un distinguido comerciante de arte. Cuando un antiguo agente de Scotland Yard se lo robó en sus memorias sus anotaciones, lo acusó Parmignani de difamación, y sostuvo que no había sido él, sino un hermano suyo el que había robado el dinero. Pero se presentaron ante el tribunal tales pruebas contra él, que el juicio permitió el broma de condenar al acusado a una multa de un farthing (1 penique), para indicar que no apreciaba muy altamente el honor de Parmignani.
la sociedad, no es de ninguna manera condenable, pues la conservación de la vida significa más que los conceptos objetivos muertos. Pero con eso no se quiere decir que el robo en sí haya de calificarse como acto revolucionario, especialmente no por los anarquistas, que en la apropiación del trabajo, enmoe una de las mayores injusticias del orden social presente. Toda apropiación del trabajo de otros, sin prestar en cambio un servicio equivalente, debe ser considerado como robo, y en ello importa poco si ese robo es ejecutado bajo la protección de la ley o es condenado como ilegal. No es la forma, sino la cosa misma, lo decisivo. Cualquier otra posición en este problema, no es más que una justificación del parasitismo social. La diferencia entre el explotador de excesos de trabajo, legalmente protegido, y el hombre que se apropia de tales valores, por el camino del robo ordinario, sólo se advierte en las consecuencias. Mientras que el primero puede realizar su industria en completa seguridad, el otro tiene que poner en juego su libertad, y en ciertas circunstancias hasta la vida, para la ejecución de su oficio ilegal. Pero esto no cambia nada en el hecho que ambos viven a costa de los demás.

Esta opinión fue sostenida entonces por la mayor parte de los compañeros conocidos. También Kropotkin se expresó en un artículo especial *Encore la moral* (Révolte, N° 11, 1891), en el mismo sentido. Por el caso Rapine, y por diversos otros acontecimientos de aquella época, este problema fue debatido siempre de nuevo, pero la posición general de los compañeros franceses permaneció la misma. Al contrario, la desmoralización inevitable que tenían por consecuencia siempre tales hechos en los individuos, cuando los cometían profesionalmente, no hizo más que extender la distancia entre el verdadero movimiento y los expropriadores. Sin duda, hubo entonces también algunos compañeros que, influidos por un cierto romanticismo, intentaron justificar aquellos hechos, sin participar jamás en ellos. Hubo incluso un número de periódicos que se dedicaron casi exclusivamente a la propaganda de tales casos. A ellos pertenecían ante todo algunos periódicos italianos, fundados con dinero de *Pini* y de sus amigos propiamente para este fin. Pero la breve existencia de aquellas hojas, que en general publicaron sólo dos o tres números, debe ser interpretada como demostración de que sus ideas no pudieron hallar terreno alguno en el movimiento mismo. En las épocas agitadas, se advierten todos los extremos posibles, pero desaparecen también rápidamente. Hasta en Rusia, donde, en la época del zarismo, recayó sobre todas las consecuencias revolucionarias, no se produjo tal desacuerdo al estilo de los llamados *exen*, a fin de proporcionarse dinero para la propaganda, ya que bajo el despotismo los estaba casi cerrado cualquier otro camino, adquirieron esos métodos pronto tal carácter que nadie pudo hacerse ilusiones respecto a sus consecuencias desmoronadoras. Personalmente, no pude nunca entusiasmarme por esos métodos, que repugnaban a mi naturaleza interior, y las amargas experiencias que he reunido en el curso del tiempo, no contribuyeron a que cambie de criterio. Aun dejando de lado las consideraciones morales, y tomándolos simplemente desde el punto de vista de la utilidad que han proporcionado al movimiento en ciertas circunstancias,

como por ejemplo en Rusia, sus resultados materiales no están en armonía con los efectos desmoronadores.

De modo esencialmente distinto hay que juzgar los actos revolucionarios de violencia individual, tales como han sido llevados a cabo en el curso de la historia por adeptos de todas las tendencias y partidos. En épocas agitadas, especialmente en períodos de inquietud general, habrá siempre hombres que tomen la justicia en sus propias manos, y que no están dispuestos a someterse incondicionalmente a todo despotismo. Tales hombres encontrarán en el pueblo siempre comprensión y hasta veneración, mientras el motivo de sus hechos halle una explicación en sí mismos, comprensible para todo el mundo. Esta es la causa por la cual los nombres de Harmodius y Aristogiton, suenan en la historia desde hace mil años, y por la que nadie rehusa el reconocimiento humano a un Schlelsboj o a una Perowskaja, valientes compañeros en la lucha contra el zarismo. Hombres que exponen su vida a toda peligro y que van a la muerte tranquilamente por un ideal, no pueden ser juzgados desde los pequeños puntos de vista del filisteo. No tiene incluso objeto disputar sobre la utilidad inmediata o el daño de tales acciones, pues en ciertas circunstancias son inevitables y nacen de las condiciones mismas.

Se puede rechazar con Tolstoi y Gandhi toda destrucción violenta de la vida humana, y sostener el punto de vista que la resistencia pasiva es el medio ideal contra una tiranía notoria. Pero eso impide nunca que la mayoría de los hombres, expuestos a la violencia brutal, juzguen las cosas de un modo esencialmente distinto, aún cuando no tengan valor personal para la resistencia directa. Pero a esto se añade otra circunstancia que no se puede dejar de lado. Incluso la resistencia pasiva presupone ciertas cosas sin las cuales apenas podría realizarse algo. En la Rusia zarista podía un Tolstoi apelar a la conciencia de los hombres, sin que el gobierno se atreviera a tocar su persona. El gobierno ingles en la India puede encerrar en la cárcel a un Gandhi en épocas agitadas, pero ni siquiera al toly más conservador se le ha ocurrido nunca la idea de ponerlo contra la pared, o, como se dice hoy, la idea de *liquidarlo*. Existía todavía entonces una conciencia pública que no se podía eliminar arbitrariamente, y a la cual hasta la tiranía debía hacer concesiones. Pero en el tercer Reich, o en la Rusia de Stalin, no se conocen esas trazas ya. Sin remordimientos de conciencia, se habría puesto contra la pared sin escrúpulos alguno a un Tolstoi o a un Gandhi como a millares y millares de otros que han sido considerados personas incómodas por los nuevos gobernantes. Ciertamente, la violencia brutal, que en última instancia está en el fondo de todas las instituciones estatales, es una tradición rudimentaria de tiempos ya desaparecidos. Todas nuestras preocupaciones y acciones deben dirigirse a superar esos periodos de ruda violencia, y a desterrarlos como factor decisivo de la vida humana. Ciertamente deberemos acentuar siempre el respeto ante la vida humana, e implantarlo profundamente en el corazón de la nueva generación. Por eso, incluso las frases violentas, si nos surgen de la inexperiencia romántica de la juventud, y únicamente se expresan de una condición brutal, en la mayoría de los casos son más repulsivas que la violencia
mismo. Pero eso no suprime el hecho que hay circunstancias en que un acto de fuerza corresponde mejor a la conciencia ética del hombre que el rechazo de la violencia a todo precio.

Los dichos hechos, visos, que negaban al gobierno, como verdaderos cristianos, el servicio militar, los impuestos y el juramento, que estaban dispuestos a asumir todas las consecuencias de esa actitud, eran sin duda seres de alto valor moral que merecían aprobación completa. Ni siquiera los ataque de los soldados pudieron intimidarlos. Dejaron que fueran fusilados hombres inermes, que sus casas fueran incendiasdas, y que sus propias mujeres fueran violadas ante sus ojos por esos sinvergüenzas, sin defenderse contra el mal. Pero yo creo, honrando la fidelidad de esas gentes a sus convicciones, que tal actitud refugia el sentimiento ético de la mayoría de los seres humanos. En el momento en que escribo estas líneas, soy un hombre de casi setenta años, que en el curso de una vida rica en experiencias ha perdido más de una ilusión de su juventud, como no podría menos de esperarse. Pero confieso abiertamente que todavía hoy me repugnaría en el alma un hombre que contemplase tranquilamente la violencia contra la propia mujer o la propia hija, aun cuando su actitud correspondiese a la convicción más profunda. Romper la cabeza, en tal caso, a un sujeto embrigado, que pisotea todo sentimiento de humanidad, me parece la única acción, perfectamente ética. Tal vez mi concepción es falsa, quizás un hombre que pueda llegar a tal autodominio esté en un grado superior al mío en cultura moral. No quiero disputar al respecto, pero no siento la menor necesidad de hacer violencia a mi naturaleza, y pretender algo que contradice todo mi ser.

No niego que la resistencia pasiva en ciertas circunstancias puede lograr algo decisivo. Confieso, incluso, que debe preferirse a todo empleo de la violencia, mientras haya la menor perspectiva de éxito. Pero comprendo también que hay hombres que por un impulso interior del alma opongan la violencia a una injusticia manifiesta, aun cuando sea a costa de la propia vida. Heinrich von Kleist ha descrito a uno de esos hombres en su Michael Kohlhaas y ha mostrado cómo puede llegar a ser ladrón y asesino un hombre honrado y bondadoso, por un sentimiento interior de justicia. Ciertamente, hombres como Kohlhaas no son frecuentes en la vida, pero en eso consiste, precisamente, su significación. Hay que medirlas con una medida especial, para ser justos con ellos. Nada es más repulsivo que sumarse al griterio de una traición rabiosa, y condenar despiadadamente lo que sólo se puede explicar con las condiciones del ambiente. Se comprende que un hombre tan delicado como Eliseo Reclus, haya podido escribir entonces con justa indignación: "Por lo que a mí respecta, preferiría cortarme la lengua antes que aullar con los lobos cuando van de caza".

Los hechos que conmoveron a Francia en aquella época, no eran actos de un terror organizado del cual pudiese ser hecho responsable un movimiento cualquiera. Eran hechos de algunos hombres de temperamento, profundamente pasionado, a quienes la irritación interna llevó a realizar a su modo la lucha contra la injusticia cometida, y que estaban dispuestos a pagar el precio correspondiente. No fueron comisionados por ningún comité ejecutivo secreto, ni influidos por teorías abstractas. Todos obraron por propio impulso, y eran perfectamente conscientes de lo que hacían. Sus hechos fueron engendrados por el poderdumbre interior de las condiciones sociales de la época, y por las medidas reaccionarias de entonces, y deben ser consideradas. Por tanto, como expresión de la indignación general contra todo ello. Sólo así se explica que un hombre como Vaillant haya podido encontrar tanta simpatía en el pueblo, y que representantes tan importantes de la literatura como Mirbeau, Adam, Tabarant y otros, hayan defendido a Reclus con sus acusadores, después de haber explicado éste ante sus jueces los motivos de sus actos de una manera tan imposible e intensa. No fué el placer de la violencia como tal el que creó aquel estado de ánimo sino la indignación interna un estado de cosas que era sentido como insuperable por las grandes masas del pueblo. Esto lo expresó muy claramente Eliseo Reclus, en una carta de aquella época, cuando dijo:

"Admiro ciertamente el noble carácter de Reclus, y hablo incluso en su interrogatorio. Se comprende que considere toda indignación contra la opresión como un acto justo y bueno. ¡Contra la injusticia, la acción vengadora tiene un derecho interno! Pero sostener que los medios violentos son los únicos medios realmente serios, ¡no! Lo mismo se podría sostener que la cólera es el único motivo serio de la razón. La cólera tiene su justificación, su hora, pero la penetración pacífica del pensamiento por la palabra y el calor interior, tiene un poder incomparablemente más grande. Ya por su naturaleza, la violencia impulsa no se ve más que su objetivo; se arroja a la justicia por la injusticia, es decir, ve "rojo". Pero esto muestra que el ojo ha perdido claridad. Y esto no impide que la personalidad de Reclus, tal como yo la veo, y como aparecerá en la leyenda, represente una gran figura"[1].

Esta manifestación de Reclus posee la ventaja de que no ha sido destinada a la publicidad y, por tanto, reproduce el verdadero estado de ánimo de la época, más fielmente que lo que ocurre en las manifestaciones públicas. Yo sé por experiencia personal que la mayoría de los compañeros conocidos en Francia en aquella época, han sentido las cosas de manera completamente idéntica.

Tan sólo por las persecuciones indiscriminadas del gobierno, que hizo responsable a todo un movimiento de los hechos de algunos individuos, se agudizó la situación de una manera que condujo al fin a que hombres como Henry sólo vieran rojo, para hablar con Reclus, y se dejase llevar por el juicio de no comprenda quién psicológicamente, pero que nunca se pudiesen justificar. Sin embargo, hay que considerar aquí todas las circunstancias, para llegar a un juicio justo. Las detenciones sin justificación de millares, el acoso, el silencio de la prensa por infravisiones de excepción, el plan diestro del gobierno para enviar a hombres intelectualmente caracterizados y honestos como Grave, Faure, y sus camaradas a la guillotina seca de Cayena, aunque los ejecutores de aquel atentado sabían exactamente que sus víctimas eran inocentes, la ejecución inútil de Vaillant y de muchos otros, todo esto había engendrado un estado de ánimo del que no podía surgir nada bueno.
Emile Henry, que en su odio salvaje y fanático quería alcanzar a la burguesía como clase por medio del terror infinitivo, realizó su acto después que el gobierno había empleado el mismo terror infinitivo contra todo un movimiento, sin hacer ninguna diferencia entre inocentes y culpables. Sin esas persecuciones brutales e infundadas, Sadi Carnot habría muerto tranquilamente en su lecho.

Es verdad que el hecho de Emile Henry no aparece por eso bajo una luz más suave, pero es más comprensible. El que en todo eso no ve más que una parte, nunca llegará a una justa apreciación de las cosas. Pero es peor aún escenificar simplemente sobre un Henry y añadir con el añadido de los reaccionarios profesionales, que son, en última instancia, los únicos responsables de esos hechos. Con eso no se explica nada, sino que se favorece a la reacción. Los hechos inmotivados de violencia, aunque surjan de una justa indignación, son siempre repudiables, porque brotan de un concepto abstracto de culpabilidad, que traspasa la responsabilidad de la injusticia, indiscriminadamente, a culpables y a inocentes. Contradicen las leyes de la humanidad, e incluso la mejor explicación psicológica no los hará más admisibles para el hombre del pueblo. En este sentido fueron juzgados entonces esos hechos por hombres como Grave, Mirbeau, Malato, Malatosta, Lazare, Merlin y muchos otros. No tiene nada que ver eso con las concepciones anarquistas, ya porque el anarquismo, en todas sus consideraciones, parte de los individuos y por lo tanto no reconoce una responsabilidad colectiva ni un concepto colectivo de culpa.

El hecho de un Brisac, después de los sangrientos sucesos de Milán, que costaron la vida a trescientas personas, o el de un Angiolillo, después de las torturas espantosas y de la ejecución de hombres inocentes en Montijoich, lo comprenderá en seguida cualquiera que conozca los sucesos de aquella época. No necesitan ninguna explicación, porque se explican por sí mismos. Tales hechos los habrá siempre, mientras haya oprimidos. No son el resultado de determinadas tendencias ideológicas, sino que brotan del impulso ardiente de la indignación de algunos hombres y no pueden ser controlados por ningún movimiento. Pero hechos como la bomba de Salvador Franch en el teatro Ícaro de Barcelona, o el atentado de Emile Henry en el café Terminus, deben juzgarse sólo como actos de hombres desmesuradamente irritados a quienes el odio había perturbado toda razón. Se pueden explicar en determinados casos, pero es imposible hallar para ellos una justificación.

Cuando pienso hoy en aquellos tiempos, comprendo lo rápidamente que desaparece en la gente la comprensión de ciertas cosas que no han vivido ellos mismos. Esto es probablemente también la causa de que se repitan estas faltas en la historia tan a menudo, y de que cada generación sea puesta ante las propias tareas. En un punto nos hemos seguramente engañado. Así, cuando creíamos ver en la rápida sucesión de los actos revolucionarios de aquel tiempo, los síntomas seguros de una próxima transformación social. Fue, sin duda, un desconocimiento de la verdadera situación, que sólo se puede explicar por nuestra juventud y por la turbulencia de la época. Menospreciamos al adversario y sobreestimamos las fuerzas que están verdaderamente a nuestra disposición. No se puede negar que aquellos años fueron al mismo tiempo el período de un gran desarrollo intelectual, que no podrá olvidar nadie que lo haya vivido y haya combatido entonces.

**DESPEDIDA DE PARÍS**

Para los camaradas extranjeros, la situación se volvió singularmente difícil después del hecho de Caserio, pues la atención de la policía fue dirigida en gran medida hacia ellos. La relación con los compañeros franceses se volvió cada vez más peligrosa, pues los agentes del gobierno vigilaban a todo el que había tenido una participación activa en el movimiento. Por esta razón habíamos suspendido Jean y yo totalmente nuestras visitas a la colonia anarquista junto al canal de Saint-Denis, pues por allí había siempre peregrinajes sospechosos a quienes había que eludir. En reuniones públicas, como las que habíamos tenido antes en la Asociación de los socialistas independientes, no había que pensar ya. Después de la expulsión de Leopold Zuck y de algunos otros camaradas, habíamos suprimido por completo las reuniones semanales en el faubourg du Temple. También los compañeros judíos habían suspendido sus reuniones en el café Trésor y en el boulevard Barbès, y habían cerrado la biblioteca rusa, pues la visita a aquellos lugares podía ser fatal para los compañeros. Sólo el club socialdemócrata de lectura en el Palais Royal continuó sus reuniones, pero tampoco era cándido asistir a ellas, pues se habían introducido allí personas desconocidas a quienes no se había visto antes. Además, se nos había dado a conocer que la visita de anarquistas no era deseable, pues podía poner en peligro fácilmente la existencia de la asociación.

Así no nos quedó más que el trato personal con algunos compañeros, e incluso en ello había que poner la mayor cautela, para no suscitar las sospechas de los porteros, que mantenían, casi sin excepción, relaciones con la policía. Nos contentábamos, por tanto, con reunirnos en pequeños grupos, en lugares apartados de los alrededores de París, donde difícilmente se nos podía observar. Naturalmente, se trataba siempre de camaradas de confianza. Algunos otros que solían unir regularmente a nuestras reuniones, fueron atormentados por los encuentros de tal modo que abandonaron toda relación con nosotros, y no se dejaban ver por ninguna parte. De lo fuerte que se hacía notar el miedo entre esos hombres, daré sólo un ejemplo. Un día apareció en casa de mi amigo Rodinsson una ma-chacha que llevó una carta de su padre para mí, con el ruego de que se me hiciese llegar por el medio más rápido, pues no le era conocida mi dirección. El autor era un conocido con el que solía relacionarme antes a menudo, y al cual había encuadrado algunos libros. Me escribía para que suspendiese mis visitas a su casa, por todos los medios, pues su portera no era de fiar. En efecto, no había firmado siquiera la carta, y escribía en lugar de su nombre: “Aquéll qui encuadernó la Histoire de France de Henry Martin”. Yo no había visitado al pobre hombre desde el atentado de Lyon, pero como tenía que pudiese aparecer quizás un día por su casa, me escribió aterrorizado aquellas líneas.
Naturamente, aquel caso no era más que una excepción, pero mostraba en qué estado de ánimo se encontraban muchos entonces. El sentimiento de la inseguridad personal había abarcado todo, aun cuando los efectos eran distintos. Como supimos después, aquel B., que me había escrito la carta, había querido, en su madrugada, una colección precisa de periódicos y de folletos revolucionarios que solía reunir desde hacía años o que había comprado de otros. Entre ellos se encontraban periódicos de la época de la Internacional y de la comuna de París, y una colección completa de Le Bulletin de la Federación Internacional.

Nuestro círculo intimo se empequeñeció cada vez más en aquella época. Aníbal había emigrado a América, antes de la ejecución de Faith, donde esperaba encontrar mejores posibilidades. Yo tenía afecto a ese gigante de alma de niño y su don natural, de modo que la separación fue para mí una gran pérdida. Después del asesinato de Lyon, fueron expulsados de Francia, Zuck, Niederle y Tum. Algunos meses después se dirigió Radel con su familia a Buenos Aires. Bernhard Kampffmeyer, se dirigió después de la expulsión de Alexander Cohen a Londres, y poco después llegaron nuestros valerosos camaradas Krause y Diihring a despedirse de nosotros. Habian decidido volver a Alemania, donde esperaban servir mejor a nuestra causa que allí, pues en las circunstancias existentes los extranjeros no podían actuar de modo alguno.

Fue para mí algo penoso cuando vie se separaron a los amigos uno tras de otro, tanto más cuanto que se hizo sentir cada vez más fuertemente en mí la necesidad de un trabajo útil. Por primera vez sentí que sólo se podía actuar de manera particular en la patria. Como extranjero, fuera de ella, sólo se es tolerado, y hay que imponerse restricciones con las que no hay que contar en casa. Mientras podíamos movernos en cierto modo libremente, y hallamos en el propio círculo una actividad, aquel sentimiento no se hizo notar tan fuertemente. Pero luego, después de habernos privado también de esa posibilidad, la situación se me hizo cada vez más insostenible, pero ¿qué podíamos hacer? Volver a Alemania era imposible. Yo estaba en relación con los compañeros en la patria por medio de correspondencia epistolar, y sabía que tenía que esperar allí un año o dieciocho meses de prisión. Habría tomado con gusto esta condena, pero lo que me repugnaba realmente era el servicio militar, al que no quería someterte. Y éste era un obstáculo insuperable, pues sentía que no tenía pasta para ser soldado, ya que toda mi naturaleza se rebelaba contra ello. El cuartel me pareció siempre símbolo de la brutalidad organizada, y de la enajenación de todo sentido humano. Ir a algún otro país, no tenía tampoco objeto, pues en todas partes tenía que contar con las mismas dificultades en tanto que extranjero. Una ola de reacción cruzaba entonces por la mayor parte de los países de Europa. De tanto en tanto se me ocurría la idea de ir a Suiza, pero justamente en aquella época habían sido expulsados en masa de ella los anarquistas extranjeros, a consecuencia de las demostraciones ante el consulado de Zurich y Genebra, después de los acontecimientos sangrrientos de Sicilia. Y en esas circunstancias no podía esperar que fuese dejado allí largo tiempo tranquilo. Algunas veces pensé emigrar a América, pero las cartas que recibía de Aníbal no eran apropiadas para despertar grandes esperanzas. Él se sentía allí desolado y quería regresar a Europa en la primera ocasión. Además me interesaba demasiado la vida intelectual de Europa y creía entonces firmemente en el próximo estallido de la revolución como para que la idea de la emigración fuese demasiado apremiante.

Era joven, y anhelaba con cada fibra de mi corazón una nueva actividad. Quería a París, y en otras circunstancias no se me hubiera ocurrido nunca la idea de abandonar a Francia. Pero en las condiciones dadas, la vida era cada vez menos agradable. Además, mis condiciones materiales de vida se volvieron de día en día más difíciles; debido al retraimiento forzoso había perdido más de un trabajo que me hubiese sido de mucho provecho. Pero como no podía esperar que en un tiempo más o menos próximo se produjese un relajamiento de la situación política, el futuro para mí era bastante turbio. Tenía mucho que agradecer a París. Durante los dos años que viví allí había aprendido muchas cosas y había leído mucho, recogiendo ricas experiencias que no me habría ofrecido la vida en ninguna otra ciudad. Por eso deseaba tanto más aplicar prácticamente lo conquistado mediante una actividad útil, para lo cual por el momento toda actividad me era imposible. El período de mi residencia en París fue una de las épocas más agitadas y estumulantes que se podría imaginar, y que no suceden en Francia se producen a menudo. Cada día traían nuevas impresiones y justificadas esperanzas. Era una época de grandes expectativas y de ilusiones espirituales continuas, en que se hacían a la vida las más altas exigencias y se menospreciaba todo obstáculo. Sentíamos por decirlo así, los dolores del parto de una nueva era, y nos juzgábamos felices al poder cooperar en la reforma de los fenómenos sociales de la vida. Justamente por eso, sentíamos tanto más fuertemente la presión de la nueva situación. No creíamos en una larga duración de la reacción, pero por el momento nos privaba de toda libertad de pensamiento y nos obligaba al máximo retiro. Escribi entonces, de tanto en tanto, artículos para un nuevo periódico que aparecía en Londres, Der Lumpenproletariat, con un scudópimo, e hicie traducciones para la Freiheit de Nueva York, pero ese trabajo a la larga no podía satisfacerme. Falba el movimiento, el cambio constante de ideas con jóvenes de mi edad, que daban finalidad y contenido a la vida. Pero no había nada que hacer; había que resistir y esperar tiempos mejores.

Hacia fines de noviembre el padre Meyer me hizo decir que le visitase, pues alguien deseaba hablar conmigo. No había visto al viejo desde hacía largo tiempo, pues en aquellos días debíamos ser muy precavidos con nuestras visitas. La policía sabía, sin duda alguna, que en casa de Meyer solían reunirse muchos compañeros. Nos habíamos maravillado a menudo de que no se hubiese expulsado ya al viejo de Francia, pero nos aseguró sonriendo que probablemente no sucedería eso, pues se había creado una guardia de defensa que les prestaba mejores servicios que toda protección. Es decir, él tenía una familia bastante numerosa, cuatro hijos y una hija, y en un país como Francia, donde el problema de la población desempeña un papel tan grande, el gobierno se imponía en tales cosas gran mesura. Además, la policía tenía conocimiento seguro de que todos los recién llegados de Alemania y Austria visitaban...
al padre Meyer, que les ofrecía así la mejor ocasión para someter a vigilancia secreta a los extranjeros sospechosos. Esa era también la causa por la que, en los momentos críticos, solíamos suspender nuestras visitas a esa casa. Cuando, el viejo, a pesar de todo, me invitó, era porque seguramente la situación por el momento no era peligrosa, después de haberse aplacado por el momento la tormenta.

El próximo domingo me puse en camino hacia París, para hacer una visita al padre Meyer. Con mi gran sorpresa, encontré allí el compañero R. Gunderesen, el antiguo editor de la Autonomie. Tenía un hijo en París, y había llegado de Londres por una semana para visitarle. Gunderesen me trajo saludos de Wilhelm Werner, Kampffmeyer y Rohmann. Yo sabía que Werner se había establecido en Londres desde hacía algunos meses, y me alegré cordialmente de recibir un signo de vida de él. Después llegaron unos compañeros más a visitar a Meyer, y pasamos un día muy agradable. Cuando en el curso de la conversación con Gunderesen dije que en las actuales condiciones habría preferido salir de Francia, me preguntó si tenía un plan fijo al respecto. Le dije que no había roto mucho la cabeza en torno al asunto, sin haber logrado un resultado definido. Habría preferido regresar a Alemania, si no hubiese sido por el maldito servicio militar.

Pero quizás no se te querrá, dijo él. ¿Por qué no hacer un ensayo? Hay en Europa dos consulados, me dijo, donde el gobierno alemán permite el examen médico de los concritos: Londres y Constantinopla. Me contó que el médico del consulado alemán en Londres, en tanto que él sabía, esa concepto se dejaba persuadir siempre que no se dejara de ofrecerle una prestación palpable, y mencionó diversos casos en que conocidos alemanes suyos habían resuelto felizmente el problema. En todo caso, dijo, no tienes nada que perder viniendo a Londres. Si la visita resulta, está abierto para ti el camino hacia Alemania. Si no, encontrarás en Londres siempre mejor campo de acción que el que puede ofrecerse por el momento París. Eso fue para mi algo nuevo, y le dije que cualquier medio era bueno para producir un cambio en mi situación de entonces. Gunderesen me prometió reunir a su regreso todas las informaciones necesarias, y tenerme al corriente. Todas mis ideas giraron desde entonces en torno al nuevo plan, y esperé con impaciencia una palabra de Londres. Aproximadamente una semana antes de navidad, recibí de Wilhelm Werner una larga carta en la que pude comprender que Gunderesen había hablado de mi caso con él. Werner era de opinión que en cualquier circunstancia debía ir a Londres, pues en el lugar mismo podía arreglarse todo mucho mejor.

No vacilé largo tiempo. Mis asuntos en París fueron prontamente liquidados. El día de navidad tuvimos una pequeña fiesta de despedida en el círculo de compañeros de confianza. Así llegó a su fin, mi residencia de entonces en Francia. El último par de días tuvo plena conciencia de lo profundamente que me había identificado interiormente con esta magnífica ciudad. La despedida de París no fue realmente fácil. El año nuevo de 1894-95, me puse en marcha hacia Londres.

FIN
ÍNDICE

LA JUVENTUD DE UN REBELDE

Era una vez ............................................................... 7

AÑO DE INFANCIA

En la casa paterna ......................................................... 18
Años de escuela ............................................................. 28
Primeras lecturas y romanticismo .................................... 38
Del sexo débil y otras cosas .............................................. 42
Personalidades de Maguncia y disposición carnavalesca ......... 45
La muerte de mi madre ..................................................... 53
Peter ............................................................................. 58
La casa de huérfanos ......................................................... 64
Las condiciones morales en el orfelinato .............................. 71
Mi primer encuentro con el administrador ............................ 75
Fuga del orfelinato ........................................................... 83
Consecuencias singulares de mi fuga ................................... 89

AÑOS DE APRENDIZAJE

Grumete ......................................................................... 93
La vida a bordo ............................................................... 100
Nuevos aprendizajes ......................................................... 105
En el taller del maestro Kitschmann .................................... 116
Al viaje Volek y el repudio del prusianismo ....................... 122
Cómo se hizo socialista el maestro Kitschmann ................. 130
Bajo la ley contra los socialistas ........................................ 138
Crecimiento del movimiento socialista .............................. 145
Los grandes de la vieja socialdemocracia ............................ 151
A la búsqueda de nuevos caminos ..................................... 160
En la senda de la 'oposición' .............................................. 168
El movimiento de los 'jóvenes' en Berlín ............................ 177
La lucha contra la 'oposición' ............................................ 185
Agudizamiento de las disidencias internas ........................ 195
Las causas profundas de la gran decadencia ..................... 202
Un nuevo giro en la vida ................................................... 210
El viaje a Breselas ........................................................... 215
Consideraciones del Congreso .......................................... 223
Las incidencias de un viaje ............................................... 231
El congreso de Erfurt y sus consecuencias ....................... 240
Wilhelm Werner en Maguncia ......................................... 248
Visita de Lambert y mi deliberación secreta en el Kleeck .... 254
Carl Oberhauer y Jean Heffner ......................................... 259
Influencias espirituales de toda especie ............................. 266
Los últimos meses y mi fuga de Alemania .......................... 271

PARÍS

En el corazón de la ciudad mundial .................................... 282
Los socialistas alemanes en París ...................................... 291
Mi primer viaje a Londres ............................................... 302
Mi primer encuentro con los revolucionarios judíos de Oriente 309
Una visita a Eliseo Reclus ............................................... 330
Condiciones sociales en Francia ........................................ 324
El caso Ravachol ............................................................ 332
El movimiento anarquista en Francia ................................ 340
La bomba en el Parlamento ............................................. 333
Los extremos se tocan ...................................................... 363
Consideraciones y experiencias ........................................ 371
El atentado de Lyon ........................................................ 377
El proceso de los treinta ................................................... 383
Consideraciones sobre una época pasada ........................... 394
Despedida de París .......................................................... 405